



¿HA MUERTO EL COMUNISMO?

JORGE BREGA

EL MAOÍSMO EN LA ARGENTINA

CONVERSACIONES CON

OTTO VARGAS

EA / Editorial Ágora

4ª EDICIÓN

El maoísmo en la argentina
Conversaciones con Otto Vargas

JORGE BREGA

¿HA MUERTO EL COMUNISMO?

El maoísmo en la Argentina

CONVERSACIONES CON

OTTO VARGAS

EA / Editorial Ágora

Brega, Jorge

¿Ha muerto el comunismo? El maoísmo en la Argentina.
Conversaciones con Otto Vargas - 4ª ed. - Ciudad Autónoma de
Buenos Aires : Ágora, 2017.

464 p. ; 20 x 14 cm.

ISBN 978-950-9553-41-5

1. Política. 2. Maoísmo. I. Título

CDD 320

1990. 1ª edición.

1997. 2ª edición.

2008. 3ª edición.

2017. 4ª edición.

© **Editorial Ágora**

José Antonio Suárez 6796.

Ciudad Autónoma de Buenos Aires.

www.editorialagora.com.ar

Queda hecho el depósito que indica la Ley 11.723.

Editado e impreso en la República Argentina.

CUARTA EDICIÓN

Editorial Ágora presenta una nueva edición de este libro en el que Otto Vargas, Secretario General del Partido Comunista Revolucionario de la Argentina desde su fundación, mantiene un apasionante diálogo con el periodista Jorge Brega acerca de los hechos políticos nacionales e internacionales que signaron la historia de la segunda mitad del siglo XX, en particular aquellos vinculados a las luchas del proletariado y de los pueblos y naciones oprimidos.

Esos hechos aún proyectan sus efectos sobre el nuevo siglo que comienza, razón por la cual los análisis de Vargas mantienen una notable actualidad y constituyen valiosas referencias para la interpretación de los sucesos del presente.

INTRODUCCIÓN

“El comunismo ha muerto”, es la frase. El hombre se arrellana en la butaca antes de pronunciarla, luego fuma. Puede tratarse de un posmarxista que escribió discursos para el Presidente Alfonsín, un jerarca sindical privatizador o un economista liberal ante las preguntas del periodismo. En cualquier caso, pronunciará la frase con el aire displicente de quien se ve obligado a reiterar lo consabido. La suficiencia del hombre aumenta a medida que la cámara se acerca. La televisión lleva su sapiencia a los hogares. Mijail Gorbachov es su ángel exterminador venerado. “Si ya no existe la economía socialista, no cabe continuar hablando de economía capitalista: todo es, simplemente, economía”. Un gesto sesudo más y el hombre remata: “El marxismo caducó con los grandes relatos del siglo XIX; el proletariado resultó no ser el sujeto histórico que ese relato propuso como héroe”.

“En este minúsculo globo/ unas cuantas moscas se golpean contra el muro;/ zumban sin pausa,/ a veces quejumbrosas,/ a veces estridentes./ Se jactan de gran potencia las hormigas que trepan por la acacia;/ pretenden sacudir un árbol los insectos, ¡qué vano empeño!”. El hombre en la TV no se reconocerá como insecto en estos versos de Mao Tsetung. Si lo hiciese, no sólo aceptaría su ridículo, perdería su salario, o sus becas de investigación. Para él, setenta años de experiencias comunistas de poder son suficientes –y hasta excesivos– para demostrar el fracaso práctico de la doctrina de Carlos Marx y Federico Engels. Todas las buenas conciencias burguesas del

mundo entonan el mismo sonsonete. Pero qué significan setenta años en la historia humana. Milenios se necesitaron para que la humanidad se dividiera en clases sociales, siglos para que cada nuevo modo de producción sustituyera al anterior luego de vastas rebeliones de los oprimidos, guerras y restauraciones transitorias del poder vencido.

Por otra parte, estos setenta años apenas sobrepasados no trajeron sólo restauraciones capitalistas, produjeron saltos incommensurables en la conciencia, el bienestar y la vida democrática de enormes masas humanas, cerca de la mitad de la población terrestre, y conllevaron cambios históricos radicales en las relaciones entre los pueblos y las naciones del mundo.

En la Argentina el comunismo se constituye como partido el 6 de enero de 1918, luego de producirse la ruptura de sus fundadores con la dirección del Partido Socialista. Cincuenta años después, el 6 de enero de 1968, otra ruptura dio lugar a la fundación del Partido Comunista Revolucionario. Esta fue la ruptura más silenciada, anónima, en el Partido Comunista Argentino. Recién en febrero de 1989, en un folleto escrito contra la dirección actual del PC, Rubens Íscaro le pone nombre y apellido adjudicándosela al “grupo liderado por Otto Vargas”.

Este silenciamiento no es privativo del PC; también la gran prensa se incomoda al tener que nombrar a los “dinosaurios” –así se llama ahora a los marxistas– del PCR. A menudo incluso polemiza con ellos en el estilo que la dirección del PC practicaba en 1968, esto es –como decía entonces Vargas– “sin nombrarnos, porque como creía de la materia el buen obispo Berkeley, nosotros no existimos más que en la subjetividad de quienes nos imaginan vivos”.

Otto Vargas es el secretario general del Partido Comunista Revolucionario. Con él conversaremos sobre las causas de aquella ruptura, sobre su visión de la Argentina de hoy, sobre el movimiento comunista internacional y, en especial, sobre el pensamiento y la práctica del maoísmo en nuestro país.

Fue precisamente Mao Tsetung quien señaló que “la mayoría del centenar de partidos [comunistas] existentes en el

mundo han dejado de creer en el marxismo-leninismo. Incluso han hecho añicos a Marx y a Lenin”. La fecha de esta cita coincide con la época en que surgen el PCR y otros partidos marxistas-leninistas.

–Hoy estamos en presencia de una gran rebelión popular contra el comunismo –al menos así aparece ante los ojos del mundo Occidental–, rebelión que derrumba un gobierno tras otro en los países del Este europeo e incluso estremece a la Unión Soviética. ¿Qué opinión tiene usted, Vargas, de esto?

–Como usted dice, es una gigantesca rebelión popular, de contenido democrático, nacional, contra la opresión fascista e imperialista en esos países que están sometidos a la URSS. No es correcto decir que es una rebelión anticomunista, porque esos países no son comunistas. En 1964 –fíjese el año– dijo Mao Tsetung que la Unión Soviética era un país socialimperialista, socialista en la apariencia e imperialista en los hechos. Dijo también que el régimen de la URSS era socialfascista de tipo hitleriano, y entiendo que todos los hechos posteriores, que han mostrado a la Unión Soviética como una potencia extraordinariamente expansionista y agresiva, y los que estamos viendo en estos días, cuando los pueblos sometidos a su opresión se rebelan, confirman lo que entonces dijo Mao Tsetung.

La paradoja es que los gorbachovianos y sus amigos en todo el mundo presentan este proceso como una rebelión antiestalinista. Pero Stalin murió en 1953. En 1955, hace treinta y cinco años, se realizó el XX Congreso del Partido Comunista de la URSS que enlodó y llenó de insultos la figura de Stalin. Desde ya, Stalin tuvo muchos errores, pero no precisamente los errores que le atribuyó Jruschov. Fíjese que en 1961, cuando se erigió el Muro de Berlín, se realizaba el XXII Congreso del PCUS, en el que Jruschov volvió a volcar cualquier tipo de infamias sobre Stalin, y fue entonces cuando fueron retirados sus restos del mausoleo del Kremlin. Pero la propaganda gorbachoviana y de los burgueses que le hacen coro en Occidente presentan al Muro de Berlín como una obra de Stalin, siendo que en su

época los comunistas en todo el mundo luchamos por la reunificación alemana, y no había ningún muro que separara a Berlín Occidental de Berlín Oriental en plena Guerra Fría.

Estamos ante un movimiento popular, un gran estallido de masas que conmueve a la propia Unión Soviética. Un torrente que arrastra muchos elementos impuros –como sucede siempre que brota un gigantesco torrente como éste– y que es hegemónico transitoriamente por fuerzas burguesas de distinto signo, principalmente liberal-burguesas. Pero el proletariado se ha puesto de pie en esos países. Hace poco se han reunido más de dos mil delegados de fábrica en Praga, al margen de los sindicatos oficiales, y algo semejante han hecho los mineros soviéticos. Es conocido el papel del proletariado polaco en el proceso que se desarrolla en ese país.

Cada vez que en esos países del Este hubo una rebelión de masas, sucedió lo mismo. Así pasó en 1956 en Hungría, en 1968 en Checoslovaquia, en 1980 en Polonia. Los obreros se organizaron en todas esas ocasiones desde abajo, con sus comités de fábrica independientes de los sindicatos oficiales y compuestos por delegados electos directamente por las bases y revocables en cualquier momento por ellas. Hoy estamos ante un proceso semejante.

A quienes luchamos por el socialismo y el comunismo, lo que está sucediendo en el Este europeo nos llena de alegría, porque donde hay opresión hay rebelión y los comunistas estamos siempre del lado de los rebeldes contra los opresores.

—¿Usted desde cuándo es comunista?

—Desde 1949. En abril de ese año, con diecinueve años, me afilié a la Federación Juvenil Comunista. Desde entonces traté de ser comunista. No se es comunista de una vez para siempre. No se es comunista porque se firma la ficha de afiliación. Y ningún mérito pasado puede limpiar una claudicación o canallada presente, por lo que la lucha por ser un buen comunista es una lucha constante. Desde ya que en el mundo actual y en la Argentina especialmente, esto no es fácil, y lo común no son

las personas que permanecen fieles a sus ideales, pero ésta es la única herencia que pienso dejar al morir. Trataré de hacerlo para seguir el ejemplo que nos legaron los dirigentes queridos de nuestro partido Gody Alvarez, René Salamanca, Angel Manfredi, Manuel Guerra y tantos otros, que fueron fieles hasta la muerte a los intereses de la clase obrera y del pueblo que habían prometido defender.

—¿Cuáles fueron los motivos que lo llevaron al comunismo?

—Fundamentalmente, fue la rebelión ante la explotación de los trabajadores. Yo soy nativo de un pequeño pueblo de la Patagonia y pasé allí mi infancia y mi adolescencia, y tengo vivas todavía hoy en el recuerdo las imágenes de la explotación feroz de los trabajadores rurales. A aquel pequeño pueblo rionegrino llegaban los ecos de la Guerra Civil Española —mis padres eran republicanos— y luego los de la Guerra Mundial Antifascista. Posteriormente me impresionaron profundamente las obras literarias, especialmente la novelística norteamericana del período de la primera posguerra, obras de un profundo contenido social. Además, un factor muy importante: el repudio a los valores morales de la sociedad burguesa. Todo esto me empujó en mi juventud al marxismo y al comunismo.

—En su juventud había otros estímulos. Cuando usted se afilia al Partido Comunista triunfaba la Revolución China y se acababa de derrotar al nazismo en la Segunda Guerra Mundial. Hoy, las rebeliones populares de que hablamos — como le decía al principio— parecen dirigidas contra el comunismo. Hay gente de izquierda que es pesimista. En recientes declaraciones al periodismo, que reflejan el estado de ánimo de una generación de intelectuales de izquierda —o de un sector de ella—, el humorista Quino dijo que ya no puede dibujar a su personaje Mafalda porque ella “es hija de su época. De la época de los Beatles, el Che Guevara, la descolonización de África; la época de las ilusiones, de Juan XXIII, de Mao, de Ho Chi Minh. Todo esto ya no quiere decir nada”. Este es-

cepticismo es contemporáneo de la Perestroika capitalista, de la masacre de la Plaza Tienanmen y de las teorías de Francis Fukuyama, el escritor y funcionario del Departamento de Estado norteamericano que anuncia el inminente fin de la Historia y el ingreso a un milenio de aburrimiento. Muchos jóvenes, aun aquellos que observan con recelo o desconfianza estas predicciones, se preguntan si es posible la revolución social y si vale la pena luchar por ella. ¿Qué respuesta daría usted a estos interrogantes?

—Vivimos un momento —no una época, como dice Quino— diferente a la del Che Guevara, Mao y Ho Chi Minh. Un momento que es parte de la misma época. Un momento de contraataque de la reacción. No es casual que Quino haya dicho —lo leí hace un tiempo— que Mafalda sería hoy una desaparecida. No se han esfumado los monopolios. Por el contrario: son hoy más fuertes que en aquel momento. No han terminado las guerras revolucionarias: allí están Filipinas, Camboya, Afganistán, Eritrea y Tigré, la Intifada palestina, África del Sur, Centro y Sudamérica para demostrarlo. No ha sido espantada la posibilidad de una guerra mundial; asistimos, por el contrario, a un tremendo reagrupamiento de fuerzas, de creación de bloques económicos, políticos y militares semejante a la primera y la segunda preguerras.

1989 fue el año en el que emergió la crisis, profunda, del capitalismo burocrático de Estado en el Este de Europa. Ha crecido allí un gigantesco movimiento liberador, antirruso, en la periferia del imperio soviético y en los países bálticos, Ucrania y el Cáucaso. Y el proletariado soviético, que atesora las más ricas experiencias socialistas del mundo, se ha puesto nuevamente de pie y salió al combate. Son fuerzas tan enormes, tan gigantescas, las que se han puesto en marcha, que es ridículo imaginarse las formas, perspectivas y cambios que producirán en el mundo. Desde ese punto de vista todo eso es bueno. Aunque muchos, que creían que esos países eran socialistas, crean lo contrario.

Pero en lo bueno está lo malo. Los monopolios occidentales tienen mucho que ver con lo que está sucediendo en Alemania

del Este, Polonia, Checoslovaquia, Hungría y Rumania. No sólo las masas han actuado en esos países. Y también tiene que ver Gorbachov, que sueña con la fusión reaccionaria de la vieja y la nueva socialdemocracia (los ex partidos comunistas revisionistas de Europa Occidental y Oriental) más la llamada “nueva izquierda” (los “verdes” y fuerzas afines). La unión del nuevo y el viejo revisionismo es el sueño de Gorbachov para neutralizar a Europa Central, especialmente a Alemania, y permitirle a la URSS imponerse sobre la superpotencia rival (los EEUU). La caída del Muro de Berlín, vista desde esta última perspectiva, al abrir la posibilidad de la reunificación de Alemania fue no sólo un rudo golpe a los rivales brezhnevianos de Gorbachov sino también al Mercado Común Europeo y a la OTAN.

Y lo peor de todo lo sucedido, lo malo en lo bueno, es que para las grandes masas del Este y del Oeste, la rebelión popular se ha hecho contra el comunismo. Este, como dicen George Bush desde un ángulo y Mijail Gorbachov desde otro, ya no existe. Así se ha demostrado, en forma dramática, trágica, que la variante principal y más peligrosa del anticomunismo moderno es el régimen socialimperialista soviético y los regímenes que han restaurado el capitalismo burocrático de Estado con la máscara socialista. Ninguna propaganda anticomunista tradicional puede igualar en eficacia a la visión de los tanques, supuestamente comunistas, aplastando a los jóvenes rebeldes en la Plaza Tienanmen, o a los nacionalistas azeríes en Bakú.

Ha salido a luz toda la desigualdad real, la opresión fascista, la corrupción despiadada que se enmascara tras ese falso comunismo.

Pero esto no nos sorprende. Hace más de veinte años que lo denunciábamos. Hace más de veinte años que lo enfrentamos. Y por hacerlo hemos sido cubiertos de calumnias y de infamias y víctimas de persecución. ¿Acaso no hace ya casi veinticinco años que, en el momento del que habla Quino, centenares de millones de personas se alzaron, dirigidas por Mao Tsetung en la Revolución Cultural para denunciar todo esto que ahora sale a luz y reivindicar el verdadero comunis-

mo? ¿No dijo entonces Mao que pese a eso la derecha volvería a triunfar en China aunque su triunfo sería precario y sólo duraría veinte o treinta años?

Así avanza la historia. Por oleadas. Cuando llega el reflujo parece que no habrá una nueva oleada. Pero, en realidad, se está preparando una mayor que la última. Asistiremos antes de fin de siglo y a inicios del próximo a combates de clase nunca vistos antes. Ya en 1989, millones, centenares de millones de mujeres y de hombres se han alzado a la lucha contra el viejo y el nuevo capitalismo. ¿Acaso la recauchutada teoría de la libre empresa y la economía de mercado, tan vieja como el capitalismo, salvará a éste? ¿Acaso será eterno el reinado de los monopolios de Occidente y del capitalismo burocratizado, monopolista de Estado, de Oriente?

Ya no existen ni el partido de Mao, ni la columna guerrillera del Che, y con Ho murió, al poco tiempo, el Partido Comunista de Vietnam.

Si algún comunista creyó que, tomando el poder y acabando con la propiedad privada de los medios de producción, se había arribado a la estación de llegada a un paraíso, al paraíso por el que luchan los oprimidos de la tierra desde que se acabó con la comunidad primitiva, se ha demostrado que estaba equivocado. “El hombre llega para partir de nuevo”, dijo Mariátegui. Aunque el individuo crea que la estación a la que soñó llegar es la estación final del combate humano por la libertad.

Se ha demostrado que el socialismo, la sociedad por la que luchamos, no es el paraíso. Luchamos por una sociedad que sólo será una sociedad de tránsito entre el capitalismo y el comunismo. Que será prolongada y en ella existirá lucha de clases, como enseñó Mao Tsetung. Y la lucha de clases será el motor de esa sociedad, como lo es de ésta.

Las masas explotadas lucharán por el socialismo porque no hay otro camino para acabar con el capitalismo y la opresión social y nacional. Ni en Occidente ni en Oriente.

Millones continuamos en esa lucha por el socialismo pese a las últimas derrotas. Somos muchos más que los que comen-

zaron esto en tiempos de Marx y de Engels. Lo hacemos porque es necesario hacerlo. Porque como dijo San Martín, en un momento muy difícil para nuestra patria, cuando las tinieblas parecían haber aplastado el último rayo de luz en la lucha por los ideales de la revolución burguesa, había que hacer lo que era necesario hacer. Hoy también hay que tomar partido: por o contra el capitalismo.

Tenemos ahora una corta –históricamente corta– pero rica experiencia de setenta años de lucha por el socialismo. En ese tiempo el proletariado, la dictadura del proletariado y el socialismo consiguieron éxitos impresionantes, demostrativos de su superioridad sobre el capitalismo. También hemos sufrido derrotas y hemos cometido tremendos errores. Aprenderemos de ellos. Pero tenemos además del corazón caliente y la cabeza fría, las manos limpias, como decía Dzerzhinski (el ahora execrado por los revisionistas, Dzerzhinski). Y tenemos un ideal limpio. Vale la pena luchar por ese ideal. El camino es largo. Muy largo. La victoria es segura porque la lucha de clases llevará, inexorablemente, a la dictadura del proletariado y al comunismo. Pero nuestra generación no llegará a la estación terminal. Ni las generaciones próximas. Por eso hay que apurar el paso. El tiempo apremia. Como escribió Mao en una de sus últimas poesías, en 1965: *“Nada es imposible en el mundo, si uno se atreve a escalar las alturas”*.

I

LOS ORÍGENES

DE LA RUPTURA CON EL PARTIDO COMUNISTA AL CONCEPTO DE SOCIALIMPERIALISMO

–La resolución del Primer Congreso del Partido Comunista Revolucionario, realizado en diciembre de 1969, señaló que el surgimiento del partido había sido “producto de un largo proceso operado en el seno del viejo Partido Comunista”, y que fue a partir del año 1962 que se desarrolló en él la corriente opositora “antioportunista” que finalmente fundaría el PCR. ¿Cuáles fueron los hechos que determinaron la consolidación de esa corriente?

–En relación al núcleo de cuadros provenientes del PC que van a constituir el PCR, e incluso en el proceso que casi simultáneamente se dio en la FJC y en otros sectores que confluyeron en la constitución del partido, 1962 es un año clave. Esa referencia del I Congreso del partido que usted menciona tiene que ver con las elecciones de marzo de ese año en la provincia de Buenos Aires. En ellas la fórmula Framini-Anglada, apoyada por el Partido Comunista, obtuvo el triunfo, creando la situación de crisis política que iba a llevar a la caída del gobierno de Frondizi. Hay que tener como marco de referencia que en ese entonces nosotros no teníamos claro todavía que la Unión Soviética se había transformado de país socialista en país capitalista y que por esa misma época se creaban aceleradamente

las condiciones para su transformación en lo que Mao Tsetung definiría en el Partido Comunista de China en 1964 –pero públicamente recién en 1968– como socialimperialista. Esto tiene mucho que ver, porque existía una relación íntima –digamos así– entre la dirección del PC y la dirección de la UCRI. Sobre todo con Arturo Frondizi y Rogelio Frigerio. Este último y otros dirigentes como Narciso Machinandiarena e Isidro Odena, fueron dirigentes de la Federación Juvenil Comunista en la década del 30. Y Frondizi, dirigente radical aliado al PC y vinculado a la izquierda antiimperialista de su partido, fue miembro de la dirección de la Liga Argentina por los Derechos del Hombre y militante del movimiento de solidaridad con la República Española y con los movimientos antifascistas.

Conocíamos estas viejas y estrechas relaciones, pero sólo comprendimos a fondo lo que implicaban con posterioridad. Cuando descubrimos el verdadero papel de la Unión Soviética. Entonces pudimos comprender mejor por qué Juan José Real, que había sido secretario de Organización del PC y uno de los cuadros más destacados de los que participaron en la Guerra Civil Española, enviado allí por el partido y por la Internacional, un cuadro con instrucción militar y con grado en el Ejército soviético, que jugó un rol importante junto a Victorio Codovilla en las labores políticas, militares y de inteligencia de la República Española y que pese a haber sido expulsado del PC continuaba vinculado a la URSS, era un funcionario con oficinas en la Casa Rosada junto al despacho de Frondizi. Comprendimos también por qué Mario Valota, a quien conocíamos desde su militancia en la FJC y luego en el PC, pasó a ser secretario privado de Frondizi; por qué Ramón Prieto, hombre clave de los soviéticos en el gobierno de Perón también lo era del de Frondizi; y por qué un cuadro público comunista como Simón Makler, que había sido responsable universitario en los años en los que nosotros iniciamos nuestra actividad política en el PC, era un cuadro destacado en el equipo de trabajo en la Rosada. Pero por entonces no teníamos claro el carácter de esas relaciones tan estrechas, y recordando que la dirección

del PC, cuando triunfó Frondizi en el 58, tituló la edición de su periódico *La Hora* “El pueblo entró en la Casa Rosada”, entendíamos la “traición” –así la llamábamos– de Frondizi y de Frigerio como el fracaso de una línea de seguidismo del PC a la burguesía nacional. Lo que no comprendíamos aún era que la situación era más compleja que el simple seguidismo a un gobierno de burguesía nacional, cosa que nos llevó muchos años comprender y que recién lo haríamos a cabalidad cuando tuvimos el concepto teórico de socialimperialismo.

La situación económica en los años 61-62 era muy grave y había grandes luchas populares. El gobierno de Frondizi hacía agua. Hubo una lucha en la que los militantes de la FJC tuvimos un papel importante, que fue la gran huelga ferroviaria de fines de 1961. Fue una huelga extremadamente combativa que no triunfó pero creó condiciones para derrotar al gobierno de Frondizi en las elecciones de renovación de cámaras en marzo de 1962. Hubo una elección previa, “piloto”, en la provincia de Santa Fe, donde triunfó el dirigente de la UCRI, Luis Carvalho.

–¿El PC seguía apoyando al gobierno de la UCRI?

–No, era formalmente opositor; sin embargo, cuando se tensaba la lucha, como pasó durante la huelga ferroviaria, aparecían actitudes de conciliación que nosotros no atribuíamos a la línea general sino a la actitud de este o aquel compañero. Había represión también, y esto lo atribuíamos a la traición de Frondizi a su programa y al papel nefasto que cumplía Frigerio, quien había negociado los contratos petroleros con los yanquis. Después íbamos a saber que las principales de estas empresas petroleras yanquis eran de la Banca Loeb, y de lo que ahora actúa bajo el nombre de Occidental Petroleum dirigida por Armand Hammer.

–¿El empresario estadounidense a quien la prensa de su país llama “el petrolero rojo”?

–El mismo. El testaferro o intermediario de los soviéticos en Norteamérica. Pero tuvieron que pasar muchos años para

que supiésemos este pequeño detalle que se escondía tras esos convenios entreguistas que fueron denunciados como tales, en ese entonces, convincentemente y con mucha documentación, por Adolfo Silenzi de Stagni y otros defensores de la nacionalización del petróleo.

—¿Y qué sucedió con aquella elección de Santa Fe?

—Esas elecciones tuvieron la particularidad de que el PC organizó un partido para participar en ellas, el Partido del Trabajo y del Progreso, y puso al frente del mismo a un afiliado de Santa Fe que había sido un disidente de la UCRI, uno de los pocos disidentes que, tras la traición de Frondizi al programa que manejó antes de ser electo, había sido recuperado abiertamente para la izquierda: era Lisandro Viale. Este y otros candidatos del PTP se presentaban como independientes. Se generó una gran ilusión dentro del PC; nosotros incluidos, que siempre teníamos esta duda: ¿cómo hacer para que las masas obreras, ganadas por el peronismo, por la burguesía, etc., se transformasen en comunistas, fueran ganadas por las ideas de clase? Aquella ilusión se basaba en el papel muy importante que había jugado el PC de la provincia de Santa Fe en la lucha ferroviaria y en el hecho de que este movimiento tenía un gran apoyo de masas. Fue un fenómeno que se dio repetidas veces en la Argentina: la ilusión de que con la proscripción del peronismo —el que aparentemente no existía por no existir legalmente— esas masas dejarían de ser peronistas. Se hacían grandes actos. Los locales partidarios estaban muy concurridos. Y de pronto, a último momento, se presentó una fórmula peronista. El peronismo estaba dividido. Gran parte de sus dirigentes habían sido absorbidos y comprados por el frondicismo en la provincia e integraban sus listas. Y sucedió que la UCRI ganó las elecciones. Pero esa fórmula peronista, armada poco antes del sufragio, con poco trabajo electoral, fue la segunda fuerza con miles de votos. El PTP salió lejos, con pocos votos.

—¿Cómo vivieron los jóvenes comunistas esta derrota de sus ilusiones?

—Se abrió un gran debate en el PC. Yo recuerdo que participé en 1961 con Roberto Grabois, con uno de los hermanos Borro, con Horacio Piatti y otros dirigentes juveniles de entonces, en un foro internacional de la juventud que se hizo en Moscú. A mi regreso me llamaron a Praga y me encontré allí con Codovilla que quería verme. Mantuvimos una conversación en las oficinas de la Revista Internacional, en presencia de dos soviéticos especialistas en temas de América Latina. Participó también Paulino González Alberdi. Allí Codovilla dio una explicación de cómo había caído la imprenta clandestina del PC y contó toda una historia de cowboys sobre cómo habían escapado él y su chofer del cerco policial. Cosa que no era cierta, porque incluso el domicilio de esa imprenta había sido la dirección legal de publicaciones anteriores del PC. Después cuando nosotros, en la imprenta clandestina que teníamos en la FJC tuvimos que imprimir *Nuestra Palabra*, me di cuenta de que aquél había sido un cuento que Codovilla inventó para los soviéticos, tratando de mostrar la represión que existía aquí y con ello explicar por qué el PC no había realizado su XII Congreso. El último congreso se había realizado en 1946 y había un gran reclamo de que se realizara éste, cuyas tesis habían salido en 1957.

Después Codovilla cuenta la experiencia de Santa Fe. Conviene recordar que en ese momento los comunistas argentinos éramos muy atacados por pacifistas en toda América Latina, pues era pleno auge de la Revolución Cubana, y ya estaba en su apogeo la polémica chino-soviética, aunque se mantenía todavía entre bambalinas. Para mi sorpresa Codovilla dice: “¿Qué sucede? Sucede que las masas peronistas creen que pueden ganar pacíficamente el gobierno, quieren probar ese camino. Nosotros tenemos que acompañarlas en esa experiencia, y una vez que se demuestre que ese camino no va, crear las condiciones para la práctica de la otra vía”. Con lo cual estaba dando una respuesta anticipada a la presión que iba a recibir, sobre

todo de los cubanos, en el XXII Congreso del PCUS sobre la línea pacifista del PC argentino en momentos en que surgían los primeros núcleos guerrilleros en América Latina. Esto lo comprendí después.

De lo dicho por Codovilla también se entendía que el camino de organizar una fuerza independiente enfrentada al peronismo como el Partido del Trabajo y del Progreso no era un camino válido. Es decir que él ya estaba preparando las condiciones para lo que iba a ser la posición electoral del PC en las elecciones de marzo de 1962 en la provincia de Buenos Aires. Efectivamente, en esas elecciones el PC apoyaría la fórmula Framini-Anglada. Nosotros, en la dirección de la FJC apoyamos entusiastamente esta posición y trabajamos intensamente.

Esta posición de apoyo al peronismo era resistida por gran parte del partido, especialmente en la Capital Federal dirigida por Víctor Larralde, viejo dirigente de la construcción. En ese entonces él integraba el Secretariado Nacional del PC junto a Victorio Codovilla y Arnedo Alvarez. El apoyo a Framini-Anglada venía unido a que se había producido un desplazamiento hacia la izquierda del peronismo. Framini había adoptado en ese período posiciones que no condecían con las de su pasado político, siempre peronistas pero no de izquierda avanzada como las que expresaba en los discursos de esa campaña electoral, muy impregnada por el surgimiento de sectores que apoyaban a la Revolución Cubana, incluso en el peronismo. En esa ocasión tuvimos una reunión con Victorio Codovilla. Por la dirección de la FJC estuvimos Jorge Bergstein, que era el secretario, y yo. En esa conversación Codovilla continuó en la línea que había expresado en Praga. Dijo: “Las masas peronistas creen que por el camino electoral van a llegar al poder y van a traer a su líder, Perón. Nosotros debemos acompañarlas en ese camino. Si ganan y les dan el gobierno, nosotros seguiremos junto a ellas en esa experiencia. Si ganan y no les dan el gobierno, nosotros estaremos junto a ellas para decirles: «¿Vieron que el único camino es el de la lucha armada?»”. La verdad que Codovilla, como quien dice, conocía el paño. Sabía

lo que pensábamos en lo más íntimo, y con ese argumento nos convenció totalmente. Nos convenció de la independencia del partido en el apoyo a Framini-Anglada y de cómo detrás de ese apoyo estaba prefigurada una estrategia de lucha revolucionaria. Y nos volcamos al apoyo entusiasta a esa fórmula. Por lo tanto, el día 18 de marzo de 1962, cuando por la noche se supo que Framini ganaba las elecciones, nosotros, que teníamos preparada a la FJC, decidimos dar la orden de ganar las calles junto a los peronistas. Pero vino la orden de la dirección del PC de no movilizarse, abandonar los locales e irse a las casas.

Nosotros no entendíamos, porque estaba claro que a partir de ahí se abría un período, como se abrió, signado por el tema del respeto o no respeto a la voluntad popular que se había expresado en esas elecciones. Nosotros nos guiábamos por esas palabras de Codovilla y nos dedicamos a tratar de movilizar a las masas junto con los jóvenes peronistas. Llamamos a un Congreso de la Juventud Argentina, que posteriormente se realizó, y lo llamamos Cabildo Abierto. Se hizo en un local grande que tenía el Centro de Medicina en la calle Corrientes, donde participaron dirigentes peronistas como Marta Curone y otros. Levantamos la consigna de “Respeto a la voluntad popular”, pero, pronto nos dimos cuenta, esa no era la consigna del PC. Ya aquella noche en que nos enviaron a nuestras casas habían dado la consigna de “Preservar al gobierno de Frondizi”.

Nosotros creíamos que la orden de no salir a la calle y de no levantar la consigna de respeto a la voluntad popular, porque ésta podía ser entendida como una consigna de seguidismo al peronismo, provenía de Víctor Larralde, cuyo sectarismo antiperonista, cuyo economismo y dogmatismo eran muy conocidos en el PC y era considerado el hombre que se oponía a la línea amplia de trabajo con el peronismo que tenían Codovilla y otros dirigentes. Pero cuando el gobierno no entregó la provincia de Buenos Aires y todo terminó en una payasada con Framini acompañado por un escribano tratando de entrar en la casa de gobierno en La Plata y siendo expulsado de ahí por dos o tres policías que estaban de custodia; cuando se gene-

raron las condiciones para el golpe de Estado que derribó a Frondizi; cuando hubieron días en que la Argentina no tuvo gobierno (el vicepresidente Gómez había renunciado en 1958), hasta que Julio Oyhanarte recordó que existía un presidente del Senado llamado José María Guido, quien aparte de ser inodoro e insípido, podía también ser presidente de la Nación; cuando todo esto sucede, nosotros entramos en una crisis muy grande. Porque además, tiempo después Codovilla, sin balancear absolutamente nada de esto ni de las luchas y grandes movilizaciones de masas, y partiendo de las posiciones de Framini y de cartas que éste había recibido de Perón en las que se expresaban actitudes de izquierda, escribe en julio de 1962 su famoso informe *El significado del giro a la izquierda del peronismo*, en el que afirma que algunos sectores del partido habían tenido ante esos hechos una línea putchista y habían querido “cortarse solos” sin las masas peronistas. Aludía a nosotros, pero eso no tenía absolutamente nada que ver con las posiciones que habíamos tenido. Y nosotros creíamos que las habíamos tenido aplicando lo que él había dicho en aquella reunión. Por eso entramos en una crisis profunda. Porque no era que los que integrábamos la dirección de la Juventud en ese entonces teníamos confianza ciega en la Unión Soviética y dudas sobre la dirección del PC. Nuestra situación era exactamente al revés. Teníamos dudas profundas sobre la URSS pero guardábamos aún confianza en la dirección del PC. Pero Pedro Planes, el propio Jorge Bergstein –que después siguió en el PC, pero yo digo lo que pensaba entonces–, José Ratzer, Carlos Slonimski, José Aricó, Julio Priluka, Marcos Osatinsky, que después fue asesinado siendo dirigente de las FAR, y una cantidad de cuadros que estábamos en la dirección de la FJC, teníamos, algunos la duda y otros el convencimiento, de que la Unión Soviética estaba podrida. La discusión era por qué estaba podrida y qué significaba eso. Si era un problema atribuible a la naturaleza humana que había sido subestimado; si era un problema atribuible a fenómenos de corrupción debidos al dogmatismo y al centralismo burocrático que iban a ser

corregidos con políticas como las de Liberman, el economista soviético que en esos años bregó por políticas muy semejantes a las actuales de la Perestroika; si se debía a una degeneración burocrática, como decía el trotskismo; o si se debía a una degeneración revisionista como la que ya entonces criticaban los dirigentes chinos.

—¿Estas críticas ya se conocían en la Argentina?

—Sí, se conocían. La polémica chino-soviética comenzó — con contenidos no similares a los que tuvo posteriormente— en el año 1959. En ese entonces yo trabajaba en la Federación Mundial de Juventudes Democráticas. Posteriormente trabajaron allí José Ratzler y Carlos Echagüe. Y ya para el año 62 ó 63 la polémica se hizo pública, y si bien el PC de la Argentina no editaba los materiales del Partido Comunista de China, sino sólo las críticas que a ellos hacía la dirección del PC soviético, esos materiales llegaban y se conocían. Relacionado con este tema hubo un hecho que iría a tener mucha influencia en nuestra ruptura con el PC. Previamente al VIII Congreso de la FJC realizado a inicios de 1964, Pedro Planes, secretario de Organización y director de su periódico Juventud, publicó en su edición de octubre de 1963 y con motivo del aniversario de la Revolución China, una foto de Mao Tsetung en la tapa. Esto, en pleno auge de la polémica chino-soviética y con una actitud totalmente seguidista hacia la URSS por parte de la dirección del PC argentino, provocó un escándalo. Se produjo allí la ruptura de varios redactores del periódico, entre ellos Juan Carlos Ferrari, ahora periodista y escritor. Ellos se unieron después a otros grupos que fueron rompiendo como los de José Aricó, miembro del Comité Central de la FJC, Marcos Osatinsky, Alejo Levenson, Juan Gelman, Juan Carlos Portantiero, Oscar Del Barco, y el grupo cordobés de Pasado y Presente. Estos y otros desprendimientos —como el de Susparregui y Ríos en La Plata— van a llevar centenares de afiliados y algunos de ellos van a ser maoístas, guevaristas o mao-guevaristas. Simultáneamente con la crisis en la que

entramos los compañeros de la dirección de la FJC, surgió en el sector estudiantil de la Juventud un grupo que entró en contradicción con la línea del partido y fue creando una corriente de opinión entre los estudiantes. Allí estaban, entre otros, Antonio Sofia y Ariel Seoane. También fue creciendo una corriente antiimperialista muy influenciada por las ideas de la Revolución Cubana, e incluso por posiciones del Partido Comunista de China, que fue durante unos años –con muchas contradicciones– aliada de la FJC en la Universidad: el Movimiento Nacional Reformista. Posteriormente el MNR se fracturó. Un sector del MNR dio origen al MENAP, que terminó confluyendo en el PCR. Creció el descontento en la FJC con la línea de la dirección del PC. Quiero mencionar a un compañero, ya fallecido, Carlos Slonimski, uno de los más activos impulsores de la corriente opositora al revisionismo en aquella generación de jóvenes comunistas, en el PC y la FJC, simultáneamente con la organización de los primeros partidos y organizaciones maoístas –como Vanguardia Comunista– y guevaristas, algunos de los cuales ganaron cuadros obreros del PC.

–Por lo que usted relata, esta corriente de descontento tenía características heterogéneas. ¿Qué influencia ejercían sobre ella la Revolución Cubana y especialmente las críticas que algunos de sus dirigentes hacían a la Unión Soviética?

–La dirección del PC era seguidista de la Unión Soviética. Ha sido y sigue siendo atacada por “estalinista”, pero sin embargo es una dirección que sintió placer físico cuando Jruschov formuló las tesis revisionistas del XX Congreso en las que calumnió y difamó a Stalin.

No es cierto que fuera “estalinista” si se entiende por tal una posición de enfrentamiento a las tesis del XX Congreso del Partido Comunista de la URSS. Echegaray y Fava dicen que lo era porque tenía métodos semejantes a los de Stalin, pero nadie ha reparado en por qué en el 40º aniversario de la Revolución de Octubre, que se celebró en Moscú en 1957,

donde estuvieron Mao, Pasionaria, Thorez, Togliatti, Ho Chi Minh, Kim Il Sung, todos los principales dirigentes del movimiento comunista internacional, Victorio Codovilla habló en nombre de todos los partidos comunistas latinoamericanos. Quiere decir que el jruschovismo, si bien criticaba algunas cuestiones de la dirección del PC argentino que no le agradaban, sabía que en lo esencial ésta defendía y aplicaba fielmente la línea política soviética. Por ejemplo, en esos años se produjo lo que se llamó el “espíritu de Camp David”, motivado por la reunión de Jruschov con Eisenhower, y en mérito al cual la URSS desarrolló una política de acercamiento a los Estados Unidos.

Esto es clave para entender lo que pasó con China, pues es entonces cuando Jruschov pretende presionar a los dirigentes chinos para que acepten esa política y renuncien a su línea reivindicativa respecto de Taiwán –que se expresó en el conflicto de las islas Quemur y Matsú– y sobre todo para impedir que tengan la bomba atómica y satisfacer así los acuerdos a que había llegado con Eisenhower en Camp David. Eisenhower visita la Argentina, y el PC lo saluda desde la reivindicación de aquel “espíritu”. Era un partido totalmente seguidista de la Unión Soviética. Hizo eso en momentos en que los yanquis cercaban, bloqueaban y hostigaban por todas las maneras posibles a la Revolución Cubana. Hay que tener en cuenta que se produjeron varios acontecimientos importantes simultáneos en América Latina. Primero la caída de Rojas Pinilla en Colombia. Luego, prácticamente la insurrección cívico-militar que acabó con Pérez Jiménez en Venezuela y abrió un período de democracia burguesa amplia en ese país, con una participación activa y de masas del Partido Comunista venezolano y de los miembros de la dirección de su Juventud, con los cuales teníamos una relación bastante estrecha, ya que muchos de ellos, que ahora son dirigentes del MAS venezolano, habían estado exiliados en la Argentina. Después triunfa la Revolución Cubana en enero de 1959. Junto con esto viene abriéndose en Chile una situación de crecimiento de la Central Única

de Trabajadores y de unidad socialista-comunista que años después va a florecer en la Unidad Popular. Se abre un proceso en Brasil que va a culminar con el gobierno de João Goulart. Y en la Argentina está ese gobierno de Frondizi respecto al cual el PC dijo que con él había entrado el pueblo en la Casa Rosada. Por lo tanto, desde el punto de vista general, la situación en América Latina era de efervescencia. No era un patio trasero en donde se dormía la siesta. Era un momento de grandes debates, dudas y discusiones. Al mismo tiempo no se habían producido aún los desastres de los golpes de Estado en Brasil en 1964, en Ghana, en Indonesia, en la Argentina en 1966, la guerra de Medio Oriente en 1967, que iban a demostrar el fracaso total de la llamada política de apoyo a las burguesías nacionales de Jruschov.

La situación era compleja, porque si bien la dirección del PC soviético tenía consignas abiertamente revisionistas, esa política era acompañada con éxitos espectaculares. La URSS había tomado la delantera en la carrera espacial. Primero lanzó el Sputnik. Después, coincidente con el triunfo de la Revolución Cubana, envió el primer hombre al espacio, Yuri Gagarin. Paralelo a todo esto se daba el proceso de descolonización acelerada de África, que comenzó en octubre de 1958 con la declaración de independencia de la ex Guinea Francesa y que produjo hechos que tuvieron una repercusión tremenda entre las masas populares, como los del ex Congo Belga con Patrice Lumumba. Yo recuerdo que en el campo argentino los obreros rurales usaban el sobrenombre de “Lumumba”; es decir que éste fue un personaje popular conocido por las masas más oprimidas del mundo. Esto junto a lo que Perón llamaba “la revolución de los transistores”, cuando se comienza a generalizar el uso de la radio portátil, la televisión, etc. Y aquí también había una gran efervescencia por el triunfo de la Revolución Cubana, porque aunque no se lo dijera, en toda América Latina los partidos comunistas partían de la base de que por ser el imperialismo yanqui el enemigo principal, y nuestros países su patio trasero, Latinoamérica sería el último sitio en

liberarse. Entonces, eso que ahora se lee y nadie sabe muy bien de qué se trata, el “fatalismo geográfico”, decía que un país como Cuba era imposible que se liberase. Y hay que decir que aún hoy ese fatalismo subsiste. Por ejemplo en Uruguay, donde algunos revolucionarios tienen todavía hoy la teoría de que mientras no se liberen Brasil y la Argentina la revolución no podrá triunfar en su país.

—*¿La tesis según la cual la dependencia de Cuba respecto de la Unión Soviética fue inevitable se basa también en ese fatalismo geográfico?*

—Exacto. Afirma que es imposible que Cuba se independice, que tenga bases industriales propias, etc., si no se subordina a la Unión Soviética. Pero ya entonces Cuba demostró que la revolución podía triunfar, que no había tal fatalismo geográfico en un pequeño país a noventa millas de Miami. Por lo tanto, el proceso que se desató en las masas y sobre todo en sus sectores juveniles fue impresionante. Al mismo tiempo era una revolución —como se decía— “hablada en castellano”, con toda esa alegría enorme que significa una revolución: canciones, todo, todo lo que era eso. Y que resistía heroicamente la prepotencia del imperialismo más tenebroso y poderoso de la Tierra que en esos años comenzaría a desplegar su guerra en Vietnam. Era una situación verdaderamente conmoviente para la juventud. Y el proceso fue *in crescendo*, porque si en 1959 fue toda una oleada, ya en los 60 era un sentimiento de amor profundo que iba ganando a las grandes masas de América Latina. Pero la Revolución Cubana no sólo había demostrado que la fatalidad geográfica era un mito, sino también que para que la revolución triunfara era necesaria la lucha armada. Y se abrió un profundo debate que empalmó naturalmente con el debate que sostenía la dirección del Partido Comunista chino, encabezada por Mao Tsetung, con la dirección del Partido Comunista soviético encabezada por Jruschov. Yo he dicho algo que ahora —sobre todo ante algunas declaraciones últimas de Fidel Castro— ratifico, porque me lo dijo per-

sonalmente el Che Guevara pocos días después del triunfo de la revolución en La Habana: Guevara era “estalinista”, como se dice ahora. El venía de la montaña, no estaba demasiado al día de los chimentos internacionales. Aparte, no venía de las filas orgánicas de los partidos comunistas, y por eso desconocía muchas cuestiones internas del movimiento comunista internacional. Pero al encontrarse con una persona que venía del Este europeo, de una organización que funcionaba en Budapest, no pudo dejar de hacer referencias irónicas al ataque a Stalin, planteando que desde su punto de vista Stalin tenía razón al plantear la lucha armada, como diciendo: “Yo, en esto no estoy de acuerdo con los soviéticos”.

Es cierto que grupos de jóvenes entendieron esto como la posibilidad para que un grupo de doce personas, como el que llegó a la Sierra Maestra, pudiera alzarse, irse al monte y hacer la revolución. Fue ésta una visión totalmente deformada de lo que había pasado en Cuba. Pero reducir a esta malinterpretación el resultado del debate de esos años sería ridiculizar y simplificar un proceso que fue mucho más rico y en el que se comprendieron al menos tres cuestiones: primero, que la revolución en América Latina era posible; segundo, que era posible incluso en los países pequeños; y en tercer lugar que el camino para triunfar era el camino armado. Estas enseñanzas chocaban abiertamente con la línea predominante en la Unión Soviética. A partir de ahí se fue generando una corriente que entonces se llamó mao-guevarista y que considero muy importante tenerla en cuenta. Era una corriente de izquierda en el movimiento revolucionario latinoamericano que hacía un *puzzle* de elementos maoístas y guevaristas y que influenciaba profundamente a quienes estábamos en la FJC. Hay que decir que teníamos noches y días atormentados. No eran momentos calmos, sino de profundos exámenes de conciencia, autocríticos, desde el punto de vista revolucionario, porque debíamos reconocer que en muchas cosas, y a veces en lo fundamental, habíamos estado equivocados en lo que considerábamos una actividad revolucionaria totalmente pura.

–*Un acontecimiento decisivo en la política argentina de esos años fue el enfrentamiento militar entre Azules y Colorados. ¿Cómo se ubicó el PC ante este hecho?*

–Para responderle es necesario que vuelva a hacer algunas referencias al informe de Codovilla llamado, abreviadamente, “*El giro a la izquierda*”. Ese texto tenía aparentemente su centro en el desplazamiento hacia la izquierda de las masas peronistas. Pero quien lo lea atentamente hallará otras cuestiones remarcables. En primer lugar hace balance del período que incluye la huelga ferroviaria y las elecciones de marzo de 1962, así como el período posterior de desgobierno y de gran eferescencia popular, de luchas muy combativas al que también me referí antes. Sin embargo, el informe no hace un análisis de esas experiencias de lucha. Este es un defecto muy importante en el PC, porque desde su origen nunca hizo un análisis profundo de las grandes luchas de masas, y esto tiene que ver con los resortes más íntimos de la deformación de ese partido. El PC se organiza en 1918, sin embargo jamás analizó a fondo la Semana Trágica, sobre la cual durante años tuvo una lucha de líneas en torno a si había sido un alzamiento insurreccional o una provocación de las clases dominantes, y qué actitud debió haber tomado el partido ante esos hechos. Tampoco analizó a fondo las grandes luchas de la Patagonia –sobre las que Osvaldo Bayer escribió su conocido libro– pese a que en ellas los obreros implantaron soviets, crearon organizaciones de auto-defensa armada y se hicieron dueños de una parte importante del territorio argentino. Sin mencionar que allí participaron y dieron la vida militantes comunistas como Albino Argüelles, fusilado en el sur. Estos son algunos antecedentes históricos de las carencias de ese informe de Codovilla. En segundo lugar, interpreta declaraciones de Perón en apoyo a Framini y de simpatía hacia la Revolución Cubana como la concreción de un viraje a la izquierda. Cosa que nosotros vamos a criticarle en momentos de nuestra ruptura, aunque con matices de incomprensión del fenómeno nacional que expresaba el peronismo. En mi folleto ¿Por qué no se quiere discutir? señalamos que,

simultáneamente a esas declaraciones, que desde el punto de vista de la línea del PC se calificarían de izquierda, Perón produce declaraciones antisoviéticas o del tipo “Ni Moscú ni Washington”, que desde el mismo punto de vista podrían considerarse de derecha, aunque en realidad mantenían continuidad con su línea de Tercera Posición. En síntesis, Codovilla, demagógicamente y preservando la relación estrecha que tiene la cúpula del PC con la dirección del peronismo encabezada por Framini, utiliza a favor de esta dirección los argumentos de Perón. Así es que propone la formación de un partido único de la revolución, propuesta que ya comenzaba a ser sostenida por sectores del PC soviético, generalizando la experiencia de la Revolución Cubana. Ese partido único lo integrarían el peronismo, el comunismo y el socialismo dirigido por Alexis Lattendorf, Ricardo Monner Sanz y otros socialistas que con la Revolución Cubana también habían “girado a la izquierda” acercándose a posiciones prosoviéticas de tal forma que todavía hoy siguen empantanados en ellas.

Se podría decir que “*El giro a la izquierda*” traza una línea verdaderamente revolucionaria para el PC de la Argentina si tenemos memoria de la Unión Democrática. Plantea la formación de un partido único con el Partido Justicialista. La verdad que era asombroso, era una verdadera revolución en la línea del PC. Pero si se lo lee atentamente se verá que su trasfondo está dado por la lucha que ya se desarrolla en el Ejército entre Azules y Colorados y por lo que después va a ser el enfrentamiento entre Onganía y Lanusse.

Como nos iba a enseñar la experiencia muchos años después, el PC tenía una fuerza considerable dentro del Ejército. No sólo el PC, sino el aparato soviético en la Argentina. En ese entonces había un oficial superior que tenía posiciones públicas de izquierda: el general Carlos Jorge Rosas. Tuvo una participación destacadísima en el enfrentamiento entre Azules y Colorados, ya que siendo comandante del II Cuerpo de Ejército desplazó sus tropas contra los efectivos de la Marina que se habían alzado. El general Rosas era un hombre al que

no se lo podría calificar exactamente de nacionalista, sino de progresista de izquierda, prosoviético. En la FJC conocíamos sus posiciones, así como las de algunos otros militares, pero lo asombroso de ese informe es que habla de la existencia en el Ejército de un amplio sector legalista.

Aquí me permito volver a lo de Guido, porque cuando cae Frondizi, se produce un enfrentamiento en las Fuerzas Armadas. El sector más reaccionario del Ejército, vinculado a sectores de la Marina y de la Aeronáutica muy ligados al imperialismo inglés y a un sector de los monopolios americanos, trata de adueñarse de la Rosada. En ese momento el sector prosoviético, que tenía el gobierno con Frondizi, impone la presidencia de Guido por intermedio de uno de sus personeros más importantes: Julio Oyhanarte. Es un verdadero pirateo el que hacen allí, porque retrasan la llegada del general Raúl Poggi a la Casa Rosada y mientras tanto, en el Parlamento y con la anuencia de la Corte Suprema, proclaman presidente a Guido. Ese enfrentamiento, y el que Poggi –un hombre ubicado luego en el sector Colorado– haya tenido que acatar eso, es demostrativo de la división que ya existía en las Fuerzas Armadas.

–¿Cómo se nucleaban los sectores en pugna? ¿Quiénes eran sus líderes?

–Existía un amplio frente denominado Azul integrado por sectores que trabajaban con el Departamento de Estado de Kennedy y con el Pentágono yanqui liderados por Onganía; sectores ligados a monopolios italianos; sectores de terratenientes liberales que venían trabajando en relación con el PC desde la época de Perón, como los que encabezaban Alejandro Agustín Lanusse y Alcides López Aufranc; sectores nacionalistas nasseristas, como el de Osiris Villegas y nacionalistas progresistas como el de Rosas, donde jugaba ya un notorio papel el general Juan E. Guglielmelli. Es decir que allí había desde sectores abiertamente proyanquis o prooccidentales, como Onganía, Julio Alsogaray y el general Rattenbach, hasta sectores abiertamente prosoviéticos como el de Guglielmelli.

El jefe de los Colorados fue el general Bernardino Labayru, y estaban con él Federico Toranzo Montero y Cornejo Saravia. La lucha tuvo dos momentos. El primero en septiembre de 1962, Onganía fue impuesto como comandante en Jefe del Ejército. En el segundo episodio entre Azules y Colorados, en abril de 1963 se enfrentaron la Marina y el Ejército. En el enfrentamiento se destacó el ya general Alejandro Agustín Lanusse, quien al frente de una división tomó Punta Indio y luego desplegó sus tropas frente a Puerto Belgrano hasta lograr la rendición de la Marina.

En “*El giro a la izquierda*”, adelantándose a los acontecimientos, Codovilla dice que se va a ir a un enfrentamiento y que nosotros tenemos que empujarlo para que se produzca una divisoria de aguas en el Ejército entre los sectores que son partidarios de ir a un desemboque electoral y los partidarios de una dictadura militar abierta. Los hechos van a terminar en un enfrentamiento entre estos dos sectores. Codovilla decía: “En el caso que se dé ese enfrentamiento, nosotros tenemos que apoyar a los sectores más progresistas contra los más reaccionarios. Dentro de los más progresistas tenemos que trabajar con los nasseristas y rosistas (refiriéndose al general Rosas) que tienen posiciones más avanzadas”. Daba a entender que en ese forcejeo el pueblo podría aprovechar esa contradicción en las clases enemigas y avanzar hacia una salida revolucionaria. “El hombre propone y Dios dispone –decía Codovilla–, y Dios en este caso son las masas populares que al lanzarse a la lucha decidirán”. Ahora bien, ¿qué sucedió en la práctica? Sucedió que producido el enfrentamiento el PC y la FJC movilizaron a sus afiliados en apoyo a los militares Azules, es decir, no sólo a los nasseristas y rosistas sino a Onganía y demás. Como dice la Declaración Constitutiva de nuestro partido, “ante el enfrentamiento de Azules y Colorados se empujó a nuestra organización a ofrecer voluntarios a las tropas de Onganía y desde *Nuestra Palabra* se anunció con alegría: «El peso del pueblo se sumó al de Campo de Mayo». Y en la declaración del CC del 22 de septiembre de 1962 con referencia al sector Azul se señalaba que «en sus comunicados radiales va al encuentro de algunas

aspiraciones del pueblo argentino»”. Entre estos comunicados estuvo el famoso 150, que prometía elecciones y fue redactado por Mariano Grondona y el coronel Julio Aguirre. Grondona era subsecretario de Interior del gobierno de Guido durante el Ministerio de Rodolfo (“Rolo”) Martínez, hombre ligado a los prosoviéticos. Otro funcionario de ese Ministerio, con el que estaba vinculado Grondona, era Remo Entelman, testaferro de los soviéticos. El Comunicado 150 de Campo de Mayo generó expectativas e ilusiones en la dirección del PC.

El sector universitario de la FJC de La Plata recibió instrucciones de tomar contacto con López Aufranc y coordinar con él la unión de las fuerzas contra los Colorados. El sector universitario de la Capital Federal intentó también que los Azules de Campo de Mayo aceptasen sus voluntarios. Es decir: la dirección del PC colocó al partido a la cola de los llamados Azules, aceptando, en los hechos, en la lucha contra los Colorados ultra gorilas, la dirección militar del sector onganiano.

Es decir que ese famoso informe de Codovilla pasa de izquierda porque debe dar cuenta de la profunda rebeldía que existía en la FJC y en el PC en todo ese contexto internacional, pero de fondo es un lenguaje hipócrita de “izquierda” para ocultar una línea de derecha real que fue el apoyo a los Azules. Más incluso que a los “nasseristas” y “rosistas”, porque los acontecimientos posteriores en la Argentina iban a demostrar que el verdadero hombre del PC y de los soviéticos dentro de los Azules no era ni Rosas, ni Guglielmelli, ni Osiris Villegas, sino que el hombre era Lanusse. Y lo era en la dupla Lanusse-López Aufranc.

—¿Sería dable pensar que habría una línea política que une ese apoyo a los Azules con el ofrecimiento similar que Patricio Echegaray hizo al general Dante Caridi en 1988, en ocasión del enfrentamiento de Monte Caseros?

—Sí, por supuesto. También con el apoyo que dieron antes al general Ríos Ereñú al firmar la llamada Acta Democrática cuando los hechos de Semana Santa. En esencia es una misma línea.

Codovilla, en el informe que comentamos, formula la política que se concretó meses después en apoyo a los Azules. Señalaba allí tres corrientes principales en las Fuerzas Armadas. Una era la “ultra gorila”, agrupada en los Colorados. Otra la del grupo “aramburista”, que buscaba el gobierno por la vía “democrática controlada”, proscribiendo al peronismo y a los comunistas. Finalmente la de los grupos “nasserista” y “rosista” que se “entrelazan” –decía él– y “se proponen con un programa de tipo populista, con algunas medidas nacionalistas, aunque al mismo tiempo con la instalación de un gobierno duro, dictatorial, algunos cambios pero no profundos en la situación económica y social”. El PC planteaba entonces que la línea era “contribuir a la derrota de las camarillas reaccionarias ultra gorilas”, y “ayudar a las fuerzas nasseristas y similares a conquistar y consolidarse en el poder, a condición de que se forme un gobierno verdaderamente democrático y nacional”.

Era una línea de comerse el salame por fetas, como se dice, que en primer lugar implicaba aislar y derrotar a los elementos ultra gorilas apoyando a los nasseristas y similares. Esto es lo que Codovilla llamaba “terciar”. El no entendía por “terciar” como lo entendemos nosotros, una política independiente del pueblo que en combate contra un enemigo común arrastre a un sector militar, sino que lo entendía como el apoyo a esas fuerzas militares para, como escribe él, “ayudarlas a conquistar y consolidarse en el poder”. Desde el punto de vista de una crítica superficial, aparentemente marxista, aparecería un continuismo de tipo oportunista entre la línea de Codovilla de 1962 y la línea de Echegaray de 1987-88, una línea de seguidismo a una fuerza burguesa, en este caso militar. Pero el PC en ambos casos opera como una fuerza de apoyo a un sector del Estado que no es de burguesía nacional sino que está subordinado o aliado al imperialismo soviético. Porque dentro de esa corriente nacionalista con fuertes tendencias neutralistas, por las cuales se la llamaba nasserista, existía emboscado un grupo de militares prosoviéticos, encabezado por el que luego fue general, Guglielmelli, jefe del V Cuerpo de Ejército y direc-

tor de la revista *Estrategia* (integrada esa corriente también por el general Rosas) y seguido por un grupo de coroneles en pelotón, digamos, donde anidaba la influencia principal de los socialimperialistas soviéticos y en el que estaban Lanusse y López Aufranc. Es cierto que hubo gente de esta tendencia en los Colorados, por ejemplo Viola. Una parte, pequeña, de los Azules trabajó para elecciones sin proscripción del peronismo. La mayoría se gorilizó, se tornó Violeta y se unió a un sector de los Colorados. Este sector fue mayoría e impuso finalmente la proscripción del peronismo en las elecciones de 1963 que ganó el Dr. Arturo Illia. Es decir, aparentemente hay seguidismo del PC a una corriente militar, pero al observar más atentamente se ve que actúa como batallón de apoyo de la fuerza principal socialimperialista que está operando dentro del aparato del Estado, donde se produce la disputa más aguda entre las fuerzas imperialistas yanquis, europeas, soviéticas, etc. Así ocurrió en 1987 cuando la dirección del PC aparentaba tener una posición independiente hasta que las cosas se pusieron al rojo vivo y, pese a que habían constituido el FREPU con los trotskistas del MAS y empleaban una demagogia ultraizquierdista de palabra, terminaron firmando el Acta Democrática en la Casa Rosada con Alfonsín y apoyando en la práctica al Ejército “leal” encabezado por Héctor Luis Ríos Ereñú, quien en su momento se hizo célebre por llamar *che-rubichá* (mi jefe) al general Lanusse, de quien fue ayudante. Lanusse se cuidó muy bien de protegerle la carrera, ya que en su libro de memorias ni siquiera lo nombra por su nombre completo, mencionándolo simplemente como Luis Ríos, siendo que es un hombre del riñón del lanussismo. La misma actitud tuvo el PC con Caridi, continuador de esa línea con posterioridad a Semana Santa.

—Hay dos elementos indicadores de que, pese a haber sido expulsados del PC, ustedes se proponían permanecer en él y “recuperarlo”. El más obvio es que se denominaban Comité Nacional de Recuperación Revolucionaria. El otro elemento es que convocaban a la realización del XIII Congreso del par-

tido, para el cual incluso escribieron las tesis preparatorias. ¿Cómo veían en esos inicios la viabilidad de tal recuperación?

—Para entender bien su significado y cómo se interpretaba esa denominación, que acordamos cuando constituimos el partido entre todos los grupos que confluimos en él, hay que considerar las particularidades que tuvo la ruptura con el PC. Hemos venido hablando de mi experiencia personal, pero en la ruptura de 1967 en el Partido Comunista, y posteriormente en la constitución del Comité Nacional de Recuperación Revolucionaria, confluyeron muchos procesos, muchas corrientes, y yo fui un protagonista más de esos acontecimientos que expresaron, principalmente, una gran rebelión juvenil y en el caso del PC, un alzamiento de las juventudes comunistas contra la dirección revisionista y oportunista del partido. Se trató de una ruptura masiva en la que fueron expulsados cerca de cuatro mil afiliados a la Juventud y al partido. El sector más importante, más activo, en esa ruptura, fue el constituido por los sectores universitarios de la FJC. Al calor de los acontecimientos políticos de masas ocurridos en el país en esos años, de la influencia de la lucha mundial contra el revisionismo y de la enorme corriente de apoyo a la Revolución Cubana, creció en el movimiento estudiantil una poderosa corriente de izquierda que ganó la mayoría de los centros universitarios y la Federación Universitaria Argentina. Las masas estudiantiles realizaron grandes luchas. Antes y después del golpe del 28 de junio de 1966. Se pueden mencionar, como ejemplo, las luchas en solidaridad con el pueblo dominicano; la lucha por mayor presupuesto universitario, antes del golpe; la lucha en Córdoba en la que fue asesinado el estudiante Santiago Pampillón; y la resistencia a la policía aquella noche “de los bastones largos”. La Federación Juvenil Comunista —cuyo responsable universitario era Jorge Rocha— jugó un gran papel en ese período. Pero sus militantes, empujados por la radicalización del movimiento de masas, fueron entrando en una contradicción cada día más abierta con la línea oportunista, de derecha, de la dirección del PC que encabezaba Victorio Codovilla. Aquel

núcleo opositor a esa dirección –del que hablamos antes– que surgió en el movimiento universitario y tenía su centro en Medicina de la Capital, creció hasta ganar a la mayoría de las direcciones universitarias del PC. Este fue uno de los grandes afluentes que confluyeron al PCR en 1967. Antonio Sofía, Lucy Edelman y Ricardo Helman fueron algunos de los que militaron en Medicina de Capital Federal en aquel grupo inicial de oposición a la dirección reformista del PC. Por otro lado la radicalización del movimiento estudiantil de esos años afloró en el desarrollo del MENAP, una organización estudiantil antiimperialista que dirigía Ariel Seoane y contaba con líderes de masas en las principales universidades del país. El MENAP dirigía importantes centros y federaciones. Entre sus dirigentes podemos mencionar a Raúl Salvarredy (que presidió la FUA) y Juan Carlos Sanes en La Plata; Carlos Paillole y Rafael Gigli en Corrientes (que serían luego dirigentes del “correntinazo” de 1969); Rosa Nassif y Emilia Peralta en Tucumán; Juan Sander en Medicina de Buenos Aires; Luis Molinas en Santa Fe; Juan Carlos Busi, Casario y Horacio Ciafardini en Rosario. El MENAP tenía posiciones de izquierda, era muy crítico de las posiciones reformistas de la dirección del PC y del gorilismo de ésta, y consideraba necesario organizar un partido revolucionario de vanguardia, ya que consideraba irrecuperable al PC. Los sectores universitarios rebeldes a la dirección del PC fueron influyendo en un proceso, a medida que la línea anti-revolucionaria de esa dirección iba quedando en evidencia, sobre el conjunto de la FJC, cuyas direcciones de la Capital Federal, provincia de Santa Fe, La Plata, Zona Norte de la provincia de Buenos Aires, Bahía Blanca, Mendoza, Tucumán, Corrientes, entre otras, pasaron a oponerse a la línea planteada por aquella dirección frente a la dictadura y se crearon condiciones para ganar el próximo congreso de la FJC. Allí la dirección del PC provoca la ruptura y expulsa a miles de afiliados para abortar ese proceso. Al producirse la ruptura un conjunto muy importante de cuadros del partido en la Capital Federal y las provincias de Buenos Aires y Santa Fe, entroncó con la

Juventud; cuadros que jugarían un papel muy importante, posteriormente, por su experiencia política, en la organización de un verdadero partido marxista-leninista. En uno, Gody Alvarez, voy a citar a todos. Entre éstos estaban la mayoría de los cuadros que, en 1964, habían sido dispersados por la dirección del PC luego del VIII Congreso de la FJC, por sus posiciones críticas. Y dirigentes barriales, sindicales y cuadros del partido de diferentes organizaciones del PC. Así que confluyen distintas corrientes. Nos unimos por cuatro puntos: el rechazo a los métodos centralistas, burocráticos, antileninistas de la dirección del PC; el rechazo a la línea seguidista de la burguesía de esta dirección; por la vía armada como única vía para el triunfo de la revolución; y en repudio a la línea internacional del PC, especialmente por su posición frente a la OLAS (Organización Latinoamericana de Solidaridad) a la que esa dirección había repudiado. No creíamos posible recuperar al PC. El nombre que entonces adoptamos (Comité Nacional de Recuperación Revolucionaria) se debió a que sí creíamos posible recuperar a muchos cuadros obreros y revolucionarios del PC, que sabíamos que compartían muchas de nuestras posiciones.

—Usted dice que la dirección del PC provocó la ruptura. ¿Cómo fueron los hechos?

—Esto también está muy relacionado con la particularidad de ese momento. Sectores del Partido Comunista de la URSS, que tenían contradicciones con la dirección del PC, particularmente con Victorio Codovilla (era reciente el cambio de Jruschov por Brezhnev) estimulaban la rebelión en la FJC. Lo hacían bastante abiertamente aprovechando las delegaciones internacionales de la Juventud. Lo mismo hacía la dirección del PC de Cuba, que abiertamente expresaba su oposición a la línea de la dirección del PC. Esta, a la vez, enfrentaba en América Latina la línea de los cubanos, como se demostró en la reunión de la OLAS en La Habana. La dirección del PC, que tenía detectado desde hacía tiempo el proceso de rebelión en la FJC y conocía a sus protagonistas, fue infiltrando con anticipación

los núcleos opositores. Esto va a tener mucha importancia en los primeros años de nuestra vida como partido. Ese aparato del PC y los soviéticos aprovecharon así la ruptura de 1967 para infiltrar a toda la izquierda. Muchos personajes de la política argentina actual vienen de ese proceso. En determinado momento, cuando esta fuerza crecía, para romperla y contenerla, la dirección del PC fragua una denuncia por trabajo fraccional contra una camarada, e inicia la intervención a la FJC de la Capital, que dirigía Carlos Echagüe, y a las organizaciones barriales de ésta. Así provocan ellos la ruptura. En una reunión del Secretariado del PC en la que participaron Victorio Codovilla, Orestes Ghioldi, Arnedo Alvarez y Héctor Santarén, secretario de la FJC, Codovilla dijo: “Hay que hacerles una provocación, reunir a la dirección de la FJC y expulsar a los fraccionistas”. Conocimos esto en ese entonces por confidencia de un amigo en la dirección del PC. Codovilla era experto en estas cosas, las había practicado en la Internacional para desgracia de muchos partidos comunistas. Tenía teorías como la del cuchillo de Gasparone, aquel bandido siciliano que bendecía el cuchillo antes de clavarlo sin piedad hasta el fondo. Ellos buscaban crear un hecho que bendijera su acción contra la rebelión en la FJC y les permitiera ir a fondo en ella. Tenían que hacer arder la casa cuidando que el fuego no se viera, que el proceso tremendo de descomposición interna no se viera, sobre todo en el extranjero, donde aparentaban ser un partido monolítico, firmemente unido en torno a su dirección, y ésta firmemente alineada tras la dirección del PCUS. Otra expresión que utilizaba Codovilla era “retorcerle el cuello a la gallina sin que cacaree”. Santarén le pidió la intervención de la Juventud, pero Codovilla se negó precisamente para evitar que se conociese lo que sucedía.

Acusaron a los jóvenes universitarios y de la Capital de ser aventureros, etc. En medio de esta situación se reúne el Comité Ejecutivo de la Juventud. Predominan en él las posiciones sustentadas por Jorge Rocha (miembro del Secretariado Nacional), Miguel Rubinich, Carlos Echagüe, Sergio Rodríguez, Manuel Campos, Orlando Muñoz, que defienden las posicio-

nes del Comité Capital. Se convoca enseguida al CC de la FJC y éste también enfrenta a la dirección del PC. Allí se nos presenta un problema serio a quienes estábamos dentro del partido. Éramos presionados para “depurar” a la Juventud, con cuyas posiciones políticas coincidíamos. Muchos nos negamos a hacerlo y fuimos expulsados por ello. Confluimos en el CNRR. Claro, cuando se producen hechos de este tipo hay también quienes aprovechan para abandonar el barco y dedicarse a su tranquila vida pequeñoburguesa. También había quienes criticaban al PC por sectario. Muchos hacían centro sólo en los métodos. Es decir que en el contingente que rompe había esa gran heterogeneidad que usted dice. Pero el conjunto se unificó en torno a los cuatro puntos de crítica que mencioné antes. Y si se considera que la ruptura provocada por la dirección del PC salía a cortar un proceso en el que teníamos la mayoría en la FJC en momentos previos a la realización de uno de sus congresos y antes del XIII Congreso del PC, se entiende lo de “CNRR”. Pero teníamos claro que una vez sancionados por la dirección del partido era prácticamente imposible que tuviéramos oportunidad de recuperarlo.

—En cuanto a la recuperación y a ciertas expresiones de simpatía hacia la URSS, pareciera que ustedes emulaban a los patriotas de Mayo, que juraban fidelidad al rey Fernando VII mientras organizaban la lucha por la independencia. ¿Sucedió así, o eran sencillamente prosoviéticos?

—Hubo ambas cosas. Personalmente estaba convencido, desde hacía muchos años, de la degeneración de la Unión Soviética. Pero no tenía una caracterización científica de eso. Había en algunos de nosotros ideas confusas acerca de la posibilidad de recuperar a la URSS para el socialismo, acerca de la eficacia o no de la lucha “antiburocrática” que había librado Jruschov, sobre las reformas económicas de Liberman, semejantes a las de Gorbachov hoy, etc. Otros tenían ilusiones en el rumbo “más duro”, más “antiimperialista” de Brezhnev y Shelepin. De modo que sí hubo “fernandeo” —así se decía,

precisamente en alusión a lo que usted menciona–, también porque había algunos que creían que el Partido Comunista de la Unión Soviética, por tener discrepancias con Codovilla, nos ayudaría.

Hay que tener en cuenta el desgarramiento personal que significaba para cada uno de nosotros romper con el PC y con la URSS. Nuestra generación había crecido con respeto, admiración y fidelidad total a la Unión Soviética. Así como en la generación anterior millones dieron la vida gritando: “¡Viva Stalin! ¡Viva la Unión Soviética!”, y así afrontaron la guerra, los pelotones de fusilamiento y las torturas, para nosotros la fidelidad a la URSS era, como decía Codovilla, “la piedra de toque” que distingue a un comunista. También la fidelidad al partido; y no veíamos perspectiva alguna fuera de él. Recuerdo que en una ocasión, al preguntársele cuál había sido el momento más difícil en la azarosa vida de su marido, la viuda de Chou Enlai respondió que había sido aquél en que tuvo que romper con la Unión Soviética. Esta es una cuestión muy importante para entender que en ese CNRR había “fernandeo” (es decir táctica para ganar cuadros del PC) pero también había ilusiones, esperanzas, y siempre existía la ilusión de que los soviéticos, o los cubanos, nos reconociesen o presionaran al PC para que corrigiesen la “injusticia” que había cometido y nos readmitiese.

Había todo eso, pero también prevención frente a un trabajo de provocación del PC que nos hacía pasar por un grupo de conspiradores fraccionistas que queríamos formar otro partido, y que ese otro partido se iba a llamar PCR (y decían que sería antisoviético), porque conocían que entre nosotros ya se hablaba de un comunismo revolucionario. Incluso una vez nuestro periódico *Nueva Hora*, en lugar de publicarse como órgano del PC (CNRR), salió impreso como “órgano del PCR”. Claro, nos tenían infiltrados con –entre otros– Salvador Marino, viejo cuadro de la Comisión de Organización del PC que se encargaba de nuestras impresiones clandestinas, quien adujo que había sido un error del imprentero. Lo mismo hizo

con nuestras tesis para el XIII Congreso, demorándolas en la imprenta nueve meses, de modo que el PC pudiese sacar las suyas con antelación. Finalmente decidimos marchar a nuestro I Congreso y con el nombre actual.

–Entre otras acusaciones a ustedes se les hacía entonces la de ser maoístas. Sin embargo, la Declaración Constitutiva del PCR propone “combatir y derrotar la línea nacionalista, antisoviética y divisionista de Mao Tsetung”. También en un Nueva Hora de julio de 1969, se calificaba como “poco marxista” la caracterización del “nacionalismo chino” que “acusa a los dirigentes soviéticos de «socialimperialistas» y de transformar a la URSS en un «tenebroso estado fascista de dictadura burguesa». Se descalificaba así aquello que tiempo después el PCR iba a considerar justo. ¿Aquella descalificación tenía consenso? ¿Estaba, por el contrario, en lucha con otras líneas? ¿O simplemente era producto de esa infiltración que usted menciona?

–Tenía que ver con todo eso. Lo que predominaba en las fuerzas que rompieron entonces, era la oposición a la dirección del partido argentino. Había algunas posiciones críticas de la URSS, especialmente en los que provenían del MENAP, pero en la mayoría de los casos un rechazo frontal al maoísmo. En esto jugó lo que venía de los cubanos, de los soviéticos y del trotskismo, ya que todo eso nos influenciaba. También jugó el “fernandeo”, porque apenas rompemos, los dirigentes del PC del Uruguay, concretamente Sanseviero, Arismendi y Massera, toman contacto con nosotros y se ofrecen a lograr que el PC argentino revea su posición hacia nosotros, advirtiéndonos que para ganar esa batalla debemos ser muy cuidadosos con la Unión Soviética y dejar en claro que seguimos siendo fieles a ella. Lo mismo dicen elementos vinculados a la inteligencia del PC que se nos arriman en ese momento. Intentaron con nosotros lo que la Unión Soviética hizo con todos los grupos disidentes del PC, como el de Rodolfo Puiggrós en el 46. Todos rompían jurando fidelidad a la URSS y luego

el aparato secreto soviético los reclutaba para sus trabajos especiales. Esto, en aquel momento, no sólo exigía fidelidad a la URSS sino también ataques al PCCh.

En la primera reunión de lo que iba a ser el CNRR, en una casa por la zona de Ezeiza, hubo una discusión sobre China. El camarada Planes y yo planteamos que si el problema principal del PC argentino y del movimiento comunista internacional era la desviación de derecha y el avance de las teorías revisionistas, los camaradas chinos, que eran críticos de eso desde la izquierda, estaban más cerca nuestro que los oportunistas, y que tenían algo de razón. Pero recién vamos a romper con la Unión Soviética con motivo de la invasión a Checoslovaquia, producida poco después. Nosotros hicimos una declaración condenatoria, e inclusive organizamos manifestaciones de masas del partido y de la FUA en repudio a esa intervención. El apoyo a esta posición fue prácticamente unánime en el partido.

—¿Desde qué posiciones se opusieron ustedes a la invasión a Checoslovaquia?

—Desde entender que implicaba la negación del socialismo, desde la noción de que no puede imponerse el socialismo por medio de las bayonetas de un ejército extranjero. Este era un principio de Marx y de Engels cuando dijeron que ningún pueblo puede liberarse oprimiendo a otro pueblo. Así se inicia nuestro proceso de ruptura con la URSS. Pero si usted lee el artículo “¿Qué pasa en el comunismo?”, publicado en el primer número de nuestra revista *Teoría y Política*, un artículo que fue aprobado por todos nosotros, verá que esa crítica va acompañada, inmediatamente, de una defensa del carácter socialista de la URSS. Se critican las “deformaciones” del socialismo (como hacen los trotskistas) pero se considera que la liquidación de la propiedad privada y el predominio de la propiedad estatal distinguen al socialismo del capitalismo, coligiendo de ello que la URSS es socialista. En verdad, no habíamos dejado de ser un puzzle teórico-político, y no lográbamos consolidar el partido. Después de la ruptura tuvimos un proceso lento de

desgaste en el que nuestras fuerzas se fueron reduciendo paulatinamente. Dirigíamos la FUA y éramos la principal fuerza del movimiento estudiantil, pero decidimos constituirnos en el partido de la clase obrera. A los principales cuadros estudiantiles los orientamos hacia el trabajo en el movimiento obrero, por lo que fuimos perdiendo influencia entre los estudiantes.

Ahora, nosotros siempre tuvimos una característica: estar en la lucha. Nunca fuimos un grupo teórico, como tantos que hubo en la Argentina, que produjo una ruptura y sacó una publicación de debate de ideas. Nosotros rompimos y lo primero que hicimos fue salir a la calle a organizar manifestaciones de lucha. Y al calor de la lucha íbamos elaborando nuestro programa.

En ese período inicial nuestras fuerzas fueron decreciendo, decreciendo, hasta que se produce el Cordobazo. El Cordobazo confirmó algunos de los ejes fundamentales de línea, tácticos y estratégicos, y también respecto del gobierno de Onganía, que nosotros habíamos planteado. Ahí comienza un lento proceso de crecimiento del partido, pero como seguíamos siendo ese puzzle ideológico, el proceso fue muy complejo y doloroso. Estábamos contra el revisionismo y contra el oportunismo; teníamos desde ese punto de vista claro el blanco en la dirección revisionista y oportunista del PC, pero éste, como resultado de acontecimientos que no podíamos interpretar a cabalidad, se iba desplazando hacia la izquierda, y nosotros consecuentemente hacia la ultraizquierda.

—¿Por qué razón?

—Porque estábamos siempre preocupados por diferenciarnos. Además, en los hechos golpeábamos a los mismos enemigos, incluido el peronismo. Cuando se produce el cambio de Onganía por Levingston y luego por Lanusse, el PC, que venía trabajando desde muchos años antes con el grupo militar de este último, entra a armar el juego que va a culminar en el 73. Por un lado se monta la Hora de los Pueblos, pero por otro lado el PC organiza el Encuentro Nacional de los Argentinos radicalizándose hacia la izquierda y tratando de absorber a

esa enorme masa que ha despertado a la lucha política revolucionaria a partir de 1969. Al mismo tiempo, como el gran objetivo de Lanusse era doblegarlo a Perón para que aceptase el Gran Acuerdo Nacional, el PC adopta una posición fuertemente crítica del peronismo. Por lo tanto, en la crítica a las posiciones políticas concretas del PC, nosotros íbamos siendo corridos necesariamente hacia la ultraizquierda y dábamos golpes en el aire. Estábamos siempre preocupados por diferenciarnos, no por ver cómo uníamos a la masa para apoyarnos en esa unidad y aislar a los elementos reaccionarios, sino por levantar la consigna de “alternativa proletaria”. En los hechos, teníamos una línea trotskizante, y esto nos convertía a menudo en instrumento de fuerzas políticas enemigas, en particular de las prosoviéticas.

Por ejemplo, recuerdo que detuvieron a un compañero nuestro. Lo llevaron a la División de Informaciones Políticas Anticomunistas de la Policía Federal (DIPA) y allí lo interrogó el comisario Castro. Le dijo: “Explíqueme por qué ustedes trabajan aliados con Lanusse”. El compañero le contestó de todo, le dijo: “Usted qué se cree...” y demás; pero nosotros nos quedamos preocupados. Nos preguntábamos “¿qué quiso decir este tipo?”.

—¿Se contestaron esa pregunta? ¿En qué año sucedió eso?

—Era 1970-71. Nosotros dirigíamos la FUA y organizábamos la lucha. Estábamos todos los días en primera plana de La Razón. Era sabido que a ese diario lo manejaba el Comando en Jefe del Ejército, cuyo jefe era el general Lanusse. De modo que era visible que el Comando en Jefe del Ejército levantaba las acciones de lucha de la FUA contra la dictadura. ¿Me explico? Y nosotros no entendíamos por qué. Este es un gran arte de la política. Definir quién es el enemigo y quién el amigo. Es lo que puede explicar que incluso después de la invasión a Checoslovaquia, los soviéticos nos enviaron mensajes diciéndonos: “Nosotros los apoyamos, con tal de que ustedes no se relacionen con los chinos. Si ustedes son revolucionarios, son

antiyanquis, son antiimperialistas, golpean al enemigo que nosotros estamos golpeando actualmente, aunque discrepemos con la metodología, discrepemos con la ideología, discrepemos con todo, los ayudamos, porque objetivamente estamos en la misma lucha”. Tardamos muchos años en descubrir este problema fundamental. Recién lo íbamos a descubrir con la ayuda de los camaradas chinos, pues ese problema fundamental era lo que había cambiado en la Unión Soviética, y como resultado de ello lo que había cambiado aquí en la Argentina con la penetración creciente del socialimperialismo soviético. Ese fue el motivo principal de nuestros errores “izquierdistas”, porque nos impedía ver con claridad quiénes son los enemigos de la revolución, y quiénes los amigos, nos empujaba al trotskismo en la polémica con el PC y con el terrorismo pequeño burgués, y nos impedía tener una correcta política de unidad con la burguesía nacional que resiste la penetración socialimperialista.

–La Declaración Constitutiva del PC (CNRR) criticaba el “oportunismo que ubica permanentemente al partido tras distintas alternativas de la burguesía”. ¿Cuándo es que comienzan a entender ese seguidismo como la consecuencia de la supeditación a una superpotencia imperialista?

–Recién cuando arribamos a la categoría de socialimperialismo. Mientras considerábamos a la URSS como un país socialista con deformaciones, no imperialista, no podíamos ver cómo actuaba dentro de nuestro país. Nosotros primero señalamos esas deformaciones, y después, en nuestro II Congreso realizado en 1972, precisamos la transformación en clase burguesa de la burocracia dirigente de la Unión Soviética. Pero no habíamos aprehendido aún la categoría científica de socialimperialismo elaborada por Mao Tsetung.

Cuando surge esa categoría se abre una discusión, que todavía hoy persiste entre los comunistas marxistas-leninistas en todo el mundo, sobre si la Unión Soviética es simplemente una potencia socialista con deformaciones chauvinistas que la llevan a una política hegemónica, como nos dijo una vez Hu

Yaobang, el líder del PC chino fallecido el año pasado, o si es socialista sólo de palabra e imperialista en los hechos, es decir, socialimperialista. Hu Yaobang enfatizó, al explicar su teoría, que un país socialista no podía ser hegemónico. Dijo esto como diciendo que un comunista no puede ser un borracho, o que no puede tener malos hábitos, pero sin vincular estos “malos hábitos” a una transformación estructural producida en la URSS, como hizo Mao Tsetung. Mao dijo “socialimperialismo”, y lo identificó, por sus características de la época de Leonid Brezhnev, con las características del imperialismo nazi-alemán.

A partir de allí nosotros estudiamos la actuación de ese imperialismo en la Argentina. Pero quiero señalar que nosotros no fuimos de la categoría teórica de socialimperialismo a descubrir el socialimperialismo en la Argentina. Nosotros lo hicimos desde la política. Había cuestiones en la política argentina que nos resultaban inexplicables sin esa categoría, sin el conocimiento de ese cambio esencial que se había producido en la URSS. Por lo tanto criticábamos aquellas posiciones del PC por reformistas, pero el análisis nos resultaba limitado. Doy un ejemplo: el 25 de mayo de 1973, en el balcón de la Casa Rosada, junto al nuevo presidente Cámpora están Allende y Dorticós acompañados por su anfitrión Lanusse (porque fue él quien los invitó, no Cámpora, de la misma manera que no fue éste sino Lanusse quien liquidó las “fronteras ideológicas”). Este balcón nos resultaba incomprensible, porque para la izquierda Lanusse era un terrateniente proyanqui. Nosotros también en una época dijimos eso, porque la característica con la que opera el socialimperialismo podríamos decir que es una combinación de tres elementos. Un factor es el ideológico, teórico, que es como el yugo que puesto sobre el cuello del buey le obliga a bajar la cabeza. Otro son las anteojeras políticas, que señalan un camino al buey, que le indican un enemigo que casualmente es el mismo enemigo que tiene el socialimperialismo. Y por último está el conductor, que agujujea al buey con la picana. Por lo tanto el buey no puede levantar la cabeza para explicarse qué está pasando en el balcón de la Casa Rosada.

Desde la política y con la ayuda de la integración de la categoría teórica de Mao Tsetung llegamos a explicarnos cosas. Algunas ya las conocíamos cuando rompimos con el PC. Conocíamos al monstruo, como diría Martí, porque veníamos de sus entrañas. Por ejemplo conocíamos que en 1967 el grupo económico-financiero del PC era el quinto grupo económico de la Argentina, y de eso se vanagloriaba, en círculos muy estrechos y elevados, la dirección del partido. Sabíamos también que ese año, 1967, gente del PC había ganado la dirección de la Cámara Argentina de Criadores de Aberdeen Angus. Eran hechos que recién después comenzamos a asociar. Sin embargo había, incluso entre los maoístas y dentro mismo de China, gente que polemizó mucho con nosotros y explicaba esto diciendo que el PC era expresión de la burguesía nacional. Como era un partido reformista del tipo de los partidos socialdemócratas europeos de la primera posguerra, que estaban al servicio de los monopolios de sus respectivos países, el Partido Comunista italiano, o el francés o el argentino eran expresión de la burguesía nacional al igual que la socialdemocracia. Pero esto no tenía en cuenta la diferencia fundamental que existía entre el “reformismo” controlando un Estado imperialista como la Unión Soviética, y el reformismo socialdemócrata de la primera posguerra que llevó a la constitución de la República de Weimar. No tenía absolutamente nada que ver. Porque una cosa es la socialdemocracia reinando para los monopolios y otra es una clase capitalista burocrática de Estado, dueña de los medios de producción.

En realidad, como hemos señalado muchas veces los maoístas, el camino real del proceso de degeneración del Estado en la URSS es el que lleva en épocas de la esclerosis dogmática del marxismo de Stalin al revisionismo, del revisionismo a la traición y de la traición a la transformación en socialimperialista. Y el carácter de esa potencia imperialista que es la Unión Soviética no es el de una nueva formación económico-social, sino el de una restauración capitalista. Y los cinco rasgos con que Lenin definió al imperialismo como

fase superior del capitalismo se aplican a la URSS: el dominio de los monopolios, el capital financiero, la exportación de capital, la asociación internacional de grupos monopolistas, y la disputa con otras potencias por el reparto del mundo, cosa que vimos entonces en la Argentina y en los años posteriores se vio con mayor claridad.



Al centro, Otto Vargas en el 40º aniversario de la Revolución Rusa, junto a dirigentes juveniles, entre ellos Jiri Pelikan, presidente de la Unión Internacional de Estudiantes y uno de los líderes de la Primavera de Praga. Leningrado, 1961.



O. V. con Bruno Bernini, presidente de la Federación Mundial de Juventudes Democráticas, visitando la casa clandestina de Lenin en Petrogrado, 1961.



Otto Vargas y José Ratzer caminando por las calles de Moscú con estudiantes argentinos. Detrás y al centro: Roberto Grabois, entonces dirigente de la Juventud Socialista Argentina, a su lado, Fermín Meléndez, de la FUA. 1961.



Otto Vargas, Roberto Grabois y Jorge Borro en Sebastopol, 1961.



Otto Vargas y José Ratzler –miembro fundador del PCR, ya fallecido– en el Foro de Moscú, 1961 (ambos al pie de la foto).

II

CRÍTICA A LA TEORÍA DEL CAPITALISMO DEPENDIENTE

CARÁCTER DE LA REVOLUCIÓN ARGENTINA

—Constituido el PCR, ustedes desarrollaron su práctica política articulándola en torno a la lucha contra un enemigo principal: la dictadura de Onganía. Dirigían la Federación Universitaria Argentina, cuyo presidente era Jorge Rocha, y esto les facilitaba hacer públicas sus opiniones, que eran recogidas por la prensa. Criticaban duramente a la “oposición burguesa”, que incluía al radicalismo y al peronismo, y llamaban a constituir una “alternativa revolucionaria”. Hay en este vocabulario términos utilizados actualmente por el PC. Incluso éste, al igual que ustedes entonces, define hoy a la Argentina como capitalista dependiente, concepto al que adhirió con el cambio de línea producido en su XVI Congreso. Estas coincidencias a destiempo no parecen producir un acercamiento entre ambos partidos. ¿Por qué?

—Porque los que hemos cambiado en primer lugar somos nosotros, que hacia 1972 hicimos la crítica al concepto teórico de capitalismo dependiente. Con posterioridad al XVI Congreso, como usted dice, el PC cambia su caracterización de la Argentina y acepta la que trazó la reunión de partidos comunistas de América Latina en 1969. Esta caracterización,

hecha por algunos teóricos latinoamericanos como Teotonio Dos Santos, Darcy Ribeyro, entre otros, fue defendida en la Argentina por sociólogos como Julio Godio, quien la tomó de aquéllos y la adaptó a la Argentina. Cuando nosotros rompimos con el PC, sucedió que en la búsqueda de las raíces de la desviación oportunista de derecha, encontramos que subyacía un concepto teórico que, contradictoriamente con lo que opinaba la dirección del PC sobre Perón, asignaba a la burguesía nacional un papel revolucionario mayor que el que tenía. Claro que cuando el PC hablaba de burguesía nacional, no se refería a los sectores que expresaba Perón.

Y cuando apoyaba al gobierno de Illia llamaba burguesía nacional a la burguesía liberal que predominaba en el radicalismo y a la que aparentemente seguía. Así que nosotros observábamos por un lado este seguidismo a la burguesía y, por otro lado, una política oportunista de derecha en el campo, donde se trabajaba con el campesinado en bloque y se terminaba con una línea de aparente seguidismo de la burguesía rural en la Federación Agraria y en otras organizaciones. También se tenía esta política con respecto a los sectores de burguesía nacional que se expresaban en el Ejército, como vimos anteriormente con el caso de los nasseristas. En la búsqueda de las raíces teóricas de ese error vimos que la dirección del PC exageraba la subsistencia de rasgos precapitalistas en la estructura económica argentina, y en vez de analizar el desarrollo acelerado de relaciones capitalistas en el campo y sus características, hablaba de resabios semif feudales, lo que a nosotros nos parecía exagerado porque no se correspondía con la realidad que veíamos en la práctica en el campo argentino de esos años. Al mismo tiempo era esta caracterización de semif eudalidad lo que tenía que ver con la asignación de una potencialidad revolucionaria desmedida a la llamada burguesía democrática. La subestimación del desarrollo capitalista argentino llevaba a la dirección del PC a incluir a la burguesía nacional en bloque –de la cual, vuelvo a insistir, excluía a Perón– dentro de las fuerzas motrices de la revolución demo-

crática nacional. Y nosotros habíamos aprendido duramente con la experiencia de esos años, que la burguesía nacional en bloque no integra el frente revolucionario. Por lo tanto, como en otros problemas, fuimos empujados por la práctica política a la necesidad de esclarecer determinados conceptos teóricos. El problema fundamental que estaba en debate era el carácter de la revolución en la Argentina, que nosotros pudimos definir con precisión recién después de 1972. Se puede decir que desde nuestra fundación tuvimos una caracterización acertada de la revolución en la Argentina, pero mechada con elementos erróneos y en una lucha de líneas muy aguda con posiciones trotskizantes.

En este tema, como demostró la Revolución Rusa, tiene importancia no solamente llegar a esclarecer el carácter de la revolución, sino también cuáles son sus fuerzas motrices. Cuando Lenin plantea que es necesario que el proletariado tome el poder y que la revolución sea transformada en socialista, las tareas de la revolución democrática –entre ellas la revolución agraria– no se habían realizado en Rusia todavía. Lenin comprende que, desde el punto de vista de las fuerzas motrices de la revolución, la burguesía ha llegado al límite de sus posibilidades después de la Revolución de Febrero, y que su permanencia en el poder implica obligatoriamente la conciliación con los terratenientes y con las fuerzas imperialistas en la guerra, el retroceso y, en definitiva, la contrarrevolución. Por lo tanto estos son dos problemas fundamentales: el carácter y las fuerzas motrices de la revolución.

–¿Cómo definieron ustedes estos temas para el caso argentino?

–Partiendo de aquella polémica con la dirección del PC, hacíamos hincapié en el desarrollo capitalista de la Argentina. Decíamos: “Es un país dependiente pero capitalista. No es un país dependiente como los recién liberados de África”. Tengamos presente que los años 60 fueron la década de la descolonización de África, donde a partir de 1958 con la liberación de

la ex Guinea Francesa por una vía relativamente pacífica, se produjo una explosión liberadora por la cual las colonias, con algunas excepciones, fueron prácticamente barridas. Por consiguiente, la diferenciación entre los países dependientes con predominancia feudal o semifeudal, y los países dependientes con relaciones capitalistas predominantes, era un tema teórico central. Y a nosotros nos pasaba como al nadador inexperto que en determinado momento ve que lo está arrastrando la corriente. Preguntábamos, inquiríamos, y ya existía toda una elaboración teórica –incipiente, pero existía– sobre el capitalismo dependiente que nos fue adosada por Julio Godio y nosotros avalamos en nuestro I Congreso. Ahora Víctor Volski, director del Instituto Latinoamericano de la Academia de Ciencias de la URSS –que no es más que un instituto de investigación teórica adjunto al Departamento Latinoamericano del KGB–, elogia en primer lugar a Godio entre los teóricos del capitalismo dependiente en América Latina, con lo cual estaría elogiándonos a nosotros, que fuimos los que en ese entonces desarrollamos ese concepto y teníamos a veces en asambleas estudiantiles en las facultades, como en la de Filosofía de Buenos Aires, y también en asambleas obreras, largos debates en torno a si la revolución era de liberación nacional y social o si era social y nacional, y celebramos como un gran triunfo que la dirección de SITRAC-SITRAM adoptase esta última formulación en aquel famoso Congreso que reunió a lo más avanzado del movimiento obrero en agosto de 1971. Bueno, a veces sucede así, que uno festeja como triunfo propio lo que en realidad es triunfo de sus enemigos. También debemos aclarar que la Resolución Política del I Congreso, en aspectos esenciales referidos al proceso histórico del desarrollo económico argentino, a las clases sociales, al análisis de las propuestas económicas que entonces estaban en debate y muy especialmente en la cuestión agraria tiene una matriz teórica correcta, marxista-leninista, que facilitó posteriormente que pudiésemos derrotar a la teoría revisionista del llamado “capitalismo dependiente”.

—¿Colocar lo nacional en un segundo plano respecto de lo social era consecuencia de considerar al desarrollo capitalista argentino más determinante de nuestra estructura social que la dependencia del imperialismo?

—Exacto. Porque, en primer lugar, la caracterización de capitalismo dependiente secundariza la división que hizo Lenin entre países opresores y países oprimidos que, como decía él, es la división fundamental del mundo actual, independientemente de que los países oprimidos por el imperialismo tengan relaciones sociales predominantemente feudales, semif feudales o capitalistas. Los teóricos del capitalismo dependiente revisan la teoría leninista del imperialismo; y la dependencia, que es el dato esencial de los países del Tercer Mundo, para ellos es un rasgo. Esto venía de la mano de las teorías de moda de Luis Althusser en filosofía, que planteaban que si bien podía haber una contradicción principal, había siempre una contradicción sobredeterminante de los procesos revolucionarios. Y nosotros mismos decíamos, como dicen actualmente los defensores de la teoría del capitalismo dependiente, que la dependencia es un rasgo más, que lo fundamental es el carácter capitalista y que es la contradicción burguesía-proletariado lo que se tensa cada vez que se agudiza la lucha de clases en la Argentina. Por lo tanto, el elemento desencadenante, como diría Althusser, la contradicción que sobredetermina a la contradicción principal es la contradicción proletariado-burguesía.

Este primer problema —que ya veremos debido a qué necesidades mezquinas del socialimperialismo soviético fue difundido hasta llegar a tener el eco que tiene actualmente— lleva aparejada una segunda conclusión, que la burguesía nacional en bloque forma parte del enemigo. Por eso —como hace hoy día la Izquierda Unida— ellos golpean a la burguesía en bloque, considerando perimida la concepción leninista, posteriormente desarrollada a fondo por el maoísmo, que diferencia a la burguesía intermediaria (es decir: la subordinada al imperialismo) de la burguesía nacional (la que políticamente enfrenta

al imperialismo). Como advertí antes, tampoco la burguesía nacional va a participar en bloque en el frente de fuerzas revolucionarias, porque como enseñaron Lenin y posteriormente Stalin y Mao Tsetung, basándose en la práctica revolucionaria de este siglo, ella puede jugar un papel importante en aquellos países en los que se ha producido su escisión de la burguesía intermediaria, pero al mismo tiempo su carácter político es dual. Hay momentos en que predomina su aspecto revolucionario o combativo sobre su aspecto negativo, pero aun entonces esto es a medias, se va a detener a mitad de camino, y siempre en determinado momento va a traicionar marchando hacia la contrarrevolución. De modo que siempre hay que ver qué predomina, su aspecto antiimperialista o su aspecto conciliador con el imperialismo, dependiendo esto de circunstancias políticas concretas.

Es decir que la segunda consecuencia de la teoría del capitalismo dependiente es el golpe a la burguesía nacional en bloque junto a la burguesía intermediaria proimperialista. De allí que esta teoría sea hoy el basamento de las políticas alternativistas del tipo de Izquierda Unida en la Argentina. Ellos no consideran como nosotros que puede ganarse a un sector de ella para tratar de neutralizarla en bloque como clase. Otro sector de la burguesía nacional obligatoriamente se va a oponer. Al decir esto no hacemos predominar un análisis economista sino político. La política nos ha enseñado que hay un sector de la burguesía nacional que inexorablemente se une a los enemigos del pueblo, y hay otro sector muy grande que debe ser neutralizado. Por lo tanto, al decir que, tomada en bloque, la burguesía nacional debe ser neutralizada, le estamos dando un trato diferenciado del que hay que darle a la burguesía intermediaria, cuyos componentes son simples agentes, testaferros o intermediarios de los monopolios imperialistas, es decir de lo que ahora se llaman “las multinacionales”, sean éstas yanquis, rusas, inglesas, francesas, italianas, etc. Cuando nosotros llegamos al maoísmo ajustamos esto de la neutralización de la burguesía, planteando como

camino para ello, aislar al sector más reaccionario, ganar al sector más afín a las fuerzas revolucionarias y neutralizar a la mayoría. En tercer lugar, y entiendo que es lo más importante desde el punto de vista teórico político general, la teoría del capitalismo dependiente va a una revisión del proceso histórico concreto de los países latinoamericanos y al desarrollo de la tesis trotskista que considera a las colonias españolas de América como sociedades en las que predominó el capitalismo desde el inicio. Partiendo de esto se llega a la negación total de resabios precapitalistas en el campo. Esto es una barbaridad en países como Paraguay, Ecuador, Colombia, gran parte del Perú y del interior del Brasil. Pero es también una barbaridad en la Argentina, que tiene provincias en las que aún subsisten relaciones de producción derivadas de las mercedes originarias de la colonia y donde existen casos como el de La Rioja, con una gran cantidad de campesinos que son meros ocupantes de mercedes indivisas, o casos de miles y miles de pastajeros en Jujuy y Salta que pagan todavía con la “obligación” en trabajo y en especies. Un país, en fin, en el que reina el latifundio en forma soberana en gran parte de su territorio. Y este latifundio no es el resultado de un desarrollo capitalista como el de los Estados Unidos, que fue unificando a las pequeñas unidades de miles de *farmers* independientes arruinados, en grandes explotaciones capitalistas; o estamos en presencia de un latifundio como el de la provincia de Buenos Aires –que existe hoy, aunque esos “teóricos” lo nieguen– con propietarios cuyos apellidos se van a encontrar en todos los registros de la época de la colonia y del origen de la independencia nacional como los Anchorena, los Lezica, los Pereyra Iraola, los Alvear y tantos más.

—¿Fue en virtud de esta polémica que usted escribió el libro *Sobre el modo de producción dominante en el Virreinato del Río de la Plata*?

—Sí; llevado por la necesidad de investigar este tema y al mismo tiempo dar polémica a estas teorías.

—Me ha hablado de la burguesía nacional diferenciando en ella sectores y tendencias. ¿Sucede lo mismo con la burguesía intermediaria, o la considera un solo bloque?

—En un país como la Argentina, que desde el siglo pasado siempre estuvo en disputa entre distintos imperialismos como el francés, el inglés, el alemán, posteriormente el yanqui y después el ruso, tiene mucha importancia la diferenciación en la propia burguesía intermediaria de los sectores que pertenecen a las distintas fuerzas imperialistas. Existen aquéllos que conviene o es posible neutralizar en determinado período. Así lo aprendimos cuando los sectores prosoviéticos, hegemónicos en la dictadura de Videla-Viola, pusieron proa a la guerra con Chile. En ese momento, la actitud de sectores imperialistas europeos, de la Iglesia Católica, e incluso de los propios yanquis, posibilitó aislar al sector belicista, impedir la guerra con Chile y abrir el proceso del fin de la dictadura. Porque este proceso de ascenso del movimiento popular no comenzó en 1982, como dicen algunos, con la derrota de Malvinas, comenzó entre diciembre de 1978 y enero de 1979 cuando la dictadura fracasó en el objetivo de la guerra contra Chile que había permitido unir a los sectores prosoviéticos con los sectores nacionalistas fascistas. Fue allí que comenzó el principio del fin de la dictadura de Videla-Viola. Y esta diferenciación en la propia burguesía intermediaria resultó fundamental. Esto resultó decisivo. Así como durante la Guerra de las Malvinas fue diferente la posición de los sectores prosoviéticos, de los proyanquis y de los proingleses. Esta es una realidad que se evidenció incluso en el abrazo de la dictadura con Fidel Castro en ese momento. Desde ya que los del PC u otros dirán que eso fue porque la URSS y Cuba son socialistas, pero en realidad, de fondo está la disputa interimperialista.

Ante el conflicto con Gran Bretaña, los sectores prosoviéticos dentro del país tuvieron una actitud de aparente apoyo, al menos verbal, a la causa nacional y objetivamente se golpeó junto con ellos, en determinados momentos, al impe-

rialismo anglo-yanqui. Digo “aparente apoyo” porque en lo fundamental, como veremos cuando hablemos de este tema en particular, ese apoyo no fue tal.

También sucedió esto en el terreno de los derechos humanos. Usted recordará que en esos años el gobierno de James Carter, por intermedio de Patricia Derian, tuvo una política concreta de denuncia de las violaciones de los derechos humanos en la Argentina. Inclusive organizaciones cercanas al Departamento de Estado yanqui intervinieron para salvar la vida de una cantidad de presos políticos argentinos mientras que la Unión Soviética, Cuba y demás países subordinados a la URSS se negaban a condenar a la Argentina por sus violaciones a los derechos humanos.

Es decir que de acuerdo al momento político concreto, es posible golpear juntos o neutralizar a sectores de burguesía intermediaria de imperialismos que no son los dominantes. Desde ya que la política de apoyarse en un imperialismo para combatir al otro está hartamente demostrado que lleva al desastre. En la Argentina por lo menos ha sido comprobado así históricamente. Pero eso no quiere decir que no se puedan aprovechar las contradicciones interimperialistas. Esta es otra precisión que nosotros hicimos cuando allá avanzado nuestro proceso, arribamos al maoísmo.

–Hace un momento, usted dejaba entre paréntesis, para tratar luego, ciertas “necesidades mezquinas” de la URSS como causante de la difusión de las tesis del capitalismo dependiente. ¿Se refería a necesidades vinculadas con la disputa interimperialista?

–Exactamente. Tras ésta categoría teórica hay una ruina mezquindad imperialista. No es una entelequia, ni una hipótesis que se debate en determinados cenáculos. En el trasfondo de la difusión que esta teoría tuvo en América Latina no hay una conclusión elaborada sobre la base del duro camino revolucionario de nuestros pueblos, de sus fracasos, de sus derrotas, de aquello de “aprender de los errores”. En realidad

estamos ante una elaboración vinculada a las necesidades concretas, diplomáticas inmediatas de una superpotencia.

Con el predominio de Jruschov en la URSS se inauguró una política para América Latina. Si debiéramos simplificar al máximo esa política que nace en 1956 con el XX Congreso del PCUS, podríamos decir que esa tiene en lo internacional y en la línea de los partidos comunistas, tres ejes fundamentales. El primero la política de coexistencia pacífica, que le va a permitir a la URSS ganar tiempo. El segundo la línea de unidad con los partidos socialdemócratas en Europa y en los países capitalistas avanzados. Y el tercero la línea de unidad con las burguesías nacionales, que en realidad era una política de apoyo a esas burguesías en los países de Asia, África y América Latina para que tomasen el poder y disputasen con el imperialismo yanqui, u otros, aliándose con la URSS. Esta es la esencia de la política que inaugura Jruschov con su viaje a Egipto, su apoyo a Nasser y la construcción de la represa de Asuán. Esta política se repite en la India con el Pandi Nehru, en Ghana con Nkrumah, en Indonesia con Sukarno. También en América Latina con el apoyo a João Goulart en Brasil, a Frondizi en la Argentina, y a las experiencias burguesas en Venezuela y países del Caribe.

El apoyo del PC argentino a Frondizi tiene su fundamento teórico en esta posición de la Unión Soviética, o fue facilitado por ella. Lo mismo la posición del PC hindú de apoyo a Nehru. Nosotros en ese entonces no teníamos claro cómo estos movimientos de burguesía nacional venían infiltrados por el socialimperialismo soviético. Mal podíamos tenerlo cuando no considerábamos a la URSS socialimperialista sino socialista. Pero esta política sufrió un fracaso rotundo en América Latina y mundialmente. Y ese fracaso, que fue contemporáneo al surgimiento de nuestro partido, tuvo ejemplos trágicos. En Indonesia con el asesinato de quinientos a setecientos mil comunistas y patriotas por el golpe de Estado de Suharto que derrocó a Sukarno. En la derrota árabe en la Guerra de los Seis Días frente a Israel. En Ghana con el golpe que derribó a Kwame Nkrumah. En el ex Congo Belga con el asesinato de

Patrice Lumumba y la posterior derrota de sus partidarios. En Latinoamérica con la caída de João Goulart en Brasil.

En el *“El giro a la izquierda”*, Codovilla plantea la posibilidad del tránsito pacífico al socialismo en nuestro país, y da como un ejemplo aún no concluido de ese tránsito pacífico lo que está sucediendo en esos días en Brasil. Ahí se ve claro el fracaso estrepitoso de esta política. Si se quiere otro ejemplo está el de Allende en Chile. Pero estamos en el 66/67. Dentro del PC soviético surgió una fuerte corriente antijruschoviana encabezada por quien había sido secretario del Komsomol soviético, a quien conocimos en aquellos años: Alexander Shelepin. Fue hombre clave en la liquidación de Laurenti Beria y después en el defenestramiento de Nikita Jruschov, así como en la instalación de Leonid Brezhnev como secretario general del partido. Esta corriente realizó una elaboración teórica que sustentase sus posiciones contrarias al apoyo a las burguesías nacionales. Este es el origen político concreto de la teoría del capitalismo dependiente. Apareció primero como una teoría herética después de la liquidación de Jruschov, y fue recogida por herejes como nosotros cuando rompimos con el PC. Tiempo después va a ser consagrada como teoría oficial en el Congreso de Partidos Comunistas de América Latina realizado en 1969 en La Habana. Esta revisión de línea se va a acentuar más adelante con la crítica al frentismo pluripartidista que floreció con Salvador Allende en Chile. Atribuirán a la aguda disputa de tendencias que existió en ese frentismo el fracaso del gobierno de la UP; según ellos por errores ultraizquierdistas, no por errores de derecha. Y va a recomendar la unificación revolucionaria a tiros –porque en la práctica fue así como se hizo tanto en Nicaragua como en El Salvador– que va luego a redundar en la subordinación del sandinismo y el poder que adquiere la guerrilla salvadoreña con un comando único que unifica a las distintas fuerzas bajo una dirección prosoviética y procubana.

Otra consecuencia de esa revisión es la que se dio en Chile con Allende, donde se abandonó la línea tradicional de los comunistas de otorgar la tierra a los campesinos durante la

revolución democrática. Es una revisión que también alcanza a la línea leninista, pues éste fue un punto de gran polémica de Lenin y la dirección del partido bolchevique con Rosa Luxemburgo. Esta gran revolucionaria impugnó sin embargo el derecho a la autodeterminación de las nacionalidades y la postura de decir a los campesinos “¡Apoderaos de las tierras!” y “¡La tierra para quien la trabaja!”, políticas bolcheviques que recogían las consignas del revolucionarismo pequeñoburgués de los socialistas revolucionarios en Rusia. Y éste fue el eje fundamental de la crítica de Trotski a Lenin y sobre todo a Stalin, quien desarrolló la línea leninista en este terreno.

Esta línea leninista orientó los cambios en la China de Mao, como un camino de tránsito del capitalismo al socialismo, desde ya complejo, porque como decía Rosa Luxemburgo, el problema más difícil de resolver para el socialismo es el problema campesino.

El socialimperialismo desarrolló por entonces la teoría de la alianza del “proletariado internacional en el poder” —es decir en los países que han instaurado el llamado “socialismo real” como la URSS y sus aliados— con el campesinado mundial, en el que predomina el campesinado del Tercer Mundo. Como forma política instrumenta los llamados “frentes revolucionarios” en los que juegan un papel preponderante los Partidos Únicos de la Revolución. Estos frentes florecieron con Brezhnev en los países del Tercer Mundo y ahora parecen estar impugnados por Gorbachov.

La realidad que estuvo detrás de esta línea y de la elaboración teórica del llamado capitalismo dependiente fue la necesidad para el socialimperialismo soviético de ajustar un nuevo tipo de política para subordinar, sujetar y aplastar a las burguesías nacionales en bloque, como intenta todo imperia- lismo, aliándose y subordinando a sectores terratenientes y a algunos sectores de la burguesía. Y es ésta una política que no puede darse el lujo de apoyarse en las masas campesinas de los países del Tercer Mundo, porque estas masas son el gran contingente revolucionario de esos países todavía hoy.

—¿Qué formas, qué consecuencias prácticas tiene actualmente la teoría del capitalismo dependiente? ¿Cómo se manifiesta hoy en la Argentina?

—La teoría del capitalismo dependiente tiene distintas interpretaciones entre los propios teóricos prosoviéticos, según subraye más la dependencia o la secundarice considerándola un rasgo más de la estructura económica. Víctor Volski, teórico soviético cuyas tesis han tenido mucho eco en América Latina, un hombre que ha trabajado muchos años en los servicios especiales y estuvo en la embajada soviética en la Argentina, en junio de 1979 publicó en la *Revista Internacional* un artículo titulado “Madurez relativa, dependencia completa”. Allí subraya la dependencia como se desprende del título, y relativiza el grado de desarrollo capitalista.

Para fundamentar sus posiciones cita “los estudios actuales de economistas altamente calificados”, refiriéndose así a Julio Godio por su artículo “Dependencia y capitalismo en América Latina”, editado en Buenos Aires en 1975. Denominar a Godio “economista altamente calificado” es una cortesía que califica a Volski más que a Godio. Pero es interesante, porque en 1975 Godio formalmente era todavía afiliado al PCR, suplente del Comité Central, electo por el III Congreso. Así que hemos tenido como teórico de nuestra posición de capitalismo dependiente a un maestro del mismísimo Víctor Volski —hombre importante del KGB—, ya que no quiero creer que Godio era entonces un discípulo de Volski, porque esto hablaría muy mal de nuestro ex camarada. La interpretación de Volski ha estado en lucha con otras interpretaciones de los propios soviéticos, y está muy cuestionada actualmente en la URSS. Por ejemplo, la revista *América Latina*, que edita en la URSS la editorial Progreso, publicó en 1979 un debate sobre las particularidades y el nivel de desarrollo del capitalismo en América Latina, y uno de los teóricos soviéticos, el doctor en ciencias históricas Boris Koval, polemiza allí abiertamente con la teoría del capitalismo dependiente y la vincula a una concepción “nacionalista burguesa; una consecuencia del

desarrollismo de Raúl Prebisch que parte de dos categorías principales –dice– la dependencia y el atraso, y valora el nivel de desarrollo del capitalismo como insuficiente o bajo”. Koval plantea que “el lugar dependiente en el sistema general de la economía capitalista mundial, nada dice respecto a hasta qué punto están desarrolladas las relaciones capitalistas en América Latina”. Desde ya, tiene razón en esto, pero no descubre nada importante. Después dice que “hacer hincapié en el problema de la dependencia, del atraso y no sobre el problema de la madurez del capitalismo, sólo puede llevar a la confusión”. De ahí que estos teóricos soviéticos desarrollan el concepto de “nivel medio de desarrollo del capitalismo” en nuestros países, y agregan que esto permite comprender con mayor profundidad los problemas de esta región que el concepto de capitalismo dependiente porque éste “encubre el problema de la dinámica interna de la lucha de clases y todo lo subordina al factor externo”.

En este mismo debate, otro de estos teóricos soviéticos, Víctor Sheinis, polemiza con la concepción de capitalismo dependiente y hace a esa teoría tres objeciones. Objeciones que últimamente es común escuchar en boca de los seguidores de Gorbachov. Dice que “el propio concepto de dependencia requiere una definición más rigurosa”, y plantea en relación con esto que “en el mundo no existe una diferenciación uniforme en países dependientes y países independientes, sino que existe un espectro de relaciones crecientes de interdependencia, que se diferencian tanto cuantitativa como cualitativamente”. Afirma también que “la concepción de capitalismo dependiente, a mi parecer, tiene un carácter extraordinariamente cerrado y fatalista”. Y para terminar de aclarar el significado de esta política leo lo siguiente: “La realidad latinoamericana, fundamentalmente en los países con un nivel medio de desarrollo, en una visible perspectiva, abre la posibilidad tanto de variantes revolucionarias como evolucionistas. La vía de la evolución capitalista en esos países no queda descartada”.

El PC de la Argentina en su XVI Congreso adhirió a la concepción de capitalismo dependiente. Plantean como el hecho más característico del momento actual la agudización de la contradicción fundamental entre el proletariado y la burguesía. Consideran –como lo hace Jorge Bergstein en su libro sobre el Cordobazo (1987)– que el rasgo esencial [de la burguesía] “está determinado por su entrelazamiento y asociación con el capital financiero, particularmente con el estadounidense”. En el libro se cita el informe de Athos Fava ante el XVI Congreso cuando dice que “los sectores no monopolistas de la burguesía, a los que llamábamos burguesía nacional, fueron perdiendo fuerza económica y política, derechizándose en su concepción del papel del Estado, el mercado interno, etc., y cediendo posiciones en favor de los grupos monopólicos locales, que hoy apoyan al gobierno de Alfonsín y tienen la hegemonía entre las distintas fracciones de la burguesía”. Vemos que para ellos burguesía nacional es la burguesía no monopolista, que lo fundamental de la burguesía se ha entrelazado ya con el capital financiero internacional, y que los grupos monopólicos locales son los que hegemonizan a las distintas fracciones de la burguesía en el momento actual. Ignoran por completo el papel de los terratenientes, no los mencionan; para ellos no existen o los asimilan a las “distintas fracciones de la burguesía”. Ocultan que algunos de los principales grupos monopólicos “locales” –como los llaman ellos– pertenecen a testaferros de la multinacional rusa en el país, a los que con este artilugio disfrazan de nacionales, como serían los casos del grupo Fate-Aluar, del grupo Bidas, de lo que fue el grupo Gelbard-Graiver, para citar sólo algunos. Plantean que la contradicción proletariado-burguesía (monopolista local) es la contradicción principal en nuestro país al igual que en los países metropolitanos más avanzados, pero no hay que creer que desprenden necesariamente de ello una línea revolucionaria. Cambian el carácter de la revolución, pero vinculan su concreción a condiciones objetivas y subjetivas especiales. Así sucedió con los Montoneros,

que cuando hicieron autocrítica de su consigna “Patria socialista” –con la que dividían a las concentraciones justicialistas de 1973 enfrentándola a la de “Patria peronista”– no la criticaron como incorrecta en relación al tipo de revolución por plantear como objetivo inmediato el socialismo, sino que la consideraron “incorrecta tácticamente”. Es decir que la revolución era para ellos socialista de inicio, pero en 1973 –dicen– no existían las condiciones subjetivas para que esa consigna táctica pudiera ser realidad.

Hay que tener en cuenta que esta teoría de Bergstein y Fava alimenta la política de organizaciones como la Coordinadora radical y el ala prosoviética reformista del peronismo, que a partir de ella proponen realizar reformas, con el pretexto de que hay que esperar el momento en que sea posible una revolución. Hablan como si viviésemos en un país capitalista metropolitano como Francia, Italia, Inglaterra, en los que a cada momento se van adecuando consignas tácticas y se va postergando para una etapa muy posterior la revolución, que opondría directamente el proletariado a la burguesía y sería desde su inicio de tipo socialista.

Desde ya que aquí no estamos discutiendo sobre si la burguesía nacional puede o no dirigir el proceso revolucionario en nuestro país, porque está demostrado que es impotente para eso. Se discute sobre el carácter de la revolución y sobre las posibilidades de que un sector de esa burguesía nacional sea parte del proceso revolucionario en circunstancias determinadas. Nosotros, desde el inicio del PCR, planteamos como línea del partido la neutralización de la burguesía nacional, no la hacemos parte de las fuerzas motrices de la revolución, como ya he dicho. Y tampoco consideramos que la contradicción actual sea proletariado-burguesía ni que el tipo de revolución sea socialista de inicio, puesto que la Argentina es un país dependiente donde las tareas de emancipación nacional están vigentes y las tareas democráticas, sobre todo en su fase agraria, todavía no han sido realizadas o llevadas a fondo.

—¿Cuál es la definición que hace el PCR del tipo de revolución hoy en la Argentina?

—Resumiendo lo que ya dije, la Argentina es un país dependiente oprimido por el imperialismo, en el que predominan relaciones de producción capitalistas deformadas por esa dominación imperialista y por el mantenimiento del latifundio de origen precapitalista en el campo. La contradicción fundamental a resolver en la actual etapa histórica, y que determina el carácter de la revolución, es la que opone al imperialismo, los terratenientes y la gran burguesía intermediaria contra la clase obrera, los asalariados, los semiproletarios, los campesinos pobres y medios, la pequeña burguesía, la mayoría de los estudiantes e intelectuales y los sectores patrióticos y democráticos de la burguesía urbana y rural. Esta contradicción sólo puede resolverse, como señala nuestro Programa, mediante la revolución democrática popular, agraria y antiimperialista en marcha ininterrumpida al socialismo. Esta revolución sólo puede ser realizada bajo la dirección de la clase obrera, lo que a su vez garantizará su perspectiva socialista.

III

LA VIA DE LA REVOLUCIÓN

–Uno de los temas en torno a los cuales se discutía dentro del PC en los años 60, y entiendo que intensamente cuando la ruptura, era el de la vía para la toma del poder. ¿Cuáles fueron y cuáles son sus posiciones al respecto?

–Este era, efectivamente, el tema central de debate en todo el movimiento comunista y revolucionario de América Latina en esos años. El XX Congreso del PCUS había consagrado, por primera vez desde la Revolución de Octubre, la llamada vía pacífica como el camino principal de acceso al poder de los partidos comunistas. Pero, a poco andar, triunfa la Revolución Cubana el 1º de enero de 1959, y este triunfo por la vía de la lucha armada contradijo ese y otros aspectos del XX Congreso. Contradijo lo que era lugar común en el movimiento comunista latinoamericano: que América Latina, por ser el patio trasero de los yanquis, iba a ser el último lugar en el mundo donde triunfaría la revolución. Contradijo asimismo la tesis según la cual en América Latina era obligatorio el camino de apoyar a la burguesía como condición previa al triunfo del proletariado. En la práctica, esta tesis había ido coagulando como la teoría oficial del PC argentino, aunque a veces no se la reconociera como tal.

Los defensores del XX Congreso opusieron sus razones, y Codovilla en *“El giro a la izquierda”* hace referencia a Cuba diciendo que “en el mundo se ha asistido a diversas experien-

cias de vía pacífica y de vía no pacífica como en el caso de Cuba y otros países”. Más adelante agrega: “A través de la acción de masas es posible debilitar al enemigo y arrancarle concesión tras concesión y crear las condiciones favorables con vistas a la formación de un gobierno democrático popular. La experiencia que tiene lugar en Brasil así lo demuestra. Claro, no es una experiencia todavía terminada, pero los acontecimientos marchan en esa dirección”. Contraponía el camino brasileño al camino cubano, pero aquél terminó trágicamente en 1964 con el defenestramiento del gobierno de João Goulart y la instalación de la peor dictadura en la historia del Brasil.

Posteriormente comenzaron dos nuevas experiencias. La peruana, con Velasco Alvarado, se inició con un golpe de Estado hegemónico por un sector nacionalista burgués que realizaba desde arriba transformaciones de tipo democráticas, agrarias y, en cierta medida, antiimperialistas. Y la chilena con Allende. Es decir que el debate se daba en torno a experiencias concretas. Es importante tener en cuenta este clima.

Nosotros fuimos a la crítica de lo que llamábamos la línea seguidista a la burguesía del PC, y la declaración constitutiva del PC (CNRR) definió la vía armada como la vía de la revolución en la Argentina. Todas las organizaciones de la izquierda revolucionaria que surgen entonces y que darán origen a Montoneros, FAR, FAP, FAL, ERP, VC, incluso muchos de los integrantes del grupo radical de izquierda que en su desarrollo formará a Franja Morada, partían del convencimiento de la necesidad de la lucha armada para el triunfo de la revolución. Lo que estaba en debate era la forma. Nosotros definimos a la insurrección como la forma específica de esa vía en nuestro país. El PC partía de la base de que la burguesía nacional, oprimida por el imperialismo, se vería, más tarde o más temprano, obligada a tomar el poder e iniciar un proceso reformista. Nuestra polémica con este seguidismo a la burguesía tiene vigencia actual. Ellos consideraban que el proletariado podría apoyarse en esas contradicciones para impulsar un proceso relativamente pacífico de carácter democrático

y luego poner proa al socialismo, lo que Codovilla llamaba “conquistar la democracia, profundizarla, y llevarla hasta su fin”, es decir hacia el tránsito al socialismo. Es el camino de la revolución argentina que formula en 1955. De acuerdo a esta línea, el centro no era ganar al proletariado para que dirija la revolución democrática y antiimperialista, el centro era ir creando y apoyando un proceso hegemónico por la burguesía. Como consecuencia, el trabajo del partido entre las masas era concebido como presión para conseguir acuerdos por arriba que facilitaran ese camino. Orestes Ghioldi condensaba esa orientación diciendo que el proletariado tenía que entrar en el baile de la burguesía en el poder. Ahí venía la teoría de la puerta entreabierta, de la brecha por la cual tratar de filtrarse en ese baile, etc. Lógicamente, para entrar al baile el proletariado debía estar bien vestido, con saco y corbata. Así lo explicaba él, y concluía: “porque en determinado momento, nosotros nos vamos a sacar el saco, la corbata, y vamos a bailar a la plebeya”. Esa era la teoría de la revolución del PC.

Orestes Ghioldi decía también: “Al partido lo precisamos para cuando haya que decidir el rumbo de la revolución, capitalismo o socialismo, no lo precisamos para iniciar el proceso revolucionario, pues a éste lo inicia la burguesía”. Por lo tanto, mal podía el PC plantearse el camino de la lucha revolucionaria.

Desde ya: criticamos lo que se constituyó en toda una teoría de la revolución elaborada por la dirección revisionista del PC. Comenzó esta elaboración en la década del veinte, en polémica con la línea izquierdista de los “chispistas” (una fracción interna del PC). Allí Codovilla demostró la ingenuidad izquierdista de no distinguir entre los enemigos más y menos peligrosos. Pero pocos años después ya teorizaba Codovilla la necesidad de apoyar siempre al mal menor. Criticamos una línea seguidista de la burguesía sin desconocer que las contradicciones entre sectores burgueses y el enemigo principal pueden crear situaciones complejas e incluso enfrentamientos armados entre ellos –como ha sucedido tantas veces en

América Latina y en la Argentina— que pueden y deben ser aprovechados por el proletariado para su lucha por dirigir a las fuerzas revolucionarias de la sociedad.

—¿Latía en el fondo de esa posición la idea de que la revolución era muy lejana, debido a que nuestro país integraba ese “patio trasero” de los Estados Unidos que usted mencionaba recién?

—Por supuesto. Le cuento algo ilustrativo. Había en Cutral C6 una gran fuerza del Partido Comunista. En ella se contaban compañeros petroleros maravillosos. Recuerdo a uno que se apellidaba Ortega, de origen araucano. Era obrero perforador y haba sido despedido de la Esso en una gran huelga en 1948. Vinieron en aquel a6o a un congreso de obreros petroleros en Buenos Aires y tuvieron una reuni6n con Codovilla. Contaba Ortega que Codovilla les dijo: “Ustedes van a perder la huelga, porque ahora los yanquis concentran la explotaci6n petrolera en el Medio Oriente. Pero ustedes se tienen que quedar all6, no s6 c6mo, pero tienen que quedarse, porque cuando los yanquis tengan que hacer las valijas e irse de Oriente Medio vendr6n aqu6 a explotar esos pozos que hoy tienen como reserva”. Y Ortega se qued6. El, que era un obrero petrolero especializado, tuvo que trabajar de lo que pudo, pasando todo tipo de sacrificios dando un ejemplo de vida comunista. All6 organiz6 el partido y la Juventud. Otro compa6ero suyo, R6os, con siete hijos, se qued6 un tiempo en Cutral C6 y luego pas6 a Cipolletti, donde vend6 helados y contribuy6 a formar partido tambi6n all6. Nadie entendi6 cuando en el XII Congreso Ortega cont6 esto mir6ndolo a Codovilla: “El camarada Codovilla nos dijo que nos qued6ramos all6, hace muchos a6os”. Los delegados escuchaban y no comprend6an, pero 6l se refer6 a esta cuesti6n. Se quedaron all6 y permitieron que el Partido Comunista no desapareciera de la zona del petr6leo. Detr6s de todo esto estaba aquello del patio trasero del imperialismo yanqui y que la burgues6a ten6 contradicciones con el imperialismo de tal calibre que m6s tarde o m6s temprano iban a estallar y permitir

al proletariado, si no asustaba a esa burguesía, si procedía con modales elegantes, colocarse al lado de ella y algún día bailar a la plebeya. Todo eso cayó con la revolución en un pequeño país a noventa millas de Norteamérica. Este debate fue permanente hasta hoy, ya que después del proceso brasileño vino el peruano, luego el chileno y, cuando éste fue ahogado, vino el argentino y más tarde el boliviano con Siles Suazo.

—*¿La línea del tránsito pacífico tenía su origen en las conclusiones del XX Congreso del PCUS?*

—No en el caso del PC argentino. Codovilla, en el texto que cité antes dice: “En cuanto a la vía *pacífica o no pacífica* [subrayado por él] para la conquista del poder, es bueno recordar que nuestra consigna ha sido, no de ahora, sino desde antes del XX Congreso del PCUS, la de crear las condiciones favorables para la toma del poder por vía pacífica a través de la acción de masas, sin excluir la acción electoral, o por la vía no pacífica si los círculos dirigentes del país cierran el camino para la conquista pacífica del poder. En el mundo se ha asistido a diversas experiencias de vía pacífica y de vía no pacífica, como en el caso de Cuba y otros países”. Es decir que su cabeza no cambió por el XX Congreso, sino que éste empalmó con lo que ellos tenían en la cabeza. Esto es clave para entender el proceso de degeneración del PC y por qué no se produjeron rupturas en su dirección de la importancia de las que sobrevinieron en otros partidos en el mundo con motivo de la línea revisionista del XX Congreso. La expresión “acción de masas”, que se lee en esta cita, fue el gran “descubrimiento” de Codovilla. En la gran sala acondicionada para el XII Congreso había una consigna escrita que presidía el acto; decía: “Por la acción de masas a la conquista del poder”. Así resolvió Codovilla las presiones que tenía de la juventud, de la izquierda del partido y de la base obrera, y también desde lo internacional después de la Revolución Cubana. Aquella consigna fue retomada posteriormente por Athos Fava y Patricio Echegaray como la línea revolucionaria del PC en su reciente XVI Congreso. En mi libro

El marxismo y la revolución argentina recuerdo escritos en los que Lenin critica expresamente esta tesis. El dice: “¿Acciones de masas? Hay que decirlo de otro modo y sin emplear esa palabra, cuyo defecto es haber sido usada como sinónimo de revolución, principalmente a causa de la censura alemana, y que oscurece el concepto de revolución. Un ejemplo, en Suiza no existe censura alemana y aquí la expresión acciones de masas ya crea malentendidos útiles para los reformistas”. Se ve que Codovilla no imaginó que Lenin había criticado anticipadamente lo que él consideraba su gran descubrimiento teórico respecto al camino revolucionario. Lenin hablaba de la acción de masas, pero decía que el método principal de lucha debía ser la acción de las masas revolucionarias hasta llegar a la insurrección armada contra el Estado burgués. Por ejemplo, en el llamamiento de convocatoria al Primer Congreso de la Internacional Comunista, el partido bolchevique escribió, como uno de sus doce puntos, lo siguiente: “El método fundamental de la lucha es la acción de masas del proletariado, incluida la lucha abierta a mano armada contra el poder de Estado del capital”. Esta última es la parte de que olvida Codovilla.

Es interesante saber que estos problemas, sobre los cuales a veces pareciera haber desconocimiento, fueron conocidos por la dirección del PC. En la década de 1920, Rodolfo Ghioldi y Codovilla subrayaban en sus escritos que la táctica parlamentaria era la táctica de la Segunda Internacional, y que la táctica revolucionaria “utiliza el parlamento sin parlamentarizar, lo utiliza para la acción proletaria y el desprestigio de la democracia burguesa y pone su centro en las acciones de masas”. Rodolfo Ghioldi agregaba entonces: “Pero la acción de masas, como señalaba Lenin, tiene como fin último la insurrección. Organizaciones de masas, sí, pero organizaciones para la revolución también, porque sin ellas no queda más que el organismo de masas juguete de la política burguesa”. Lo decía en *La Internacional* en un artículo del 5 de noviembre de 1927. Esto tiene importancia actual, porque ya entonces, los socialdemócratas de adentro y de afuera del PC, que

a poco de su fundación habían protagonizado una escisión centrista encabezada por Alberto Palcos, planteaban, al igual que ahora Aricó y Portantiero, que el método de los laboristas ingleses –que acababan de ganar el gobierno británico– se complementaba con el de los bolcheviques. El método inglés o democrático era para los países civilizados como Inglaterra y el violento o dictatorial para los “bárbaros” o “atrasados” como Rusia. Hoy dicen lo mismo los revisionistas europeos en relación al Tercer Mundo. Hace poco, un camarada conversó con un dirigente “comunista” de Europa Occidental quien le dijo que ellos no trabajan por la revolución, porque están bien y cómodos allí, y que la revolución es para el Tercer Mundo. Esta es una vieja idea. Se decía de la Revolución Rusa que ésta siguió un camino violento porque se hizo en un país atrasado. Y como la Argentina es considerada no solamente por Neustadt y Grondona, sino también por Aricó, Portantiero y otros teóricos del estilo, una nación civilizada y desarrollada del Primer Mundo, con una amplia cultura democrática, deberíamos colegir de ello que la revolución tendrá un curso pacífico. Se olvidan que éste es un país que tuvo setenta años de guerras civiles y donde el degüello era el deporte nacional. Se degollaba de a pie, de rodillas, de atrás, con cuchillo mellado, etc. Se fusilaba a los prisioneros atándolos a los cañones. Un país donde los períodos democráticos son fugaces y donde se debió dictar una ley para permitir que Raúl Alfonsín le entregase el bastón presidencial a Carlos Menem, ya que habiendo renunciado antes de culminar su período, no correspondía que lo hiciese. Se necesitó una ley especial para que se pudiese producir ese hecho maravilloso, místico de la democracia argentina, desconocido, único en la historia de este siglo, en que el presidente saliente entrega el bastón a un sucesor electo mediante elecciones libres (todo lo libres que pueden ser en un país capitalista en donde predominan los terratenientes y los monopolios) perteneciente a otro partido político. Ese era el sueño del pobre Alfonsín, que en realidad tampoco se pudo realizar porque él renunció a cumplir su mandato.

—En la cita que usted hace de Codovilla, éste menciona “diversas experiencias de vía pacífica”. ¿A cuáles se refiere?

—Bueno, ahí, como dirían los psicoanalistas, el “subconsciente” lo traiciona. No aclara cuáles son esas experiencias. ¿Quiere decir que en el Este europeo la revolución triunfó por el camino pacífico después de una guerra mundial con millones de muertos? Incluso, posteriormente llegaron a decir que la Revolución Rusa fue pacífica, o relativamente pacífica, interpretando así la frase de Trotski cuando dijo que la insurrección de octubre fue “el golpe al paralítico”. Una revolución producto de una guerra de cuatro años y de una insurrección armada seguida de una guerra civil que duró varios años más, esa fue una revolución pacífica para ellos. Todas esas teorías estaban en boga y nosotros tuvimos que luchar contra ellas.

La cuestión de vía pacífica o camino armado ha sido el punto de ruptura fundamental entre los revisionistas y los marxistas, entre los reformistas y los revolucionarios desde el origen del marxismo en la Argentina. Ya en la fundación del Partido Socialista en 1896 hubo un debate entre Juan B. Justo, Leopoldo Lugones y José Ingenieros sobre si el recurso de la violencia era una posibilidad o era algo ineluctable. Triunfó la tesis de Lugones e Ingenieros de que la violencia era inevitable. Pero Justo, apoyándose en la corriente revisionista que ya era fuerte, dos años después se impondrá en la dirección del partido y cambiará la formulación. Esto era conocido por los fundadores del Partido Comunista, y en varios artículos de *La Internacional* como el que antes cité, Rodolfo Ghioldi hace referencia a ese debate. Pero el mismo Ghioldi, en un artículo publicado en 1965 por la revista *Nueva Era*, reivindica a Juan B. Justo citándolo: “Mientras la burguesía respete los actuales derechos políticos —escribe Justo— y los amplíe por medio del sufragio universal, el uso de esos derechos y la organización de la resistencia de la clase trabajadora serán los medios de agitación, propaganda y mejoramiento que servirán para reparar esa fuerza”. Es decir que para él no depende

del proletariado la utilización de la violencia para la toma del poder; abre la posibilidad de acceder a él por el camino pacífico. Entonces Ghioldi, que había criticado durante toda su vida esto, como un síntoma público de su degeneración, hace un cálido elogio de esa frase diciendo que “implícita en ella la noción de que si los tales derechos no se respetan ni amplían el partido puede recurrir a otros métodos de lucha”. Y éste era exactamente el punto en debate en 1896 cuando la fundación del Partido Socialista; así como va a estar en el centro de las polémicas en la fundación del Partido Comunista en 1917. Y estará también presente en nuestras diferencias con la dirección del PC. Codovilla, al decir “por una u otra vía”, ocultaba ante la presión internacional de izquierda en Latinoamérica y la presión dentro del partido que su camino real era el pacífico. Por eso, pocos días antes del golpe de Estado del 28 de junio de 1966, Codovilla dijo ante el XIII Congreso del PC de Checoslovaquia: “Nos proponemos marchar hacia ese objetivo, la toma del poder, *por la vía pacífica* [subrayado en la transcripción original]. Esto es posible porque hoy las fuerzas reaccionarias argentinas y sus amos imperialistas yanquis tienen que enfrentarse, para poder realizar sus fines siniestros, con un proletariado concentrado y combativo y con masas populares que están abandonando la ideología nacionalista burguesa que le inculcara el peronismo y que las llevara, en muchas oportunidades, a la pasividad”. Esta era la línea del PC.

Claro que el socialimperialismo, como todo imperialismo, trabaja con dos hierros en el fuego. Trabaja con fuerzas infiltradas el camino pacífico, parlamentario; mientras tanto prepara sus fuerzas dentro y fuera del Ejército para el camino violento, como sucedió en la Argentina en la década del 70. El PC abandona la concepción de la lucha por la hegemonía proletaria y por la revolución armada. El camino que ellos llaman armado es en realidad el triunfo de un sector militar afín; y en el movimiento popular, la llamada guerrilla urbana es un complemento de la fuerza principal que actúa dentro del Ejército.

—¿Entre los grupos que en aquel momento estaban a favor de la lucha armada, había discusiones sobre la forma y los métodos a emplear?

—En realidad, esa discusión era la que concentraba el debate de clase de esos grupos. Porque el camino, el tipo de lucha armada elegido por un partido revolucionario, es una consecuencia directa del carácter de clase de ese partido. El terrorismo urbano, el terrorismo individual, corresponden como metodología de lucha a una determinada clase social: la pequeña burguesía. El camino que pone el centro en las Fuerzas Armadas y en el golpe de Estado, o en un movimiento militar con determinado contenido, corresponde a la fuerza social de la burguesía. El camino insurreccional corresponde a una revolución con hegemonía proletaria.

El debate estuvo durante años muy impregnado por el análisis de la Revolución Cubana, a la que consideraban una excepción; un gato ciego que cazó un ratón muerto y creyó que había cazado un ratón vivo; un aborto histórico. Ellos consideraban que los yanquis habían sido sorprendidos, puesto que los contactos con el movimiento comunista cubano e internacional por parte del Movimiento 26 de Julio no se conocieron hasta muchos años después. Eso es una mentira. Tuve oportunidad de viajar a Cuba poco después del triunfo de la revolución. Los dirigentes del Partido Socialista Popular (comunista) que colaboraron plenamente en la lucha guerrillera de Fidel Castro, habían pedido que yo viajara a Cuba para hacerle un reportaje a Fidel en la Sierra Maestra en el que se denunciara la intervención yanqui en Cuba, que estuvo por producirse en los días previos al triunfo rebelde. Estábamos en los preparativos de mi viaje cuando sobreviene el triunfo. Ya en Cuba, el Che me mostró un folleto impreso a todo color donde los yanquis indicaban el carácter marxista-leninista de Fidel, Raúl Castro, Camilo Cienfuegos y el Che Guevara, dando antecedentes reales sobre su militancia y sobre la participación de Fidel en el Bogotazo y de Raúl en la Federación Mundial de Juventudes Democráticas para el Festival de Bucarest de 1953 y en el Comité Prepara-

torio del Encuentro Mundial de la Juventud Rural, que había funcionado alrededor de 1954. El folleto señalaba también la participación en la guerrilla de destacados militantes del PSP. Es decir que los yanquis sabían qué era lo que venía. Se equivocaron en la correlación de fuerzas, creyendo que iban a poder absorber eso como lo habían hecho siempre en América Latina. Así había sucedido en Guatemala en 1954, y en otros momentos con gobiernos revolucionarios de carácter pequeño burgués en los que tuvieron participación los partidos comunistas. En segundo lugar, el PC hablaba de las “particularidades” de Cuba, y con esta excusa siempre rechazó el estudio completo de esa experiencia revolucionaria. Para ellos, ésta había sido una excepción, que como tal sólo servía para confirmar la regla, no para invalidarla. La regla era el tránsito pacífico y la excepción la vía armada. Además se despreciaban –por ser frutos de la particularidad cubana– otras enseñanzas de esa revolución para América Latina: la importancia del campesinado pobre y el proletariado rural para la lucha revolucionaria; la importancia de la alianza con la pequeña burguesía radicalizada; la necesidad de construir una base revolucionaria para la lucha armada en el campo; la necesidad de formar un ejército revolucionario para que pueda triunfar la revolución; la vigencia de la huelga general revolucionaria; el gobierno provisional revolucionario y la insurrección para conquistar el poder; la necesidad de destruir y no simplemente tomar el poder reaccionario para que la revolución triunfe, etc. Además, no sé si consciente o inconscientemente, eso fue parte del disimulo de la importancia que tuvo en el triunfo de la Revolución Cubana el Partido Socialista Popular y de las vinculaciones que tenía con él el grupo dirigente guerrillero. Esto también formaba parte de la llamada excepcionalidad de la Revolución Cubana, que no sólo se habría hecho con independencia del PSP sino contra su voluntad. Pero conocíamos la relación estrecha del PSP con Fidel y que la Juventud Socialista Popular de Cuba había hecho una gira por todos los países del Este europeo buscando ayuda en esos países para financiar el envío de combatientes a la Sierra.

—¿Para qué medio de prensa era esa entrevista que usted debía realizar con Fidel Castro en la Sierra Maestra?

—El reportaje sería publicado por periódicos amigos del movimiento rebelde cubano. Me invitaron porque tenía una relación estrecha con los camaradas cubanos y había conocido, en otras oportunidades, compañeros de la JSP, del 26 de Julio y del Directorio Revolucionario en la clandestinidad.

Como contrapartida de las tesis de la excepcionalidad, los dirigentes cubanos contribuyeron a la confusión planteando que su revolución era un camino apto para copiar en cualquier lugar del mundo. “Incluso —decía Fidel Castro— en Berlín Occidental”. También afirmaba que el requisito para que la revolución triunfara en Brasil era conseguir “sesenta cojonudos”, y lo mismo dijo de la Argentina. El mismo Che Guevara sobreevaluó la importancia del foco en sí mismo.

—¿Qué impresión tuvo usted, en su experiencia personal, al visitar Cuba en 1958?

—Llegué a Cuba en enero de 1958 después de pasar por México, donde había tenido un encuentro con Risquet Valdés, que entonces ya estaba combatiendo en Oriente. Reinaba un terror impresionante en Cuba. Recuerdo que el primer día que salí a caminar por las calles del centro de La Habana se acababa de realizar una manifestación de todas las juventudes políticas en el aniversario de la muerte de Martí. Las calzadas estaban llenas de volantes y las veredas rotas. La policía buscaba detener gente. Todo este movimiento de masas fue secundarizado en las evaluaciones posteriores, lo que contribuyó a la exageración del papel del foco. En ese entonces ya se estaba preparando una huelga que se hizo meses después y que fue reprimida sangrientamente. Había lucha de todo tipo en Cuba: sindical, de masas, y estaba el foco. A mí me tocó escuchar a muchachas sencillas del pueblo bromear con un muchacho acerca de si éste era o no un hombre y decir: “Si fueses un hombre estarías en la Sierra con Fidel”. Era un momento en Cuba en que lo menos que le podía pasar a uno por

decir eso era aparecer muerto en un zanjón, como apareció un muchacho muy jovencito que era el secretario de organización de la JSP de La Habana. Es decir que lo que luego se llamó el foco jugaba un papel muy importante.

Esa guerrilla fue el detonante para una lucha armada de tipo campesino. El Che Guevara explicó en su discurso ante el Primer Congreso de Juventudes Latinoamericanas, en 1960, cómo ellos, que eran un grupo revolucionario pequeñoburgués, se vieron obligados a refugiarse en la Sierra Maestra e iniciar una prolongada lucha armada, en la cual tomaron contacto estrecho con el proletariado rural y el campesinado pobre, conociendo sus virtudes combatientes. Esa masa campesina pobre se constituyó en el contingente principal de las columnas del Che Guevara y de Fidel Castro en Oriente y en Las Villas. Esto lo relata muy bien el Che recordando la tradición de lucha armada de la época de Machado dirigida por el PSP. En su relato de los inicios de la guerrilla dice: “Esperamos a Crescencio Pérez, que nos había dicho que tenía muchos alzados en la Sierra y resultó cierto”. Crescencio era un dirigente campesino vinculado al PSP, y fue clave para que el pequeño grupo sobreviviente del desembarco del Granma no quedase aislado y pudiese continuar el combate. A su vez, el triunfo de la Revolución Cubana, que a partir del campo fue a la ciudad, combinó los tres elementos tradicionales para la victoria insurreccional: la huelga general, que duró cinco días en toda Cuba; el alzamiento insurreccional –basado en el Ejército Rebelde de la Sierra que bajó a Santiago de Cuba y en los combatientes de Las Villas que tomaron Santa Clara marchando sobre La Habana– en el cual el pueblo tomó por asalto todas las comisarías y cuarteles, fundamentalmente los cuarteles de La Cabaña y Columbia, en La Habana; y el Gobierno Provisional Revolucionario que constituyó Fidel Castro con un criterio de amplitud –como correspondía a esa fase de la revolución–, presidido por Urrutia, aquel juez de provincia que había tenido una buena actuación en el juicio contra Fidel y cuyo primer ministro fue Miró Cardona,

uno de los representantes más connotados de la burguesía proyanqui en la isla.

Junto con esto, el Ejército cubano prácticamente desapareció. También la policía. Y el Ejército Rebelde se transformó en el único poder armado en Cuba.

Fue una circunstancia muy particular, porque el grupo que dirigía al Ejército Rebelde no controlaba el 26 de Julio ni la dirección del movimiento obrero. Tampoco dirigía el movimiento estudiantil, en el que tenía mayoría el Directorio Revolucionario. Así se abrió el proceso conocido en Cuba, tan rico, que combinó la lucha armada con la lucha de masas, del movimiento obrero y estudiantil y que inclusive llevará a la apertura de otros frentes guerrilleros dirigidos por el Directorio Revolucionario y el PSP, que abrió el suyo propio en Las Villas.

Este proceso era considerado una excepción por el PC argentino, y simplificado a tal punto por algunos dirigentes cubanos que a veces lo transformaban en una caricatura. Esa caricatura fue lo que posteriormente se denominó “foquismo”. Este separó la lucha armada de la lucha de clases, y en la práctica replanteó las viejas tesis del terrorismo anarquista de comienzos de siglo. Todo esto estaba en debate.

Otra polémica se daba con los partidarios de la llamada “guerra popular”. Me refiero a Vanguardia Comunista en nuestro país, cuyos dirigentes llamaban así a una estrategia de lucha armada que en esencia era foquista. Ellos se instalaron en la zona de Salta y Jujuy a la espera de abrir un foco de lucha que estaba muy conectado con el del Che en Bolivia. Su concepción de guerra popular prolongada estaba vinculada a la teoría que propagandizó Lin Piao sobre el cerco de las ciudades por el movimiento campesino de África, Asia y América Latina. Esta teoría pasaba por alto las particularidades nacionales, su grado de desarrollo, etc. Concepción ésta que tiene parentesco con otras que posteriormente implementaría el socialimperialismo soviético en esos tres continentes y que buscaba el empalme del movimiento campesino revolu-

cionario con el movimiento proletario del Primero y Segundo Mundos. La concepción de guerra popular prolongada toma en cuenta a países donde la fuerza principal de la revolución es el campesinado.

Hay que tener en cuenta que en China, cuando triunfó la revolución, de los setecientos millones de habitantes, más de quinientos eran campesinos. El proletariado era una gota en el océano. Había más artesanos que obreros. Precisamente el gran mérito histórico del PCCh fue el de apoyarse en esa masa campesina. Ese camino, en general, fue apto para todo el movimiento revolucionario del Tercer Mundo, adaptado a las condiciones particulares de cada país. Pero en el caso de la Argentina, con más del 80% de población urbana, esta concepción no encaja. Es una postura para países campesinos, semicoloniales o coloniales, donde la lucha nacional se plantea contra un enemigo externo que ocupa el país total o parcialmente, y donde el modo de producción dominante es el feudal o semifeudal, como era en China. Países con una crisis crónica, no con un grado de desarrollo capitalista como el argentino. Es cierto que existe una llamada “crisis de estructura”, pero con manifestaciones periódicas coyunturales, no permanentes o crónicas, como en los países coloniales, semicoloniales y dependientes en los que se explica la guerra popular prolongada.

A Vanguardia Comunista la sorprendió el Cordobazo, y dejó aceleradamente sus refugios en el Norte para trasladarse a Córdoba y a otras ciudades, con lo cual, en la práctica, cambió su línea. Esto coincidió con el fin de Lin Piao en China y de su nefasta influencia en el movimiento comunista internacional.

Nosotros partimos del peso del proletariado en la Argentina, del grado de su concentración, y éramos partidarios de la lucha insurreccional. Aunque en los inicios manteníamos connotaciones putchistas y foquistas, e inclusive de propaganda armada, una variante moderna de lo que los anarquistas de comienzo de siglo llamaron “la propaganda de los hechos”. Al-

gunos de estos “hechos” fueron atentados terroristas célebres, como aquéllos en los que fueron ajusticiados el Comisario Ramón Falcón¹ y el Tte. Coronel Varela.²

—*En un artículo publicado en 1968 por la revista Tricontinental, usted decía que “no está dicho que sea imposible mantener en la ciudad grupos profesionalizados de acción armada capaces de librar una lucha efectiva”. ¿Pensaba, al escribir esto, en la posibilidad de practicar esa propaganda armada?*

—Exacto. Incluso la incluimos como línea en nuestro I Congreso. Algunas ideas expresadas en ese artículo corresponden al momento de apogeo de los Tupamaros en el Uruguay, cuando todavía ellos no habían realizado el secuestro de Dan Mitrione y otros que los llevarían a la derrota. Es la época “Robin Hood” de los Tupamaros, en la que realizan acciones que resultan muy simpáticas para la juventud. No llegan a ajusticiar, no hay muertos. Distribuyen alimentos a la población y el producto de los secuestros lo emplean en ayudar a sectores necesitados. Los cubanos, manteniendo su antigua línea de foquismo rural, estaban en contra del camino Tupamaro, pero éstos parecían mostrar que el foquismo urbano era posible.

Recuerdo que un infiltrado en el PCR, Ricardo Saiegh, por entonces miembro de nuestra dirección, era uno de los teóricos de la propaganda armada. Un día nos visitó un camarada del Partido Comunista Revolucionario del Brasil, Mario Alves, posteriormente asesinado en forma brutal por torturadores brasileños. Venía de Cuba muy desilusionado por el viraje cubano posterior a la invasión a Checoslovaquia. Al mismo tiem-

1. Ramón Lorenzo Falcón, Coronel del Ejército (actuó en la Campaña del Desierto) y Jefe de la Policía de la Capital Federal, reprimió violentamente las huelgas obreras de comienzos del siglo XX produciendo un centenar de muertes, en su mayoría durante la Semana Roja de 1909. El 1 de mayo de ese año fue ajusticiado por el joven anarquista ucraniano Simón Radowitzky.

2. El Teniente Coronel Héctor Benigno Varela comandó la represión de la gran huelga rural de la “Patagonia Rebelde”, durante la cual en 1921 ordenó fusilar a 1500 obreros rurales en Santa Cruz. En 1923 fue ajusticiado en Buenos Aires por el anarquista alemán Kurt Gustav Wilckens.

po, su organización, en la que militaba Carlos Marighela, había iniciado acciones de asalto a bancos con gran éxito. Alves parecía un nadador al que la corriente lo va arrastrando y era visible que no iba a poder vencerla. En nuestra reunión Saiegh le expuso con total claridad las posibilidades del terrorismo urbano, la capacidad casi ilimitada de acción que tiene un grupo bien organizado en una ciudad moderna, desde ajusticiar al presidente del país o a un alto jefe militar, a realizar secuestros, etc., todo lo que luego se hizo en la Argentina. Y le dijo también cómo indefectiblemente esos grupos van al desastre y son destruidos. Esto, visto a la distancia, muestra que quienes nos inducían a ese camino sabían muy bien adónde nos llevaban. Ricardo Saiegh fue posteriormente expulsado de nuestro partido y pasó a ser uno de los dirigentes de Montoneros.

Nosotros éramos ignorantes de muchas cosas, aunque esa ignorancia no justifica los errores que cometimos. En la lucha política, como enseñó Lenin, cuando está en juego el destino de las masas, ni la honradez ni la ignorancia sirven como justificación de los errores. Aunque debemos aclarar que siempre tuvimos como línea principal la línea de masas. Nunca la de grupos elitistas.

Desconocíamos que había una nutrida bibliografía sobre todo lo que nos parecía novedoso. Por ejemplo, la “propaganda armada”, que como dije ya había sido teorizada por los anarquistas a inicios del siglo. Y estaban los aprendices de brujo que metían la mano en el estante de la botica y nos daban la receta para llevarnos al despeñadero en el que seríamos aniquilados por la burguesía.

Por esto es que la “autocrítica” del PC en su XVI Congreso es profundamente hipócrita. Ellos revén su línea reformista y pacifista así como el apoyo que dieron a Videla y Viola durante la última dictadura, pero para que esa autocrítica sea real tendrían que incluir en ella a todos los combatientes revolucionarios que mandaron a la muerte. Porque ellos infiltraron absolutamente a todas las organizaciones de la izquierda revolucionaria, incluida la nuestra, y lo hicieron para destruirlas.

Sus agentes, cuando caían presos delataban a todos los miembros de la organización en la que actuaban; lo único que no decían era a qué organización guardaban fidelidad secreta. En 1965, a partir del diferendo chino-soviético, la dirección del PC –esto lo conocimos después– se planteó como objetivo central de su aparato de contraespionaje –que es un aparato con muchos funcionarios, y me refiero al aparato “abierto” dentro del partido, no hablemos del aparato secreto– la infiltración y destrucción de las fuerzas de la izquierda revolucionaria. Esto también sucedió en el Uruguay con los Tupamaros, que fueron profundamente infiltrados, a tal punto que en el momento en que su dirección suprema, con Raúl Sendic, estaba presa y había propuesto una tregua al gobierno, algunos de sus dirigentes que permanecían en libertad lanzaron la lucha frontal contra el Estado uruguayo, lo que permitió a las fuerzas represivas liquidarlos en pocas semanas. Quienes decidieron aquella confrontación abierta son ahora honorables burgueses de la cultura “progre” rioplatense, y hay indicios serios para pensar que integraban el aparato secreto del PC uruguayo. Por lo tanto, el proceso ha sido complejo y con mucha sangre de por medio.

IV

EL CHE GUEVARA

–Cuando se produce vuestra ruptura con el PC en setiembre de 1967, el comandante Guevara está en Bolivia, cercado. Si la dirección del partido es –siguiendo su relato– la que violando el centralismo democrático provoca y acelera esa ruptura, cabe preguntar: ¿lo hace con el objetivo de evitar o, por el contrario, empujar una confluencia con el Che? Y, en cualquier caso, ¿qué participación le cupo a los soviéticos en eso?

–Por los elementos que son de conocimiento público hoy, a más de veinte años de ocurridos los hechos, está claro que los servicios especiales de los soviéticos y cubanos trabajaron desde distintos ángulos –teóricos, políticos– con los sectores que discrepábamos con la camarilla dirigente, sobre todo con los compañeros que entonces dirigían el sector universitario de la FJC y la Federación Universitaria Argentina. Estas relaciones eran importantes porque la FUA integraba la Unión Internacional de Estudiantes, así como la Organización de Estudiantes Latinoamericanos que funcionaba en Cuba. Pero el trabajo de los soviéticos no estaba dirigido a provocar la ruptura con la dirección del PC. El trabajo con nuestra corriente tenía que ver con la contradicción que había surgido entre algunos sectores de la dirección del PCUS y Victorio Codovilla. Esos sectores trabajaban contra Codovilla alentando una corriente interna de oposición. Hicieron eso conectados con

la dirección del PC uruguayo. Un juego muy hipócrita, porque esgrimían como uno de los argumentos de su oposición a Codovilla, a Rodolfo Ghioldi y a Arnedo Alvarez, la posición sectaria que éstos tenían frente al proceso revolucionario de Cuba, pero al mismo tiempo trabajaban para impedir que nosotros nos vinculásemos con los cubanos. Por eso yo considero que los soviéticos no trabajaron para que nosotros confluyéramos con el Che, sino todo lo contrario.

– *¿Usted era guevarista?*

– Pedro Planes y yo éramos admiradores del Che Guevara. Planes era, ante todo, insurreccionalista. Partía de la base de que la lucha revolucionaria en la Argentina iba a desembocar, más tarde o más temprano, en un alzamiento insurreccional y que el partido revolucionario tenía que trabajar para esa perspectiva. No era partidario de la guerra de guerrillas con base campesina. Sus ideas se expresaron en el tipo de organización que nos dimos. Esto en lucha con sectores del partido que empujaban la línea foquista, guerrillerista, en lo fundamental sobre bases urbanas. Para Planes el proceso revolucionario de América Latina debía hacer confluír al proletariado de los grandes centros urbanos como San Pablo, Montevideo, Buenos Aires, de las zonas mineras bolivianas, etc., con el movimiento campesino de origen indígena que habita principalmente en la cordillera de los Andes desde Colombia hasta el Noroeste argentino. Esa era la idea estratégica. Muy importante, porque andando el tiempo uno ve que el problema de fondo de los errores del Partido Comunista argentino, lo mismo que los del Partido Comunista brasileño y otros, ha sido un error estratégico, no táctico. En el análisis de la historia de esos partidos y de su fracaso relativo se puede hacer una crítica a distintos momentos tácticos, como hacen generalmente los nacionalistas burgueses que critican al PC sus posiciones frente a Yrigoyen y a Perón, por ejemplo. Y desde ya que tras esas posiciones hubo un sustrato teórico acerca del problema campesino, de la burguesía nacional, etc. Pero mucho más de

fondo es el problema estratégico del camino de la revolución en América Latina, en la particularidad de sus grandes centros urbanos con gran concentración proletaria, que al mismo tiempo son puertos de salida de la producción agropecuaria o de materias primas y en los que hay un desarrollo capitalista bastante considerable, junto a un interior más o menos atrasado; características éstas de todo el Tercer Mundo. Yo era más foquista que Planes. Como ya hablamos, había estado en Cuba antes y después de la Revolución, y estoy firmemente convencido de que el foco desempeñó un papel inmenso en su triunfo como variante de la guerra campesina. En cualquier caso, tanto Planes como yo no sólo teníamos un sentimiento de respeto y admiración por el revolucionario que era Ernesto Guevara, sino que, en el caso de que el Che hubiese estado vivo, independientemente de las discrepancias que pudiésemos tener, nuestra actitud, sin ninguna vacilación hubiese sido: “A la orden mi comandante”. Y estimo que esa hubiese sido, también, la posición de una gran parte de los que rompimos con el PC en 1967.

—*¿El Che lo sabía?*

—Sí, me consta por testimonios fehacientes. El trabajaba con la perspectiva de confluir con esos elementos que él sabía estaban rebelándose en el interior del Partido Comunista Argentino. Lo que me llamó la atención apenas comenzamos a conocer a los jóvenes que integraban el primer núcleo de dirección de nuestro partido, fue que aquéllos que empujaban con más ímpetu la línea militarista eran profundamente antiguevaristas. Algunos de ellos, como se demostró luego, eran infiltrados dentro del partido, como Sergio Rodríguez, Ricardo Saiegh y Aguirre (a quien nosotros conocíamos con el seudónimo de Zárate y que fue fundador de organizaciones armadas). Tanto éstos como Oscar Landi, Julio Godio y otros, tenían una repulsión total por las teorías del Che. Aclaro esto para tener presente que cuando se habla del guevarismo inicial de nuestro partido, hay que entender que lo que caracterizaba a

la gran mayoría era una enorme simpatía por la Revolución Cubana, pero no una adhesión a los principios del foquismo. Así que yo creo que, en todo caso, la confluencia con el Che hubiese sido parcial, no hubiese sido una confluencia de todo el sector que rompió con la dirección del PC. Por lo que sí fuimos influenciados –y mucho– fue por la esencia de la concepción foquista: la de la lucha corta y el triunfo rápido. Pasó igual con la generación del 69, que era, en general, reacia a un trabajo arduo entre las masas, a ir paso a paso, siendo que el camino de la revolución es tortuoso, no recto. No se triunfa ganando una sola batalla, son necesarias muchas batallas y muchas derrotas para poder triunfar. Para este triunfo es necesario el partido, que es lo que el Che no destaca; sí lo hace el maoísmo: sin partido revolucionario no puede haber revolución triunfante. Y hay que tener una profunda confianza en las masas explotadas, apoyarse en ellas, que es lo contrario de la experiencia del Che en Bolivia, en donde sus fuerzas no engrosaban –un guerrillero muerto era un guerrillero menos– y desconfiaban de la masa campesina a la que muchas veces expropiaron para comer, olvidando que un buey es algo muy importante para un campesino. Para nosotros la lucha revolucionaria y la lucha popular armada exigen ligarse a las masas, respetarlas, respetar sus intereses mediatos e inmediatos, y crecer como bola de nieve cuando crece la lucha. Pero si algo nos unificó a todos fue la denuncia de la postura que había tenido la dirección del PC al negar solidaridad al Che. La dirección de la FJC se enteró del tránsito por Argentina de armas para las fuerzas contraguerrilleras que cercaban al Che, y algunos jóvenes le propusieron a la dirección del PC realizar acciones para impedir que ese abastecimiento llegase a Bolivia. La dirección del PC rechazó esto totalmente y, al mismo tiempo, trabajó para impedir toda solidaridad concreta con la guerrilla.

–Se ha hablado mucho de esta falta de apoyo, no sólo por parte del PC argentino, sino fundamentalmente del boliviano y del propio partido cubano. La soledad del Che es patente y

patética en su diario personal. ¿Quién cree usted que mató a Ernesto Guevara en Bolivia?

—Está totalmente comprobado que fue la CIA la que planificó, organizó y dirigió el asesinato del Che Guevara en Bolivia. Es también evidente que los soviéticos lo pusieron al Che allí sabiendo que esa era la suerte que iba a correr. Lo dejaron ir conociendo su proyecto, le armaron los contactos, facilitaron su entrada en Bolivia, pero toda la red de apoyo la siguieron manejando ellos. Y los yanquis se mantuvieron al tanto de sus movimientos. Son interesantes al respecto las declaraciones de Nicanor Costa Méndez, quien era canciller del gobierno de Onganía. Él cuenta a la revista prosoviética *El Periodista* que el embajador yanqui le dijo entonces: “Ayer ha entrado en Bolivia el Che Guevara”. Es un personaje extraño este Costa Méndez. Poco antes de ser canciller había sido síndico del grupo Gelbard cuando éste compró y pasó a dirigir los seis ingenios de la Compañía Azucarera de Tucumán, junto con los Nadra, Bestani, etc. La gente de Gelbard dice que éste hizo la compra a libro cerrado a la banca Tornquist sobre la base de que Costa Méndez, que ya era síndico de esos ingenios, continuase siéndolo. Pero en verdad es un hecho extraño, porque aparentemente Costa Méndez sabía bien quién era José Ber Gelbard como testaferro de capitales soviéticos. Y me imagino que como Costa Méndez estuvo acusado siempre de ser un hombre ligado a los ingleses y a los yanquis, Gelbard a su vez sabría bien quién era él. Por lo tanto, las declaraciones de Costa Méndez siempre hay que tomarlas con cierta precaución, igual que su entusiasmo pro cubano y profidelista durante la Guerra de las Malvinas. A nosotros nos consta, por cables que llegaron a nuestro poder apenas constituido el PCR, que el Comando en Jefe del Ejército argentino conocía, semanas antes de ser muerto el Che, que la guerrilla estaba cercada, sin contactos con La Habana y totalmente ubicada. Después está lo que dice la compañera Rosa Nassif en su libro sobre el Che. Ella plantea que el Che estaba perdido antes de empezar, porque confió en el aparato

logístico y en la red que tenían los rusos en Bolivia y en América; red de la que eran parte, o estaban muy cerca, algunos miembros del grupo que –hoy se sabe– dieron la orden de matarlo. En ese núcleo reducido estaba, por ejemplo, el general Juan José Torres, que cuando llegó al gobierno de Bolivia se rodeó y tuvo el apoyo de muchos sectores de izquierda. Y cuando lo asesinaron en nuestro país se dijo –y lo dijeron todos los prosoviéticos– que lo había matado la CIA. También estaba Antonio Arguedas, que como Ministro del Interior de Bolivia sin duda algo tuvo que ver con el asesinato del Che, y de quien luego se supo que era agente cubano. Y se supo porque el gobierno cubano lo reconoció el 26 de julio de 1970 ante cientos de miles de cubanos que –dice Rosa– estaban con el corazón lacerado porque acababa de fracasar la zafra de los diez millones de toneladas, después de los enormes sacrificios de todo el pueblo. Allí Fidel presentó a Arguedas diciendo: “Este es un amigo de Cuba”. ¡El ministro del Interior que reprimió sangrientamente a los mineros en Bolivia y que estuvo vinculado al asesinato del Che Guevara!

Toda la red en que se apoyó el Che en Argentina era una red soviética, paralela al PC, con gente de su aparato especial, y en su paso por Buenos Aires y Córdoba se alojó en casas de gente que pertenecía a ese aparato.

En relación a su pregunta acerca de si el PC y los soviéticos querían acercarnos o alejarnos del Che, recuerdo que en ese período, siendo yo secretario del PC en La Plata, sorprendentemente recibí algunas visitas de lo más extrañas. Una de ellas fue la de Gallego Mancera, miembro del secretariado del PC venezolano y responsable de sus relaciones internacionales, a quien yo no conocía. Residía en Cuba, y apareció diciendo que me conocía y trayendo saludos de unos amigos de la dirección del Partido de Venezuela que luego formaron el MAS en ese país.

El PC me sugirió que lo atendiera bien, que lo llevase a pasear. Fuimos a recorrer Punta Lara. Toda la finalidad de la conversación de ese día fue para indagar si yo conocía que el

Che Guevara estaba en Bolivia y qué pensaba yo de lo que estaba sucediendo allá, etc.

También vino a verme gente del aparato especial del PC que en ese entonces estaba montando el Canal 2 de televisión de La Plata, al que luego controló por muchos años. Con el pretexto de conversar sobre este tema, trataron de saber si había alguna posibilidad de confluencia mía con el Che. Yo no conocía nada sobre el paradero del Che. Igualmente el PC tomó la precaución de enviarme de “vacaciones”. Pese a que yo era una oveja negra, ya castigado en el partido, me mandaron en una delegación especial a Rumania con el pretexto de mejorar las relaciones con el partido rumano mediante el trámite de lograr una invitación a Codovilla para visitar ese país. Partí a fines de julio y debía estar dos meses como mínimo en Europa, pero terminada mi tarea volví rápidamente a la Argentina a donde llegué a principios de setiembre, en el momento que se producía la expulsión de la mayoría del CC de la FJC. De haberme demorado, la ruptura del PC me habría sorprendido fuera del país.

Al Che se lo dejó solo, aislándolo en forma vil. La síntesis de lo que pasó con él es: al Che lo mató la CIA, pero la KGB lo puso en Bolivia para que lo mate la CIA.

—¿El PCA tuvo algún entendimiento con el PC de Bolivia a propósito de su actitud hacia la guerrilla del Che?

—En 1966, antes que Mario Monje tuviera su entrevista con el Che el día de fin de año, Jorge Kolle y el propio Monje, por la dirección del PCB estuvieron en Buenos Aires. Mantuvieron contactos con la embajada soviética y, al menos Kolle, también con la dirección del PC argentino. Hablaron con Codovilla y coordinaron la posición frente a la guerrilla que Monje le llevó al Che y que éste anota en su diario. De esas entrevistas tuve conocimiento por el relato que en esa época hizo Arnedo Alvarez.

—¿Qué hay de cierto en las versiones que dan a Tania como infiltrada por el KGB en la guerrilla del Che y abren dudas y

sospechas sobre el comportamiento de Regis Debray, ahora funcionario del gobierno de Francia?

—Debray es un personaje turbio. Es un hombre de la socialdemocracia vinculado a los servicios especiales franceses. Jugó un rol nefasto con su teoría del foco llevada al absurdo, en ese famoso folleto que en aquella época tuvo tanta difusión.

En cuanto a Tamara Bunke (Tania), había sido la profesora de alemán de los hijos de Barrientos. Si sumamos este dato a otros, como el hecho de que Arguedas, el que entrega una copia del diario del Che a Fidel Castro, era ministro del Interior, y que el general Torres era uno de los jefes del Ejército boliviano y uno de los que participó en la reunión donde se propuso matar al Che, veremos el alto grado de infiltración directa e indirecta que los soviéticos tenían en ese gobierno proyanqui.

—Cuando Tania es identificada por el Ejército como integrante del grupo de apoyo a la guerrilla, el Che anota en su diario que “se pierden dos años de trabajo bueno y paciente”. ¿Cómo se produce su identificación?

—Ella olvida en el jeep en el que se acerca hasta el primer campamento del Che, documentos que son los que permiten identificarla, por lo cual no puede regresar a La Paz. Como Tamara era la persona clave en la red secreta de apoyo en Bolivia y de contacto con las embajadas de países socialistas en la Argentina y en otras naciones latinoamericanas, el golpe deja totalmente aislado al Che.

Yo la conocí a Tamara Bunke. Trabajamos juntos en Viena. Fue mi secretaria en la Comisión de América Latina del Festival de Viena, en 1959. Era muy joven, tenía poco más de veinte años. Era una digna descendiente de esos alemanes que aquí fueron el inicio de todo al fundar el Club Vorwärts, donde se nuclearon muchos de los primeros marxistas en Argentina. Sus padres pertenecieron al Vorwärts; después, cuando se instauró la República Democrática Alemana, regresaron junto con muchos brigadistas de la Guerra Española y combatientes en la URSS. Digo que era una digna

representante de ellos porque era una muchacha revolucionaria, romántica, apasionada, trabajadora incansable. No me ocultó nunca –cosa extraña en esos países– que ella trabajaba para el Ministerio del Interior de la RDA. Ese ministerio controla los servicios de contraespionaje. Visto ahora, ya sin la ingenuidad de aquella época, me doy cuenta que ella fue enviada allí para ayudarme con la realización de un trabajo técnico por medio del cual obtenía el control de las listas de los delegados al Festival, sus caracterizaciones. Así los servicios de los países del Este podían luego trabajar con ellos cuando, terminado el Festival, visitaran esos países. Después Tamara fue enviada a Cuba por la RDA para ayudar a organizar los servicios especiales cubanos, en los cuales trabajó. Me consta que Tamara era una persona entregada a la lucha por la revolución mundial. Si acompañó en forma totalmente disciplinada al Che o si siguió disciplinada a los servicios de Alemania Oriental, eso sólo lo saben los servicios de la RDA, los cubanos, el KGB y tal vez la CIA.

–En 1964, en un reportaje concedido a Eduardo Galeano, el Che decía: “Este es un período decisivo para Cuba. Y no podemos, no debemos olvidar que existe un peligro de retorno al capitalismo. Otros casos lo demuestran”. Según el periodista, este tema lo indignaba, y no llamaba compañeros sino “señores” a los seguidores de ese camino en Cuba. Lo cuenta Galeano, que es un defensor de ese rumbo que indignaba al Che. ¿Estas diferencias del Che con otros dirigentes cubanos, habrán estado entre las causas que lo impulsaron a abandonar Cuba? Y, sobre todo, ¿estarán entre los motivos por los cuales La Habana lo dejó solo en Bolivia?

–Bueno, son conocidas las discrepancias de Fidel con el Che por la participación que éste tuvo en la reunión de Argel. Fidel se indignó por ese discurso en el que el Che criticó en forma aguda la política de comercio exterior soviética y dejó latente la acusación de que ésta era una política colonialista. Ahora, en 1990, acosado por Gorbachov que ha cortado

hasta los suministros de petróleo y harina de trigo a Cuba, Fidel Castro hace autocrítica sobre esas posiciones, al igual que Carlos Rafael Rodríguez, quien entonces polemizó con el Che. Como dijo el italiano del cuento, aquél que se comió un huevo empollado y al pasar éste por la garganta pió el pollito, se le puede decir a Fidel: ¡tarde piaste! El Che, precisamente, siempre hizo pública, en cuanta ocasión pudo, la falencia de la llamada “ayuda socialista” de la URSS y otros países para con Cuba; “ayuda” por la cual los checoslovacos llegaron a venderle a Cuba barredoras de nieve.

–El Partido Comunista (marxista-leninista) de Bolivia, que se había escindido no hacía mucho del partido de Monje, responsabilizó en aquel momento a Fidel Castro por el aislamiento del Che.

–Sí. El PC (m-l) de Bolivia fue uno de los primeros partidos maoístas que se formó en América Latina. En la polémica acerca de las tesis del XX Congreso del PCUS, y también en torno a los debates en el Movimiento Comunista Internacional a inicios de la década del 60, creció en el PC boliviano un proceso de radicalización. Las bases obreras del partido, principalmente mineras, dirigidas por Escobar, critican a la dirección revisionista. Para absorber ese descontento proletario y juvenil, que se expresaba fundamentalmente en la oposición a la tesis del tránsito pacífico, el PCB prepara sus fuerzas para una posible lucha guerrillera. Se da una política amistosa hacia el PC cubano, el que por entonces tenía posiciones críticas hacia el PCUS. Esas críticas del PCC se dirigían contra la línea de Jruschov, porque luego los cubanos serían abiertamente brezhnevianos.

El golpe de Estado de Barrientos y la dictadura militar que él encabezó cortaron este proceso con una política populista hacia el campesinado, en el que encontró apoyo, motivo por el cual –según lo que conozco– se postergó el lanzamiento de la lucha armada. La disidencia dentro del partido era muy grande, y los dirigentes cubanos, tanto Fidel como el Che es-

taban enterados de ella –así como estuvieron enterados de la disidencia nuestra que eclosionó en 1964 en el VIII Congreso de la FJC– y en forma discreta la alentaban. Pero cuando los camaradas bolivianos dirigidos por Escobar y Oscar Zamora ganan la mayoría del partido en un famoso congreso realizado en las zonas mineras, el PC de Cuba rompe relaciones con ellos. Les sucedió a ellos lo mismo que a nosotros: Fidel Castro también estimuló la disidencia dentro del PC de la Argentina pero después fue muy reticente con nosotros. En el caso de los bolivianos lo fue mucho más, porque ellos tuvieron de entrada posiciones cercanas al PC de China y de crítica al PCUS.

Cuando en diciembre de 1965 se realiza en La Habana la Conferencia Tricontinental, el PC (m-l) integra una delegación, un frente de izquierda, presidida por Lidia Gueiler, más tarde presidenta de Bolivia. En México, la embajada cubana tenía prohibición de dar visas a los marxistas-leninistas. La delegación se encontró allí con Salvador Allende, quien también viajaba a la Tricontinental. Lidia Gueiler tenía amistad con él; le planteó el problema y Allende los hizo subir al avión y aparecieron todos en Cuba para desagrado de Monje, Kolle y los demás. Ya en La Habana, se les comunicó que por instrucciones de Fidel Castro, los del PC (m-l) estarían impedidos de asistir a las deliberaciones, y que el resto de la delegación sólo participaría si aceptaba integrar la delegación de Monje. No aceptaron, por lo cual debieron abandonar Cuba.

En ese momento se realizaban los preparativos de la guerrilla del Che. Es decir: la dirección del PCC excluyó deliberadamente al PC (m-l) de toda vinculación con esos preparativos. Esto demuestra que los ataques posteriores de Fidel Castro hacia el PC (m-l) tuvieron como objetivo salvar de culpabilidad al partido revisionista boliviano en la caída del Che. Oscar Zamora, secretario general del PC (m-l), hizo pública en su momento una carta en respuesta a esos ataques, y como él bien dice allí, el problema principal es por qué “Manila no contesta”, como anota el Che en su diario de campaña. Manila era

el nombre clave del PC de Cuba, y esa es la pregunta que debe responder Fidel Castro.

Las diferencias del PC (m-l) de Bolivia con esa guerrilla tuvieron que ver con las discrepancias de fondo que había entre el maoísmo y el guevarismo, sobre todo respecto del análisis de la situación internacional.

—¿Esas discrepancias se manifestaron en las discusiones sostenidas entre el Che Guevara y Mao Tsetung en Pekín?

—Sí, el Che salió enojado de esa entrevista. Le fue a pedir a Mao ayuda para irse de Cuba y organizar el foco guerrillero en Bolivia. Entonces Mao —según se dice— le responde: “¿Le parece, Guevara, que las cosas andan tan bien en Cuba como para que usted se vaya de allí?”.

Mao, que ya había manifestado su desacuerdo con un frente único internacional de todos los partidos comunistas que incluyera al PCUS, y que había sostenido que ese frente debía oponerse tanto al imperialismo yanqui como al soviético, criticó la consigna guevarista de “crear dos, tres, más Vietnam” por inscribirse, en última instancia, en la idea de aquel frente, que seguía considerando revolucionaria a la URSS.

Mao era crítico de la concepción foquista de la lucha armada; y tenía razón en el problema de fondo que le señaló al Che. Al mismo tiempo, el Che no podía quedarse en Cuba después de la reunión de Argel y de la contradicción que surgió entre él y Fidel, con lo que esto significaba en esas circunstancias.

—Usted conoció personalmente a Ernesto Guevara. ¿Qué impresión guarda del encuentro que tuvo con él?

—El Che Guevara impresionaba por su integridad revolucionaria. Por su humildad. Por su disposición permanente a dar la vida por la revolución. Por la plena conformidad de todos los actos de su vida con sus ideales. Por ser un internacionalista sin ninguna brizna de egoísmo nacional.

Eran los primeros días de la revolución triunfante, en enero de 1959, cuando lo vi por primera vez. Vivía con Aleida March

en una casa del cuartel de La Cabaña, junto a otros oficiales y combatientes del ejército revolucionario. Había ordenado dar a su ayudante de campo, Pablo Rivalta, la mejor casa del cuartel. Ambas actitudes eran toda una definición sobre el carácter del Ejército Rebelde, ya que Pablo era negro, y en ese entonces existían fuertes prejuicios raciales en Cuba.

Recuerdo, respecto de su severidad revolucionaria, que en La Cabaña se comentaba que cuando la columna del Ejército Rebelde que dirigía el Che ocupó la ciudad de Santa Clara, él destituyó a un oficial que, aprovechándose del prestigio de los combatientes, se dedicó a seducir muchachas de la ciudad.

En los días de mi estada allí, recién llegado a La Habana el Ejército Rebelde, el Che trabajaba toda la noche, se levantaba a media mañana y, antes de iniciar sus tareas, aprendía a manejar aviones. El y muchos milicianos pensaban acompañar a los patriotas dominicanos que se preparaban para iniciar la lucha armada contra Trujillo.

Sé que en la década del 60, cuando Cuba sufría el rigor del bloqueo del imperialismo yanqui, había funcionarios del gobierno cubano que cada vez que viajaban al exterior regresaban con regalos para su familia. Eran mercaderías que no se conseguían en Cuba. El Che nunca trajo de esos viajes regalos para sus hijos, porque decía que no quería que ellos tuvieran nada que no tuviesen los otros chicos cubanos.

“No dejo a mis hijos y a mi mujer nada material, y no me apena. Me alegra que así sea. No pido nada para ellos, pues el Estado les dará lo suficiente para vivir y educarse”, escribió en la carta de despedida a Fidel Castro al dejar Cuba.

—El Che era un excelente narrador, como se aprecia en sus Pasajes de la guerra revolucionaria. Es que también había sido un gran lector. ¿Cuáles eran sus lecturas en la Sierra Maestra? ¿Pudo conocer usted si estudiaba el marxismo entonces? ¿Cómo fue su formación teórica?

—El Che fue un revolucionario práctico. Fue a partir de su vinculación estrecha con las masas de obreros, semiproleta-

rios y campesinos pobres que tanto él como otros dirigentes comprendieron la necesidad de realizar la reforma agraria y otras transformaciones profundas que hizo en su inicio la Revolución Cubana.

En esos días acompañé al Che en una gira por la zona en la que había luchado su columna, en la provincia de Las Villas, y me quedó grabada una imagen. En un paraje alejado de la Sierra, donde había estado la base guerrillera, se habían reunido para homenajearlo miles de guajiros, muchos de ellos armados, en un acto en el que el Che apenas si pudo hablar debido al asma y a los apretujones. Los campesinos traían carteles que decían: “Queremos la propiedad de las tierras que ocupamos. Reforma agraria”.

El Che les preguntó: “¿Ustedes ocupan las tierras?”. La masa respondió: “¡Sí!”. “¿Tienen armas?”. “¡Sí!”, contestaron. “Entonces –dijo el Che– tienen la tierra y tienen con qué defenderla”.

Pero no convenció a los guajiros. Estos querían los títulos de propiedad de las tierras que ocupaban. Posteriormente, la reforma agraria les dio esos títulos de propiedad.

Para mí fue una lección muy importante respecto de un problema cardinal, tanto para la revolución democrática como para la revolución socialista, en cuanto a la relación con las masas campesinas.

Como dijo en su discurso ante el Primer Congreso de Juventudes Latinoamericanas en 1960, él y los otros dirigentes revolucionarios “descubrieron también, por sus propios métodos, los caminos que señalara Marx”.

En forma simultánea, estudiaba infatigablemente el marxismo-leninismo. No tenía un conocimiento enciclopédico de él como podían tener muchos “académicos” del marxismo, pero conocía sí lo fundamental de éste como para ser un dirigente revolucionario. Cuando su columna luchaba en Las Villas tenía dos libros de cabecera. Uno era *La guerra de guerrillas a la luz del marxismo-leninismo*, una selección de trabajos de Marx, Engels, Lenin y Stalin sobre la lucha guerri-

llera, editado por Lenguas Extranjeras de Moscú en la década de 1940. Otro era *El Estado y la revolución*, de Lenin.

Como ya le dije, el Che respetaba profundamente a Stalin. Discutimos sobre eso, porque yo venía con la cabeza llena de las falsificaciones y mentiras del XX Congreso. El se burló de mí, señalándome que Stalin no era partidario, como Jruschov y los dirigentes soviéticos de ese momento, del llamado camino pacífico. El Che, como lo probaron los acontecimientos posteriores, tenía razón en esto. Es decir, que había aprehendido lo esencial del marxismo.

El y otros cuadros dirigentes eran, en su mayoría, marxistas-leninistas en mayor o menor grado: Fidel Castro, Raúl, Camilo y su compañera, Ramiro Valdés, Vilma Espín, Violeta Casals, el hermano de Camilo, Osmani Cienfuegos y los principales colaboradores como Risquet Valdés, Pablo Rivalta, Núñez Jiménez y tantos otros. Muchos, entre ellos el Che, estudiaron también el libro de Mao *Problemas estratégicos de la guerra de guerrillas contra el Japón*.

–Ustedes se solidarizaron con la lucha del Che en Bolivia al punto que una de las causas fundamentales de la ruptura con el PC fue la falta de apoyo que éste dio a Guevara. Pese a las diferencias que tuvieron y aún mantienen con él, ustedes continúan reivindicando su figura revolucionaria. ¿Por qué?

–Nosotros teníamos acuerdos fundamentales, estratégicos, con el Che, y teníamos y hemos tenido, en la medida en que posteriormente fuimos profundizando nuestra adhesión al marxismo-leninismo-maoísmo, puntos de discrepancia.

En el momento de la ruptura, el PC decía que discrepaba con el Che, con la forma de lucha de la guerrilla del Che. Y nosotros decíamos que el internacionalismo proletario presupone la solidaridad con cualquier combatiente antiimperialista, cualquiera sea la metodología que utilice. Condicionar la solidaridad a que se compartan las propias opiniones sobre las formas de la lucha revolucionaria es exactamente lo contrario del internacionalismo, es el nacionalismo más ramplón.

Nosotros siempre consideramos en la valoración del Che lo que dijo Lenin de Rosa Luxemburgo y de Karl Liebknecht, con los cuales los bolcheviques también tuvieron diferencias. Lenin dijo entonces, respecto de los críticos de esos revolucionarios, que no había que confundir: un águila puede volar bajo como una gallina, pero jamás una gallina puede volar a la altura de un águila. Y, precisamente, cuando hablamos del Che Guevara estamos hablando de una de las águilas de la revolución latinoamericana y mundial, al que todo revolucionario que verdaderamente sea tal tiene que respetar y admirar.

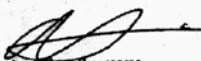
REPUBLICA DE CUBA
MINISTERIO DE DEFENSA NACIONAL
EJERCITO

Departamento Militar de La Cabaña.
La Habana, 7 de Febrero de 1959.


PASE DE CIRCULACION.-

1.-Por medio de la presente Orden se autoriza al portador de la misma Sr. OTTO VARGAS, para que el mismo pueda salir y entrar libremente en este Regimiento en el día de la fecha.

LIBERTAD O MUERTE


Dr. Ernesto Che Guevara
Comdte en Jefe del Dpto Mtar La Cabaña.

cen.



Salvoconducto de Otto Vargas para circular por el cuartel de La Cabaña, firmado por el Che Guevara, 7.2.1959.



Arriba: Otto Vargas con Pablo Rivalta, ayudante de campo del Che Guevara en la campaña de Las Villas, 1959.



Izquierda: O. V. junto a Tamara Bunke (sentada, al centro de la foto), quien bajo el seudónimo de Tania combatió y murió en la guerrilla del Che en Bolivia. Viena, julio de 1959.



Otto Vargas en el cuartel de La Cabaña. Enero/febrero de 1959.

V

LAS CORRIENTES INTERNAS EN EL PARTIDO COMUNISTA ARGENTINO

PERFILES DE LOS DIRIGENTES HISTÓRICOS

–Cuando hablamos de los sucesos de la ruptura, usted hizo referencia a la lucha entre distintas líneas dentro del Partido Comunista Argentino. ¿Cómo se manifestaba esa lucha? Sería interesante también conocer la personalidad de sus protagonistas.

–Nosotros tardamos mucho en descubrir la existencia de esa lucha de líneas en el seno del PC. Esto puede parecer un absurdo y puede suscitar la sonrisa de cualquier joven de izquierda. En ese entonces nosotros no veíamos el mundo de esa manera. Para nosotros el partido era monolítico. Yo recuerdo que después de haber estado muchos años trabajando en Europa, y habiendo conocido la tremenda lucha de líneas que el XX Congreso produjo en todos los partidos comunistas del mundo, en una ocasión me pregunté acerca de cómo era esa lucha de líneas en el seno del partido argentino. Y no supe cómo contestar esa pregunta. Cuando indagamos en esa lucha de líneas, vemos que una primera manifestación de ella era la contradicción que se expresaba entre Victorio Codovilla y Víctor Larralde. Codovilla era el jefe máximo del partido en una situación especial, porque no tenía cargo; recién en el XII Congreso fue elegido presidente.

Larralde era el secretario del PC de la Capital. Nosotros (Planes, Rutzer, entre otros), en esta lucha a fines de la década del 50, éramos codovillistas, porque Codovilla se ubicaba en la línea del XX Congreso del PCUS que era en la que, con dudas y vacilaciones, nos ubicábamos nosotros entonces. Inclusive el PC chino y Mao vieron inicialmente con alguna simpatía, aunque ya con dudas, el proceso que se abrió con el XX Congreso.

Víctor Larralde era un cuadro que se oponía a ese proceso de “apertura”, por un lado; por otro lado se oponía a todo lo que fuese una línea de unidad con el peronismo. A nosotros nos pareció que ésta era la contradicción principal que existía en el PC. La organización mayor del PC era la de la Capital Federal, muy fuerte, con decenas de funcionarios. Muy antiperonista. Larralde fue uno de los dirigentes del gremio de la construcción en la década del 40, y en tiempos de la Unión Democrática fue el secretario de la Unión Obrera, que agrupaba a los gremios que dirigía el PC en la Capital Federal. En esa época aparece constantemente al lado de los dirigentes de la lucha antifascista y antiperonista. Fue famoso por haber dirigido algunas actividades especiales del PC. Hubo, en tiempos de la lucha previa a 1946 un incidente resonante, porque Larralde organizó y realizó el volanteo de la Capital desde un avión. Arrojó propaganda antiperonista. El avión fue capturado y se descubrió que la operación había sido financiada por Santamarina, el representante máximo del Partido Demócrata (conservador) y de la oligarquía ganadera. De esa experiencia venía Larralde. Él era para nosotros el blanco cuando comenzamos nuestra lucha interna. Tenía una frase famosa respecto de los dirigentes peronistas. Decía: “El mejor peronista es dos veces hijo de puta”. Al mismo tiempo, era el representante máximo de una corriente interna que vivía al margen de la política, cuyos dirigentes –de muchos de ellos me consta– no leían los diarios. Parecían los viejos socialistas y comunistas de la década del 20, que uno se pasa horas leyendo su prensa, sobre todo el periódico del PC *La Internacional*, y no puede saber en qué país se escribe, a no ser

por el nombre de una fábrica, o la lucha económica y la lucha electoral vista como proletarios contra burgueses. Larralde era un hijo de ese proceso. Muy sectario. Tenía una inquina particular con los dirigentes de la revolución cubana, porque para él eran todos pequeños burgueses, Fidel Castro, Che Guevara, Raúl Castro. En el 60 vino una delegación cubana por el sesquicentenario de la Revolución de Mayo y tuvimos un gran choque con Larralde porque Dorticós le pidió consejo al PC por intermedio nuestro —es decir de la FJC, que estaba a cargo de la atención y de la seguridad de la delegación—, para una reunión a la que había sido invitado por las 62 Organizaciones, y le pidió seguridad. (Al término de esa reunión hubo una provocación contra los dirigentes cubanos). Recuerdo la discusión con Larralde (Fernando Nadra y Normando Íscarro estaban presentes) para tratar de que le diera una opinión sobre cómo comportarse a la delegación cubana en la conferencia de prensa que iba a realizar. Larralde decía: “¿Y nosotros qué tenemos que ver con ellos?”. Hasta que yo tuve que decirle lo que me parecía el ABC de las relaciones entre partidos: “Dorticós, camarada Larralde, es un hombre del Partido Socialista Popular y ha sido secretario personal de Marineillo” (que fuera presidente del PSP). Me miró asombrado. Pero no logré convencerlo. Era una organización muy poderosa la de la Capital Federal. Llegó a tener un funcionario, aparte de los funcionarios de cada organización barrial, para cada gran empresa importante, como Alpargatas, Grafa, el frigorífico de Mataderos, Centenera, Sudamtex. Tenía un enorme poder financiero, porque organizaron toda esta red de cooperativas del Instituto Movilizador de Fondos Cooperativos que proveía al PC de dinero a raudales allá por la década del 60, antes de la dictadura de Onganía. Larralde construyó un partido en base a un falso obrerismo y un falso clasismo, ferozmente antiperonista, un partido de las capas medias, de la pequeña burguesía y de la burguesía de la Capital Federal, que manejaba uno de los principales grupos económicos de la Argentina, porque el Instituto Movilizador de Fondos Cooperativos llegó a ser uno

de los principales bancos e institutos de créditos del país, teniendo su gran fuerza en la ciudad de Buenos Aires. Esa era la contradicción; que estalla y se resuelve con la separación de Larralde del Secretariado Nacional del PC a mediados de la década del 60. Pero era una contradicción secundaria, que en determinado momento adquirió gran importancia.

—¿Y cuál era la contradicción principal? ¿Existía esa “lucha entre las dos líneas”, de cuya existencia en todo partido comunista habla siempre el maoísmo?

—Las luchas en la dirección del PC, desde mediados de la década del 50, fueron luchas entre camarillas revisionistas. La contradicción de fondo en la dirección del PC tenía mucho que ver con la contradicción que produjo la ruptura actual y el surgimiento de por lo menos tres partidos. Uno es el de Echeagaray, que está en la línea de la alianza con el MAS. Otro es el de Oscar Arévalo, que está en la línea de apoyo al FREJUPO. Y otro es el PSOL, de Mendoza, con Bustelo, Vélez y dirigentes importantes en distintas provincias (Capital, Santa Fe, Tucumán, etc.), y que organizaron el frente Acción Popular para las últimas elecciones. Esa contradicción enfrentó históricamente a dos corrientes. Una fue la corriente de los que se autodenominaban “los que hicieron el rancho”. Aquellos que en la década del 30, en medio de la persecución de la dictadura de Uriburu y de Justo, que creó la Sección Especial de Represión al Comunismo y perfeccionó instrumentos de tortura como la picana eléctrica, construyeron un partido comunista celularizado, clandestino, combativo, que llegó a organizar y dirigir importantes sindicatos obreros en la carne, la construcción, la madera, petróleo, entre otros. Esa corriente —que no era una corriente orgánica, una fracción, sino que constituía una tendencia— era encabezada por Arnedo Alvarez y la integraban Rodolfo Ghioldi, Héctor Agosti, Alcira de la Peña, Rubens y Normando Íscar y, con matices, la dirección de la provincia de Buenos Aires: Pedro Tadioli, Juan Ochipinti, Irma Othar. Los cuadros históricos del PC en el movimiento obrero como

José Peter, los dirigentes de la construcción como Chiaranti entre otros, también confluían en ella. La otra corriente fue la que en su momento se llamó la de “los españoles”, la de los que regresaron de la guerra civil española muy influenciados por la experiencia del Frente Popular y pasaron a ocupar puestos de dirección claves: Victorio Codovilla, Juan José Real, Armando Cantoni, el comandante Ortiz y otros. Luego de la expulsión de Real esta corriente sufrió cambios y tuvo como jefe real a Victorio Codovilla y luego del alejamiento – por enfermedad– de éste, a Orestes Ghioldi. Esta corriente tuvo siempre la preocupación por el trabajo con las masas peronistas y por curar las heridas causadas a ellas por la Unión Democrática. Pero era una corriente muy oportunista que no creía posible que el proletariado argentino pueda ser capaz de hegemonizar la revolución democrática y antiimperialista y, consecuentemente, menospreciaba el trabajo con las masas obreras y tenía una profunda desconfianza en la capacidad revolucionaria de estas masas (“¡Estos obreros argentinos!”, le dijo en una ocasión Victorio Codovilla a Florindo Moretti luego de la derrota del Partido del Trabajo y el Progreso en las elecciones de Santa Fe en 1961).

La corriente que encabezaba Arnedo Alvarez tenía una orientación clasista (en el sentido común de este término), partía de considerar que el Partido Comunista era el partido de la clase obrera aunque las masas obreras fuesen en su mayoría peronistas, y desde considerar esto se aliaba con los partidos de la burguesía liberal, principalmente los radicales. Estaba muy influenciada por un enfoque liberal de la historia argentina y era, por consiguiente, muy crítica del peronismo. Muchas veces, a comienzos de la década del 60, quienes ya estábamos en ruptura ideológica y política con la dirección del PC, la consideramos como la corriente más sana, recuperable, del partido, porque desde ese clasismo enfrentó al sector más groseramente oportunista de Codovilla y compañía, cuando éste formuló la política de formar un partido único con el peronismo y el Socialismo de Vanguardia y fue

a la rastra de Vandor en la CGT, en 1966. Por eso, en el XII Congreso, que se hizo en la clandestinidad, cuando después de varios días de sesiones leyó su informe Arnedo Alvarez, recuerdo que José Lanau me dijo: “salió el sol”. Estaba nublado y justo había salido el sol, pero lo dijo en referencia al informe de Arnedo Alvarez. Porque la lucha en el PC era totalmente solapada y de intrigas. Tras esa apariencia de monolitismo que negaba la lucha interna, ésta, como sucede siempre en casos semejantes, transcurría por los pasillos en una forma sorda. Y cuando salíamos a los descansos de las sesiones de ese congreso, caminando entre los árboles, Arnedo Alvarez hacía chistes como por ejemplo decir: “A vos no se te puede creer nada, sos como Framini”, como diciendo “ese es un mentiroso”. Esto en el momento en que estábamos discutiendo el informe de Codovilla que planteaba la creación de un partido único con el peronismo. Esta era la forma en que se daba la lucha interna.

En ese mismo Congreso, en un aparte, se hablaba de la Unión Democrática. Alberto Ferrari, entonces responsable de Educación, hacía mención de lo que siempre se decía en el PC y que también dice Lanusse en su último libro de memorias: que Perón ganó por pocos votos las elecciones del 46, porque obtuvo el 54% sobre el 46% de la UD. Y Jesús Mira, todavía hoy dirigente del PC, le contestaba: “Pero el problema es cuántos votos tuvo en Avellaneda, Ferrari, porque yo recuerdo cómo fueron las elecciones allí; y también recuerdo cómo fue el 17 de Octubre, cuando con Irma Othar (otra dirigente del gremio de la carne) nos quedamos solos en el frigorífico con un puñado”. Ferrari decía: “Nosotros teníamos en la Federación Obrera de la Carne tantos miles de afiliados”; y Mira contestaba “sí, pero fueron todos a Plaza de Mayo el 17 de Octubre”. Todo eso en los pasillos. Adentro no se discutía nada. Esa hipocresía en la lucha interna impregnó todo ese período.

Esto venía a cuento de las dos grandes corrientes. Una, decía, encabezada por Arnedo. Y la otra por Orestes Ghioldi, donde estaban Nadra, Arévalo, Moretti: era también una vieja

corriente. Orestes Ghioldi era un paquidermo del reformismo. En 1953, cuando en ausencia de Codovilla, Juan José Real lideró una tendencia que estuvo a punto de disolver el partido para llevarlo dentro del peronismo, se cuenta que Orestes Ghioldi dijo sentir “goce físico” al escuchar el informe con la propuesta de Real. Era ésta una corriente profundamente revisionista y al mismo tiempo Orestes era el que solía decir, allá por el 62-63, cuando se decían en la URSS las mismas cosas que hoy se dicen de Stalin: “Son modas; ya la marea va a bajar”. Hacían el saludo a la bandera de subordinación a Jruschov porque coincidían “físicamente” –como diría Orestes– con las tesis del XX Congreso del PCUS. Pero desde otro punto de vista añoraban el monolitismo de la época de Stalin. Creo que, como dijo en su momento Mao Tsetung, Stalin tuvo un 70% de aciertos y un 30% de errores. Orestes Ghioldi podría ser llamado “estalinista” porque él defendía ese 30% de Stalin. Fernando Nadra, ahora expulsado del PC, fue un discípulo de Orestes Ghioldi. Oscar Arévalo era un personaje muy particular. Nunca he conocido un personaje como él, que se jactara de haber pertenecido a los servicios especiales soviéticos. A veces, en medio de una conversación decía: “Ah, ¿vos estuviste en el Festival de Moscú? A lo mejor te vi y no te recuerdo, como yo vendía helados en ese Festival...”. Quería decir que él había estado entre los agentes que había puesto el KGB para vigilancia de las delegaciones latinoamericanas en el Festival de Moscú. Ese era Oscar Arévalo.

Esta corriente tenía adosada una corriente en la Juventud, que se opuso a los que rompimos en 1967. Era la corriente de los hermanos Heller (hermanos de Carlos Heller, que ahora dirige Boca Juniors); de Pereyra, actual secretario de Organización; de Santarén y otros que fueron violentamente anti PCR toda la vida. Estos, que ahora son tan críticos del pasado del PC, fueron los que hicieron la faena de “limpiar” a los que enfrentamos a la dirección del PC en 1967.

Esta lucha de tendencias se condensó en dos folletos, uno de Arnedo Alvarez sobre problemas de organización, que era

en sí mismo una línea en contra de la de Codovilla y Orestes Ghioldi, y otro folleto de este último sobre propaganda partidaria. Nuestra polémica fue facilitada por esta lucha interna y la polémica internacional.

Sin embargo, viendo lo que eran aquellos dirigentes del PC y comparándolos con los actuales, hay que decir que existe una distancia abismal.

—*¿Cómo era Victorio Codovilla?*

—Victorio Codovilla tiene poco que ver con la imagen que de él ha hecho la crítica burguesa o trotskista, que lo presenta como un cocoliche. Incluso tenía poco que ver con sus propios escritos, porque siendo de nacionalidad italiana, había llegado ya adulto a nuestro país y no tenía un buen dominio del castellano. Regresó a la Argentina en la década del 40 luego de trabajar en la Internacional, lo que le dio mucho prestigio. Pablo Neruda ha hecho una muy buena descripción de él en sus *Memorias*; creo que es la que más se ajusta a la verdad. Era un hombre directo, apasionado. Era muy interesante conversar con él porque era un gran político y un gran organizador. A diferencia de otros dirigentes del PC, no le gustaba hablar con papeles, sino libremente. Desde el punto de vista político descollaba en ese Comité Central. Esto estaba relacionado con el hecho de haber protagonizado grandes acontecimientos de la historia contemporánea. Pablo Neruda dijo de él en sus *Memorias*: “Tenía todos los defectos de la época. Era personalista, autoritario y creía poseer siempre la razón. Imponía fácilmente su criterio y entraba en la voluntad de los demás como un cuchillo en la manteca. [...] Trabajaba sin ningún descanso e imponía ese ritmo a sus compañeros”. Y agregó que “era desbordantemente humano, con un profundo sentido artístico que le hacía comprender los errores, las debilidades en los hombres de la cultura”, lo que no le impedía, dice Neruda, “ser implacable —y a veces funesto— en la vida política”. Un viejo dirigente del PC de la década del 20, luego expulsado, le dijo a José Ratzler: “Cuando Codovilla llegó, nosotros éramos

un partido pequeño, pobre, desorganizado, que trabajábamos para armar el partido en las fábricas, y de pronto él nos hizo sentir que nosotros podíamos ir a un restaurante de categoría y que nos atendiera el mozo y pedir comida”. Entiendo que quiso decir: “nos trajo una idea grande, una idea de poder”. Victorio Codovilla fue un cuadro de la Internacional Comunista. Estuvo en España entre el 32 y el 37; fue el hombre que garantizó el cambio de la dirección del partido español, cambio por el que José Díaz y Pasionaria fueron promovidos a su dirección. Dolores Ibarruri, Pasionaria, en su libro *Nuestro camino* hace especial mención a la extraordinaria ayuda que significó Victorio Codovilla para la organización del partido, que fue clave en la República Española. Recuerdo que en el año 67, muy crítico ya de Codovilla, Guardiola, un dirigente del Partido Comunista Español, me dijo: “Yo lo conocí en 1932 en Alicante cuando se llamaba Luis Medina, venía a las reuniones con un gran sombrero y decía cosas muy interesantes; no como ahora”. Él tuvo mucho que ver con la insurrección del 36 en España, con la organización del partido, con el Frente Popular y con el triunfo de la insurrección antifranquista en Madrid en 1936. Por lo tanto, era un personaje que producía un profundo respeto. Era muy avasallador, como dice Neruda, pero al mismo tiempo era sencillo.

Santiago Alvarez, el dirigente del Partido Comunista Español que fue comisario político en el Ejército Popular, narra en sus *Memorias* cómo conoció a Victorio Codovilla en un Pleno del Comité Central, luego del triunfo del Frente Popular en las elecciones del 16 de febrero de 1936: “Conocí también al «gordo» Luis Medina (más tarde, como dije, supe que era Victorio Codovilla) a la sazón delegado de la Internacional Comunista ante el Partido Comunista Español”. Jules Humbert-Droz que dirigió el Secretariado para los países latinos de la IC y estuvo cerca de las posiciones de Bujarin, en su libro *De Lenin a Stalin* ubica a Victorio Codovilla, en el año 1929, como “estalinista”. Palmiro Togliatti, el dirigente del Partido Comunista Italiano y de la Internacional Comunista, enviado por la IC a

España durante la guerra civil, ataca en sus *Escritos sobre la guerra de España* los malos “métodos de trabajo” de Codovilla, que era en España “la bestia de carga de todo el CC [...] la figura sin la cual nadie hace nada ni sabe cómo comportarse” y pide que se lo aleje de España puesto que ha sido “un error gravísimo [...] dejar al partido español, en semejante situación, bajo la tutela de L. (Codovilla)”. Pero las cartas de Togliatti a la Internacional no desarrollan a fondo las discrepancias políticas entre él y Codovilla. Éste preocupaba a Togliatti, además, “por su influencia sobre algunos camaradas, sobre todo Jesús (Hernández) y Dolores (Ibarruri) con resultados contrarios a los que yo querría”.

Codovilla conocía secretos que le permitían tener ese dominio político con que hablaba. Yo podría narrar dos anécdotas. En 1954 tuvimos una reunión de la dirección de la Juventud con la dirección del PC en la que participó Codovilla. En ese momento se estaba realizando la huelga metalúrgica que fue espontánea y conmovió al gobierno peronista. En ella jugaron un papel importante algunos dirigentes de la Juventud y del PC. Codovilla estuvo muy temprano en la reunión, poco más de las 7 de la mañana, y al llegar nos contó: “Anoche Perón se reunió con el secretario de la CGT y le dijo: «¿Usted está loco? ¿Usted quiere que Íscar y Marischi dirijan a la CGT? ¿Cómo va a acusar a los comunistas de dirigir la huelga metalúrgica? Atrás de la huelga metalúrgica está la mano de Wall Street y la plutocracia yanqui»”. Y se sonrió Codovilla. ¿Cómo sabía Codovilla lo que la noche antes le había dicho Perón al secretario de la CGT? Verdaderamente, para nosotros era en sí mismo un misterio. Muchos años después, cuando supimos que el jefe de editoriales del gobierno de Perón desde 1946 hasta 1955 fue Ramón Prieto, cuadro clave en el MID, que fue comisario político en las Brigadas Internacionales en España, el “gallego” Prieto, hombre del aparato soviético en la Argentina, íntimamente vinculado a Codovilla, entendimos. Dos o tres horas más tarde llegaron los diarios y el editorial de *La Prensa* decía exactamente lo que Codovilla contó que le había

dicho Perón al secretario de la CGT. La otra anécdota que podría contar es que en una ocasión, en el año 61 o 62, hablando en un aparte él con Marischi, creyó que yo había escuchado lo que ellos hablaban. Me miró y me dijo: “En este país, si uno no sabe en qué andan Frigerio y Jorge Antonio no puede entender qué pasa en política”. Y yo me quedé azorado, porque no había escuchado nada. Ahora me doy cuenta de lo que quiso decir Codovilla. Existían en la política argentina resortes cuya existencia nosotros desconocíamos y de las que él estaba bien informado, lo que le permitía tener un conocimiento de algunas cuestiones de la política argentina que quienes lo han pintado como un cocoliche jamás podrán explicar. También tuvo una importancia muy grande su actuación en México y en Chile, donde parece que cometió errores graves. Desde 1937, Codovilla estuvo en la organización de la solidaridad internacional con la República Española en París. Fue uno de los organizadores de la compañía France Navigation, cuarta compañía francesa por el tonelaje de sus navíos en la década del 30, creada para asegurar los suministros a la España republicana. Esa compañía fue posteriormente la base del poderío de los capitales soviéticos en la Europa occidental. Mantuvo sus operaciones durante el gobierno de Petain en la Francia ocupada por los nazis.

Por lo que me contó alguna gente de la dirección del Partido Comunista Cubano, hay un aspecto de la actividad de Codovilla en esos años que a lo mejor en el futuro los investigadores ayuden a esclarecer. Se dice que junto con Ramón Mercader, el asesino de Trotski que mandó Stalin a Méjico, y con Caridad Mercader, madre de Ramón, integraban un grupo de la Internacional, Earl Browder, del PC norteamericano; Blas Roca, del PC cubano; y Victorio Codovilla. Al parecer los cubanos tienen testimonios sobre ese aspecto de la vida de Codovilla, porque no hay que olvidar que el asesinato de Trotski fue dirigido en el terreno por un hombre clave de la inteligencia soviética, Alexander Orlov, que trabajó con Codovilla en la República Española. Codovilla fue uno de los organizadores del trabajo de la Inter-

nacional Comunista allí, de donde viene su amistad con “Porcelana” Durán, quien fuera después secretario privado de Braden. En España, Durán era un hombre del aparato del PCE que trabajaba con Codovilla. Cuando Braden estuvo aquí en la Argentina organizando el frente contra Perón, Durán es su secretario. Perón ve toda esa madeja, las relaciones de Codovilla con Braden y con EEUU, y la refiere en su respuesta al *Libro Azul* que escribe contra él el Departamento de Estado pocos días antes de las elecciones del 46. Durán estaba vinculado al que se ha dado en llamar “grupo Hemingway”, que operaba en La Habana.

—¿Se refiere al escritor Ernest Hemingway?

—Sí. En 1988 la revista *El Periodista* publicó un artículo sobre el grupo Hemingway y sus relaciones con Braden; su trabajo junto al PC cubano y con Fulgencio Batista en la época antifascista en Cuba y su participación en la organización de grupos que vienen a la Argentina junto con Braden a organizar la lucha contra Perón. Codovilla, que actuó en esos años en Estados Unidos, en Méjico, en Cuba, tiene mucho que ver con este grupo. Esto hace a otra cuestión de Codovilla que es su relación con Browder (el secretario del PC de los EEUU) y al llamativo silencio autocrítico del PC, en vida de Codovilla e incluso hoy, sobre la Unión Democrática en relación al problema del “browderismo”. Como usted sabe se llamó “browderismo” a la desviación oportunista de derecha que consideró, en la guerra y la posguerra, que se había abierto un largo período de colaboración entre los Estados Unidos, Gran Bretaña y la URSS que permitiría, como llegó a afirmar Codovilla, que los Estados Unidos facilitasen en América Latina cambios democráticos como las “transformaciones” agrarias y nacionalistas. Entiendo que no hubo ningún partido en América Latina más browderista que el PC argentino, y sin embargo todos los partidos de Latinoamérica hicieron autocrítica sobre el “browderismo” menos el PC de la Argentina. Yo creo que Codovilla no hizo autocrítica porque como conocía íntimamente al sector que en Estados Unidos fue denunciado por la campaña macartista, al sector del Partido

Comunista norteamericano que trabajó con Roosevelt, conocía también los acuerdos secretos que hubo en Yalta y en Teherán para acabar con el régimen militar que gobernó la Argentina desde 1943 hasta 1946. Al morir Roosevelt poco tiempo antes de constituirse la Unión Democrática, surgieron dificultades para que esos acuerdos se llevaran adelante. Posiblemente Codovilla pensó que con Truman los yanquis iban a continuar la misma línea de Roosevelt y que por lo tanto iban a ajustar cuentas con el opositor que habían tenido en América del Sur, que era Perón. Hay que tener presente que el discurso belicista de Churchill en Fulton es posterior a las elecciones de febrero de 1946 en la Argentina; es de marzo de ese año, pero Truman y la dirección del gobierno norteamericano no se pliegan fácilmente a las sugerencias anticomunistas de ese discurso. Y hubo en el movimiento comunista y en la Unión Soviética una corriente que creyó que seguiría habiendo un clima de cooperación entre las potencias aliadas. Entiendo que la resistencia a hacer autocrítica es porque Codovilla se equivocó, pero para hacer una autocrítica a fondo tendría que hablar de cosas sobre las que no podía hablar.

El browderismo de Codovilla tenía raíces más profundas que las que tuvo en otros dirigentes de los partidos comunistas latinoamericanos. Según me comentó Oscar Creydt, secretario del PC Paraguayo (Independiente), quien en esa misma época trabajó muy cerca de Codovilla, éste llegó a afirmar que ya “no existía el imperialismo”. Tiene que ser así, porque Codovilla en 1942-1945 escribió ideas semejantes. Ya por 1927 Codovilla redactó artículos, estando en la Internacional, en los que señalaba que el imperialismo norteamericano desempeñaba un rol progresista en países como Brasil. Bujarin polemizó entonces con Codovilla. Una tesis muy similar –la de Codovilla– a la que desarrolló Víctor Haya de la Torre en el Perú como base teórica del APRA.

El problema de fondo que hace a la degeneración del PC es su subordinación al bastón de mando de Moscú. Aunque esto no es tan simple como lo han teorizado algunos críticos del PC.

En el año 27, José Penelón, secretario del partido, entra en contradicción con la Internacional Comunista y se produce la crisis que según se decía siempre en el PC, fue la más grande, hasta que se produjo la nuestra.

A Penelón lo citaron a discutir a Moscú. El se negó a ir y dijo: “Yo no he perdido la cabeza ni tengo por qué ir a buscar a Moscú”. Y Codovilla, de regreso de la URSS le contestó: “No hay que ir a buscar la cabeza a Moscú, pero cuando algún tornillito se afloja lo pueden ajustar en Moscú”, en lo que resumió la quinta esencia de su idea sobre el centro.

Sin embargo hay que tener en cuenta que Codovilla tuvo períodos de contradicciones con Moscú. Primero que él fue zinovietista antes de ser estalinista. Me imagino que en esto sí él se habrá hecho la autocrítica correspondiente; después fue estalinista. El tuvo contradicciones con los soviéticos en el 46, porque dentro de esa línea que tenía ilusiones en la contribución yanqui a un desarrollo progresista en América del Sur, Codovilla estuvo contra el golpe de Villarroel en Bolivia y a favor de los que contragolpearon y ahorcaron a Villarroel, mientras que algunos dirigentes soviéticos estuvieron a favor de éste. En el XI Congreso Codovilla discute públicamente esas posiciones diciendo que lo hace en polémica con un periodista soviético, corresponsal en la Argentina. Tuvo además una contradicción evidente con el primer embajador soviético en nuestro país y que Perón la ha reflejado en conversaciones periodísticas al decir que se llevaba muy bien con los soviéticos y muy mal con el PC de la Argentina. Y en esto tuvo una contradicción pública con Luis Carlos Prestes, el dirigente brasileño que apoyó públicamente a Perón contra la Unión Democrática. Y Prestes tenía una relación muy estrecha con el PCUS.

Las relaciones de Codovilla con la dirección del partido soviético fueron bastante tempestuosas en los últimos años de vida de Stalin y no porque, como dijo Diógenes Arruda del PC (m-l) del Brasil, el PCA no tuviese relaciones con Moscú. Claro que el PCB tenía dos hombres permanentes en Moscú, pero el PCA mantenía, nos consta, relaciones diarias a través de la

embajada soviética. Victorio Codovilla en el XIX Congreso del PCUS, el último que se hizo en vida de Stalin, fue muy maltratado por los dirigentes soviéticos. Y está claro que una parte de la dirección del PCUS con la ayuda de algunos cuadros del PC argentino, entre ellos Ernesto Giúdice, la neutralidad de otros como Arnedo Alvarez y con el apoyo del PC brasileño, organizaron el trabajo fraccional de Juan José Real. Cuando Codovilla volvió a la Argentina después de sesionar el Congreso, se encontró que prácticamente habían dado vuelta el partido y lo habían liquidado como dirigente del mismo. Ahí comenzó una lucha y volvió a ganar la dirección del PC.

—Conversando sobre la ruptura del 67, usted me comentó que a propósito de ella Codovilla dijo “es la tercera que me hacen”. ¿A qué se refería?

—Claro, la tercera. Porque Codovilla tuvo un problema con los soviéticos en el 30 y otro en el 52 con la fracción de Real. Después él apoyó el XX Congreso. Yo me imagino que así como Orestes Ghioldi sintió placer físico con el informe de Real, Codovilla sintió lo mismo que aquél con las tesis centrales del XX Congreso, porque él siempre fue partidario de la vía pacífica, del camino parlamentario, de la política de reformas burguesas no revolucionarias, etc. Claro que tenía su contradicción por ser un dirigente cuyo pasado político estuvo muy ligado a Stalin.

Codovilla y Real coincidían en muchas cosas esenciales. Los dos eran profundamente reformistas. Pero Real quiso disolver al partido dentro del peronismo y Codovilla no coincidió con esto.

La crisis del Partido Comunista brasileño luego del XX Congreso del PCUS dejó muy mal a los soviéticos en América Latina, porque como se decía siempre en Moscú, los rusos llevan a tres partidos en el corazón: el PC de Francia, el PC de la India y el PC del Brasil. La crisis de este partido creó un gran problema. Y entonces, en el 40º aniversario de la Revolución Rusa, cuando se hizo una reunión en Moscú (en la que tuve el honor de participar, ya que estuvieron Mao Tsetung, Ho Chi

Minh, Maurice Torez, Togliatti, Pasionaria, Kim Il Sung, toda la plana mayor del comunismo mundial), Codovilla fue el que habló en nombre de todos los partidos comunistas de América Latina en la sesión solemne. Es decir que el agravio que sufrió en el XIX Congreso se lavó en noviembre de 1957. Pero ese romance duró poco. Como hablamos anteriormente, las contradicciones en el propio seno del PCUS hicieron que una parte de él –la que luego iba a colocar a Brezhnev en la dirección– trabajase contra Codovilla en alianza con los cubanos. Y él pensó –con alguna razón– que éstos nos estimularon en 1967.

–¿Qué otros dirigentes comunistas argentinos destacaría?

–Habría que decir dos palabras sobre Rodolfo Ghioldi. Legendario. Basta con leer en el libro de Jorge Amado sobre Prestes, *El caballero de la esperanza*, la referencia que hace a Rodolfo Ghioldi adjudicándole la imagen del revolucionario puro. También el libro de Graciliano Ramos *Memorias de la cárcel* muestra a Rodolfo Ghioldi como un revolucionario ejemplar. Era miembro del Comité Ejecutivo de la Internacional, que organizó junto con Prestes la famosa insurrección del año 35 en Brasil. Después de esa insurrección estuvo preso –muy golpeado– hasta 1941 en la isla Fernando de Noronha; y como se dijo cuando llegó aquí, vino a morir a la Argentina. Rodolfo Ghioldi era un personaje seductor. Tenía un conocimiento enciclopédico impresionante. Muy conocedor no sólo de la economía marxista, sino de todas las corrientes económicas a la moda. Estudioso de la filosofía marxista y de la filosofía burguesa. Crítico de arte brillante, al día con la última exposición. Gran periodista comunista. Experto en temas militares. Y muy liberal. Muy liberal quiere decir que a partir de considerar a la Revolución de Mayo como una revolución burguesa y de adjudicarle a los dirigentes de esa revolución atributos similares a los del sector revolucionario de la burguesía jacobina francesa, se obnubiló su visión de algunos problemas claves de la historia y la sociedad argentinas. Tenía una incomprensión profunda de la cuestión nacio-

nal. Codovilla veía más lo nacional. Rodolfo fue, sí, el único dirigente del PC que supo observar el campo no horizontal sino verticalmente, es decir, discriminando las clases; pero lo hacía desde una biblioteca o desde una habitación, estudiando estadísticas, no a partir del trabajo revolucionario con las masas. Fue el gran crítico nuestro. Cuando rompimos, y durante más de un año, escribió en el periódico del PC y en la revista teórica artículos contra nosotros. Hacía, como dice Goethe en el Fausto, el mal uso del tres en uno y el uno en tres del silogismo: nos atribuía una idea, que generalmente no nos pertenecía, sobre ella construía un silogismo y después destrozaba ese silogismo. Esta es una característica de su pensamiento. Es un hombre que ha influenciado muchísimo a la política argentina. Cuando murió, el discurso de despedida de sus restos fue hecho en el Parlamento por Juan Carlos Pugliese, el presidente de la Cámara de Diputados. Pugliese, sin poder ocultar su admiración y su emoción, lo saluda como a un maestro, lo cual podría haber sido expresado por muchas de las grandes figuras del partido radical y de la política argentina de los últimos años.

—Cuando las contradicciones entre la corriente de oposición y la línea oficial del PC se agudizaron, no encontraron ustedes apoyo en ningún miembro de la dirección del partido?

—No. En algún momento creímos atisbar en el “arnedismo” una línea de oposición obrera a la dirección del PC. Por eso, algunos de nosotros tuvimos simpatías hacia Arnedo Alvarez; también un personaje con su leyenda. Arnedo fue un obrero rural que comenzó a destacarse allá por el 26, 27 en Zárate, organizando los obreros de la carne. En esa tarea es que afilia al Partido Comunista a José Peter. Al igual que Peter sufrió cárcel y fue bárbaramente torturado. Estuvo condenado a prisión en Ushuaia. Se decía de él que le habían roto el esternón en las torturas. Junto con Peter, los Íscaro y todos esos cuadros obreros hizo, como dije antes, el “rancho” en la década del 30. Muy sencillo, muy llano. Un cuadro obrero verdadera-

mente interesante. Interesante también para entender cómo un partido puede degenerar, porque al fin y al cabo el PC, en la época en que hizo el seguidismo a la dictadura de Videla estaba dirigido por Arnedo Alvarez. Arnedo era muy prosoviético. Ahí viene el final de todos esos cuadros obreros que se formaron en esos años.

Otro que también fue un cuadro de esa matriz, un gran admirador de Stalin, aun después de haber sido expulsado, fue Juan José Real. Él fue un personaje clave tras el trono en el gobierno de Frondizi, en el que tenía despacho en la Rosada. También un hombre con su leyenda; lo llamaban “el macho” en la cárcel de Neuquén. Fue un cuadro destacado entre los que fueron a colaborar con el PCE y la Internacional en España. Dirigió allí la escuela de cuadros de la Juventud que funcionó en Valencia y realizó trabajos especiales del PC español. Fue uno de los últimos en abandonar España cuando cae la República. Estoy absolutamente convencido de que, empujado por algunos desde Moscú, motorizó en la dirección del PC la fracción contra Codovilla haciendo profesión de fe estalinista en el verdadero sentido de la palabra, ya que decía que Stalin había superado a Lenin y a Marx, cosa que después Codovilla le criticó. Fue partidario de la dilución del PC en un movimiento nacional con el peronismo y más tarde iba a ser uno de los teóricos principales del frondicismo junto con Prieto, Frigerio, Machinandiarena, etc.

Por último quiero mencionar a un dirigente que para nosotros y para mí en particular tuvo mucha importancia. Me refiero al ex secretario de la Juventud, Jorge Calvo, asesinado en 1950 en Quilmes cuando era secretario del PC en la provincia de Buenos Aires. Nosotros éramos muy perseguidos en el gobierno de Perón. El partido fue perseguido por distintas razones. No porque Perón tuviese la verdad y el PC estuviese en la contrarrevolución. Porque cuando mataron a Jorge Calvo sus asesinos gritaban: “¡Muera Corea, vivan los yanquis!”. Era el momento en que nosotros desplegábamos una gran campaña de solidaridad con el pueblo coreano en la guerra contra

los yanquis. Y Perón oscilaba entre enviar tropas a Corea o no. La gran movilización popular lo impidió. Nosotros fuimos artífices y parte de esa movilización popular.

Hablo del heroísmo de los dirigentes del partido porque nosotros teníamos un profundo respeto por ellos basado en ese pasado heroico. Recuerdo aún el asco que me dio y la respuesta insolente que tuve cuando, estando preso, un torturador famoso entonces en La Plata, Rodríguez Borda, después de haberme golpeado me dijo: “Che –y agregó un insulto referido a mi juventud, porque yo tenía 19 años–, por aquí han pasado Arnedo Alvarez, Peter, Calvo iy todos han cantado! ¡Quién (otra mala palabra) te creés que sos!” Pero nosotros sabíamos que a Arnedo le habían roto el esternón en la cárcel, que Jorge Calvo había resistido noches enteras de picanas allí en La Plata, y lo mismo Alcira de la Peña, Rubens Íscaro, José Peter y tantos otros.

El asesinato de Jorge Calvo nos conmocionó mucho y marcó para siempre a toda una generación de cuadros de la juventud. En los primeros años del PCR, cuando todavía disputábamos el nombre de Federación Juvenil Comunista, siempre realizábamos el homenaje a Jorge Calvo el 4 de agosto en el cementerio de Quilmes. Recuerdo que ante su cadáver yo juré que sería fiel toda mi vida a los ideales de la clase obrera y del comunismo, y lucho por ser fiel a ese compromiso.

Los dirigentes del PC de entonces, al menos como lo vemos nosotros, no eran ese grupo de oportunistas sin principios tipo Pereyra, Echegaray, Fava, que ahora pelean como en una bolsa de gatos. O como Athos Fava, el hijo dilecto de Víctor Larralde como secretario del PC de La Paternal. Y si dentro de los “larraldistas” de la Capital había un “larraldista” al cubo, ése era Athos Fava, el actual “desestalinizador” de la dirección del PC, que hace muy poco escribía en el *Qué Pasa* acerca de las supuestas barbaridades del “estalinismo”. Aquellos dirigentes tenían sus falencias, sus concepciones erradas que en determinados momentos los llevaron a cometer errores monstruosos para los intereses de la clase obrera

y el pueblo, pero desde otro punto de partida que el de estos revisionistas, arribistas sin principios que se han adueñado de la dirección del PC.

Al mismo tiempo es necesario desentrañar la esencia de los errores de aquellos dirigentes, sus causas y su origen histórico que los llevó a ponerse en la vereda de enfrente de la lucha y los intereses de las masas populares en 1945-46, y que hizo que terminaran degenerando y colaborando con la peor de las dictaduras de la historia argentina. Esto hace al problema de las generaciones, a lo que dice Gramsci, que una generación que no respeta a las generaciones que la precedieron jamás podrá cumplir su misión histórica. Así es que Lenin rinde homenaje a Plejanov muerto, recordando al Plejanov marxista y materialista de sus años revolucionarios sin por eso perdonarle las claudicaciones reformistas y evolucionistas posteriores. Lenin incluso rinde homenaje al Kautsky revolucionario cuando critica al Kautsky revisionista.

Nosotros los criticábamos a Codovilla, a Rodolfo Ghioldi, a Arnedo Alvarez, pero jamás podríamos olvidar lo que ellos significaron en un momento para la clase obrera mundial y para la clase obrera argentina. Por eso, hablar como muchas veces lo hacemos del revisionismo de Aricó, de Portantiero, de Julio Godio o de otros exponentes semejantes exigiría una aclaración previa. Una cosa es Kautsky, que es un marxista que revisa el marxismo, pero Aricó y Portantiero son seudomarxistas que, de fondo, nunca se consideraron marxistas a sí mismos. Nosotros los llamamos revisionistas, pero ¿en qué revisan ellos al marxismo? Ya ni se ocupan de Marx, quien para ellos vendría a ser algo así como Aristóteles, alguien perdido en la bruma de los tiempos pasados. Por lo tanto, hay una diferencia muy grande.

Del mismo modo, ¿qué tiene que ver Echegaray con Arnedo Alvarez? Echegaray era un dirigente estudiantil de la FJC de San Juan al que lo promovieron cuando, debido a la ruptura nuestra, se quedaron prácticamente sin estudiantes en la Universidad. Si uno lee la biografía que le hace ahora la

Revista Internacional, aparece como un dirigente sindical. O Pereyra, que en una biografía reciente aparece como obrero de frigorífico. Lo conocimos de niño. Yo lo conocí cuando recién se afilió a la FJC de La Plata siendo estudiante secundario en el Colegio Nacional de esa ciudad. Ahora aparece como dirigente del frigorífico. Macanas. La madre de él sí trabajó en el frigorífico; es cierto. No sé si él trabajó quince días o un mes en el frigorífico en la época que se contrataba temporario para ganarse algún peso en las vacaciones, pero eso no tiene nada que ver. Ninguno de ellos ha sido perseguido, desconocen el marxismo, no tienen nada en común con los otros. Por eso tiene importancia hablar del perfil de aquellos dirigentes y, en cierta medida, del respeto a algunas facetas positivas que tuvieron. Inclusive Víctor Larralde, que fue un dirigente obrero con virtudes proletarias innegables. Gente que vivía modestamente, que trabajó en los andamios. De los que han sido más enemigos nuestros doy el ejemplo, para tomar un caso, de Normando Íscar, que fue delegado general de la edificación de la Facultad de Medicina y que trabajó en grandes empresas de la construcción. Fueron muy perseguidos y siempre se reivindicaron marxistas. Después, como otros marxistas, degeneraron en revisionistas.



Chou Enlai, Chu Te y Mao Tsetung al norte de Shensí
tras la Larga Marcha, 1935.

VI

RELACIONES CON CHINA

CONTACTO CON EL PENSAMIENTO MAO TSETUNG EL MAOÍSMO DESPUÉS DE MAO

–El Partido Comunista Revolucionario es identificado en el espectro político argentino como la organización partidaria que más sólidos vínculos estableció con el Partido Comunista de China. ¿De qué manera llegó a establecer relaciones con los conductores de la República Popular China y a conocer en su patria de origen al maoísmo?

–Al romper nosotros con el revisionismo, era inevitable que llegáramos a los camaradas chinos, pero ese proceso de ruptura fue complejo, como lo es todo proceso de nacimiento de lo nuevo. Arrastrábamos muchas cosas del pasado, mucha suciedad revisionista. Veníamos profundamente influenciados por ideas revisionistas que arrastramos durante muchos años y que dificultaron nuestro dominio del marxismo-leninismo y su integración a la realidad de la revolución argentina.

Los soviéticos y los cubanos trabajaban sobre nuestras insuficiencias teóricas y al mismo tiempo nos utilizaban en las contradicciones que una parte de la dirección del PCUS tenía con Victorio Codovilla. Se sirvieron para ello del partido uruguayo, con cuya dirección tuvimos una relación muy especial durante varios años y a la que fuimos aprendiendo a cono-

cer y a desenmascarar en un proceso también complejo. Los uruguayos trataban de influenciarnos y orientarnos, jugando como intermediarios de los soviéticos, al igual que están haciendo ahora con los que han roto o han sido expulsados del PC después del XVI Congreso, como los sectores de Arévalo, de Íscaro, etc., que a través de Uruguay reciben la mamadera con la leche de Moscú.

—¿En esa época los uruguayos se ubicaban más a la izquierda que el PCA?

—Claro, se manifestaban particularmente comprensivos de la Revolución Cubana. En realidad era una posición hipócrita, con la que trabajaron para que el Partido Comunista de Cuba, que tenía discrepancias bastante grandes en épocas del Che con el Partido Comunista soviético, volviese al redil.

Los uruguayos nos plantearon en ese entonces que como Cuba estaba en contradicción con los soviéticos, mejor sería que evitásemos el contacto directo con la isla, que no nos iba a favorecer. Nosotros lo mismo buscábamos contacto y tratábamos de establecer relaciones. Es un período muy tumultuoso en Cuba, porque coincide con la muerte del Che Guevara en Bolivia. Después viene la intervención en Checoslovaquia, que es cuando los cubanos bajan la cerviz y los soviéticos les colocan el yugo y también el aro en la nariz, como al buey. Y ahí los cubanos, que antes se caracterizaban por el orgullo con que iban por todos lados propagandizando su revolución, su independencia y su autonomía, bajan la cabeza ante el socialimperialismo soviético.

—¿Finalmente, establecieron relaciones con Cuba?

—Sí, y fuimos a Cuba. Yo viajé a principios de 1969. Allí tuvimos una profunda desilusión. Comenzando por el hecho de que los cubanos manejaban las relaciones con partidos como el nuestro a través de su aparato de inteligencia, el G2 de “Barbarroja”, el comandante Manuel Piñeiro, quien en 1989 visitó la Argentina en misión oficial. Lo conocí apenas triunfante la

Revolución Cubana, cuando Fidel le pidió al Partido Socialista Popular (comunista) un hombre de absoluta confianza para dirigir su seguridad personal. La dirección del PSP le pasó a “Barbarroja”. Después fue derivado a las tareas de inteligencia. El aparato del G2 era el que entablaba las relaciones con los partidos comunistas “hermanos”. Una profunda humillación, ¿no es cierto? La desilusión fue enorme. Era evidente además que todo el trabajo de ellos era para transformarnos en agentes de ese aparato en la Argentina. El informe que hice al regresar fue muy negativo. Rechazamos toda posibilidad de trabajo con ellos en esas condiciones, aunque mantuvimos las relaciones. Ellos utilizaron recursos muy bajos, porque intentaron comprar a gente nuestra. Inclusive, con una delegación posterior de nuestro partido, el propio “Barbarroja” jugó un papel infame, de provocación abierta que fue enfrentada y rechazada por nuestros camaradas. Nosotros no sabíamos si lo hacían para que nosotros nos alejásemos de Cuba porque nuestra presencia les resultaba comprometedora con la URSS, o para qué. Al mismo tiempo, todo contacto con Cuba se hacía por intermedio de la URSS. Para viajar a la isla había que ir a Checoslovaquia, donde lo recibía a uno el aparato de inteligencia checo, lo alojaba y después lo embarcaba en avión, en combinación con la embajada cubana. Por lo tanto todo eso entraba en el submundo del aparato secreto, del KGB. La verdad es que era una situación bastante lamentable.

En ese entonces se hablaba mucho del eje Cuba-Corea-Vietnam como un eje diferente de China y de la Unión Soviética. Pero después de la invasión soviética a Checoslovaquia quedó claro que Cuba estaba subordinada a la URSS en los problemas fundamentales de la política internacional. En esas condiciones, manteniendo nuestra independencia respecto de Cuba y de la URSS, y luchando al mismo tiempo contra el trotskismo, más tarde o más temprano íbamos a tener que encontrarnos con los camaradas chinos. Porque así como en el período de la Revolución Cultural se dijo con razón que, más tarde o más temprano, los revisionistas dentro

del partido tienen que encontrarse y hacer coyunda con los revisionistas de fuera del partido, también es inevitable, en un proceso histórico, que los revolucionarios se encuentren. Por lo tanto ese era un proceso inexorable.

–Mencionó recién la lucha contra el trotskismo. ¿Qué importancia tuvo?

–Mucha. Nosotros nacimos con un profundo repudio hacia las sectas trotskistas de la Argentina. Primero, porque durante años las habíamos conocido; segundo, porque inicialmente tuvimos una serie de manifestaciones trotskistas dentro del partido, que ganaron incluso a algunas organizaciones en Rosario y La Plata. Al producirse la ruptura, los trotskistas, sobre todo el Partido Obrero –entonces Política Obrera– se largaron como bandada de cuervos sobre nosotros. Mandaron gente a todas las provincias a tocar timbre en la casa de gente conocida de la ruptura y tratar de ganar militantes para el PO. También había en la dirección de nuestro partido compañeros que habían conocido en la FJC a algunos cuadros que el PC infiltró en Política Obrera desde su origen. Por lo tanto, sabíamos que algunos de esos cuervos estaban amaestrados y dirigidos no precisamente por los dirigentes del PO.

Teníamos hacia ellos un rechazo muy grande, y no porque desconociéramos las “verdades” del trotskismo. Por ejemplo, yo tuve vinculación con los trotskistas antes que con el PC; los conocí bastante bien, y fue precisamente por rechazo a su verbalismo inoperante que opté por afiliarme a la FJC y al Partido Comunista. Tuve contacto estrecho con gente que integraba el núcleo trotskista que orientaba Bengochea, uno de los dirigentes de *La Verdad* junto a Nahuel Moreno, que posteriormente fue a confluir con Roberto Santucho en *El Combatiente*.

Después, en el período de desorientación y búsqueda –que duró muchos años– posterior al XX Congreso del PCUS, en mi caso y en el de varios más, leímos toda la literatura trotskista que estaba a nuestro alcance. Es decir que nosotros no rechazábamos a los grupos trotskistas desde un apriori dogmático,

como podría decirse, si no que lo hacíamos a partir del conocimiento de lo que esas organizaciones habían sido en la política concreta argentina hasta ese momento.

Pese a esto, ahí están los documentos como prueba de que nosotros, durante un tiempo prolongado, no sólo mantuvimos poderosas impregnaciones revisionistas, sino que hacíamos un riguroso saludo a la bandera en la defensa de la Unión Soviética. Algunos lo entendían como “fernandeo”, otros como algo justo. Lo cierto es que fue así. Sin embargo, por todo lo apuntado, poco después de nuestro I Congreso ya era inevitable que nos acercáramos al PCCh. Tomamos contacto con ellos y quedó pendiente un viaje a China. En ese momento, los soviéticos realizan un último intento por reclutarnos. Mandan aquí, como ya dije antes, a un agente de ellos, un latinoamericano que trabajaba en la Unión Internacional de Estudiantes. Nos plantea abiertamente que él pertenece al servicio secreto soviético, y que como nosotros debemos tener claro –dice– ese aparato es más fuerte que el de los partidos comunistas en América Latina. Recién había triunfado un grupo de militares nacionalistas panameños, y él nos dio como ejemplo de la importancia de ese aparato las relaciones que mantenía con el núcleo de militares que había asumido el gobierno de Panamá. Nos explica también que él viene del Perú, donde ha estado parando en la casa de gente perteneciente al servicio de inteligencia del Ejército peruano. Dice finalmente que los soviéticos están dispuestos a apoyar a cualquier organización revolucionaria del mundo, tenga la línea que tenga, predique el método revolucionario que predique, con una sola condición: que no tome contacto con los chinos. Da como ejemplo el cambio de línea de los soviéticos respecto de Al Fatah y la OLP, que pasaron de atacarla a tener una política de ayuda con ella sobre la base de tratar de distanciarla de los chinos. Es el momento en que nosotros decidimos enviar una delegación a China. Era 1970. Esa delegación va a China en pleno apogeo de Lin Piao. Se hace la gran concentración del 1º de octubre. La delegación está en el palco de honor, pero a diferencia de la mayoría se niega a levantar el librito de

citas de Mao como estaba en uso entonces en China. Nosotros consideramos correcto lo que hizo la delegación, incluida su discrepancia con la condición planteada por los camaradas chinos para establecer relaciones de partido y reconocer a un partido comunista. Esa condición era que se proclamara marxista-leninista-maoísta, pero esto estaba vinculado a las concepciones particulares del maoísmo que tenía Lin Piao, con su teoría revisionista sobre los genios. Estos, según él, aparecían de a uno por siglo. Uno de ellos sería Mao, con lo cual lo elevaba a tal punto que lo convertía en un ser extraordinario, alejado de la realidad y de las masas. En su famosa carta a Chiang Ching, su esposa, en la que critica a Lin Piao por esta teoría, Mao dice: “Las cosas siempre tienden a transformarse en su contrario. Cuando más se lo encumbra a uno, tanto más dura es su caída”. Esa teoría no tiene nada que ver con el marxismo. Curiosamente no fue Lin Piao su inventor, sino Trotski, que en el Congreso Comunista Panucraniano de Klarkof, en 1923, dijo: “Un genio nace por siglo y la historia no conoce más que dos, puestos a la cabeza del proletariado: Marx y Lenin”. El Comité Central consideró correcto lo actuado por la delegación, pero al mismo tiempo consideró que habían tenido una actitud demasiado cerrada ante la experiencia que se estaba viviendo con la Revolución Cultural, de la cual destacaron aspectos negativos sin valorar suficientemente los positivos, que eran los principales.

—¿Lin Piao tenía alguna vinculación con la atención de las relaciones con los partidos comunistas?

—Sí, el dirigía eso directamente a través de gente de su corriente.

—Luego de la primera visita persistían diferencias con China, fundamentalmente con Lin Piao. Sin embargo, por lo que ya hemos hablado, el II Congreso del PCR se acerca en sus análisis a la visión maoísta.

—Sí, en parte. Eran los inicios de 1972, un momento político muy difícil. Recuerdo que las patrullas del ejército que busca-

ban el aguantadero donde tenían secuestrado a Oberdan Sallustro³ llegaron hasta una cuadra y media de donde nosotros estábamos reunidos con todos los delegados. En el Congreso llegamos por un camino propio y sobre la base de recoger lo que se estaba debatiendo en el movimiento obrero internacional sobre la URSS, a la definición de una capa burocrática de nuevo tipo que se ha aburguesado y a la existencia de un capitalismo monopolista de Estado. No definimos socialimperialismo, pero definimos todos los atributos de esa nueva clase dominante. Llegamos a este criterio antes de llegar al maoísmo; o simultáneamente, si se quiere. Mao formula su tesis sobre el socialimperialismo en 1964, pero es en 1968, refiriéndose precisamente a la invasión a Checoslovaquia, que Chou Enlai, en la recepción a una delegación extranjera, llama a la URSS socialimperialista, haciendo oficial y pública esa definición. La caracterización de la URSS que hizo nuestro II Congreso fue el resultado de un debate muy intenso en torno a si se estaba ante una nueva burguesía o si, como dicen los trotskistas, se trata de una capa burocrática, no burguesa. Volvimos sobre la definición marxista de clase social para ver que esa capa burocrática era una clase explotadora, aun cuando la propiedad fuese estatal. Si se quiere una comparación un tanto burda –aunque no demasiado–, tampoco en el imperio incaico existía la propiedad individual en forma generalizada. Salvo el derecho de usufructo que tenía cada familia de la comunidad sobre un pedazo de tierra (tupu) y el germen de propiedad privada constituido por las concesiones de tierras y ganados que hacía el Inca a sus militares, especialistas y caciques favoritos, lo fundamental de las tierras y el ganado era propiedad eminente del Inca, propiedad estatal (del Inca, del culto, de la comunidad o ayllu) y no por eso era socialista el imperio, aunque haya quienes erróneamente así lo afirmen.

El II Congreso señaló también nuestras discrepancias con los camaradas chinos, focalizadas en tres puntos: 1º) la valo-

3. Oberdan Sallustro, Director General de Fiat Concord Argentina, fue secuestrado y muerto en Buenos Aires por el ERP en 1972.

ración de Stalin; 2º) la definición de época y su contradicción fundamental en el mundo; 3º) el culto a la personalidad.

Ese mismo año enviamos una segunda delegación a China, que yo presidí, con los compañeros César Gody Alvarez y Marcos Palermo (éste ya no pertenece a nuestro partido). Los camaradas chinos respondieron a los tres interrogantes.

Sobre Stalin nos expresaron sus posiciones hoy conocidas, es decir las críticas de Mao al enfoque filosófico de los análisis de Stalin. Esas críticas están desplegadas en el libro de textos inéditos que publicó en nuestro país Ediciones Nuevo Mundo en 1975: *Comentarios sobre el Manual de Economía Política Soviético y Crítica a "Problemas Económicos del Socialismo en la URSS"*, de José Stalin. También en las críticas de Mao a los fundamentos de la reforma de la Constitución soviética, en los que Stalin afirma la inexistencia de la lucha de clases en la URSS.

Ellos nos dijeron directamente: "Nosotros no somos estalinistas. Pero Stalin también tuvo sus méritos –y esto fue lo principal en él– además de sus errores. Al menos convirtió a la URSS en un país socialista. No aprobamos la opinión de que Stalin no tuvo errores, pero estamos lejos de considerar, como Jruschov, que Stalin no tuvo nada bueno. Stalin tuvo una política de ocupar territorios luego de la guerra. No queremos entrar en detalles porque es un problema de ellos. Que el pueblo de la URSS saque conclusiones. Confiamos en su pueblo, que no ha de permitir que los revisionistas los dominen para siempre. Ahora la URSS es expansionista. Miren el caso de Checoslovaquia. Miren Mongolia, un país poco poblado en donde la URSS tiene estacionados 300.000 soldados. La URSS tiene tropas en varios países socialistas. ¿Qué clase de país socialista es aquél que tiene tropas en otros países? Eso lo hacen los EEUU ¿Y qué clase de países socialistas son esos que permiten tropas de otro país en el suyo? Ahora en Mongolia rusifican el país y les enseñan a todos los habitantes en las escuelas a hablar ruso. Tienen las teorías de la «comunidad socialista», de la «dictadura internacional», de la «soberanía limitada», de la «integración económica», Esas teo-

rías las inventó Foster Dulles que hablaba de «la comunidad del mundo libre». La URSS va por ese camino. En esa «gran familia» ellos son padres y abuelos, y los otros hijos y nietos”.

En cuanto a la definición de época ellos sostenían correctamente la que había hecho Lenin (época del imperialismo y las revoluciones proletarias). Anteriormente, cuando visitó China la primera delegación de nuestro partido, defendían la teoría de Lin Piao sobre la aldea que rodea la ciudad, el campesinado mundial como fuerza principal de la revolución. Estaban equivocados. Pero nosotros le oponíamos una definición también equivocada, que coincidía con la de los revisionistas soviéticos en cuanto a que definía como contradicción principal del mundo contemporáneo a la que oponía al “campo socialista” con el “campo capitalista”. Se había producido la restauración capitalista en la URSS y otros países del primer campo. La definición de Lenin continuaba teniendo validez.

Respecto al culto a la personalidad tuvimos una respuesta en los hechos que se producían a nuestra llegada, con la defenestración de Lin Piao y el descrédito de su teoría del genio.

–La segunda delegación a China parece haber consolidado los lazos establecidos por la primera, superando diferencias.

–Sí, fuimos profundamente influenciados por la Revolución Cultural que estaba en curso. Después de haber conocido la realidad terrible de la URSS y todos los países dependientes de ella, encontrarnos con esa experiencia y ese entusiasmo inflamado de las masas, fue verdaderamente un baño revolucionario maravilloso.

–¿A Mao lo vieron?

–No, no lo vimos.

–Se lo pregunto porque en ciertos círculos del periodismo político argentino se cuenta la leyenda según la cual en aquella oportunidad Mao Tsetung les habría dicho que en la Ar-

gentina había que ser peronista, y que esa fue la razón por la cual ustedes defendieron al gobierno de Isabel Perón.

—No es cierto. Aparte, Mao jamás podría haber dicho eso. A propósito, es conocido que Perón y Mao se carteaban, y en una carta Perón le dice a Mao que los comunistas chinos defienden la independencia nacional, a diferencia de otros comunistas. Mao le contesta que lo que sucede es que los otros no son comunistas; que ellos defienden la lucha por la independencia nacional de los pueblos precisamente porque son comunistas. Nosotros, en esa ocasión, no lo vimos a Mao. Fuimos recibidos por el Comité de Enlace, que entonces dirigía Keng Piao. Fuimos reconocidos por el Partido Comunista de China por una resolución suscripta personalmente por los camaradas Mao Tsetung, Chou Enlai y Kang Sheng, lo que para nosotros fue un gran honor. A partir de allí se crearon las condiciones político-ideológicas para transformar al partido. Al adherir al marxismo-leninismo pudimos tener los elementos teóricos para salir del pantano ideológico en el que estábamos. Comprendimos que muchos de nuestros vaivenes políticos estaban originados en nuestra indefinición ideológica. Mejor dicho, en los arrastres revisionistas que teníamos. Lo fundamental fue que nos ayudaron a pensar, nos ayudaron a buscar el camino argentino, nos ayudaron a comprender el profundo significado de esa palabra que utilizan ellos, la palabra *integrar*.

En el PC siempre se decía —Codovilla decía— que había que asimilar el marxismo leninismo y *aplicarlo*. Este léxico, que también lo utiliza Oscar Landi en un folleto que escribió sobre la Revolución Rusa, es la quintaesencia del estalinismo. Nosotros comenzamos a utilizar la palabra *integrar*, e intentamos efectivamente integrar las verdades universales del marxismo-leninismo a la realidad de la revolución argentina.

Por lo tanto, nuestra relación con el Partido Comunista chino no nos sumergió en el dogmatismo, sino que nos abrió la cabeza para pensar de manera diferente. Nos obligó a ir en serio y en profundidad al estudio de la historia argentina y de la realidad nacional. Esa es la quintaesencia del maoísmo; no

“chinizar” el maoísmo, como dicen los revisionistas chinos, sino integrar el marxismo-leninismo, en el caso de ellos, a la realidad de la revolución china.

A partir de ese momento dejamos de apoyarnos en un tembladeral, porque nosotros éramos marxistas, leninistas, gramscianos, guevaristas, mariateguistas, sorelistas, etc., etc., y algo maoístas también. Una mezcolanza. No comprendíamos en profundidad las contradicciones que había entre muchos de esos referentes teóricos que teníamos. Así, al autocriticar nuestros errores buscábamos sus raíces en el doctrinarismo; no ubicábamos que ellas estaban en las desviaciones revisionistas que padecíamos, y que nuestro principal problema era el eclecticismo teórico que alimentaba ese revisionismo. Éramos eclécticos, y el eclecticismo es la base teórica del oportunismo de derecha y de izquierda.

—¿Unificaron ideológica y filosóficamente al partido a partir de entonces? ¿Es esta unidad necesaria en un partido revolucionario?

—La relación con los chinos nos permitió tomar al marxismo-leninismo-maoísmo como base teórica del partido y sobre esta base unirlo. Fue el resultado más importante de nuestra relación con China. A partir de allí iniciamos un camino radicalmente diferente. Podíamos tener crisis, problemas, dificultades, pero el núcleo fundamental de cuadros se fue unificando en torno a una base ideológica común, que es el alma —si se puede usar esta palabra— de la organización del partido. Tardamos un tiempo en consolidar esa unidad, ya que no lo hicimos administrativamente. Al regresar la delegación iniciamos la lucha contra la teoría del capitalismo dependiente y los resabios revisionistas que teníamos. Planteamos que el partido debía adherir al marxismo-leninismo-maoísmo. Sobre esto quiero aclarar que los chinos ya no hablaban más de marxismo-leninismo-maoísmo. Ellos se definían simplemente marxistas-leninistas, y adherían al “pensamiento Mao Tsetung”— así lo expresaban.

–*¿Había cambiado esto en relación a la época de Lin Piao?*

–Claro, ahora la base de adhesión era simplemente el marxismo-leninismo. De todos modos nosotros subrayamos lo del maoísmo para diferenciarnos con claridad de otras organizaciones que se proclaman marxistas-leninistas siendo en realidad trotskistas o –como algunas proalbanesas– que equiparan el aporte teórico de Stalin a los de Marx, Engels y Lenin, negando los aportes de Mao Tsetung. Pero, en última instancia, nosotros somos marxistas-leninistas, porque la época no ha cambiado y sigue siendo la del marxismo-leninismo. Esto siguió un curso de discusión en el partido y recién en 1974, en el III Congreso, el PCR definió su adhesión al maoísmo.

–*Parece increíble que después de las posiciones que sostuvo inicialmente el CNRR, el maoísmo pasase a ser, en relativamente poco tiempo, el eje en torno al cual se unificó su partido.*

–Es que había puntos en los que nosotros teníamos confusión, pero en otros no estábamos confusos. Por ejemplo, nosotros rompimos con el PC defendiendo la teoría leninista del Estado contra la teoría kautskiana, predominante en el PC. En la entrevista que tuvimos con la dirección del PCCh, en la que ellos nos reconocieron, yo intervine diciendo que nosotros éramos un partido de sargentos, porque en el PC argentino no se había producido una ruptura a nivel del Comité Central, liderada por alguna figura conocida. Por lo tanto, nosotros no éramos ni coroneles, ni generales, ni siquiera tenientes. Nosotros éramos sargentos que tratábamos de organizar una fuerza revolucionaria.

Dos años después, los chinos nos contestaron. El camarada Chang Chun-chiao, en entrevista con otra delegación nos dijo: “En realidad, ustedes siempre fueron marxistas-leninistas”, como diciendo “ustedes tenían puntos confusos, pero no por eso dejaban de ser marxistas-leninistas”. Esto tiene importancia para entender en qué medida nos ayudaron y en qué medida había posiciones correctas que ya teníamos adoptadas

aunque estuvieran en discusión. Esa relación nos permitió comenzar a adentrarnos en el conocimiento del mayor aporte teórico de Mao, que entendemos es su tesis de la continuación de la revolución bajo las condiciones de la dictadura del proletariado. Esta nos dio respuesta al gran interrogante que teníamos, pues muchos de los cuadros que organizamos el PCR, por haber vivido y trabajado en la Unión Soviética y en los países del Este europeo, estábamos claros, desde fines de los años 50, de muchas de las deformaciones de la URSS, pero el problema era su explicación teórica, y, sobre todo, qué hacer ante eso. Había compañeros confiados en que las reformas de Liberman resolverían el problema de la degeneración burocrática y de la corrupción en la URSS, así como hoy en día existen revolucionarios que se ilusionan del mismo modo con las reformas de Gorbachov.

La Revolución Cultural china, entendida no dogmáticamente, nos dio un instrumento fundamental para enfocar la realidad del mundo socialista actual. Nos permitió volver con una nueva visión a las enseñanzas fundamentales del leninismo sobre el imperialismo, sobre el Estado y sobre el partido, a las que teníamos mechadas con influencias revisionistas y “estalinistas”.

—¿También estalinistas?

—Me refiero a las ideas sobre el cese de la lucha de clases en el socialismo y a su inexistencia dentro del partido comunista. Este es uno de los puntos de las elaboraciones de Mao Tsetung que más chocantes les resultaron a los camaradas albaneses y a los camaradas del Partido Comunista do Brasil, cuyo dirigente João Amazonas se escandalizó por algo que Mao le dijo poco antes de la Revolución Cultural, en 1963. “Los partidos comunistas tienen en sus filas tres alas: una de derecha, otra de centro y otra de izquierda”, le señaló Mao, y para comprobarlo dio el ejemplo de China, agregando: “Aquí el PC cuenta con diecisiete millones de miembros; cinco millones pertenecen a la derecha, cinco millones a la izquierda y siete millones al

centro. No hay ningún peligro en esto –aseguró Mao–, porque la izquierda se une con el centro y forma una gran mayoría, neutralizando o aislando a la derecha”. Para Amazonas esto fue verdaderamente un escándalo, porque no encajaba con su concepción dogmática del partido, que debe ser, como diría Stalin, monolítico, sin diferencias. Pero, diría Mao, cómo puede haber unidad si no hay diferencias. Si un partido debe unirse es porque hay diferencias. Casi veinte años después, João Amazonas mostró el asco que aquello le produjo. Lo cuenta en su libro *O revisionismo chinés de Mao Tsetung* (Ed. Anita Garibaldi, São Paulo, 1981), en el que afirma que Mao “no llegó a ser un teórico marxista. No consiguió formarse como un auténtico revolucionario proletario”, repitiendo las calumnias habituales en los escritos a sueldo de Moscú. La lucha por la unidad debe ser permanente. En una célula de tres camaradas, inevitablemente tiene que haber tres opiniones diferentes, tres maneras de enfocar el mismo problema, por cuanto cada uno tiene una experiencia diferente. Por otro lado, no debe entenderse que la lucha en el partido se da solamente entre ideas justas e ideas incorrectas; también hay desconocimiento, dudas... En su poema *Loa a la duda* Bertolt Brecht dice: “*Son los irreflexivos los que nunca dudan./ Su digestión es espléndida, su juicio infalible./ No creen en los hechos, sólo creen en sí mismos./ Si llega el caso, son los hechos los que tienen que creer en ellos*”.

Es claro que, en última instancia, toda diferencia expresa distintos enfoques de clase, pero si de entrada se los anatematiza como ideas de una clase contraria, es imposible todo debate. No sólo son necesarias la crítica y la autocrítica como instrumentos de la unidad del partido, sino también y fundamentalmente la lucha ideológica activa a través de la lucha de opiniones. Está claro que en el partido se refleja inexorablemente la lucha entre las clases sociales en las que éste actúa, y esto presupone una lucha ideológica activa a partir de la cual se forja la unidad. Lo dice Mao: unidad-lucha-unidad. El instrumento para esto es el centralismo democrático. Damos la lucha para

unir al partido, no para dividirlo. Esta concepción del partido recoge las experiencias de la Internacional, de Marx, de Lenin, de la época de Stalin y de la Revolución China. Nosotros, desde el inicio, repudiamos no sólo la línea revisionista del PC sino también su metodología profundamente impregnada de los peores defectos del período dogmático. Por eso nos ayudó tanto la concepción de partido de los camaradas chinos. Si se estudian los estatutos de nuestro partido se verá que desde los orígenes tuvimos instituciones, metodologías y formas sustentadas en esta misma concepción. Recuerdo que por este motivo en los debates previos al I Congreso los sectores militaristas del partido nos acusaron de “italianistas” o gramscianos. Nos acusaban de gramscianos para no llamarnos maoístas.

—*¿El método de pensamiento, las concepciones filosóficas del marxismo también estuvieron en debate en el proceso de maoización del PCR?*

—Por supuesto. Desde el principio fue para nosotros de gran importancia el rescate de la filosofía marxista. La filosofía es el alma del marxismo, y fue siempre el lado débil del PCA, que subestimó durante muchos años la lucha teórica en este terreno. El Partido Socialista argentino fue siempre en filosofía una mezcla de positivismo y de neokantismo, y esto se arrastró en los primeros años del PC. Después, cuando en 1938 se publica el *Compendio de la Historia del Partido Comunista de la Unión Soviética*, se educó a los militantes con su 4º capítulo sobre filosofía, escrito por Stalin. Este capítulo pertrechó al partido con algunos elementos claves en la lucha contra el idealismo, pero al mismo tiempo lo dejó inerme frente al mecanicismo materialista que impregna los análisis de Stalin. Ante eso, Mao escribe sus conocidos trabajos *Sobre la contradicción* y *Sobre la práctica*. Es decir que los chinos unifican al partido sobre otra base filosófica. *Sobre la contradicción* ubica como ley fundamental de la dialéctica a la unidad (o identidad) y lucha de contrarios, como lo hace Lenin en los *Cuadernos Filosóficos*, mientras que Stalin la

ubica como uno más de sus rasgos. Al mismo tiempo, el 4º Capítulo eleva a carácter de ley el tránsito de lo cuantitativo a lo cualitativo, es decir que hay en él una diferencia sustancial con el enfoque que Lenin hace de la dialéctica de Hegel en los *Cuadernos Filosóficos*. En *Acerca de la práctica* Mao da un ataque decisivo contra el doctrinarismo, que siempre toma como criterio de verdad al dogma y no a la práctica. Mao también hace hincapié en esto en su *Crítica al Manual de Economía Política de la URSS*, el cual aborda la realidad partiendo de la teoría.

Mientras tanto, aquí el PC seguía con el 4º Capítulo, pero cuando vino el XX Congreso y sometió a crítica a Stalin, se consideró que ese capítulo tenía que ser excomulgado –digamos así– de la historia del Partido Comunista de la URSS. El PC quedó sin línea en el terreno filosófico. Es en esa época que comienzan a escribir sus artículos sobre filosofía –y a sembrar la gran confusión– Del Barco y otros revisionistas que están en un camino neokantiano dentro del PC; y desde entonces eso se fue desarrollando.

Nosotros nos encontramos con otros problemas, como la influencia de Louis Althusser, ya que todos los intelectuales del partido estaban en ese entonces borrachos con las teorías de ese filósofo del PC francés que embriagó a la generación que se radicalizó a fines de la década de los 60 con un revisionismo *aggiornado* que parecía inclusive antirrevisionista.

–*Hacia hincapié incluso en la importancia de la lucha de clases.*

–Exacto, un “duro”, como se decía; el teórico de los foquistas, etc. En realidad era una variante profundamente degenerada del marxismo al que revisaba en sus esencias. Por lo tanto, con el maoísmo dimos batalla a lo de Althusser y a otras teorías revisionistas como las de Roger Garaudy, quien también polemizó con el 4º Capítulo desde una visión muy semejante a la que aquí ha tenido y tiene Ernesto Giudice y en Italia Luciano Coletti, quien en ese entonces hacía una crí-

tica despiadada del “estalinismo” como inicio de su posterior crítica al leninismo. Coletti terminó atacando a Marx junto con los “jóvenes filósofos” franceses. Garaudy se convirtió en musulmán.

–Entiendo que otro gran tema del maoísmo es la cuestión agraria. ¿Qué relevancia tiene ésta en la Argentina?

–El campo es el problema fundamental en la revolución de los países coloniales, semicoloniales y dependientes; y también lo es en nuestro país. El gran problema de la economía argentina es que no se ha realizado la reforma agraria, habiéndose producido una extraordinaria concentración y centralización monopólica que reduce a pocas manos el control de un restringido mercado interno. Estos monopolios sólo pueden expandirse en el comercio exterior, y para ello deben buscar la ayuda del capital financiero internacional, por lo cual, en un proceso, terminan subordinados a él. Es una economía para diez millones de argentinos cuando tenemos más de treinta millones de habitantes. Llama la atención que en un país cuyas principales exportaciones son agropecuarias, el problema del campo es algo que aparece distante.

Con el maoísmo nosotros pudimos comprender el gran problema de los partidos comunistas latinoamericanos que fueron educados por el revisionismo –como se los señaló Mao– a ver el campo horizontalmente y no verticalmente. Es decir, no ver la estructura de clase del campo en cada aldea, en cada departamento, en cada provincia, en cada región del país, lo que obliga a un examen particularizado y a una diferenciación. El PC de la Argentina, después de andar muchos años desorientado, comenzó, a fines de la década del 20, a avanzar en el conocimiento de la estructura de clases en el campo. Pero cuando en la década del 30 fue empujado a la política de frente único durante la lucha antifascista, la entendió como una política de frente con la oligarquía terrateniente liberal. Cambió, para esto, su posición anterior, autocriticándose por haber diferenciado el trabajo entre los campesinos pobres y los campesinos medios

en lugar de trabajar con el campesinado en su conjunto. Este fue el primer paso de una línea que, en un proceso de tiempo, dio más importancia al trabajo con los terratenientes que al trabajo con el campesinado. Esto, unido a su revisión del análisis de la historia argentina, son las condiciones que están detrás de la desviación del PC del 43 al 46, en la época de la Unión Democrática y de su unidad con los terratenientes. En la práctica volvió a la definición socialdemócrata de Jacinto Oddone, de Juan B. Justo y de los dirigentes del Partido Socialista, que consideraban burgueses a los terratenientes: “burguesía agropecuaria”, como los consideran hoy muchos revisionistas.

A partir de ese momento el PC se cerró a toda posibilidad de conocimiento científico, desde el punto de vista marxista, de la realidad agraria en la Argentina. Esto afectó también profundamente las actividades académicas debido al peso que han ido teniendo el PC y los sectores influenciados por él en la Universidad, en el INTA, en la Facultad de Agronomía, etc., siendo las propias investigaciones que estas instituciones realizan orientadas por la metodología del análisis revisionista.

Por lo tanto, el maoísmo, que en última instancia es la gran experiencia de una revolución que tuvo como protagonista fundamental a los campesinos –como todas las revoluciones en los países coloniales, semicoloniales y dependientes– nos abrió la posibilidad de avanzar en el conocimiento de la realidad agraria argentina que, hay que decirlo, estábamos bastante lejos de haberlo hecho.

–La oligarquía terrateniente ha educado generaciones de argentinos con versiones ocultantes de la realidad de nuestro campo. Entre otras, una muy conocida es la negación de la existencia de aborígenes; pero también se dice que no existe el campesinado, incluso lo sostiene gente de “izquierda”. La falsedad de estas opiniones se descubre con facilidad recorriendo y observando las extensas zonas rurales del país.

–Usted tiene razón, la ignorancia de este fenómeno puede llevar a que no se comprenda bien la característica de gran

parte de los proletarios. Por ejemplo, en zonas como Tucumán, uno se encuentra con el zafrero que al terminar la zafra vuelve al valle o a otros lugares donde tiene un pequeño pedacito de tierra de su propiedad, y vive de su cultivo el resto del año. O es pastajero en la explotación de un gran terrateniente, quien a menudo es el mismo dueño del Ingenio, llámese Patrón Costa, Frías Silva, Terán, o como sea.

La oligarquía terrateniente culturalmente siempre ha adoptado las modas francesas, europeas, pero desde el punto de vista de la producción siempre se ha cuidado de conservar las mañas de su pasado feudal. Así es que subsisten una cantidad enorme de resabios semif feudales en las relaciones de tante-ros, medieros, pastajeros, etc. Inclusive se hallan esos resabios en las explotaciones agrarias de las quintas que rodean a la Capital Federal: en la horticultura, con la forma de trabajo de los tanteros; en la lechería, con los tamberos medieros; en la ganadería, con los puesteros; etc. Y eso se expresa tanto en la psicología como en la política; porque hay fenómenos políticos en la Argentina como, por ejemplo, el federalismo, que no dejan de ser expresión del problema campesino. También del problema de la burguesía nacional, pero en gran medida del problema campesino, que es la quintaesencia de la cuestión del federalismo en la Argentina.

En nuestro país el problema campesino tiene particularidades. No estamos a principios del siglo XX, hay una gran población urbana, pero muchas de las ciudades del interior giran en torno a los problemas del campo. Ahora, desde ya, si la tendencia del mundo capitalista sigue así, y si los partidos revolucionarios no le dan importancia al problema campesino y la revolución se posterga, vamos a encontrarnos con países donde a lo mejor, andando el tiempo, casi no va a vivir gente en el campo. O puede suceder aquí mismo en la Argentina, y entonces van a decir que se solucionó el problema agrario porque todo el mundo vive en la ciudad. Pero el problema agrario está allí salpicando a todo el país.

–Hojeando la colección de los periódicos Hoy y Nueva Hora, he comprobado que ustedes siempre le han dado importancia al trabajo político en el movimiento agrario, y le dedicaban especial atención a sus movilizaciones en épocas de la dictadura militar.

–Es que la punta de lanza del combate de masas contra la dictadura estuvo en las grandes concentraciones agrarias que se realizaron a inicios del 1980 y desde entonces en adelante, como aquélla que se hizo en Villa María, Córdoba, con unos diez mil productores de la pampa húmeda, en cuya realización desempeñó un rol de importancia nuestro partido. También la movilización, no sé si se acuerda, del Valle de Uco, en Mendoza. Fueron grandes concentraciones que contribuyeron al deterioro y posterior derrota de la dictadura.

–¿Por qué el PCR es el único partido de izquierda que continúa levantando la consigna de una profunda reforma agraria?

–Porque el revisionismo ha tirado por la borda la bandera de la reforma agraria. Y porque el camino tradicional del movimiento obrero que dirige el proceso revolucionario en países como el nuestro es resolver el hambre de tierra de los campesinos sobre la base de entregarles las tierras de los terratenientes en propiedad a las masas campesinas, como se hizo en China o en los países del Este europeo durante la Reforma Agraria; o en el caso de nacionalizarlas, entregárselas a los campesinos, como hizo Lenin con su consigna de “Tomad y repartiós la tierra”. Esto obliga a un auténtico camino revolucionario posterior que transforme a ese pequeño propietario en un cooperativista y un comunero. En cambio el socialimperialismo y los ex Estados socialistas en los que se ha restaurado el capitalismo, impulsan formas sedicentemente cooperativas, en las que el campesinado queda sometido al control de los burócratas designados desde arriba por el Estado. Esto fue lo que hicieron en Chile con Salvador Allende, donde se expropiaron latifundios y se agrupó a los campesinos pero no se les

terminó de otorgar la propiedad de la tierra. También se hizo así en Perú, en la época de Velasco Alvarado con el SINAMOS, en el que había una gran influencia de los prosoviéticos. Saltan el tránsito de la reforma agraria para ir directamente a una supuesta cooperativización que esconde una nueva causa de claudicación del campesinado sometido a ese grupo de burócratas, para poder dominar ese país.

Es decir que estamos ante un problema clave de la revolución y un debate fundamental entre los revisionistas y los marxistas. Es el camino que están siguiendo ahora en Nicaragua, donde por un lado dejan algunas grandes explotaciones de burgueses agrarios y terratenientes amigos, o con los que llegan a acuerdos, y por otro lado impulsan estas formas que ya empujaron en Chile anteriormente. Este tema se vincula con el de la burguesía nacional, y en torno a ésta está el de la hegemonía proletaria. Porque una cuestión decisiva es quién va a dirigir al campesinado y a la pequeña burguesía. Sobre todo en el caso de la Argentina, donde la burguesía nacional tiene gran influencia sobre el movimiento obrero. De modo que éste es un problema fundamental a resolver porque la hegemonía en la revolución está en disputa con esa burguesía nacional.

Bueno, todo esto fue nuestra llegada y nuestro conocimiento del maoísmo. Y en setiembre de 1976 murió Mao. Eran circunstancias muy difíciles, porque nosotros estábamos aquí en plena dictadura, cuando aquí en Buenos Aires se mataban entre cuarenta y setenta personas por día. Había una persecución feroz. Todavía no se tenía plena conciencia de lo que era el problema de los desaparecidos, pero no aparecía ninguno de los camaradas detenidos.

—En China había una lucha muy aguda contra el “viento revocatorio derechista” encarnado en Teng Siao ping.

—Y vino enseguida ese proceso tan complejo de la Banda de los Cuatro. Nosotros mantuvimos la relación con los camaradas chinos en una situación de extrema gravedad. La mayoría de los partidos maoístas fueron convocados a una reunión en

Tirana y sacaron una declaración crítica hacia China, que en la práctica los alineó tras la dirección del Partido Comunista de Albania. Gran parte de los partidos marxistas-leninistas latinoamericanos se plegó a esa posición. Inicialmente, las críticas iban dirigidas contra Jua Kuofeng y los camaradas que habían encabezado la campaña contra la “cuatringa”, pero a poco andar se vio que Enver Hoxha, los camaradas del PC do Brasil y otros partidos (los “albaneses”, como son llamados actualmente) eran en realidad críticos de Mao. Pero uno se pregunta qué tipo de adhesión al maoísmo tenían anteriormente cuando le cantaban loas públicas y privadas.

Nosotros, como maoístas, mantuvimos relaciones con los camaradas chinos como partido hermano mientras ellos fueron maoístas. Cuando ellos dejaron de serlo y empezaron a atacar a Mao, cambiaron nuestras relaciones. Hay quienes dicen que recién ahora hablamos. También hay que decir que hay muchos que recién ahora hablan de nosotros, como Mario G. Cravero, un hombre del MAS que escribe sobre la izquierda en *El Informador Público*. Nunca antes escribió sobre nosotros, que somos los grandes anónimos de la izquierda si uno se guía por la prensa burguesa argentina. Cuando publicamos un artículo crítico de lo que ha sucedido en China, recién comenzamos a existir para algunos, quienes a su vez dicen que nosotros nunca dijimos nada sobre China. Bueno, está bien; estamos empatados, como diría Perón. Nosotros no decíamos nada sobre China y ellos no decían nada sobre nosotros.

—¿Qué posición asumió el PCR ante la crítica a que fueron sometidos los integrantes de la llamada Banda de los Cuatro: Chiang Ching (viuda de Mao), Chang Chunchiao, Wang Hunweng y Shao Wenshang?

—Nosotros apoyamos esa crítica. Consideramos que el grupo que fue llamado la Banda de los Cuatro tenía posiciones ultraizquierdistas. Aunque no compartimos ni hicimos ningún comentario sobre el juicio a que se los sometió. Consideramos que algunos de ellos, como la camarada Chiang Ching, tuvie-

ron ante ese juicio una actitud digna, comunista. Fue un período en el que se estableció una lucha feroz por el poder en China, y no conocemos bien las circunstancias que llevaron a que la izquierda dirigida por el grupo de los Cuatro, rompiera con otros sectores de izquierda maoísta y con el centro, creando las condiciones que permitieron a la derecha, en un proceso, adueñarse del poder en China. Mal que le pese a João Amazonas, en las condiciones concretas de la dictadura del proletariado, con el partido en el poder y lo que esto implica, a la hora de la verdad existió derecha, existió izquierda y existió centro; y fue precisamente la ruptura de la unidad de la izquierda con el centro lo que explica lo sucedido.

Los maoístas lucharon hasta que fueron derrotados por la derecha en el Pleno de diciembre de 1978. Nosotros viajamos a China en abril de 1979 y tuvimos una entrevista con Hu Yaobang, que ya era el dirigente del partido. Formalmente todavía estaba Jua Kuofeng, pero el dirigente real, el hombre que expresaba la línea dominante de Teng Siaoping era Hu Yaobang. Yo lo había conocido personalmente muchos años antes. En varias ocasiones habíamos estado juntos y teníamos un relativo conocimiento. Para nosotros también era un momento difícil, pues 1979 fue el año de la persecución más dura contra nosotros. En el período posterior al Mundial del 78 la dictadura se fijó como objetivo la liquidación de los maoístas; dio el gran golpe contra Vanguardia Comunista y comenzó la política de cerco y aniquilación de nuestro partido. Hu Yaobang, basándose tal vez en ese viejo conocimiento que teníamos, creyó que íbamos a ser seducidos por las reformas que ellos intentaban. Recordaba seguramente aquél antecedente de nuestros camaradas que no habían querido levantar el libro de Lin Piao, y que nosotros no habíamos sido un partido obediente a ninguna batuta exterior, ni pekinesa ni de ningún lado. Nos mostraron las reformas que habían hecho y para nosotros quedó claro que esas reformas significaban la restauración del capitalismo en China. Cuando regresamos lo dijimos y lo escribimos en un Informe que el partido discutió internamente, con grandes dudas sobre la justeza o no de lo que

decíamos allí, porque en el partido había una profunda ilusión, una profunda confianza; ¡y cómo podía ser posible que en China sucediera eso! Nosotros, a partir de un análisis leninista del Estado, planteamos que eso ya no era posible de revertir. Existían maoístas, pero no se podía revertir esa restauración. Solamente se podía revertir a partir de una lucha por el poder, porque había cambiado la esencia del poder, se había restaurado el capitalismo bajo la forma de capitalismo de Estado, expresamente reconocido, por otro lado, por la nueva dirección del PCCh, que dice defender no ya la dictadura del proletariado, sino la “dictadura democrático-popular”. Pero a diferencia de la Revolución Cultural, en la que los maoístas tenían el control de las palancas fundamentales del Estado, y desde allí pelearon contra los revisionistas, ahora era exactamente al revés.

—Con el desplazamiento de Jua Kuofeng, los dirigentes chinos dejaron de hablar de socialimperialismo, y en sus críticas cada vez menores a la URSS, utilizan únicamente el término “hegemonismo”. ¿En la delegación de 1979 discutieron ustedes sobre este tema con ellos?

—Sí. Apenas llegamos, en la cena de recepción, el responsable del Departamento de Enlace del PCCh nos contó una anécdota. A propósito de una conversación que había mantenido con camaradas rumanos, mencionó los peligros de ser como Rumania un país vecino de la URSS, puesto que según él ésta era como la jirafa, que por tener el cuello largo come en los alrededores de donde se halla. “Por suerte —dijo— ustedes están tan lejos que allí no comen los soviéticos”.

Por medio de esta anécdota sobre la jirafa enfrentó abiertamente nuestra posición sobre el socialimperialismo soviético. Como dije antes, todavía quedaban maoístas, porque dos días después, un camarada que había estado en esa reunión nos dijo que en China se contaba otro cuento. Este decía que el socialimperialismo era como el conejo, que guarda el pasto alrededor de donde tiene su cueva y siempre come lejos de ella. ¿Era la jirafa o era el conejo? Está claro que la dirección

de ese momento prefería el cuento de la jirafa. Hu Yaobang también nos habló de Rumania. Recordando nuestros años de trabajo en el movimiento juvenil, dijo que él había estado en una ocasión en ese país y que allí había comprendido que la Unión Soviética tenía posiciones nacionalistas, chauvinistas, y que estaba mal que un país socialista tuviese esas actitudes. Donde nos quiso decir que la URSS era socialista y que lo que era injustificable en ella era que tuviese actitudes chauvinistas o, como se dice ahora, hegemónicas. También opinó sobre la situación del PCCh, siendo muy despectivo no sólo de Mao sino del propio Chou Enlai y otros dirigentes de la Revolución China que, según él, no habían sabido luchar, como deberían haberlo hecho, contra Mao Tsetung.

Después nos dijo: “Bueno, ¿qué es lo que está sucediendo en la Argentina?”. Entonces nosotros opinamos sobre la URSS, no sobre la Argentina. Queríamos decirle con eso: “Somos comunistas, y sobre los temas de la política mundial también nosotros tenemos opinión, no sólo usted”. Le explicamos por qué considerábamos que la URSS era imperialista, no sólo porque nos lo estaba demostrando la invasión vietnamita a Camboya empujada por los soviéticos, sino también porque en nuestra experiencia argentina habíamos comprobado que los cinco rasgos del imperialismo definidos por Lenin se aplicaban a ella. Con lo cual la reunión se enfrió totalmente. Después me invitaron a dar una conferencia para personas del Ministerio de Relaciones Exteriores y de otros departamentos del PCCh que hablaban castellano. En esa charla aprovechamos para polemizar sobre el peronismo. Ellos decían que Mao en su vejez ya no controlaba nada, que estaba arterioesclerótico y totalmente dominado por Chiang Ching, y que ella a su vez era una mujer... Bueno, me relevo de decir las cosas que daban a entender de la camarada Chiang Ching. Entonces yo recordé, hablando de Perón, lo que se decía de Yrigoyen en su última presidencia: que se imprimía un diario para él solo, que se orinaba encima, que no sabía hablar por teléfono, etc. (cosas que también se decían de Mao). Y sin embargo, la segunda presi-

dencia había sido más avanzada que la primera, porque recién en ella Yrigoyen tomó actitudes avanzadas frente al imperia- lismo, en defensa del petróleo, etc. Agregué que lo mismo ha- bía sucedido con Perón, respecto de cuyas primera y segunda esposas hubieron todo tipo de maledicencias, referidas sobre todo a que ambas habían sido artistas. Era claro que yo estaba haciendo referencia a Chiang Ching, que también había sido actriz. La verdad que al terminar esa conferencia la suerte de nuestras relaciones con el PCCh estaba echada.

–Sé que ustedes reivindicaron a Mao como a un dirigente del proletariado internacional y no sólo de China. ¿Fue en esa misma oportunidad que lo hicieron?

–Claro, porque ellos decían: “Mao es un dirigente del PCCh, a él lo criticamos nosotros, es un problema nuestro”. Entonces nosotros dijimos: “Ni Marx, ni Engels, ni Lenin, ni Mao, ni Stalin, fueron dirigentes alemanes, rusos o chinos, fueron dirigentes del proletariado internacional y por lo tanto son patrimonio del proletariado internacional. La defensa de esos dirigentes y de su legado es una tarea de todos los revolucionarios del mundo”.

Nuestras discusiones se centraron en la línea que ellos tenían y su revisión de la caracterización de la URSS como socialimperialista. Esto en momentos en que la URSS era el imperialismo más agresivo. Precisamente ese año empuja a Vietnam sobre Camboya y ocupa militarmente Afganistán.

–Además la Unión Soviética era el principal sostén inter- nacional de la dictadura argentina.

–Exacto. De todos modos, como los chinos persistieron en una política tercermundista y se opusieron siempre al hege- monismo de las dos superpotencias, nosotros hemos tenido una actitud de seguir manteniendo relaciones, aunque tene- mos con ellos las discrepancias que menciono.

Otros partidos, ex maoístas, se han hecho –digamos así– “albaneses”. Por uno de esos raros avatares de la historia, en

Latinoamérica esos partidos andan ahora del brazo con los cubanos; critican a los gorbachovianos su blandura frente al imperialismo yanqui, así como los brezhnevianos se la criticaban a los jruschovistas, en la década del 60. También están los prochinos. Son pocos, porque los chinos tomaron distancia de los maoístas. Trataron de espantarlos de China, pues su presencia les era particularmente embarazosa, casi infamante. Esos revolucionarios ultraizquierdistas eran gente con la que ellos no tenían nada que ver, y empujaron un proceso de ruptura. Y una serie de partidos cuya adhesión al maóismo era muy débil, se transformaron en grupos ecologistas o entraron a los partidos socialistas. Muchos de los actuales colaboradores de Felipe en España, o de Mitterrand en Francia, u otros en Portugal vienen de allí. Algunos más terminaron yéndose con los PC prosoviéticos. Y también, decía, quedaron los prochinos.

—A ustedes mismos se los suele llamar prochinos.

—Pero no lo somos. Nosotros siempre consideramos que la causa principal de la degeneración del PC argentino fue su seguidismo al PCUS. Poco antes de nuestra ruptura yo viajé a Rumania en una delegación del PC. Recuerdo que Arnedo Alvarez me dijo antes de salir, “allá hay mucha discusión, hay quienes dicen que somos prosoviéticos, y efectivamente lo somos. Si alguien pretende atacar a la Unión Soviética nosotros vamos a defenderla”. De prosoviéticos a quinta columna de un imperialismo; así terminaron. Esto comenzó en la década del 20, cuando la principal tarea de los partidos comunistas era defender la revolución socialista que había triunfado en Rusia; pero en la URSS existía lucha de clases interna que era negada por los dirigentes comunistas, entre ellos los argentinos. Cuando esas luchas se hicieron evidentes, porque un año era contra Trotski, al año siguiente contra Zinoviev y Kamenev, al año siguiente contra Bujarin, etc., los dirigentes del PC argentino, Ghioldi y Codovilla en particular, olfateaban hacia Moscú para saber en qué dirección soplaban los vientos y orientar las velas del partido. Ghioldi estuvo en una época muy influenciado por las ideas

del trotskismo y Codovilla por las de Zinoviev; después cambiaron. Cada cambio implicó autocríticas humillantes, hasta que terminaron también ellos bajando la cerviz y dejando que les pusieran el yugo, las anteojeras y los picanearan. Por lo tanto, prochinos no; nunca lo fuimos. Hemos sido y somos responsables no sólo ante el proletariado internacional sino también y principalmente ante el proletariado argentino por nuestra línea y por nuestra práctica. Olvidar esto lleva a degenerar.

—¿Y los partidos maoístas que continúan y con los que el PCR tiene relaciones?

—Son los que nosotros llamamos los cachorros guachos del maoísmo. Los que quedaron huérfanos en el proceso iniciado con la muerte de Mao y que culminó con el Pleno de diciembre de 1978, cuando la dirección del PCCh abjuró del maoísmo. Y esos cachorros guachos, en condiciones extremadamente difíciles fueron sobreviviendo. Porque al fin y al cabo los partidos comunistas revolucionarios no son plantas de invernadero. Así se han desarrollado partidos de núcleo maoísta en distintos países del mundo. Algunos dirigen la lucha armada, como el Partido Comunista de Filipinas y el Partido Comunista de Camboya; otros luchan en condiciones muy duras, como los maoístas de Afganistán o los que trabajan bajo dictaduras en otros países. Los acontecimientos recientes en China muestran que ante nuevos problemas y resumiendo toda la experiencia del movimiento revolucionario, las nuevas generaciones de revolucionarios encuentran caminos inéditos para empujar ese movimiento hacia adelante. No será con una defensa doctrinaria y dogmática del maoísmo, pero se avanzará. El maoísmo será una referencia. Como dijo Mao: “Dentro de cien años nadie se acordará de mí”. Mao en esto era marxista a fondo. No es que surgirán partidos que recitaran el breviario de citas de Mao. Aprovecharán la experiencia, particularmente la de la lucha por la revolución dentro de las condiciones de la dictadura del proletariado. Pero el camino será sinuoso. Es absolutamente imposible prever cuál será. Pero es particularmente reconfor-

tante que hayan sobrevivido fuerzas maoístas y que inclusive en las últimas revueltas en China miles y millones llevaran en sus solapas distintivos de Mao, enarbolaran banderas rojas y cantasen *La Internacional*. El movimiento revolucionario avanza por oleadas, esa es una enseñanza. Fue así con la Comuna, con la Revolución Rusa, con los triunfos revolucionarios que trajo la Segunda Guerra Mundial. Ahora se ha retrocedido; pero los últimos sucesos en Europa, China y otros lugares del mundo están demostrando que se acumulan factores revolucionarios que con seguridad van a eclosionar en una u otra forma.

–En el Perú se desenvuelve la actividad guerrillera de Sendero Luminoso. ¿Cuál es la posición que el PCR tiene sobre ella?

–Nosotros fijamos posición en el V Congreso del partido, donde señalamos que es innegable que Sendero Luminoso ha mantenido durante años una lucha armada que no ha podido ser aplastada por las fuerzas represivas peruanas. El éxito relativo de Sendero Luminoso en Ayacucho se debe en gran medida a la miseria, a la pobreza y al atraso de esa región. En el Congreso analizamos que fue en las dos provincias más pobres de Ayacucho, en Cangallo y en Fajardo, donde se inició la lucha armada en 1968; que Ayacucho ha sido una zona de gran importancia en la historia de los Andes centrales desde épocas preincaicas y durante el imperio Inca y la colonia; una zona de latifundio, con relaciones de servidumbre hasta avanzado el siglo actual, secularmente convulsionada por grandes levantamientos campesinos con enfrentamientos armados; y que en esas condiciones surgió la guerrilla de Sendero Luminoso como expresión de una franja social marginada, campesina y urbana, ubicada en el sector más golpeado por la dependencia y el atraso del Perú. En las resoluciones del V Congreso decimos que “el surgimiento y el desarrollo de Sendero Luminoso ha abierto una intensa polémica en el movimiento revolucionario peruano, ya que Sendero Luminoso es un movimiento que es parte del pueblo, que sus propósitos son cambiar el actual estado de cosas, y que en ese objetivo se enfrenta a ene-

migos que también son los nuestros”. Es esta una cita de las posiciones del II Congreso de la Unión de Izquierda Revolucionaria. La UNIR está encabezada por el PC del Perú “Patria Roja”, que integra la alianza Izquierda Unida.

—¿El PCP “Patria Roja” también es maoísta?

—Sí, tiene diferencias con Sendero Luminoso de carácter teórico, ideológico, programático, estratégico y táctico; especialmente sobre la violencia, a la que Sendero más que considerarla como partera de la historia y como método de lucha, la entiende como programa y como factor generador de conciencia y de organización de las masas.

Para nosotros este fenómeno tiene mucha importancia. En primer lugar, porque la zona en la que se desarrolla la lucha armada protagonizada por Sendero Luminoso está más cerca de algunas zonas de la Argentina que la Capital Federal, y más tarde o más temprano, si esa lucha se mantiene y se sigue extendiendo, va a repercutir en las masas campesinas de esas zonas como ya está, en cierta medida, repercutiendo. Y esto es algo que hay que tener en cuenta. No plantea simplemente un problema de solidaridad internacional con una lucha lejana, en otro continente; es todo un proceso que está convulsionando a América Latina y al Perú, cercano a nuestras fronteras. Y nosotros, ante este proceso de lucha, entendemos que Sendero Luminoso es parte del campo del pueblo, en la lucha entre el pueblo y la contrarrevolución en el Perú. Como ya hicimos en el surgimiento de nuestro partido respecto del Che Guevara, no consideramos correcto negar la solidaridad con un movimiento revolucionario porque el mismo tenga formas de lucha que no coinciden con lo que nosotros pensamos que tienen que ser esas formas de lucha en la Argentina.

—¿Expresar solidaridad con movimientos como el de Sendero Luminoso, o como el del Nuevo Ejército Popular de Filipinas no les trae problemas con sus aliados, el peronismo, por ejemplo?

—Puede que no les guste que nosotros digamos esto. A nosotros tampoco nos gusta que algunos de ellos digan lo que a veces dicen sobre Stroessner, Pinochet u otros, pero para integrar el frente único con ellos no les pedimos que dejen de tener los amigos que tienen. Por lo tanto no nos lo pueden pedir ellos a nosotros. Pero sucede que nosotros no tenemos relaciones con Sendero Luminoso. Por eso el conocimiento que tenemos de ellos y de su lucha es indirecto, está muy mediado por la prensa burguesa, que dice cualquier barbaridad sobre Sendero. Siempre lo presentan como un grupo de forajidos que practica el terror indiscriminado, la masacre de poblaciones campesinas, etc.

Sin embargo, leyendo publicaciones como *El Diario*, de Lima, que ha reproducido reportajes a sus dirigentes, como Gonzalo, y también su programa, no se encuentran elementos que tengan algo que ver con lo que dice la prensa burguesa. Como contrapartida, fue pública y notoria la matanza sangrienta, inaudita y vil que protagonizaron las fuerzas represivas del Perú con los presos de Sendero Luminoso en las cárceles de Lima.

Ellos tienen una posición muy firme contra el revisionismo. No sólo contra el socialimperialismo soviético. Han sido muy críticos de las posiciones de la dirección del PCCh después de la muerte de Mao, particularmente contra Teng Siaoping; también de los cubanos y de los albaneses. Hay planteos que ellos hacen sobre la política, el culto a la personalidad, etc., que, digamos así, no forman parte de nuestro estilo. Pero tampoco esto lo conocemos bien.

Lo que llama la atención es el grado de adhesión que han tenido en la población, y cómo a partir de un núcleo muy pequeño mantienen la lucha armada hace nueve años. Hay una particular hipocresía en algunos sectores que los critican. Por ejemplo los soviéticos se escandalizan, se hacen la señal de la cruz y rezan el rosario por las “barbaridades” de Sendero Luminoso. Pero so pretexto de solucionar ese “problema”, la Unión Soviética se ha transformado en el gran abastecedor de

las armas con las que es combatida esa guerrilla. Hace poco le han vendido al Perú grandes helicópteros artillados que llaman “tanques voladores”. Por lo tanto, aprovechando la lucha antiguerrillera, tanto los soviéticos atrás del Ejército peruano y principalmente de la Aeronáutica, como los yanquis a través de sus relaciones con la Marina peruana –que también tiene participación importante en la represión de la guerrilla–, penetran profundamente en las Fuerzas Armadas del Perú. Ambas superpotencias avanzan para dirimir la aguda disputa que mantienen allí desde mediados de la década del 70.

–No hace mucho, en una visita que hizo a la Argentina, Mario Vargas Llosa declaró que Sendero Luminoso quiere implantar un régimen polpotiano en el Perú. ¿Qué opinión le merece esta comparación y qué piensa de la política que Pol Pot y el Khmer Rouge desarrollaron en Camboya Democrática?

–Pol Pot es, en la jerga internacional de los revisionistas, lo que aquí fue López Rega. Si se quiere mentar al demonio, se menta a Pol Pot. Los dirigentes del Partido Comunista de Camboya llevaron la revolución al triunfo en las condiciones extremadamente difíciles creadas por la invasión y la agresión bélica yanqui. Y posteriormente sostuvieron la guerra de resistencia del pueblo khmer contra la ocupación vietnamita apoyada por los soviéticos. Los camaradas de Camboya, como ellos han reconocido, cometieron algunos errores izquierdistas.

Cuando ellos llegaron a Phnom Penh, la capital estaba atiborrada por centenares de miles de campesinos y habitantes del interior de Camboya, refugiados de la guerra revolucionaria contra los yanquis y contra el régimen de Lon Nol, que fue sostenido también por los soviéticos. Sobrevivían en condiciones miserables, dormían en las calles, etc. Entonces ellos se propusieron resolver ese problema trasladando esa población al campo para trabajar la tierra, pero lo hicieron, digamos así, en forma administrativa. Simultáneamente se dieron una política muy izquierdista en el campo, estableciendo formas de propiedad correspondientes a un estado avanzado del régimen

socialista. Suprimieron en la práctica la moneda, porque tenían una hiperinflación, totalmente inimaginable para nosotros pese a que conocíamos la hiperinflación. Imaginémoslo que era la situación en Camboya después de esa guerra contra los yanquis. Pero claro, los soviéticos realizan este ataque siniestro a Pol Pot como una manera de ocultar la complicidad que tuvieron con los yanquis en el sostenimiento del régimen fascista y títere de Lon Nol. La embajada soviética fue la última en abandonar Phnom Penh. Encubiertos tras el ataque a Pol Pot, fueron cómplices de la anexión del territorio camboyano, al igual que el de Laos, por los vietnamitas, transformados en simples mercenarios de la Unión Soviética. Lo que más le interesa a la URSS de Camboya es el acceso a las aguas cálidas, hacia el Océano Índico, y cerrar la salida hacia el sudeste asiático de Sechuan y otras provincias chinas del oeste que ahora sólo pueden encontrar salida a su producción por el camino del Pacífico. Es decir, que hay una razón de geopolítica de la Unión Soviética detrás de la invasión vietnamita a Camboya, la que es contemporánea, en pocos años, de la invasión a Angola y de las intervenciones en Etiopía y en Nicaragua; es decir, del despliegue del dispositivo estratégico para la tercera guerra mundial del socialimperialismo soviético.

—¿A qué atribuye usted que el Khmer Rouge, supuestamente odiado y feroz, haya podido sostener durante tantos años una guerrilla basada en miles de combatientes campesinos que controlan amplias zonas liberadas?

—Solamente se puede explicar por una amplia adhesión de masas, independientemente de la ayuda en armas por parte de organizaciones amigas.

Cuando se dice que Sendero Luminoso es polpotiano, se quiere significar que estamos ante una corriente maoísta que tuvo relaciones muy estrechas con el sector que después de 1976 fue denominado la Banda de los Cuatro, es decir con el sector izquierdista que dirigía Chiang Ching en China. También porque en Sendero Luminoso tuvieron gran influencia

las teorías de Lin Piao –no tanto en Camboya– sobre el papel de la aldea campesina en la revolución mundial, teorías que, dicho sea de paso, estuvieron durante un tiempo en boga en la Internacional Comunista, porque habían sido elaboradas ya por Bujarin. Esto puede ser llamativo por haber sido Bujarin un teórico de posiciones de derecha, pero fue él quien predicó esta teoría de la revolución de la aldea mundial, o sea del campesinado de Asia, África y América Latina contra los centros metropolitanos. En síntesis, las acusaciones de polpotianos, salvajes, etc., están destinadas siempre a denigrar esos procesos.

Cuando nosotros formamos el partido circulaban también teorías revisionistas que comparaban el período actual de lucha por el derrumbe del capitalismo mundial con el período final del Imperio Romano. Planteaban que el Imperio Romano, cuya contradicción principal era entre esclavos y esclavistas y que sufrió permanentes rebeliones de esclavos –algunas de las cuales estuvieron a punto de derribarlo, como la de Espartaco–, no cayó como resultado de estas rebeliones sino por las invasiones de los bárbaros; que éstos, que nadie sabía de dónde venían ni qué historia tenían, dieron origen a una nueva forma de explotación que fue la de la sociedad feudal; que en los inicios de esta nueva sociedad, ningún hipotético observador podría haberse imaginado que se estaba construyendo los cimientos del feudalismo, porque aparentemente hubo un regreso al colonato libre, a las organizaciones de agricultores y pastores libres, y que sólo en un proceso de siglos se fue creando y organizando un nuevo régimen social. Y que –plantearon como corolario– algo semejante a esto sería el fin del capitalismo, porque serían los pueblos africanos, asiáticos y latinoamericanos, no el proletariado, los que tiraran abajo ese imperio, aún cuando la contradicción principal a nivel mundial fuera –también según ellos– proletariado-burguesía.

Una teoría revisionista completa. Subestima la importancia del movimiento obrero en los países metropolitanos y su influencia, a través de los partidos comunistas y la teoría mar-

xista-leninista, sobre los movimientos revolucionarios de Asia, África y América Latina. Denigra, al mismo tiempo, a procesos revolucionarios como el chino, que son considerados bárbaros, practicantes del culto a la personalidad, formas mitológicas de organización subordinadas a un “nuevo emperador”, como dirían ahora los revisionistas, con lo cual tiran toda la historia revolucionaria por la borda.

Cuando se acusa a Sendero Luminoso de polpotista, y a los camboyanos de salvajes, vienen teorizaciones destinadas a que los revolucionarios avanzados desechen la alianza, la solidaridad, el apoyo a esos movimientos revolucionarios, so pretexto de ser bárbaros, distantes del verdadero movimiento revolucionario actual, que estaría protagonizado por proletarios cultos. Los revisionistas soviéticos son los especialistas en pergeñar estas teorías.

–La subsistencia de partidos maoístas en todo el mundo bajo condiciones adversas presupondría la necesidad de una nueva Internacional. ¿Procuran ustedes su conformación? ¿Han integrado alguna vez una organización de este tipo?

–No. Ni lo uno ni lo otro. Este fue otro punto en discusión con los camaradas chinos en 1972. Tiene importancia, porque actualmente se vuelve a discutir entre los partidos comunistas del mundo. Nosotros les planteamos a los camaradas chinos la necesidad de la unidad del movimiento comunista internacional, la necesidad de una nueva Internacional. El camarada Keng Piao nos dijo: “Bueno, en épocas de la Primera Internacional ocurrió la Comuna de París, sin que aquélla tuviera un papel relevante en esa primera experiencia proletaria en la lucha por el poder”. Esta fue la herejía que nos dijo Ken Piao, y continuó: “La Segunda Internacional degeneró, y la Revolución Rusa se hizo no sólo sin la ayuda de ella, sino contra ella. La Tercera Internacional se disolvió en 1943; quiere decir que la Revolución China triunfó sin ella. ¿Para qué queremos ahora una Internacional? Los partidos comunistas tienen que tener como principal referencia a la clase

obrero de su país; es decir, ser capaces de llevar al triunfo – porque ese es su principal aporte a la clase obrera mundial– a la revolución en su país. Esa es la principal obligación revolucionaria que tienen”.

Es decir que para el triunfo de la revolución no es necesaria la existencia de una Internacional. Lo que no implica abandonar el internacionalismo proletario, porque este es la primera exigencia a considerar para que un partido sea comunista. Desde ya que la Primera Internacional jugó un gran papel. Fue gracias a ella que llegaron a nuestro país las ideas del marxismo y que se organizaron los primeros sindicatos y organizaciones proletarias con un contenido revolucionario. También la Segunda Internacional jugó un papel. Cuando, ya desarrollado el movimiento obrero internacional y planteado ese desarrollo como condición al surgimiento de fuertes partidos obreros nacionales, la Segunda Internacional contribuyó a ello. Pero después degeneró. Y la Tercera Internacional jugó un papel de importancia en las tareas internacionales del proletariado al haber triunfado la revolución en la Unión Soviética, ante las particularidades del cerco y acoso a esa revolución. También en la necesidad de nuclear a los partidos comunistas, pero produjo en esto una cantidad muy grande de deformaciones que castraron a muchos de esos partidos en su labor revolucionaria, sobre todo en una época en la que los dirigentes de la Tercera Internacional creían que la revolución se podía dirigir por telegrama. Así lo hicieron con la Revolución China. Mandaban desde Moscú un telegrama diciendo, por ejemplo, “detengan insurrección en Cantón”. Bueno, eso ocasionó desastres al movimiento obrero mundial.

Actualmente existen tentativas para reorganizar un centro del movimiento comunista. Nosotros estamos en contra. Estamos a favor de relaciones estrechas con todos los partidos marxistas-leninistas-pensamiento Mao Tsetung del mundo. Estamos de acuerdo en desarrollar toda la solidaridad internacional que sea necesaria en la coordinación práctica contra el imperialismo, particularmente contra las dos superpotencias,

en la lucha por desenmascarar y aplastar sus provocaciones de guerra, etc., pero consideramos que esos centros dirigentes internacionales son perjudiciales.

Imaginemos que la situación hubiese sido al revés, que los chinos nos hubiesen dicho: “Sí, de acuerdo, vamos a constituir una Internacional”. ¿En dónde hubiese estado el centro de esa Internacional? En Pekín. Ellos también decían: “Los partidos tienen que pensar con su propia cabeza, tienen que tener independencia, porque hoy China es roja, pero mañana puede ser blanca”. Efectivamente, al correr de los años China se transformó de roja en blanca, y los partidos que siguieron ciegamente ligados a ese centro se transformaron ellos mismos en blancos. Así había pasado ya con los partidos que estaban subordinados al bastón de mando de Moscú. Esta es una enseñanza muy importante. Sobre todo actualmente, que la diversidad del movimiento revolucionario en el mundo moderno es gigantesca.

–Junto al repudio a la represión en la Plaza Tienanmen, el PCR hizo públicas sus críticas a las reformas económicas y políticas en China. ¿Fue el uso de la violencia contra el pueblo lo que los decidió a darlas a conocer?

–En 1979 decidimos que no íbamos a divulgar las posiciones revisionistas de los chinos, y desde entonces nunca publicamos en nuestro periódico artículos donde ellos hablaran sobre sus reformas económicas, sobre todas esas variantes revisionistas que se han ido aplicando en China considerándolas un gran éxito y que ahora se comprueban sus terribles consecuencias. Al mismo tiempo teníamos en cuenta que China era parte del Tercer Mundo y que el PCCh era un componente importante del movimiento obrero internacional que enfrentaba a las dos superpotencias. Por esto privilegiamos el mantener una relación política y secundarizamos las críticas públicas. Aunque en lo interno dábamos nuestra posición, públicamente jamás dejamos de defender nuestras opiniones sobre Mao y mantuvimos en el Estatuto nuestra adhesión al maoísmo.

Mantenemos relaciones con ellos, así como también tenemos relaciones de este tipo con otros partidos a los que consideramos parte del movimiento obrero mundial y que en una u otra medida enfrentan la política hegemónica de las dos superpotencias. En fin, manteníamos una relación bastante formal con una gran nación del Tercer Mundo, lo que es muy importante.

—*¿Esta situación ha cambiado?*

—Bueno, en este proceso China ha llegado a hacer inversiones de capital financiero en el extranjero. Es conocida su participación en la Bolsa de Hong Kong, que permitió salvarla de la catástrofe en la última crisis. En la Argentina ha hecho inversiones asociada con empresas de capital soviético, por ejemplo en el rubro de la pesca. Y yo entiendo que la masacre de la Plaza Tienanmen plantea un cambio de calidad de la situación, porque, por un lado, la protesta del pueblo pone en evidencia los resultados de la actual política de reformas y, por otro lado, es absolutamente imposible que un partido que se considere comunista calle ante esa situación. Una cosa es la discusión sobre el camino que se está siguiendo en las comunas, en las granjas colectivas o en las fábricas, pero otra cosa muy distinta es una masacre de obreros, de campesinos, del pueblo como se hizo en China en esa ocasión. Expresar nuestra posición de repudio a ese hecho y de solidaridad con el pueblo chino constituye la quintaesencia del internacionalismo proletario. Y éste no pasa en este caso por mantener una actitud de silencio respetuoso ante una “desviación” del PCCh, pasa por dar la solidaridad con la clase obrera y el pueblo chinos que están luchando contra la dirección de ese partido.

Lo mismo sucedió con la intervención en Checoslovaquia, hecho decisivo en la historia de nuestro partido. Nosotros teníamos una posición favorable a la Unión Soviética. Sería parte de nuestras confusiones, de nuestro “fernandeo”, de nuestras difíciles condiciones de nacimiento y crecimiento, pero esto cambió totalmente cuando los hechos de Checoslovaquia

colocaron al proletariado mundial ante la necesidad de expresarse a favor o en contra del proletariado checoslovaco. O se estaba a favor del proletariado checoslovaco o se estaba a favor de los tanques soviéticos. Entiendo que son situaciones límite que trazan una divisoria de fuerzas. Por ejemplo, Fidel Castro, al igual que con Checoslovaquia, apoyó ahora a la dirección del PCCh; y también en torno a esos hechos se ha planteado aquí un debate en Izquierda Unida.

Ahora bien, conviene que aclare algo. Nosotros somos partidarios de librar polémica contra el revisionismo, pero siempre tratando de tener un blanco y golpear al enemigo principal también en el terreno ideológico. Y el centro del revisionismo está en la Unión Soviética. No vamos a convertirnos en aquellos de quienes Marx decía que “se creen importantes porque tropiezan con todo el mundo”, porque todo el mundo habla de ellos echándole maldiciones. Si nos dedicáramos a polemizar permanentemente con los trotskistas, cubanos, soviéticos, chinos, vietnamitas, albaneses, etc., nos transformaríamos en una de esas sectas que son la diversión de la burguesía y que permitieron a Ricardo Balbín hablar del “microclima de la izquierda”. Nosotros nos proponemos ser un partido que sea vanguardia de la clase obrera y del pueblo argentinos, y damos polémica sobre los grandes problemas que les atañen.



Otto Vargas hablando en un Congreso de Juventudes Democráticas. Pekín, 1954.



Otto Vargas con dirigentes del Partido Marxista Leninista de Alemania, en ocasión de un encuentro de partidos maoístas. Enero de 1990.

VII

LA REVOLUCIÓN CULTURAL PROLETARIA EN CHINA

–El acontecimiento internacional de mayor importancia en el plano político y social producido durante la década de 1960 fue la Gran Revolución Cultural Proletaria en China. Ahora en ese país se la critica oficialmente. ¿El PCR continúa reivindicándola? ¿Conservan actualidad sus fundamentos?

–Han pasado casi veinticinco años desde que la Revolución Cultural se lanzó. Sacudió por diez años al país más poblado del planeta, donde vive uno de cada cuatro habitantes de la Tierra. Actualmente se suele hablar de ella en los círculos revisionistas como de un suceso desgraciado para el socialismo, superado, que no dejó más implicancias que determinados trastornos en la producción. Pero la Revolución Cultural tuvo su origen en acontecimientos que todavía palpitan en la política actual.

El revisionismo triunfante en el XX Congreso del PCUS contra el que se alzó la Revolución Cultural tiene más vigencia que nunca. Somos testigos de un proceso tremendo, mundial, de repudio a las ideas socialistas y comunistas, de rechazo al marxismo y al leninismo por parte de quienes personificaban –falsamente pero personificaban– ante la opinión pública del mundo al socialismo y al marxismo-leninismo, tanto en la URSS y en el Este europeo como en China. Se revisan las te-

sis fundamentales del marxismo-leninismo, como aquélla que sostiene la necesidad de la dictadura del proletariado para la transición entre el capitalismo y el comunismo, esa tesis sobre la que Marx dijo que fue su único aporte original a la ciencia de la investigación histórica. Se revisan las tesis sobre el partido revolucionario de vanguardia, sobre el imperialismo y la guerra, sobre la revolución. Se afirma la caducidad de la teoría del materialismo dialéctico y del materialismo histórico, es decir, se repudia abiertamente la teoría marxista so pretexto de que es anticuada y no responde a las necesidades del mundo moderno.

Aquí se requiere una explicación. El socialismo implica la necesidad de la producción planificada, lo opuesto al capitalismo, en donde el capitalista trabaja para un mercado limitado y a la vez desconocido.

Esto hace a la ley fundamental del capitalismo, que es la contradicción entre la producción social y la apropiación privada. En esta contradicción, que es a la vez la fuerza motriz del capitalismo, están las razones de la competencia, del proceso que lleva al monopolio, al imperialismo, a la crisis y a la guerra. El socialismo, por el contrario, implica una economía planificada que parte de ir satisfaciendo en forma creciente las necesidades también crecientes de la población.

A los revisionistas modernos del marxismo les sucede lo mismo que les pasó a los revisionistas de la Segunda Internacional a comienzos de siglo XX. Llegó un momento en el cual, como dijo entonces Eduard Bernstein, los socialdemócratas debieron parecer lo que eran y dejar de aparentar lo que hacía ya tiempo habían dejado de ser.

Lo mismo está sucediendo en la URSS, en China, en países del Este europeo. La restauración del capitalismo en la URSS se coronó en 1957. Nosotros hemos analizado esto en el Programa de nuestro partido. Está claro que la restauración del capitalismo en la URSS, que ha sido el drama más tremendo de la historia contemporánea desde el punto de vista de la clase obrera y de los intereses revolucionarios, fue el resultado de un complejo y largo desarrollo histórico.

En el período de Stalin, con relaciones de producción no enteramente revolucionarizadas y con la resolución en forma errónea, por la dirección del PCUS, de nuevos problemas teóricos y políticos que habían surgido en la construcción del socialismo, se fueron incubando sectores sociales y elaboraciones teóricas y políticas revisionistas que sirvieron de apoyatura a una casta burocrática privilegiada, cada día más alejada del control de las masas, que inició el camino de la utilización de sus privilegios políticos para ir generando privilegios sociales. Esto, vuelvo a repetir, fue producto de un proceso histórico muy complicado, estuvo de por medio la Segunda Guerra Mundial, las tremendas cargas de la reconstrucción posterior, pero sobre todo la situación que la guerra generó en la URSS, en el sentido de recurrir inclusive a instrumentos ideológicos propios de las clases explotadoras y no de la clase obrera, para triunfar en esa guerra.

El hecho de que más de diecisiete millones de personas hayan muerto en la guerra contra el nazismo, que la URSS fuese devastada en su zona más productiva hasta unos 40 km de Moscú, con lugares donde no quedó siquiera un árbol sin talar, ni un animal vivo, etc., hizo que el socialismo se construyese en condiciones particularmente duras y difíciles. En la URSS se generaron problemas que deben ser investigados en concreto, para ver cuáles fueron las raíces que produjeron el surgimiento de esta casta burocrática que se transformó, posteriormente, en una clase explotadora, en una burguesía de nuevo tipo, burocrática, monopolista, expansionista, socialista de palabra e imperialista de hecho. Esta burguesía burocrática ya predominaba en el PCUS en 1956, en el momento del XX Congreso, y en 1957 se impuso definitivamente con el golpe de Estado impulsado por Jruschov, Zukov, Shelepin, Brezhnev y otros dirigentes del partido, del Ejército y del Estado. El ascenso del revisionismo al poder significó el ascenso de la burguesía al poder.

Del revisionismo a la traición, de la traición al socialimperialismo y al fascismo, tal fue el tránsito de la dirección del PCUS.

Esto colocó frente al imperialismo yanqui a un agresivo y poderosísimo rival que pasó a disputarle el control del mundo.

Allí están las raíces de la Revolución Cultural, porque la dirección del PC chino, en un proceso, discrepó con el XX Congreso, y en la medida en que el curso revisionista se fue consolidando, la polémica del PCCh con el PCUS se hizo pública, conmovió y finalmente dividió al movimiento comunista internacional entre revisionistas y marxistas-leninistas.

Simultáneamente, en China se producían grandes cambios políticos y sociales. En noviembre de 1958, el Comité Central del PCCh decidió cuestiones fundamentales sobre las Comunas Populares y lo que después se llamó el Gran Salto Adelante. Un camino totalmente contrapuesto a la línea que había triunfado en el XX Congreso del PCUS. Hay que decir que esta discrepancia no se expresó sin lucha interna en el PCCh, ya que la línea aprobada en su VIII Congreso, realizado pocos meses después que el XX Congreso del partido soviético, era similar a la de éste. Esta línea oportunista de derecha era encabezada por Liu Shaochi y por Peng Tehuai, partidario acérrimo –este último– de la línea soviética en lo internacional y del camino que sugería Nikita Jruschov para China.

Detrás de este debate había una valoración distinta de la historia del movimiento comunista desde 1930 en adelante, en particular de las consecuencias que había tenido en la conciencia de las masas soviéticas la estabilización de relaciones de producción en la URSS que inicialmente habían sido consideradas transitorias, como fue el caso de los *koljoses* y de las granjas colectivas.

Se dice a menudo que China y la URSS siguieron modelos diferentes que obedecieron a sus respectivas condiciones históricas y nacionales. Es ésta una manera simplista de verlo. Cuando Mao Tsetung decidió transformar las granjas colectivas en comunas, se produjo un gigantesco salto para la humanidad. El país en donde está concentrada la población campesina más numerosa del mundo, con siglos por no decir milenios de tradición de la pequeña propiedad –que fue la base

del feudalismo chino—, cambió radicalmente el sistema de posesión de la tierra mediante los grupos campesinos de ayuda mutua, primero, pasando a la forma de cooperativa avanzada y llegando en su nivel superior a la comuna. La política para este tránsito tuvo mucho que ver con las características del campo chino, la necesidad de irrigación, las tradiciones, la aldea china, etc., pero también con un análisis de la experiencia de la cooperativización agraria en la URSS. Este es un problema clave, fundamental para la construcción del socialismo. En la URSS, cuando Stalin y la dirección del partido decidieron la cooperativización —que ahora es execrada por los revisionistas— en medio de las tremendas dificultades de entonces, lo hicieron considerándola la forma de garantizar el apoyo al proletariado de la masa de campesinos pobres (*mujiks*) y asegurar así alimentos, materias primas para la industria, cumplir con los planes quinquenales y prepararse para la Segunda Guerra Mundial que se aproximaba. Estas formas cooperativas —los *koljoses*— fueron consideradas transitorias. En ellos los campesinos aportaban individualmente sus instrumentos de labranza y el Estado proletario ayudaba a través de la creación de grandes centros de maquinarias e implementos agrícolas. La idea era pasar posteriormente a la forma de los *sovjoses*, es decir, pasar de la propiedad cooperativa a la propiedad estatal de todo el pueblo.

A mediados de la década del 30, después de la tremenda conmoción que significó la colectivización del campo en la URSS, y cuando ésta comenzaba a dar frutos con abundantes cosechas y la reactivación del comercio internacional de granos, se aproximaron las sombras de la guerra. En el 35 comienzan los Frentes Populares, en el 36 estalla la Guerra Civil Española. El fascismo triunfa en Alemania, Italia inicia su expansión y Japón invade China amenazando por la espalda a la URSS. Por lo tanto, la gran preocupación estuvo en consolidar esas granjas cooperativas. Después vino la guerra y el campo se despobló de hombres. Las mujeres, los ancianos y los niños debieron asegurar la producción. Terminada la guerra, lo fun-

damental del agro soviético había sido arrasado por el invasor nazi. Las dificultades eran enormes como para pensar en la transformación pendiente.

Los camaradas chinos vieron que esas relaciones de producción, al irse estabilizando y actuando sobre los resabios de la sociedad dividida en clases que se arrastran durante siglos, tienden a consolidarse en la conciencia de las masas y hacen muy difícil posteriormente la marcha hacia adelante. Por lo tanto, en el tránsito que hicieron ellos de las cooperativas a las comunas, está presente una concepción que es permanente en Mao y que él continúa de Marx y de Lenin acerca de la revolución ininterrumpida y por etapas. De la necesidad de ir produciendo permanentes modificaciones que impidan que relaciones de producción que a poco serán atrasadas se consoliden, con la implicancia que esto puede tener –como demostró el caso koljosiense– en la conciencia de las grandes masas, en la superestructura ideológica. Estos problemas están en la base de las tormentosas luchas de clases que llevaron a la Revolución Cultural.

–En torno a ella usted habla de avances extraordinarios y del desarrollo del marxismo por parte de Mao Tsetung, sin embargo se suele hablar de la esclerosis del marxismo con posterioridad a Lenin.

–Es verdad. Con esa afirmación se niega la práctica de millones de hombres que cambiaron la faz de la Tierra y que aportaron material para conclusiones teóricas tan importantes como las de Mao Tsetung. Esa enorme práctica revolucionaria hizo que países de población mayoritariamente campesina, con siglos de reinado de la pequeña propiedad o que vivían en un comunismo primitivo, avanzaran hacia formas cooperativas socialistas en medio de un gigantesco laboratorio social para el desarrollo de las teorías, incipientes en muchos aspectos, de Marx, Engels y Lenin.

Con esas afirmaciones se niega –también– el gigantesco aporte teórico realizado en la URSS, China y otros países socialistas respecto de la construcción económica en general bajo el

socialismo, la construcción industrial, la ecología, la cuestión de la liberación social de la mujer, la educación socialista, el arte proletario y tantas cuestiones más. Se niega el enorme, invaluable y original aporte realizado por Stalin y por Mao Tsetung en el terreno de la aplicación del marxismo a las cuestiones de la guerra en general y de la guerra revolucionaria en particular. Son afirmaciones teñidas de ideología burguesa. Será imposible avanzar hacia el comunismo, aprender de los errores y los aciertos, si se desecha tan gigantesca cantera teórica.

Las condiciones en las cuales estalla la Revolución Cultural son, entonces, la restauración del capitalismo en la URSS, las catástrofes naturales de 1960 en China y el retiro en el mismo año de los técnicos soviéticos por la anulación unilateral de contratos, con lo cual paralizaron cuarenta ramas industriales chinas; el apoyo soviético a la India en el conflicto fronterizo con China en 1962; y el crecimiento de la corriente oportunista de derecha en el PCCh encabezada por Liu Shaochi y por Teng Siaoping. Esta corriente pasó al ataque contra la dirección maoísta montándose en los errores del Gran Santo Adelante. Simultáneamente, producido el desplazamiento de Jruschov por Brezhnev, la URSS iba tomando un curso cada vez más expansionista. Viene la guerra de Vietnam y se planteaba en el Movimiento Comunista Internacional la necesidad de una acción conjunta y de unidad entre la URSS, China y demás países socialistas. Esta era la postura del PC de la Argentina y también, hay que decirlo, del Che Guevara. En cambio Mao, ya en 1964, para escándalo de la propia dirección del PCCh que ocultó celosamente sus declaraciones, dijo que la URSS se había transformado en un país imperialista “de tipo nazi”. Y en ocasión de la visita de una delegación del Partido Comunista del Japón en 1966, que propone la firma de una declaración conjunta de solidaridad con Vietnam llamando a la unidad de los comunistas contra la política agresiva del imperialismo yanqui, Mao agrega la frase “y la política agresiva del socialimperialismo soviético”, lo que genera un escándalo, esta vez también internacional.

Mao estaba muy acosado en la dirección del PCCh. Se podría decir que en minoría. Esto quedó reflejado en el libro de Malraux *Antimemorias* con particular vivacidad. En esta situación y en medio de tal lucha de líneas, los revolucionarios chinos tenían los siguientes interrogantes: ¿por qué pasó lo de Jruschov? ¿Cuáles eran sus raíces objetivas y subjetivas? ¿Podía pasar eso también en China? En realidad eso ya estaba pasando en China. Esto es lo que va a contestar Mao en 1966. Porque como él dijo y se analizó después, ya estaba pasando en el seno del propio partido comunista. Esta es una gran enseñanza. Lo fundamental para garantizar la dictadura del proletariado está en la dirección del partido. Entiendo que esto es muy polémico, pero hay que entender las condiciones en que se realiza el tránsito del capitalismo al comunismo y el papel que en ese tránsito cumple la minoría revolucionaria. Esta no está por encima o al margen de las masas. Pero las masas sin esa minoría revolucionaria son masas que pueden ser llevadas a cualquier lado (aunque esto suceda por poco tiempo desde el punto de vista histórico) por cualquier oportunista, demagogo, revisionista o aventurero. De aquí la importancia de mantener al partido en la línea correcta, porque como solía decir Perón “los partidos, como el pescado, se pudren por la cabeza”. Lo mismo pasa con el socialismo y con los movimientos revolucionarios.

Esta lucha de líneas arranca desde la fundación del PCCh y hace a cómo fue enfocado cada momento del proceso revolucionario por las dos grandes corrientes que siempre existieron en ese partido, como en todo partido comunista del mundo. Es decir, la corriente que defendía una línea proletaria y la corriente que en forma confusa o clara se le oponía desde un punto de vista burgués. Ésta primero tuvo su expresión en la desviación de Cheng Tusiú en la década del 20 con el seguidismo al Kuomintang y a la dirección burguesa de la revolución china. Luego planteó tesis aventureras de izquierda y otra vez oportunistas de derecha, etc., etc. En el VIII Congreso del año 1957 adoptó la tesis revisionista según la cual la contradicción fundamental en China, al igual que en otros países socialistas,

era la contradicción entre las relaciones de producción socialistas y las fuerzas productivas atrasadas. En contradicción con una tesis que había planteado Mao el 6 de junio de 1952, retomando algo que ya había dicho en el VII Congreso del PCCh en 1945 en Yenán, en las instancias finales de la lucha de liberación; esto es que la contradicción entre la clase obrera y la burguesía nacional es la contradicción principal de orden interno en China, al haberse derribado ya la clase terrateniente y la burguesía burocrática. Esto, que estaba en debate, hace a una discusión muy vieja entre los marxistas. Porque al fin y al cabo, esa tesis de las fuerzas productivas estuvo siempre en el basamento de la concepción socialdemócrata, sobre todo en su forma más refinada, el socialmarxismo austríaco de Kautsky, que siempre explicó las derrotas históricas de la clase obrera y de los partidos socialistas por el bajo desarrollo de las fuerzas productivas, que al no estar maduras hacían imposible que el proletariado se plantease los objetivos socialistas.

—*¿Eran teorías evolucionistas?*

—Claro, evolucionistas: a medida que avanzaran las fuerzas productivas se irían creando las condiciones para el triunfo del socialismo. Viene a ser algo así como la caída de una pera madura en el regazo de alguien que está esperando abajo, que sería la clase obrera. Esto está unido a otra tesis socialdemócrata según la cual las masas tienen que ser educadas para realizar el socialismo, en contraposición con la tesis leninista que sostiene que hay que tomar el poder para educar a las masas. Esta tesis de las fuerzas productivas es también fundamental para Ernest Mandel y otros teóricos de las diferentes internacionales trotskistas, tesis con la que esconden la caracterización de clase de la URSS. Según ellos, en la URSS las relaciones de producción son avanzadas porque son socialistas, mientras que las fuerzas productivas están atrasadas. Habría que impulsar el desarrollo de las fuerzas productivas para crear las condiciones de un nuevo salto adelante de las relaciones de producción. Ignoran o aparentan ignorar que las fuerzas productivas,

desde el punto de vista marxista, no están integradas únicamente por los instrumentos de producción, sino también por los hombres que los manejan. Y si bien desde el punto de vista histórico más general, son los instrumentos de producción los que en su avance producen el progreso de la humanidad en sus distintas fases, el desarrollo de esos instrumentos, más aun en un régimen socialista, guarda relación con la actitud del hombre ante la máquina y ante los medios de producción.

–La Revolución Cultural, a la inversa de esas teorías, puso el centro en la revolucionarización de las relaciones de producción y en la lucha de clases. Debió parecer inconcebible, en esa época, que se produjeran nuevos hechos revolucionarios en un país que ya había llegado al socialismo.

–Bueno, sobre esto es importante el discurso de Mao ante la segunda sesión plenaria del VIII Comité Central del PCCh en noviembre de 1956, publicado en el quinto tomo de sus obras. Ahora, con motivo de los hechos de represión en la Plaza Tienanmen, este discurso ha sido citado a destiempo, mal y en forma falsificada por los dirigentes actuales del PCCh para justificar su oposición a la llamada “democracia grande”. Mao plantea allí que “es imposible mantener un equilibrio permanente, libre de toda ruptura. Los marxistas sostenemos que el desequilibrio, la contradicción, la lucha y el desarrollo son absolutos, en tanto que el equilibrio y el reposo son relativos. Relativo significa temporal y condicional”. El dice que “lo que está equilibrado en el primer semestre del año deja de estarlo en el segundo, y lo que tiene equilibrio este año dejará de tenerlo el año próximo”. En este mismo discurso analiza los sucesos de Polonia y Hungría y también una cuestión que está en el fondo de la Revolución Cultural, que es la cuestión de si serán o no necesarias otras revoluciones en el futuro. En las teorías esclerosadas entonces al uso entre los comunistas dogmáticos, se entendía que en la URSS y demás países socialistas se había llegado a la estación terminal de la historia. A partir de allí la lucha entre lo viejo y lo nuevo en la sociedad no implicaba la

necesidad de nuevas revoluciones. Pero los hechos demostraron que esto no era en absoluto así. No se había llegado al siglo de oro que soñaron las generaciones oprimidas desde la esclavitud hasta hoy. Mao dice: “En el futuro, cuando el imperialismo haya sido derrocado en el mundo entero y las clases hayan desaparecido, qué piensan ustedes, ¿habrá o no revolución? Yo pienso que sí. Seguirá siendo necesaria la transformación del sistema social y la palabra «revolución» se mantendrá en uso. Como es lógico, la revolución de ese entonces será distinta por su naturaleza de la revolución en la era de la lucha de clases”. A continuación explica su idea de que dentro de diez mil años será todavía necesaria una revolución. Más adelante habla acerca de que los soviéticos no sólo han dejado de lado la “espada” de Stalin sino también la de Lenin. Dice: “Ahora, una de esas espadas, Stalin, ha sido abandonada por los rusos. Gomułka y algunos húngaros han echado mano de ella para caer sobre la Unión Soviética y combatir el llamado estalinismo. Los partidos comunistas de muchos países europeos también están criticando a la Unión Soviética, y es Togliatti quien va a la cabeza. Los imperialistas, a su vez, hacen uso de esta espada para matar a la gente. Dulles, por ejemplo, la blandió durante algún tiempo. Lo ocurrido con esta espada no es que haya sido dada en préstamo, sino simplemente botada. Los chinos no la hemos abandonado. Como primer punto, defendemos a Stalin y, como segundo, criticamos sus errores, es por eso que hemos escrito el artículo «Sobre la experiencia histórica de la dictadura del proletariado» [...] En cuanto a la otra espada, Lenin, ¿no habrá sido abandonada en cierta medida por algunos dirigentes soviéticos? Me parece que lo ha sido en medida considerable. ¿Tiene aún validez la Revolución de Octubre? ¿Puede todavía servir de ejemplo para los demás países? En su informe ante el XX Congreso del PCUS, Jruschov afirmó que era posible conquistar el poder por la vía parlamentaria, lo que quiere decir que para los demás países ya no es necesario aprender de la Revolución de Octubre. Abierta esta compuerta, el leninismo ha sido prácticamente abandonado”.

Esto fue dicho en 1956, así que ya ve que tienen actualidad los debates que estaban en el trasfondo de los acontecimientos que van a llevar a la Revolución Cultural.

–Me quedé pensando en el tema de los diez mil años. Parece una eternidad. ¿Es una expresión de Mao que debe tomarse literalmente o se trata de una de sus habituales metáforas?

–Bueno, también se dice que es una *boutade* de Mao, un chiste. En una ocasión Mao recibió a una delegación del Partido Comunista rumano y conversando dijo que, en su opinión, de aquí a diez mil años todavía iba a ser necesaria la polémica contra los revisionistas. Entonces un rumano, que éste sí era chistoso, le pidió: “¿No podría rebajar un poco, camarada, algunos años?”. “Bueno –respondió Mao–, digamos nueve mil años, más no rebajo porque sería peligroso”. Esto fue entendido como una broma de Mao. Pero no es ninguna broma. ¿Cuántos años tiene, aproximadamente, la división de la humanidad en clases antagónicas? Aproximadamente diez mil años. En Asia, en Europa, en África, en América Latina. Aquí, en América del Sur, mil años antes de Jesucristo ya existía el Estado en forma teocrática en los Andes, es decir que hace ya tres mil años la separación del trabajo manual y del trabajo intelectual había generado castas teocráticas que oprimían a las comunidades campesinas y que después, en un proceso, iban a llegar a ese Estado tan desarrollado como fue el Estado incaico. De modo que en el mundo, el prolongado proceso del surgimiento de las grandes diferencias sociales tiene esos diez mil años. Y tiene aproximadamente esa antigüedad el surgimiento de las tres grandes diferencias sociales actuales: las que existen entre el trabajo manual e intelectual, entre el campo y la ciudad, y entre el hombre y la mujer. Con la división social del trabajo se crearon las condiciones para que el hombre se diferenciase de los animales y dominase a la naturaleza, pero a costa de generar la explotación del hombre por el hombre.

Esas diferencias, que han sobrevivido durante miles de años, no desaparecen de la superestructura social porque se

anule la propiedad privada de los medios de producción con un decreto revolucionario, como creen los trotskistas, por ejemplo, que consideran que la Unión Soviética es socialista porque la propiedad de los medios de producción es –o era, porque ahora ya se están privatizando también– estatal. Esto es sólo el comienzo de lo que Marx definió como un largo proceso de tránsito del capitalismo al comunismo. Durante milenios, una ideología que es el producto de esa división social del trabajo se ha osificado a nivel de la conciencia de masas de una manera tal, que muchos de sus componentes aparecen hoy como propios de la personalidad humana, considerada en abstracto. Por lo tanto, cuando Mao contestó como contestó a los rumanos estaba yendo a las razones de fondo, a los problemas que generaron la Revolución Cultural, muchos de los cuales ya se habían suscitado en la Rusia revolucionaria de la década del 20, incluso con formas mucho más agudas en alguno de los casos, o más extremistas, digamos así, como por ejemplo en los terrenos de la educación, de las relaciones del hombre y la mujer, de la liberación femenina y en muchos otros aspectos. En esa década tan tempestuosa, tan rica y tan ignorada que fue la de los años 20 en la Unión Soviética.

–Tanto los dirigentes soviéticos con los que Mao polemizaba, como los trotskistas, aducen que al ser los medios de producción de propiedad estatal, en el socialismo la burguesía ha desaparecido. Por eso desafían a los maoístas preguntando, no sin un dejo de sorna, “¿dónde está la burguesía?”.

–Sí, es una pregunta hipócrita. Mao ya les respondió: “En el partido”, dijo. En 1965 él preguntó: “¿Cómo hay que conducirse cuando se encuentran revisionistas en el Comité Central?”. Los revisionistas habían tomado el cuartel general de la revolución, que es el Comité Central, entonces él planteó: “Bombardear el cuartel general”. Y la Revolución Cultural postergó por doce años la restauración del capitalismo en China.

La Revolución Cultural alcanzó cifras impresionantes en su producción: China alcanzó los 34.000.000 de toneladas de

acero, centenares de millones de toneladas de carbón, desarrolló la base fundamental de su explotación petrolera, puso en órbita satélites artificiales, tuvo la Bomba A y la Bomba H pese al retiro de los técnicos soviéticos. Es decir que es una vil mentira que el desarrollo económico se estancó en China durante la Revolución Cultural. Se resolvieron los grandes problemas de las masas, sobre todo de alimentación, de vestido, de salud. Cosas que ahora, como ha aparecido con nitidez en los últimos acontecimientos en la Plaza Tienanmen, se han transformado de nuevo en los graves problemas que conoció China desde el fondo de la historia hasta la actualidad.

—La restauración capitalista en un país socialista ¿cómo se produce? O mejor: ¿cómo se constata? ¿Cuál es la diferencia que distingue al capitalismo del socialismo?

—El capitalismo es un modo de producción basado en el trabajo asalariado, donde los asalariados venden su fuerza de trabajo al capitalista, quien se apropia del plustrabajo que produce el obrero. Los medios de producción son propiedad de los capitalistas. Estos producen para valorizar el capital y no para satisfacer la necesidad de la sociedad. Hay producción social y apropiación privada.

¿Pero qué sucede cuando bajo un régimen de propiedad estatal de los medios de producción, los obreros no tienen ningún poder real sobre éstos ni sobre el producto del trabajo, sólo reciben el precio de la venta de su fuerza de trabajo, y un puñado de burócratas —en el caso soviético ya una clase social explotadora con una cantidad inmensa de privilegios, en algunos casos superiores a los de los directivos burgueses de un monopolio en un país capitalista común— decide sobre el destino de ese plustrabajo? ¿Es esto socialismo?

Este es un tema importante, porque hace al hecho de que las relaciones de producción reales no se revolucionarizan con el simple hecho del establecimiento de la propiedad estatal de los medios de producción, como creen los trotskistas. Llegaríamos entonces a la paradoja de considerar que algunos Esta-

dos africanos son verdaderamente socialistas. O que en el caso argentino, en aquella época en que gran parte de los medios de producción fundamentales estaban estatizados, estábamos en una sociedad próxima al socialismo. No tiene nada que ver el socialismo con esto. El socialismo implica el hecho de que la clase obrera dispone de los medios de producción en forma dictatorial; es decir, en tanto y en cuanto subsistan otras clases sociales, dispone de ellos a su arbitrio y no al arbitrio de las viejas clases explotadoras. Para esto la clase obrera tiene que tener una vida democrática, tiene que tener un ejercicio real de este poder, sobre todo en el control de esos medios de producción y de la distribución de los bienes. Mao ha esclarecido también con nitidez el problema de la distribución y de los reglamentos de trabajo en el seno de las unidades productivas. Las relaciones de producción no deben verse solamente desde las relaciones de propiedad legales. ¿Los obreros son propietarios cuando quien ejerce el control real es una casta de burócratas o una clase social privilegiada?

Poco antes de morir, en 1976, Mao planteó que, al fin y al cabo, las cosas habían cambiado poco en China después de la revolución, que había un sistema jerárquico en la sociedad, que existía una diferencia grande de salarios, que existía un campo muy extenso de formas de propiedad no socialistas. Lo que generó un tremendo alboroto. Los elementos ultraizquierdistas que se desarrollaron en la Revolución Cultural tomaron esto e hicieron su propia interpretación. Al mismo tiempo, los derechistas terminaron de enloquecerse. Pero es profundamente científico lo que dijo Mao. Por otro lado, volviendo: ¿qué diferencia de fondo existe entre un régimen que ha estatizado los medios de producción, en tanto los obreros no ejerzan el poder real y controlen esos medios de producción, con un régimen capitalista controlado por los monopolios que son dueños del aparato estatal y deciden desde él el destino de los medios de producción? Es una diferencia mínima.

Todos estos grandes temas fueron suscitados por la Revolución Cultural y está claro que no es una respuesta a ella, sino

todo lo contrario, el reforzar aún más el retorno hacia el capitalismo como se está haciendo actualmente en la URSS y otros países ex socialistas, generando de nuevo los privilegios sociales escandalosos y la corrupción, que han estado en el trasfondo de las grandes movilizaciones de masas que conmovieron a China en mayo y en junio de 1989 y que ahora conmueven a Europa Central y del Este.

—¿La supresión de las comunas populares del tipo Tachai y Taching, que eran puestas como modelo en épocas de Mao, tiende a eliminar las conquistas de la Revolución Cultural?

—En China, se ha retrogradado todo. Se han eliminado las comunas populares, exacto, que eran un organismo económico, político, administrativo y militar en el que las masas ejercían el poder. Era un organismo económico con jurisdicción no solamente sobre la producción agropecuaria, sino también sobre la producción industrial de la zona geográfica aledaña. Al mismo tiempo, era una unidad administrativa y política, lo que permitió una participación plena de las masas en la discusión política general y particular. Además, como la comuna era la base de la milicia popular, permitía la organización militar autónoma de las masas.

Ahora se ha vuelto a lo que existió en China desde hace milenios y que fue la base del feudalismo chino: la explotación familiar del agro. Esto todavía está encubierto, porque las tierras son entregadas a las familias en arriendo. La URSS marcha a esta forma ahora, con arriendo de la tierra por cincuenta años.

Al fin y al cabo, la propiedad estatal de la tierra y la reforma agraria es una medida capitalista, no socialista. Fue la burguesía la que estableció esta forma: la propiedad estatal de la tierra y su arriendo a los campesinos a largo plazo para permitir la acumulación de capital. Pero la URSS va más allá, acaba de dar en arriendo 500.000 ha al grupo italiano Montedison con la única condición de que produzca granos. Algo parecido a lo que se hace aquí con el petróleo: “sáquenlos el petróleo del

subsuelo, se lo regalamos”. Lo mismo está haciendo la Unión Soviética con la producción agropecuaria.

En China se sigue este camino. ¿Y cuál es el resultado? Mientras los campesinos de las regiones más pobres, los que tienen mayor cantidad de hijos pequeños, las viudas, los que tienen familiares inválidos a cargo, etc., sufren el peso de esta diferenciación con respecto a aquellos que tienen mejores condiciones para avanzar por el camino de la acumulación de capital, estimulados por el Estado por medio del crédito, generando privilegios escandalosos que ya asombran a los visitantes de la China actual. Mientras la gran masa de la población campesina trabaja con sus pies en el lodazal de los arrozales, un puñado de campesinos se enriquece aceleradamente y tiene acceso no sólo a los medios de consumo capitalista, sino a la explotación creciente de mano de obra asalariada. Inclusive existen en China actualmente capitalistas que explotan a centenares de obreros y poseen varias fábricas. Se ha restablecido el capitalismo. Nosotros, opinamos esto.

—Si bajo el socialismo la influencia de la burguesía continúa en el plano ideológico-cultural y el revisionismo de las teorías marxistas-leninistas dentro del partido revolucionario tiene como objetivo la restauración del poder burgués, ¿debe entenderse que la Revolución Cultural Proletaria fue una lucha por el poder dentro del socialismo?

—Exacto. Este es el punto fundamental. ¿Qué fue la Revolución Cultural China, un gran movimiento ideológico de masas de tipo educativo que se hizo al margen y contra el partido, como planteó José Aricó en la Argentina? ¿O fue una lucha por el poder en las condiciones de la dictadura del proletariado? Fue esto último.

Esto remite a la cuestión de si continúa o no la lucha de clases en las condiciones de la dictadura del proletariado. En varios escritos, poco antes de morir, Lenin había planteado que en esas condiciones la lucha de clases continuaba, se agudizaba y se hacía más encarnizada que antes. Stalin desechó esta

tesis de Lenin y en la Constitución de 1936 afirmó que habían desaparecido las clases antagónicas en la URSS. Por eso, cada conspiración que se descubría o cada manifestación de lucha política él la entendía como una expresión de la infiltración del enemigo de clase extranjero dentro de su país, y lo reprimía como tal. Con las consecuencias pavorosas que son conocidas. Este es el principal error de Stalin.

Mao Tsetung retoma a Lenin, y en base a la experiencia de la URSS y del propio PCCh, afirma que la lucha de clases continúa bajo la dictadura del proletariado y que por eso ésta es necesaria (“la entiendo –dice– como la democracia más amplia, nunca antes conocida, para las grandes masas explotadas”). Y agrega: “Ningún miembro del partido ni nadie en el pueblo de nuestro país debe pensar que habrá paz y tranquilidad después de una, dos, tres o cuatro grandes revoluciones culturales”. Incluso después que “las clases hayan sido eliminadas continuarán sucediéndose [...] las luchas ideológicas y políticas; no dejarán nunca de existir”.

Por eso nosotros incluimos esta cuestión en los Estatutos de nuestro partido. Decimos: “La sociedad socialista abarca una etapa histórica bastante prolongada. A todo lo largo de esta etapa existen clases, contradicciones de clase y lucha de clases. Existe la lucha entre el camino socialista y el capitalista. Existe el peligro de restauración del capitalismo y existe la amenaza de subversión, de agresión por parte del imperialismo y del socialimperialismo. Estas contradicciones no pueden resolverse sino con la guía de la teoría de la continuación de la revolución bajo las condiciones de la dictadura del proletariado. El objetivo final es la construcción de la sociedad comunista y el triunfo del comunismo a escala mundial”. Es decir que nosotros hemos transformado en una cláusula estatutaria las conclusiones que hemos sacado de la Revolución Cultural China.

–Si ineluctablemente las clases y las contradicciones que las enfrentan continúan existiendo durante un tiempo prolongado posterior a la revolución, y esto se expresa dentro

del partido, los cuadros marxistas-leninistas tienen una exigencia y una responsabilidad enormes en el mantenimiento de un rumbo correcto.

—Sí, aquí hay un problema para partidos como el nuestro. Marx y Engels creían que la revolución iba a triunfar primero en los países capitalistas más desarrollados de Europa y trabajaron con esa idea. Pero el capitalismo se desarrolló sobre la base de sus propias fuerzas motrices y dio origen al monopolio y al imperialismo. Las propias leyes del capitalismo llevan al desarrollo desigual y a saltos del mismo. Mundialmente el capitalismo está maduro para la revolución, pero las posibilidades para su triunfo se dan en los eslabones más débiles de la cadena capitalista, no precisamente en los países más avanzados, que gracias a su transformación en imperialistas pueden aprovechar la explotación de otros pueblos para dar prebendas a la clase obrera “propia”, cuyos dirigentes son corrompidos y fácilmente desviados hacia el reformismo y el oportunismo. Entonces sucede que en países como Rusia, donde se luchaba contra la autocracia zarista, o China, donde el partido peleaba contra un régimen semifeudal proimperialista, o Cuba o Vietnam — para dar ejemplos en los que la revolución triunfó—, los partidos marxistas-leninistas no están verdaderamente preparados para la construcción del socialismo, para la lucha de la dictadura del proletariado. Muchos revolucionarios burgueses se confunden con los revolucionarios proletarios. Muchos miembros de las propias clases explotadoras, hijos de burgueses arruinados o terratenientes empobrecidos llegan a las filas del partido revolucionario empujados por la necesidad de la lucha contra dictaduras militares —en el caso de América Latina—, conquistados por la valentía y la firmeza revolucionaria de los comunistas, etc., pero de fondo no transforman su ideología burguesa. Hay militantes de nuestro partido, por ejemplo, que son capaces de cualquier derroche de heroísmo, de afrontar cualquier riesgo frente al enemigo, pero serían incapaces de mantenerse en el partido o sufrirían una terrible confusión si éste les plantease que no tengan más su servicio doméstico.

Otro tema es el de los hijos: ¿Cuál fue uno de los problemas más revulsivo de la Revolución Cultural? Que se acabó el acomodo. Porque para muchos revolucionarios es lógico que, triunfante la revolución, sus hijos y hasta los de sus amigos tengan algo así como un diploma de honor para entrar en la universidad. Pero resulta que en la Revolución Cultural, para entrar en la universidad había que ser recomendado por la Unidad de Producción, que podía ser una fábrica, una comuna, un comercio, etc. Se recomendaba a un joven sobre la base de que, luego de determinado período, hubiese demostrado condiciones para ingresar a la universidad. Esto toca las fibras más íntimas de las concepciones burguesas que predominan en esta sociedad. Los partidos comunistas que estamos en estas condiciones tenemos muchos militantes que confunden la conducta burguesa con la conducta proletaria. Nosotros, por ejemplo, somos humanistas, pero humanistas proletarios, no burgueses. Nosotros sentimos un profundo cariño por todos los niños, pero en primer lugar lo sentimos por los niños del proletariado. Y en la medida de que más nos apegamos a la revolución llegamos a sentir tanto cariño por cualquier niño del proletariado como por un hijo nuestro. ¿No es cierto? Pero todo esto está mezclado en la cabeza del militante revolucionario en la medida en que luchamos en esta sociedad y que el partido se va integrando con militantes que surgen de esta sociedad, porque el pan se amasa siempre con la harina que se tiene.

La revolución la tenemos que hacer con los hombres de esta sociedad, porque, como decíamos antes, no se trata de educar a la clase obrera antes de tomar el poder, se trata de organizarla para tomar el poder y que luego se pueda educar. Por lo tanto, no se trata de que primero tengamos que educar a un obrero para que deje, pongamos por caso, el alcoholismo o el hipódromo, para recién poder ubicarse en la lucha política. Primero lo tenemos que ganar para la lucha reivindicativa y para la lucha política, y a partir de esto llevar a fondo su educación ideológica, conscientes de que esta educación solamente puede ser dada por el movimiento revolucionario de masas, y que éste

es el que va a educarnos y transformarnos a todos nosotros. Porque todos, hasta los que nos podamos considerar más revolucionarios, somos hijos de esta sociedad y llevamos dentro nuestro sus estigmas. Luchamos para tratar de aplastarlos y de sacárnoslos de encima, pero eso no quiere decir que no los llevemos con nosotros, porque si no seríamos extraterrestres.

Dentro del partido existen todas las condiciones para la existencia de la ideología burguesa, que se manifiesta en los refranes más sencillos: “Aprovechá gaviota, que no te verás en otra”, o “Hay que ser vivo y no tonto”, que están en la psicología de cualquier parroquiano de cualquier café de Buenos Aires. Esta mentalidad, que es una mentalidad de masas en las condiciones de la explotación del hombre por el hombre, es la mentalidad que debe ser cambiada para poder transformar la producción y transformar la sociedad. Vuelvo a decir, primero la transformación política, porque acá muchas veces se dice “la crisis argentina es una crisis moral”. Bueno, en todo caso la moral de esta sociedad. Sobre la base de otras relaciones de producción pueden crearse las condiciones para crear una nueva moral, un nuevo hombre, como decía el Che Guevara.

–En relación a la moral y a la opinión pública, encontré en su folleto sobre la Revolución Cultura, esta cita de Mao que dice: “Para derribar un poder político es necesario crear ante todo la opinión pública para eso y trabajar en la esfera ideológica. Esto sirve tanto para la clase revolucionaria como para la contrarrevolucionaria”. ¿Es decir que en la propia tarea de los comunistas por ganar a las masas para la lucha política tiene importancia también el trabajo ideológico?

–La lucha de clases se da en tres planos: económico, político e ideológico. La lucha económica fundamentalmente tiene el cauce de la organización sindical, gremial, mutual, etc., de la clase. La lucha política tiene su expresión principal en el partido, en la lucha por el poder. Los problemas de la ideología corren por cauces profundos y ocultos. De pronto un militante se quiebra. Estábamos discutiendo hace poco con un grupo

de compañeros de una fábrica, que de repente se encontraron con que un compañero, en el momento decisivo, traicionó. Comentábamos ese caso y también el de un dirigente rural que, también sorpresivamente, pegó un salto al costado, dividió la organización sindical y creó un sindicato paralelo. Uno se encuentra ante esos hechos y se sorprende; dice: “¿Cómo?, si es un hombre honesto, no me explico qué es lo que sucede”. Pero allí hay causas ideológicas que han ido corriendo por un cauce profundo. Y de pronto descubrimos que ese hombre ha sido “tocado” por la patronal. De aquí la importancia del partido. Porque lo gremial sólo no resuelve el problema de la lucha por el poder. Y la lucha política sola no resuelve el problema de fondo de lo ideológico, de la concepción del mundo, de la forma con que un obrero enfrenta toda la complejidad de la lucha de clases. Aquí es donde la burguesía da su lucha de fondo. Fijémonos simplemente en el contenido de las telenovelas que se dan todas las tardes por la TV argentina, cómo a través de ellas las clases dominantes van modelando, tallando la conciencia de las grandes masas obreras y populares, cómo se van acuñando formas de enfocar los problemas que corresponden a las ideas de las clases dominantes. De modo que el proletariado tiene que dar batalla aquí. Desde ya que solamente podrá hegemonizar en este plano de la sociedad después de conquistado el poder, y no por el simple hecho de conquistarlo, sino a través de una profunda revolucionarización de la sociedad.

Si se quiere comenzar con un ejemplo muy sencillo, desde el jardín de infantes, según se enseñe a un niño a jugar solo o con juguetes que requieran la colaboración de los otros chiquitos, se le está dando una u otra educación ideológica que lo marca para toda la vida. Aquí la sociedad de clases se atrincheira, se amuralla y se defiende encarnizadamente. A veces puede, transitoriamente, perder porciones de poder, no el poder. Pero incluso cuando ha perdido el poder, como se acaba de ver en los países del Este europeo, lleva una batalla profunda, aprovechando el hecho de que las ideas de la clase dominante son, por un tiempo prolongado, hegemónicas en la mayoría

de la intelectualidad bajo el socialismo y que por ende el proletariado carece en gran medida de una intelectualidad propia que le sirva de ejército para librar esta batalla definitiva de la cuestión ideológica. Por eso, para la ciega y prejuiciosa de algunos intelectuales burgueses, es imposible comprender —o solamente pueden entenderlo como una forma dogmática, autoritaria y opresiva— el hecho de que la Revolución Cultural haya comenzado con la crítica a una obra de teatro, con la cual se estaba generando la corriente de opinión favorable a la reivindicación de Peng Tehuai, el cabecilla de la línea burguesa prosoviética en la dirección del partido chino.

—De acuerdo a lo que hablamos, las ideas acerca del partido monolítico que predominaban en el PC argentino, según usted contaba, estarían desmentidas por la realidad de una lucha de líneas interna que parece ser permanente.

—Sí, es permanente, porque la lucha interna en el partido es el reflejo en su seno de las contradicciones de clase en la sociedad, y entre lo nuevo y lo viejo. Es gracias a esas contradicciones y a la lucha por resolverlas que el partido avanza y puede adecuar su línea a las necesidades cambiantes de la lucha de clases. Esta es permanente en la sociedad mientras existan las clases y aun durante un tiempo después de desaparecer. Esta lucha tiene picos, momentos de auge y momentos de reposo, momentos de acumulación o de reposo relativo y momentos de cambio manifiesto que resuelven una determinada etapa de la contradicción y abren una nueva etapa.

Aquí estamos obligados a recurrir a la dialéctica en cuanto a que toda diferencia implica una contradicción. Esto no quiere decir que esta contradicción sea antagónica. Para evitar que esas diferencias se transformen en antagónicas cuando no lo son, el partido debe tener un método correcto de resolución de las mismas. En nuestra opinión ese método es el centralismo democrático (a partir de una línea política justa, porque si la línea política es injusta, es imposible resolver cualquier contradicción interna), la crítica y la autocrítica y la lucha ideoló-

gica activa. Este método impide la esclerosis de las arterias que comunican al partido con las masas. Nosotros hemos dicho, analizando la experiencia de la Revolución Cultural, que el arte de una dirección leninista reside tanto en descubrir la esencia burguesa o pequeñoburguesa de determinadas opiniones que surgen en el partido, como en evitar que las mismas se conviertan en tendencias y éstas en fracciones. Cuando estas opiniones devienen opiniones antiproletarias de carácter antagónico, el arte de dirección está en garantizar que sean derrotadas por el conjunto del partido.

Por lo tanto, sí, en el partido hay una lucha permanente. Nosotros la hemos dado a través de varias campañas de debate sobre el tema del liberalismo. Es una lucha permanente para que el ambiente interior del partido no se enrarezca, para que se discuta con franqueza, porque las contradicciones políticas no resueltas acertadamente se transforman en contradicciones personales, las discusiones se enmarañan y la vida interna de un organismo se torna imposible de vivir. La dirección de todo partido revolucionario debe luchar permanentemente para que estas tendencias afloren y se discutan, evitando así que se consoliden y se conviertan en fracciones. Desde ya que esto no depende solamente de la dirección. Si se llega inevitablemente a la constitución de fracciones o al surgimiento de discrepancias de carácter antagónico, en tal caso el arte está en que esas discusiones sean protagonizadas por el conjunto del partido. En las condiciones de dictadura del proletariado, también estas discusiones deben trasladarse al conjunto de la sociedad para que el conjunto de la sociedad las viva en forma directa. Esas son las enseñanzas de la Revolución Cultural Proletaria.

La vida ha enseñado, también en el caso chino, que no porque se canten loas a la tranquilidad, a la unidad, a la fraternidad, al fin de los “disturbios” (entendiendo por “disturbios” las cosas que sucedieron bajo la Revolución Cultural), se acaba la lucha interna en el partido. Muerto Mao, un sector del partido intentó cambiar a su favor la dirección del mismo. Era el sector izquierdista que fue llamado la “Banda de los Cuatro”.

Dentro de este sector figuraban camaradas que tuvieron una participación muy activa en la Revolución Cultural y fueron líderes de la misma, pero a la muerte de Mao produjeron un enfrentamiento donde en la práctica facilitaron, por las formas y contenidos de su lucha, que la derecha del partido reivindicara a todos los que habían sido derrotados por la Revolución Cultural. Esto lo digo por los datos con que contamos, que no son todos, y es posible que los hechos hayan sido diferentes, pero así aparecen. A través de un proceso, esas reivindicaciones se utilizaron para garantizar una determinada dirección del partido. Si se quiere saber qué sucedió en China, basta ver quiénes eran los protagonistas de la Revolución Cultural, quiénes eran sus enemigos y quiénes están hoy en el poder. Son los que eran enemigos de la Revolución Cultural. Es el caso concreto de Teng Siaoping, que junto a Yang Shankung aparecen como protagonistas principales de la sangrienta represión de la Plaza Tienanmen.

De Teng Siaoping dijo Mao poco antes de morir: “Esta persona no se empeña en la lucha de clases, nunca ha mencionado esta clave. Sigue todavía con su gato blanco o gato negro, sin hacer distinción entre el imperialismo y el marxismo. No sabe nada de marxismo-leninismo; representa a la burguesía”. El “gato blanco o gato negro” se refiere a una famosa frase de Teng Siaoping cuando dijo, allá por el año 62, que no importaba el color del gato con tal que cazase ratones. Es decir, no importaba si un técnico o un dirigente era comunista o de ideas burguesas, con tal que hiciera bien su trabajo y garantizase el desarrollo de la producción. Por esto ya había sido el blanco de la Revolución Cultural. Después se autocriticó. En 1972 volvió a la dirección del partido. Nuevamente cometió errores por los que fue castigado. Y después de la muerte de Mao volvió a regresar a la dirección del partido. Teng Siaoping era secretario general del PCCh cuando se inició la Revolución Cultural. Liu Shaochi era presidente de la República Popular. Teng Siaoping era algo sordo, y Mao decía que en las reuniones de dirección Teng se sentaba lejos y no escuchaba lo que él hablaba, de

modo que hacía lo que quería y nunca rendía cuenta de ello. Siempre representó una línea en contradicción con la de Mao, aunque no igual a la de Liu Shaochi. Este era un representante de una línea más adherida a las tesis de Stalin. También esto demuestra que estas luchas duraron muchos años.

–Llama la atención que estos altos dirigentes cuestionados por la Revolución Cultural no sólo hayan sobrevivido a ella, de cuya “ferocidad” se quejan sus opositores, sino que además hayan mantenido o recuperado sus cargos en el partido y en el Estado.

–Esta es otra enseñanza de la Revolución Cultural. Mao incluso se opuso a quienes querían castigar a Liu Shaochi; y a Peng Tehuai le dio un cargo importante después de haber sido criticado en 1962. Mao siempre sostuvo la opinión marxista de que estas personas eran la expresión de corrientes reales de la sociedad y del mundo dentro de la dirección del partido, y que era conveniente que permanecieran allí para que las posiciones que representaban pudiesen ser conocidas y discutidas al nivel de las masas. Mao fue enemigo de los métodos administrativos para la resolución de los problemas internos del partido.

–¿Tiene que ver con aquello de que por más que se corten las hierbas venenosas, éstas vuelven a crecer?

–Sí, se refería a este tema. Ahora, en el tema de la represión a los contrarrevolucionarios Mao usaba otro refrán: “La cabeza de los hombres –decía– no son como las cañas de bambú, que se las corta y vuelven a crecer”. Recomendaba ser muy cuidadoso en la represión a los enemigos. Un ejemplo de esta política es el que se ha reflejado en la película *El último emperador*, con el trato que ellos le dieron al que fue el último emperador de la dinastía Manchú, que fue por otro lado el más odiado. Fue el títere que el imperialismo japonés colocó como emperador del Manchukúo durante su ocupación de China. Con los enemigos del pueblo ellos siguieron permanentemente esa

línea de la reeducación y del trabajo. Solamente se tomaron medidas represivas extremas, digamos fusilamientos, cuando éstos fueron indispensables para que las masas descargasen su indignación y satisficieran sus deseos de justicia. En cuanto triunfó la revolución ellos hicieron juicios populares donde las masas juzgaron y castigaron con la pena capital a los represores que tenían deudas de sangre, a los terratenientes más odiados. Pero tuvieron mucho cuidado de no generalizar eso, incluso con los elementos más caracterizados del enemigo.

Eso fue permanente en la guerra de liberación, en la que llegaron a incorporar al ejército revolucionario a millones de hombres del ejército de Chiang Kaishek y de los ejércitos de los Señores de la Guerra. Millones. Por ejemplo, después de la caída de Pekín, centenares de miles de prisioneros fueron incorporados a través de un proceso que duraba algunas semanas. La primera semana era para el conocimiento mutuo. Vamos a suponer, un soldado de Chiang Kaishek hijo de campesinos pobres, de tal distrito de tal provincia de China, lo hacían convivir con soldados del Ejército Rojo de su misma condición social y que conocían ese distrito de esa provincia. Los soldados le preguntaban quién era, de qué familia, etc. La segunda semana era de caracterización de clase del ejército de Chiang Kaishek, en el sentido de: “¿Cómo vos, que sos un campesino pobre, explotado por tales terratenientes, te incorporaste a un ejército que representa a tus enemigos?”. La tercera semana era para el conocimiento del Ejército Rojo y la cuarta de preparación militar para ir de nuevo al frente. Al mismo tiempo ellos practicaban permanentemente algo que después practicaron mucho los cubanos, el Che, Fidel y sobre todo en la columna de Raúl Castro en Mayarí, en Santiago de Cuba, en base a lo que en China había conocido directamente Risquet Valdés, el dirigente de la Juventud Socialista Popular y comisario político de la columna de Raúl Castro. Me refiero a la práctica de tomar prisioneros a jefes del ejército enemigo, liberarlos y mandarlos de regreso. Cuando alguno de estos jefes, que eran bastante odiados, volvía, inmediatamente se suscitaba la discusión en el

ejército kuomintanista. “Si a éste lo perdonaron, quiere decir que si yo caigo prisionero también a mí me pueden perdonar”, pensaban otros, porque tenían previamente la idea de que si caían prisioneros eran asesinados, degollados, etc. Un caso famoso es el del alcalde de Pekín, que fue después ministro de Hidráulica de la República Popular, que se le perdonó la vida por haber entregado Pekín sin disparar un solo tiro, salvando los monumentos arquitectónicos que son un tesoro para China. Cuando se le hizo esta oferta, este general de Chan Kaishek reunió su Estado Mayor e informó de la misma. Los otros jefes entendieron que si le perdonarían la vida a este terrateniente y criminal connotado, miembro de la dirección del Kuomintang, más se la iban a perdonar a ellos, y la ciudad fue entregada. Esta táctica introducía un factor de desmoralización muy grande. Esta es una de las enseñanzas más importantes de la línea maoísta en el tratamiento de las contradicciones con el enemigo.

VIII

EL CORDOBAZO

LA “NUEVA IZQUIERDA” Y EL FOQUISMO

—En noviembre de 1968 el PCR aseguró que un polvorín de odio popular se había acumulado y se resecaba bajo los pies de la dictadura. Otras fuerzas de izquierda, por el contrario, sostenían que el movimiento obrero y popular estaba en refluxo. En 1969 el polvorín efectivamente estalló. El propio Onganía lo certificó al utilizar aquella expresión de “el polvorín largamente preparado”, con lo cual les estaba haciendo un reconocimiento a ustedes sin nombrarlos (tal vez aquí se oficialice el carácter de innombrable del PCR a que usted hacía referencia antes). ¿En qué análisis se basaron para prever los sucesos que estremecieron al país y signaron la vida política argentina de los años que siguieron?

—Onganía tomó el gobierno en junio de 1966 y, como otros, tuvo aspiraciones de sobrevivencia política prolongada, con veleidades de tipo monárquico que fueron en su momento satirizadas. Él hablaba de un tiempo económico, de un tiempo social y de un tiempo político; por lo tanto, había Onganía para rato. Entonces intentó un nuevo plan de reestructuración, privatista, con las ideas de economía de mercado. No tan *aggiornado* a la economía política burguesa contemporánea. Nosotros venimos conociendo ese tipo de planes desde 1953.

En 1951 la economía argentina entró en la crisis de coyuntura –fue “el año del pan negro”, como se recordaría después– y comenzaron una serie de dificultades. El gobierno peronista tuvo que tomar medidas de reestructuración, sobre todo a partir de 1953. Perón organiza el Congreso de la Productividad, cambia la política petrolera haciendo el contrato de concesión a la California, y dicta la ley de radicación de capitales extranjeros. En ese período tocaron su techo las reformas peronistas, que fueron de una magnitud enorme, si se tiene en cuenta lo que era el mundo entonces. En algunos aspectos los asalariados conquistaron reivindicaciones sociales y laborales semejantes a las de algunos países socialistas –desde el punto de vista coyuntural– en los salarios, vacaciones, jubilaciones, etc. No desde el punto de vista de fondo, pues los obreros y el pueblo no tenían el poder y esas reformas se hicieron sin acabar con el predominio del latifundio terrateniente en el campo ni con la dependencia. Al tocar ese techo comenzó el empantanamiento de la situación que iba a llevar al golpe del 55. Y con la “Libertadora” tuvimos a Raúl Prebisch, que hizo el primer plan de ajustarse el cinturón en el país; más o menos como todos los planes que han seguido desde entonces hasta ahora: una gran devaluación de la moneda y sobre esta base, como diría Sourrouille,⁴ “un sinceramiento de las variables económicas”, llámense tarifas, congelamiento salarial, etc. Tuvimos un plan de reestructuración. Después tuvimos otros.

Pasados los primeros meses de gobierno de Frondizi, y en vinculación al juego de presiones con golpes y contragolpes de Estado que hubo durante ese período, terminó Alvaro Alsogaray siendo ministro e implantando medidas que impusieron la necesidad de “ajustarse el cinturón para pasar el invierno”. Hubieron varios inviernos; también en el mismo sentido: privatizaciones. Todos tenían los mismos blancos: los ferrocarriles, la entrega del petróleo, la congelación salarial. Después tuvimos, entre esos planes, el de Pinedo en la época de Guido,

4. Juan Vital Sourrouille, Ministro de Economía del gobierno de Raúl Alfonsín entre 1985 y 1989.

que fue un festival de la oligarquía financiera y terrateniente que se llenó los bolsillos con una devaluación y otras medidas que tomaron en pocas semanas. Después Pinedo se retiró de nuevo a las actividades privadas. Y así íbamos, ¿no es cierto?

Y con Onganía vino el plan de Krieger Vassena, un plan que avanzó como una topadora. Primero reestructuraron el puerto. Hubo una gran lucha de los obreros portuarios, que fue doblegada. Después marcharon a la reestructuración de los ferrocarriles: clausura de ramales, privatizaciones, despido de miles de obreros.

Los ferroviarios libraron batalla. La Unión Ferroviaria, que tenía una dirección tripartita entre los radicales de Scipione, los comunistas dirigidos por Vázquez y los peronistas de Pepe, entregó la lucha. Esta fue una de las causas principales de descontento en el PC que generó el surgimiento de nuestro partido. Por eso nosotros, que cuando rompimos teníamos un núcleo fundamentalmente estudiantil, arrancamos con decenas de afiliados ferroviarios en Bahía Blanca, en Tolosa –donde dirigíamos la seccional de la UF–, en Alianza, en la línea Mitre, en Rosario, en Remedios de Escalada, etc. Pero, en definitiva, las medidas de Onganía pasaron también allí. Pusieron proa a la llamada reestructuración de la industria azucarera con el cierre de varios ingenios en Tucumán, que dejaron a miles de obreros del azúcar en la calle y a miles de zafreos y cañeros sin posibilidades de trabajo. Estos trabajadores habían protagonizado las luchas que, junto con las ocupaciones de fábricas del 63-64, tuvieron mayor envergadura en la Argentina de esos años. Fueron las grandes marchas de los cañeros pobres hacia Tucumán y su empalme con la lucha de los obreros de los ingenios azucareros, lo que está en el trasfondo de los acontecimientos que van a sacudir posteriormente a Tucumán hasta el 76. Grandes luchas. Onganía aplicó estas medidas y pasaron. Una reestructuración profunda del Estado, como decía él. Miles de obreros y de empleados estatales a la calle. Al mismo tiempo metieron la policía en la Universidad y barrieron con todas las conquistas democráticas del movimiento estudiantil,

producto de muchos años de lucha desde la década del 50, y que habían permitido teorizar a algunos reformistas del Partido Comunista que la Universidad era una isla democrática. A la “isla democrática” la barrieron. Aplicaron también su reestructuración en el agro, abiertamente latifundista, arruinando a miles de arrendatarios.

El gobierno de Onganía parecía consolidarse. El plan de Krieger Vassena parecía ir sin mayores obstáculos hacia adelante. Había estabilidad económica. Mucha gente, incluso de izquierda, hablaba del milagro que se estaba produciendo desde el punto de vista económico; así como allá por el 79 se habló de los profundos cambios y el milagro que estaba produciendo en Argentina Martínez de Hoz. Es que todos estos planes tienen también sus momentos de ilusión, donde aparentemente las “variables económicas” han sido controladas y se va hacia adelante.

El nuevo plan se proponía la readequación del Estado argentino a una concentración y centralización monopolista, al mismo tiempo que reforzar el latifundio. En el período anterior, Illia había intentado algunas tímidas reformas: revisó los contratos petroleros entreguistas de Frondizi, propuso una ley de medicamentos que golpeaba a los laboratorios monopolistas extranjeros, e impulsó algunas medidas de transformación agraria, pálidas, como esta ley que nosotros acordamos en el programa del FREJUPO, la ley de arrendamiento impuesto, para dar tierra a los jóvenes campesinos. Contra todo eso enfiló Onganía.

Todo el mundo hablaba del reflujo; y del reflujo poderoso. En torno a esto se dio la gran batalla de líneas en el movimiento obrero y popular. Nosotros recién nos constituíamos. La izquierda revolucionaria tenía en esto muchos puntos de contacto con el trotskismo, y partía de este largo período de reflujo para planificar con tranquilidad distintas formas de focos guerrilleros en el campo. De modo que en las ciudades, en el movimiento obrero, estudiantil, etc., practicaba una política de tipo pedagógico, de explicar las cosas a las masas, pues en-

tendían que lo de Onganía se había producido a partir del profundo reformismo que predominaba en el movimiento obrero argentino. Hallaban una contraposición entre la adhesión de las grandes masas obreras y populares al peronismo, y las luchas enormes que había protagonizado el proletariado argentino, como las ocupaciones de fábricas del año 64, en épocas de Illia –en las que se produjo el asesinato de Mussi, Retamar y Méndez–,⁵ que fue un acontecimiento muy pocas veces visto en el mundo capitalista, salvo en aquellas ocupaciones de fábrica en París que precedieron al Frente Popular a mediados de la década del 30.

Su visión de la realidad se apoyaba también en las posiciones de muchos dirigentes sindicales que, al igual que el general Perón, cuando se produjo el golpe de Onganía propusieron “desensillar hasta que aclare”. Hay que tener presente que cuando el gobierno de Onganía asumió, dirigentes sindicales muy caracterizados del vandorismo, que entonces eran hegemónicos en la CGT, estuvieron presentes en la ceremonia. Estas eran las condiciones y lo que estaba en discusión.

Nosotros decíamos que las medidas de Onganía habían resecado un polvorín de odio popular bajo los pies de la dictadura, y que ese polvorín iba a estallar. Lo que nos orientaba a nosotros era la confianza poderosa en la clase obrera argentina. Teníamos, claro, una evaluación diferente de las luchas de esos años. Nosotros veíamos que el factor principal de ese movimiento obrero y popular era su combatividad y que había elementos de conciencia revolucionaria, aun cuando estos elementos estuvieran en gran parte mezclados con elementos ideológicos burgueses por su adhesión al peronismo. Teníamos en cuenta las condiciones en que se había producido esa adhesión, con un partido comunista que había claudicado en su rol de partido de la clase obrera.

5. Los jóvenes José Gabriel Mussi, Ángel Norberto Retamar y Néstor Méndez, obreros metalúrgicos peronistas los dos primeros, trabajador bancario y militante comunista Méndez, fueron asesinados por la policía bonaerense durante las manifestaciones por el paro activo del 21 de octubre de 1965 convocado por la CGT.

Otra cuestión era la evaluación de la situación internacional. Se habían producido los golpes de Estado en Brasil, Ghana, Indonesia, entre otros. Había muerto el Che Guevara. Teníamos una dictadura en Bolivia. La URSS había invadido Checoslovaquia. Los árabes habían sido derrotados por Israel en la guerra de 1967 y la OLP recién surgía, era prácticamente desconocida. Las corrientes prosoviéticas veían sólo estos hechos. Para ellos no tenía relevancia que el país donde vivía uno de cada cuatro habitantes de la tierra, China, estuviera sacudido por la Revolución Cultural (nosotros tampoco valorábamos a fondo esto) y había sucedido el Mayo Francés (los prosoviéticos analizaban despectivamente el Mayo Francés, que había dejado en el aire al PC revisionista de Francia). También se habían producido algunos estallidos de masas estudiantiles en México y en Brasil, y continuaba la heroica lucha del pueblo vietnamita contra los agresores yanquis.

Implícitamente, cuando nosotros hablábamos del polvorín, teníamos en consideración una diferencia de enfoque sobre esta situación internacional y sobre lo que predominaba en ella.

—¿Qué política, qué accionar táctico desarrollaron ustedes como consecuencia de esta evaluación que hacían del plan de Onganía y del estado de ánimo del movimiento popular?

—Consideramos que el partido y la clase obrera debían actuar para generalizar los estallidos parciales de lucha de modo de hacer estallar el polvorín. Había que sacar a las masas del libreto que les adjudicó la dictadura. También había que sacar de su libreto a la propia dictadura, que mostraba una imagen paternalista. Esa fue la táctica que nosotros aplicamos.

Hay que mencionar dos luchas muy importantes. Una fue la de los petroleros de Ensenada. En ella el partido jugó un papel muy importante, tanto en su desencadenamiento como en su dirección y en la solidaridad. Una huelga heroica, pero se perdió. Otra lucha con el mismo resultado fue la de Fabril Financiera en el gremio gráfico, que dirigió Ongaro con la CGT de los Argentinos. Pese a su derrota, estas luchas deja-

ron un profundo sedimento de experiencia. En la crítica que hacían las tendencias guerrilleras y burguesas a la hipótesis del polvorín, había también una evaluación diferente de estas luchas y de lo que habían dejado como sedimento de conciencia en grandes masas. En torno a esta discusión, que parecía eminentemente táctica, giraban muchos de los temas estratégicos sobre los cuales iba a polemizarse en los años posteriores. Porque a partir del Cordobazo y otras puebladas con las que estalló el polvorín, se abrió un período de auge como no conoció nunca el movimiento obrero y popular argentino en lo que va de este siglo.

—¿Qué contenido adquiere en este período de auge popular la polémica entre el PCR y las otras fuerzas de la izquierda revolucionaria, en especial las tendencias guerrilleras o terroristas?

—Nosotros veníamos planteando que en los combates por venir el problema planteado era qué rol jugaría el proletariado. Si iba a ser un poderoso auxiliar de fuerzas golpistas de recambio o de fuerzas conciliadoras de la burguesía, terminando todo en otra variante reformista, o si, por el contrario, el proletariado sería capaz de hegemonizar la lucha por el derrocamiento de la dictadura de Onganía, lo que suponía una insurrección armada triunfante.

Nosotros, que en ese entonces dirigíamos la Federación Universitaria Argentina presidida por el camarada Jorge Rocha, teníamos alguna implantación en empresas importantes pero éramos muy débiles; recién comenzábamos a trabajar en las grandes empresas del proletariado en Córdoba, teníamos alguna fuerza ferroviaria y habíamos jugado un papel importante en la lucha de la destilería en Ensenada. No habíamos realizado nuestro primer Congreso, con una lucha interna feroz, muy infiltrados, con una inexperiencia muy grande en algunos terrenos. Nuestra línea fue la de colocarnos a la cabeza de la lucha contra la dictadura. Nosotros nacimos luchando. Estuvimos en la ocupación de la fábrica Alba, teníamos allí

compañeros que estuvieron encabezándola. Cuando digo que encabezamos la lucha de los petroleros de Ensenada, digo lo que fue: compañeros nuestros fueron los que propusieron en asamblea las medidas tomadas, estuvieron en el Comité de Lucha, organizaron la solidaridad durante un período prolongado. En el movimiento estudiantil empujamos grandes luchas como la huelga universitaria de junio de 1968 que conmovió y sorprendió al país. Nadie se esperaba que ese paro fuera como fue, total y exitoso en todo el país.

Empujábamos las medidas de lucha. Pero al mismo tiempo predominaban en nosotros concepciones espontaneístas. Trabajamos para hacer estallar el polvorín pero sin acompañar esto —como se dijo en el I Congreso— con una propuesta clara de construcción de una organización revolucionaria que permitiese al proletariado beneficiarse con ese estallido. Íbamos afirmando una organización que trataba de ser nacional, pero jugábamos un rol más agitador que de organización concreta. Pero lo hacíamos en oposición a quienes planteaban que había que hacer un largo proceso pedagógico para ir ganando al proletariado para las ideas revolucionarias. Es decir que en eso estábamos esencialmente acertados; y también en que dábamos importancia a la lucha política. Esta era una polémica también, porque en este proceso va a ir surgiendo lo que luego se llamaría “una nueva izquierda”, “una nueva oposición”.

Las fuerzas de izquierda que trabajaron para la organización de distintas variantes del foquismo guerrillero, seguían paralelamente en política una línea de unidad muy amplia que los hacía furgonear, consciente o inconscientemente, a las variantes de oposición burguesa que se ensayaban en ese período. También a estas variantes de recambio golpista, ya que en esos años hubo un polo golpista encabezado por el general Julio Alsogaray, que en definitiva iba a terminar con Onganía y, después de una breve transición de Levingston, impondría la presidencia de Lanusse. Y había otra línea golpista que se consolidaba en torno al general Pedro Eugenio Aramburu.

Todo esto estaba teorizado. Por ejemplo, Julio Guillán, uno de los teóricos de la CGT de los Argentinos –a quien nosotros conocíamos bien por haber sido un consecuente y fiel compañero de ruta del PC– nos decía que el error fundamental de nuestro proyecto revolucionario era considerar que estábamos ante la hora del proletariado, y que no sólo en la Argentina sino mundialmente, esa era la hora de la burguesía. Daba como ejemplo el frente tan amplio que se había constituido en Vietnam del Sur en la lucha antiyanqui. Por eso la CGT de los Argentinos, que jugó un papel combativo muy importante en aquellos años, en política siempre terminó trabajando en combinación con alternativas golpistas como las que recién mencioné o de oposición burguesa como la del pacto Perón-Illia, cuya posibilidad se había planteado anteriormente.

Había también variantes doctrinarias extremas, como fue el caso de los trotskistas de Política Obrera, que al producirse el Cordobazo, desorientados por la vida, ya que ese hecho no figuraba en los esquemas que tenían, volvieron a buscar en libros y revistas la consigna para el momento. Y la encontraron en las manifestaciones estudiantiles que se habían producido en Italia hacía poco; y tomándola de ellas levantaron como una de sus consignas centrales la de “¡Desarme de la policía!”.

Con el Cordobazo todo cambia. Había quienes estaban organizando grupos guerrilleros rurales y los sorprendió el Cordobazo en medio de la selva. Tuvieron que abandonar el monte y trasladarse e instalarse en Córdoba y otras ciudades, revisando sus concepciones sobre la guerra campesina. Paralelamente crecía en Uruguay el Movimiento Tupamaro, y comienza a pesar en esas fuerzas de izquierda revolucionaria la idea de la guerrilla urbana.

Se va a repetir en esos años una situación en la cual va a haber siempre alguna iniciativa política de las fuerzas de la oposición burguesa, que trabajaron primero para una salida Perón-Illia, después con Aramburu, después con el golpe de Lanusse y después el Gran Acuerdo Nacional. Y junto a esa política, un sector de la izquierda revolucionaria que se in-

clina por el foquismo y las acciones de guerrilla urbana, que en definitiva son siempre instrumentadas por esas mismas facciones burguesas.

—¿De qué manera se produce esa instrumentación?

—Ante cada acción del movimiento popular tendiente a colocar a la clase obrera en el centro de la escena política nacional y a crear las condiciones para que ella pudiese aglutinar en torno suyo a las fuerzas que luchaban por una salida revolucionaria contra la dictadura en la Argentina, los grupos de guerrilla urbana producían algún acto de “propaganda armada” que, mediante la difusión en todos los medios de comunicación, relegaban a un segundo plano la acción del proletariado.

—A qué causas adjudica usted el hecho de que el PCR haya evitado las “tentaciones” —comunes a la corriente política en la que surgió— del terrorismo urbano?

—Hay dos hechos que históricamente salvan al PCR, y lo salvan porque la mayoría de sus cuadros venía de protagonizar grandes luchas de masas y siempre tenía como referencia a las masas. Uno fue el Cordobazo y otro la toma de Perdriel. El Cordobazo demostró que estratégicamente teníamos razón en el sentido más amplio. Infundió confianza a los militantes de nuestro partido en cuanto a que el proletariado argentino podía ser el caudillo de los grandes cambios que era necesario producir en nuestro país. Fue el hecho estratégico más importante, que bosquejó el camino que más tarde o más temprano van a seguir las masas populares para acabar con sus enemigos. Fue un primer tanteo nacional de los enemigos históricos —decíamos entonces— en la Argentina. Y desde el punto de vista táctico demostró la justeza de nuestra tesis del polvorín.

La lucha no terminó por esto. Pasó a una nueva escala. Los grupos de guerrilla se trasladaron a la ciudad y entonces se va a producir un nuevo debate en torno al Cordobazo: ¿qué le faltó?, se preguntaba. Para algunos al Cordobazo le faltaron cien

guerrilleros organizados –como dijeron Abraham Guillén⁶ y los cubanos– que abrieron el foco guerrillero allí. Para otros, faltó un acuerdo político de los dos grandes partidos, el peronista y el radical. Hubo un debate sobre lo que fue y un debate sobre lo que le faltó. Nosotros dijimos que le faltó un partido de vanguardia capaz de dirigir políticamente al proletariado, y que también faltó que las masas bosquejaran el embrión de gobierno paralelo y un nivel más avanzado de organización popular de tipo revolucionario armado.

En posteriores enfrentamientos como el Rocazo o la asamblea popular de Trelew, las masas iban a bosquejar un gobierno popular paralelo e iban a darse formas de organización aun superiores a las del Cordobazo, y ya para el año 70 la Argentina hervía en grandes luchas populares. Y ante cada gran lucha obrera –como decía– se realizaba una acción guerrillera o policíaca que trataba de hegemonizar los acontecimientos. Es altamente significativo que el siguiente gran hecho del movimiento obrero fuese la ocupación de la fábrica Perdriel dirigida por las Agrupaciones Clasistas 1º de Mayo que dirigía nuestro partido y que ya habían jugado un rol muy importante en el Cordobazo. Encabezaba la ocupación la Comisión Interna dirigida por los compañeros Agustín Funes y Gerardo Luna. Esta lucha fue casi simultánea en Córdoba con otro gran acontecimiento como fue la ocupación de las fábricas Fiat, que dio origen a los sindicatos combativos SITRAC-SITRAM. Y fue simultánea con el primer hecho importante de guerrilla urbana en la Argentina: el secuestro del cónsul paraguayo en Buenos Aires realizado por las FAL. Así como el Cordobazo nos permitió reforzar nuestro convencimiento de la justeza de nuestra línea, lo de Perdriel nos permitió parafrasear a Lenin diciendo “más vale un Perdriel que cien secuestros”, y dar batalla en el movimiento obrero y popular sobre cuál era el camino correcto. Fue un momento difícil porque fuimos puestos bajo la lupa

6. Abraham Guillén (España, 1913-1993), militante y teórico anarquista, luego de la Guerra Civil Española vivió años de exilio en América Latina (Argentina, Uruguay, Cuba). Fue autor de *Estrategia de guerrilla urbana*, entre otras obras.

de la represión policial, ya que algunos de los integrantes de las FAL habían estado anteriormente en nuestro partido.

Pese a que la situación era otra porque el polvo había estallado, los debates sobre el reflujo continuaban. Como el proceso histórico avanza en espiral, a cada momento de relativo retroceso volvían las teorías que aseguraban que había reflujo y que el Cordobazo no había sido más que un gato ciego que cazó un ratón muerto.

—Tengo aquí la edición del periódico Nueva Hora correspondiente a la fecha del Cordobazo. Fue escrita días antes, pues allí se anuncia que “al cierre de esta edición, los obreros y estudiantes cordobeses preparan nuevos paros y manifestaciones para el miércoles 28, jueves 29 y viernes 30, coincidiendo con el llamado a la Jornada Nacional de Lucha convocada por la FUA y las organizaciones sindicales cordobesas”. Las páginas centrales están dedicadas a la crónica de los combates populares de esos días, provincia por provincia, puntualizándose que “si estas luchas se profundizan y extienden, si sectores importantes de la clase obrera participan en ellas independientemente, si la violencia popular se extiende y organiza, si logramos diferenciar, claramente, una perspectiva proletaria de poder revolucionario en grandes sectores del proletariado, los estudiantes y las capas medias, si nuestro partido se fortalece estratégicamente, estas luchas redundarán en una acumulación cuantitativa y cualitativa muy grande de fuerzas para la alternativa revolucionaria por la cual debe luchar la clase obrera”. Esta postura de acumulación no parece concordar con las críticas que el PCR recibía a causa de su línea insurreccional, línea que era interpretada como putchista, como epectante de un estallido popular que permitiera tomar rápidamente el poder.

—Nosotros no pensábamos eso; teníamos una línea de acumulación revolucionaria. Pero es cierto también que el Mayo Francés y los acontecimientos de esos años despertaron en la enorme mayoría de los jóvenes que confluyeron a las fuerzas

de izquierda la idea de una revolución rápida. Esa idea era predominante en el movimiento obrero y popular. Y nosotros mismos teníamos rasgos espontaneístas con resabios foquistas. Algunas cosas del llamado foquismo yo las considero correctas. Porque nosotros, a partir de una fuerza relativamente pequeña, aspirábamos a constituirnos en una fuerza revolucionaria y llegar a ser conocidos por las grandes masas. ¿Cómo lo hacíamos? La guerrilla urbana pretendía resolverlo con la propaganda armada y nosotros sobre la base de hegemonizar y liderar procesos de masa importantes. Ellos criticaban que nuestra línea insurreccional no se correspondiese con un trabajo en el seno de las Fuerzas Armadas, por eso nos decían “ustedes son putchistas”, criticando nuestra política de permanente agitativismo de masas.

Debemos tener presente que el Cordobazo fue precedido por el Correntinazo y que éste fue liderado por compañeros de nuestro partido que organizaron la lucha por la rebaja del precio del comedor estudiantil. Después en el Rosariazo, como está documentado fotográficamente en la revista *Así*, compañeros nuestros estuvieron al frente de la manifestación que se hizo durante el entierro del estudiante Adolfo Bello, asesinado por la policía. Y en el Cordobazo –como dije– también jugó un rol importante la Agrupación Clasista 1º de Mayo de DINFIA, la primera que se constituyó en el país, que encabezó con un gran cartel la salida masiva y encolumnada de los obreros de esa planta a la calle. Aparte, ya teníamos a los compañeros del SMATA que luego iban a protagonizar su recuperación. Esto en cuanto a nosotros. Sin embargo, al mismo tiempo, la mayoría de los afluentes a nuestro partido y de los compañeros que en esos años iban a venir a él, tenían una profunda idea de revolución rápida. Esta idea predominó entonces e iba a costar muchos sacrificios durante la represión posterior a 1976.

Leyendo biografías y relatos de esos años, aparece nítido cómo centenares de miles de personas, sobre todo jóvenes, fueron aprisionados en una tromba gigantesca y lanzados a la lucha social. Conozco a una persona que estaba representando

do una obra de teatro en una ciudad del interior, cuando de pronto pasó una de esas grandes manifestaciones de la época; la función se suspendió y salieron los actores a la calle, se fueron con la manifestación y desde entonces no pararon más, se incorporaron al movimiento de lucha social. Años después esta persona recordó aquello y le renació la vocación actoral que había dejado en aquel teatro donde lo encontró aquella tromba. Todas las autobiografías comienzan más o menos así: “Yo estaba un día en mi colegio y vino un compañero y nos dijo que se hacía una manifestación...”. Es la imagen de un huracán gigantesco que tomó a miles de combatientes obreros, estudiantiles y campesinos y los lanzó al combate social.

En la universidad “un joven podía estar –como dijo una compañera– diez días sin definirse pero a los diez días todos se definían”. Creían en la “insurrección ya”. Tomaban las consignas por la realidad y no como un instrumento para cambiarla, lo que podía o no resultar. Escribían en los muros: “No pasarán” (los golpistas), y creían que así sería porque la insurrección estaba a la vuelta de la esquina. Esa idea de lucha corta fue abonada por las teorías foquistas, que llevaron al sacrificio, muchas veces innecesario, a tantos revolucionarios en América Latina.

Sólo la enorme amplitud de la ola de izquierda puede explicar que en facultades íntegras no se encontrase un estudiante que se asumiese públicamente como de derecha. Que chicas que en su pueblo de provincia salían con tapado de piel a hacer compras para diferenciarse de los “negros”, se hiciesen de izquierda y militasen en partidos revolucionarios. Por eso, miles y miles de esos militantes se esfumaron luego del 24 de marzo de 1976. Muchos, incluso jefes de organizaciones revolucionarias, cuando el Estado proterratiente y proimperialista se les cayó encima no lo podían creer. Ni se les había pasado por la cabeza que eso iba a suceder.

Hay que tener presente que los estudiantes encendieron la mecha y los obreros y las masas populares hicieron arder la Argentina. Y nosotros dirigíamos la FUA cuando se encendió la mecha. Y luego el SMATA Córdoba.

—¿Qué fue lo que mantuvo al PCR a salvo en ese torbellino que tragó a otras organizaciones revolucionarias?

—La decisión triunfante en el I Congreso de construir un partido de la clase obrera. Un partido que trabajase para que el proletariado hegemonizase una revolución agraria, antiimperialista, democrática, en marcha hacia el socialismo. A partir de eso, de una u otra manera, nosotros siempre tuvimos una posición y un punto de vista de clase. Intentamos enfocar todo lo que sucedía en la política argentina y mundial desde la óptica de los intereses de la clase obrera, y por lo tanto hicimos un esfuerzo para mantener una relación, en las peores condiciones, con esa clase social. E hicimos, por supuesto, el esfuerzo por aplicar el método marxista-leninista de análisis.

El enemigo siempre trabajó para que nosotros cambiásemos nuestra posición y nuestro punto de vista aprovechando la composición social predominante en un momento, las condiciones difíciles en otro, etc. Pretendían que reemplazásemos esa posición y ese punto de vista por la posición y el punto de vista de otra clase social, y que reemplazásemos el método de análisis marxista-leninista por un método de análisis mixturado con afluentes sólo en apariencia marxistas. Por ejemplo, Mariátegui es uno de los primeros y grandes marxistas del movimiento revolucionario de América Latina, pero los mariáteguistas que surgieron aquí tomaban de él los aspectos no concluidos o no suficientemente elaborados de su pensamiento. Lo mismo con Gramsci, el más grande marxista-leninista de Italia.

¿Quién fue Gramsci? Fundamentalmente, el discípulo de Lenin que defendió en Italia las ideas del marxismo revolucionario contra el reformismo y el revisionismo. Los llamados “gramscianos” toman de él los aspectos no suficientemente desarrollados, o prolongan al infinito facetas de sus análisis llevándolas al absurdo. Así, también hacían con el Che Guevara. Hubo una lucha permanente en eso. Por eso entiendo que nos pudimos salvar a partir de esa posición y de que mantuvimos un grado de vinculación con el movimiento obrero y popular.

El maoísmo influyó mucho en nuestro análisis, fue una de las claves de nuestra salvación. Para poder destruirnos hubiesen tenido que aislarnos, pero la lucha antigolpista nos ligó a las grandes masas obreras y populares de la Argentina e impidió que nos aislaran políticamente después del 76.

Nuestras luchas por la paz en el Beagle, contra las violaciones a los derechos humanos, etc., siempre se hicieron tratando de tener el máximo de aliados e impedir el aislamiento. El maoísmo, al darnos el instrumento de lo que llamamos la línea de masas, impidió que nos aislaran y destrozaran, junto con la aplicación de métodos leninistas de clandestinidad y de organización que fueron también decisivos para que el partido pudiese sobrevivir. Todo esto está en lucha en el partido. No es que lo adquirimos de una vez para siempre. La posición y el punto de vista, la defensa de un método marxista-leninista de análisis y la práctica de una línea de masas, todo está en lucha permanente en el partido, y a lo mejor hoy más ardua que en aquellos años, porque asistimos al aparente derrumbe del marxismo-leninismo como teoría científica de análisis de la sociedad. Se dice que es una teoría de museo. Que está perimida. Hay un vendaval que quiere empujarnos a abandonar la defensa de esta teoría, y hay presiones muy grandes para que nos corramos hacia puntos de vista burgueses o pequeño-burgueses.

—Usted mencionó antes la huelga nacional estudiantil que se produjo cuando el PCR hegemonizaba la dirección de la FUA. Este grado de influencia en el movimiento estudiantil menguó posteriormente. Me gustaría conocer cómo fue el proceso en el cual el PCR pierde ese protagonismo entre el estudiantado al tiempo que orienta su accionar hacia el movimiento obrero.

—Cuando fundamos el partido, nosotros dirigíamos lo fundamental del movimiento estudiantil universitario en la Argentina. Éramos hegemónicos en la Capital Federal, muy fuertes en La Plata, teníamos bastante fuerza en Rosario, San-

ta Fe, en Tucumán, en el noreste y, a partir del Cordobazo, llegamos a ser fuertes en Córdoba, dirigiendo varios centros estudiantiles.

El proceso de pérdida de hegemonía fue complejo. Perdimos una cantidad de centros universitarios manteniendo otros hasta 1974-75. En Córdoba dirigiámos nada más que el centro de la UTN cuando formamos el partido –lo que nos permitió trabajar en una serie de fábricas allí–, pero pasamos luego a dirigir varios centros importantes como Filosofía e Ingeniería. En La Plata también perdimos centros y ganamos otros.

Nosotros tuvimos en la fundación del partido la presencia de cinco compañeros que fueron presidentes de la FUA en distintos períodos, y en esos momentos Jorge Rocha pasó a presidirla, siendo uno de los protagonistas fundamentales en las luchas del 68 y 69. Es interesante que en los libros que se editan sobre ese período, en los programas que se hacen por televisión, etc., esto sea siempre sistemáticamente negado. Pareciera que en el período que va del 66 al 73 lo único que hubo en el movimiento estudiantil fueron los Montoneros o las expresiones de la guerrilla urbana. Y la principal fuerza política, que fue la que nosotros dirigimos, es ignorada.

De ese movimiento surgieron centenares de cuadros que tuvieron un papel muy importante en la construcción de nuestro partido y en el proceso de la nueva izquierda que surge en esos años en la Argentina. Pero nosotros nos encontrábamos con un problema: no queríamos ser un movimiento de liberación con contenido pequeñoburgués, tampoco el frente político de un movimiento guerrillero, sino que queríamos transformarnos en el partido de la clase obrera. En algunos lugares nacimos con algunos cuadros obreros importantes que venían del PC. En La Plata teníamos compañeros en la dirección del gremio de la carne, que habíamos recuperado desde el PC en una lista de frente único hacía dos años, ganándoles la dirección a los jefes corruptos del “cardocismo”. Era el gremio de las empresas donde había nacido el peronismo y lo habíamos recuperado; y algunos de los cuadros que dirigieron

ese proceso vinieron al PCR. Dirigíamos la Unión Ferroviaria de Tolosa y teníamos organización importante en astilleros y en otros lugares. También teníamos una organización obrera importante en Rosario y cuadros obreros en el resto del país y aquí en la Capital Federal. Lo primero que hicimos fue una reestructuración orgánica. Nos dimos una organización que abandonó el concepto territorial que tenía el PC y reubicamos a los cuadros en relación a las grandes empresas de concentración. Luego iniciamos un proceso de transferencia de cuadros estudiantiles al movimiento obrero. Esto, junto a los errores que cometimos, lo pagamos con una pérdida de influencia en el movimiento estudiantil, en el que conservamos fuerzas importantes hasta 1974-75. En ese período, con la línea antigolpista se hizo muy difícil el trabajo en el movimiento estudiantil, porque éste, si bien no pudo ser ganado para el golpe como había ocurrido en el 30 y en el 55, fue neutralizado. Los golpistas asesinaron compañeros universitarios y la situación se tornó aun más dura durante la dictadura, cuando dirigentes estudiantiles como Raúl Molina en Córdoba y otros en Buenos Aires y en Rosario fueron secuestrados y desaparecidos. Nuestra fuerza estudiantil fue muy perseguida y muy golpeada quedándonos sólo algunas raicitas. Cuando se abrió el nuevo período constitucional en 1983, casi habíamos desaparecido. Actualmente somos fundamentalmente un partido de composición obrera y popular, desde el Comité Central para abajo. Esto ha sido el producto de todos esos años de lucha y de sacrificio de muchos de esos cuadros que en nuestros inicios dirigían el movimiento estudiantil.

—El primer número de Nueva Hora posterior al Cordobazo está prácticamente dedicado a su análisis. En un párrafo se dice: “El dirigente obrero Tosco, de limpia trayectoria de lucha, plantea ante el plenario de la CGT de Paseo Colón el lunes 26, que la clase obrera cordobesa debe ganar la calle el jueves 29. Y ese día participa activamente durante varias horas en el combate contra las fuerzas represivas. Pero su esfuerzo y

preocupación por movilizar combativamente a los trabajadores queda trabado por sus ilusiones en sectores «patrióticos» de las Fuerzas Armadas y de los políticos burgueses. Evidentemente confiaba en que la conmoción en Córdoba y en otros lugares del país debería provocar movimientos en las «alturas» que precipitarían la caída de la dictadura». En el mismo sentido, el texto hace referencia a Elpidio Torres. ¿A qué se aludía al señalar las ilusiones de estos dirigentes?

–Al hecho de que nosotros ya comenzamos a ser conscientes de que la gran combatividad que despuntaba en el movimiento obrero y popular era utilizada por políticos y dirigentes sindicales reformistas, algunos más combativos que otros, que se montaban en ella para lograr una salida política de tipo burguesa.

El Cordobazo fue organizado, entre otros –ahora está claro, hay elementos que lo comprueban– por Lanusse. Este operaba a través de Carcagno y de los dirigentes sindicales Elpidio Torres y Agustín Tosco. Jugaron gran papel en el armado de todo eso Lucio Garzón Maceda –quien fue Secretario de Trabajo con Tonelli⁷– y Gustavo Roca, dos abogados muy ligados al PC de Córdoba. Sectores prosoviéticos. Carcagno, según dijo en una ocasión Tosco, era “un militar peruanista” – así se les decía en ese entonces para llamarlos nacionalistas–; era “un militar patriota” y un gran conocedor de política internacional que en una ocasión –contaba Tosco– había hablado mucho rato explicándole cómo funcionaban los *koljoses* en la Unión Soviética. Ellos organizaron la manifestación. Ahora bien, como declaró Tosco la noche del 29 de mayo a un periodista de *Siete Días*, que publicó una edición extra titulada “El desafío cordobés”, aquella jornada “se me fue todo de las manos; la gente salió por la suya; ya nadie dirige”. Es decir que una cosa fue quién organizó el Cordobazo, que tiene su importancia, desde ya, y otra cosa es el contenido concreto que tuvieron desde el punto de vista revolucionario los acon-

7. Ideler Tonelli, Ministro de Trabajo en el gobierno de Raúl Alfonsín. Autor, siendo Secretario de Justicia del mismo gobierno, de la llamada Ley de Obediencia Debida.

tecimientos del 29 de Mayo. Es bueno recordar las referencias que hace Lenin al papel que jugaban los agentes japoneses en el inicio de las manifestaciones de la revolución rusa de 1905, porque algo semejante iba a ocurrir también con el llamado Viborazo en Córdoba, en cuya organización también actuaron agentes provocadores vinculados a Lanusse buscando el desplazamiento de Levingston y obtener modificaciones por arriba en el poder del Estado. Esta es una constante que aparece en esos años en el movimiento obrero y popular: una izquierda muy poderosa que surge, muy combativa, y el intento de los políticos burgueses de contener esas manifestaciones dentro de ciertos límites y de utilizarlas para lograr una salida de tipo reformista –tradicional en América Latina– con elecciones más o menos libres. Y las fuerzas imperialistas operando dentro de las Fuerzas Armadas para tratar de aprovecharse de eso en vistas a un golpe o contragolpe de Estado.

Yo recuerdo que años después, en una entrevista que tuvimos con Agustín Tosco, éste nos dijo: “Algunos hicieron una teoría del Cordobazo; sabré yo lo que fue el Cordobazo, si yo lo organicé”. El quería decir que el Partido Comunista Revolucionario le dio un valor mucho mayor que el de una manifestación reivindicativa aprovechada por círculos burgueses en las alturas y construyó sobre eso una teoría revolucionaria.

–¿Por esa misma razón hay quienes aseguran que el PCR quiso adueñarse del Cordobazo?

–Nosotros no nos queremos adueñar, tuvimos una participación muy importante en el Cordobazo, pero sería infantil que pretendiéramos adjudicarnos el Cordobazo. Fue una manifestación de protesta obrera y popular que surgió sobre la base de reclamos como el sábado inglés, etc., organizada por dirigentes sindicales como Tosco y Elpidio Torres en combinación con militares del III Cuerpo, entre ellos Lanusse y Carcagno. Pero el Cordobazo no fue sólo eso, fue otra cosa. Fue esa gigantesca manifestación de masas que bordeó el inicio de una situación revolucionaria y que bocetó, como hemos dicho mu-

chas veces, el camino y las formas que va a tener el estallido revolucionario, insurreccional en la Argentina. Ese esbozo iba a ser seguido luego por numerosos estallidos que se sucedieron en el país, pues el Cordobazo fue el preámbulo de estallidos mucho mayores como el Mendozazo, el Rocazo, el Tucumana-zo, el Catamarcazo, el Chubutazo, etc.

Eso que se dice de nosotros es lo mismo que decir que Marx se quiere apropiarse de la Comuna de París –en la que la Primera Internacional y los marxistas jugaron un papel ínfimo– porque estudia esa gran experiencia de masas y saca las conclusiones para el desarrollo posterior del movimiento revolucionario. O que los bolcheviques se quieren apropiarse de la revolución de 1905 –en la que desempeñaron un papel importante pero estuvieron lejos de ser hegemónicos– porque teorizaron en torno a ella y extrajeron elementos útiles para orientarse y poder dirigir la revolución del 17. Así nos ubicamos nosotros con respecto al Cordobazo. Estudiamos ese gran acontecimiento de masas para extraer elementos para la lucha revolucionaria.

En esos años se tensó de una forma muy pareja en el país la contradicción principal de la sociedad argentina. Conviene recordar que *La Prensa*, refiriéndose al Cordobazo escribió en una editorial del 7 de junio de 1969: “Puede decirse que la Argentina no había sufrido hasta ahora una afrenta subversiva tan honda”. Antes había dicho que el 17 de Octubre era “pálida sombra de lo ocurrido ahora”. Por eso me atrevo a decir que la contradicción principal se tensó de una forma nunca vista en el país. Y el Cordobazo fue sólo el inicio de acontecimientos muy grandes que iban a estremecer a la Argentina. Entonces sucedió que la lucha de los de abajo aumentó las contradicciones de los de arriba. En ese entonces hubo una gran discusión sobre esto. Los trotskistas tenían la teoría de que la lucha de abajo facilitaba la unidad de los de arriba; y nosotros recordábamos las enseñanzas del marxismo, de Engels en particular y también de Lenin, en cuanto a que en las experiencias históricas que ellos analizaban había sucedido al revés. Y así sucedió aquí también. La lucha de abajo, cuanto más intensa más agudizó las contra-

diciones de los de arriba. Y fue creciendo una nueva oposición, la “nueva izquierda”, como se la llamó entonces, que primero fue fundamentalmente estudiantil e intelectual, lo que permitió que los dirigentes revisionistas del PC se refirieran a ella despectivamente, aunque sin mencionarnos. Como dice Atahualpa Yupanqui en esa milonga: “No me nuembren que es pecao”. Además el PC tenía el estilo de polemizar con nosotros adjudicándonos alguna idea o teoría. Decía: “La nueva izquierda que sigue a Marcuse sostiene...”, y allí citaba a Marcuse. A renglón seguido planteaba el debate, y se daba por satisfecho creyendo que nos había derrotado, a nosotros, que la mayoría ni conocíamos a Marcuse ni decíamos lo que Rodolfo Ghioldi en *Nuestra Palabra* afirmaba que decíamos. El nos trataba muy despectivamente como a una “tendencia pequeñoburguesa”, etc. Pero esa tendencia –digamos así– en la que nuestro partido jugó un papel muy importante, fue creciendo y fue ganando a los cuadros más combativos que surgieron a la lucha en el movimiento obrero, y en poco tiempo iba a protagonizar experiencias sindicales de la magnitud de la recuperación del SMATA Córdoba, proceso que nosotros encabezamos desplazando a Elpidio Torres, quien en esos años, después de haber estado preso por el Cordobazo, llegó a tener tanto renombre que aspiraba a ser el secretario general de la CGT. El mantiene hacia nosotros recuerdos cargados de odio porque le cortamos la carrera sindical. Nosotros, frente a los partidarios del terrorismo urbano que recomendaban siempre “ejecutar”, “ajusticiar” a los dirigentes sindicales, decíamos que allí estaba el caso de Elpidio Torres, que habiendo sido una de las figuras máximas del sindicalismo argentino, puesto que era el candidato a secretario general de la CGT empujado por un fuerte sector, quedó reducido a un muerto en vida deambulando por las calles de Córdoba. Y años después, ya con el gobierno de Alfonsín, impedimos que fuese diputado nacional, porque pese a votar al peronismo nuestros partidarios en Córdoba cortaban boleta dejándolo afuera por muy pocos votos. Así que hicimos con él un ajuste de cuenta especial que inició René Salamanca y que nosotros hemos con-

tinuado de otra manera. Aunque también alguna vez la vida nos ha hecho marchar juntos. Pero ésta fue, no sé si triste o cómicamente, la historia de nuestra relación con él.

Como decía, esa tendencia ganó el SMATA, generó el proceso en Fiat de SITRAC-SITRAM, que fue de masas, muy importante, y luego fue recuperando gremios y empresas de importancia como Ledesma, Grafanor en Tucumán, que dirigieron camaradas nuestros, Acindar en Villa Constitución, Somisa en San Nicolás y condujo grandes luchas en Rosario, en Berisso, etc. Es decir un proceso en que la nueva izquierda pasó a ser una corriente en el movimiento obrero. El PCR también fue una corriente; incluso en el movimiento popular, aun siendo una fuerza muy pequeña, “un grano de arena en un camión de arena”, como decía Aureliano Araujo, nuestro dirigente del Complejo 17 que construyó una organización ejemplar, que se extendió a otras ocupaciones barriales y nos permitió dirigir una federación de ocupaciones presidida por Araujo.

—¿Dónde estaba ubicado el Complejo 17?

—En el partido de La Matanza, en la provincia de Buenos Aires. Fue una experiencia de organización popular muy importante, con delegados por manzana y por pasillo. Con un servicio de salud inspirado en los “médicos descalzos de China”. Vinculada con el movimiento obrero y con el movimiento intelectual. Artistas conocidos realizaron allí actividades y se filmaron películas, procesadas en Europa, sobre la vida de los protagonistas de esos hechos.

La nueva izquierda fue hegemónica en los movimientos populares en villas de emergencia, ocupaciones, etc., y finalmente hizo pie en el campo a través de las Ligas Agrarias en el NE, la Liga Tampera en Córdoba y Santa Fe y la Liga Chanchera en la pampa húmeda. Por lo tanto, en unos años, esta nueva izquierda a la que se refería tan despectivamente la dirección del PC, llamándonos “aventureros ultraizquierdistas” a nosotros, y a la izquierda peronista “legionarios fascistas” (Pedro Tadioli y también Rodolfo Ghioldi hablaban de los Montoneros seña-

lando las similitudes que tenían con los Camisas Negras de Italia), esta nueva izquierda, decía, avanzó y generó una situación desconocida hasta entonces en la Argentina.

A su vez, esa nueva izquierda fue condensándose en dos grandes corrientes. Una, la del izquierdismo pequeño burgués que iba a tomar como forma principal de lucha la del terrorismo urbano y que, como reconocería posteriormente Firmenich allá por 1973, operó siempre como un “ejército auxiliar –decía él– de un ejército principal”. Ejército principal que estaba dentro de las Fuerzas Armadas y era liderado por Lanusse, Cargagno y los que luego vendrían a dar el golpe del 76. La otra corriente fue la de una izquierda marxista-leninista que llegó al maoísmo con dos expresiones principales: Vanguardia Comunista y el PCR. Hubo también otras expresiones menores.

–Algunas sobreviven. ¿No hay un partido que integra el Frejupo, el Movimiento Democrático Popular?

–Sí, sobrevive el MDP, que es una continuación del Partido Marxista Leninista Maoísta. Y subsiste el núcleo de lo que fue el Partido Comunista (marxista-leninista-maoísta) que dirigían los hermanos Ríos, de La Plata. Todos fueron maoístas antes que nosotros. Vanguardia Comunista fue casi aniquilado por la represión dictatorial. Sus continuadores, que actualmente constituyen el Partido de la Liberación, han renegado totalmente de sus posiciones maoístas.

–Aparecieron como guevaristas en la última campaña electoral.

–Sí, aunque la dirección de VC siempre fue polémica con el Che Guevara. Es posible que sus dirigentes actuales hayan constituido desde antes una corriente no maoísta dentro de VC; nosotros no conocemos. Mario Geller, su secretario actual, viene de la Organización Marxista Leninista, un grupo originado en Santa Fe con dirigentes del peronismo de izquierda. Estaban con él Manuel Gaggero y Juan Penchansky, del Chaco. Trataron de unirse a nosotros en la época en que éramos gue-

varistas, pero nosotros, que éramos el producto de la fusión de varias organizaciones, conocíamos bien los dolores de cabeza que traen esas fusiones. Solamente intercedimos ante el propietario de una casa situada en el Apeadero Setúbal, Santa Fe, para que hicieran en ella su reunión constitutiva. En esa misma casa nació la Coordinadora radical, en una reunión sobre la que mucho se miente. Por ejemplo, en el libro de Leuco y Díaz, *Los herederos de Alfonsín*, figuran participantes que no estuvieron y faltan otros que sí estuvieron pero que parece conveniente olvidar. Era una de esas casas que se utilizaban para reuniones de diferentes grupos; no sé bien por qué sería...

–El Partido de la Liberación aprobó el rumbo seguido por Teng Siao ping luego de la muerte de Mao. He leído en uno de los primeros números de su periódico Liberación, una nota de Geller a su regreso de una visita a la República Popular China en la cual él defiende ese rumbo.

–Ellos siempre han apoyado los nuevos rumbos en China desde la década del 60, fuese el de Lin Piao o el de la crítica a Lin Piao. Tuvieron una vacilación cuando muere Mao y toma la dirección del partido Jua Kuofeng, porque ellos participaron de la reunión de Albania, pero luego rectificaron. En Vanguardia Comunista siempre hubo “dos almas” en relación a este tema. Una que pugnó por estudiar, asimilar e integrar el maoísmo a la revolución argentina, y otra que luchó contra esto. El primer sector tuvo siempre una actitud unitaria hacia nosotros. Quiero destacar en él, en particular, a Roberto Cristina, hoy detenido-desaparecido. En el otro sector hubo quienes llegaron a planificar incluso el asesinato de algunos dirigentes del PCR en plena dictadura, como nos enteramos después. Nunca supimos por qué nos tenían tan poca simpatía, y la vida demostró que siempre tuvieron más odio hacia nosotros que contra los revisionistas del PCA. Porque en la práctica, en innumerables ocasiones hemos estado unidos a ellos pero siempre este sector ha buscado pretextos para obstaculizar los acuerdos con nosotros.

IX

EL PERONISMO

DE LA UNIÓN DEMOCRÁTICA AL FREJUPO

–En los documentos de la ruptura, particularmente en su folleto ¿Por qué no se quiere discutir?, se considera oportunista el hecho de que en “El giro a la izquierda” Codovilla se acercara al peronismo. ¿Cómo se explica, en relación a esa crítica, la posterior política de unidad del PCR con el peronismo y su integración actual al Frente Justicialista de Unidad Popular?

–Desde nuestro nacimiento como partido, nosotros criticamos la línea del PC en 1945. Pero nuestro partido tuvo una posición inicial de crítica sectaria hacia el peronismo. Después la modificamos, produciendo el primer cambio en 1972 cuando adherimos al maoísmo. Con el estudio del maoísmo y de la experiencia del Partido Comunista de China, pudimos aprender mucho respecto del proceso revolucionario en los países dependientes, coloniales y semicoloniales. Este es un problema de fondo. Hay que tener en cuenta respecto de él que el movimiento obrero y comunista internacional no tenía, en las primeras décadas del siglo, una experiencia concreta de línea, y aun menos de dirección, en países oprimidos por el imperialismo. Cuando se constituye la Tercera Internacional en vida de Lenin, él subraya con fuerza este problema. Entre los elementos fundamentales del leninismo que enri-

quecieron la teoría marxista –además del desarrollo teórico-práctico del concepto de dictadura del proletariado, entre otros– están la práctica y la línea respecto del campesinado y del problema nacional. Las posiciones de Lenin librarán encendidas polémicas con Rosa Luxemburgo, con León Trotski, con Karl Kautsky y con diversos teóricos que de una manera u otra lo abordan en forma equivocada. Después el movimiento comunista realiza una práctica. Se constituyen los partidos comunistas en muchos países de África, Asia y América Latina. Esta práctica revolucionaria tuvo algunos procesos de vanguardia como lo fue el de la Revolución China en la década del 20 en la que el PCCh y la Internacional cometieron una serie de errores. Pero al valorar esos errores debe tenerse en cuenta la inexperiencia del movimiento obrero ante un problema tan complejo como el de las revoluciones cuyo contenido principal es de liberación nacional, antiimperialista y que tienen como protagonista principal a grandes masas campesinas. Porque si se quiere simplificar el contenido principal de esos procesos nacionales habría que decir que son procesos revolucionarios campesinos, y con características muy diferentes a los que conoció el movimiento obrero en los países centrales de Europa.

Esa inexperiencia hay que tenerla en cuenta porque es uno de los principales datos que anulan o invalidan la crítica trotskista a los errores del PCCh. Trotski, que en relación con Lenin y los bolcheviques tuvo una actitud de idas y vueltas desde 1903 hasta 1917 –período durante el cual en esencia siempre apoyó a los mencheviques en las cuestiones principales, y con posterioridad a 1912 a los liquidacionistas–; que cometió tantos errores en política, sin embargo, con una gran liviandad de juicio, fue extremadamente duro e implacable con los errores de seguidismo a la burguesía nacional, al Kuomintang, que cometieron los comunistas chinos en el proceso revolucionario que se desató alrededor de 1924.

Stalin, en 1927, definió correctamente, en su aspecto más general, la línea que llevó al triunfo a la Revolución China.

El PC argentino nunca hizo un estudio particularizado de la experiencia revolucionaria más avanzada en los países de Asia, África y América Latina como fue la experiencia china en sus aspectos principales: el problema del campesinado, el de la burguesía nacional y la cuestión de la vía de la revolución. Para ilustrar su relación con la burguesía nacional, por ejemplo, basta decir que hasta la década del 30 el PC fue un apasionado defensor del libre comercio y un enemigo de todas las tendencias industrialistas, a las que criticaba públicamente. Inclusive se opuso a las propuestas de nacionalización de algunas ramas de la industria que hacían ciertos sectores burgueses.

En 1927, el diario del Partido Comunista *La Internacional*, criticaba “el criterio reaccionario de prohibir la importación de artículos manufacturados” e impugnaba a los opositores de izquierda llamados “chispistas”, quienes fueron expulsados, según *La Internacional*, porque “llegaron a sostener literalmente la defensa de la industria nacional frente a la industria extranjera”. Tenía una política que golpeaba en bloque a la burguesía igual que en los países centrales.

—¿Esta política y esa deficiencia de análisis que usted señala, son la base de la postura inicial del PCA ante el peronismo y de su inclusión en la Unión Democrática?

—Así es. Posteriormente hubo una precisión en el análisis de la categoría de burguesía nacional, pero la dirección del PC —Codovilla en particular— tuvo una actitud errática en cuanto a la caracterización de Perón y del peronismo. Cuando se da el golpe de Estado de 1943, el PC caracteriza al grupo que lo dirige como nazi-fascista. Efectivamente, en el grupo que hegemonizó ese golpe existía un sector importante que estaba subordinado a los alemanes nazis. Existía también un sector nacionalista que consideraba correcto apoyarse en los nazis contra los yanquis, y se produjo, en cierto grado y medida, una alianza o complicidad con sectores pronazis y con sectores proingleses.

Julio Oyhanarte, en su libro *La lucha antiimperialista*, recoge un artículo del *Manchester Guardian* donde se explica

por qué los ingleses apoyaron a Farrel, a diferencia de los yanquis. El articulista inglés dice: “El tipo argentino de fascismo nos gusta tan poco como a Cordell Hull, pero también preferimos la carne de reses argentinas al cerdo de procedencia británica”. Esta declaración es clave para interpretar la conducta de gran parte de los monopolios ingleses que actuaban en la Argentina, y sobre todo del Foreign Office. Hay también una carta muy importante, citada por varios historiadores, en la que Winston Churchill le escribía enojado a Franklin Delano Roosevelt diciendo: “El cese de los abastecimientos argentinos interrumpiría las operaciones militares en la escala planeada. Antes de salir tenemos que mirar”. Le recriminaba así su presión para que nuestro gobierno entrase en la guerra abriendo la posibilidad de que los buques argentinos fuesen blanco de los submarinos alemanes. Detrás de esto está la lucha por el predominio en la Argentina, que venía intensificándose desde la década del 20, entre el imperialismo inglés y el imperialismo yanqui. Esta era la principal contradicción interimperialista en la Argentina, el centro de la disputa por el saqueo de nuestro país.

Esta situación exigía al partido marxista-leninista diferenciar las corrientes nacionalistas aliadas a los sectores proingleses y proalemanes de las que golpeaban junto con éstos con motivo de la defensa de la neutralidad argentina. Porque si bien pudo haber un momento en que esta diferenciación tuvo una importancia secundaria, el curso de los acontecimientos posteriores demostró que llegó a ser decisiva.

—¿Era una situación comparable a la existente en los países árabes, donde las fuerzas nacionalistas utilizaron contra los británicos el enfrentamiento de éstos con los alemanes?

—Sí, sobre todo con la posición que tuvieron los dirigentes de los procesos nacionalistas egipcios —agrupados posteriormente con Mohamed Naguib y con Gamal Abdel Nasser— y palestinos, quienes trataron de utilizar las contradicciones imperialistas generadas por la guerra para avanzar en sus posiciones.

Fue un problema de Indonesia, por ejemplo, en cuanto a la posición que tuvo Achmed Sukarno respecto de los invasores japoneses, que indujo a que en cierto momento se lo acusara de projaponés.

Hay que tener en cuenta también que el golpe del 43 se da el 4 de junio, y el 30 de enero se había rendido el Estado Mayor germano en Stalingrado. Para el criterio de muchos el comienzo del fin del imperialismo nazi. Norteamérica estaba desplegando todo su potencial bélico contra Alemania. Y aunque también debía cubrir el frente del Pacífico contra el Japón, éste era hostigado por la creciente lucha de los pueblos del sudeste asiático y sobre todo la del pueblo chino, con su heroica guerra de guerrillas.

La derrota de Stalingrado marcó el punto de inflexión en el frente oriental. A partir de allí, se abrieron en el Ejército Argentino dos corrientes dentro de los sectores que confluían en el golpe del 4 de junio. Una creía que la derrota de Stalingrado era transitoria y subsanable y que en definitiva Hitler triunfaría. Esta corriente predominó en el gobierno militar de junio a diciembre de 1943. La otra corriente creía que la Batalla de Stalingrado era el preanuncio del triunfo de las armas aliadas y que había que prepararse para el impacto social de la posguerra. Esta corriente iba a ser liderada por el coronel Perón, quien, como opinó muchas veces, consideraba que la guerra se había definido en Europa y que el gran triunfador era la Unión Soviética. Esto unido a la gran importancia que Perón asignaba a Europa en relación a los destinos del mundo. Esta corriente predominó en el gobierno militar desde la creación de la Secretaría de Trabajo a fines de 1943.

Es importante saber si el PC se confundió con Perón, si estaba mal informado sobre él, o si, por el contrario, conocía las diferencias que existían entre los oficiales del GOU, en cuyo caso el error que cometió tiene otra calidad, es mucho más grave. Ese error ya se lo señaló Prestes, el dirigente del Partido Comunista brasileño, a Codovilla cuando criticó la política insurreccional del PC argentino y sus alianzas contra Farrell

y luego contra Perón. Y esto no en 1946 cuando ya se hicieron públicas las discrepancias entre los dos partidos en torno a esta cuestión, sino en 1944. De ese mismo año existen documentos en los cuales el PC de Argentina diferencia, en el seno del grupo de oficiales que dirige el gobierno dictatorial del 43, un sector nazi de un sector nacionalista que tiene alianzas con aquél sin ser nazi. En este último sector ubica, correctamente, al general Perón. Es decir que el PC tuvo en esto una información detallada, lo cual no debe sorprender, ya que desde la década del 20 y particularmente en la del 30, hizo un trabajo muy intenso y profundo en el Ejército, que no era un ejército como el que conocemos ahora. Los liceos y colegios militares no tenían la organización tan cerrada que tuvieron posteriormente, pues si bien desde el punto de vista de clase luego de 1946 se abrieron algo, se acentuaron el control y el trabajo de inteligencia en ellos. Puedo dar dos ejemplos de este trabajo del PC. En la década del 30, como resultado de una labor particularizada hacia las familias de la oficialidad, se afiliaron los hijos de dos destacados dirigentes del Ejército argentino: Liborio Justo, hijo del general Justo que había sido ministro de Defensa de Alvear y que en ese momento era presidente de la Nación, y Enrique Broquen, hijo del general Broquen, que fue la mano derecha de Justo durante mucho tiempo. También en la década del 30 fue aliado de la FJC el hijo del teniente coronel Sarobe, hombre clave del golpe de 1930. Enrique Broquen integró la comisión especial de trabajo del PC hacia las Fuerzas Armadas en ese período. Esto sirve de referencia para dar una idea del grado de conocimiento que ellos tenían del Ejército, sin hablar de su penetración en la Armada.

Son al menos dos los documentos de 1944 que demuestran esto. Uno es un informe, muy poco conocido, que el entonces secretario general del PC Arnedo Alvarez presentó el 18 de junio ante el Comité Ejecutivo. En él se dice: “El gobierno Farrell-Perón-Perlinguer no ha logrado ni siquiera consolidar su propia unidad interna”. Y diferenciando a Perón de los elementos más claramente vinculados al Eje nazifascista agrega: “Pe-

rón oficia como el demagogo oficial de la dictadura. Procura no aparecer en directa complicidad con el Eje. Perón se ha visto obligado a hacer ciertas concesiones al grupo de Perlinguer-Velasco que no lo ve con buenos ojos y que cuenta con el apoyo de los grupos «nacionalistas» (nazi-fascistas)”. Es evidente que ya entonces, ellos diferenciaban a Perón del grupo nazi. Otro documento muy importante es *Salvemos al Ejército*, que según datos que tengo fue redactado por Enrique Broquen, quien falleció recientemente siendo abogado del MAS. En él analizan al gobierno surgido del golpe del 43 y hablan de un “gobierno aparente” que está encabezado por el general Ramírez, y de otro “gobierno invisible y efectivo”. Dicen: “El general Ramírez, y todo el país lo sabe, no es jefe efectivo del gobierno”, planteando que detrás de este gobierno había un gobierno real que era invisible, y aclaran: “Pero el gobierno invisible a su vez también está dividido. No hay en él tampoco una figura dominante. Son pares”. Diferencia en este gobierno “real” al grupo pronazi apoyado en Ramírez y en el cual militan el coronel González y el general Gilbert. Precisan que este último “se considera salvador en la crisis del 12 de octubre de la política neutralista” y que “esa era su fuerza y ahora allí está su debilidad”. (El 12 de octubre se había decidido continuar la política de neutralidad en momentos en que crecían las tendencias a declarar la guerra al Eje). Por lo tanto ubican con nitidez un grupo pronazi y diferencian de él a Perón diciendo lo siguiente: “El secretario de Trabajo estuvo en Italia en las épocas de mayor auge fascista, de donde trajo la afición a los sindicatos estatales y al gobierno como espectáculo de opereta. Vive en constante tensión para que no escape a su control ningún problema de gobierno”. Después explica algunas de las características personales de Perón relacionadas con su forma de mantenerse en el centro de los acontecimientos, de adquirir popularidad, etc., y más adelante dice: “El secretario de Trabajo no oculta su ambición de reemplazar a Ramírez o sucederlo, sólo espera el momento. Entre tanto busca el contacto de políticos militantes de distintos partidos. En base de su propia experiencia transa con todos. El se-

cretario de Trabajo es una bomba de tiempo. No se sabe cuándo va a estallar, pero tiene que estallar. Reventará con el país o reventará solo. Dueño asimismo del Ministerio de Guerra, para él no hay nada imposible. En él desborda su propio sentido providencialista. Es un instintivo. No sabe nada de nada, actúa de acuerdo a voces interiores”.

En la campaña electoral del 46, el Departamento de Estado yanqui publica el famoso *Libro Azul* contra Perón. Por indicaciones de Braden, el libro lo incrimina con el grupo nazi, basándose para ello en documentos que habrían pertenecido a la cancillería alemana. El general Perón desmiente esto en febrero de 1946 al declarar al corresponsal del *New York Times* que no sólo no complotó con el coronel González sino que fue su adversario.

Esa declaración señala la contradicción fundamental que existía en el seno del gobierno, que traduciendo a términos actuales podríamos decir que era la contradicción entre la corriente nacionalista del Ejército y el sector pronazi, en relación, como dije antes, a las dos corrientes que se habían abierto luego de Stalingrado en el seno de la oficialidad que dio el golpe del 43. Más aún, en *Salvemos al Ejército* se dice lo siguiente sobre alguien que va a jugar un papel decisivo en el 46: “El coronel Eduardo Ávalos, que no cursó la Escuela Superior de Guerra pero que será ascendido de un día para otro, tiene en el juego la carta más valiosa, Campo de Mayo. Además, no se desgastó, no aceptó funciones políticas. La política la hace en el acantonamiento y desde el acantonamiento. Ávalos es un realista”. Este juicio tiene mucha importancia, porque en 1945, en el período tormentoso que va del 8 al 17 de octubre, Ávalos es quien encabeza la rebelión en Campo de Mayo contra Perón. Una rebelión que está claramente vinculada a la corriente antiimperialista del radicalismo y en especial al sabatinismo, que había tenido también una posición de neutralidad durante la guerra continuando las posiciones históricas del radicalismo yrigoyenista. Al mismo tiempo, Ávalos mantiene a determinados elementos que estuvieron vinculados a Perón y a éste no

lo detiene; cuando está formando gobierno, los sectores más oligárquicos de aquellos que luego iban a conformar la Unión Democrática se lanzan a la calle exigiendo el traspaso del gobierno a la Corte Suprema. Entonces el dirigente conservador Santamarina se entrevista con Ávalos y le dice: “Usted tiene que hablar con Codovilla, que es un hombre muy capaz cuyo consejo le va a ser muy importante”. Y Ávalos se reúne con Codovilla que está preso en el Departamento Central de Policía. Según ha relatado Rodolfo Puiggrós, a la salida de esa entrevista en la que Ávalos le explicó sus proyectos, Codovilla dice: “Nos hemos equivocado, pero ya es tarde para retroceder”. Por eso digo que esa diferenciación que se hace entre las distintas corrientes del 43 tiene una importancia decisiva respecto de los acontecimientos de aquellos años que decidieron la historia argentina por muchas décadas.

A propósito del párrafo donde se anota que Perón buscaba el contacto con militantes de distintos partidos, es oportuno recordar que esos contactos también los tuvo con militantes del PC, pues sostuvo entrevistas con dirigentes sindicales del partido como Rubens Íscaro y José Peter, y a sus sectores femeninos les ofreció organizar lo que luego sería la Rama Femenina del Movimiento.

Pese a esto, pese a tener un conocimiento pormenorizado de las opiniones políticas de Perón y pese a haber una nueva condición histórica, ya aplastado el nazismo alemán, con signos que indicaban el enfrentamiento con los yanquis como enemigo principal a nivel mundial, el PC entra en la Unión Democrática. Conformó una lista propia de diputados en la Capital Federal y en otros distritos junto con el Partido Demócrata Progresista y sectores independientes. Publica una solicitada en *La Razón* en la víspera de las elecciones, el 23 de febrero de 1946, que titula “Derrote al nazismo con esta boleta”. Es decir que sigue caracterizando a Perón como nazi.

Con la derrota electoral de la Unión Democrática en las elecciones de febrero de 1946 esta línea sufrió un golpe muy grande. Pero hay que decir que el PC hizo una reflexión au-

toocrítica en el XI Congreso, realizado en 1946 después de las elecciones. Pero es una autocrítica que no va a fondo. Nunca fue a fondo en esta cuestión. Claro, hay cosas que escapan a nuestro conocimiento, y los documentos sobre ellas están concentrados en un solo lugar que es Moscú, por lo cual es muy difícil hacer un análisis en profundidad. Pero quiero señalar que la superficialidad de la autocrítica de 1946, que es clave para entender por qué nunca pudo el PC resolver este problema, tiene raíces teóricas que son las que ya señalé respecto del concepto de burguesía nacional, sobre todo. Al mismo tiempo, el cambio de posición del PC está vinculado a los cambios que se producen ese año en la situación política internacional. Hacia marzo de ese año finaliza el idilio entre la URSS y sus aliados anglo-yanquis. Y la ruptura de ese idilio se produce alrededor de algunos hechos claves. En primer lugar el que los soviéticos, habiendo declarado la guerra al Japón en los últimos días del conflicto mundial, ocupan y liberan todo el norte de China incluida la Manchuria, y no está claro si se van a retirar ni si las armas capturadas al enemigo van a ser entregadas al Kuomintang o a las guerrillas de Mao Tsetung. Formalmente, Mao y otros dirigentes del PC chino plantean a Chiang Kaishek la conformación de un gobierno de coalición bajo condiciones que Chiang no está dispuesto a aceptar, ya que él desea aplastar el movimiento comunista, obrero y campesino en China. Claro que el Partido Comunista y el Ejército Rojo, que cuando hicieron la Larga Marcha eran un grupo que se batía en retirada buscando un lugar donde fortalecerse, había pasado a transformarse en un ejército que dirigía zonas liberadas con cien millones de habitantes. Es un momento de fricción, sobre todo con los ingleses, quienes siempre tuvieron fuerza en China donde, tanto en la década del 20 como posteriormente, competían con los japoneses y norteamericanos, principalmente. Surge allí entonces un foco de tensión. Más aún cuando los dirigentes del PC chino no claudican ante Chiang Kaishek.

El otro foco de tensión se produce en torno al Azerbaiján iraní, con sus enormes riquezas petroleras, que está ocupado

por tropas soviéticas. Un tercer foco de tensión surge en Grecia. En los tres lugares el imperialismo inglés radicaliza sus posiciones antisoviéticas. Churchill vuelve a su viejo tono anticomunista con el que abordó ya la Revolución Rusa en 1917 y va a pronunciar su famoso discurso de Fulton, en el que plantea la necesidad de mantener la alianza militar anglo-yanqui, teniendo esta vez como enemigo a la Unión Soviética. Se rompe así la alianza de posguerra, en cuya perdurabilidad cifraron tantas esperanzas Codovilla y la dirección del PC argentino, a diferencia de Mao Tsetung y la dirección del PC chino que ya en 1945 había enviado un telegrama de salutación a William Foster, el dirigente del PC de los EEUU, cuando se cambia la dirección del PC norteamericano y se critica la línea oportunista revisionista de Browder.

El browderismo fue una desviación muy importante en los partidos comunistas de América Latina. Browder había sido secretario del PC norteamericano y había trabajado en el secretariado de la Internacional Comunista junto a Codovilla durante muchos años. Según él la colaboración de los yanquis con la URSS iba a ser duradera e iba a permitir en la posguerra un desarrollo progresista. Codovilla escribió por entonces que con la ayuda yanqui, sobre todo de Roosevelt, iba a ser posible realizar la reforma agraria y otras transformaciones progresistas en los países de América del Sur. Codovilla, igual que Browder, confundió dos categorías fundamentales. Una es la categoría leninista de imperialismo que es una categoría económica, política también, pero fundamentalmente económica con una categoría política que es la que se refiere a las formas de gobierno, como la monarquía, el fascismo o la democracia. El imperialismo es la etapa superior del capitalismo, la última fase en el desarrollo del modo de producción capitalista, y puede asumir formas democráticas o autoritarias sin que cambie su esencia imperialista. La esencia de la Alemania nazi era imperialista con formas autoritarias. La esencia de los Estados Unidos con Roosevelt o posteriormente con John Kennedy era imperialista, aunque sus formas fuesen demo-

cráticas en el sentido parlamentario occidental. Así como la esencia de la Unión Soviética actual es imperialista aunque su forma sea de apariencia socialista. Esto es fundamental en los errores de Codovilla y los dirigentes del PC. Ellos siguieron con esa línea cuando ya otros partidos comunistas habían revisado el seguidismo de Browder y ya ubicaban al imperialismo anglo-yanqui como el enemigo principal. Por tanto, cuando el PC argentino tiene que cambiar el blanco, “tarde piaste”, como dice el refrán.

A fines de febrero e inicios de marzo se produce la gran huelga dirigida por la Federación de la Carne, comandada ahora por Cipriano Reyes, que ha desplazado a los dirigentes del partido en ese gremio encabezados por Peter. Y el PC, cuando todavía no ha terminado el escrutinio de las elecciones del 24 de febrero, pasa a golpear con fuerza a las empresas de la carne y se solidariza con el movimiento. Hay que recordar que antes había tenido una línea diferente; llamó a los obreros de la carne a no luchar para garantizar el abastecimiento a los ejércitos aliados. Por eso, la prensa burguesa acusó de inconsecuencia a la dirección del PC que pocos días antes había llamado a votar contra los nazis.

Entonces se realiza el XI Congreso y en él se da otra caracterización del gobierno de Perón. “La gran burguesía industrial comercial y financiera –dicen sus resoluciones– obtuvo mayor participación en la dirección de la vida económica y política del país”. Plantea que esa gran burguesía industrial obtuvo mayor parte en el Producto Bruto Interno desplazando a la oligarquía terrateniente. Pero esto duró muy poco en el PC porque, como el análisis de fondo de los errores teóricos no fue hecho, en 1950 volvió a caracterizar a Perón como nazi en la sexta Conferencia.

Esta Conferencia tiene mucha importancia, porque aunque nosotros, en ese entonces militantes del PC, no lo sabíamos, sus resoluciones estaban vinculadas a un trabajo del partido con algunos de los que conspiraron con Benjamín Menéndez, entre otros el joven oficial Alejandro Agustín La-

nusse, que fue preso con motivo de ese alzamiento. Lanusse fue auxiliado en prisión por la dirección del PC, con la que mantenía estrecha relación, sobre todo por intermedio de un personaje que ha adquirido notoriedad en la Argentina fundamentalmente desde 1973, el famoso “Cholo Peco”, hombre del aparato del PC.

Poco después de realizada esta sexta Conferencia, a fines del 50 y principios del 51, se produjo una huelga ferroviaria basada en reivindicaciones reales de los trabajadores, pero orientada en coordinación con el golpe que preparaban los sectores militares de Menéndez en los que militaba Lanusse.

Luego de la llamada Revolución Libertadora, la dirección del PC, en un informe de Codovilla a propósito del XX Congreso del PCUS, define su línea histórica fundamental, estratégica, de allí su importancia. Y ese mismo informe plantea su oposición al regreso de Perón. En el momento en que el movimiento peronista lucha por el regreso de su líder, y siendo que ese regreso constituía una reivindicación democrática de la clase obrera y del pueblo independientemente de la opinión que se tuviera sobre él, el PC plantea que su regreso no ayuda a la lucha de la clase obrera y el pueblo.

Cuando años después Codovilla escribe *“El giro a la izquierda”* debe incluir un capítulo que explique “La consecuencia política unitaria de los comunistas hacia los peronistas”. Este título esconde una trampa, y es que en esencia la línea del PC siempre caracterizó a la dirección y al gobierno del peronismo como corporativo-fascista y a las masas peronistas como engañadas por la demagogia nazi-peronista.

“El giro a la izquierda” da una nueva caracterización del gobierno de Perón diciendo que “presionado por las masas y aprovechando la coyuntura económica, hizo concesiones a la burguesía nacional”. Desde el punto de vista marxista esto implicaría caracterizar al gobierno de Perón como bonapartista; esto es un gobierno situado por encima de las distintas clases en pugna, a las cuales hace concesiones.

—¿Cómo se ubicaría entonces el gobierno peronista ante esas clases?

—Fundamentalmente estaría situado, según ese informe, entre los terratenientes y el imperialismo, por un lado, y la burguesía nacional y el pueblo por otro. Presionado por las masas hace concesiones a la burguesía nacional. Esta era una nueva caracterización de Perón. Cuando Lanusse monta el Gran Acuerdo Nacional (1971-72), el PC tiene una nueva erupción antiperonista. Y Héctor P. Agosti, en su folleto *Perón y la Segunda Guerra Mundial*, de julio de 1970 y reeditado posteriormente, denuncia nuevamente el carácter nazi-fascista del peronismo. Como había sucedido en el 46, donde no hubo autocritica real sino una urgencia determinada por los cambios del momento político y por un enfoque que subordina la política nacional a la diplomacia soviética, ahora hay otro cambio motivado por una urgencia política. Necesitan justificar su participación en el GAN y Agosti va entonces a una polémica con lo dicho en 1962 por Codovilla, quien ya ha fallecido. Rechaza la tesis que define a Perón como bonapartista la que: “no es una originalidad” —dice— porque “el fascismo suele presentarse ante las masas como un poder situado por encima de ambas clases, del proletariado y de la burguesía” (con lo que Agosti compara a la Argentina con los países en los que la contradicción principal es burguesía-proletariado). Como siempre hace el PC al proponer la unidad de las masas peronistas contra su dirección, Agosti aclara que esas masas nunca pudieron ser arrastradas a actitudes fascistas. Este es un “misterio” del peronismo que nunca explican, porque la característica clave del fascismo, tanto mussoliniano como hitleriano, es que ganó a las masas para la ideología nazi-fascista. ¿Cómo es que esa dirección “corporativo-fascista” ha ganado a las masas sin haberlas podido ganar para sus ideas? Esta es una contradicción que pesa hasta hoy en la táctica de los dirigentes de Izquierda Unida, que siempre golpean a la dirección del peronismo como fascista y al mismo tiempo tratan de rescatar a la masa como una masa ingenua y bobalicona, seducida por la ideología

fascista pero intrínsecamente buena en la medida en que los salvadores, que son ellos, les alumbren el camino de la redención. Hace más de cuarenta años que tratan de redimirlas sin lograr éxitos apreciables. Esto no era sólo opinión de Agosti, que junto con Rodolfo Ghioldi integró la corriente más liberal de la dirección del PC. Esta opinión unificó a la dirección del partido en el momento del GAN. Fernando Nadra, que integró junto a Orestes Ghioldi y Oscar Arévalo la corriente identificada dentro del PC como seguidista del peronismo, escribía en 1971: “La ideología nazi-fascista de una buena parte de los elementos dirigentes del golpe de 1943, de los que en definitiva terminaron por predominar, era indiscutible”. La cita pertenece al folleto *Perón. Hoy y Ayer. 1971-1943*, publicado por Voz Juvenil, editorial de la FJC. “También dice allí Nadra que con los discursos, opiniones, medidas de gobierno “de sus jefes militares y civiles, entre ellos Perón, se puede estructurar un ideario, una teoría y una política del nazi-fascismo militante”. Queda claro el carácter errático de la caracterización de Perón y del peronismo por parte de la dirección del PC.

Cuando fundamos el PCR, nuestra confusión estaba mechada por todas estas opiniones que en ese proceso errático había tenido el PC, y caracterizamos a Perón como un representante de la gran burguesía con características reaccionarias, fascistas. Al mismo tiempo, como carecíamos de la categoría de socialimperialismo, no comprendíamos que la llamada Tercera Posición, que originariamente fue una posición ideológica supuestamente ubicada entre el capitalismo y el comunismo, se había transformado, con el cambio de esencia de la URSS, en una posición tercermundista, una posición de neutralidad ante los Estados Unidos y la Unión Soviética, “entre los dos imperios”, como dijo Perón al regresar a la Argentina en 1973. Y fundamentalmente carecíamos de una caracterización justa del papel de las burguesías nacionales en los países del Tercer Mundo.

El PC diferenciaba la burguesía nacional de la burguesía intermediaria, es decir de la burguesía que opera como simple agente –comisionista, representante, etc.– de las potencias

imperialistas, pero la consideraba aquella parte de la burguesía que no está ligada al imperialismo. Nosotros aprendimos de la experiencia revolucionaria de los chinos y de nuestra propia práctica de muchos años, que no hay burguesía nacional que no esté vinculada al imperialismo; una porque compra, otra porque trae tecnología, otra porque vende, etc. La cuestión para definir a la burguesía nacional reside en que sus intereses principales son contradictorios con los del imperialismo, y esto se expresa sobre todo en política. Desde este punto de vista el gobierno peronista fue de burguesía nacional.

También desde este punto de vista corresponde a la burguesía nacional una actitud de doble faz, sobre todo en un país dependiente con el desarrollo capitalista que caracteriza a la Argentina. Por un lado sus intereses son contradictorios con los del imperialismo, y en cierto grado –en nuestro caso más atemperado– con los terratenientes. Por otro lado tiene una tendencia permanente a la conciliación, e inclusive a traicionar los intereses populares en la medida en que la lucha del movimiento obrero amenaza arrebatárle la hegemonía en el proceso político concreto.

–¿La actitud a asumir ante el peronismo, era un tema de discusión interna importante en los días de la fundación del PCR?

–Claro, fue una discusión vinculada precisamente al concepto de burguesía nacional, sobre el que había diversas opiniones. Las diferencias en este tema se basaban en distintas definiciones del tipo de revolución. También tenían que ver con cómo se definía la desviación predominante en el PC.

Inicialmente, los afluentes de lo que luego sería el PCR provenían de distintas vertientes. De dentro y de fuera del PC. Había quienes consideraban que el error principal del PC era su sectarismo, fundamentalmente respecto del peronismo. Algunos de estos sectores tuvieron vinculación con el proceso que, con anterioridad a nuestra ruptura, originó el desprendimiento que iría a constituir las FAR. Ellos consideraban como error principal del PC, en primer lugar, su posición respecto de la vía

de la revolución, y en segundo lugar su posición respecto del peronismo. Señalaban como principal desviación al sectarismo (o doctrinarismo, o “estalinismo”, como decían). Consideraban que el movimiento de liberación nacional en la Argentina ya existía y era el peronismo. En todo caso –afirmaban– nosotros teníamos que constituir no un partido sino un movimiento que entroncara con él. En la práctica esto escondía también una tendencia foquista, que pretendía hacer de nosotros un movimiento de liberación nacional como los que se constituían en otros países para ser la cobertura política de grupos guerrilleros.

Lo fundamental para ellos era constituir una fuerza política revolucionaria que trabajase para aislar a los sectores de derecha del peronismo, y con las masas y la izquierda peronistas dirigir el proceso revolucionario.

Otra línea era la de quienes considerábamos que la desviación principal del PC era oportunista, reformista, revisionista, que traicionaba al marxismo-leninismo, y que el problema fundamental de la Argentina no era el peronismo, sino la inexistencia de un partido verdaderamente marxista-leninista de la clase obrera. Por lo tanto –decíamos– lo que tenemos que hacer es organizar ese partido. Esta posición incluía a su vez distintas posturas respecto del peronismo. Inicialmente, en un proceso de diferenciación, sin tener claro lo del socialimperialismo, sin tener en claro tampoco los rasgos fundamentales del mundo contemporáneo que llevarían a Mao Tsetung a elaborar la Teoría de los Tres Mundos, aquella posición nos arrastraba fácilmente a una posición “clasista” –digamos así– que devenía en sectarismo frente al peronismo.

Entiendo que esas eran las dos líneas fundamentales que se enfrentaban pero, en una y en otra, existían numerosos matices que se manifestaban, a diario, en la lucha política del partido.

Tener una política correcta hacia el peronismo nos llevó más de cinco años. Comenzamos a ajustarla a fines de 1972 cuando regresó a la Argentina el general Perón. Llamamos a recibirlo desde una posición independiente, dando un giro brusco en la línea que veníamos teniendo. Después tuvimos avances y re-

trocesos en esto hasta 1974, cuando se agudizó la conspiración golpista luego de la muerte de Perón y nosotros formulamos la línea de lucha contra el golpe de Estado. Tuvimos en cuenta que lo fundamental de las masas que deben hacer la revolución en la Argentina son peronistas, y que esas masas aceptarán la dirección de un partido revolucionario marxista-leninista sólo a partir de una larga experiencia en la que puedan reconocer en ese partido a la fuerza de vanguardia que es fiel hasta lo último a sus intereses, y que en esa misma experiencia gana su conciencia y su corazón. Al mismo tiempo implicó tener en cuenta el proceso complejo de unidad y de lucha con los sectores de burguesía nacional, la pequeña burguesía y con los sectores populares y patrióticos dentro del peronismo. Desde entonces tuvimos en lo esencial una política de unidad con esos sectores, tanto en la lucha contra el golpe de Estado antes del 76, como en la lucha contra la dictadura con posterioridad al 24 de marzo. Este último período incluye la lucha contra la posibilidad de una guerra con Chile por el conflicto del Canal Beagle, en la que nuestro partido realizó un gran trabajo en conjunto con quienes en ese entonces reorganizaban la CGT y con la dirección peronista proscripta. Posteriormente estuvimos juntos contra la agresión británica en la guerra de las Malvinas, en la batalla electoral del 83 y en la oposición al gobierno alfonsinista. Durante este gobierno discriminamos nuestra actitud ante las dos corrientes que aparecieron en el peronismo, una más propensa al colaboracionismo y otra opositora.

Por lo tanto, durante todos estos años hemos tenido una política de unidad y lucha con el peronismo que siempre partió de una posición ante el enemigo principal. En la medida en que nosotros precisamos claramente el blanco y lo mantuvimos en el enemigo principal, fuese éste la conspiración golpista en el 75, la dictadura en el 76, o la política de hambre y entrega del alfonsinismo luego del 83, siempre tuvimos en lo fundamental una relación de unidad con el peronismo. Con lucha y crítica, pero en lo fundamental de unidad. Y así es que estuvimos juntos en el último proceso electoral con el FREJUPO.

NUEVA HORA

ORGANO DEL
PARTIDO COMUNISTA
REVOLUCIONARIO
DE LA ARGENTINA

¡ PROLETARIOS Y PUEBLOS OPRIMIDOS DEL MUNDO, UNÍOS !

Año VII - Nº 138 - (Época Legal) Nº 20

1ª Quincena de ABRIL de 1974.

5 2.-

EVITEMOS CON LA LUCHA UN NUEVO 1955

Ver editorial pág. 3



BANCO NACION:

**¿QUIENES SON
LOS
PRESCINDIBLES?**

Nota págs. 6-7

VILLA RETIRO:

**ERRADICACION
POR LA FUERZA
Y CON SANGRE**

Nota pág. 5

PRECIOS Y SALARIOS:

**LA CLASE OBRERA
HACE SUS
PROPIAS CUENTAS**

Nota pág. 4

***Avanza la lista nacional
de oposición en el SMATA***

Nota pág. 9

Nueva Hora Nº 138, 1ª quincena de abril de 1974.

NUEVA HORA



¡Proletarios y pueblos oprimidos del mundo, uníos!

ORGANO DEL PARTIDO COMUNISTA REVOLUCIONARIO DE LA ARGENTINA

Año VIII - Nº 211 (Español legal Nº 93)

Del 24 de diciembre de 1975

5 58.-

¡OTRO '55 NO PASARA!

El golpe pinochetista, proyanqui, se adelantó al golpe de guante blanco que promueven y dirigen la trenza lanussista-gelbardiana, el PC, y otras fuerzas prosoviéticas que exigen la licencia, o la renuncia o el juicio político a Isabel de Perón.

¡Represión implacable a los jefes mercenarios sediciosos golpistas!

Libertad inmediata a los patriotas antigolpistas y plena democracia para el pueblo!!

Unidad y movilización de todas las fuerzas patrióticas antigolpistas para preparar el levantamiento popular que barra a los golpistas de todo tipo!!

JUNTO AL PUEBLO PERONISTA FRENTE AL GOLPE DE ESTADO PROYANQUI O PRORRUSO, DEFENDER EL GOBIERNO DE ISABEL PERÓN EN EL CAMINO DE LA LUCHA POR LA DEFINITIVA LIBERACION DEL PUEBLO Y DE LA PATRIA!!

X

1973-1976 CÁMPORA, PERÓN, ISABEL

LA LUCHA ANTIGOLPISTA

–En toda esa nueva izquierda de los años 60 y 70 predominaba decía usted, la idea de que la revolución tendría una concreción rápida. ¿Tuvo esta idea alguna incidencia en la actitud del PCR ante las elecciones de 1973 y en su consigna “Por un argentinazo triunfante. Ni golpe ni elección, insurrección”?

–El resto de la izquierda revolucionaria tuvo una consigna semejante: “Ni golpe ni elección, revolución”, consignas sobre las que hoy se ironiza mucho, pero yo estoy de acuerdo con ellas. Porque ¿qué querían decir? Querían decir que había que luchar por una revolución y no por una salida electoral o golpista ante la dictadura de Onganía. Había que tomar el camino que habían seguido Fidel Castro y la Revolución Cubana, que no transigió con ningún intento de salida golpista o electoral y que en definitiva logró imponer el triunfo de la lucha insurreccional armada. Eso es lo que significaba. Claro, luego vinieron las elecciones del 73, el fenómeno montoneril, lo de Cámpora, lo de Perón, y nosotros votamos en blanco. Entonces se nos señaló nuestro ultraizquierdismo, antielectoralismo, antiparlamentarismo; y es cierto que había todo eso. Es cierto que había una desviación de izquierda grande. Imposible analizar

los errores cometidos en ese período sin tener en cuenta los errores de oportunismo de izquierda alentados por las condiciones internacionales y nacionales. Pero el problema nuestro en ese entonces no fue levantar esas consignas, porque hasta pocos días antes de las elecciones de marzo de 1973 el país se bamboleó al borde de la ruptura del proceso electoral y de una posible salida de tipo insurreccional, o golpista seguida por estallidos insurreccionales. El problema nuestro fue, en todo caso, no haber hecho lo que recomienda Mao de pensar ante cada batalla las noventa y nueve posibilidades sobre cien de ser derrotados y prepararnos para ellas al tiempo que planteamos con fuerza el camino para triunfar. Nosotros no fuimos capaces de articular, junto con nuestra propuesta de salida revolucionaria, una adecuación al camino electoral que ya venía imponiéndose. Hay quienes dicen “nos equivocamos, debimos haber participado en las elecciones”. Estoy de acuerdo que debimos habernos preparado para la salida electoral, pero una cosa es esto y otra abandonar la consigna de un argentinazo triunfante reemplazándola por una consigna electoral. La lucha por un desemboque revolucionario del proceso que había comenzado con la instauración de la dictadura en 1966 es una lucha correcta. Ahora, por inexperiencia –se podrá decir también, por falta de suficiente dominio del marxismo-leninismo– y por una desviación ultraizquierdista, nosotros no supimos adecuar esa consigna en instrumentos que nos permitiesen tener una participación de otro tipo en las elecciones del 73. Pero en nuestros balances de ese período entendimos que el error principal de toda esa corriente de izquierda en la que venía el PCR y que estuvo en la base del ultraizquierdismo, era por un lado la no claridad sobre la transformación de la URSS y, por otro, la idea de que el triunfo de la revolución era fácil y rápido. Y esto no era posible porque no existía el partido revolucionario, por haber sido degradado e inutilizado en la práctica por la traición de la camarilla dirigente del PC. Y este partido no se iba a crear tan fácil; ni como un simple subproducto de la organización de un grupo armado con veinte guerrilleros en el campo, ni como

un eco organizativo de las acciones de propaganda armada del terrorismo urbano, ni como resultado de tres o cuatro consignas tácticas adecuadas al momento político. La experiencia iba a demostrar que la creación de una fuerza revolucionaria capaz de dirigir un proceso revolucionario como el de esos años en la Argentina, iba a ser un proceso muy largo y complejo. Desgraciadamente, la experiencia muestra, como decía Lenin, que las nuevas generaciones de combatientes tienen la predisposición y la tendencia a no estudiar, por lo tanto a olvidar o no tener en cuenta la experiencia de las generaciones anteriores. A nosotros nos pasó lo mismo, por eso pudieron divertirse con esa nueva izquierda los viejos Mefistófeles del revisionismo, que conociendo bien los despeñaderos por donde habían rodado otros, nos iban empujando a nosotros hacia ellos.

—¿Por qué se impusieron finalmente las propuestas de la “oposición burguesa” en relación al desplazamiento de las dictaduras de Onganía y Lanusse?

—Bueno, nosotros cuestionábamos a la oposición burguesa, en la que estaban Perón y el radicalismo. Y las masas manifestaban radicalizándose, y un sector creciente de ellas levantaba consignas revolucionarias dejando de confiar en las viejas y tradicionales salidas burguesas, electorales o golpistas. Pero las grandes masas tenían en ese entonces en la Argentina una ilusión oculta tras los fuegos de las “molotov” y el ardor en las barricadas callejeras. Esa ilusión era el regreso de Perón. Esas grandes masas populares consideraban que con la agitación y todos esos hechos, iban a crear condiciones para el regreso de su líder, y que con ese regreso se iban a resolver sus problemas.

En esos años se fueron reorganizando el peronismo y el radicalismo. A inicios de 1967 se hablaba del pacto Perón-Illia. El PC alentó ese pacto, apuntando contra la hegemonía proyanqui del gobierno de Onganía. Por el contrario, después, cuando cobró preponderancia el movimiento de la oficialidad prosoviética dentro del Ejército, encabezado por el general Lanusse, el PC iba a crear obstáculos a la posibilidad de un golpe encabezado

por Aramburu. Este golpe era estimulado por el Departamento de Estado norteamericano como recambio frente al desgaste de Onganía. No era descartada en esta posibilidad la confluencia táctica del peronismo, como demuestran las cartas de Perón y los recuerdos de los protagonistas, entre ellos Ricardo Rojo.

Con posterioridad y paradójicamente, fueron los yanquis quienes vieron con simpatía la posibilidad de una confluencia Perón-Balbín. Esta hubiese impedido que Perón se viera obligado a aceptar el gobierno en el '73 totalmente maniatado por la hegemonía que en él tenía el gelbardismo prosoviético, que dirigía parte del partido y tenía mayoría en la CGT y en la cúpula de las Fuerzas Armadas. Perón, al inicio de la dictadura del '66, se dio una táctica que tuvo puntos de contacto con los sectores prosoviéticos. Entre otras cosas, esto se expresó, en la práctica, en el apoyo que dio Perón a la dirección de la CGT de los Argentinos. Después, cuando Lanusse llega a la Comandancia en Jefe del Ejército, los soviéticos preparan su propia salida y pasan a bloquear la posibilidad del acuerdo peronista-radical, que ya no sería entre Perón-Illia sino Perón-Balbín. Estos resisten los intentos de Lanusse de subordinarlos, pero los sectores prosoviéticos en ambos partidos tienen la fuerza suficiente para bloquear el acuerdo. Ahí viene la anécdota de cuando Balbín lo va a visitar a Perón en Gaspar Campos y debe saltar una tapia –en realidad una pequeña pared que para pasarla no tuvo más que levantar un poco la pierna–, pero la anécdota más importante de esa entrevista fue que Balbín llegó tarde, cuando ya Perón había tenido que dar el acuerdo a otros compromisos. Ese suceso fue muy oscuro en política. Perón dijo: “Desgraciadamente ya es tarde para el acuerdo”. Tanto los sectores prosoviéticos comandados por Alfonsín en el radicalismo y otros del balbinismo, como Enrique Vanoli, y una serie de ciudadanos más, trabajaron para evitar la posibilidad de ese acuerdo con Perón que hubiera opuesto dificultades al acuerdo de éste con Lanusse.

Esa oposición burguesa –hegemónica en la política argentina– se vio sorprendida y desbordada por las luchas de masas, pero recostándose ora en la derecha, ora en la izquierda,

fue forcejeando. Los prosoviéticos operan con Lanusse en la comandancia del Ejército tratando de arrodillar a la oposición burguesa con el Gran Acuerdo Nacional. El GAN y todo el trabajo de Lanusse tenían como eje lograr que Perón claudicase. Lanusse partía de una caracterización de Perón que repite en su último libro y que se graficó en aquella frase de “no le va a dar el cuero para venir”, y le puso todo tipo de trabas, siendo la última ese decreto que redactó Julio Oyhanarte –el reciente subsecretario de Justicia– por el cual no podían participar como candidatos en las elecciones quienes no estuviesen en el país para agosto de 1972, cuando Perón estaba en España y no podía volver por los procesos pendientes. Perón resistía; concedía un poco, forcejeaba y volvía a conceder otro poco. Empleó una expresión muy gráfica entonces para referirse a esto cuando dijo que Lanusse quería “retorcerle el cuello a la gallina y que después ponga huevos”, como diciendo: “Yo en estas condiciones no voy a acordar”. Balbín empleó una expresión similar en una convención que hizo el radicalismo en 1972; dijo: “Quieren que negociemos cuerpo a tierra”. Por lo tanto, esta oposición burguesa forcejeó aprovechando que tenía una influencia hegemónica sobre las grandes masas populares.

–Esta calificación que ustedes hacían a Lanusse de prosoviético fue tachada entonces de despropósito. ¿Cómo se enmarca esa definición en el contexto de la lucha interimperialista en nuestro país?

–En ese entonces, montándose en el movimiento de masas y trabajando también dentro de la oposición burguesa, se fue desarrollando la disputa entre los distintos imperialismos en la Argentina, sobre todo entre yanquis y rusos. En cuanto a los yanquis, hay que decir que llegaron a ser hegemónicos recién con la dictadura de Onganía en 1966. Si uno lee los materiales del PC y de otras fuerzas de izquierda, encuentra referencias a que los yanquis son los imperialistas hegemónicos en la Argentina desde vaya a saber qué año,

pero no es así. En realidad, hasta 1946 fueron hegemónicos los ingleses, que realizaron alianzas ora con los alemanes, ora con los yanquis, pero sobre todo con los alemanes. Con Perón triunfa una corriente nacional, aunque los yanquis mantuvieron su fuerza en inversiones en el país, sobre todo en la industria de las carnes y en otros resortes claves de nuestra economía.

Caído Perón se abre otro período muy intenso de disputa, que se va a expresar en el triunfo y posterior desplazamiento de Lonardi por Aramburu. Con éste pasan a ser hegemónicos una vez más sectores europeos, entre los que se encuentran los ingleses, muy fuertes en la Marina y cuyo líder máximo era el almirante Rojas. En el gobierno de Frondizi la disputa va a llevar a los enfrentamientos de Azules y Colorados, hasta que con Onganía los proyanquis conquistan la hegemonía al tiempo que los prosoviéticos aparecen con toda su fuerza en la Argentina. Es un momento internacional en que los yanquis comienzan a batirse en retirada al ser derrotados en Vietnam y van cediendo posiciones a los soviéticos. Este período llega hasta 1980 con Ronald Reagan. En ese período era negada la existencia del socialimperialismo soviético en la Argentina, tanto que cuando nosotros nos referimos a ello en 1972, el editoria- lista de *La Nación* habló de los “izquierdistas borrachos de vodka” que hablaban del prosovietismo de Lanusse (que hoy no discute nadie entre la oficialidad del Ejército), de Gelbard, de Cámpora. Nosotros tuvimos un proceso largo hasta poder ubicar este fenómeno. Tal es así que en el III Congreso, cuando planteamos que el enemigo principal era el imperialismo yanqui –lo cual era correcto– y propusimos un Frente Único Antiyanqui, hubo tendencias en ese Congreso que exageraban de tal manera el peso de los yanquis en la Argentina que hablaban de un prolongado período de lucha antiyanqui. En las propias resoluciones del III Congreso se evidencia la discusión sobre esto al señalarse, en su parte final, que en el trasfondo de los acontecimientos había una disputa interimperialista que llevaría a un desenlace decisivo en cuanto a quién hege-

monizaría el dominio de la Argentina, y que esto sería inevitable a menos que triunfase antes la revolución. Esto fue lo que nos permitió ubicarnos y comprender posteriormente, desde el punto de vista teórico, los acontecimientos que llevaron al golpe de marzo del 76. Recién en 1974, cuando hechos como el asesinato de José Rucci, la actitud de la dirección de Montoneros, etc., comienzan a hacer visible de qué manera el socialimperialismo soviético actuaba en la Argentina y cómo iba agrupando fuerzas para un golpe de Estado, fue que nosotros comenzamos a profundizar el estudio e investigación sobre los rusos en la Argentina.

En esos años los prosoviéticos buscaron una alianza con los ingleses y los italianos para neutralizarlos. El grupo italiano, que era muy fuerte, osciló, como corresponde a un imperialismo segundón. Tanto en la Primera Guerra Mundial como en la Segunda, Italia osciló permanentemente en sus alianzas; también lo hizo en la Argentina entre los yanquis, los soviéticos y otros. Cuando los rusos lograron hacer un frente con los sectores imperialistas italianos e ingleses, acorralaron a los yanquis y pudieron tener su salida encabezada por Lanusse en los años 1971-72.

—¿Los italianos qué empresas tenían?

—Tenían todo el grupo Fiat, que era muy grande en el rubro automotor y en la fabricación de motores, etc. También la Pirelli y la Olivetti, que era muy grande. En ese entonces pretendieron avanzar en forma importante en la industria de la alimentación y comenzaron a invertir también en la petroquímica y en las finanzas. El grupo Techint ya era muy fuerte entonces; obtuvo bajo el gobierno de Illia en condiciones muy favorables, las concesiones de los terrenos para instalar Propulsora Siderúrgica en Ensenada. Venían a completar el ciclo del acero y tenían el proyecto de producir varios millones de toneladas. Era el viejo sueño de Roca que fue impedido de realizarse por sucesivos gobiernos que en definitiva redujeron a Propulsora a la planta actual.

—*¿Fiat y otras empresas italianas mantienen asociación con empresas soviéticas?*

—Sí, el grupo Techint, que es un grupo argentino-italiano o ítalo-argentino, según como se lo mire, también. Los monopolios italianos han ido transformándose en el puente para que grandes inversiones de capitales golondrinas y petrodólares fluyan hacia el Este. La Fiat tiene en la URSS una fábrica de automóviles en la ciudad de Togliattigrado, así como otros muchos emprendimientos. Trabaja con miles de millones de dólares en inversiones.

—*Hablábamos de Lanusse. Si mal no recuerdo, él se definía a sí mismo como de centroizquierda, al menos en los días de sus entrevistas con Salvador Allende y Velasco Alvarado.*

—Claro. Recuerdo al respecto que por ese entonces nosotros tuvimos reuniones con Garzón Maceda, socio en el estudio jurídico de Gustavo Roca. Este estudio trabajaba para Elpidio Torres y mantenía relaciones estrechas con Agustín Tosco. Así como en las empresas, muchas veces, hay que ver quién es el síndico para saber qué es lo que las une, entre algunos dirigentes sindicales hay que ver quién es su abogado para saber cuál es el vínculo que los une. En este caso Gustavo Roca (hijo del dirigente de la Reforma Universitaria Deodoro Roca), un hombre muy cercano al PC desde su juventud, primo del Che Guevara, tenía su estudio con Garzón Maceda, quien a su vez tenía relaciones estrechísimas con Carcagno y con Lanusse.

Ellos hablaban de que había un sector de militares nacionalistas, peruanistas, y nos hacían llegar sus documentos internos. En el mismo momento Lanusse trataba de convencer a algunos sectores de derecha vacilantes, de que él era católico, casi beato. Tanto es así que en un convento de La Caleña, donde nosotros realizamos innumerables reuniones de las Agrupaciones Clasistas 1º de Mayo, ellos realizaban retiros espirituales con oficiales del III Cuerpo. Pero a la izquierda nos hacía llegar señales acerca de que ellos eran de izquierda y an-

tiyanquis. Lanusse realiza la entrevista con Salvador Allende y habla del “fin de las fronteras ideológicas”. Nosotros, que nos movíamos con las anteojeras, que como dije anteriormente, nos colocaba el revisionismo, veíamos que en este país todos eran proyanquis, y decíamos que en realidad Lanusse le ofrecía el ramo de olivo a Salvador Allende mientras los dictadores brasileños y los yanquis apuraban la jugada para degollarlo, y que en el fondo era un ramo de olivo que le ofrecía el Departamento de Estado. Hasta que se produjeron hechos que pusieron de manifiesto que Lanusse no era proyanqui. El más importante fue la visita a la Argentina del secretario del Tesoro norteamericano, que fue recibido muy mal por Lanusse, lo que determinó que se retirara en forma airada de la Rosada. Lanusse tomó algunas medidas antiyanquis y comenzó a votar en forma independiente de los EEUU en las Naciones Unidas, a diferencia de como había operado Onganía.

También tuvo una reunión con dirigentes sindicales en 1972 en la que sucedió algo gracioso. Lanusse se colocó de izquierda dejando a esos sindicalistas a la derecha, a tal punto que estando Dirck Kloosterman en el uso de la palabra éste dijo: “...porque en nuestras empresas...”, y Lanusse lo interrumpió diciéndole: “Usted dirá las empresas de sus patrones, las empresas de los monopolios, Kloosterman, porque no creo que sean empresas suyas”. Así fue apareciendo que él era diferente a ese conglomerado que nosotros llamábamos proyanqui; y se decía de centroizquierda.

En la actualidad, en 1989, anduvo recorriendo guarniciones de la caballería para organizar a las fuerzas que se subordinan al Estado Mayor liberal que dirige el general Cáceres. En esas recorridas, Lanusse ha dicho en varias guarniciones que él es socialista. Y en su último libro, menciona que a poco de egresar del Liceo Militar, su padre –cuyas opiniones él considera rectoras de su vida– le envía una carta en la que le dice que no hay que confiar en los yanquis, ya que éstos “nunca serán nuestros amigos, porque no congeniamos ni han podido explotarnos en la medida de sus deseos [...] no

les conviene que nosotros sigamos creciendo y han de hacer todo lo posible por sofocar nuestro comercio por medios lícitos o como les convenga” (*Protagonista y Testigo*, Bs. As. 1989, pág. 22).

–Hasta el final de la dictadura de Lanusse ustedes venían mezclados –aunque a los codazos– en el enjambre de agrupaciones de la “nueva izquierda” revolucionaria, la mayoría de cuyas direcciones terminaría siendo controlada por Moscú vía La Habana. Pero en el breve lapso que media entre las elecciones presidenciales de 1973 y el golpe de Estado de 1976, el PCR realizará ajustes decisivos en su línea que lo convertirán en una expresión absolutamente independiente, única e inconfundible de la política argentina. ¿Cómo se fue produciendo ese tránsito del voto en blanco a la defensa del gobierno de la señora Isabel Perón?

–Ya para el regreso de Perón en 1972 nosotros hicimos un ajuste. Habíamos abierto la lucha contra la teoría del capitalismo dependiente que como ya vimos, negaba en bloque el trabajo con la burguesía nacional, etc. Y en noviembre del 72 participamos en las columnas que fueron a recibir a Perón con una posición independiente, de unidad y lucha con las masas peronistas. Ese fue un cambio muy grande. Después actuaron fuerzas muy poderosas para que nos apartáramos de ese curso.

A propósito de esto aprovecho para hacer una reflexión sobre la historia del PC. Hay algunas cuestiones que parecieran ser semejantes, o que a lo mejor, como diría Gramsci, son leyes propias del desarrollo de los partidos comunistas. El PC nació en el 18 y recién en 1928 definió el carácter de la revolución en la Argentina con la ayuda de la Internacional. Tardó diez años. En esos diez años también ellos tuvieron una línea izquierdizante. En la práctica formulaban un planteo revolucionario de tipo socialista de inicio y tardaron diez años más en definir quiénes eran los amigos y los enemigos desde el punto de vista estratégico y en clarificar el tema de qué es lo que representa cada partido político y cada figura política.

El descubrimiento de las clases amigas y de las clases enemigas exige un estudio económico social, como dice Mao en su análisis de la sociedad china. Determinadas las clases, resta el problema de cuáles son las posiciones políticas de esas clases; de la burguesía, de la pequeña burguesía, de la pequeña burguesía liberal, de la pequeña burguesía nacionalista. Y determinado eso en un país como la Argentina, donde hay una disputa feroz entre distintas fuerzas imperialistas, hay otro problema, el del conocimiento de lo que expresan las diferentes figuras políticas. Sobre sus deficiencias en este conocimiento se autocrítico el PC, en 1930, en la autocrítica de Codovilla. La práctica fue enseñando que los testaferros, los representantes de determinadas potencias, los grupos económicos cambian. En la política argentina hay muchos *free lancers*, como se dice ahora, muchos mercenarios que trabajan para el mejor postor, o sorpresivamente cambian de patrón. Es el caso de estos hombres que de la nada se convierten en grandes figuras de la vida política nacional pasando a tener un capital propio. Y los hay dirigentes sindicales. Para muestra vale Jorge Triaca: primero era un empleado del gremio del plástico que pronto se lo tuvo por hombre de la empresa Panam; más tarde, gracias a “los ahorros” de su suegra que era portera, compró unos terrenos de varios centenares de millones de dólares para hacerse un chalet y levantar un edificio de propiedad horizontal en la época de la dictadura militar con el que hizo un gran negocio inmobiliario. Ese “capital propio” está compuesto también por relaciones políticas, militares y empresarias, con lo que pasan a formar parte de las clases dominantes.

Estos mercenarios *free lancers* existen en todos los países dependientes y coloniales. Por eso Chou Enlai, cuando habla del Frente Único en China, hace referencia a este punto. A veces esos testaferros cambian abruptamente de posición porque cambian de patrón, y dice Chou Enlai que provocan gran confusión.

Nosotros lo que siempre hicimos fue ubicarnos desde el lado de la clase obrera y del pueblo, tomar las luchas por sus reivindicaciones, pelear contra la dictadura de Onganía, de Le-

vingston, de Lanusse. Ahora, para que esta lucha sea exitosa, se requiere algo más que eso. Se requieren todos estos análisis y conocimientos de las clases, sus figuras políticas, los testafierros, etc. Esto lleva un proceso, y en él cometimos muchos errores, pues a veces éramos inducidos con facilidad a engaños.

En 1973 votamos en blanco. Lo hicimos, como le dije, porque peleábamos por la salida insurreccional del proceso que comenzó en 1969. Hasta último momento, hasta poco antes de las elecciones, el país se bamboleó al borde de un argentinazo triunfante, como decíamos entonces. Al mismo tiempo, entendíamos el voto en blanco –a usted le va a parecer cómico esto– como una posición de combate contra el ultraizquierdismo, porque era una posición de participación en las elecciones que iba en contra de las tendencias antiparlamentarias que se negaban a esa participación y que en ese momento eran muy fuertes. Habíamos constituido el Frente Revolucionario Antiimperialista (FRA) con Vanguardia Comunista y algunas personalidades. VC empujaba dentro del FRA una línea que nos llevaba al ultraizquierdismo inoperante; levantaba la consigna “Gane quien gane, pierde el pueblo”, consigna con la que nosotros no estuvimos de acuerdo. Por eso, el 25 de mayo de 1973, cuando asume el nuevo gobierno, nosotros estuvimos en la Plaza, después de una discusión expresa en la que decidimos ir sin carteles ni distintivos. Pero participamos con las masas peronistas y otros sectores de izquierda de todos los hechos que sucedieron ese día, como la liberación de los presos de la dictadura.

–*¿Había entre ellos militantes del PCR?*

–Sí, en la cárcel de Devoto estaba Carlos Mosquera.

–*¿Por qué el recuerdo de estos hechos lo llevaron recién a mencionar la importancia de la investigación y el conocimiento de las figuras políticas, a qué clase o imperialismo representan, etc.?*

–Porque ante ese palco del 25 de mayo de 1973 nos dimos de bruces con la realidad. Era desconcertante. A Lanusse nosotros lo teníamos caracterizado como exponente del impe-

rialismo yanqui y de la oligarquía, y ahí estaba junto a Dorticós y a Salvador Allende, con Cámpora y con toda la Plaza copada por los Montoneros. Impedido de levantar la cabeza por el yugo de que hablaba antes, VC no vio ese balcón, y consecuente con su consigna “Gane quien gane, pierde el pueblo”, sacó la conclusión de que nada había cambiado. Pero había cambiado mucho. El gobierno estaba lleno de elementos de izquierda prosoviética, algunos que conocíamos desde muchos años antes como gente ligada a los aparatos especiales del PC o a los sectores que trabajaban con los soviéticos y cubanos. No se entendía bien lo que había sucedido. Aquel gobierno del FREJULI aparecía como un frente único en el que Perón había concedido algo. Cámpora estaba caracterizado como un hombre de derecha, conservador, obsecuente de Perón. Sin embargo, alguien recordó que Cámpora había presidido el Congreso de la FUA de 1932, en el que el PC y las fuerzas antiimperialistas del movimiento estudiantil habían logrado imponer la línea de la revolución nacional y social con hegemonía del proletariado. Cámpora había presidido ese congreso. Esto quería decir que Cámpora no había sido el conservador de que se nos hablaba. Por eso es que yo traigo lo del conocimiento de las figuras políticas.

En realidad, Cámpora era un viejo hombre de los sectores prosoviéticos cercanos al PC, que se metió en el peronismo. Era uno de los amigos del PC como fruto del trabajo que éste tenía en las corrientes conservadoras, sobre todo en la provincia de Buenos Aires. Pero nosotros en ese momento no lo conocíamos. Nos desorientaba todo eso. Cámpora era para nosotros un hombre de derecha y aparecía abrazándose jubiloso con Allende y con Dorticós y se amparaba en los Montoneros. Bidegain era denunciado como un elemento “nazi”, pero en los hechos se comportaba como un hombre de izquierda. ¡No se entendía nada de lo que sucedía!

Recuerdo que en esos días, junto con José Ratzer nos encontramos con un amigo del partido que había estado muy vinculado al aparato económico del PC y que nos dijo:

- Este gobierno es el gobierno de Pepe, lo armó él.
- ¿Cómo –le preguntamos–, lo armó Pepe Gelbard?
- Claro, el gobierno es de él; dirige todo Pepe.
- ¡No puede ser! ¿Qué estás diciendo? ¿Acaso en el Ministerio de Bienestar Social no está López Rega?
- Sí, pero lo va a dirigir Duilio Brunello, que es empleado de Pepe.

Y así fue diciendo ministerio por ministerio. La verdad que era un gobierno copado por los prosoviéticos. Claro, después fuimos descubriendo esa verdad. Llegamos a descubrir, por ejemplo, que la revista que dirigía López Rega, *Las Bases*, era editada por una sociedad anónima cuyo síndico era Manuel Werner, un hombre del riñón del grupo Gelbard, como se comprueba en la escritura constitutiva de la sociedad del 26/12/73. Ese grupo había tenido como empleado y tuvo una relación estrecha, económica con el propio Lastiri durante los años de persecución al peronismo.

Por lo tanto, nosotros fuimos de la apariencia a la esencia; es decir, cuando nos encontramos con esa realidad que no podíamos entender, fuimos avanzando hasta llegar al descubrimiento de la presencia del socialimperialismo en la Argentina. No podía explicarse lo que sucedía en ese gobierno sólo por la actuación sobresaliente de agentes como Gelbard, sino como expresión de una realidad económica-social que se había abierto camino a partir de una hegemonía determinada en la vida argentina, tanto económica como política, y que se condensaba en ese gabinete. En él también estaba Esteban Righi, otra persona de “izquierda”.

La situación de Perón era muy difícil. Él mismo lo explicó muchas veces; dijo: “Yo tuve que optar entre ser candidato y que me proscibieran, poniendo un candidato acordado [viene a ser Cámpora, acordado con Lanusse] y ganar así la posibilidad de regresar al país para poder seguir luchando”. Es decir, seguir peleando sobre la base de un acuerdo con los soviéticos. Perón incluso lo manifestó en una ocasión, lo recuerdo perfectamente; dijo: “Yo acordé con los rusos y con el Vaticano para

poder volver a la Argentina, pero me traicionaron los cubanos y los jesuitas”. Lo dijo explicando lo que pasó posteriormente con los Montoneros y todo este elenco que se le impuso.

Perón lideraba ese frente pero lo hegemonizaban los prosoviéticos. Este es un hecho incontestable. En su libro *Protagonista y testigo*, Lanusse cita una carta que, estando él en México en 1973, le envía su amigo íntimo y colaborador político Edgardo Sajón, hoy desaparecido. Dice Sajón: “Gelbard, quien llegaba a Nairobi, cuando se enteró del asesinato de Rucci emprendió el regreso de inmediato [...]. Por lógica Gelbard no debió haber regresado, pero esa lógica no era válida para él y menos para los que estamos convencidos de que el poder está en sus manos, pues Perón nunca ha aparecido más solitario que ahora”. Esto, dicho de la boca de ellos, del sector lanussista-gelbardiano, es muy importante, porque “a confesión de parte, relevo de prueba”.

Nosotros, que veníamos en esa desviación de izquierda, eramos empujados a ser furgón de cola de la izquierda prosoviética para jugar como picana del buey en dirección al golpe. Pero teníamos el cable a tierra de nuestra presencia en una porción importante del movimiento obrero, que era lo que impedía que nos deslizáramos totalmente. Y también nos ayudó, por supuesto, la progresiva asimilación e integración del marxismo-leninismo-maoísmo al estudio de la realidad nacional. Y después viene la huelga del SMATA Córdoba que es clave para entender ese tránsito que usted veía entre el voto en blanco y la defensa del gobierno de Isabel frente al golpe de Estado que se organizaba.

–En este recorrido, el PCR venía recortándose en el espectro de la izquierda por su posición ante la URSS, pero al denunciar la acción de esta superpotencia dentro de nuestro país y dar los nombres de sus figuras políticas locales es cuando produce las reacciones más violentas. ¿En qué momento sucedió esto?

–Eso va a suceder al inicio de 1974 y va a emerger públicamente cuando definimos la línea antigolpista. Habíamos podido entender ese proceso en el cual los prosoviéticos llegan al

acuerdo con Perón y hay un frente único con unidad y lucha entre Perón y ellos. Perón lucha dentro de ese frente para ir ganando espacio y posiciones, y una vez ganado el derecho a regresar al país, vuelve y pone el blanco en Cámpora.

—¿Por qué los prosoviéticos y las clases dominantes, con Lanusse, tienen que llegar a ese acuerdo con Perón?

—Porque el país bordeaba una insurrección armada, y en una salida revolucionaria hubieran perdido todos los imperia-
lismos. En segundo lugar, estaba planteado un gran problema para esas clases dirigentes: ¿qué iba a pasar con las masas peronistas, en medio de ese gigantesco proceso de izquierdización, cuando muriese Perón, que ya estaba muy enfermo? Y ese proceso de izquierdización que se salía de madre no podría ser fácilmente absorbido por los prosoviéticos o cualquier otra fuerza, sino que era un proceso de izquierdización de masas. Por lo tanto las clases dominantes se vieron forzadas a buscar un acuerdo con Perón. Y éste trabajó siempre teniendo claro eso, y que eso le podía permitir regresar al país. Desde allí fue acordando y peleando en todo ese período de negociaciones con Lanusse sobre el que hablábamos hace un rato, cuando Perón dice “bueno, quieren que la gallina ponga huevos y le quieren retorcer el cuello”. Y ahí va concediendo y forcejeando en unidad y lucha, sobre todo con las fuerzas prosoviéticas. Regresa y desplaza a Cámpora; se dan nuevas elecciones y el acuerdo se expresa en el apoyo electoral del PC al FREJULI y por la permanencia de Gelbard en el gobierno. Al mismo tiempo las fuerzas prosoviéticas golpean a Perón. Hegemonizan con Gelbard el gabinete. Perón, cercado, se apoya en López Rega —que es una especie de sirviente— y en lo que tiene más cerca. Tiene a su mujer, y fuera de ella sólo tiene fidelidades muy dudosas. En esta situación lucha, forcejea. Si exagerásemos su disputa con los soviéticos, exageraríamos la capacidad de independencia de la burguesía nacional; pero si no viésemos la lucha que libró contra los elementos prosoviéticos, perderíamos de vista las posibilidades de resistencia de la bur-

guesía nacional. Esto es muy típico del Tercer Mundo. Pasó lo mismo con Nasser y Sukarno, no solamente con Perón. Lucha para ganarse su espacio. Pero los soviéticos, al mismo tiempo, lanzan contra él a las fuerzas de izquierda y a los Montoneros. Por eso dice Perón que hizo un acuerdo con los soviéticos y con el Vaticano y lo traicionaron los cubanos y los jesuitas, porque unidos cubanos y jesuitas en la organización de los Montoneros y en otras organizaciones de la izquierda peronista, lo hostigan con el terrorismo urbano poniéndolo como blanco. Como usted dice, nosotros estamos mezclados allí, pero mezclados y diferenciados. Porque antes de las elecciones de marzo de 1973 nosotros hicimos un acto en el que nos diferenciamos. Y antes de las elecciones de setiembre de 1973 hubo otro acto donde, para escándalo de un sector del público –ya que había delegaciones de VC y de otras fuerzas de izquierda–, yo dije que en el problema antiimperialista era más de izquierda Perón que los Montoneros, porque Perón luchaba contra los dos imperialismos y los Montoneros sólo luchaban contra uno. Por lo tanto, nosotros no íbamos fácilmente de arrastre, ¿me explico?

–Sí. Esto también se puso de manifiesto cuando con motivo del golpe de mano que desalojó a Obregón Cano de la gobernación de Córdoba –el llamado Navarrazo– los sectores afines al PC propusieron expulsar a los delegados peronistas del Cuerpo de Delegados del SMATA acusándolos de fascistas. El PCR se opuso a esta medida al tiempo que condenó al Navarrazo como un intento golpista. ¿Qué visión tiene ahora de aquellos hechos de febrero de 1974?

–El Navarrazo fue un hecho muy importante en la política nacional; formó parte de los forcejeos que había en el frente único establecido entre Perón y el gelbardismo. En este frente, los sectores prosoviéticos habían sido golpeados con el retiro de Carcagno, de un grupo de coroneles lanussistas, y con la renuncia de Oscar Bidegain al gobierno de la provincia de Buenos Aires forzada por el general Perón, e intentaban contragolpear organizando una Liga de Gobernadores. Buscaban el

apoyo de las CGT regionales para esa liga e intentaban atraer a ese frente a Lorenzo Miguel y a una parte de las 62 Organizaciones. Entonces se produce el Navarrazo, un *putch* policial del sector ortodoxo del peronismo de Córdoba que fue observado en silencio por el general Perón. Córdoba era el epicentro del movimiento que organizaban los prosoviéticos para hostigarlo, apoyándose en la fuerza que tenían en el movimiento sindical de esa provincia, particularmente en la alianza de Tosco con Atilio López. Buscaban allí desgajarnos a nosotros y llevarnos a ese frente, que era un frente único antiperonista.

—¿Lo proponían como un frente antiyanqui?

—Claro. Aquí se nos presentó una contradicción, porque nuestro III Congreso sostuvo que estábamos en un período antiyanqui. Este es un tema interesante para comentar en particular, ya que hace al problema de los yanquis en la Argentina. En el III Congreso hubo un debate sobre esto, porque había compañeros que consideraban que la lucha antiyanqui había sido dominante durante muchas décadas en la Argentina y esto iba a teñir toda la política nacional en los próximos años. Por lo tanto, ese era el enemigo principal contra el que nosotros teníamos que dirigir el golpe, buscando el frente más amplio posible contra él, o, en el mejor de los casos, golpear juntos con todos los que se le oponían, incluido el propio PC prosoviético y las organizaciones procubanas que eran muy fuertes en las capas medias. Era una absolutización de nuestra línea de Frente Único Antiyanqui aprobada en ese Congreso. Desde ese punto de vista, cuando se produce el Navarrazo, nosotros caracterizamos a ese golpe como un golpe proyanqui. Hoy, viendo los hechos a la distancia, creo que es discutible el carácter proyanqui de ese golpe, aunque participaran en él algunos sectores vinculados a los yanquis. En realidad fue un *putch* de sectores nacionalistas y ortodoxos del peronismo que buscaron, dentro de la consigna de Perón de “dejar que los cordobeses se cocinen en su propia salsa”, crear las condiciones para que éste pudiera contragolpear en

Córdoba y nacionalmente. Desde ya que los sectores proyanquis seguramente tuvieron que ver con ese acontecimiento en su pugna con los prosoviéticos.

Esta pugna, esta disputa entre varios imperialismos ha caracterizado siempre a la Argentina. Por ser nuestro país parte del “patio trasero” de los yanquis y haber sido dominantes en esa disputa, al menos hasta que Lanusse asume el gobierno, nosotros entendimos que en la práctica se había establecido un Frente Único Antiyanqui con la alianza entre la burguesía nacional y la burguesía prosoviética en el gobierno de Perón y en el FREJULI. La discusión entre nosotros giraba en torno a si el enemigo principal era o no el imperialismo yanqui. Hubo mucho debate. Nos fue necesario un período bastante prolongado hasta comprender que el imperialismo yanqui, en lo fundamental, ya había sido desplazado de su posición hegemónica. Sin embargo, seguía siendo correcto que el golpe principal fuese contra el imperialismo yanqui, porque se trataba en definitiva de concluir la obra que había comenzado con el Cordobazo y todas esas grandes luchas que permitieron terminar con su hegemonía en la Argentina.

La tendencia a absolutizar nuestras consignas antiyanquis se debía, en gran medida, a que nosotros mantuvimos en lo sustancial el análisis de la sociedad argentina que habían hecho el PC y las fuerzas prosoviéticas, como hemos venido hablando. Y, por otra parte, por una esquemática cristalización de los objetivos tácticos del partido, se olvidó que la táctica es una parte de la estrategia, a la que está supeditada y sirve, y que determina la línea de conducta del proletariado durante un período relativamente corto, de flujo o reflujo del movimiento.

Si bien el período antiyanqui en la revolución argentina comenzó en 1945, este imperialismo tuvo grandes dificultades para poner sus garras en la Argentina. Primero por la existencia de un gobierno nacionalista reformista que le creó muchos obstáculos, que fue el gobierno de Perón hasta el año 1955. Segundo, porque tuvo que enfrentar un fuerte movimiento an-

tiimperialista de masas que se fue desarrollando con el correr de los años. Tercero, por la influencia tradicional de Inglaterra y otras potencias imperialistas; y posteriormente por la fuerte penetración soviética. En el Tercer Congreso fue minoría la posición que trataba de absolutizar esta línea antiyanqui, subrayándose los factores que demostraban que había una aguda disputa entre imperialistas por el control de la Argentina. Sin embargo, seguimos sosteniendo que el enemigo principal era el imperialismo yanqui y que por ende era necesario concentrar el fuego sobre él, lo que conllevaba la necesidad de un frente único. También esto era una discusión, porque ya había un frente único, el FREJULI, que obtuvo más del 60% de los votos. Se trataba entonces de incorporarnos a él, orgánicamente o no, pero aceptando que éramos parte de él. Esto, dicho así, ocultaba que ese frente único liderado por Perón era hegemonizado por las fuerzas prosoviéticas, y que esa hegemonía abarcaba el gobierno, el Partido Justicialista e incluso, luego de la muerte de Rucci, la propia dirección de la CGT. A más de hegemonizar las fuerzas de la Universidad Nacional, del movimiento estudiantil y del movimiento campesino a través de la dirección de la Federación Agraria y de muchas de las ligas agrarias, etc. Por lo tanto nosotros planteamos que para derrotar al imperialismo yanqui era necesario construir un frente único, pero debía ser un auténtico Frente Único Antiyanqui y no uno que lo fuera sólo en apariencia y en realidad representara la supremacía en el movimiento popular antiimperialista de los representantes de otra superpotencia imperialista como la Unión Soviética.

—¿Es el momento en que incluyen la consigna “Ni amo viejo ni amo nuevo”?

—Sí, la tomamos de los revolucionarios de Mayo. En realidad la consigna de Belgrano era “mejor el amo viejo que el amo nuevo”. “Preferimos el amo viejo al amo nuevo”, decían ellos. Y nosotros adaptamos esa consigna. En ese entonces, en el maoísmo se hablaba de que mientras se echa al lobo por

la puerta del frente, entra el tigre por la puerta trasera. Nosotros descubrimos que en la Argentina el tigre ya había entrado. Nos chocábamos permanentemente con esta realidad. Tratábamos de empujar ese frente contra el lobo yanqui y de pronto nos pegaba un zarpazo por atrás el otro imperialismo. Entonces se produce el Navarrazo y las fuerzas democráticas y populares tratan de contestar con la movilización, pero ésta queda trabada, porque las masas, en lo fundamental, son peronistas y están confusas con lo que sucede. No apoyan la posición de ruptura de los Montoneros con Perón y el ataque despiadado al peronismo por parte de ésta y otras organizaciones armadas, como se evidenció en el caso del asesinato de Rucci y otros hechos de repercusión de ese período, como los asaltos a cuarteles militares por parte del ERP, etc. Por lo tanto, al producirse el *putch* de Navarro y Perón guardar silencio, no se logra organizar una respuesta de masa importante. Junto con eso, los prosoviéticos, como acostumbran a hacer, nos presionan a nosotros, que dirigíamos algunos centros estudiantiles y el SMATA Córdoba, para que salgamos a la cabeza de la lucha. Nosotros denunciarnos el Navarrazo y planteamos la línea del Frente Único, pero evitamos ser utilizados por los prosoviéticos como punta de lanza de una movilización que golpeaba centralmente al general Perón. Es entonces que se realiza un congreso de delegados del SMATA en el que los Montoneros, principalmente, y cuadros del ERP y del PC llevan un ataque a fondo contra los delegados peronistas, ya que éstos no se solidarizan con el repudio al golpe de Navarro porque apoyan a Perón. Por esta razón, esos sectores plantean la expulsión de los delegados peronistas porque “son fascistas”. Una situación bastante semejante a la que estamos viendo comenzar a reproducirse actualmente. Salamanca tiene una actitud muy firme en el Cuerpo de Delegados, una actitud que nos ayudó mucho a nosotros nacionalmente para ajustar nuestra línea táctica. Salamanca enfrenta todo eso y defiende el derecho de una organización sindical de masas, como es el Cuerpo de Delegados, a tener delegados de distintas ten-

dencias políticas e ideológicas, precisamente porque son los que expresan directamente a la masa. Al hacerlo, defiende a los delegados peronistas que se habían opuesto a nosotros en la elección que se acababa de realizar en el SMATA Córdoba, planteando la unidad con ellos en el auténtico Frente Único Antiyanqui que proponíamos. Esto hizo que fuésemos blanco de críticas de todas las publicaciones de esa izquierda. Y que durante mucho tiempo en Córdoba ellos planteasen que nosotros éramos cómplices de Navarro, etc. Pero al mismo tiempo permitió que el partido comenzase a establecer lazos profundos con esas masas peronistas, las que comenzaron a diferenciarnos de esa izquierda pequeñoburguesa que orientaban las fuerzas prosoviéticas.

—La complejidad que presentaba la constitución de ese Frente Único Antiyanqui entiendo que no sólo estaría determinada por la utilización que los prosoviéticos intentaban hacer de él en favor de su disputa imperialista, sino que además, y al mismo tiempo, ellos estaban realizando buenos negocios con empresas norteamericanas radicadas en la Argentina, como era el caso de la compra de vehículos por parte de Cuba a la Ford local, con préstamos argentinos.

—Que financiaba David Graiver en el Banco de Crédito Comercial de la Plata. Tenía entonces un delegado permanente en La Habana que era Carmelo Stancato, quien estuvo preso hasta hace poco por la defraudación en el Banco Alas. Todo el comercio con Cuba de esos años, sobre la base de un préstamo de 500.000.000 de dólares que le dio el gobierno argentino por inspiración de Gelbard, se hizo financiado por ese banco de Graiver. Es decir que el negocio se repartía. Suele suceder. La Ford vendía sus coches y los cobraba en dinero contante y sonante; el banco de Gelbard-Graiver cobraba la comisión y todos los argentinos pagábamos. Mejor dicho, pagamos, porque todavía se está pagando el crédito ese que le concedimos a los cubanos y con el que se llevaban los coches a buen precio. Buen negocio para los cubanos, para los soviéticos y para la Ford.

—¿Por qué los norteamericanos aceptaron realizar la operación por intermedio de la Argentina y no la hicieron en forma directa? ¿Parte de su ganancia estaba en la mano de obra barata de la que disponían aquí?

—Bueno, no conozco bien pero creo que es así. Aquí utilizaba esa mano de obra barata debido a los salarios congelados por el Pacto Social de Gelbard. A diferencia de la congelación de precios que se hizo recientemente, en aquella oportunidad no funcionaron las paritarias, precisamente, por eso fue la gran huelga del SMATA Córdoba, y funcionó sólo la llamada Gran Paritaria Nacional, que regulaba las condiciones del salario. Había salarios baratos, pero sobre todo contaron con las condiciones excepcionales del crédito a los cubanos, que éstos nunca pagaron pero que sí pagó a la empresa el Banco Central con la intermediación gananciosa del banco de Gelbard-Graiver. Imagino que los yanquis tienen que haber hecho un buen negocio para utilizar el camino argentino y no el canadiense, como han utilizado habitualmente para comerciar con Cuba. Es muy interesante esta reflexión que usted trae sobre aquellos negocios con Cuba, porque los soviéticos siempre han trabajado en la Argentina y en América Latina con una línea que tiende a aliarse con los ingleses para golpear a los yanquis. Esta línea se les dificultó mucho con el triunfo de Margaret Thatcher, pero en esos años de predominio o de gran influencia laborista en Inglaterra tuvo viabilidad esa línea. Al mismo tiempo, siempre trabajan para desgajar a un sector del imperialismo yanqui, al sector del partido demócrata, y trabajar en conjunto con él para aislar en América Latina a lo que ellos llaman el sector más reaccionario, el sector hegemónico en el partido republicano, el sector hegemónico en el Pentágono, etc. Es decir que todos esos tratos comerciales, como el que comentábamos, tienen que ver con los negocios pero también, hilando más fino, con una política que trata de desbloquear fuerzas en el propio imperialismo yanqui. Pero a la hora de la verdad, en la Argentina siempre golpea con más fuerza a la burguesía nacional, que le

disputa el liderazgo de ese frente único antiimperialista, que al propio imperialismo que combate. Siempre se habla de que en los hechos el PC facilitó el golpe del 30 contra Yrigoyen. Sobre esto hay que decir que en realidad el PC, desde el 28, vino denunciando que se gestaba ese golpe. El aparato secreto del partido vinculado a la Internacional, que ya entonces era fuerte en la Argentina, tenía una penetración importante en el Ejército. Esto se iba a demostrar pocos años después, a mediados de la década del 30, con las relaciones que ese aparato mantuvo con las familias del general Justo y de otros altos jefes militares. Para conocer esto basta con leer la propia prensa comunista de la época.

Ese aparato secreto colocó como enemigo fundamental al yrigoyenismo y tuvo ilusiones en algunas de las fuerzas imperialistas que se movían atrás del golpe del 30. No se conoce, y sólo conocerán los que pueden tener acceso a los archivos de la Internacional, cómo operó esto en ese entonces. Pero sí se conoce que a fines de la década del 20, estando en la Internacional, Victorio Codovilla escribió artículos teorizando sobre el carácter progresista del imperialismo yanqui en países como Brasil, artículos que fueron duramente criticados por Bujarin. Por lo tanto, no me extraña que Codovilla ya entonces considerase al imperialismo yanqui más progresista que a Yrigoyen, al que se lo calificó de fascista.

Lo mismo sucedió en el 46, donde el PC se alió con Braden contra Perón. Golpearon como enemigo principal a la burguesía nacional. Igual sucedió en el 55 y, desde otro ángulo, lo mismo sucedía en el período 73-76. Por lo tanto, cuando nosotros hablábamos de un auténtico Frente Único Antiyanqui, estábamos planteando que el supuesto frente único existente no era tal, y dábamos la discusión acerca de si Perón debía o no ser parte de ese frente único, porque la izquierda prosoviética, así como aceptaba alegremente la participación de Gelbard por “progresista”, consideraba fascista a Perón, y por ende inconveniente su participación en el Frente Único Antiyanqui.

—A poco del Navarrazo, en mayo de 1974, la lista Marrón que lleva como candidato a secretario general del SMATA Córdoba a René Salamanca, vuelve a ganar las elecciones de ese gremio, que tuvieron gran repercusión nacional. Enseguida se pone en marcha un plan de lucha por reivindicaciones salariales. Eran momentos decisivos para el país, ante la próxima muerte del presidente Perón. En esa circunstancia crítica, ¿cómo articuló el PCR su línea de frente con el peronismo con su postura de lucha contra el Pacto Social?

—Eran momentos muy difíciles. En mayo del 74 Gelbard estaba en Moscú donde anunció el próximo viaje de Perón. Gelbard fue condecorado un día domingo en el Kremlin por Brezhnev, por sus “grandes méritos”; para la URSS, desde ya. Firmó los acuerdos que todavía hoy son la base de los convenios comerciales con la URSS. Perón estaba aliado con el gelbardismo y empujaba el Pacto Social. Nosotros empujamos la huelga del SMATA, que rompía ese pacto. Las masas tenían dificultades económicas que eran resultado de la congelación salarial.

En esas condiciones la lucha del SMATA fue muy difícil. En medio de ella murió el general Perón. Nosotros tuvimos una posición pública de solidaridad con las masas peronistas, pero el partido estaba aislado. No teníamos siquiera quien nos hiciera entrar al velorio de Perón. Éramos parte de esa izquierda, pero al mismo tiempo éramos golpeados por ella debido a nuestra crítica al imperialismo soviético. Por el izquierdismo que traíamos de arrastre y por la lucha que dirigíamos, éramos aislados por las fuerzas burguesas y pequeño burguesas moderadas. La lucha que estábamos encabezando atacaba la viga fundamental del plan de los prosoviéticos en el gobierno, que era el Pacto Social de Gelbard. Al mismo tiempo se montaban en la lucha los sectores prosoviéticos que trataban de dirigirla contra sus enemigos tácticos en el gobierno, es decir contra Perón primero, y luego de su muerte contra el ministro Otero e Isabel Perón. Y nosotros luchábamos para que golpease a Gelbard como ministro de Economía.

Todo el inicio de este período estuvo signado por la idea en las masas de que estaba próxima la muerte de Perón. Hay gran confusión en las masas peronistas, que apoyando a Perón contra los Montoneros no tienen claridad sobre esta contradicción. Advierten la precariedad del gobierno peronista luego de la próxima muerte de su líder. Quieren defender ese gobierno y simultáneamente tienen descontento por la tibieza de sus reformas, y buscan asegurar con dirigentes clasistas la lucha económica y las conquistas obtenidas. No comprenden la razón del sostenido terrorismo pequeñoburgués contra su jefe, la polémica con Cámpora y otros sectores peronistas, etc. Este es el telón de fondo que precede a nuestra definición antigolpista.

Recuerdo que pocos días antes de la muerte de Perón se hizo una gran asamblea de los obreros de la carne en Berisso. Estaba hablando Lesio Romero, el dirigente de ese gremio, tratando de explicar por qué había que aceptar las condiciones del Pacto Social, y un obrero le gritó desde la masa: “¿Y cuándo muera Perón qué va a pasar?”. Esa pregunta del obrero graficó para nosotros el estado de ánimo de las grandes masas, que estaban dispuestas a hacer sacrificios y a acompañar, porque habían conseguido una serie muy grande de ventajas y de reformas positivas en ese período, pero que no sabían qué iba a suceder cuando muriese Perón.

Esto tiene mucho que ver con la posición antigolpista que vamos a tomar nosotros. El factor desencadenante fue la pérdida de aquella famosa asamblea del SMATA Córdoba del 23 de setiembre de 1974 en la que los obreros deciden levantar la huelga cuando nosotros creíamos que iban a aceptar nuestra moción de continuarla. Llegamos a la conclusión de que la masa temió que se usase la lucha económica para tirar a su gobierno en momentos en que ya había comenzado el cerco a Isabel. Nosotros veníamos ya mucho más claros sobre el socialimperialismo, no sólo en lo económico social, no sólo respecto de su fuerza política, sino también de sus figuras políticas. Recuerdo que yendo a Córdoba me encuentro con un diputado de la Alianza Popular Revolucionaria, y en el viaje me definió la

línea que iba a tener este sector hasta el golpe. Yo le pregunté a dónde iban con la política de oposición desaforada a Isabel Perón. Entonces me dijo:

–La viuda va a tener que recibir la parte de la herencia que le corresponde, lo que es de ella, no más. Porque ella no es dueña de los seis palos de votos que tenía el “viejo”. ¿Cuánto tiene ella, dos palos, dos palos y medio? Bueno, ella tiene que recibir eso, no los seis millones. Y a partir de eso ella puede negociar, puede hacer juego.

–Bueno– le dije yo, pero ella no va a querer repartir, porque todo el mundo considera que los seis millones de votos son de Perón y consecuentemente de ella.

–No, no– contestó –nosotros vamos a aislarla a la “familia”, y entonces negocia por lo que es o se va como rata por tirante.

–Pero ahí tienen un pequeño problema, que van a tener la oposición de las 62 Organizaciones y de Lorenzo Miguel.

–Ese no es problema, porque a último momento Miguel va a venir –dijo.

Efectivamente, aunque fue por veinticuatro horas, en junio de 1975, Miguel se inclinó hacia ese lado y permitió la jugada clave para aislar a Isabel. Después volvió a abrirse de ese frente opositor y golpista que comenzó a delinearse allí.

–¿Qué expresiones políticas tenía ese frente?

–En el frente golpista había dos líneas. Una era la de los Montoneros y otros, que golpeaba por igual a López Rega, a Isabel y a Miguel. Otra línea era la de Arnedo Alvarez y la dirección del PC, que fue la que en definitiva se impuso. Esta era la que decía el diputado de la APR, la línea de “aislar a la familia” golpeando fundamentalmente a López Rega. Tiene mucha similitud con lo que hacen hoy con el gobierno de Menem. Es decir, hablaban contra López Rega pero apuntaban contra Isabel, trataban de “bordaberrizarla”. Se utilizó esta expresión por Juan María Bordaberry, el presidente de Uruguay que fue un títere de los militares. Después intentaron el camino del “golpe institucional”, con su propuesta de “gabinete cívico-militar”,

hasta terminar en el golpe abierto. El chivo emisario era López Rega; el ataque a éste no era más que un pretexto para golpear a Isabel. Por decir esto a nosotros se nos calificó de lopezreguistas, no porque hayamos defendido a López Rega, porque no lo hicimos. Nosotros llegamos ahí a la definición antigolpista. Vimos que la política argentina comenzaba a polarizarse entre los que preparaban el golpe de Estado y los que se oponían al golpe. Y lo nuevo de este golpe de Estado era que en él tenían un papel hegemónico los rusos. Se podrá decir que elementos prosoviéticos tuvieron ya participación tanto en el golpe del 30, en otras condiciones, como en el del 55, pero lo nuevo de este golpe es que los que tenían la batuta eran los prosoviéticos. Por eso nosotros dijimos: “Contra el golpe prorruso o proyanqui”. Y en las discusiones del Comité Central que se reunió en noviembre de 1974, planteamos que, en última instancia, si en cualquier hecho de masas –una asamblea, por ejemplo– se nos apuraba con la pregunta de si nuestra línea implicaba la defensa del gobierno de Isabel, contestaríamos “sí, frente al golpe de Estado nosotros defendemos al gobierno constitucional de Isabel”. Es decir que el centro de nuestra lucha era contra el golpe; frente a él defendíamos al gobierno peronista hacia cuya línea teníamos fuertes críticas. En esa polaridad, en la práctica hacíamos un frente único y golpeábamos juntos con el peronismo. Me refiero al inicio de esa línea nuestra. Después, en mayo de 1975, trabajamos con las consignas de gobierno antigolpista, armamento del pueblo y Comités Antigolpistas. Nuestro lema fue “Unirse y armarse contra el golpe de Estado”. Pero no pudimos concretar este Frente Único Antigolpista en forma orgánica.

—¿Es en aquel Comité Central de noviembre de 1974 que hacen pública su caracterización de Lanusse como prosoviético?

—Sí, porque decimos que Lanusse y Gelbard eran los que manejaban los hilos de la conspiración golpista. Allí fue cuando el editorialista de *La Nación* nos calificó de borrachos de vodka por pensar que Lanusse y Gelbard fueran prosoviéticos y trabajasen juntos. Cosa que hoy en día, estoy seguro, no se atreve-

ría a repetir. En esos años hubo una gran campaña, y nosotros fuimos parte activa en ella, de denuncias contra el contrato de Aluar, que fue una concesión estratégica, clave, que le hizo Lanusse al sector prosoviético de Gelbard, violando una serie de leyes. Pero la hegemonía de ese entonces de los sectores prosoviéticos fue prácticamente total, porque ya el grupo privado que tenían era poderosísimo, con empresas como Aluar, Fate, Bonafide, Acindar y todas las conocidas. A esto se le agregó que con Gelbard ellos tuvieron la presidencia de la Corporación de Empresas Estatales, que dirigía Manuel Madanes; es decir que ellos manejaban en beneficio de su propio grupo monopolista al conjunto de las empresas estatales, al tiempo que instrumentaron, a través de testaferros como David Graiver, todo un operativo de vaciamiento de bancos y de transferencias de fondos al exterior que posteriormente iba a emerger en la política nacional con formas de escándalo. Es decir que en la situación actual de vaciamiento de la Argentina ese grupo tiene mucho que ver; por “derecha” y por “izquierda”, esto es, por lo que se hizo públicamente y por lo que se hizo ilegalmente.

—Cotejando fechas, uno no puede menos que sospechar que las denuncias del PCR y su posición antigolpista produjeron una reacción inmediata en ellos, ya que a los pocos días del CC de noviembre, el 29 del mismo mes, asesinan a Daniel Winer, y enseguida a Enrique Rusconi el 7 de diciembre. La serie de asesinatos había comenzado el 10 de octubre con la muerte del estudiante de medicina Armando Ricciotti en una manifestación contra la “misión” Ivanissevich en la Universidad de Buenos Aires. El PC y los Montoneros se burlaban diciendo que mientras López Rega y la Triple A mataban a sus militantes, el PCR continuaba defendiendo al gobierno. ¿Cómo respondió el partido ante estos asesinatos —que continuarían— y ante la “interpretación” que de ellos hacían esas fuerzas políticas?

—El partido se estremeció. El asesinato de Winer fue un ejemplo claro de cómo trabajaron los elementos golpistas en esa línea que usted pregunta. En primer lugar, montaron todo

un revuelo periodístico en torno al asesinato; porque cuando aparece su cadáver en la Panamericana, salen titulares en algunos diarios, como *Crónica*, diciendo que se trataría del cadáver de Rodolfo Galimberti. Ya se había realizado una manifestación importante contra el terror blanco —donde nosotros habíamos participado— que había organizado el PST porque habían asesinado a militantes suyos. Y se había producido el asesinato de Silvio Frondizi y de otros dirigentes de la izquierda. Entonces el asesinato de Winer es incluido dentro de la lista de asesinatos de la Triple A. Pero era llamativa la forma en la que se había orquestado esa campaña de publicidad para dar una trascendencia al asesinato, que se lo adjudica una organización desconocida llamada Mazorca, que nunca más apareció. Por lo tanto, allí se dice eso: “mientras el PCR llama a la defensa del gobierno peronista, las bandas de López Rega asesinan a sus militantes”. Y el partido se estremece. Ellos trabajaban para romper y destruir al partido. En esa misma línea se produce el asesinato de Rusconi. Nosotros contestamos, ya con el entierro de Winer, e iniciamos una investigación que posteriormente nos iba a llevar a descubrir la existencia de un nido de elementos prosoviéticos y procubanos en una de esas organizaciones fascistas que actuaban en la Universidad en épocas de Ottalagano, en este caso entre los celadores de la Facultad de Ingeniería. Pero el asesinato de Rusconi es el que va a tensar esta lucha, porque en una actitud valiente, Enrique enfrenta a sus secuestradores y grita: “¡Son rusos!”, porque reconoce a uno de ellos, y éstos lo balean en el lugar. En ese momento el partido se salvó gracias al heroísmo revolucionario de Rusconi, que marcó a sus asesinos a fuego, y gracias a la dirección del PCR de La Plata, que no vaciló en denunciar a los verdaderos asesinatos en una solicitada y en pintadas en toda la ciudad, transformando el crimen en un golpe contra los golpistas. Años después, en las investigaciones que hicimos durante mucho tiempo en plena dictadura militar, hemos llegado a determinar dónde estaban y a quién pertenecían los integrantes del grupo que asesinó a Rusconi. Era una de las ban-

das que funcionaba en la provincia de Buenos Aires ligada a la gobernación de Victorio Calabró, el gobernador de la provincia de Buenos Aires y cabeza del golpismo en ella. Simultáneamente a las provocaciones que usted menciona, nos mandaban datos falsos sobre la participación en los atentados –tanto en el caso de Winer como en el caso de Rusconi– para desorientar las investigaciones que realizábamos. Nosotros entendimos que políticamente el golpe venía del enemigo, de los golpistas que estaban furiosos con la posición táctica del PCR.

El trabajo de investigación que hemos hecho de esos asesinatos, que se llevó a cabo durante años y años, ha muerto en los tribunales, donde la Justicia, con una pesadez terrible, ha operado en los hechos para impedir una pesquisa a fondo y real de cuál fue la mano que estuvo atrás de esos asesinatos. Pero nosotros hoy estamos absolutamente claros, no solamente por política, sino por los elementos de investigación que tenemos, que fueron los elementos golpistas prosoviéticos los organizadores de esa supuesta organización Mazorca y esos elementos de los que Rusconi dijo “¡Son rusos. Son rusos!”, algunos de los cuales también actuaban en la Universidad de La Plata vinculados a la CNU que manejaba Calabró y que estuvieron detrás de otros asesinatos de compañeros nuestros en esos años en los que tuvimos una cantidad importante de bajas. En esos meses también se produjo el alevoso asesinato de los cuatro camaradas de La Plata (Ana María Cameira, Herminia Ruiz, Carlos Polari y David Lesser) que estaban pintando una consigna sobre un muro, y también el asesinato de Guillermo Gerini. Con esta ofensiva contra el partido comenzó la preparación para lo que iban a ser los años del terror fascista posteriores al 76, porque tuvimos que empezar a actuar en la clandestinidad y en la semiclandestinidad.

–¿A quién respondía, a su juicio, la Alianza Anticomunista Argentina o “Triple A”?

–Se lo acusa comúnmente a López Rega de haberla organizado. Evidentemente López Rega tuvo que ver con eso.

Pero también se ha denunciado que hubo más de una Triple A. Se dice que hubo una vinculada al “Grupo de Tareas” que después operó en la Escuela de Mecánica de la Armada, así como hubo otra vinculada al Batallón 601 de Inteligencia del Ejército, y hubo otras más. La decisión de la creación de estas organizaciones paramilitares de combate al terrorismo fue tomada, por lo que se sabe, en el más alto nivel. Los soviéticos, que habían logrado infiltrar las direcciones del ERP y Montoneros, empujaban el terrorismo urbano en una forma enloquecida. Pasaron del asalto a cuarteles y de las ejecuciones de dirigentes sindicales, al asesinato de militares; pero no de dirigentes del Ejército, sino de tenientes, e incluso de suboficiales y de gente al azar. Eso fue generando un clima de gran inestabilidad política.

—Mataron a hombres de Perón, como José Ignacio Rucci.

—Así es. Era una presión para que el Ejército saliese a reprimir, con lo que Perón y posteriormente Isabel quedarían totalmente prisioneros, y si no reprimían al terrorismo quedaban inermes ante él. Esa fue la pinza que hicieron los sectores proimperialistas a ese gobierno de burguesía nacional para obligarlo a claudicar. Por eso que, en el más alto nivel —insisto— decidieron eso. Perón decía que la represión al terrorismo era un problema policial, no un problema de ejércitos, insistía mucho en eso. Recordemos que no fue Perón quien dio orden de que el Ejército entrase en acción, sino que, posteriormente, va a ser Luder quien firme el famoso decreto que dispuso la entrada en operaciones del Ejército y la represión del foco guerrillero instalado en Tucumán. En esa pinza que digo reside uno de los grandes secretos de lo que pasó en la Argentina entre 1974 y 1976, e incluso en el período posterior, pues a través de un proceso muy complejo, la misma mano que dirigía a los grupos militares golpistas era la que, valiéndose de elementos mercenarios, había infiltrado y en los hechos dirigía a las principales organizaciones del terrorismo urbano. Es decir que lo que siempre se dice respecto de los

golpes del 30 y del 55, que las manos imperialistas manejaban la izquierda y la derecha, en el caso del golpe del 76 fue algo claramente articulado por la mano que hegemonizaba los preparativos golpistas, la mano del socialimperialismo soviético. Por lo tanto, cuando nosotros salimos a la palestra con la posición antigolpista y de defensa del gobierno constitucional de Isabel Perón, generamos una situación política muy importante. No digo que sea reconocida, porque en política pareciera ser que las clases sociales y los partidos políticos nunca reconocen ninguna de estas cosas.

—Entre estas cosas a las que usted alude podría ser incluida la participación del PCR en la campaña electoral en Misiones para los comicios del 13 de abril de 1975.

—La posición de nuestro partido fue clave para decidir el propio peronismo a enfrentar el desafío electoral en la provincia de Misiones. Los prosoviéticos habían impulsado las elecciones en esa provincia con el fin de demostrar que el gobierno de Isabel representaba sólo una minoría —esos dos “palos” y medio de que hablaba el diputado aquél— por lo que era preciso instalar un “gabinete de amplia coalición” o de “unidad nacional” favorable a sus intereses. Nuestro partido, evitando caer en ilusiones parlamentaristas o legalistas, dio batalla por su legalidad, atacando el carácter reaccionario del Estatuto de los Partidos Políticos. Es decir, nosotros no pudimos presentarnos con un partido propio, no estábamos dispuestos a adecuarnos a las condiciones del Estatuto, y fuimos a las elecciones apoyando a los candidatos peronistas. El triunfo electoral del peronismo fue verdaderamente un impacto que asombró. Ni los propios peronistas ni su partido imaginaban que iban a poder ganar esas elecciones. Fue una derrota importante para los golpistas.

—Y entre ellos, para los Montoneros, que habían creado aquel Partido Auténtico cuyo lanzamiento triunfal sería en esas elecciones. A propósito, al frente de ese partido habían

colocado a Andrés Framini, a quien, según usted me contaba al inicio de nuestras conversaciones, el PC había mandado votar en 1962 en las elecciones para la gobernación de la provincia de Buenos Aires.

–Es cierto. Estaban seguros que con el Partido Auténtico ganarían las elecciones de Misiones, pero fracasaron.

–Hay dos hechos que entiendo están vinculados a la “pinza” que usted dice habían montado los golpistas prosoviéticos sobre el gobierno, mediante el manejo de los grupos terroristas y de las fuerzas militares que preparaban el golpe. Uno es el Operativo Dorrego que realizaron los Montoneros conjuntamente con los generales Jorge Carcagno, Albano Harguindeguy y demás. Otro es la propuesta de gabinete cívico-militar del PC, en la cual incluían ya al general Jorge Rafael Videla como a un militar “democrático”. ¿Qué opinión le merecen estos dos hechos?

–Cuando Perón logra una readecuación de fuerzas en el pacto que tiene con los soviéticos, obligando a la renuncia de Cámpora y a la realización de elecciones en septiembre de 1973, evitando una fórmula compartida y garantizándose la vicepresidencia en condiciones de salud muy precarias, los prosoviéticos controlan el Ejército a través de un hombre de confianza de Lanusse, el general Carcagno. Se puede decir que había una distribución de juego entre estos dos militares. Lanusse, que en su último libro y en las declaraciones que hace ahora cuando recorre guarniciones hace ostentación de su ideología socialistoide, en ese entonces era de centroderecha, o si se quiere de “centroizquierda”, pero más centro que “izquierda”. En cambio Carcagno era de “izquierda”. En la reunión de ejércitos americanos él hace un planteo nacionalista de izquierda, confluyente con el sector militar que dirigía el gobierno del Perú, por lo cual es calificado de “peruanista”, al igual que el general Eduardo Viola. Y el golpe que se está preparando es caracterizado en la izquierda prosoviética como un golpe “peruanista”, apoyándose en algunos teóricos que todavía hoy circulan por

allí, como Norberto Ceresole, que está directamente vinculado a la Embajada soviética y hoy aparece como un teórico de la corriente militar nacionalista.

Con todos estos se empuja lo que se llamó el “golpe peruano”, que tenía como jefe conductor a Carcagno. En marcha hacia eso realizan el Operativo Dorrego, que fue un operativo de unidad del Ejército con el pueblo en el cual la cúpula de la fuerza, con la participación directa de Carcagno, Harguindeguy y Videla, junto a la cúpula montonera, incluidos Firmenich, Dante Gullo, etc., realizan acciones de ayuda a las víctimas de las inundaciones. Es muy importante esto y tiene mucho que ver con cosas que están pasando hoy en día. Porque ellos estaban preparando una situación en la que pretendían hacerlo a Perón prisionero de Carcagno; era un operativo destinado a garantizar que éste se mantuviese en la comandancia en Jefe del Ejército. Y Perón le serrucha el piso a Carcagno.

Aquí hay una diferencia entre Perón y Menem que hay que tener en cuenta. Menem trabaja apoyándose en distintas fracciones militares para lograr un equilibrio y mantenerse en el gobierno, pero Perón, que no controlaba la dirección del Ejército ni de las Fuerzas Armadas, era al mismo tiempo el líder de una corriente militar. Por eso, mientras se realiza el Operativo Dorrego, él hace un asado en Olivos donde según algunos participaron más de tres mil suboficiales y según otros cinco mil, demostrando así que él lideraba una corriente real en el Ejército. Preparaba el contraataque contra Carcagno, al que va a defenestrar a fines de 1973. Cuando se produce la caída de Carcagno, todos los sectores prosoviéticos realizan pronunciamientos en su apoyo, incluso en una reunión nacional de la FUA. Nuestra posición de enfrentamiento a esa llamada “salida peruana” y de desenmascaramiento de la misma como una opción prosoviética que está trabajando para el golpe, lleva a otra gran discusión con esa izquierda, aparte de las elecciones de Misiones. Es allí donde Oscar Landi se va del partido y Julio Godio tiene gran discrepancia, porque él era gelbardiano. Con Godio, que era director de nuestro periódico, teníamos

una lucha constante porque en sus artículos daba a Gelbard como “representante de la burguesía nacional”. Carcagno es reemplazado por Anaya, un general que también tiene posiciones afines al lanussismo, pero que permite que la corriente nacionalista dentro del Ejército gane fuerzas.

En cuanto al apoyo que el PC dio a Videla, recordemos que al producirse el desplazamiento de Numa Laplane, quien había sucedido a Anaya, hay un debate acerca de quién lo reemplazaría. Isabel Perón y otros se inclinan por Alberto Cáceres –que obviamente no es el actual jefe del Estado Mayor–. Y hay un forcejeo en la cúpula, porque el yerno de López Rega, Raúl Lastiri –quien tenía relaciones estrechísimas con el gelbardismo– recomendó a Videla, como señala Deheza en su libro sobre los últimos días de Isabel en la presidencia. En esos días está reunida la Multipartidaria, y cuando llega la noticia de que se ha designado a Videla hay sonrisas de satisfacción y de felicidad en los representantes del PC. Ellos siempre caracterizaron a Videla como un general democrático, inclusive van a decir posteriormente que Videla fue el artífice del desenmascaramiento de la Triple A porque él hizo una supuesta investigación sobre sus crímenes, con los que estaba “indignado”. Así que, exacto, cuando en los últimos días del gobierno de Isabel el PC plantea ese gabinete, éste debía formarse con la integración de los jefes militares encabezados por el general Videla.

NUEVA HORA



¡Proletarios y pueblos oprimidos del mundo, uníos!

ORGANO DEL PARTIDO COMUNISTA REVOLUCIONARIO DE LA ARGENTINA

AÑO IX — Nº 222 (Epoca Legal Nº 104)

Del 23 al 29 de marzo de 1976

\$ 40 —

FRENTE A LA CRISIS

Todo contra el golpe imperialista

El golpismo lanussista prosoviético conspira abiertamente para concretar aceleradamente su golpe "reordenador" adelantándose al creciente repudio del pueblo argentino. Sólo la decidida movilización obrera y popular puede enfrentarlo y derrotarlo. Armas al pueblo. Coordinar desde las fábricas la acción popular. Toda medida de lucha debe contribuir a la acción ofensiva y combativa de los trabajadores, al levantamiento popular antigolpista y liberador. Cárcel para los conspiradores y libertad a los patriotas antigolpistas presos. En defensa de las conquistas amenazadas y en el camino de la lucha por la liberación definitiva, junto al pueblo peronista y patriotas argentinos defender al gobierno de Isabel Perón. Contra el golpe prorruso y proyanqui. Otro 55 no Pasará

La propuesta del PCR

Con esta edición entregamos a los camaradas y compañeros lectores un afiche con las propuestas de nuestro Partido ante la grave emergencia nacional. Es tarea central de todos

los organismos y compañeros realizar su más amplia difusión, pegándolo en los lugares de trabajo y de concentración, y en todas las calles y caminos del país. También solicitamos lo mismo de los compañeros lectores, para que todo el mundo conozca que hay soluciones y cuáles son.

Portada del periódico *Nueva Hora* del 23 de marzo de 1976, aparecido horas antes del golpe, en la víspera.

XI

EL SMATA CÓRDOBA

–*Con motivo del Cordobazo ustedes tuvieron una expresión recordada: “Nunca nada volverá a ser igual en la Argentina”. ¿La confirmaron como cierta?*

–Claro. Las masas hicieron una experiencia muy avanzada en el Cordobazo y demás puebladas. Se demostró la importancia del proletariado industrial, de su alianza con el estudiantado, de la lucha callejera. Se demostró que era posible derrotar a un enemigo militar muy fuerte y utilizar las contradicciones del enemigo. Las masas sacaron experiencias enormes de ese combate, como se fue comprobando en los combates posteriores. En el Rocazo, por ejemplo, que constituyó un gobierno paralelo que era apoyado por toda la población, y sobre todo por las capas populares. Algo semejante ocurrió en Chubut, donde se constituyó una asamblea popular que también tomó el gobierno local.

–*¿Las fuerzas principales que se movilizaban en esos lugares eran obreras, campesinas o estudiantiles?*

–En el caso de General Roca eran estudiantiles, obreras y de los sectores campesinos que viven en la ciudad, que tiene una vida eminentemente agraria. El gobierno de Roca fue hegemónico por las fuerzas burguesas y pequeñoburguesas de la ciudad, pero hubo un protagonismo de las masas obreras y

campesinas muy grande. Las formas de lucha, las barricadas populares, la organización de la autodefensa contra las fuerzas represivas, todo eso pasó a ser patrimonio de millones, porque se produjeron alzamientos semejantes en cadena en Tucumán, Mendoza, La Plata, San Juan, Catamarca, Salta. También en el Noreste. Claro, esa expresión “nunca nada volverá a ser igual” tal vez se pueda entender en un sentido mecanicista o evolucionista, como que nunca las cosas iban a volver atrás. Pero como muestra la historia, siempre se vuelve para atrás para pegar un salto mucho más largo después hacia adelante. Se avanza por oleadas. Esa expresión se refería a varios aspectos: uno, como ya dije, es que las masas aprendieron formas de lucha que luego aplicarían en otros combates; otro aspecto fundamental es que con el Cordobazo surgió una nueva corriente en el movimiento sindical, de masas y político, expresada principalmente por nuestro partido y por fuerzas revolucionarias que subsisten aún hoy en la política argentina. Allí se produjo un viraje en lo que había sido la política tradicional desde 1945. Aparecieron nuevos partidos, nuevas fuerzas, nuevos dirigentes. Después vino lo que vino: una sangría en la que miles de los mejores representantes de esa generación fueron presos, muertos, desaparecidos o expulsados.

Si se permite la comparación, es como el caso de la Comuna de París; a partir de ella nada volvió a ser igual para el movimiento obrero. Hubieron teorías que caducaron, principalmente las del socialismo utópico y del anarquismo de tipo bakunista. Las teorías de Marx se abrieron camino a partir de esa experiencia. Lo mismo sucedió con la Revolución Rusa de 1905; nada volvió a ser igual en Rusia, porque allí todas las clases sociales mostraron lo que eran con respecto a la lucha antizarista, y si bien los bolcheviques no dirigieron esa revolución, tuvieron una participación activa en ella, el pueblo acumuló experiencia y se gestó el núcleo que iba a dirigir lo del 17.

El Cordobazo además saldó una serie de discusiones. La más importante fue acerca de cuál es la clase dirigente de la revolución en la Argentina y el papel que le corresponde a la

clase obrera en la lucha revolucionaria en el país, que era lo más importante que estaba en debate en ese entonces. Y acerca del camino, porque la clase obrera y el pueblo con el Cordobazo consiguieron más, desde el punto de vista democrático, que con no sé qué cantidad innumerable de luchas de tipo reformista. Allí se evidenciaron las contradicciones que iban a obligar a las propias clases dirigentes a convalidar el retorno de Perón al país. Por lo tanto, las masas, cuya mayoría era peronista, consiguieron esa reivindicación no por medio de su participación en procesos electorales, sino por la conmoción que generaron acontecimientos como el Cordobazo, que fueron arrinconando a las clases dominantes e hicieron crecer en la clase obrera una corriente muy poderosa que comenzó a ganar la dirección de masas en los grandes centros de concentración y que fue encabezada por el SMATA cordobés dirigido por camaradas de nuestro partido.

–En ese proceso que transforma la realidad argentina y del movimiento obrero, surgen en Córdoba los sindicatos clasistas. ¿Cuáles fueron los vínculos y las diferencias entre las experiencias más importantes de ese período como fueron SMATA Córdoba y SITRAC-SITRAM?

–Nosotros tuvimos un papel en todo ese proceso luego del Cordobazo, sobre todo a través de la fuerza que teníamos en DINFIA –donde habían nacido las Agrupaciones Clasistas Primero de Mayo– y de cuadros que fueron dirigentes del clasismo en Santa Isabel. En la matricería Perdriel compañeros de nuestro partido encabezaron la democratización del Cuerpo de Delegados, la ocupación de plantas y el enfrentamiento a las fuerzas represivas. Fue un proceso que estremeció al país, como hablamos anteriormente, simultáneo a la primera acción terrorista como fue el secuestro del cónsul paraguayo por las FAL. A partir de allí se dio una lucha de líneas entre el terrorismo urbano y el clasismo que nosotros encabezábamos, y que en un proceso iba a transformarse en una corriente comunista revolucionaria en algunas de las grandes fábricas de la Argentina.

Después de esto hay una huelga grande en el SMATA, que dura más de un mes. En ella nuestro partido tiene una actuación muy importante y van presos muchos compañeros nuestros. Comienza una serie de ocupaciones de fábricas conectada a un golpe de Estado lanussista al que estaba vinculado Elpidio Torres. Pero, por razones que nosotros desconocemos, ese movimiento militar, al cual él enlaza la lucha del SMATA, no se realiza. La lucha queda en el aire y los obreros a merced de la represión y de las patronales. Torres maniobra, hasta que se ve obligado a desenmascarse. Después de una asamblea en la que hablan varios compañeros de nuestra agrupación, incluidos los delegados de Perdriel, Agustín Funes y Gerardo Luna que acababan de salir de prisión, Torres organiza el carnereo y la ruptura del paro. Aquí comienza el principio del fin para Elpidio Torres en su dirección de los obreros cordobeses del automotor y para sus aspiraciones a secretario general de la CGT.

Paralelamente, se abre otro proceso en Fiat con ocupación de fábricas y democratización con elección de delegados. Se crean dos sindicatos autónomos, SITRAC y SITRAM, en un proceso de enfrentamiento y de ruptura con la Unión Obrera Metalúrgica. Sobreviene una gran efervescencia de masas, donde los obreros de SITRAC-SITRAM aplican métodos novedosos de lucha que luego van a ser muy utilizados en la Argentina, por ejemplo el paralizar la empresa sin necesidad de declarar paro, deteniendo determinadas partes de las líneas de producción, etc. Los principales dirigentes de este proceso van a ir siendo ganados por el izquierdismo pequeñoburgués radicalizado, ya enmarcado en el terrorismo urbano, y se va a dar una lucha de líneas muy grande dentro de SITRAC-SITRAM. El sindicato se transforma en el centro del movimiento de las fuerzas revolucionarias, sobre todo del estudiantado de Córdoba; es un verdadero panal en el que pasan por día muchos activistas del movimiento estudiantil y obrero. Pero es precisamente la dirección de estas fuerzas pequeñoburguesas la que va a permitir que ese movimiento sea instrumentado también por fuerzas burguesas que siguen trabajando para el golpe de Estado,

como son las que se montan en ese nuevo Cordobazo de marzo de 1971: el Viborazo, llamado así en alusión al gobernador cordobés Uriburu, quien había dicho que había que “aplastar a la víbora”, refiriéndose a los cuerpos de delegados y al movimiento obrero. El Viborazo estuvo vinculado al sector de Lanusse, quien utilizó ese movimiento para desprestigiar a Levingston y tener la posibilidad del control total, no sólo de la cúpula del Ejército, sino también del gobierno. Se abre así el período de hegemonía franca del sector prosoviético en la Argentina.

Nosotros tuvimos una participación importante en el proceso de Fiat, y en medio de él se dio una lucha de líneas muy grande; también dentro de nuestro partido. Era muy deslumbrante la experiencia de SITRAC-SITRAM, que también convocó a un congreso, una especie de foro obrero y popular al que fueron todas las organizaciones de izquierda para definir una línea política alternativa. Ya marchaban la Hora del Pueblo, como una organización de los partidos burgueses, y el Encuentro Nacional de los Argentinos liderado por el PC y las fuerzas que luego van a dar origen al alfonsinismo: Conrado Storani, Changui Cáceres y tantos otros; también Jesús Porto, del peronismo, etc. Mientras tanto la dirección de SITRAC-SITRAM se iba despegando de la base del movimiento obrero. Esta es una característica que diferencia nítidamente el proceso de SITRAC-SITRAM del proceso posterior del SMATA. Era una dirección que utilizaba al Cuerpo de Delegados; en realidad, no practicaba verdaderamente la democracia obrera. Claro, era un momento muy particular, porque las mismas masas obreras imponían el derecho a su participación, imponían sus derechos democráticos, pero la dirección no lo estimulaba.

Ese Congreso, como dije en una conversación anterior, aprobó un programa político impregnado de la línea del Partido Comunista Revolucionario. Ese programa de SITRAC-SITRAM fue redactado con la colaboración nuestra, puesto que teníamos una relación diaria con sus dirigentes. Junto a esto, las fuerzas clasistas en el SMATA habían sufrido un duro golpe con la derrota de la huelga. Estaban en la calle, despedidos.

Había quedado René Salamanca, que había entrado a la empresa poco tiempo antes. Pese a que jugó un papel importante en la lucha y en un Comité de Solidaridad para arrimar alimentos y ayuda a los obreros en huelga y a sus familias, Salamanca todavía no había sido visualizado claramente por la patronal y por Elpidio Torres, es decir por el enemigo. Durante aquel encuentro de SITRAC-SITRAM y toda la izquierda revolucionaria de la Argentina, él estuvo todo el tiempo callado, sentado en un rincón; mientras tanto tejía cuidadosamente, pateando –como se dice vulgarmente– durante horas las calles de Córdoba, visitando a los obreros casa por casa, un movimiento de frente único para la recuperación del sindicato. Este va a ser el movimiento que va a triunfar, para sorpresa de todo el mundo, en las elecciones de principios de 1972.

En el partido había dos debates entonces. El primero se refería a si nuestro centro de trabajo era con los dirigentes de SITRAC-SITRAM y toda la izquierda revolucionaria, aprovechando el éxito que habíamos tenido al aprobarse nuestro programa. Se valoraba que muchos de esos dirigentes iban a reuniones que nosotros promovíamos, aunque después descubrimos que muchos de ellos ya estaban vinculados a organizaciones terroristas y nos utilizaban de pantalla; esa es la triste verdad. Entre nosotros había compañeros que decían que como eso era la expresión superior y más avanzada de lo nuevo (se le llamaba así, “lo nuevo”) del movimiento obrero, la tarea fundamental era ganar a esos cuadros para el partido. Y había otra línea en el PCR, que es la línea histórica, digamos, que proponía que el centro de nuestro trabajo estuviera puesto en lo mismo en que habían centrado su acción los bolcheviques en los soviets de Rusia.

Cuando el surgimiento de los soviets los bolcheviques eran una minoría ínfima en ellos, hasta tal punto que Kerensky en sus memorias confiesa que el gran error de él y los suyos fue subestimarlos tanto a los bolcheviques que cuando Molotov, como delegado en un soviet, propuso que se organizaran los soviets de soldados y que éstos funcionaran junto con los so-

viets obreros, ellos no le dieron importancia a la propuesta. Pero pasó que los bolcheviques pusieron el centro de su preocupación en ganar a las masas, no en ganar a la cúpula de los soviets. Lo mismo –decíamos– era lo que debíamos hacer nosotros allí; el proceso central nuestro era cómo teníamos un delegado en el Cuerpo de Delegados de Fiat, y luego dos y más tarde diez. Y pudimos tener algunos delegados; aparte de una línea que después sería fundamental en el proceso que se abriría en el SMATA, con nosotros ya desembarcados en las playas del maoísmo.

–¿Cuál fue la segunda cuestión en debate?

–El segundo tema, que fue motivo de discusión también en nuestro III Congreso, era la definición del centro de concentración de fuerzas. Recuerdo que en una ocasión Alicia Eguren de Cooke, de la que fuimos amigos y siempre nos veíamos, le preguntó a un compañero del partido: “¿Cómo fue que ustedes pudieron ganar el SMATA Córdoba?”. Con lo que ella quiso decir: “¿Cómo pudo ser que ustedes con una fuerza tan pequeña dirigiesen el SMATA Córdoba?”. En esto tuvo mucha importancia el principio de la concentración de esfuerzos, de la que Gody Alvarez fue abanderado en el partido. Nuestro III Congreso definió este punto planteando que “en este período, el problema de tener un centro de concentración de fuerzas, y no varios, es clave para penetrar en los centros de decisión política del proletariado, en las grandes concentraciones industriales, y poder así tener real incidencia en la política nacional y regional. Siempre hay en una ciudad, una empresa desde la cual el proletariado puede incidir sobre las masas obreras y populares e ir definiendo la hegemonía en la lucha contra sus enemigos. Esa es una de las grandes enseñanzas de la experiencia del partido de Córdoba”. Eso estuvo en debate con lo de SITRAC-SITRAM. Porque mientras todo el mundo estaba deslumbrado y se quedaba a veces azorado observando los juegos de artificio de las declaraciones revolucionarias de SITRAC-SITRAM, nosotros, pacientemente, con Salamanca dirigiendo la

célula de nuestros compañeros en el SMATA Córdoba –que habíamos decidido que era el centro político de concentración del proletariado cordobés–, trabajábamos organizando a las fuerzas que iban a recuperar el sindicato en 1972. Claro que esto fue posible en un período de gran efervescencia política, con el proletariado protagonista del Cordobazo, que había hecho su propia experiencia con la traición de Elpidio Torres, etc.

–René Salamanca fue elegido secretario general del SMATA Córdoba en dos oportunidades: 1972 y 1974 ¿Qué balance hacen ustedes de ese período? ¿Qué enseñanzas les dejó el haber conducido la mayor experiencia clasista de la clase obrera argentina en ese período?

–Creo que el proceso de SMATA Córdoba está muy vinculado a la lucha que encabezaron los camaradas Funes, Luna y otros de Perdriel, que fue clave para poder ganar después el SMATA. Es decir, nosotros arrancamos con cuadros importantes dentro de Santa Isabel, pero los compañeros de Perdriel que participaban en el Cuerpo de Delegados del SMATA eran los delegados naturales de oposición a Elpidio Torres y nosotros ganamos a esos delegados.

Pero no se puede comprender lo del SMATA Córdoba sin tener en cuenta lo que fue René Salamanca. Es cierto que él fue un hijo de todo ese proceso, pero era un cuadro político del proletariado con características excepcionales. Yo, personalmente, no conocí nunca antes, durante mi militancia en el PC, a nadie como él. Tenía rasgos muy semejantes a cuadros del tipo de José Peter, como su grado de comunicación con las grandes masas, su sensibilidad. Al mismo tiempo poseía una gran claridad política. Cuando se incorporó al partido, más o menos en la época de la invasión soviética a Checoslovaquia, hicimos una reunión en Córdoba con él y con los integrantes del grupo político-sindical al que él pertenecía. Todos se afiliaron al PCR. Era un cuadro obrero que se destacaba nítidamente como dirigente. Tenía un conocimiento del movimiento obrero de Córdoba desde abajo, con una profundidad notable.

Insisto, él fue hijo de aquel proceso, pero éste también tuvo que ver con que él existiese como dirigente, y sus características personales de dirigente influyeron en las características del proceso. Porque en ese período de algunos años él hizo un prolongado trabajo “gris”. Tuvo que aguardar pacientemente hasta el momento en que, aplicando toda la astucia necesaria, pudo ser electo subdelegado de una sección para poder crear las condiciones para ser delegado, entrar al Cuerpo de Delegados y poder ser candidato a la dirección del sindicato. Salamanca integró la Comisión Política del PCR de Córdoba desde antes del I Congreso, e hizo durante mucho tiempo un trabajo de “patear” las calles, viendo a los obreros en la casa, en un momento en que había mucha represión y era muy difícil trabajar abiertamente en las fábricas.

El proceso del SMATA Córdoba permitió acumular una experiencia enorme al proletariado industrial. Nosotros dijimos muchas veces que lo que los obreros del SMATA Córdoba hicieron en borrador, los obreros de Ford lo pasaron rápidamente en limpio. Porque muchas de las cosas que realizaron en los años 80 los obreros de Ford, las hicieron a partir de que esa experiencia ya había sido transitada por los compañeros del SMATA Córdoba. Los aspectos relevantes del proceso de Ford son un desarrollo, superior en algunos casos, de la experiencia cordobesa.

—¿Ford también fue entendida como centro político del proletariado y por lo tanto como objetivo central del trabajo del PCR en esa zona?

—Claro. Ahí está otra vez la cuestión de si un partido con una línea revolucionaria, teniendo una fuerza pequeña, puede llegar a dirigir a un destacamento importante del proletariado industrial, y desde ahí influir sobre el movimiento obrero en su conjunto, en una ciudad, en el país, etc. Esta fue una de las experiencias del SMATA Córdoba. Lo fundamental es que allí el PCR se basó siempre en una línea de masas; antes de llegar al maoísmo y después de llegar a él.

—¿Qué se entiende por “línea de masas” en la dirección de una organización sindical?

—Significa que el centro son las masas; no utilizar la dirección del sindicato para sacar una declaración, o como trampolín para un frente con las fuerzas burguesas y pequeñoburguesas, o para cobertura del terrorismo pequeñoburgués. Esto siempre guió al partido. Eso es muy, muy importante. Nos generó a veces la acusación de reformismo de parte de algunos. Recuerdo que apenas tomamos la dirección del SMATA, el PCM, Partido Maoísta lo llamaban (ahora es el Movimiento Democrático Popular, aliado nuestro), sacó un volante contra nosotros acusándonos de reformistas. Y dentro del partido tuvimos una gran lucha en el propio CC en torno a esto, porque una de las primeras cosas que hizo Salamanca fue disponer que al sindicato no entrara cualquiera; sólo entraban los obreros. No se repitió la situación del SITRAC-SITRAM, donde cuando un obrero entraba al sindicato se sentía incómodo porque estaba lleno de estudiantes y de gente con la que él se sentía extraño en su propia casa. Nosotros nos preocupábamos por eso no por reformismo, no porque no consideráramos justo, ideal y sensacional el que las muchachas y los muchachos de la universidad pudieran estar mezclados con el proletariado industrial, sino porque lo fundamental eran las masas del proletariado. Y toda nuestra preocupación fue para ayudar a las masas a hacer su experiencia. Esta fue una de las cuestiones principales: unir a la masa, practicar una línea de masas y encabezar la lucha política de las masas sobre la base de tener claro el enemigo.

Nosotros en ese período cometimos muchos errores. Todavía teníamos una fuerte influencia del izquierdismo trotskizante. Pero, en general, considero que nunca nos equivocamos en el problema principal respecto del enemigo. Esto permitió que en 1973, esas masas que nos acababan de elegir a nosotros para la dirección del sindicato y a las que habíamos llamado a votar en blanco, aunque votaron por el peronismo mantuvieran su confianza en nosotros. La dirección nacional del SMATA, presidida por Kloosterman, pensó, ante ese voto

masivo por Perón, que había llegado el momento de recuperar la seccional Córdoba. Kloosterman en persona fue a la puerta del sindicato. Fue un desastre para él; le dieron vuelta el coche, lo sacaron corriendo, casi lo matan a palos. Esto se debió a que nosotros, si bien tuvimos esa línea de votar en blanco y manteníamos incrustaciones fuertes de izquierdismo trotskizante, habíamos participado en las columnas que fueron a recibir a Perón, y el SMATA Córdoba tuvo una posición favorable a su retorno. Pero sobre todo, siempre tuvimos en cuenta lo de las masas en todos los sentidos. Una línea de masas tiene que atender no sólo a su conciencia sino también a sus sentimientos. No estoy hablando de la “intuición” de los sindicalistas revolucionarios, ni del populismo. Quiero decir que para dirigir verdaderamente a las masas hay que ganar su conciencia pero también hay que ganar su corazón. Hay que tener en cuenta cómo sienten, cómo ven los procesos políticos y sociales. Cuándo están tristes y cuándo están alegres, como decía siempre Salamanca. Es decir que para un partido revolucionario es tan importante el velorio en la casa de un compañero, el acompañarlo en una situación así, como participar en una discusión de masas en una asamblea.

—¿La política de que los dirigentes del SMATA Córdoba volvieran periódicamente a la producción era parte de esa línea de masas?

—Exactamente. Nosotros pusimos en marcha en el sindicato un estilo clasista, que revolucionarizó la práctica sindical. Los dirigentes del sindicato continuaban percibiendo su sueldo de obreros y además iban a la producción en forma rotativa durante determinados períodos del año, empezando por Salamanca. Iban y trabajaban una semana o quince días por vez en la línea de producción, estaban junto con los obreros y escuchaban sus opiniones. Y lo fundamental fue un Cuerpo de Delegados como centro. A él concurrían los delegados con mandato de sus secciones, para lo cual debían hacer asamblea previa en su sección y luego regresar a informar de lo resuelto

por el Cuerpo de Delegados. Desde esta metodología, la gran asamblea de fábrica es secundaria, importante pero secundaria. Porque no es lo mismo para el obrero sencillo una asamblea de fábrica donde es muy difícil atreverse a hablar, más en fábricas de ocho mil o diez mil obreros, que una asamblea de sección donde todos se conocen. Allí nadie puede mandarse la parte de que es lo que no es, y cada uno, por sencillas que sean sus palabras, puede expresarse y dar mandato. Cuando nosotros olvidamos esta regla de oro y pusimos el centro en las asambleas que se hacían en el Córdoba Sport, nos fuimos desligando del proceso de masas, y eso fue lo que permitió que la reacción, la patronal y nuestros “buenos amigos” gelbardianos que instrumentaban el Pacto Social nos golpearan y pudieran intervenir el sindicato, como lo intervinieron los amigos de José Rodríguez, creando una situación muy difícil. Después la revertimos a través de un proceso muy duro, con Salamanca con orden de captura, con su adjunto Roque Romero en las mismas condiciones e incluso preso al poco tiempo.

Pero esa fue una regla de oro, la relación de la dirección con la masa a través del funcionamiento de esos cuerpos de delegados que bocetan la forma en que las masas del proletariado pueden tener una participación directa, no solamente en los acontecimientos sindicales, sino también en los acontecimientos políticos de la Argentina. Porque ese Cuerpo de Delegados del SMATA discutió todos los grandes acontecimientos políticos de esa época. Había una huelga de estudiantes y el Cuerpo de Delegados discutía; y eran los obreros los que iban a la calle y a la lucha, al paro y al abandono de fábrica por la ocupación de los estudiantes de la Facultad de Ingeniería de Córdoba, por dar un ejemplo. Ya lo dijo Lenin, es más importante que los obreros se solidaricen con la lucha estudiantil que lo contrario, porque cuando los obreros se solidarizan con la lucha estudiantil es que van tomando conciencia de su rol de vanguardia en la lucha democrática, en la lucha política, en las características que esta lucha tiene en la Argentina. Todo eso lo practicamos en el SMATA. Los obre-

ros mecánicos discutieron y tomaron posición activa frente a la sublevación de la policía y frente al Catamarcazo, frente al Navarrazo, frente a todos los grandes acontecimientos políticos. Y esto era un ida y vuelta permanente entre el Cuerpo de Delegados, el delegado y la sección, la sección, el delegado y el Cuerpo de Delegados.

Esta, creo, fue la experiencia más importante. Nos permitió llevar a la práctica lo que en el Capítulo 6 del II Congreso del PCR habíamos definido en cuanto al rol de los cuerpos de delegados como las formas que las masas encontraron en esos años como las más aptas para que el proletariado pueda jugar un papel dirigente en el proceso revolucionario argentino. Esto se fue graficando en una cantidad de ejemplos, hasta terminar en 1976 en lo que yo considero el acontecimiento máximo, cuando una delegación del Cuerpo de Delegados del SMATA Córdoba irrumpe en una reunión de la Multipartidaria con una declaración antigolpista. Era el momento en que toda la reacción, antes de dar el golpe del 24 de marzo, hablaba de los “soviets de fábrica” y estaban ocupadas las empresas del SMATA. Entonces se reúne la Multipartidaria encabezada por el gobernador interventor de Córdoba, Bercovich Rodríguez, más el cardenal Primatesta presidiendo la reunión, y aquella delegación obrera, ante el asombro de los partidos burgueses y pequeñoburgueses y de los ciudadanos que están ahí, entra con su mandato antigolpista a esa reunión honorable de Córdoba.

Creo que esa fue la experiencia más importante que nosotros realizamos y que luego llevamos a la práctica con el proceso que encabezó el compañero Miguel Delfini en Ford, cuando, como dije antes, pasamos en limpio los deberes y mejoramos lo que habíamos escrito en el borrador con la experiencia de las masas. Acá viene una gran enseñanza del movimiento revolucionario: las formas de lucha no se eligen, no se deciden en un laboratorio de la dirección de un partido político entre cuatro paredes, sino que las van encontrando las masas a través de sus propias experiencias. La labor del partido es sintetizar esas experiencias de las masas para elaborarlas, mejorarlas,

llevarlas de nuevo a las masas y comprobarlas. Ese ida y vuelta de la práctica que es el nexo fundamental entre el ideal revolucionario y el movimiento revolucionario real; la práctica revolucionaria que condensa en la organización.

—Quiero preguntarle acerca de una gran asamblea en la que junto a Salamanca se ubicaron Tosco y Firmenich. He leído un folleto del PCR que califica ese hecho como “el abrazo de la muerte” de los sectores prosoviéticos. ¿Sucedió durante la huelga larga del SMATA de 1974?

—Sí. Allí también cometimos errores. Las fuerzas pequeño-burguesas que estaban en el proyecto del golpe de Estado lograron meter en la presidencia de esa asamblea a esos dos dirigentes. La participación de Tosco era problemática porque a muchos obreros les hacía sospechar que había un intento de manipulación de la lucha del SMATA, por cuanto le conocían al dirigente de Luz y Fuerza su ubicación política de viejo compañero de ruta del PC. La presencia de Firmenich nos representó un golpe muy serio que nos aisló por un período del movimiento de masas del SMATA.

—La presencia de un jefe montonero en una asamblea de ese tipo indica que la lucha de líneas no era meramente teórica en el seno del movimiento obrero. ¿Qué formas asumía esa lucha en la práctica concreta, cotidiana, de la militancia en las fábricas?

—Tanto la lucha contra el reformismo pacifista como contra el terrorismo urbano por métodos proletarios revolucionarios, la planteamos a través de formas organizativas de masas, como fueron las formas de autodefensa que se implementaron en las tomas de fábricas. Fue una cuestión muy importante. Nosotros en esos años aprendimos que la única forma en que es posible llevar adelante la crítica al terrorismo urbano es planteando a fondo y defendiendo la línea de la insurrección con el proletariado como centro, y no a partir de una crítica de carácter reformista, parlamentaria, etc. La única forma de poder dar bata-

lla a ese izquierdismo pequeñoburgués es a partir de una línea proletaria que plantee a fondo la necesidad de la insurrección popular para acabar con el Estado oligárquico de los enemigos de la clase obrera y del pueblo. Otra enseñanza fundamental del SMATA Córdoba es que nosotros transformamos una fuerza pequeña en una corriente clasista donde surgieron decenas de cuadros comunistas revolucionarios que se formaron en la lucha política desarrollada con Salamanca a la cabeza. Allí realizamos un proceso de fusión con la masa obrera y de integración de nuestra línea revolucionaria. Es importante recordar que hubo reuniones conjuntas del Cuerpo de Delegados con las Ligas Agrarias que se comenzaban a organizar en Córdoba, con la Liga de los Tamberos, y que se desarrolló una experiencia en vinculación con las mujeres de los obreros en lucha y con el movimiento juvenil y estudiantil. El SMATA tuvo una comisión juvenil que encabezó el compañero Manuel Guerra, “Quebracho”, como lo llamábamos nosotros, quien fue secuestrado a fines de 1977 y desde entonces se encuentra desaparecido.

–Es llamativo que en todo el espectro de la llamada Izquierda Unida se reivindique a Agustín Tosco como el principal dirigente gremial de ese proceso en Córdoba y se oculte deliberadamente la figura de René Salamanca. Sobre todo lo hacen el PC y los grupos en los que se ha disuelto el ERP –incluido el MTP–, así como la Coordinadora alfonsinista.

–El problema es que Salamanca tuvo una identificación tan nítida con la línea de nuestro partido que es muy difícil para esas fuerzas prosoviéticas hablar de él. Primero, en aquella época, quisieron hacer ver que Salamanca no era comunista revolucionario, y trabajaron mucho y de distintas formas para intrigar y separarlo del partido. Para poder ser delegado Salamanca tuvo que ocultarse, y era un misterio qué era él en política, si era peronista de Obregón Cano, si era peronista de la Lista Azul opositora a Elpidio Torres, o si era amigo del PC, porque venía de un grupo procubano, algunos de cuyos integrantes eran hombres “tapados” de ese partido. Uno de ellos, Arroyo, está actualmente

en la dirección del PC de Córdoba. En el libro de Jorge Bergstein sobre el Cordobazo, Arroyo cuenta lo que hizo aquella jornada del 29 y dice: “nos encontramos con el grupo que integrábamos [no dice que el grupo ya estaba dentro del PCR] en la casa del Chanco” (éste era el sobrenombre cordobés que le daban a Salamanca). No lo nombra a Salamanca. Hasta ese grado de hipocresía llega para ocultar la participación de Salamanca y el PCR en los acontecimientos del Cordobazo. Entonces ellos, sobre todo a partir del trabajo del grupo de José Aricó, han hecho toda una cuestión para demostrar que Salamanca era un dirigente sindical que tenía una adhesión superficial, transitoria, aleatoria, a uno de los tantos partidos de izquierda que surgieron en ese proceso que era el PCR. Pero no es esa la verdad. Toda esa patraña cae por la posición tan clara que tuvo Salamanca frente al golpismo en el período del 74 al 76; porque hubieron cartas y grabaciones que fueron discutidas, conocidas por miles de obreros, donde Salamanca planteó claramente que la tarea central del momento era la lucha contra el golpe prorruso y proyanqui que se preparaba contra el gobierno constitucional peronista.

La influencia real de Salamanca sobre el movimiento obrero de esos años, donde el clasismo, confuso y con distintas variantes fue creciendo, era muy grande, porque era el dirigente del principal proceso del proletariado. Numéricamente, los mecánicos cordobeses constituían el principal destacamento del proletariado industrial del interior.

Al mismo tiempo, todo esto tuvo un gran peso en la lucha que se dio en los cuerpos de delegados de algunas grandes empresas, sobre todo en el proceso que se abrió en Acindar dirigido por Alberto Piccinini, y otros que hubieron en el Gran Buenos Aires y en el interior, como Ledesma en Jujuy, Grafanor, que dirigíamos nosotros en Tucumán, en el corazón de la zona donde se desplegó después la lucha guerrillera, una empresa de muchos miles de obreros cuyo Cuerpo de Delegados fue recuperado y dirigido por el partido en un trabajo de frente único. Vinieron también luchas muy grandes en el gremio de la carne en Berisso y en Rosario en las que participamos.

—¿Cómo y por qué razón se produce la intervención de José Rodríguez al SMATA Córdoba y el pedido de captura de René Salamanca en 1974?

—El SMATA Córdoba encabezaba la lucha contra el Pacto Social por aumento de salarios. Fue una lucha muy larga en la que fuimos aplicando medidas de quite de colaboración con permanencia en los lugares de trabajo. La producción se paralizó durante mucho tiempo. Otras innumerables luchas comenzaron a confluír. Las masas ya no soportaban ese Pacto Social de Gelbard. Hasta que se llega al famoso discurso de Perón del 12 de junio en la Plaza de Mayo. En él Perón ratifica el Pacto Social y la alianza con Gelbard, quien acaba de volver de Moscú donde firmó convenios que luego Isabelita impidió que se concretaran, y que finalmente concretó la dictadura de Videla. La vanguardia de todo ese proceso de lucha era el SMATA Córdoba, con sus asambleas masivas, de miles, en el Córdoba Sport.

Hechos como la participación de Tosco y Firmenich a que antes hacíamos referencia fueron creando en un sector de la masa la idea de que la huelga podría ser utilizada contra el gobierno peronista. No dudaban de Salamanca, pero luego de la muerte de Perón en julio de 1974 se crea una situación muy compleja, en la que los defensores del Pacto Social y de Gelbard avanzan hacia el golphismo e intervienen el SMATA Córdoba, que “desestabilizaba” la situación. Fue José Rodríguez (ese jerarca sindical amamantado desde niño por el PC, que lo promovió en sus orígenes como dirigente sindical y lo votó en encrucijadas como la de 1984, cuando podía perder la dirección del gremio) el que intervino el SMATA Córdoba y dio el argumento legal para la despiadada persecución posterior —estatal y patronal— que llevó a la cárcel a numerosos dirigentes de ese gremio, como Roque Romero, el secretario adjunto, detenido en 1974, que sufrió más de seis años de prisión en condiciones tremendas como las que existieron en las cárceles de la dictadura.

El hecho de que estos amigos públicos de Gelbard, como el PC, intentasen desviar las luchas para golpear a sus enemigos

dentro del gobierno, despierta temores en la masa. El 23 de septiembre hay una asamblea en la planta de Santa Isabel de IKA-Renault. Se hace allí porque Raúl Lacabanne, el interventor de Córdoba, prohíbe hacerla en el Córdoba Sport, donde se hacían habitualmente esas asambleas que cobraban una combatividad asombrosa y un alto nivel político. Pero eran engañosas esas asambleas, porque participaba sólo una parte de los obreros del SMATA y la entrada era relativamente libre para activistas de otros gremios. Concurrían hasta cinco mil obreros, pero sólo en Santa Isabel trabajaban ocho mil, que son los que participaron de la asamblea del 23, un lunes. El domingo habíamos estado reunidos en la Comisión Política del partido, que integraba Salamanca. En esa reunión, realizada en la ciudad de Córdoba, él estaba absolutamente seguro de que la asamblea se ganaba y que la lucha adquiriría gran magnitud. Al día siguiente, gran parte de la asamblea realizada en la propia fábrica, plantea continuar la lucha, pero la mayoría decide levantar la huelga, aceptar la oferta de aumento salarial y proseguir posteriormente la pelea por el reconocimiento de la dirección del sindicato. Salamanca, que está presente, reconoce la derrota. Sencillamente –dijo él entonces– las masas creyeron que la huelga amenazaba a su gobierno y quisieron defenderlo, y no por eso debía entenderse que abandonaban a la dirección sindical. Salamanca lo interpretó correctamente, y es muy difícil tener la sangre fría para interpretar correctamente lo que sucede en medio de una derrota. Fuimos a la gran masa y nos dimos cuenta que nos habíamos aislado de ella, confiados en que pensaba tal cual las resoluciones de las asambleas del Córdoba Sport.

La acertada interpretación de lo que allí sucedió fue el origen de la posición antigolpista del PCR. A partir de eso continuamos la lucha. Después vino la orden de captura contra Salamanca y se lo detuvo a Roque Romero. Salamanca vivía en la clandestinidad, en las difíciles condiciones de entonces, con las acciones de la Triple A. Pero por medio de volantes, de grabaciones y de la visita a casa de obreros –como al principio

de todo– fuimos volviendo a rearmar las fuerzas, hasta que a mediados de 1975 dirigiámos de nuevo, desde abajo, el movimiento de plantas del SMATA Córdoba.

–Me gustaría que me cuente cómo era René Salamanca personalmente; qué clase de hombres eran él y César Gody Alvarez –el secretario del PCR de Córdoba– que dirigieron el proceso del cual hemos venido hablando y que fueron secuestrados y desaparecidos por la dictadura videlista.

–Yo lo conocí a Salamanca en la reunión en que se afilió al partido, en la primavera de 1968. Gody Alvarez ya había comenzado a trabajar en Córdoba con el grupo que integraba Salamanca, un grupo de obreros en el que había un abogado apellidado Arroyo, que ahora es un dirigente del PC de Córdoba. Probablemente, éste hombre haya sido siempre del PC, o muy amigo al menos. Nosotros habíamos enviado a Gody Alvarez a Córdoba porque la organización del partido allí, como la de la mayoría de las provincias, inicialmente había sido copada por gente que en la ruptura –preparada con tanto tiempo, como hemos narrado– nos ubicó el PC. Esto quedó claro con el transcurso de los años. En el caso de Córdoba había también gente que venía del MENAP, pero que había estado tapada dentro de esa organización por los aparatos especiales del PC. Por lo tanto la situación era muy difícil.

Como recuerda el inefable Antonio Marimón en su novela *El antiguo alimento de los héroes*, César Gody Alvarez llegó allí con una valijita, sin dinero, y durante varios años vivió en malas condiciones, como pudo, en contacto con el movimiento obrero que comenzaba a bullir en Córdoba como preanuncio de lo que sería el Cordobazo. Recuerdo que lo autorizamos – una excepción que nunca se repitió en el partido– a que se sostuviera con los periódicos *Nueva Hora* que vendía. El partido, pese a ser pequeño, dirigía el Centro de la UTN y teníamos contacto con las principales empresas del proletariado cordobés, donde había algunos afiliados. Cuando hablamos de las grandes empresas hablamos de las que indican los cuatro pun-

tos cardinales de Córdoba, que son Santa Isabel de IKA-Renault, el complejo Fiat, Dinfia y ferroviarios. Gody Alvarez era un compañero de muchísima energía y pasión revolucionaria, que tenía la idea de que el proceso insurreccional en la Argentina iba a comenzar en Córdoba, que ya era la caldera que preanunciaba al 69, y donde bullía el movimiento estudiantil que estuvo a la cabeza de la resistencia al golpe de Onganía, en los acontecimientos que dieron origen al asesinato del estudiante humanista, cristiano, Santiago Pampillón durante la ocupación del barrio Clínicas. Y un movimiento obrero donde comenzaba a destacarse una cantidad muy grande de activistas sindicales opuestos a los jefes y burócratas. En este contexto Gody Alvarez tomó contacto con el grupo al que pertenecía Salamanca. Este grupo venía de romper con el peronismo ganado por ideas trotskistas semejantes a las del PRT-*La Verdad*, que durante muchos años practicó el entrismo en el peronismo. Ellos trabajaron intensamente en un proceso combativo que se abrió en Dinfia, que entonces era una empresa con muchos miles de obreros, apoyando a la dirección peronista combativa. Pero sucedió que se dio una lucha muy grande allí, creo que por el 64, y fue traicionada por esa dirección peronista combativa, y el grupo de Salamanca, que ya estaba adentro del peronismo, fue arrastrado por esa traición. Esto lo marcó mucho, porque a partir de ese momento ese grupo de obreros –un grupo muy pequeño, menos de diez personas creo que eran–, comenzó a buscar las vías para la constitución del partido revolucionario en la Argentina. El jefe de este grupo, cuyo nombre no recuerdo, se trasladó a Cuba donde vivió muchos años. Volvió cuando Salamanca era secretario del SMATA, después del 73, y se vio con él. Ese era el jefe, después estaba Arroyo, el actual dirigente del PC, que como ya le dije ni siquiera tiene la valentía de llamar por su nombre a Salamanca en sus recuerdos sobre el Cordobazo, con lo cual trata de ocultar el papel que le cupo a él y a otros dirigentes del PCR en esa lucha.

Esa primavera del 68 realizamos la reunión en una de esas viejas casonas de Córdoba con Gody Alvarez y con el compa-

ñero Oscar Marioni para afiliarse a ese grupo al partido. La reunión se produce pocos días después del pronunciamiento del partido contra la intervención soviética a Checoslovaquia, lo cual es significativo respecto de las condiciones en que se afilió Salamanca al partido. Esto tiene su importancia ante los intentos de utilizar, tergiversándola miserablemente, la figura de Salamanca despojándola de estos elementos de su pensamiento que fueron fundamentales en él.

Yo, personalmente, tengo que decir que la impresión que me produjo Salamanca en ese primer encuentro fue imborrable. Salamanca era un obrero de cerca de 28 años, unos diez años menor que yo. Para ese entonces yo había conocido una cantidad importante de dirigentes obreros. Algunos me habían impresionado muchísimo desde el punto de vista humano, como fue el caso de José Peter. Y de clase; cuando digo humano entiéndase de clase. Otros, por los que tuve un profundo respeto por su conocimiento político, sindical, etc., como Arnedo Alvarez o Rubens Íscar. Incluso antes de la ruptura, cuando estaba en el PC de La Plata, dirigimos un proceso muy importante como fue la recuperación del sindicato de la carne, que era el baluarte tradicional del peronismo después del 17 de octubre del 45; y ese proceso fue hecho por dirigentes combativos. Sin embargo, nunca conocí a un obrero con las características de Salamanca, con un conocimiento tan profundo, tan de abajo, del movimiento obrero cordobés. Era un compañero que cuando hablaba, como producto de su experiencia, hacía siempre una caracterización del movimiento obrero desde las entrañas del mismo y desde allí iba a la caracterización de los dirigentes.

Salamanca tenía además una aversión muy grande al foquismo. Quiero subrayar esto porque hechos posteriores, como la ocasión en que Firmenich se coló en un acto del SMATA han opacado esta cuestión. Y Salamanca tenía esa aversión porque rechazaba todo lo que implicase un menosprecio del rol revolucionario de la clase obrera. Tampoco he visto, salvo Gody Alvarez, un compañero con una confianza tan enorme, infinita se podría decir, en las capacidades revolucionarias de la clase

obrero. A esto unía una concepción muy clara sobre el rol del partido. En ese momento él estaba buscando partido revolucionario, y al poco tiempo de afiliarse, junto con Gody Alvarez, Oscar Marioni y Bernardo Rabinovich –quien actualmente es un comentarista periodístico en Salta– integró la dirección restringida del PCR de Córdoba, allá por la época del I Congreso.

Otra característica de René era su humildad, una humildad profunda de vida. La prensa registró en su momento las condiciones en las que vivían él y su familia, que eran extremadamente modestas. El no era un cuadro que requiriese de una exhortación especial para practicar aquello de “lucha dura y vida sencilla”, porque siempre fue un hombre de costumbres austeras. Fue él quien implantó en el sindicalismo argentino algo desconocido hasta ese entonces, que fue lo de seguir ganando como dirigente sindical lo mismo que ganaba como obrero en la fábrica y combinar el trabajo de dirección con el retorno periódico a la producción.

El otro rasgo que deseo destacar, verdaderamente notable, era su capacidad para conocer el estado de ánimo del conjunto de la masa. René llegó a tener un conocimiento profundo de Santa Isabel y de las empresas del SMATA Córdoba, siendo muy cuidadoso siempre de no atribuir a la masa las ideas de un representante o de un grupo. Tenía en cuenta que sólo en ocasiones de auge revolucionario, cuando la lucha de clases polariza el combate y se abren dos trincheras, la masa se ubica en forma total en una de esas trincheras. Esto se da en muy escasas ocasiones en la historia. Después la masa reconoce la existencia de innumerables afluentes, de acuerdo a la extracción de los obreros, a sus lugares de origen, su experiencia profesional, el tipo de tarea que realizan, las características personales, etc. No es lo mismo un obrero viejo, que está por jubilarse, que un obrero joven generalmente más combativo pero que, a veces, si carece de una clara conciencia de clase, solamente con pensar que tiene que pasarse el resto de la vida sudando plusvalía en las condiciones de explotación de las grandes empresas monopolistas de los países del Tercer Mundo, es tentado con facilidad a hacer

cualquier tipo de lucha, por audaz que parezca y cualquiera sea su resultado. Por lo tanto un dirigente tiene que tener en cuenta el conjunto de las opiniones de la masa. Esa fue una de las virtudes grandes de René. Desde antes que ingresara al partido él tenía un pensamiento, decía: “de aquí, de Córdoba, van a salir los cuadros que dirigirán un gran partido obrero en todo el país”. Y la verdad es que salieron muchos cuadros de Córdoba. Ahora, claro, el proceso feroz de la dictadura sangró eso. Pero ésa era la idea con la que él trabajaba; para tener en cuenta.

Es muy difícil encontrar cuadros tan vinculados a la masa como Salamanca y a los que, como a él, no parezca afectarles las derrotas. Era como una roca inconvencible. No porque no analizara o no sacara conclusiones de las derrotas. Ya vimos cómo reflexionó sobre su derrota en la asamblea aquella de septiembre del 74, una asamblea sobre la que él había tenido ilusiones que luego se demostraron equivocadas. Cuando se habla del genocidio de la dictadura, de la represión brutal que realizó, se debe tener en cuenta que segó la vida de miles y miles de los mejores hijos de nuestro pueblo, que en casos como el de Salamanca eran dirigentes llamados a grandes destinos.

Otra cosa que siempre tuvo en claro Salamanca fue el tema del poder, tan claro que a veces parecía soberbio. Porque él se entrevistaba con un dirigente obrero nuestro en una empresa y le decía: “¿Y usted, compañero, cuándo va a ser el secretario general de su gremio?”. No se entienda esto desde un punto de vista sindicalista. Siempre se recuerda la anécdota que siendo él un obrero de fila desconocido, pasando frente al SMATA Córdoba señaló la ventana de la habitación donde trabajaba Elpidio Torres y dijo: “Allí, en esa habitación, voy a estar yo dentro de poco”. Todos sabemos que ese “dentro de poco” fueron varios años en los que tuvo que hacer las mil y una para poder ser subdelegado burlando la vigilancia de todos nuestros enemigos, y a partir de ser subdelegado estar en condiciones de poder llegar al Cuerpo de Delegados y desde allí organizar el Movimiento de Recuperación Sindical que permitió recuperar el SMATA para el clasismo.

Se podría hablar mucho más de Salamanca, pero se podría resumir así: “Un verdadero dirigente proletario”, en el amplio sentido de la palabra. Uno de los mejores hijos que ha dado la clase obrera argentina desde el siglo pasado.

—¿Cuáles fueron las circunstancias de su detención en la misma noche del golpe de Estado de 1976?

—Sí, en la noche del 23 de marzo. Las circunstancias son muy confusas. René estaba muy perseguido y ya era evidente que se iba a producir el golpe. Había estado viviendo en refugios provisorios, algunos de los cuales habían sido allanados por el Ejército. Inclusive en uno de esos allanamientos había sido asesinada gente, dueños de la casa donde había vivido Salamanca, que no pertenecían a nuestra organización. Vivió también en un rancho de una chacra cerca de Río Segundo. Después estuvo en la ciudad, cuando el ritmo de actividades era muy intenso porque habíamos vuelto a dirigir el Cuerpo de Delegados y toda la organización del SMATA sobre la base de haber ganado la batalla política en torno a la lucha antigolpista. En febrero del 76 estábamos discutiendo con René que saliese de Córdoba. Esto era complejo por su relación con el movimiento de masas. Se decidió finalmente el traslado de Salamanca y su esposa a una casa segura. Como la inflación era muy grande y estaba al salir el golpe de Estado, se produjo una gran crisis y era muy difícil adquirir viviendas para alquilar. Esto se unía a la creciente represión contra el terrorismo urbano, que hacía que todas las inmobiliarias tuvieran un control especial de los servicios de inteligencia. De modo que se buscó con mucho cuidado en las condiciones de un partido que era bastante conocido, como el de Córdoba, alquilar una casa para Salamanca. Salían muy pocos avisos. Tengo entendido que la casa que se alquiló fue la única que apareció en varios días en los anuncios. A partir de aquí son versiones las que tenemos. Este es un tema que el partido ha investigado durante muchos años y que lo va a seguir investigando. Incluso en esta misma semana que estamos conversando, acabamos de tener nuevos

elementos sobre la detención de René. Porque sucedió que el departamento que alquiló Salamanca era el primer piso de una casa en cuya planta baja vivían los dueños. Y en ese primer piso habían habitado los hijos de los dueños, que eran militantes de una organización del terrorismo urbano. El Ejército realiza un operativo el 23 a la noche y llega a esa casa; según las versiones que tuvimos, en busca de los hijos de ese matrimonio. Salamanca, que hacía pocos minutos se había despedido de su compañera, está solo, y cuando el Ejército entra lo reconocen. Sectores de las fuerzas represivas dijeron siempre que llegaron a Salamanca por casualidad. Nosotros no decimos ni que sí, ni que no. Investigamos ese hecho. De allí fue trasladado a uno de esos “chupaderos”.

Tuvimos referencias sobre el lugar donde estuvo durante bastante tiempo. También tuvimos referencias sobre lo que sucedió después, pero esas son cuestiones que tendrán que ser investigadas con más profundidad. Lo que sí nos consta fue que tuvo un comportamiento digno y valiente frente al enemigo, porque como miembro de la Comisión Política de Córdoba y de la Comisión Política Nacional del Comité Central del PCR, René, no digo que conocía muchos secretos fuera de la acción de un partido compartimentado, pero conocía muchas cosas que hubiesen significado un golpe muy serio para el partido si hubiesen caído. Y nada de eso cayó.

Los servicios de inteligencia enemigos realizaron después una gran campaña de calumnia y mentira sobre esto. Tenemos además ahora un trabajo permanente de intrigas de todo el sector de José Aricó, como Antonio Marimón, Rafael Filipelli, Beatriz Sarlo y compañía sobre Salamanca, su vida, y también sobre Gody Alvarez.

Desde ya, el golpe a Salamanca generó una situación tremenda en el partido en Córdoba, porque como decía Gody cuando llegó a Buenos Aires después de eso, “uno allá nunca sabe dónde está, porque la casa más segura que teníamos era la de Salamanca y cayó”. El Ejército era prácticamente dueño de la ciudad de Córdoba en los primeros días del golpe; hacía

patrullajes incesantes acompañado de elementos quebrados de las organizaciones terroristas que marcaban a los luchadores populares, en las calles, en los cafés, en los trenes. Era un infierno la lucha en esas condiciones. Eso es lo que sabemos de la caída de Salamanca.

—¿Y sobre César Gody Alvarez?

—Gody Alvarez ha sido un cuadro muy importante en la historia de nuestro partido. Hechos muy importantes que ha protagonizado nuestro partido, y hechos muy importantes de la política nacional, tienen que ver con la participación de este cuadro revolucionario. Actualmente es víctima de un ataque concentrado de parte de renegados como Marimón, quien, pese a toda la basura que pretende tirar sobre Gody Alvarez en su novela, no deja de mostrar que en el fondo tiene todavía una admiración profunda por Gody Alvarez, porque Antonio, como lo llamábamos nosotros, era un cuadro que no podía dejar de suscitar ese tipo de sentimientos. No era una persona que pasaba indiferente o ante el cual podía haber una actitud desvaída, sino que era un cuadro que suscitaba sentimientos de aceptación o rechazo porque era un hombre muy pasional, un revolucionario íntegro que vivía para la revolución. Cuando recién fundamos el PCR viajó por tareas partidarias a Córdoba. Él era secretario de una zona de Capital, y al regreso planteó su deseo de ir a radicarse a esa ciudad porque, como él decía “la revolución en Argentina iba a comenzar en Córdoba”. Un cuadro que tenía una gran experiencia organizativa traída del PC. Un cuadro con un gran conocimiento militar, muy valiente, que protagonizó hechos muy conmovedores de la opinión pública de esos años, que fueron realizados por nuestro partido en la lucha contra las dictaduras de Onganía, Levingston y Lanusse. Un hombre apasionado que había sido boxeador, que amaba el teatro, que había trabajado en varios oficios, que era de una voluntad indoblegable cuando tenía que trabajar para convencer y ganar a una persona, como sucedió con Salamanca y con otros. Yo solamente quiero recordar de Antonio

tres cosas: era un hombre al que le era ajena toda idea de balance. Él podía venir del éxito más grande, como el triunfo del partido cuando encabezó el movimiento de unidad que ganó el SMATA, o inclusive cuando participamos del Cordobazo, o cuando de nada pasamos a dirigir un conjunto de centros estudiantiles en Córdoba o armar una fuerza en el movimiento rural y el campesinado, pero nunca estaba apresurado por hacer balance. Si uno no preguntaba podía no enterarse de las cosas que estaban sucediendo, porque siempre estaba pensando en lo que había que hacer para empujar el movimiento hacia adelante, y a partir de eso fue uno de los que libró la lucha decisiva contra la teoría del capitalismo dependiente. Hay que decir que si bien él no fue el que elaboró las conclusiones polémicas principales, fue sí el que libró la lucha a fondo contra esa teoría revisionista con mucha más firmeza que todos nosotros. Y junto con eso libró la lucha contra el profundo sectarismo que teníamos en nuestra línea sindical, en la cual la “pureza” de nuestra propuesta de “organización de comandos de lucha por un sindicalismo de liberación” –como ahora plantea el PC– en los hechos nos marginaba. Gody fue quien organizó, junto con los cuadros que protagonizaron la ocupación de Perdriel en Córdoba, el Primer Plenario de las Agrupaciones Clasistas 1º de Mayo en Córdoba; es decir que le corresponde haber sido el fundador de esa corriente. El y los compañeros de Dinfia organizaron la primera agrupación clasista y, luego, junto con Salamanca, Funes y otros, organizaron la Agrupación Clasista 1º de Mayo del SMATA y el plenario. Pero él tenía esa idea de que nosotros practicábamos una política ultraizquierdista que menospreciaba las funciones sindicales, la disputa por los puestos de dirección en los sindicatos, que era totalmente nefasta, porque, como solía decir Stalin y repetía Dimitrov, “es imposible dirigir a la clase obrera y hacer la revolución sin dirigir los sindicatos en el mundo capitalista”. Nuestras teorías insurreccionales quedaban totalmente en el aire en tanto y en cuanto no fueran acompañadas de una política para recuperar y ganar para una línea revolucionaria a las organizaciones

sindicales. En esta batalla fue que él luchó para que nosotros organizáramos, en unidad con otras corrientes, la CGT de Córdoba, constituyendo aquella regional donde estuvieron Atilio López, Tosco y Salamanca para el año 1973.

Otro ejemplo de sus ideas: Allá por el año 70 y pico, cada vez que nos encontrábamos tenía una idea permanente, y era que nosotros no teníamos un partido lo suficientemente forjado para enfrentar la muerte. Nosotros teníamos que forjar cuadros que no temiesen a la muerte –decía–, eso les permitiría enfrentarse a la tortura y todo lo que fuese necesario. Recuerdo largas conversaciones con Antonio sobre esto, estando en China en 1972. Y recuerdo todavía la última conversación que tuve con él 24 horas antes de que fuera detenido, en un bar aquí en la Capital Federal. Estaba muy preocupado por la situación en Córdoba, que como dije era de una extrema fragilidad. Pero al mismo tiempo estaba preocupado por ese otro tema, que pasó a ser decisivo en los años que siguieron. Quiere decir que siempre estaba preocupado por cómo el partido agarraba el eslabón decisivo –como diría Lenin– que tiraba de toda la cadena. Y en ese momento, en el año 76, el eslabón decisivo era cómo un partido que había sido educado para la ofensiva en condiciones de triunfos rápidos, según se pensaba, sabía replegarse; cómo eramos capaces de salvar al partido manteniendo las relaciones con las masas, y para esto cómo forjábamos cuadros capaces de dar la vida por el partido. Y Antonio fue uno de esos cuadros. Tenemos relatos sobre su actuación frente a los torturadores en un chupadero de la Capital Federal; sabemos que los enfrentó con total firmeza. Él conocía muchísimos secretos del partido, por ejemplo, conocía la casa en la que siguió funcionando la Comisión Política hasta un año y medio después de haber sido él secuestrado, sin que dijera nada. De allí también el repudio que nos produce la infamia del ataque de este escriba del aricoísmo, Marimón, cuando presenta a Antonio como a un hombre corrupto y sin principios, siendo que el propio Marimón, que entonces tenía vinculación con nuestro partido, no estaría vivo si Gody Alvarez hubiese hablado.

NUEVA HORA

ORGANO DEL
PARTIDO COMUNISTA
REVOLUCIONARIO
DE LA ARGENTINA

¡ PROLETARIOS Y PUEBLOS OPRIMIDOS DEL MUNDO, UNÍOS !

AÑO VII - N° 141 - (Época legal) N° 33

2ª quincena de Mayo de 1974

5 3.-



En el SMATA-Córdoba se impuso la Lista Marrón

GRAN TRIUNFO DEL CLASISMO A CINCO AÑOS DEL CORDOBAZO

Tapa del periódico *Nueva Hora*, N° 141, 2ª quincena de mayo de 1974.



Rene Salamanca encabezando una marcha del SMATA Córdoba.



César Gody Alvarez, “Antonio”, Secretario del PCR de Córdoba, detenido-desaparecido el 23 de abril de 1976. A la derecha, abrazándose con René Salamanca por el triunfo de la Lista Marrón en el SMATA Córdoba, 1974. Véase la biografía *El gordo Antonio* (Pilar Sánchez, Ágora, 2008).



Festejos por el triunfo de la Lista Marrón encabezada por René Salamanca y Roque Romero en el SMTA Córdoba, 1974.



Salamanca hablando en una asamblea y en un acto junto a otros dirigentes combativos (en el extremo derecho, Agustín Tosco).



René Salamanca junto a su esposa Olga Cortés
y su hija Paola, 1974.

XII

LA EXPERIENCIA CHILENA

–Una experiencia política que influyó de distintas formas en el movimiento popular y en la izquierda en la Argentina de los años 70 fue la del gobierno de la Unidad Popular en Chile. En documentos del PCR referidos a este tema encontré las que habrían sido las enseñanzas de ese proceso para su partido. Pueden resumirse en cuatro puntos: el fracaso del llamado “tránsito pacífico al socialismo”; la hipocresía de la “ayuda” soviética; la inoperancia de la crítica doctrinaria a la hegemonía burguesa, aislándose de las masas sin ayudarlas a despojarse de la influencia de la burguesía reformista, contra la que ese doctrinarismo predicaba; y por último la inevitabilidad, en esas condiciones, del golpe de Estado. Es sobre estos cuatro temas que quisiera que conversáramos.

–La experiencia del gobierno de la Unidad Popular con Salvador Allende en Chile despertó muchas ilusiones en América Latina. La reiteración del camino electoral y pacífico para intentar un gobierno de carácter popular produjo esas ilusiones también en otros continentes, estimuladas por las tesis de Nikita Jruschov ante el XX Congreso del PCUS. Digo “reiteración” porque antes y después de la Segunda Guerra Mundial hubo en Chile experiencias similares, algunas de las cuales, como la de González Videla, tuvieron un fin bastante desastroso. Esa fue una experiencia trabajada durante muchos años

en Chile, desde el período en que el Partido Comunista estaba en la clandestinidad durante el gobierno de Jorge Alessandri y luchaba por la legalidad y por la construcción de la Central Única de Trabajadores, que entonces presidía Clotario Blest. Es la época de la lucha por ir forjando un instrumento político apropiado para llegar a utilizar las elecciones para ganar el gobierno en Chile. La utilización del mecanismo electoral en países con régimen presidencial no parlamentario era una originalidad, porque cuando se habla de camino electoral generalmente se hace referencia al régimen parlamentario tradicional en las democracias europeas, en el que existe la posibilidad de una mayoría que imponga un Primer Ministro, y desde allí construir un gobierno de Unidad Popular. Así había pasado en el Frente Popular en Francia en la década del 30, en el Frente Popular en España, en los gobiernos de unidad en la posguerra en Italia y Francia, etc. Esta era una particularidad del camino chileno que venía a abonar una expectativa esperanzada en la izquierda de América Latina y que polemizaba con la necesidad de la vía armada que había demostrado la Revolución Cubana, vía que estaba siendo cuestionada con el fracaso de las experiencias guerrilleras en Centroamérica, Venezuela, Perú, Argentina, Bolivia, Brasil, y su estancamiento en Colombia.

El movimiento comunista y socialista tuvo en Chile una originalidad sobre los otros países de América Latina, puesto que tanto el Partido Socialista como su continuador, el Partido Comunista bajo la dirección de Emilio Recabarren, surgieron directamente del movimiento obrero, aunque con dificultades para ganar inicialmente a la intelectualidad y al movimiento campesino. Como nos dijo Luis Corvalán a fines de 1959 en una conversación que tuvimos con el compañero Jacobo Perelman en Chile, a diferencia de otros países de América Latina el movimiento comunista chileno tuvo esa ventaja, que al mismo tiempo fue una dificultad por la cual fue uno de los partidos que más tardó en definir el carácter de la revolución en su país. Esto tiene que ver con que ese movimiento obrero fue, con el paso de los años, muy lastrado por el economicismo sindica-

lista y uno de los más consecuentes defensores del camino pacífico en Latinoamérica, antes de la Segunda Guerra Mundial y con posterioridad a ella. Hemos hablado largamente sobre el contexto en que se daban los debates acerca de la vía de la revolución en el momento de nuestra ruptura y los años posteriores: el Mayo Francés, Cuba, Vietnam y sobre todo la crítica radical al reformismo que hacía la Revolución Cultural dirigida por Mao Tsetung. Por eso la experiencia chilena fue tomada como bandera de todos los defensores del camino pacífico, del camino jruschovista del XX Congreso del PCUS.

Usted habrá visto en nuestros documentos de entonces que nosotros frecuentemente hablábamos de la “crisis del reformismo”. Era una tesis que estaba en discusión dentro de nuestro propio partido. Ya en el I Congreso, bajo una forma un tanto elusiva, se habían opuesto a esta tesis Oscar Landi y Carlos Altamirano, que eran miembros de nuestro partido. Y en el II Congreso, que se hizo a inicios del año 1972, ambos sostuvieron que tal crisis no existía. “Miren al Perú, miren a Bolivia, miren a Chile”, decían. Eran pruebas de que el reformismo avanzaba. En esto tuvieron el apoyo tácito de Julio Godio, integrante del Comité Central del PCR entonces.

En el interregno se produjo el desastre del gobierno nacionalista populista de Juan José Torres en Bolivia, luego de esa Asamblea Popular que bordeó entre proclamarse una especie de soviét y un gobierno paralelo, y que fue el preámbulo de la prolongada dictadura militar que sufrió el pueblo boliviano con Hugo Banzer. Pero en esos momentos estaba en su apogeo la experiencia peruana, que había realizado (por lo menos así se difundía propagandísticamente en el mundo) la reforma agraria, y estaba liderando un proceso populista conectado, a través de los servicios especiales soviéticos, con el proceso que iniciaban los militares panameños con Omar Torrijos. En ambos procesos los sectores prosoviéticos eran fuertes en el área de inteligencia.

Y aquí surgían teóricos como Norberto Ceresole que publicaron una serie de libros y artículos sobre la experiencia peruana para trabajar dentro del Ejército. Y teníamos la expe-

riencia chilena que avanzaba. Todas eran experiencias de la vía pacífica que demostraban, según Altamirano, Landi y Godio, que la tesis del fracaso del camino reformista era equivocada. Bien, viendo las cosas desde hoy, se podría decir que tenían razón, porque el reformismo goza de buena salud. Pero hay que reconocer también que en esos años del Mayo Francés, del Cordobazo, del triunfo de la lucha liberadora del pueblo vietnamita, de la Revolución Cultural, el reformismo pasó efectivamente por una crisis, aunque hoy se haya recuperado.

En el año 1972 estuvimos de paso en Chile con Gody Alvarez y otro compañero. Era visible la profundización de un proceso revolucionario que desbordaba al reformismo de la dirección de ese proceso. Se discutía entonces si se había abierto en Chile un proceso de auge revolucionario o si simplemente se trataba de una experiencia ordenada de tránsito pacífico al socialismo. Nosotros, que recorrimos en esa ocasión el sur del país desde Puerto Montt hasta Santiago de Chile, vimos que había una efervescencia de masas impresionante, con una radicalización muy grande que se acentuó posteriormente, en los meses previos a la caída de Salvador Allende en septiembre de 1973. Nosotros conocíamos muy bien –personalmente– a la dirección del PC chileno, a su secretario general Corvalán; a Manuel Cantero, secretario de Organización; a Mario Zamorano, de Propaganda; a Lucho Figueroa, que fue el secretario de la CUT, Gladys Marín, Volodia Teitelboin, etc. Y también a algunos dirigentes del Partido Socialista como José Tohá, ministro del Interior –al que ya había conocido en 1951 en el Festival Mundial de la Juventud en Berlín– y que después fue detenido en el asalto a la Moneda para ser posteriormente asesinado. Conocíamos igualmente a dirigentes del Partido Radical, fieles compañeros de ruta del PC como Raúl Morales Adriazola, Orlando Cantuarias, Anselmo Sule, que ahora es dirigente de la organización de Partidos Democráticos de América Latina, y que fueron todos dirigentes de la Federación Mundial de Juventudes Democráticas.

Conocíamos bien la profundidad de las ideas reformistas de esa dirección. Era una dirección que estaba totalmente con-

vencida de la posibilidad de ese tránsito pacífico. Pero ya había cambiado la línea del PCUS para el Tercer Mundo después de los golpes de Estado en Brasil, en Ghana, en Indonesia, etc., y la dirección soviética observaba ese proceso con desconfianza, dejando en el aire a Salvador Allende. Esa era otra característica importante de lo que estaba sucediendo. Es decir, el cambio que se produce entre Jruschov y Brezhnev hace que el proceso chileno se reorienta en el sentido de ir combinando las posiciones que habían conquistado por la vía pacífica, para organizar una fuerza en el seno del Ejército y de las Fuerzas Armadas a través de amigos o aliados como el general Carlos Prats y otros. Esta fuerza militar debía empalmar con el gobierno civil, y junto con la insurgencia popular que era organizada por la izquierda, garantizaría el poder en Chile. Ese era el cambio que empujaba Brezhnev apoyado por Fidel Castro, quien siempre estuvo en contra de la posibilidad de un tránsito pacífico en Chile. Esto hay que tenerlo en cuenta, porque ése fue un tránsito pacífico que venía con estos ingredientes. No era —ya por el 72, 73—, un tránsito pacífico inocente y angelical, sino que buscaba afirmarse en una fuerza amiga en el Ejército, la Marina y la Aeronáutica. Desde ya que, como sucedió en otros lugares, cometió el error de considerar amigos o neutrales a generales como Augusto Pinochet, que luego fueron los que encabezaron el golpe de Estado; pero no fue que los dirigentes del proceso chileno jugaron inocentemente allí.

Esto tiene que ver con un punto que usted traía: el carácter hipócrita de la llamada ayuda soviética. Es conocido por testimonios directos el descontento de Salvador Allende respecto de ella. El dirigente del SMATA José Rodríguez, por ejemplo, dice que muy pocos días antes del golpe, en una entrevista personal que él tuvo con Allende en un Congreso que se realizaba en Chile, el presidente chileno le confesó la desilusión con la que había regresado de la URSS. Y hay muchos otros testimonios de esto. Efectivamente, Salvador Allende fue esperanzado en que, ante las difíciles circunstancias de la economía chilena de esos días, y acosado ya por los preparativos

golpistas, los soviéticos iban a respaldar con todo su poderío a la experiencia de la Unidad Popular. Y Brezhnev se desentendió de esto, lo que le produjo una profunda depresión a Allende, quien de regreso de la URRS, aunque no lo tenía planificado, pasó por Cuba y tuvo allí entrevistas que al parecer también lo desilusionaron. Por lo cual, enfrentó el proceso de esos días con una cuota muy grande de resignación y de entereza moral que, independientemente de lo que se considere sobre el contenido de la experiencia que él encabezó, son importantes a tener en cuenta. Porque la forma en que él enfrentó a los golpistas y la soledad relativa de ese día de septiembre en Chile, tienen que ver con las condiciones concretas en las que esa experiencia pacífica podía terminar. A nosotros nos consta que Moscú sabía que el golpe venía, y descontaba que el golpe iba a triunfar. No sé si sabía la posición concreta que tenía en esto Pinochet y otros generales, pero nos consta que a gente muy importante de los soviéticos en Chile se la retiró de allí antes del golpe, a partir de tener conciencia de que el golpe venía y triunfaba. Esa fue la experiencia chilena. Un fracaso más del “camino pacífico al socialismo”. Nos lo preanunció el camarada Keng Piao del PCCh en mayo de 1972 en Pekín: “Van al desastre en Chile; van a fracasar”. Lo que no fue obstáculo para que los maoístas reconociésemos la entereza moral de Salvador Allende, a quien Chou Enlai llamó por su posición frente al golpe: “un gran patriota”.

—El gobierno chino continuó manteniendo relaciones diplomáticas con Chile después del golpe del 73. Por esta razón fueron duramente criticados por la Unión Soviética y sus aliados. ¿Qué opina de esa actitud china?

—Este tema ha sido utilizado para hacer una crítica a Mao y a Chou Enlai. La actitud del gobierno chino de continuar manteniendo relaciones con Chile después del golpe de Estado entiendo que fue correcta. Estuvo en correspondencia con los cinco puntos de coexistencia pacífica aprobados por la conferencia de Bandung en 1955. Esos puntos fueron redactados

personalmente por el camarada Chou Enlai y constituyen el abecé, la piedra de toque de las relaciones entre los países del Tercer Mundo frente a las superpotencias, a los imperialismos y a las condiciones políticas concretas del mundo contemporáneo. Hay que diferenciar las relaciones entre Estados de las relaciones del internacionalismo proletario y de las relaciones entre los pueblos y la clase obrera. Son cuestiones diferentes. El gobierno chino también tenía relaciones con el gobierno birmano, lo que no obstaculizaba la ayuda internacionalista a los revolucionarios de Birmania. Tampoco el reconocimiento dado por la naciente República Soviética a la Italia fascista en la década del 20 significó que el movimiento comunista internacional dejase de apoyar a los comunistas y a la clase obrera italiana en su lucha contra el fascismo. Esto tiene relación con el problema de Pinochet. Claro, los soviéticos fueron heridos “en el ala” –como se dice vulgarmente– por el fracaso de la experiencia chilena, que desenmascaró la falsedad de la llamada vía pacífica, y al mismo tiempo desenmascaró la hipocresía de la ayuda soviética. Ellos contestaron con el retiro de su embajada en Santiago y las de sus países satélites, en una política que en definitiva terminó canjeando al secretario del PC de Chile por un agente de la CIA, hecho verdaderamente inaudito en las reglas del movimiento comunista y obrero internacional. La hipocresía de esto se evidencia en otra cuestión. La URSS no rompió relaciones ni retiró su embajada de Indonesia después del triunfo del golpe de Estado contra Sukarno y del asesinato de centenares de miles de comunistas de Indonesia. ¿Por qué lo que era bueno en Indonesia era malo en Chile? Para no hablar de su apoyo a Lon Nol en Camboya y de las anécdotas acerca de que el embajador soviético fue el último en evacuar Pnom Penh.

Esta hipocresía de los soviéticos tiene que ver con otra cuestión que va a aparecer en Chile y que está relacionada también con la llamada Revolución Nacional de los militares peruanos, que es el problema campesino. Porque la URSS, transformada en una potencia imperialista que impulsa sus propios procesos

revolucionarios en busca de constituir una burocracia afín y subordinada a la burguesía burocrática soviética, se opone a la entrega de la tierra a las masas campesinas. Y esto, que se está viendo ahora en Nicaragua, se vio anteriormente en Chile y en Perú.

Claro, la entrega de la tierra a las masas campesinas obliga a la necesidad de un trabajo político y a la práctica de la línea de masas. Obliga a que esa entrega de la tierra no implique el desarrollo de fuertes tendencias burguesas, sino que sobre la base de apoyarse en el proletariado agrícola, en el semiproletariado, en el campesinado pobre, se pueda neutralizar a los campesinos medios para poder aislar y golpear al campesinado rico e impulsar un proceso consciente de camino al socialismo a través de la vía cooperativa. Este proceso fue abandonado por los soviéticos.

En Perú apoyaron la constitución del SINAMOS, un organismo burocrático para manejar las cooperativas y otras organizaciones que crearon, a través del cual quisieron evitar que el campesinado peruano, por la vía de las comunidades o por la vía individual dispusiese verdaderamente de la tierra.

Y en Chile les daban la tierra pero no les daban los títulos de propiedad. Con el cuento de la provisoriedad, les daban el uso de las máquinas agrícolas en forma cooperativa (administradas en realidad por burócratas estatales). Esto permitió que con posterioridad Pinochet entregara muchos de esos títulos de propiedad prometidos a los campesinos y se ganara así un apoyo sólido para su política reaccionaria.

La aplicación de esas políticas impulsadas por los soviéticos se apoyó en fuertes tendencias izquierdistas trotskizantes en Chile, debidas a las características de los orígenes del movimiento obrero y comunista chileno a las que me referí antes. Su falta de arraigo en el campo, el retraso en la definición del carácter de la revolución, la subsistencia de tendencias obreristas que subestimaron siempre la importancia de la alianza obrero-campesina como base de la revolución en Chile.

Hubo grandes mitines en el sur de Chile donde la masa del campesinado mapuche, sediento de tierra, exigía que se avan-

zara en el camino de la reforma agraria; estaba muy descontento con las medidas de gobierno de la UP y esto jugó, yo diría en forma decisiva, para facilitar el aislamiento de ese gobierno y del proletariado chileno y que esa experiencia terminara como terminó.

–Hubo tomas de tierras por campesinos pobres. El Movimiento de Izquierda Revolucionaria las impulsó...

–Sí, el MIR intentó algo, pero también con una línea izquierdista.

–¿A ellos se referían ustedes al hablar de esa “crítica doctrinaria”, sobre la que yo le preguntaba antes?

–No. Lo de la crítica doctrinaria se refiere más a la línea que tuvo el Partido Comunista Revolucionario de Chile, maoísta, alguno de cuyos dirigentes escribió un análisis posterior al golpe de Pinochet en el que presenta el camino pacífico en Chile como un camino bobalicón, ingenuo, aparentando desconocer la fuerza del trabajo de penetración del socialimperialismo soviético en las Fuerzas Armadas chilenas. El PCR chileno enfrentó el proceso de Salvador Allende con una crítica doctrinaria de izquierda que lo descolgó totalmente del movimiento de masas de esos años. Esta crítica doctrinaria hizo una caricatura del maoísmo en Chile. Con posterioridad al 76 la dirección de este partido adhirió a las tesis de los “Cuatro” en China. Uno de sus dirigentes, Robinson Rojas, escribió un libro sobre los acontecimientos de 1976 en China. En una ocasión, los dirigentes del PCR de Chile tuvieron una entrevista con Mao Tsetung de la que salieron muy irritados. El camarada Mao escuchó los planteos que le hicieron estos compañeros de la dirección del PCR chileno, y al despedirse él le apoyó suavemente el brazo en el hombro a uno de ellos y le dijo algo así como: “A nosotros, los intelectuales, nos cuesta mucho, en un proceso muy largo y doloroso, fundirnos con las masas obreras y campesinas, y tenemos mucha facilidad para hacer elaboraciones de tipo doctrinario alejadas de la realidad”. Salí enojado con esto, y lo comenté incluso con dirigentes del CC de Vanguardia Comunista

de la Argentina. Yo recuerdo que uno de ellos nos dijo: “Este Mao, tan elusivo siempre”. Pero visto ahora a la distancia, creo que Mao tuvo razón. Ese izquierdismo hizo una crítica del proceso revolucionario chileno, de que el mismo estaba dirigido por la burguesía, y pronosticó su seguro fracaso, pero a partir de eso se refugió en el doctrinarismo estéril. Esto fue para nosotros de mucha utilidad en el estudio de esa experiencia.

—¿En relación al peronismo y a lo que sucedía en la Argentina?

—En relación con lo que se abrió en la Argentina en el 73. Porque nosotros veníamos del voto en blanco y de la oposición, y al abrirse ese gigantesco proceso de masas se nos apareció el fantasma del PCR de Chile, que en medio de ese movimiento de masas, de millones que se movilizaron en Chile acertada o equivocadamente, quedó marginado por su crítica doctrinaria a ese proceso, y en el momento en que la lucha de clases llegó a su máxima confrontación en septiembre de 1973, estaba absolutamente excluido de toda posibilidad de jugar un papel activo en el mismo.

Esa crítica doctrinaria es la quintaesencia de lo opuesto al maoísmo. Porque una de las características principales del maoísmo es la línea de masas, es tener en cuenta no solamente lo que la doctrina permite alumbrar sobre la esencia de un proceso y su posible desemboque, sino tener en cuenta cómo ven las masas a ese proceso, para tratar de acompañarlas y de dirigir las en una experiencia que les permita avanzar en un sentido revolucionario. Esto nunca puede hacerlo el doctrinario, porque éste se coloca fuera de la lucha de clases. Frente a ésta, que siempre divide a la sociedad en dos trincheras contrapuestas, el doctrinario, que ha sido incapaz para cavar una de esas trincheras, actúa como si pudiese encontrar un balcón desde el cual observar esa confrontación. Desde allí dirige sus críticas justas pero olímpicamente desvinculadas del proceso real en el que transcurre la lucha de clases, en la que él tendría que actuar como vanguardia para poder per-

mitir que finalmente desemboque en la revolución. Por eso decimos que nos ayudó muchísimo para enfocar las tareas que teníamos en la Argentina.

Nosotros sacamos experiencia, pero también los rusos y los yanquis. Todos sacaron experiencia del proceso chileno. Los rusos hicieron un análisis; “ayudaron” a la dirección del PC chileno –que se trasladó a la URSS y a Alemania Oriental– a analizar crítica y autocriticamente ese proceso. Ellos criticaban, por ejemplo, el pluralismo en la dirección del frente único chileno. Porque era evidente que las propias discrepancias del movimiento comunista internacional entre cubanos, soviéticos y otros se expresaban en la existencia de varias líneas políticas, como la del MIR, las diversas líneas en el seno del socialismo chileno –también influenciado por la socialdemocracia internacional–, la de la dirección del PC, etc. Este pluralismo impidió que los acontecimientos tuvieran una dirección homogénea. Fue por esta conclusión que posteriormente en Nicaragua, a través de la participación activa de los cubanos, se empujó la unificación de las fuerzas revolucionarias con métodos no muy ortodoxos, porque se hizo con algunos ajustes de cuentas de revolucionarios nicaragüenses que se oponían a la dirección de Daniel Ortega y todos los otros sectores que se unificaron bajo la batuta de Fidel Castro, y que incluyó el traslado a Cuba de los elementos maoístas disidentes para su reeducación. Este proceso iba a llevar también a una serie de ajustes de cuentas en el El Salvador. Esta fue una de las conclusiones que se sacaron en Moscú y en el PC chileno de la experiencia de la UP.

–Recuerdo que la prensa de izquierda venezolana comentó en su momento, a propósito de la muerte de Roque Dalton, que éste se hallaba escribiendo una novela cuyo protagonista era Lenin. En la ficción del relato, Lenin resucitaba y mostraba su indignación ante el rumbo capitalista de la nueva sociedad soviética. ¿Ustedes conocen detalles de su asesinato en El Salvador?

—Es muy confuso. Hay distintas versiones sobre eso. Roque Dalton fue un compañero salvadoreño con el que nosotros tuvimos una relación muy estrecha, que hizo referencia en algunos libros y publicaciones suyas a posiciones nuestras en esos años. Él vivía en Cuba. Nosotros lo conocimos anteriormente, porque tanto él como Fonseca Amador, el fundador del sandinismo, participaron en iniciativas de la Federación Mundial de Juventudes Democráticas. Posteriormente, Dalton fue el delegado del PC de El Salvador en la *Revista Internacional*. Yo no conozco bien los detalles, no quiero hacerme eco de versiones que han llegado hasta nosotros porque no estamos seguros de la seriedad de las mismas, pero queda claro que el proceso de discrepancias doctrinarias y políticas en cuanto a la línea del movimiento revolucionario, tanto en Nicaragua como en El Salvador, implicó algunos “ajustes de cuentas”.

Esto de la dirección homogénea tiene que ver también con algunos acontecimientos que se produjeron en la Argentina como balance del proceso chileno. Por ejemplo, el hecho de que en el gobierno peronista existiese un frente único liderado por Perón pero hegemonizado por las fuerzas prosoviéticas que habían copado el gabinete, la dirección del partido, la dirección de la CGT y que tenían su figura máxima en Gelbard, no fue obstáculo para que los soviéticos, a través de la influencia que tenían en las organizaciones que estaban dirigidas por sectores procubanos —como pasó con la dirección de Montoneros— golpearan a Perón.

En el mismo momento en que ellos invitaban a Perón y Gelbard viajaba a Moscú, desde la izquierda hostigaban a Perón. Organizaban grandes actividades y en las movilizaciones de masas denostaban a Perón y a su mujer. Es decir que lo que practicaron en la Argentina también tuvo que ver con esa línea posterior al proceso chileno de intensificar la lucha dentro de la unidad de los frentes en los que participaban.

Quiero señalar una cuestión más. Nosotros tuvimos esta posición frente a la experiencia chilena, pero fuimos motores en la Argentina del movimiento de solidaridad con la clase

obrero y el pueblo chilenos a través de una organización que se desarrolló en esos años: OSPLA, Organización de Solidaridad con los Pueblos Latinoamericanos, en la que participaron algunos camaradas nuestros de dirección junto a otros dirigentes políticos del peronismo, del radicalismo, incluso algunos que entonces eran desconocidos, como Dante Caputo, y que luego iban a adquirir notoriedad en la política argentina. Desarrollamos una labor de solidaridad muy intensa, independientemente de las opiniones que nosotros teníamos y tenemos sobre el proceso chileno, porque en esto nos mantenemos fieles al principio con el que organizamos el partido en su origen: nosotros no condicionamos la solidaridad con la clase obrera y el pueblo de ningún país del mundo al camino que ese pueblo escoja para su lucha revolucionaria y a la forma que el proceso revolucionario adquiere en ese país.

—¿El desenlace de la experiencia chilena de la Unidad Popular, clausurada por el golpe de Estado del general Pinochet, los guió a ustedes para prever el golpe que se avecinaba también en la Argentina?

—Efectivamente. Cuando Perón gana —por mayoría abrumadora— las elecciones de septiembre de 1973 con el apoyo de la casi totalidad de la izquierda prosoviética (como el Partido “Comunista” y los Montoneros) y mantiene a un hombre del riñón del aparato soviético en la Argentina, José Ber Gelbard, al frente del Ministerio de Economía, ya se habían impuesto golpes proyanquis en Brasil, Uruguay y Bolivia. En Paraguay se mantenía Stroessner, quien pese a su amistad con Perón era dócil a las exigencias yanquis. Y acababa de triunfar el golpe proyanqui en Chile. Todo el tablero del Cono Sur había cambiado y el jaque al gobierno peronista era inevitable. Perón iba a resistir al imperialismo yanqui, y su acercamiento a Cuba y a la URSS tenía que ver con esto, lo mismo que su política tercermundista. Pero su influencia política en el gobierno estaba contrabalanceada por la hegemonía real de las fuerzas prosoviéticas, que había crecido en el Estado argentino desde 1971

cuando Lanusse conquistó el gobierno. La estabilidad del gobierno de Perón dependía de la posición de los prosoviéticos ya que él no seguiría, no quería seguir, un camino revolucionario.

Al darse el golpe en Chile previmos la inminencia del golpe en la Argentina. Lo que en septiembre de 1973 no previmos –cosa que recién veríamos en 1974– fue que la fuerza golpista más activa sería la de los soviéticos que, en los hechos, en 1976 habrían de llevar de arrastre a los yanquis. También la dirección del peronismo, a poco andar, comprendería que el desenlace de la disputa interimperialista por el control de la Argentina se aproximaba. Así nos lo comunicó en 1975, luego de regresar Isabel Perón de Ascochinga, el sector que ella lideraba.

XIII

1976-1983

LA DICTADURA VIOLÓ-VIDELISTA

–El 24 de marzo de 1976 se produce el golpe de Estado que derroca a la presidenta María Estela Martínez de Perón y que desata una feroz represión sobre el pueblo argentino. El Partido Comunista Revolucionario encabeza la lista –que no tiene orden alfabético– de los partidos de izquierda que son “disueltos” por el decreto ley 21.325, dado a conocer en la misma madrugada del 24 por la Junta Militar. Horas antes era secuestrado René Salamanca y posteriormente otros camaradas suyos que integran la cifra de 30.000 detenidos-desaparecidos. ¿Cómo pudo resistir y sobrevivir el PCR bajo el terror dictatorial?

–Nosotros, a diferencia de otras organizaciones de izquierda, decidimos quedarnos en el país. No entendimos esto como un simple derecho, una simple cuestión moral, porque eso sería ridículo desde el punto de vista revolucionario, sino como el resultado de una larga experiencia que indicaba que la dirección del partido, por lo menos en lo fundamental, debía quedarse en el país pese a todos los riesgos que esto implicaba. También nos opusimos siempre a la utilización por parte de los presos del partido del derecho de opción a salir del país como autoriza la Constitución, derecho por el cual un preso por el estado de sitio puede abandonar el país con el compromiso de no regresar. Tuvimos muy pocos casos –uno fue

el de Susana Aguad— de camaradas que hayan utilizado este derecho de opción. La enorme mayoría, casi la totalidad de nuestros presos se quedaron en el país, pese a ser presionados o chantajeados para que lo hicieran; así como más adelante se los quería obligar a firmar una declaración de no comprometerse en la lucha política para permitirseles abandonar la prisión. Hemos tenido ejemplos como el del camarada Rafael Gigli, que pasó muchos años en prisión; la compañera Norma Nassif, que estuvo siete años presa; Horacio Ciafardini, que es un ejemplo claro de esto, porque no solamente fue tentado en una cantidad de ocasiones con la posibilidad de ejercer el derecho de opción, sino con la concesión de becas de países e instituciones científicas del extranjero, pero que estuvo preso desde el 76 hasta fines del 82, casi toda la dictadura. Y así, muchos otros camaradas.

Nos quedamos en el país para organizar la resistencia a la dictadura. Durante todo el período dictatorial editamos regularmente, en la clandestinidad, nuestro quincenario *Nueva Hora* y nuestra revista trimestral *Teoría y Política*, distribuidos en todo el país. Fuimos la única organización que mantuvo este tipo de publicaciones en el país, en un tremendo esfuerzo organizativo que solamente se puede realizar sobre la base del sacrificio y el heroísmo de muchos militantes. Para eso aprovechamos la experiencia que teníamos de la lucha en la clandestinidad contra la anterior dictadura de Onganía-Levingston-Lanusse. No sólo eso, en la clandestinidad imprimimos el quinto tomo de las *Obras Escogidas* de Mao Tsetung, siendo la Argentina uno de los pocos países en que ese tomo se editó. Editamos el libro *Historia Económica Argentina* de Eugenio Gastiazoro, así como otros libros, folletos y revistas culturales y científicas.

Al mismo tiempo, fuimos una parte muy importante, como vanguardia, en la denuncia de los crímenes de la dictadura, tanto en el plano nacional como en el internacional. Camaradas de nuestro partido estuvieron junto a las Madres de Plaza de Mayo —en la fundación del movimiento— cuando todavía

estaban dirigidas por Azucena Villaflor, quien después fue secuestrada por la dictadura y desapareció.

Y además con la precariedad de medios de que disponíamos pero aprovechando toda ocasión, realizamos una denuncia internacional muy activa de los crímenes de la dictadura. Utilizamos al máximo las posibilidades que se abrieron con la realización del Mundial de Fútbol, donde editamos en varios idiomas denuncias sobre esos crímenes que entregamos a los periodistas que entonces llegaban al país. Lo mismo en ocasión de las visitas de Amnistía Internacional y de la Comisión de Derechos Humanos de la OEA, en el primer caso resultó detenida la compañera de René Salamanca. Recuerdo también que apenas producidos los secuestros de Gody Alvarez y de Salamanca, mandamos a un compañero a una reunión internacional de estudiantes realizada en un país latinoamericano, donde hicimos las denuncias de los primeros actos de represión. Impulsamos e integramos el Comité de Lucha por la Libertad de Isabel Perón y contribuimos, fuimos organizadores, de la conferencia de prensa que se hizo durante el Mundial de Fútbol para denunciar las condiciones en que ella estaba presa. Fuimos organizadores también de un documento suscripto por dirigentes de varios partidos políticos pidiendo la liberación del Dr. Menem, que como es sabido sufrió una prisión con bastante ensañamiento.

Bueno, por qué resistimos, me preguntaba usted. Resistimos porque tuvimos una línea justa, entiendo, y nos esforzamos por practicar una línea de masas, aun en las peores condiciones de represión y con el heroísmo de nuestros cuadros forjados en la lucha revolucionaria y en el maoísmo-leninismo. En esos años nuestro partido había construido relaciones profundas con las masas populares, en particular con nuestra línea antigolpista. Estrechamos relaciones con las masas más explotadas, con el sector más profundo de las masas populares, con lo que a veces se suele llamar “la novena ola” del movimiento obrero y popular. Esto es, esa ola que generalmente está quieta, pero que cuando se mueve se

estremece todo el mar. En esos años, aunque parezca paradójal, desarrollamos organizaciones y luchas de los obreros rurales en Río Negro y otras provincias, inclusive organizamos una cooperativa de esquiladores como una forma de tomar contacto con los miles de trabajadores que van al sur en el período de esquila. Nos esforzamos por todos los medios por mantener nuestras fuerzas y nuestras relaciones con el movimiento obrero, lo que fue muy difícil porque la dictadura, de una manera u otra, expulsó de las fábricas a la enorme mayoría de nuestros militantes, por lo cual, en las grandes empresas nos quedaron raicillas muy débiles que había que mantener con muchísimo cuidado en las condiciones de represión indiscriminada. Yo recuerdo que el general Sassiain, del I Cuerpo de Ejército responsable de la represión de una gran parte del Gran Buenos Aires, recomendaba como método para una fábrica donde había problemas, detener a una cierta cantidad de obreros totalmente apartados de la posibilidad de incursionar en el movimiento de lucha. Se los llevaba, se los “chupaba”, se los torturaba sin preguntarles siquiera el nombre y el apellido, y después se los interrogaba sobre quiénes eran los hombres más activos de la sección que podían haber estado organizando el movimiento de protesta. Es decir que las condiciones de lucha en esos años en las fábricas, en el movimiento obrero, eran verdaderamente difíciles; hacía falta un heroísmo tremendo para mantenerse. Nosotros nos mantuvimos en muchas fábricas, inclusive muchos compañeros en poblados perdidos en el interior donde muchas veces, cuando paraba un coche en la madrugada, se desvelaban porque estaban pendientes de que en cualquier momento apareciese el Ejército y los secuestrase. Pero siempre trabajamos con la línea de mantener esas relaciones de masa, y entiendo que ésta fue la primera razón de haber resistido.

La segunda razón fue que la mayoría de los cuadros del partido enfrentaron con valentía, aun a riesgo de su vida, la represión de la dictadura. Allí están como ejemplo todos los

camaradas desaparecidos,⁸ que se llevaron con ellos los secretos del partido que conocían y que salvaron con su heroísmo a la organización, como hizo por ejemplo María Irazusta, la joven camarada del partido de Córdoba que murió en la tortura sin delatar la casa en la que estaba instalado el mimeógrafo del Comité Regional. Fueron años en que los militantes del partido tuvimos que aprender a convivir con la muerte, eso que era la preocupación de Gody Alvarez. Y hubo que aprenderlo porque la muerte podía venir en cualquier momento, en cualquier esquina, de la manera más sorprendente en un operativo topado casualmente.

Hay que decir que decenas de presos del partido brutalmente torturados, enfrentaron esa situación con heroísmo. Hubo quebrados y hubo traidores –porque los hubo–, pero la mayoría resistió la tortura. Esto era tema de discusión en el movimiento de izquierda, porque había organizaciones que sostenían que era imposible resistir la tortura y que la actitud del militante debía ser resistir una cantidad de horas determinadas y después “cantar”. La experiencia indica que ésta es una línea desastrosa, porque a partir de la gente que fue quebrada por la represión, las condiciones de la lucha revolucionaria en Argentina cambiaron totalmente, porque existen muchos elementos quebrados que quedaron vinculados a los servicios represivos y que tienen un gran conocimiento de la estructura de las organizaciones de izquierda y sus métodos. Eso facilitó enormemente la labor represiva, porque el enemigo de clase y sus “grupos de tareas” especializaron a decenas de cuadros en el oficio de la represión, hasta alcanzar el grado increíble de sadismo y de re-

8. *Caidos en la lucha antigolpista*: Ana María Cameira, Guillermo Gerini, David Lesser, Luis Márquez, Carlos Polari, Armando Ricciotti, Herminia Ruiz, Enrique Rusconi, Mario Susso, Patricia Tosi, Daniel Winer. *Detenidos desaparecidos o asesinados por la dictadura*: César Gody Álvarez, Manuel Álvarez, Jorge Andreani, Daniel Bendersky, Eugenio Cabib, Sofía Cardozo, Américo Eiza, Hugo Garelik, Manuel Guerra, Enrique Imhoff, María Eugenia Irazusta, Miguel Magnarelli, Angel Manfredi, Raúl Molina, Orlando Navarro, Juan Telmo Ortiz, María Ortiz de Satuto, Gabriel Porta, René Salamanca, Antonio Satuto, Ana Sosa, Miguel Angel Spinella, Rodolfo Willimberg.

finamiento asesino que se conoció en La Perla, en Córdoba; en la Escuela de Mecánica de la Armada; en el Segundo Cuerpo y su campo de concentración de Funes, en Rosario; etc.

—Existen testimonios escritos, como Recuerdos de la muerte, de Miguel Bonasso, en los que dirigentes montoneros confiesan, atemperándola, la vileza de sus militantes quebrados que integraban grupos de delatores que buscaban los escondites de sus ex camaradas para facilitar su captura.

—Nosotros fuimos implacables en la sanción a aquellos militantes que tuvieron vacilaciones y fueron quebrados. Lo que se ha demostrado justo, porque instaurada la democracia constitucional en las condiciones en la que ésta se instauró, con un continuismo real del equipo de Bignone-Reston con el equipo de Alfonsín, los servicios de inteligencia continuaron trabajando.

Nosotros nos inspiramos en las propias experiencias del partido bajo la dictadura de Onganía, con ejemplos como el del compañero Alberto Buffi, que en aquella época era técnico de nuestro Comité Central y que fue torturado prácticamente hasta la muerte —porque estuvo entre la vida y la muerte durante semanas con un riñón artificial—, de cuya firmeza dependía lo que entonces era la organización naciente del partido, porque conocía todo. O los compañeros Ernesto García y Carlos Mosquera, también torturados entonces.

Lo principal, decía, es que no nos equivocamos, porque cuando pusimos el centro en la lucha antigolpista previmos que el golpe podía pasar y previmos las características fascistas que tendría ese golpe. Por eso, producido el golpe, en nuestra primera declaración del 27 de marzo de 1976 caracterizamos con justeza el carácter de clase del golpe y sus objetivos. Fíjese que ahora el PC, en su XVI Congreso y posteriormente, hace el centro de su autocritica en que ellos no hicieron la caracterización de clase de la dictadura. ¡Pequeño detalle!. Lógico, por ahí pasaba absolutamente todo.

Por lo tanto, nosotros no tuvimos ilusiones en esa dictadura. Pero hay que decir que esto no fue lo común en la

izquierda. Aunque es trágico recordarlo, el día 24 de marzo de 1976, en las cárceles los presos montoneros y los del PC festejaban el golpe de Estado, porque entendían que era el golpe que los iba a liberar. El PC consideraba que ése era un golpe que, como dijo Orestes Ghioldi en su momento, tenía como carácter distintivo que no lo hegemonizaban los representantes del imperialismo yanqui. De modo que ellos trabajaron ilusionados en la llamada “segunda vuelta”, que se iba a producir allá por julio de 1976. Hasta que se produjo el asesinato de los monjes palotinos, tiraron aquellos cadáveres en el Obelisco y produjeron aquella matanza con una pila de cadáveres en Pilar. De pronto, ante toda la sociedad argentina, quedó claro que estábamos ante la dictadura más asesina y macabra que habíamos conocido en la historia. En esos mismos momentos en los que muchos festejaban y tenían la esperanza en la “segunda vuelta”, se mataba entre cuarenta y setenta personas por día en los centros de detención clandestina sólo en la Capital Federal.

–Tengo entendido que a la par de esos festejos, los Montoneros y el ERP condenaban a muerte a los presos del PCR dentro de las cárceles. ¿Sucedió así?

–Exactamente. Por haber estado en la lucha antigolpista; por haber –decían ellos– apoyado a López Rega y a Isabel. Este tema sigue teniendo vigencia, porque hace poco Tato Bores hizo un monólogo con motivo de la privatización de los canales de televisión y recordó que cuando se estatizaron en 1974 a él lo “congelaron”, suspendiéndole el programa porque iba a criticar a López Rega, y lo “descongelaron” en 1978. Está claro que sigue vigente la misma polémica. Tato Bores quiere decir que el gobierno de Isabel fue antidemocrático –“congeló” a un “demócrata” como él–, y que la dictadura de Videla fue pese a todo democrática, porque le permitió volver a la televisión.

Pero hubo otros puntos en discusión, porque no todos planteaban el carácter democrático de Videla o tenían ilu-

siones en la futura presidencia de Viola, sino que ya en ese momento la presencia de la Unión Soviética en el país, de sus intereses, comenzó a hacerse cada día más visible. Ante este hecho, los sectores prosoviéticos sostenían no sólo que la Unión Soviética no era imperialista y que por lo tanto no había penetración imperialista de ella aquí, sino que era progresista. Se daban como ejemplos Portugal, Perú, Angola. Se decía: “¿Qué papel cumple la Unión Soviética en Portugal, en el Golpe de los Claveles? Progresista”. Lo mismo respecto de los sectores prosoviéticos de la dictadura peruana. Lo mismo en Angola. Claro, éstos eran acontecimientos confusos para mucha gente, pero el papel de las fuerzas prosoviéticas en todos esos países fue tenebroso. Recién con la invasión abierta a Afganistán y la invasión vietnamita a Camboya comenzó a quedar más claro el carácter expansionista y agresivo –que en esos años estaba en su apogeo– del imperialismo soviético. Coincidió con el “síndrome de Vietnam” y el repliegue del imperialismo yanqui.

También estaba en discusión el carácter de la oligarquía terrateniente. Por ejemplo, Carlos Altamirano y Beatriz Sarlo, antes de irse del PCR teorizaban el carácter nacional progresista de la oligarquía argentina en un artículo que escribieron sobre el *Martín Fierro*. Ahora bien, era visible el carácter oligárquico, proterrateniente del gobierno militar. Al mismo tiempo, ese gobierno tenía una política de acercamiento creciente hacia la Unión Soviética. Y si ésta, como decíamos antes, era progresista y sus amigos en todo el mundo también lo eran, debía entenderse que los terratenientes argentinos eran progresistas.

–Recuerdo las opiniones de Beatriz Sarlo y Carlos Altamirano porque trabajé con ambos en la revista cultural Los Libros. Ellos estimaban que la dictadura expresaba a terratenientes independentistas.

–Claro, que los terratenientes argentinos siempre habían sido independentistas, que habían hegemonizado la Revolución de Mayo, etc. En realidad no se los consideraba terrate-

nientes sino burgueses-terratenientes. Se han escrito tomos en la Argentina sobre esto y acerca de la inexistencia de la renta absoluta de la tierra, acerca de que aquí los terratenientes son empresarios comunes y silvestres, etc., etc. Aunque pueda afectar el honor de muchos intelectuales debo decir que estas teorías tienen un carácter mercantil y están al servicio de fines políticos bastante bastardos.

—¿Cómo pudieron pasar rápidamente al funcionamiento clandestino manteniendo la salida regular de la prensa partidaria? ¿Afectó la clandestinidad otros aspectos de la vida interna del partido?

—Sobre la base de luchar contra el golpe sin alimentar ilusiones, preparándonos para la posibilidad de que el golpe pasase, fuimos capaces de organizar un aparato clandestino. Así fue que el Comité Central pudo cumplir con la obligación estatutaria de reunirse en los plazos estipulados como si hubiese una situación de legalidad; desde ya, con todas las bajas que fuimos teniendo en esos años. Cada reunión era un verdadero operativo para entrar, para funcionar, para retirarnos. ¿Por qué hicimos esto? Porque éramos y somos una fuerza política nacional que depende solamente de su relación con las masas populares. No dependemos de ningún factor externo. Si nosotros desaparecemos, desaparecemos; las semillas que queden vivas, si hay condiciones podrán germinar, también podrán desaparecer. Pero hay otras organizaciones cuyo centro real está en el extranjero, no aquí. Esto en la Argentina es mucho más importante de lo que se cree. En la época de la Internacional Comunista había una idea no reconocida pero no por eso menos real, que planteaba que si un partido era barrido de un país, la Internacional, que era el partido real, iba a reorganizar esa fuerza. Por lo tanto se fue generando un método que menospreció la importancia de la democracia interna y del contacto con las masas del propio país, en algunos casos. Por ejemplo el Partido Comunista Argentino vivía en la legalidad plena antes del golpe del 6 de septiembre de 1930. Inclusive en

sus periódicos los militantes estaban con nombre y apellido a nivel de célula, citaban a los responsables de frentes, publicaban a veces la lista de los afiliados que no cotizaban para que se pusiesen al día, etc. Era la legalidad que se vivió en la Argentina bajo los gobiernos radicales de Yrigoyen y de Alvear, legalidad que era interrumpida, cuando las luchas obreras desbordaban, con el estado de sitio, la represión y la matanza como pasó en la Semana Trágica y en la Patagonia. Pero después había, en general, plenas libertades democráticas.

Cuando vino el golpe del 30 el PC fue prácticamente destruido. Se reorganizó en forma muy dificultosa y dura a partir de pequeños núcleos. Pero una de las consecuencias que precipitó al Partido Comunista en una profunda y prolongada crisis en ese entonces, fue el hecho de que la falta de vida democrática interna hizo que las células no funcionaran, lo que facilitó que la dirección del partido se aislara de las masas y no pudiesen palpar su estado de ánimo. Lo mismo pasó en el período 1943-45. Nosotros, que conocíamos esas experiencias, hicimos todos los esfuerzos posibles para que la dirección del partido funcionase y pudiese, incluso en esas condiciones, recoger el estado de ánimo de las masas. Entiendo que son cuestiones muy importantes, aunque a veces, vistas en una forma simplista, puedan parecer casi absurdas. Por ejemplo, en 1977 elaboramos y sometimos a discusión de todo el partido el Balance de la actividad partidaria entre 1973 y 1976. Y en enero de 1979, en un Central que hicimos en la clandestinidad en una localidad de la provincia de Buenos Aires, discutimos ese Balance y lo aprobamos; después fue re discutido y aprobado por el IV Congreso.

Y en plena dictadura, en 1976, lanzamos la campaña de discusión sobre el liberalismo desde el CC para abajo, campaña que salvó al partido de la ruptura. Porque nosotros teníamos también la experiencia de los partidos comunistas que habían pasado del izquierdismo infantil, como el que nosotros habíamos padecido, a una política de intentar ser vanguardia real de las clases y sectores interesados en la revolución, es decir

a una política de frente único, y sabíamos que ese paso en general ocasionó rupturas y crisis prolongadas en esos partidos revolucionarios. Éramos conscientes que el viraje de línea que habíamos dado con la posición antigolpista había dividido profundamente al partido, y eso había sido el caldo de cultivo —entre otras causas, aparte de las cotidianas de la vida en la sociedad burguesa y de nuestro origen en el PC, etc.— de desviaciones de liberalismo burgués que había que combatir, como condición para poder hacer un análisis científico del balance de la lucha del partido y poder trazarnos una línea correcta. E iniciamos la discusión sobre el liberalismo. Esto puede parecer ridículo visto desde afuera, así como los soviéticos todavía hoy consideran que fue una barbaridad que en plena guerra antijaponesa, en lo más duro y difícil de esa guerra, cuando parecía que no había ninguna luz por ningún lado, el PC de China lanzase en Yenán la Campaña de Rectificación del Estilo de Trabajo. Sin embargo, fue esa campaña la que permitió crear las condiciones de unidad metodológica, doctrinaria y política para poder analizar crítica y autocríticamente toda la historia del PCCh, desde su fundación hasta la Larga Marcha y el establecimiento en Yenán, y poder así sacar conclusiones para elaborar la línea que les permitió triunfar. Por lo tanto, en esas difíciles condiciones, no realizábamos por deporte, o por una visión sectaria o internista ese tipo de actividades.

También en esos años realizamos una cantidad muy grande de escuelas internas de educación. Incluso, allá por 1980-81 hicimos un curso de estudio en todo el partido sobre las obras filosóficas de Mao *Sobre de la práctica, Sobre de la contradicción y De dónde surgen las ideas correctas*. Entiendo que esa discusión que hicimos en el partido sobre esas obras fue fundamental para que el partido pudiese enfrentar la guerra de Malvinas unido política e ideológicamente.

Habíamos previsto el golpe, nos preparábamos para la clandestinidad. Teníamos experiencia de muchos años, porque algunos de nosotros hemos pasado la vida prácticamente en la clandestinidad. En mi caso personal, podría decir que

en cuarenta años de actividad comunista los años de legalidad son tan pocos que se cuentan con los dedos de las manos. La mitad de nuestra vida la hemos pasado en la clandestinidad, no nos falta oficio. Pero nunca habíamos conocido una dictadura como ésta. Incluso habiendo conocido dictaduras militares en otros países como las de Chile, Perú, Venezuela. Salvo la de Fulgencio Batista en Cuba, que fue terrible. Por lo tanto, las reglas clandestinas que conocíamos sirvieron para muy poco; tuvimos que reelaborarlas. Aquí se implantó una represión tremenda con métodos que reproducen el modelo hitleriano, con la desaparición del preso y la desesperación de la familia que no sabe dónde ubicarlo. Esto ya se había practicado en la Argentina desde el año 30 en adelante, pero por períodos muy pequeños. Además de la modernización del aparato represivo con el Digicom y el control mucho más afinado de las fronteras, etc. Fue verdaderamente muy difícil. Hubo que convivir con la muerte durante años.

Eso ha traído consecuencias profundas en las masas. Hay muchos que consideran que la dictadura fue particularmente dura para los militantes revolucionarios, para las capas medias, pero lo fundamental de la represión dictatorial fue sobre las grandes masas populares, particularmente sobre las más pobres, porque se hizo para aplicar la política de hambreamiento de Martínez de Hoz. En provincias como Tucumán no quedó un solo delegado de ingenio, estudiantil o de fábrica. Las villas de emergencia fueron trasladadas masivamente en varias ciudades del país. Miles y miles de obreros rurales de origen chileno fueron arrancados de sus casas y arrojados a la frontera, separando a las familias, en la época en que se preparaba la guerra con Chile. Bueno, fue terrible.

—Sabemos que en nuestro país se luchó contra eso. ¿De qué manera contribuyó el PCR a esa lucha?

—Nosotros no nos quedamos en la Argentina para escondernos. Si cavamos una trinchera fue para seguir disparando, para eso se cavan las trincheras, ¿no es cierto? Después hay

que ver que si uno saca demasiado la cabeza se la cortan de un balazo; pero si uno cava la trinchera y se queda cuerpo a tierra, no sirve para nada.

Nosotros impulsamos y participamos en las huelgas, sobre todo en las más importantes, las que conmovieron al país. Hay ciertos sectores –alfonsinistas, prosoviéticos– que han creado la mitología de que aquí no pasó nada, que la dictadura se derrumbó sola como consecuencia de la derrota de Malvinas. Pero, por ejemplo, esa huelga ferroviaria del 26 de octubre de 1977, con motivo de la cual fue secuestrado y desapareció Manuel Guerra, el dirigente de la Juventud Comunista Revolucionaria, fue una huelga que obligó a retroceder a la dictadura. Nosotros trabajamos concentradamente en el gremio ferroviario en esos años, porque siempre que se elabora un plan de privatizaciones en la Argentina, desde Raúl Prebisch en 1956 hasta aquí, el eslabón débil de esos planes pasa por la necesidad de reestructurar el servicio de ferrocarriles, y para ello poner en la calle a miles de obreros ferroviarios que constituyen el destacamento más antiguo, más combativo y de mayores experiencias de la clase obrera argentina. Trabajamos y organizamos el Movimiento Nacional Ferroviario en unidad con sectores peronistas, radicales, anarquistas, independientes. Esta organización tuvo como epicentros a Kilómetro Cinco y a Retiro, del Mitre, y va posteriormente a organizar la huelga de abril de 1979, que fue la que permitió la realización de la huelga general del 27 de ese mismo mes. Contribuimos también a la huelga larga del Swift de La Plata. Allí conservamos una organización total, celular, y una influencia con una agrupación que tenía varias decenas de amigos y de militantes. Fue una huelga de un mes durante 1979. Una lucha heroica. La primera huelga larga bajo la dictadura.

Fuimos muy activos en la lucha por la paz, contra la guerra contra Chile. A fines de 1977 sacamos una declaración del Comité Central alertando contra esta guerra que preparaba la dictadura por el Canal Beagle; y movilizamos, y utilizamos para esto el Mundial de fútbol. Promovimos actividades y de-

claraciones como la que en forma conjunta sacaron en 1978 las centrales de trabajadores de la Argentina y de Bolivia, u otra firmada por personalidades del Perú, porque la dictadura había amarrado un acuerdo con el gobierno militar peruano y con Banzer en Bolivia para un ataque simultáneo sobre Chile. No era un operativo sencillo el que se había armado en torno del Beagle. Nosotros trabajamos para desmontar este operativo en una política de frente único muy amplio, que tuvo como uno de los protagonistas principales al Vaticano e incluyó a sectores del gobierno norteamericano de Carter, que trabajaron en condición de retirada, porque el imperialismo yanqui estaba en una situación de repliegue ante la ofensiva soviética en Angola y Etiopía. Ellos trabajaron para impedir el conflicto que estaban alimentando los sectores prosoviéticos de la dictadura aquí. También desarrollamos una gran campaña de denuncia con motivo del Caso Graiver, campaña que le costó detención y torturas a muchos afiliados, porque la dictadura, como una bestia ciega nos descargó zarpazos que liquidaron organizaciones enteras del partido en Corrientes, en Córdoba, en el Gran Buenos Aires. Se enloquecieron con esa denuncia, porque precisamente el caso Graiver era el que desnudaba, a través de un hecho policial, la intimidad del bloque hegemónico en la dictadura. Es decir, esa alianza tenebrosa que hoy todavía se oculta al pueblo, que unió a Graiver con Gelbard; a Graiver y Gelbard con Firmenich; a Graiver, Gelbard y Firmenich con Videla y que se expresó en inversiones conjuntas como Papel Prensa. Inclusive se dio la paradoja de que el crédito del Estado otorgado por la dictadura al Grupo Graiver para cubrir la inversión en Papel Prensa representaba la suma que ese grupo volcaba en los bolsillos de los Montoneros. Este caso sigue vigente hasta hoy, porque hace pocos meses fue bloqueada la cuenta a la que el Estado debía pagar varios millones de dólares a los Graiver por la indemnización que le otorgara el gobierno alfonsinista.

—Uno de los hechos destacados en el período de la dictadura es la organización del Mundial de Fútbol. ¿Cómo se vivió

desde el punto de vista de los revolucionarios argentinos esa situación y qué posición tuvo el PCR?

—Creo que para los revolucionarios argentinos fue el trago más difícil. Más aún para los que estábamos aquí con tantas camaradas en las cárceles, y camaradas desaparecidos que todavía teníamos la ilusión de que podíamos recuperarlos con vida.

En esos días previos al Mundial, la dictadura realizó —se supo después— uno de los grandes asesinatos. Una noche aparecieron en la cárcel de Olmos, en La Plata, decenas de presos que por el largo de la melena y de las barbas los compañeros dedujeron que eran presos que hacía muchos meses que estaban chupados. Aparecieron y desaparecieron, porque eran “trasladados”. Ahora se sabe que la dictadura hizo una gran matanza en el Mundial. En medio de esa situación tan tremenda, la dictadura organizó ese Mundial para generar una ola de chauvinismo, de patrioterismo que crease las condiciones para la guerra con Chile. Claro, inicialmente pensábamos que como iban a venir periodistas extranjeros, éstos iban a ser momentos útiles para denunciar a la dictadura y que iba a haber un relativo aflojamiento de la represión. Inclusive habíamos pensado en repetir algunas de las experiencias de nuestro origen guevarista. Es decir, cuando evaluamos qué hacer frente al Mundial, pensamos que a lo mejor se podían realizar algunas de aquellas acciones que llamábamos de propaganda armada que tuviesen una gran repercusión. Pero de pronto nos dimos cuenta de que estábamos solos en esa lucha, salvo las Madres de Plaza de Mayo y algunos militantes peronistas que motorizaban el Comité de Solidaridad por la Libertad de Isabel Perón y de lucha por la libertad de los sindicalistas peronistas presos. Después se conoció que los Montoneros —y habría que decir que también el ERP, porque en la práctica fue así— hicieron un acuerdo con la dictadura por el cual, durante el período de realización del Mundial se comprometieron a no realizar ningún tipo de atentado.

Por lo tanto, entiendo que en nuestra vida de militantes revolucionarios es difícil que vuelvan a repetirse circunstancias tan tremendas como ésta, cuando la dictadura logró que a tra-

vés de la pasión que existe en nuestro pueblo por los deportes y por el fútbol en particular, millones de argentinos se uniesen en torno a los dictadores para festejar el triunfo. Todo se confundió: “la Biblia junto al calefón”. Entonces Videla, en medio de las masas en Rosario, ante el Monumento a la Bandera, festejaba aquel día terrible en que el seleccionado argentino, previo un jugoso soborno y utilización de *doping* –para lo cual algunos de los amigos de Menotti eran expertos–, pudo conseguir aquel resultado de seis goles en el partido con Perú gracias al cual la Argentina logró llegar a la final con Holanda.

Así pagamos los argentinos nuestra pasión deportiva, que en su aspecto positivo nos ha servido para afirmar nuestro nacionalismo frente a los grandes, como fue en el caso de Firpo versus Dempsey, o como fue en el 50 cuando el seleccionado argentino de básquet derrotó al seleccionado de EEUU y se generó una gigantesca manifestación antiyanqui. Esta pasión a veces nos dio alegría y hasta ciertos frutos antiimperialistas, pero en el Mundial de Fútbol nos hizo llorar amargamente.

De todos modos hicimos un trabajo de propaganda muy grande. Editamos materiales en varios idiomas que hicimos llegar a todos los periodistas que llegaban. Estuvimos junto a las Madres de Plaza de Mayo y junto al Comité por la Libertad de Isabel. Hicimos un trabajo intensísimo de denuncia y movilización por el caso de nuestros desaparecidos, Salamanca, Gody Alvarez, Angel Manfredi, etc., y de nuestros presos. Denunciamos lo que ya se preparaba por lo del Beagle, etc. Ahora, al mismo tiempo el partido fue sacudido, porque una parte de él fue ganado por el clima del festejo aparentemente deportivo y participó festivamente en las manifestaciones. Algunas organizaciones de izquierda, como Montoneros, consideraron que se podía participar alegremente de ellas sin apoyar a la dictadura. Entonces tuvimos una tremenda presión de derecha dentro del partido.

La situación era de extremo peligro, porque nosotros sabíamos que en diciembre de 1977, en una reunión de los generales que dirigían los destinos del Ejército y del país, Videla planteó que, habiéndose destruido en gran parte a las organi-

zaciones del terrorismo urbano, había que pasar a la liquidación del maoísmo, y que había que trabajar de manera tal que se garantizase que en el primer golpe se destruyese el 70% de sus organizaciones. En medio de esa fiesta del Mundial, ellos comenzaron a apretar el cerco sobre el PCR. En los meses previos destruyeron las organizaciones del partido en la zona de la Matanza, en Corrientes, dan un nuevo golpe en Córdoba, golpean en La Plata y otros regionales del Gran Buenos Aires, en Mendoza, y se preparan para la liquidación definitiva del partido. También, después del Mundial dan el golpe en el que destruyen una gran parte de la organización de Vanguardia Comunista. Esas eran las condiciones reales en las que se realizaba el Mundial de Fútbol.

Poco después viene el Mundial Juvenil, no sé si recuerda, y se dio la situación tremendamente dramática de que al llegar el equipo de regreso a la Argentina, había una larga fila de familiares de detenidos-desaparecidos que iban a presentar las denuncias ante una delegación de la Comisión de Derechos Humanos de la OEA que visitaba el país. La movilización estaba organizada por las Madres de Plaza de Mayo y también por nosotros. Allí denunciábamos como partido la existencia de algunos campos de concentración que conocíamos de los tantos que había entonces. En el momento en que los familiares hacían la cola en la vereda, desde Radio Rivadavia José María Muñoz, Antonio Carrizo y toda esa runfla llamaban al pueblo a concentrarse en la Plaza de Mayo para recibir junto a Videla al equipo que había ganado el Mundial Juvenil. La idea era organizar otro acto más de apoyo al tirano. Es decir que fueron años muy duros, que volvieron a demostrar que es muy difícil separar al fútbol y al deporte de la política.

—¿Cuál fue la posición *del Partido Comunista Revolucionario ante la Guerra del Atlántico Sur en 1982?*

—Entendimos que estábamos ante una guerra de contenido nacional contra la agresión colonialista con que el imperialismo inglés respondió al desembarco argentino del 2 de abril en las

Malvinas. Este desembarco fue a su vez respuesta al desplazamiento de la flota inglesa hacia el Atlántico Sur con posterioridad a los incidentes producidos en las islas Georgias. La guerra de Malvinas conmovió profundamente a la sociedad argentina, a todo el pueblo. Todo lo que se ha hecho después para taparla, para “desmalvinizar” –como se dice–, para que se olvide la guerra, tiene que ver con la profundidad de los sentimientos que se removieron con motivo del desembarco argentino en las islas, de la agresión inglesa posterior y de la lucha contra esa agresión. Nunca como entonces apareció tan claro para las masas que la Argentina es un país dependiente que tiene una parte de su territorio sometido a dominio colonial. Y que es un país disputado por las grandes potencias, porque nos encontramos frente a la agresión británica y al boicót económico de los países de la Comunidad Europea. Los yanquis apoyaron a los ingleses después de jugar hipócritamente con Alexander Haig y otros gobernantes el aparente papel de árbitros, cuando en realidad estuvieron preparando fríamente el ataque inglés. Contaron con la complicidad soviética, ya que la URSS no vetó en el Consejo de Seguridad de la ONU la declaración inglesa, y luego suspendió la compra de nuestros productos agropecuarios presionando descaradamente para que Argentina, en medio de esa situación, se recostase en su “apoyo” para enfrentar a los yanquis, aunque tampoco hubo nunca la presencia de una flota que indicara la posibilidad de un apoyo soviético abierto. La URSS, hasta hoy, no reconoce la soberanía argentina en las Malvinas, considera a las Malvinas como territorio en disputa.

Todavía están muy confusos algunos hechos vinculados al desembarco argentino en Malvinas. Lo que está claro, es que personas que históricamente estuvieron asociadas a sectores prosoviéticos en la Argentina, como Nicanor Costa Méndez, asesoraron mal al gobierno argentino. El entonces canciller fue síndico de la Compañía Azucarera Tucumana, la de Gelbard, Nadra, Berosnik, y fue también testaferro de capitales ingleses, sobre todo de los vinculados a la explotación del quebracho. Él tuvo una reacción alborozada con motivo del apoyo

de las autoridades cubanas a la lucha argentina en Malvinas y todo el mundo recuerda su abrazo con Fidel Castro. No sólo Costa Méndez asesoró mal, también el general Miguel Mallea, que era el agregado militar en Estados Unidos. Hubo un asesoramiento equivocado y hubo una posición de la dictadura, especialmente de Galtieri, que no está clara. No está claro si este militar de tendencias fascistas, que se había destacado en la represión sangrienta al movimiento obrero y popular cuando fue jefe del Segundo Cuerpo en Rosario, y que al mismo tiempo tenía posiciones nacionalistas, se equivocó en el análisis de la situación internacional y, con la finalidad de garantizar la supervivencia de la dictadura, tomó la decisión de recuperar las Malvinas, o si esto lo hizo a sabiendas de la real correlación de fuerzas. Aparentemente él no imaginó, o apareció como no imaginándose, que la respuesta anglo-yanqui al desembarco iba a ser la que fue.

—¿En qué consistió el mal asesoramiento que usted menciona?

—Mallea dio a entender a la dictadura argentina que los yanquis iban a permanecer neutrales y eran partidarios del establecimiento de un régimen de transición con tres banderas, como se llamó entonces: bandera inglesa, bandera argentina y bandera de la ONU (o bandera yanqui), que permitiese finalmente que la Argentina recuperase la soberanía de las Islas Malvinas. Por su parte, Costa Méndez asesoró asegurando que la URSS iba a vetar en el Consejo de Seguridad toda declaración británica que declarase país agresor a la Argentina, cosa que no sucedió. Esto demuestra que hubo un manejo equivocado de la situación internacional, que ya tenía cambios muy importantes con respecto a la década de los 70, en la cual los yanquis estuvieron en retirada luego del “síndrome de Vietnam”, sufriendo derrotas como las de Etiopía y Angola. Se producen también las invasiones vietnamita a Camboya y soviética a Afganistán. Era un momento de expansión estratégica del imperio soviético impresionante. Pero a partir del

triunfo de Ronald Reagan la situación cambió. En primer lugar, por la decisión firme del imperialismo yanqui de enfrentar con la guerra, incluso la guerra atómica, toda nueva expansión de la URSS. Esto se puso a prueba en 1980 cuando, con motivo de la revolución en Irán, hubo un desplazamiento de tropas soviéticas sobre las fronteras iraníes y Reagan amenazó con un ataque atómico si estas tropas avanzaban. Las cosas estaban cambiando mundialmente.

Este es un hecho muy importante. Porque si partimos de que las cosas son como parecen, que atrás de la decisión de Galtieri no hubo una sugerencia del Pentágono, tal vez nos equivoquemos. Porque en definitiva, el resultado de la Guerra del Atlántico Sur fue que las fuerzas de la OTAN pudieron asegurarse una base estratégica en las Malvinas. O quizás la sugerencia de apoyo fue de los soviéticos (aunque esto es menos probable), que quisieron garantizarse condiciones favorables en la ribera occidental del Atlántico Sur que no habían podido obtener debido al fracaso de su proyecto de guerra con Chile a través de Videla-Viola, y que fracasaron nuevamente por un error de cálculo. Son temas que están confusos todavía y que deberán ser dilucidados por los investigadores. Pero lo que sí está claro, desde el punto de vista de un país del Tercer Mundo, es que tanto para las dos superpotencias como para todas las grandes potencias del mundo, el hecho de que la Argentina dispusiese soberanamente de las Malvinas, las Georgias y las Sandwich del Sur era intolerable e inadmisibles. Ese hecho, en momentos en que había una gran tensión internacional debida al despliegue del dispositivo estratégico soviético con vistas a una tercera guerra por la supremacía mundial y a las medidas que los yanquis tomaban para enfrentar ese despliegue, daba a la Argentina el control absoluto del paso entre los dos océanos. La posesión de los tres sistemas de islas (Malvinas, Georgias y Sandwich) daría a la Argentina un arco desde el cual controlar el Paso de Drake, el Estrecho de Magallanes y el Canal Beagle. Esto garantizaba a la Argentina un dominio real en los territorios antárticos que reivindicamos.

Como decía, apareció claro que nosotros éramos un país dependiente disputado por las grandes potencias y que nuestros únicos amigos verdaderos en el mundo contemporáneo eran los pueblos de América Latina y del Tercer Mundo y la clase obrera mundial, en tanto y en cuanto ésta esté dirigida por partidos comunistas revolucionarios, como sucedió con la Liga Comunista Revolucionaria (marxista-leninista-pensamiento Mao Tsetung) de Gran Bretaña, que se solidarizó con la Argentina al igual que otros partidos maoístas de Europa. Estos partidos obreros fueron las únicas organizaciones políticas que en el viejo continente se solidarizaron a fondo con nuestra causa.

—A muchos argentinos nos fue difícil orientarnos y tomar una posición correcta aquél 2 de abril de 1982. Veníamos de una lucha antidictatorial prolongada y de ser salvajemente apaleados, tres días antes, en las manifestaciones populares del 30 de marzo convocadas por la CGT, en las que hubo muertos y centenares de detenidos. No era fácil aceptar que los dictadores estaban conduciendo una guerra patriótica. ¿Qué evaluación hizo la dirección del PCR en esos días para asumir una posición de apoyo al desembarco en las Malvinas?

—Ciertamente era una situación política compleja. La dictadura venía resquebrajada después del fracaso de su intento de agresión contra Chile y por todas las luchas populares, obreras y campesinas de que hemos hablado. Y las manifestaciones del 30 de Marzo conmovieron verdaderamente a la dictadura.

Al producirse el desembarco nosotros entendimos que la contradicción principal había cambiado. Es decir, que esa contradicción ya no era la que oponía a todo el pueblo contra la dictadura, sino que pasaba a ser la contradicción entre la nación argentina y el imperialismo inglés. Como enseña Lenin, no debíamos valorar los acontecimientos desde el punto de vista de la democracia formal, sino desde el punto de vista de la lucha contra el imperialismo ante una guerra de agresión. Desde esta óptica, estábamos ante una guerra nacional contra el imperialismo, una guerra justa, y esto no dependía de quién había

empezado la guerra sino de su carácter de clase. Y en la época del imperialismo este carácter de clase no puede separarse del análisis que divide a la humanidad entre un puñado de países explotadores e imperialistas y una mayoría de países oprimidos dependientes como es el caso de la Argentina. Esto no significa olvidar u ocultar los problemas políticos y sociales, porque la clase obrera enfoca una guerra nacional desde su punto de vista y con su propio programa, como hicimos durante aquellos acontecimientos. El poder estaba en manos de una dictadura oligárquica y proimperialista, y los argentinos tuvimos que decidir en una situación semejante a la de 1806 y 1807 cuando las invasiones inglesas. Vivíamos oprimidos entonces por el virreinato colonial español y el pueblo tuvo que decidir en ese momento cuál era su enemigo principal, por encima del carácter tiránico del gobierno de turno. En plena guerra, el CC del PCR del 29 de mayo alertó que “ni desde la Junta Militar, ni desde las mayorías de las direcciones sindicales y políticas se empuja realmente la organización de las masas para la guerra. Además, la quinta columna proyanqui y prorrusa bloquea esa organización. Si la resistencia sólo es sostenida por las Fuerzas Armadas con el apoyo pasivo del pueblo fracasará, porque el enemigo es muy poderoso”. Y frente a una propuesta de carácter oportunista de Montoneros, del PC y de Vanguardia Comunista que planteaba un gobierno de emergencia, dejando difusa la cuestión de la lucha contra la agresión inglesa, nosotros planteamos que estábamos dispuestos “a compartir las responsabilidades de un gobierno de Frente Único Antiinglés que asegure el triunfo de la guerra en curso. Sobre la base de un ascenso del movimiento patriótico de masas y una crisis política que rompa el frente dictatorial de las clases dominantes, creemos que puede ser posible un tal tipo de gobierno de Emergencia Nacional”. Y aprobamos un documento con diez puntos para ganar la guerra antiinglesa. Esa fue la posición global del partido.

Nuestros militantes se enrolaron como voluntarios y tratamos de movilizar a fondo durante aquellos días. Se formaron comités, sobre todo de Bahía Blanca hacia el sur, porque la

guerra era una cosa en la Patagonia y otra cosa en el norte. Nuestras compañeras empujaron la organización de las mujeres, que en esos días dieron un ejemplo muy grande de patriotismo y de organización de masas.

El pueblo tuvo primero una actitud cautelosa, porque veníamos de la lucha del 30 de Marzo y había un odio muy grande acumulado contra la dictadura, pero después se volcó a un apoyo total que estremeció a la Argentina. Yo verdaderamente no conozco y creo que nadie puede hacer conocido en la Argentina una movilización mayor que la que se vivió con motivo de la guerra de las Malvinas, que conmovió desde los colegiales de primer grado hasta a los ancianos. Algunos consideran que éste fue un derroche de entusiasmo popular, pero no fue así, nunca es así. El pueblo aprendió muchas cosas con motivo de la Guerra de Malvinas que luego se ha tratado de que las olvide, pero las aprendió.

Además, la Playa de Mayo, de la que las Madres no habían podido ser expulsadas y continuaban realizando sus rondas los días jueves, se llenó de pueblo. Y el pueblo ya no pudo ser desalojado más de la Plaza de Mayo. A partir de ese momento comenzó el principio del fin de la dictadura, pero no porque ésta sufrió un colapso como resultado de la derrota bélica o por causa de sus contradicciones internas, sino porque el pueblo que protagonizó esa guerra ya no abandonó más las calles y las plazas de la República. Se generó una oleada que creó las condiciones para el retiro de la dictadura. Después del golpe del 15 de junio de 1982 se juega el turno dictatorial de Bignone-Reston, quienes negociaron una salida electoral acordada con los sectores de la Multipartidaria, etc., pero ya los acontecimientos siguieron un rumbo imparable.

—En contraste con este apoyo popular hubo actitudes derrotistas y de capitulación, tanto en el frente dictatorial como en partidos de la oposición.

—Sí, hubo una gran corriente derrotista en la que estuvieron tanto los pro occidentales como los prosoviéticos. Raúl Alfon-

sín encabezó esta corriente en el radicalismo, desde donde impulsó la capitulación y la constitución de un gobierno provisional presidido por Arturo Illia. Como éste estaba muy anciano, ese gobierno tendría detrás como *factótum* al propio Alfonsín Foulkes. Lo que no sabemos es si esta propuesta estaba inspirada en la parte Foulkes, es decir británica de su corazoncito, o en la parte prorrusa del mismo. Recuerdo que esa posición fue llevada por Ernesto Sábato al Movimiento por la Reconstrucción y Desarrollo de la Cultura Nacional, en una de cuyas reuniones fue rechazada. Traigo esto como ejemplo de que no fue una propuesta que quedó en un comunicado a los diarios, sino con la que se luchó dentro del movimiento popular.

También la posición de Frondizi –que ahora pasa por ser amigo de las corrientes nacionalistas–, quien hizo una reunión con sus colaboradores más cercanos a quienes dijo que debían ser cautelosos, que había que esperar porque la guerra se iba a perder. Él dijo: “Esto es como una gigantesca oleada [era el momento de las grandes movilizaciones populares] que va a chocar indefectiblemente contra un muro, y nosotros nos tenemos que preparar para cuando la ola rebote en el muro y vuelva para atrás”. Para eso trabajó Frondizi, uno de los hombres más claramente identificados con el socialimperialismo soviético, aunque ahora haga declaraciones antisoviéticas que para lo único que sirven es para aislar a los sectores nacionalistas con los que trata. A él sí que habría que aplicarle lo que dijo Perón de esos sectores nacionalistas clericales y fascistas, a los que llamaba “piantavotos” y a los que nunca quiso escuchar en su vida.

–Esas declaraciones casi delirantes de Frondizi parecieran destinadas a ridiculizar la presencia soviética en la Argentina más que a denunciarla, puesto que en su versión esta presencia se torna inverosímil.

–Exacto. Él se ubica como un superagente que tiene hombres suyos metidos en barcos rusos que le informan directamente lo que sucede en el Kremlin. A su vez, desde esos barcos los soviéticos escuchan sus conversaciones, etc. Estas

declaraciones no le impiden hacer referencia a su vieja amistad con los líderes soviéticos. Llamen la atención, al releerlas hoy, cosas que en ese período escribían dirigentes del PC como Julio Laborde, director de la revista teórica *Nueva Era*. Él escribió que solamente gente poco avisada sobre la situación política internacional podía concebir otro tipo de resultado de la Guerra de Malvinas que la que ésta tuvo. Y con este convencimiento, estos aliados aparentes, los antioccidentales, los prosoviéticos, sobre todo los que estaban dentro de la dictadura que eran muy poderosos, impulsaron primero una campaña triunfalista en los medios de comunicación, e inmediatamente después pasaron a alimentar un clima derrotista. Es que en el fondo, esos sectores de las clases dominantes habían estado horrorizados por el sentimiento patriótico, antiimperialista y tercermundista que había brotado en el pueblo, y entonces desataron una campaña de propaganda tendiente a “desmalvinizar” el país y a meter la idea de que los pueblos del Tercer Mundo no pueden luchar con éxito contra las superpotencias, idea que es muy fuerte hoy en círculos muy altos del actual gobierno peronista de Carlos Menem.

La nueva situación, en la cual se ha ido a una política de negociación, acuerdos y distensión entre EEUU y la URSS, ha dado lugar a la teoría que supone que con las superpotencias hay que negociar porque no se puede confrontar. Esta teoría se expresó después de Malvinas en frases de algunos escribas que decían: “Yalta existe y dividió al mundo”, y Argentina –como diría Mariano Grondona– “por ahora, está en Occidente”.

Otra teoría decía que la guerra se perdió porque la dictadura argentina no fue capaz de entregarse a los brazos soviéticos para enfrentar a los ingleses. Que si Argentina hubiese acudido a la URSS –esto lo planteó Fidel Castro–, hubiese podido resistir la agresión anglo-yanqui. Esto es una gran mentira y Fidel Castro lo sabe bien. Porque así como los soviéticos no van a arriesgar una guerra mundial para defender a Cuba –ni ahora ni nunca, como se demostró cuando Nikita Jruschov cedió vergonzosamente ante el ultimátum de Kennedy en la crisis

de los misiles—, tampoco la URSS se iba a jugar por la Argentina. La URSS actuó muy bien informada de todos los acontecimientos, porque varios días antes del desembarco argentino en Malvinas —como publicamos nosotros en *Hoy* con todos los datos— lanzó varios satélites de inteligencia para seguir paso a paso los acontecimientos bélicos que sucedieron posteriormente. La URSS estaba bien informada pero no vetó la resolución inglesa que dejaba aislado políticamente a nuestro país en la comunidad internacional, y suspendió las compras de granos argentinos chantajeando para lograr lo que más le interesaba, que era la venta de material bélico a la Argentina.

—Y ahora pesca en la Zona de Exclusión británica.

—La que lo hace abiertamente es Polonia. Se podrá decir que Polonia es Polonia, pero este país es un satélite de la URSS que ha hecho contrato con los ingleses y opera desde los puertos malvinenses. Y la URSS, con la indefinición de los contratos que ha firmado Alfonsín, usufructúa esa Zona de Exclusión. Inclusive hay denuncias sobre barcos soviéticos que han recalado en los puertos de las Malvinas con cargamento de pescado de acuerdo a los convenios firmados aquí. Alfonsín, internamente desmalvinizó y externamente congeló el conflicto; so pretexto del establecimiento de la base inglesa hizo los convenios pesqueros que otorgaron facilidades portuarias claves a la URSS, porque le permiten mantener en el Atlántico Sur barcos de apoyo a su flota pesquera que en realidad son barcos espías provistos de dispositivos para el contacto con satélites. El gran problema que tenía la URSS era el contacto con los satélites en la parte sur.

—Sin embargo, hay quienes aseguran que tanto el Atlántico Sur como los pasos interoceánicos ya no son del interés de las superpotencias, porque ahora controlan todo desde el espacio exterior, que es donde se dará una guerra futura, y no en la superficie terrestre.

—Exactamente al contrario. ¿Por qué los yanquis estimularon a los ingleses a establecer una base en las Malvinas? ¿Por

qué los yanquis y la OTAN tienen tres bases estratégicas, la de Diego García en el Índico, la de Malvinas en el Atlántico Sur y la de Pascua en el Pacífico Sur? Porque son tres bases estratégicas para el contacto con los satélites dentro del dispositivo de la Guerra de las Galaxias, como la llaman los soviéticos, o la Iniciativa de Defensa Estratégica, como la llaman los yanquis. Un submarino atómico soviético ubicado en aguas del Atlántico Sur a la altura de las costas de Uruguay o de la provincia de Buenos Aires puede hacer impacto en Nueva York con un misil atómico. Y para interceptarlo se requiere de un dispositivo de satélites que anuncia la salida del cohete, para cuyo seguimiento y para la transmisión de datos se requieren bases en tierra. Porque esto es como las flotas, de las que se dice que son como los patos, que viven en el agua pero tienen que tener tierra donde atracar. Es conocido que la flota pesquera rusa depende de la Marina de Guerra. Y ellos se han garantizado, a partir de esas concesiones portuarias, todas las condiciones para la operatividad de sus buques en el Atlántico Sur. Si ahora fuésemos a Tandanor, por ejemplo, encontraríamos allí barcos rusos que se están reparando; y cualquier obrero portuario argentino puede decir que la flota con mayor presencia en la Argentina es la rusa.

Los ingleses y sus socios consiguieron las seguridades para establecer la base en las Malvinas, que es clave para el dispositivo de defensa estratégica que trabajan los yanquis. Y los soviéticos, gracias al gobierno de Alfonsín, consiguieron las facilidades para que su flota opere en el Atlántico Sur.

—En el caso que se hubiese podido canalizar la voluntad de lucha popular, dirigiéndola con ese gobierno que ustedes proponían, ¿hubiera sido posible cambiar el curso de la guerra?

—Entiendo que sí se podía cambiar. La dictadura entendió el desembarco en las Malvinas como un paseo en el que se obligaba a irse a los ingleses. Confiaron en el veto soviético, sin tener en cuenta que los soviéticos mantienen disputas sobre islas estratégicas con otros países y que por ende no querían dejar esto de precedente. También pesó la decisión de la

República Popular China, que se abstuvo en esa reunión del Consejo de Seguridad, con la diferencia respecto de la URSS que posteriormente apoyó sin tapujos la soberanía argentina en las Malvinas. Pero en primer lugar era necesario conseguir una solidaridad firme de los países de América Latina y de los países del Tercer Mundo. América Latina se conmovió con un sentimiento antiyanqui y anticolonialista profundo, lo mismo que los países árabes, en solidaridad con la guerra argentina y con la lucha heroica que libraron nuestras tropas en condiciones extremadamente desfavorables, con proezas como el hundimiento de una parte importante de la flota inglesa. Hay que tener en cuenta que fue una de las pocas guerras donde se peleó contra las armas más modernas de la primera potencia de la tierra, que son las de los yanquis, puesto que los ingleses fueron apoyados por los yanquis.

Otro problema fundamental es que se siguió el camino inverso a una guerra nacional. Porque se debió haber nacionalizado las estancias de propiedad inglesa, los bienes de las compañías británicas y no pagar la deuda externa con Gran Bretaña. Además, gran parte del resto de la deuda externa argentina está anotada en Londres, y esa cesación de pago hubiese sido una posición muy firme para obligar a tomar posición a una serie de países capitalistas que oscilaban, demostrando la voluntad argentina de luchar hasta el fin.

La Argentina pudo haber llevado a las islas tropas con experiencia y no conscriptos, muchos de los cuales todavía no habían terminado el curso de preparación militar porque recién se habían incorporado. Muchos de ellos eran de zonas cálidas, y no estaban habituados a luchar en las condiciones de las Malvinas.

Yo entiendo que sí se podía cambiar el resultado de la guerra si se la entiende como una lucha prolongada que hubiera conmovido a toda América. No hay que olvidar que si los yanquis jugaron un rol hipócrita y hasta vacilante fue porque se encontraron ante la posibilidad de una hoguera en su “patio trasero”.

—¿Fue unánime en su partido la determinación *de caracterizar a la Guerra de Malvinas como una guerra justa para la Argentina?*

—En la práctica sí. Tuvimos en él algunas pocas manifestaciones, de no entender esto así, expresadas en el CC por el compañero Marcos Palermo. Identificaron la guerra de Malvinas con la guerra ruso-japonesa. Es conocido que los bolcheviques lucharon por la derrota de los ejércitos rusos en esa guerra, que era una típica guerra interimperialista. Esa derrota se produjo y fue el prólogo a la revolución de 1905 en Rusia. Aquí no se trataba de una guerra interimperialista, sino de una guerra entre una potencia imperialista y un país oprimido por el imperialismo, dependiente y aún con una parte de su territorio ocupado por esa misma potencia. Una lucha más de las tantas luchas que ha conocido el mundo en este siglo entre los países oprimidos y los países imperialistas. Y entiendo que las consecuencias que tuvo para la conciencia antiimperialista del pueblo argentino fueron muy grandes. Sobre todo en las Fuerzas Armadas, donde muchos de los oficiales y suboficiales que habían creído hasta ese entonces que los crímenes de la dictadura y su política reaccionaria se debían a que nuestro país estaba ubicado junto a Occidente, se encontraron de pronto con que la primera vez en el siglo que el Ejército Argentino debió pelear verdaderamente con una nación extranjera tuvo que hacerlo contra los jefes de Occidente. Esto produjo una revolución en sus cabezas. Al mismo tiempo muchos de ellos consideraron que en tal caso, iban a contar con la solidaridad y apoyo soviético, y no fue así. Se dieron cuenta que los soviéticos lo único que querían era aprovechar esa lucha para avanzar en sus posiciones. Por todo lo cual, se produjo el surgimiento de una poderosa corriente nacionalista en las FFAA.

Hay que decir que hubo muchos generales como Mario B. Menéndez, que dirigieron los combates desde un escritorio, trasladaron su escritorio de burócratas a las Malvinas. Pero hubo también muchos que pelearon, y como solía decir Perón,

“una cosa es hablar de la muerte y otra cosa es morir; una cosa es hablar de la guerra y otra cosa es hacer la guerra”. Y aquéllos que debieron enfrentar a los morteros ingleses con infrarrojo y aprender que al disparar el obús propio hay que tomar recaudos porque de inmediato llega el obús enemigo, etc., etc.; aquéllos que en lugar de ser recibidos como héroes a su regreso de la guerra, lo fueron con desprecio; aquéllos que fueron tratados con desaire por las políticas de Bignone y de Alfonsín; aquellos que todavía hoy esperan la reparación que se les prometió, muchos de ellos heridos, inválidos, sin trabajo; aquellos hombres no pueden pensar igual que antes. Todo eso causó un remezón profundo en la conciencia nacional.

—Con posterioridad a la Guerra de Malvinas la situación política argentina tuvo un cambio decisivo para su futuro inmediato. ¿Qué caracterización hace de ese lapso que termina en las elecciones de 1983?

—Después de la rendición de Puerto Argentino los acontecimientos se precipitaron. Con el golpe del 15 de junio el sector prosoviético de la dictadura (Videla, Viola, Liendo, Reston, Bignone) volvió a hegemonizarla, logrando desplazar a Galtieri de la presidencia. Y se abrió el proceso para las elecciones de 1983 con el que culmina una larga y dura etapa de resistencia a la dictadura, uno de los períodos más prolongados de retroceso del movimiento obrero y popular argentino en este siglo. Se entró en un período de auge del movimiento obrero y popular y de acumulación acelerada de fuerzas democráticas, antiimperialistas y revolucionarias, con ascensos y descensos. Este período de auge germinó bajo el terror fascista alentado por pequeñas luchas de resistencia a la dictadura, que luego pasaron a grandes movilizaciones de masas en la lucha por la paz con Chile, por reivindicaciones económicas y democráticas hasta eclosionar en las gigantescas manifestaciones antiimperialistas con motivo de la recuperación de las Malvinas, en el paro nacional con concentración del 22 de septiembre de 1982 y en el diciembre caliente que tuvimos ese año, con el paro

nacional del día 6, de una magnitud pocas veces vista, con la Marcha de la Resistencia de las Madres los días 9 y 10 acompañada de manifestaciones por la aparición con vida de los detenidos desaparecidos en todo el país, y con la gran marcha del 16 convocada por la Multipartidaria.

Ingresamos así en este período de ascenso, fermentado por décadas de experiencias de la clase obrera y del movimiento revolucionario argentino, que luego del 69 bocetaron el camino más probable para el triunfo de la revolución popular democrática, antiimperialista y antiterrateniente en nuestro país. Y ese boceto no ha sido olvidado en la memoria más profunda de las grandes masas populares. Nosotros dijimos entonces que este período de ascenso que comenzaba iba a tener, probablemente, un tiempo prolongado; que el movimiento obrero recién comenzaba a desplegarse; que el proceso de reorganización y democratización de las grandes empresas de concentración, del movimiento campesino, del movimiento estudiantil, estaba en su inicio; recién comenzaban a reorganizarse los cuerpos de delegados, que habían sido diezmados por la dictadura. Hoy, en 1990, a siete años de ese momento, vemos que eso fue efectivamente así. Incluso continúa profundizándose –lo que puede observarse en cualquier rincón de la Argentina– el proceso de reorganización del movimiento obrero, popular y campesino al nivel de cada aldea, cada pueblo, cada colegio, cada fábrica, con profundos cambios en la sociedad argentina posterior a la dictadura. El cambio más importante fue el debilitamiento del Estado oligárquico-imperialista en su conjunto, porque salimos de esa dictadura con una profunda división de las Fuerzas Armadas, que estaban casi en una situación de feudalización en la que no se sabía quién mandaba y en la que existía una profunda crisis de autoridad, que no era más que la expresión política de la crisis de la hegemonía de las clases dominantes. Esta situación no ha sido totalmente resuelta. Actualmente el Ejército está dividido y las Fuerzas Armadas también lo están entre cada una de las armas. Con el Estado fracturado, se mantiene todavía

esa situación, en cuyo trasfondo está la aguda disputa interimperialista por el control de la Argentina y la profundidad de las luchas de masas de las que hemos venido hablando en nuestras conversaciones.

—¿Por qué auguraron ustedes que este período de ascenso del movimiento popular será relativamente prolongado?

—Porque atendíamos a una de las características principales del movimiento obrero y popular argentino, que tiene que ver con las características estructurales de nuestro país. Algo muy semejante a algunos otros países latinoamericanos y a España. Existen países como Francia, por ejemplo, países capitalistas desarrollados, en los que los períodos de ascenso del movimiento revolucionario son como un relámpago en una noche clara. De pronto emerge una situación de poderosa reactivación de masas que lleva en ocasiones, como sucedió en el Mayo Francés, al borde de la revolución. Luego este movimiento retrocede, se estanca; se da un período relativamente prolongado de empantanamiento que va a ser sacudido nuevamente muchos años después. Pero en la Argentina no ha sido así. Aquí tuvimos un período de auge del movimiento obrero y popular en 1904, con grandes luchas, en un proceso que terminó con las reformas de 1912. Ciclo con profundos zigzags determinados por la juventud e inexperiencia del movimiento obrero y por la gran expansión de la economía argentina en esos años. Después hubo un período de auge muy agudo de luchas del 17 al 21, que fueron los años de la Semana Trágica, de la Patagonia Rebelde, con el alzamiento de los pueblos patagónicos que llegaron a instaurar consejos obreros que gobernaron una parte importante del territorio argentino, con formas de lucha armada que enfrentó a una gigantesca represión. Años de la organización del Partido Comunista y del surgimiento de un gran movimiento revolucionario. Después tuvimos un reflujo que duró hasta el 26. Comenzó a reactivarse hacia el 30, año en que fue interrumpido por un golpe de Estado. A partir del 36 hubo un nuevo período de auge hasta el

43, cortado por el golpe del 4 de junio y la represión que le siguió. Se reinició en el 45 y desembocó en 1946 en el triunfo del peronismo. Después tuvimos toda la etapa del peronismo con muchos vaivenes, en los que el movimiento obrero y popular tuvo manifestaciones aisladas, pero hubo desde 1952 un retroceso muy prolongado que culminó con la llamada Revolución Libertadora. En 1958 se abrió un nuevo período de auge que tuvo un pico en las grandes luchas obreras y populares de abril de 1959. Sufrió luego un retroceso momentáneo y se reinició con las elecciones de 1963, para continuar con hechos como las ocupaciones de fábricas de 1964 hasta el golpe de 1966. Tuvo allí una interrupción violenta, pero inmediatamente hubo estallidos aislados ya en 1968 y eclosionó en 1969 para continuar hasta el 24 de marzo de 1976. Nosotros entendemos que aquí se debe considerar cerrado ese ciclo, no como consideran los Montoneros y otros que afirman que ese ciclo de ascenso terminó con el desplazamiento de Cámpora de la presidencia, ignorando todo el riquísimo período de la lucha antigolpista, con el auge de lo que los reaccionarios llamaron los “soviets de fábrica”. En este último período de auge la actividad del PCR —muy pequeño, recién creado— fue el preanuncio y factor fundamental de ese ascenso.

Todos estos períodos de ascenso tuvieron a la clase obrera como fuerza impulsora principal. Su desenlace dependió siempre de la fuerza concreta y la línea de los partidos marxistas primero, y marxistas-leninistas después. Esta es la enseñanza más importante que extraemos de esos períodos de auge y la forma en la que nos preparamos en 1982-83, muy debilitados, golpeados por la dictadura, para enfrentar el proceso de auge que se abrió con posterioridad a la lucha patriótica motivada por la recuperación de las Malvinas.

—Este es el momento en que hace su aparición el Partido del Trabajo y del Pueblo. El 19 de noviembre de 1982 hace su primer acto en la Federación de Box, en la Capital Federal. Una intensa campaña propagandística con afiches, pintadas

y volantes invitaba a concurrir con el lema “Habla la izquierda”. El PCR, que continuaba en la ilegalidad, mantenía su consigna de “derrocamiento revolucionario de la dictadura”, lo que suponía un alzamiento popular armado. ¿Cómo se articuló esta línea con la fundación del PTP y la posibilidad de que éste, llegado el caso, pudiese participar de las elecciones?

—Durante todo el período dictatorial nosotros tuvimos como línea el derrocamiento revolucionario de la dictadura y su reemplazo por un Gobierno Provisional de Unidad Antidictatorial que aplicase un programa de emergencia y convocase a elecciones libres para una Asamblea Constituyente plenamente soberana. Esa fue nuestra línea, que se puede sintetizar en la expresión que utilizamos al fundar el PTP de que no debía quedar piedra sobre piedra de la dictadura militar. Y mantuvimos esa línea porque partimos de una experiencia latinoamericana y nacional que demuestra que aceptar la salida intermedia, es decir la salida negociada con la dictadura militar, como vino sucediendo en la Argentina del 30 en adelante, es errado. Así se salió de cada una de esas dictaduras militares, exigiéndole que convocase a elecciones más o menos democráticas regidas por la Constitución del 53 y sobre la base tácitamente sobreentendida de que la legislación realizada por esos turnos dictatoriales iba a ser respetada. No solamente se respetaron a los burócratas, a los cuadros militares y judiciales que dejaba esa dictadura, sino también esas normas que primero, en la época de Uriburu, vergonzantemente se llamaron decretos, y que después comenzaron a llamarse decretos-leyes, y ya en la época de la última dictadura se llamaron leyes. Leyes, decretos-leyes y decretos que fueron modificando profundamente la estructura del Estado argentino y fascistizándolo en forma creciente para garantizar el dominio de las clases que detentan el poder de ese Estado.

Tomemos algunos ejemplos. Todavía hoy se hallan vigentes las leyes de trabajo agrario de la dictadura, la ley de Arrendamiento Rural o las leyes que anulan la jornada de ocho horas en el campo, todas las leyes que se modificaron en un

sentido reaccionario, como la ley de Contrato de Trabajo que se había dictado en el gobierno de Isabel Perón. Todavía hoy, la entrega vergonzosa a la que estamos asistiendo del petróleo nacional se hace sobre la base de la ley de hidrocarburos que dictó el gobierno de Onganía. O los miembros de la actual Corte Suprema de Justicia, empezando por su presidente, el Dr. Petrachi, han hecho gran parte de su carrera bajo el manto protector de la dictadura militar, con los 30.000 desaparecidos, con los negociados, la corrupción, etc. Por lo tanto, este camino de negociar con la dictadura era un camino conocido. Ese es el llamado camino de “lo posible”. No sólo los viejos partidos comunistas revisionistas lo han seguido, también partidos que han adherido al maoísmo presentan actualmente como una gran virtud, como un signo de madurez, el saber elegir el camino de lo posible. Nosotros no somos mascavidrios, como se dice ahora, buscamos que el partido parta de la realidad y adecue a ella su línea revolucionaria, porque la revolución no la hacen los partidos revolucionarios, la hacen las masas con la dirección de los partidos revolucionarios, pero siempre combatimos la tesis de que la política es el arte de lo posible. Siempre dijimos que la política es el arte de hacer posible lo necesario, y realizarlo. Por lo tanto, conscientes que ese tipo de transacción termina en la degeneración ineludible de las fuerzas que la practican, nos opusimos a ser los organizadores, los promotores de esas “salidas posibles” y a entrar alegremente, como entraron el PC, el MAS y también el PO en el festival de la “restauración de la democracia” exigiendo simples cuestiones formales. Nosotros planteamos hasta último momento la lucha por el derrocamiento revolucionario, y en cada una de las manifestaciones y luchas antidictatoriales tratamos de generar situaciones que abriesen heridas en el aparato dictatorial que facilitarían el camino del derrocamiento revolucionario por el que trabajamos.

Eran condiciones muy difíciles allá por el 82-83, porque las fuerzas revolucionarias, del movimiento obrero y de nuestro partido estaban muy debilitadas por el proceso de la

dictadura. Hasta último momento, hasta las grandes manifestaciones de diciembre del 82 tratamos de empujar en ese sentido, pero las fuerzas burguesas y terratenientes que se habían agrupado en la Multipartidaria lograron el acuerdo con el turno dictatorial de Bignone de impulsar el tipo de salida que se realizó. Los hechos demostraron posteriormente que hubo una transacción muy seria con la dictadura. Ya desde el período del gobierno breve de Viola, todos los sectores prosoviéticos, los sectores ligados a la socialdemocracia internacional, de izquierda o de centro, como el Movimiento al Socialismo –me estoy refiriendo a que considero que el MAS es una fuerza socialrevolucionaria, o socialdemócrata de izquierda, electoralista– se habían lanzado a un trabajo de agitación muy grande proclamando que se abría un período de tipo democrático.

Nosotros, proscriptos, estábamos ante una situación bastante semejante a la que afrontamos en los años 72-73. En esas condiciones decidimos contribuir con fuerzas populares y tercermundistas a organizar el Partido del Trabajo y del Pueblo como un partido que aceptaba los requisitos que la dictadura impuso para la actividad política y que nos permitiese aprovechar al máximo las posibilidades legales sin abandonar nuestra línea de derrocamiento revolucionario. Entendimos al PTP como una trinchera de lucha para enfrentar y derrocar a la dictadura, y nunca como una alternativa electoral; aunque llegado el caso, ese partido nos iba a ser útil para abordar un proceso electoral. Estábamos claros –lo dijimos así– que para recorrer ese camino teníamos que hacer concesiones; más aún si no se lograba el derrocamiento revolucionario de la dictadura y el proyecto electoral de la dictadura pasaba. En este último caso nosotros debíamos buscar los caminos para ser protagonistas de los acontecimientos y no espectadores. Esas concesiones debían implicar compromisos; compromisos para seguir la lucha por la revolución y no para traicionar a la revolución. Y no abandonamos la lucha por la legalidad del Partido Comunista Revolucionario.

El acto de la Federación Argentina de Box tuvo mucha repercusión. Participó invitado el camarada Oscar Zamora del PC (m-l) de Bolivia, y tuvimos la adhesión de otros partidos maoístas de América Latina.

–Con motivo de haber hablado en ese acto, y por el contenido de lo que en él se dijo, tanto a usted como a Oscar Zamora, senador y vicepresidente del Senado boliviano, se les dictó orden de captura. ¿Cómo siguió ese proceso?

–Siguió hasta fines de 1984 en que fue derogada la ley 21.325 que ilegalizaba al PCR. Es decir que las leyes represivas de la dictadura no sólo estaban vigentes durante el primer año del gobierno de Alfonsín sino que además se aplicaban. Todo comenzó con un testimonio del periodista Marcos Diskin de *La Razón* diciendo que yo había hablado en nombre del PCR. El juez Diour inició un juicio apoyado en esa ley. Cuando la 21.325 es derogada, nosotros planteamos que el PCR debe ser legal, porque lo era al momento de sancionarse esa ley. Entonces el Partido “Comunista” nos inicia un juicio, que sigue hasta ahora, para impedir que utilicemos el nombre comunista. Por esta razón nuestro partido, que subsiste legalmente, está imposibilitado de tener participación electoral, porque después del Estatuto de la dictadura el gobierno constitucional sancionó otro nuevo Estatuto de los Partidos Políticos que mantuvo la esencia antidemocrática de aquél, e incluso ahora en el gobierno de Menem existen sectores que están pensando en reformarlo para sancionar condiciones aun más restrictivas. De donde volvemos a lo que decíamos antes respecto de las herencias que dejan las dictaduras para los gobiernos constitucionales posteriores, a los que se entrega un Estado cada vez más profundamente tomado por la gangrena fascista que deja el turno dictatorial anterior. En la Argentina no se conocieron estos estatutos hasta la época de la “Libertadora”. Durante todo el gobierno de Perón no existieron. No era necesario semejante cosa para organizar un partido político.

—En algún artículo suyo leí de que el hecho de que el general Bignone le haya colocado la banda presidencial a Alfonsín fue un símbolo de lo que era el nuevo gobierno.

—Sí, lo simbolizaba todo, la esencia de lo que estaba sucediendo. Así como se podría decir que el balcón del 25 de mayo del 73 con Lanusse, Cámpora, Salvador Allende y Dorticós, y los Montoneros hegemonizando la Plaza de Mayo, graficó el contenido de lo que estaba sucediendo en ese traspaso de gobierno, se podría decir que en la fotografía de Bignone poniéndole la banda a Alfonsín se documentaba la continuidad de lo anterior en lo nuevo del gobierno de Alfonsín.

Esto tiene que ver con la orientación del PTP. Yo recuerdo que cuando realizamos el acto del 82 y posteriormente, hubieron algunos sectores de izquierda que nos dijeron: “Ustedes cuando estaba por caer la dictadura salieron con mucha fuerza, realizaron un acto y parecía que se iban a lanzar con todo” (a organizar una gran fuerza electoral, nos quisieron decir), “pero no siguieron ese camino”. Efectivamente, nosotros no seguimos ese camino. Se exigía entonces más de 40.000 fichas para legalizar un partido, y aunque muchos partidos burgueses utilizaron el método que luego haría famoso Simón Lázara, que era el de “dibujar” las fichas, como se dice vulgarmente, todos los partidos de izquierda se lanzaron durante meses, antes de octubre de 1983, al trabajo de afiliar. Pero para nosotros este camino hubiese significado poner las pocas fuerzas con las que emergimos del gobierno dictatorial en un rumbo de tipo pacifista y reformista, electoralista, que hubiese dejado una huella profunda en el partido. Así y todo, en la práctica, las organizaciones del partido, como constatamos tiempo después, habían sido seriamente afectadas por el proceso de organización del PTP y por las formas electorales propias del período en el que entramos, con prácticamente una elección cada dos años y a veces más.

Pero tanto los prorrusos o proyanquis y los distintos sectores terratenientes trabajaron a partir de ese momento con dos fierros en el fuego. No aceptaron alegremente el camino

que allí se abrió, no abandonaron su trabajo en las Fuerzas Armadas, no abandonaron sus organizaciones paramilitares. Cada una de ellas, como se vería posteriormente, sobre todo con los hechos de Semana Santa, de Villa Martelli y últimamente con los de La Tablada, mantuvo sus organizaciones de tipo paramilitar o militar. Pero como objetivamente predominaba la vía pacífica, fueron reelaboradas las viejas tesis socialdemócratas y reformistas que plantearon que a través de las elecciones de octubre del 83 se podría llegar a una democratización profunda que inclusive podría abrir el camino al socialismo. Tanto los viejos teóricos reformistas Aricó, Portantiero, etc., como los nuevos, entre quienes está el equipo de Julio Godio, Oscar Landi, Beatriz Sarlo y otros, plantearon que mediante transformaciones graduales y sucesivas era posible convertir ese viejo Estado oligárquico-imperialista en una democracia estable de tipo burgués occidental, por intermedio de la cual era posible institucionalizar cambios sociales profundos en marcha al socialismo. Es decir, la vieja idea de Codovilla de la que ya hablamos: “Primero conquistar el régimen democrático –decía él– y luego desarrollar la democracia hasta el fin, o sea hasta resolver los problemas de la revolución democrático-burguesa, agraria y antiimperialista a fin de abrir un camino luminoso para nuestra clase obrera, nuestro pueblo y nuestra nación, que desemboque en el socialismo”. Esta teoría pasó en 1983 a ser una teoría dominante y nosotros tuvimos que resolver dónde poníamos el centro. Si íbamos a poner el centro en mantener una organización revolucionaria que utilizase los espacios legales que se habían abierto, para crecer, para acumular fuerzas y para prepararse para el día en que la revolución madure en la Argentina, o si el partido debía disolverse en una agrupación de corte electoralista. Porque, como también dijeron esos teóricos y repiten, “la democracia no es un medio, sino un fin en sí mismo”. Pero esta democracia argentina no es siquiera una democracia burguesa parlamentaria consolidada, sino que ha crecido en el lecho de Procusto de la Constitución del 53. A contrape-

lo de estas tendencias, nosotros contribuimos a organizar el Partido del Trabajo y del Pueblo, junto con compañeros que no eran afiliados al PCR, para tener un instrumento con el cual participar en la lucha política, que a partir de entonces tuvo como nudo principal lo electoral, pero manteniendo la organización revolucionaria y comunista que hemos creado y que nunca vamos a liquidar, porque es una necesidad de la lucha revolucionaria en la Argentina.

NUEVA HORA



**ORGANO DEL
PARTIDO COMUNISTA
REVOLUCIONARIO
DE LA ARGENTINA**

¡ PROLETARIOS Y PUEBLOS OPRIMIDOS DEL MUNDO, UNÍOS !

AÑO IX - N° 223
30 de Marzo al 13 de Abril de 1976
\$ 25.-

UNIDAD PATRIOTICA CONTRA LA DICTADURA

Se ha consumado el golpe de estado pronomarista sobre cuya inminencia alertó retroactivamente nuestro partido.

Ha sido el primer golpe de estado y se ha instalado en el gobierno la dictadura militar de una camarilla pronomarista que controla la cúpula de las Fuerzas Armadas.

Esta vez la dictadura militar se "denomina" "reorganizadora".

Las primeras medidas de las góndas indican a qué llaman "reorganización".

Han encarcelado a Isabel Perón, y a miles de personas a las que han revuelto en vientos huracos de la armada como loro en su momento la tristemente célebre "Revolución Libertadora".

Han disuelto el Parlamento, las Legislaturas y los Consejos Deliberantes. Han intervenido la Corte Suprema e impuesto el funcionamiento de tribunales militares que se rigen por bandos militares que dictan los "reorganizadores".

Han intervenido la CCT, los sindicatos y la CGE.

Han "suspendido" la actividad gremial y la de los partidos políticos y prohibido la actividad de otros partidos, como el PCR, y la de las "CG" organizaciones personalistas. Han "suspendido" la libertad de prensa.

Han implantado por decreto la pena de muerte, eliminado el

fueron sindical y suspendido el derecho de huelga en momentos en los que se produjeron miles de despidos en todo el país.

Han reemplazado la justicia ley de recadencia.

Aún no se conoce la posible política económica de la dictadura pero han suprimido los pactados y el instituto de las remuneraciones y prometen un período de "austeridad y necesidad", lo que en momentos de la actual crisis económica significa desahogar el fardo de esta sobre las espaldas de la clase obrera y el pueblo.

jurón durante muchos meses. Tal el caso de La Opinión, Clarín, Crónica, La Tercera, El Cronista, Radio Rivadavia, y Continental, entre otros. Todos ellos se llenan de abogacía para la resolución de política internacional de la Junta que abandona el rumbo tercermundista y lo reemplaza por el de la "cooperación pacífica" tan grata a los amos pronomaristas de esos periódicos.

El trato amigable, de compinchismo, dado por los golpistas a Calabró, Silveira, Begnis y otros activos golpistas pronomaristas, y la exclusión del labio PC de las organizaciones prohibidas también van demostrando las simpatías y los odios que predominan en la Junta Militar.

Es útil recordar aquello de "dime con quién andas y te diré quién eres".

Los hechos muestran la existencia de un frente golpista pronomarista, gremial, antobrero y antide-mócrata, en el que se reagrupan sectores terratenientes y de gran burguesía intermedia y monopolista junto con fuerzas burguesas que se ilusionan con pensar en otro revuelto. Las fuerzas más activas de ese frente golpista son las vinculadas al socialimperialismo soviético y al imperialismo yanqui. Por ahora, gracias a las posiciones que ocupa en la cúpula militar el grupo de Videla-Masera, ese frente golpista es hegemónico por los sectores afines al socialimperialismo soviético.

„QUIENES APOYAN
A LA DICTADURA MILITAR“

El golpe de estado ha sido recibido con alegría por todo el gremial y los sectores antobrero y pronomaristas del país.

Los sectores terratenientes y de gran burguesía intermedia que apoyaron calurosamente a la "libertadores" en 1955 y a la "revolución argentina" en 1966, tal el caso de los diarios *La Prensa*, *La Nación* y *La Razón*, batieron palmas de alegría por el atroz golpe de estado del 24 de marzo.

Todos los órganos de expresión del laicismo, el galbardismo y el frigerismo, pronomaristas, no ocultan su enorme alegría por el triunfo del golpe por el que traba-

Primer número de *Nueva Hora* posterior al golpe de 1976 (N° 223, del 30 de marzo), impreso y difundido en la clandestinidad.

FRENAR LOS CRIMENES DEL TIRANO VIDELA

NUEVA HORA

TRIUNFO EN FORD

AVANCE SALARIAL EN GENERAL MOTORS

En los últimos meses, la política de la Junta Militar en Chile ha sido de represión y terror. El gobierno de Videla ha cometido crímenes de guerra y ha violado los derechos humanos. La comunidad internacional debe exigir justicia y castigo para los responsables de estos actos.

En Chile, la situación es de extrema gravedad. La población sufre de hambre, desempleo y represión. El gobierno de Videla ha cometido crímenes de guerra y ha violado los derechos humanos. La comunidad internacional debe exigir justicia y castigo para los responsables de estos actos.

En Chile, la situación es de extrema gravedad. La población sufre de hambre, desempleo y represión. El gobierno de Videla ha cometido crímenes de guerra y ha violado los derechos humanos. La comunidad internacional debe exigir justicia y castigo para los responsables de estos actos.

Nueva Hora del 16 de agosto de 1977.

NUEVA HORA

EXPERIENCIAS DEL MUNDO

¡VIVA LA ARGENTINA! ¡MUERA LA DICTADURA!

El mundo del campo socialista se divide en dos grupos: el grupo de la URSS y el grupo de China. El grupo de la URSS apoya a la Argentina y se opone a la dictadura de Bordaberry. El grupo de China apoya a la dictadura de Bordaberry y se opone a la Argentina.

El mundo del campo socialista se divide en dos grupos: el grupo de la URSS y el grupo de China. El grupo de la URSS apoya a la Argentina y se opone a la dictadura de Bordaberry. El grupo de China apoya a la dictadura de Bordaberry y se opone a la Argentina.

Nueva Hora del 18 de julio de 1978.

NUEVA HORA

¡NO A LA GUERRA CON CHILE!

Más voces contra lo que sería un crimen histórico

¡NO A LA GUERRA CON CHILE!

Más voces contra lo que sería un crimen histórico

Estudiantes por la Paz y la Unidad Latinoamericana

Nueva Hora del 10 de octubre de 1978.

NUEVA HORA

ENFRENTAR AL BLOQUEO INGLÉS

ENFRENTAR AL BLOQUEO INGLÉS

FUERA LOS INGLESES DE LAS MALVINAS

Ni yanquis, ni rusos en aguas argentinas

Nueva Hora del 20 de abril y del 20 de mayo de 1982.



Primer acto público del Partido del Trabajo y del Pueblo.
Federación de Box, 19 de noviembre de 1982.



Acto central del Partido del Trabajo y del Pueblo para la campaña electoral.
Buenos Aires, Plaza Miserere, 7 de octubre de 1983.

XIV

EL GOBIERNO ALFONSINISTA

–Las hipótesis acerca de la posibilidad de lograr una “profundización de la democracia” fueron llevadas a la práctica por las organizaciones políticas nucleadas primero en el FRE-PU y luego en la Izquierda Unida durante la presidencia del Dr. Raúl Alfonsín. Ellas planteaban que se había instaurado un gobierno de democracia burguesa y que presionándolo se podían alcanzar conquistas. Incluso concurren por convocatoria del propio Alfonsín a concentraciones en su apoyo en la Plaza de Mayo, por ejemplo aquella en que el presidente lanzó su “economía de guerra”. Los comunistas revolucionarios, en cambio, siempre fueron opositores, ¿por qué?

–Nosotros nos definimos opositores prácticamente desde el inicio del mandato de Alfonsín debido a la caracterización de clase que hicimos de su gobierno. Lo caracterizamos como un gobierno heterogéneo, en el que existían sectores de burguesía nacional, sobre todo a niveles provinciales, pero que estaba hegemónizado por sectores proterratinentes y promonopolistas.

Esa política de “presionar”, que usted menciona, ocultaba la simpatía con que esa “izquierda” veía al gobierno de Alfonsín. Porque este gobierno se iba a demostrar como proimperialista global, en el sentido que fue entreguista con el Fondo Monetario Internacional, con las potencias imperialistas europeas gobernadas por la socialdemocracia, pero sobre todo

fue entreguista con la Unión Soviética, como se demostró con los contratos pesqueros en el Atlántico Sur y en su política internacional y de comercio exterior. De modo que esas teorizaciones acerca de la democratización paulatina concurrían en apoyo a esta política, al tiempo que replanteaban las viejas tesis de Ferdinand Lasalle sobre ganar el Estado desde adentro y utilizarlo en favor del desarrollo del movimiento obrero, incluso para llegar al socialismo. Esta tesis la profesó en público Juan Carlos Portantiero y tuvo defensores vergonzantes en gran parte de los ex izquierdistas montoneros y erpianos que han popularizado la teoría de los “espacios de poder”, o lo que estas fuerzas imperialistas prosoviéticas llaman “situaciones de poder compartido” y “gérmenes del poder popular”. Llama la atención que el propio PC, después del XVI Congreso y del rumbo izquierdista que pretende dar a su política, hable de crear organismos de doble poder, como si fuese posible hacerlo sobre una base evolutiva y de democracia parlamentaria, etc. Nosotros, a partir de octubre del 83 y del triunfo de Alfonsín en las elecciones, tuvimos que dar una batalla durísima contra esas teorías en lo político-ideológico, que hacen a toda una concepción del Estado.

A partir de nuestra caracterización de clase de Alfonsín, nosotros nos ubicamos en la oposición y fuimos tratando desde el inicio de irlo desnudando y demostrando toda la falsedad que había detrás de todas las promesas supuestamente democráticas, nacionales y antiimperialistas de Alfonsín. Hoy día se habla del “alfonsinismo”. Cuando subió Alfonsín nosotros éramos los únicos en la Argentina que utilizábamos esta denominación, así como también hace muchos años utilizamos la expresión “lanussismo”, que hoy se utiliza habitualmente. Se entendía entonces como una ofensa llamar alfonsinista al gobierno radical. Los hechos demostraron con posterioridad que, efectivamente, éste era un gobierno alfonsinista, no un gobierno radical, y demostraron también que Alfonsín practicaba una política mentirosa. Así lo comprendieron millones de argentinos que en las elecciones de mayo de 1989 castigaron

con toda dureza a su gobierno. Este se había desenmascarado totalmente ante la opinión pública como un gobierno entreguista, antiobrero y antipopular, y como un gobierno que no era cierto que defendiese a fondo las libertades democráticas como pretendió parecer en su inicio.

En el combate contra el alfonsinismo jugaron un gran papel las luchas de la clase obrera, que, clara o no en la caracterización de Alfonsín, desde el inicio de su gobierno comenzó a castigarlo. No hay que olvidar que en el primer acto de gobierno, en el primer intento serio del alfonsinismo por garantizarse su dominio político por varias décadas, por “cien años de democracia”, metió en el Parlamento el proyecto de la Ley Mucci, que apuntaba contra la dirección del movimiento obrero y a la organización de una central sindical adicta. Nosotros combatimos con todo esa Ley Mucci. El alfonsinismo sufrió con ella su primera gran derrota, que marcó el rumbo de su derrota global, porque fracasó en lo que iba a ser fundamental para poder imponer sus planes de hambre, como el Plan Austral y el Plan Primavera, que fracasaron, todos ellos, por la resistencia y la lucha del movimiento obrero. Este no sólo realizó trece paros generales contra el alfonsinismo sino que protagonizó una cantidad muy grande de luchas entre las que conviene recordar, como expresión máxima, la ocupación de la empresa Ford que dirigió aquella Comisión Interna encabezada por el camarada Miguel Delfini y que llegó a concitar la solidaridad y el apoyo de la gran masa de la población. En Ford se replantearon las viejas banderas del clasismo que habían reivindicado en la década del 60 Salamanca y los otros compañeros en Córdoba. Con la puesta en marcha de la producción, dirigida por los obreros durante la ocupación de la planta de General Pacheco, ellos mostraron ante los ojos de las grandes masas de trabajadores la esencia más profunda del régimen capitalista y de la explotación a la que es sometido el proletariado. Esa lucha histórica, a pocas semanas de ser aprobado el Plan Austral, cuando una ola de despidos sacudió al país pero cuando al mismo tiempo grandes masas tenían la expectativa de que

se acabase para siempre con la inflación, esa lucha se inició, desde el punto de vista de la opinión pública, en condiciones desfavorables, pero fue una lucha necesaria. La lucha de Ford fue como tantas otras luchas de la clase obrera que están condenadas desde el inicio a ser perdidas, pero que también desde el inicio es necesario que los revolucionarios las impulsen, independientemente del resultado final. Son combates imposibles de evitar, como fue en su momento la Comuna de París, o como son tantas luchas de la clase obrera que abonan con su derrota parcial el camino de la victoria definitiva del proletariado. “Luchar, fracasar –decía Mao–, volver a luchar, fracasar de nuevo, volver otra vez a luchar y así hasta la victoria”.

–Muchos “demócratas” se mostraron vivamente irritados ante los hechos de Ford. El propio Alfonsín dispuso un enorme operativo represivo.

–Sí, terminó mandando prácticamente un ejército a rodear la fábrica con una verdadera parafernalia bélica. Demostró su esencia porque cedió ante la presión de la empresa monopólica imperialista y de otras grandes patronales imperialistas, desoyendo la exigencia totalmente lógica y legal del movimiento obrero. Todo el conflicto giró en torno a que la patronal no aceptaba la conciliación obligatoria que retrotraía la situación a la existente con anterioridad a la toma, debiendo volver a admitir en la fábrica a los obreros que había despedido. Esto era una verdadera provocación, no sólo contra el movimiento obrero sino contra las leyes del Estado argentino. El gobierno de Alfonsín cedió ante la patronal y movilizó 3.500 hombres de las fuerzas represivas para aplastar la lucha obrera en lo que hubiese sido una verdadera sangría si es que los obreros no hubiesen reaccionado con sensatez en aquella noche decisiva e histórica de la desocupación.

Bueno, esas luchas, los paros generales, las manifestaciones callejeras, las grandes huelgas activas como las que protagonizó el proletariado cordobés, las marchas de los mineros de Pirquitas en Jujuy, de los obreros del Ingenio Ledesma, de

los obreros de Piedra del Águila en Neuquén, las luchas de los obreros de Área Material Córdoba, de Dálmine Siderca. Y la Marcha Blanca docente, ese acontecimiento político que conmocionó al país y que contribuyó muchísimo al deterioro final del alfonsinismo.

Junto con todo esto se reactivó también el movimiento campesino, que protagonizó grandes concentraciones, cortes de rutas en el sur de la provincia de Santa Fe y en la provincia de Buenos Aires de los que nació y creció la corriente opositora a Humberto Volando, por primera vez en la Federación Agraria Argentina. Y hubo grandes movilizaciones democráticas que tuvieron como protagonistas a la clase obrera, a los estudiantes, al pueblo y fundamentalmente a las Madres de Plaza de Mayo.

Surgió como una de las novedades de este período y como algo que ya no va a poder ser sacado de la realidad política argentina, un poderoso movimiento de mujeres, múltiple, que siguió creciendo y desarrollándose como se demostró en el Cuarto Encuentro Nacional de Mujeres que se realizó en 1989 en Rosario. También un proceso de democratización muy profundo del movimiento estudiantil que debe ser analizado en su esencia, y no sólo en lo que aparece en su superficie. Se podría decir que el movimiento estudiantil durante estos años estuvo relativamente paralizado, lo que es cierto, porque fue ganado por el alfonsinismo. Franja Morada hegemonizó el movimiento estudiantil, después creció y se desarrolló la UPAU, o sea volvió a instalarse con un gran peso la fuerza liberal, como existió siempre en el movimiento estudiantil argentino. Pero junto con ello este movimiento se democratizó no sólo en la Universidad sino también en los colegios secundarios, logrando una organización de cuerpos de delegados y centros de estudiantes que ha abarcado a todo el país. Entiendo que ésta es una de las características más destacables de lo que ha sucedido estos años entre los estudiantes porque esto es lo permanente. Lo transitorio, o sea quién dirige o hegemoniza momentáneamente, tiene que ver con muchos componentes, sobre todo el tema de la democracia.

La intelectualidad que había jugado un papel muy importante en la lucha contra la dictadura, sobre todo a través de la organización de aquel movimiento de resistencia, que se llamó Movimiento por la Reconstrucción y Desarrollo de la Cultura Nacional, quedó neutralizada durante el gobierno alfonsinista. Aquel Movimiento, que había sido constituido como frente único antidictatorial, desapareció poco después de la asunción del gobierno constitucional.

–Ese Movimiento, aunque algunas filiales de provincia continuaron con sus actividades, prácticamente cerró su labor con la Semana de la Cultura de la Resistencia, realizada en el Centro Cultural General San Martín de Buenos Aires en junio de 1984.

–Un acontecimiento cultural muy importante. Posteriormente, la intelectualidad, que había sido ganada por el alfonsinismo, fue reorganizándose. Sus sectores revolucionarios, antiimperialistas, participaron en actividades como las de solidaridad con los obreros de Ford en lucha, y progresivamente fueron incorporándose también al combate contra el alfonsinismo en la cultura, hasta llegar a contribuir a la derrota electoral de Alfonsín en mayo de 1989.

–En ocasión del plebiscito por la aceptación o no de la propuesta papal respecto del diferendo con Chile por las islas del Canal Beagle, ustedes votaron por el “Sí”. ¿Debe interpretarse que ésta fue la oportunidad, tal vez única, en que estuvieron de acuerdo con el alfonsinismo?

–De ninguna manera. Nosotros desde mucho antes del plebiscito, al que consideramos innecesario, nos habíamos manifestado a favor de la firma de esa propuesta. El plebiscito tuvo la intención de dilatar y de obtener un Sí débil, que permitiera mantener montado el detonante de una guerra en el sur sobre la base de la posible impugnación futura de la firma del tratado. Por esto nosotros impulsamos votar masivamente para la obtención de un Sí rotundo. Hicimos una intensa campa-

ña cerrada con un gran acto. El plebiscito pretendió enredar la situación pero no lo logró. A Alfonsín hay que reconocerle dos grandes méritos; uno local: ha sido campeón de truco en Chascomús; y otro nacional, que es ser el gran enredador de la política argentina.

Pero sobre todo discrepábamos con el alfonsinismo en que éste firmaba el tratado manteniendo la posición dictatorial de “Argentina en el Atlántico, Chile en el Pacífico”, en lugar de sostener la posición de integración con Chile sobre la base de permitir que las dos naciones hermanas tengan libre acceso a los dos océanos. Esta integración favorecería a la Argentina con la salida a los puertos del Pacífico, que con sus inmensos mercados será, como se dice, el océano del siglo XXI. Esto abriría la posibilidad de reactivar los pasos cordilleranos favoreciendo las economías regionales. Por el contrario, Alfonsín quería tener las manos libres para su política respecto del Atlántico Sur, en el cual instaló a la Unión Soviética concediéndole el uso de los puertos patagónicos argentinos, con las consecuencias económicas y estratégicas que ya vimos.

Nosotros fuimos coherentes con la posición que habíamos tomado en 1977, cuando en pleno terror fascista enfrentamos a fondo y sin concesiones la política chauvinista a la dictadura violo-videlista. Recuerdo que entonces, en la escalera del Comité Nacional del Partido Radical en la calle Tucumán de Buenos Aires, se encontró Alfonsín con un compañero de nuestro partido y le enrostró con su índice diciendo: “Ustedes van a ser responsables de lo que les pase a muchos de sus militantes por esta posición que han publicado sobre el Beagle”, refiriéndose a la posibilidad de que la dictadura secuestrase a nuestros compañeros por esa posición. Así que Alfonsín sabe muy bien quiénes fueron los que en esos años atacaron todos los fundamentos chauvinistas de nuestros conflictos fronterizos y territoriales sobre los que se alimentan los odios y resentimientos nacionales entre nuestras repúblicas latinoamericanas, siempre utilizados por los imperialismos. Hay también supuestos nacionalistas que toman como enemigo principal no al impe-

rialismo sino a países vecinos de América. Y si se quiere una opinión de un representante nacionalista, mucho más drástica, habría que recordar que Perón siempre dijo que él no iba a supeditar una política de hermandad con el pueblo chileno al diferendo sobre tres peñascos.

—Tal vez el debate más importante a nivel popular en este período, fue el que se dio en torno al juicio y castigo que debían merecer los responsables de los crímenes contra el pueblo cometidos por la última dictadura militar. Los juicios que se realizaron tuvieron como objetivo aparente juzgar únicamente los “excesos” —esta expresión ya había sido utilizada antes por los enjuiciados—. También se actuó según la teoría de los “dos demonios” (los represores y los “guerrilleros”). Las fuerzas democráticas, incluido el PCR, exigían juicios públicos y por jurados. ¿Por qué Alfonsín no lo aceptó?

—Porque no hubiese podido maniobrar para salvar a los militares de su corriente política y de su amistad, como el general Harguindeguy. La tesis de los “dos demonios” legalizaba la represión de la dictadura, con lo cual sólo podía hablarse de los famosos “excesos”. Fue el centro de toda la política de derechos humanos del alfonsinismo, que ponía en un pie de igualdad a la víctima y al victimario. Al caso de Harguindeguy, quien manejaba desde el Ministerio del Interior las carpetas con los nombres de los asesinados, presos y desaparecidos, hay que agregar otros muchos, entre los más conocidos el de Domingo Bussi, o las bajas condenas recibidas por el brigadier Agosti y el mismo Viola, gracias a los beneficios del tipo de juicio que se les hizo. Porque acá no hubo un Núremberg, el cual para una mente estrecha de jurista —nada más reaccionario que un jurista, como dijo August Bebel— puede ser aberrante, porque se hizo sobre la base de convenciones aprobadas con posterioridad a los hechos juzgados. Pero el tribunal internacional de Núremberg fue considerado por toda la humanidad progresista, que había luchado para aplastar a la bestia nazi, como una conquista de la humanidad. Operó así porque

se estaba ante crímenes políticos que escapaban a las normas de un código penal común. Y aquí, Alfonsín trató primero de juzgarlos de acuerdo al código militar; luego, obligado por el clamor popular, fue a los juicios civiles, pero según las convenciones habituales, que permitieron que un asesino como Viola –que nos consta que dio personalmente las instrucciones a los coroneles que participaron en el juicio clandestino a René Salamanca, y como jefe del Estado Mayor era responsable directo de los fusilamientos– viene a resultar culpable por complicidad o encubrimiento de algunos secuestros, violaciones y un par de asesinatos. Nunca ordenó torturar o fusilar, porque esas órdenes no están firmadas. Es verdaderamente ridículo. Y así de seguido con otros carniceros como él.

Después de negarse a la constitución de una comisión bicameral que investigara estos crímenes, Alfonsín formó la CONADEP, integrada por personalidades de renombre, muchas de ellas idóneas y honestas, pero que no tuvo más facultades que reunir los datos ya conocidos. Más tarde vinieron las Instrucciones a los Fiscales y las leyes de Punto Final y de Obediencia Debida. Esta última es el colmo de la aberración, en cuanto a la división de responsabilidades que hizo el alfonsinismo para salvar a la cúpula lanusso-violo-videlista. De acuerdo a ella, si una patrulla militar entró en una casa, asesinó a un niño de tres años, a sus padres y a una pareja de ancianos, es absuelta. Pero si aparte de hacer todo eso robó un collar de perlas, es condenada por este robo, pues éste no estaba en sus órdenes.

–Durante el gobierno de Raúl Alfonsín emergió una fuerte corriente nacionalista en el Ejército, que pasó a ocupar un lugar destacado en la política nacional con la sublevación de Semana Santa. ¿Qué interpretación hace el PCR de este conflicto militar?

–Los sucesos de Semana Santa o las Pascuas Golpistas, como usted lo quiera llamar, fueron acontecimientos que mostraron que en la Argentina no había estabilidad democrática sino inestabilidad política, social y militar. Era el resultado de

la política proterratene y proimperialista del alfonsinismo, que beneficiaba a las mismas clases y a los mismos sectores sociales que había beneficiado la dictadura. Y esta política era el principal factor golpista. A esto se sumaba el empantanamiento económico en que el país cayó a partir de la crisis de 1981.

Además el alfonsinismo hizo un doble juego con las Fuerzas Armadas. Por un lado estimuló el antimilitarismo a través de los medios de información y de las políticas presupuestarias, prometió esclarecer la verdad sobre la represión dictatorial y hacer justicia, y por otro lado manejó los juicios por los crímenes del Proceso para dividir a los militares entre hijos y entenados con el objetivo de organizar Fuerzas Armadas afines a su proyecto. Para esto se basó en los principales cuadros del lanussismo y del violo-videlismo prosoviéticos. Pactó la salvación de sus amigos, a los que evitó el juzgamiento o la condena, como sucedió con los generales Ríos Ereñú, Harguindeguy, Sánchez, Pomar, Dasso, Ficchera, Delpino. No enjuició a la cuarta Junta Militar, con la que había pactado la llamada transición constitucional, y acosó a la oficialidad intermedia que estaba comprometida en la represión dictatorial para doblegarla y barrerla de las Fuerzas Armadas. Aquí tocamos uno de los temas fundamentales de esa represión dictatorial, en la cual la cúpula de las Fuerzas Armadas trató de comprometer, manchándola con sangre, a la enorme mayoría de la oficialidad para tenerla como cómplice en su política represiva y antipopular. Entonces, mientras el alfonsinismo hacía ese trabajo de dividir al Ejército y a las demás armas en hijos y entenados, bajo cuerda prometía a la oficialidad intermedia que la iba a salvar mediante las leyes de Punto Final y de Obediencia Debida, instrumentos legales que tenía redactados antes de los acontecimientos de Semana Santa. Pero por distintas causas no podía cumplir con sus promesas.

En su momento, el senador Elías Sapag introdujo el calificativo de delitos atroces y aberrantes, los que no eran eximentes de la obediencia debida. Luego la Corte incluyó en la lista de tales delitos al secuestro y a la tortura de personas.

Por lo tanto los jefes juzgados, de Videla para abajo, se han hecho responsables de la represión pero no de haber ordenado cometer delitos aberrantes, porque ningún oficial superior se puede hacer cargo de violar mujeres, robar niños, cambiar su identidad, robar y usufructuar la venta de lo robado, asesinar a mansalva, etc. Numerosos jueces resistieron las presiones políticas del alfonsinismo y aplicaron las leyes tal cual éstas ordenan, planteando que si el gobierno quería de ellos otras conductas debía asumir el costo político de cambiar la legislación. Por lo tanto, el clima se enrareció en bases y cuarteles, y el gobierno ante esta situación trató de provocar lo que entonces se llamó un mini tejerazo, en alusión al intento de golpe de Estado, medio payasesco, del coronel Tejero que sirvió para consolidar el proceso de reformas de Suárez, Fraga, Felipillo y Carrillo en la España posfranquista. Con motivo de la citación a la justicia del mayor Barreiro, un elemento de inteligencia que había tenido participación activa en la represión al movimiento obrero y popular en Córdoba, se produjo todo un planteo militar que en su inicio parecía que iba a permitir al alfonsinismo lograr ese efecto del Tejerazo por la movilización popular que ese hecho provocó en Semana Santa. Las masas ganaron las calles convocadas o autoconvocadas. Miles de personas rodearon Campo de Mayo dispuestas a enfrentar a los golpistas. Millones se movilizaron en todo el país en defensa de las instituciones democráticas.

–Ustedes estuvieron en esas movilizaciones. Las pancartas del PTP fueron visibles en las tomas de la televisión frente a Campo de Mayo.

–Estuvimos en ellas, desde ya. Y cuando todo eso sucede, de pronto se cruza el teniente coronel Aldo Rico, que se acuartela en la Escuela de Infantería de Campo de Mayo. Se complican las cosas, porque Rico levanta un programa que impide al alfonsinismo enhebrar su juego de mini tejerazo. Rico exige una solución política para los juicios a los represores del Proceso, pero pone como blanco de su levantamiento

al jefe del Estado Mayor Héctor Luis Ríos Ereñú, planteando que los jefes que impartieron las órdenes “hoy están en libertad desprocesados, ascendidos y gozando de un privilegio que no merecen”. Y decía Rico que “si quienes dieron las órdenes van a la justicia no tenemos ningún problema en ir todos a la justicia, pero ningún hombre de bien que vista uniforme militar puede ampararse escudándose en el sacrificio de sus subalternos”. Con lo cual ubicó la contradicción contra la cúpula de las Fuerzas Armadas, generando una situación muy grave. Como señaló el diario *La Nueva Provincia* en un editorial del 26 de abril del 87, Alfonsín había cometido el error de no tomar en cuenta “la existencia de otro sector castrense decidido a tomar cartas en el asunto, el de los malvineros, expresados en la figura del teniente coronel Aldo Rico”. Y entonces los acontecimientos obligaron a Alfonsín a ceder a las exigencias del grupo que se había alzado. Y comenzó un proceso de descomposición en el sector militar, porque a partir de ese momento el Ejército se dividió abiertamente en dos grandes corrientes: la corriente liberal-procesista, como la llamamos habitualmente, hegemonizada por generales que vienen del tronco lanusso-violo-videlista como Ríos Ereñú, Caridi, Gassino y Cáceres, y la corriente nacionalista apoyada en la oficialidad subalterna que tuvo el protagonismo principal en la Guerra de Malvinas.

Resurge así en el Ejército argentino una corriente nacionalista muy heterogénea, con distintos afluentes y posiciones programáticas, pero que globalmente enfrenta a esa conducción en la que desde el año 1971 se ha basado el predominio del sector terrateniente y del sector proimperialista amigo de la Unión Soviética en la Argentina. De esta manera se ha generado una situación verdaderamente muy complicada en el Ejército y en las Fuerzas Armadas en general.

Después de Semana Santa tuvimos los hechos de Monte Caseros, porque Alfonsín cumplió parcialmente sus promesas. De los puntos que él acordó con los militares alzados, cumplió lo referido a las leyes de Punto Final y de Obediencia Debida,

que fueron avaladas por la mayoría de los partidos políticos de la Argentina –incluido el PC– con la firma del Acta de Compromiso de Reconciliación Nacional. Alfonsín suspendió los juicios hasta que se aprobaran esas leyes y se vio obligado a pasar a retiro a algunos generales. Pero maniobró; ubicó en definitiva a un hombre de su corriente, Dante Caridi, al frente del Ejército y castigó con todo su rigor a Rico y a otros dirigentes de la corriente nacionalista.

Monte Caseros fue una trampa que montaron los servicios de inteligencia del alfonsinismo, trampa en la que entraron Rico y algunos integrantes de su corriente y que contribuyó a la consolidación de la cúpula liberal del Ejército; aunque una consolidación frágil, porque por otro lado se profundizó más la ya irremediable división en la fuerza. De aquí que Monte Caseros no fuera más que el prólogo para el alzamiento de Villa Martelli en diciembre de 1988 con la presencia de Mohamed Seineldín nuevamente en el país. Este levantamiento adquirió una magnitud muy grande desde el punto de vista de su poderío militar, y colocó al país al borde de un golpe de Estado o de una situación totalmente descontrolada. Villa Martelli fue el prólogo, a su vez, del ataque al cuartel de La Tablada por los militantes del MTP en enero de 1989.

Habíamos hablado de que en el inicio del auge del movimiento obrero y popular en 1982, estaba presente también el hecho de que el Estado oligárquico-imperialista había salido profundamente resquebrajado y feudalizado del período que culminó con la derrota de Malvinas. Ese proceso todavía no se ha resuelto, está vigente en la actualidad. El gobierno de Menem probablemente ha considerado que iba a resolver esto con el indulto, pero no será así. Con el indulto se aparentó darle un poco de alas a la corriente nacionalista a través del perdón a algunos de sus jefes, aliviándolos de las penas de prisión por muchos años. El gobierno de Menem trató así de emparejar a la corriente liberal y poder mediar en el Ejército, poder gobernar manteniendo el equilibrio entre las dos corrientes, pero con esto no logra resolver el problema de fondo, que es la profunda frac-

tura entre ellas. Más aún cuando, a la hora de la verdad, los jefes nacionalistas han quedado fuera del Ejército y la cúpula está en manos de los lanussistas.

—Escuché al general Ríos Ereñú quejarse ante un periodista de que el indulto pone en un mismo plano a los alzamientos de los nacionalistas con la actuación de su corriente liberal en la “guerra antisubversiva”. Y tiene razón, sólo que los delitos más graves indultados son los cometidos durante la represión dictatorial.

—Claro, el indulto no conforma a nadie. *La Nueva Provincia*, al igual que *La Prensa*, considera inadmisibles que Menem haya recibido en la Casa de Gobierno a Cirilo Perdía y Roberto Vaca Narvaja dándoles el mismo tratamiento que a Mohamed Seineldín, un malvinero, un “héroe nacional” según dice ese diario. Es muy posible que Menem haya cumplido con sus compromisos con el Peronismo Revolucionario, adoptados antes de las elecciones, respecto de indultar a los jefes montoneros. Sectores de las Fuerzas Armadas y de la política nacional consideran aberrante que el gobierno de Menem indulte con los mismos fundamentos a los Montoneros que a los que dirigieron la represión fascista de la dictadura.

Hagamos un breve balance del indulto: los Montoneros no solamente han recuperado su “dignidad” perdida y tienen trato de sector político privilegiado en los medios de comunicación, recepción de honor en la Casa de Gobierno, etc., sino que hablan abiertamente de los millones de dólares de los que disponen y que es posible que decidan volcarlos a alguno de los proyectos políticos del gobierno. Es decir que con este simple hecho —hay que reconocerlo así— se legalizó la posesión de ese dinero que manejó, entre otros, el grupo de testaferros rusos de Gelbard-Graiver y que se dice que está depositado en Cuba. Los militares asesinos de la dictadura, responsables directos del genocidio, han sido beneficiados plenamente. La corriente nacionalista no ha sido demasiado beneficiada, salvo por el hecho de que les han levantado los procesos militares por sus

alzamientos, pero sus jefes más connotados han perdido su carrera militar.

Está claro que nos estamos refiriendo a aspectos marginales, porque el problema fundamental del indulto es que, aparte de ser inconstitucional, ilegal, es profundamente reaccionario, porque termina por coronar el proceso que se inició durante los juicios con las Instrucciones a los Fiscales y las leyes de Punto Final y de Obediencia Debida del alfonsinismo a través del cual, en la práctica, los responsables de ese gigantesco genocidio que fue el asesinato masivo de miles y miles de militantes obreros y populares van a recuperar su estatus de ciudadanos honorables. Esto preanuncia que se van a seguir acumulando los factores de guerra civil en la sociedad argentina, porque no puede un asesino torturador como éstos convivir pacíficamente con los parientes o las víctimas de la represión dictatorial.

–Ellos dicen que sus crímenes fueron hechos normales en una guerra.

–Esa es la mentira de fondo que se esgrime, que aquí en la Argentina hubo una guerra, como en España en el 36-39, con un millón de muertos, o la guerra civil en Colombia en los años 50, pero acá no hubo nada de eso. Acá los Montoneros y el ERP hablan de guerra. Y luego los represores que muchas veces estuvieron influenciados o dirigidos por la misma mano que influenciaba y dirigía a los terroristas urbanos, hablan de guerra. Aquí no hubo una guerra civil, hubo una dictadura. Hubo terrorismo urbano que fue utilizado y fue cómplice de un golpe de Estado reaccionario que implantó una dictadura promonopolista y proterrateniente que arrasó con las conquistas del movimiento obrero y popular, y que para hacerlo secuestró, torturó, asesinó a miles y miles de argentinos. Este es el problema de fondo por el que no se va a lograr la pacificación con medidas como el indulto que sancionó Menem.

–Quizás el hecho más resonante producido bajo la presidencia de Alfonsín fue el copamiento del cuartel del Regimiento

III de Infantería del Ejército en La Tablada por el Movimiento Todos por la Patria. ¿Qué posición tuvo el PCR entonces y qué interpretación hace ahora de ese acontecimiento?

—Sobre los hechos de La Tablada todavía no hay un esclarecimiento total. Nosotros tuvimos una posición de enfrentamiento sin vacilaciones al ataque que protagonizó el MTP, que en realidad era una tapadera legal de un sector del ERP. Hubo una provocación del aparato político del alfonsinismo; me refiero al grupo de Enrique Nosiglia y Carlos Becerra, quienes desde la Secretaría General de la Presidencia y desde el Ministerio del Interior, como se demostró acabadamente, y en coordinación con el grupo que dirigía el MTP, urdieron la campaña política protagonizada por Jorge Baños que estuvo vinculada a todo eso.

En realidad fue un eslabón más de una cadena de provocaciones que comenzó con el montaje de la denuncia del pacto militar-sindical en las elecciones del 83. Hay que reconocer que aquella vez Alfonsín sorprendió a todo el mundo, porque muchos dudábamos de que fuese capaz de utilizar tales métodos, como los que los hechos demostraron posteriormente que utilizaba. El alfonsinismo urdió toda esa patraña del pacto militar-sindical en el momento en que la polaridad central en la Argentina pasaba por la contradicción dictadura-democracia y la necesidad era barrer a la dictadura e instaurar un régimen democrático. Las grandes masas populares estaban ansiosas de restablecer mecanismos mínimos de vida democrática. Y Alfonsín levantó con acierto ante esas masas el espantajo de una dictadura fascista basada en un acuerdo entre un grupo militar siniestro, complicado con los crímenes de la dictadura, ensangrentado hasta los codos, y jerarcas sindicales. Todo esto muy bien hecho, utilizando instrumentos culturales, películas, etc., para poder meter a fondo esta idea en las grandes masas. Después utilizó cuestiones como la quema del ataúd por Herminio Iglesias, que supieron despertar un profundo reflejo gorila que nunca está totalmente dormido en las capas medias. Así ganaron las elecciones del 83. Para el 85 se dedicaron a

llamar por teléfono a centenares de escuelas anunciando que se habían colocado bombas, haciendo sacar a los chicos a la calle, e hicieron una denuncia, nunca comprobada, contra un grupo de elementos nacionalistas de derecha que dijeron pretendían acabar con la democracia constitucional. Y ganaron las elecciones. Para el 87 pusieron bombas en los cines con un resultado desgraciado, porque ya había mucha gente advertida de esta habilidad tramposa del alfonsinismo, y encima se descubrió el centro desde donde operaba el grupo de acción psicológica que realizaba los atentados. Como hubo policías heridos por algunas de esas bombas, el hecho amenazó con derivar en graves enfrentamientos y tuvieron que suspender el festival bombístico.

El asalto al cuartel de La Tablada es un eslabón de esa cadena de provocaciones con finalidad electoral. No se lo puede entender al margen de lo que había sucedido pocas semanas antes en Villa Martelli. Porque con motivo de esos sucesos el poder del grupo de militares lanussistas que hegemonizaba la cúpula del Ejército había quedado muy deteriorado. Se había demostrado que no controlaba las guarniciones del país y se había generado una situación extremadamente difícil para Alfonsín, que lo obligó a cometer una serie de hechos políticos que hoy día están casi olvidados pero que fueron parte de estas maniobras, porque en determinado momento se monta la gran denuncia de la complicidad entre Menem, Lorenzo Miguel y Seineldín para dar un golpe militar.

—*¿Otra vez el “pacto”?*

—Otra vez el pacto militar-sindical entre un grupo nacionalista “mesianico” —decía Alfonsín—, un grupo “fundamentalista” de fanáticos religiosos de la más oscura reacción fascista, unidos para impedir que se pudiese consolidar el proceso “democrático” que él regenteaba. Y utiliza para esto los canales oficiales de TV con la ayuda de alguna de esas figuras periodísticas que surgieron bajo su advocación, como Mónica Gutiérrez y otras, que durante varios días difunden una supues-

ta reunión entre Menem y Seineldín denunciada por Baños y otros dirigentes del MTP. Ya sobre el filo del lunes 23 de enero de 1989 en que se produce el ataque a La Tablada, desde el Ministerio del Interior se difunde el rumor de que en esa fecha se iba a producir un levantamiento “carapintada”. Nosiglia llama personalmente y manda avisar a distintos sectores democráticos de este “peligro”.

El sábado 21 se produce el atentado contra el nieto del fiscal Molinas e hijo de nuestro camarada Luis Molinas. El niño fue herido a mansalva por una patrulla policial y salvó la vida milagrosamente. El propio día lunes por la mañana, hubo un incendio con intento de fuga en la cárcel de encausados donde estaba detenido López Rega. Todo demuestra que se trató de maniobras de acción psicológica muy bien montadas, porque ese día lunes nos hubiésemos encontrado con el entierro del nieto del “Fiscal de la República” asesinado en forma oscura, con el intento de fuga de López Rega y con los sucesos de La Tablada, en los que el grupo del MTP difunde volantes vivando a Rico y a Seineldín, creando la sensación de que el sector nacionalista del Ejército ha intentado copar el cuartel de La Matanza.

Estos son los hechos. No hay ninguna duda sobre la relación de los dirigentes del MTP con el Ministerio del Interior y la Secretaría General de la Presidencia de la Nación, hecho hartamente comprobado. No hay ninguna duda sobre el apoyo oficial a la denuncia de Baños. Las dudas sobre lo que sucedió en La Tablada se deben a lo complejo de la situación internacional y a las contradicciones entre Daniel Ortega y Fidel Castro, entre éste y Mijail Gorbachov, entre Erich Honecker y los servicios de inteligencia de la República Democrática Alemana con el KGB, etc.

—¿Cómo se vincula todo eso con algo tan distante como el ataque a un destacamento militar en la provincia de Buenos Aires?

—Por el hecho de que los jefes de ese ataque son mercenarios conocidos de una de las dos superpotencias imperia-

listas: la Unión Soviética. Enrique Gorriarán Merlo es uno de los dirigentes más conocidos del ERP, que vivió muchos años en Cuba y participó en operativos especiales vinculados a los servicios alemanes orientales, soviéticos y cubanos en países americanos y africanos. Participó en la lucha contra el dictador Anastasio Somoza y realizó operativos como el ajusticiamiento de éste en Asunción y el asesinato del principal líder de los contras nicaragüenses en Honduras al inicio de la revolución sandinista. Es un hombre público al servicio de ese aparato internacional; un mercenario que se autodenomina “internacionalista”.

—*¿Organizó los servicios de inteligencia nicaragüenses?*

—Sí. Él con otro de los atacantes de La Tablada, Farfán, cuyo verdadero apellido era Sánchez, según datos que son públicos, son los que, junto a los servicios especiales soviéticos y de la RDA, organizaron la policía y la inteligencia de Nicaragua.

—*¿Y cuáles son las dudas sobre los hechos de La Tablada?*

—Las dudas, para quienes carecemos de información confiable, son sobre las causas del fracaso de ese operativo del MTP y de un sector del gobierno de Alfonsín. O fue delatado con anterioridad, o fue interrumpido por un anuncio adelantado de lo que estaba sucediendo en el cuartel, lo que hizo que el golpe abortase. Está claro que el nivel militar de los participantes fue muy elevado, porque lo fundamental del grupo operativo no cayó y pudo retirarse. Quedaron confusas las finalidades operativas inmediatas, por el hecho de que se ha informado que participó un grupo especialmente entrenado para el manejo de tanques que tenía como finalidad utilizar los blindados del regimiento, no se sabe bien para qué. Los manejos para ganar las elecciones del 14 de mayo creo que son hartamente evidentes. Al mismo tiempo hay cosas que todavía están en la oscuridad. Lo que está absolutamente claro para nosotros es la participación de los servicios especiales soviéticos. En qué medida actuaron las contradicciones entre cubanos, nicaragüenses, alemanes

orientales y rusos, tanto en la planificación como en el desenlace del operativo, es interesante conocer pero es secundario. Me refiero a que hay una versión, surgida también del Ministerio del Interior de Nosiglia y alentada desde la presidencia por Becerra y Alfonsín, tendiente a demostrar que los servicios especiales soviéticos no estuvieron involucrados en La Tablada, sino que fue una mala jugada que le hicieron a Alfonsín los servicios cubanos y de la República Democrática Alemana. En un momento se mencionó a Nicaragua, por la relación estrecha que tenían esos servicios con el sandinismo. Pero creer que el gobierno nicaragüense, que está angustiosamente tratando de sobrevivir, al borde del abismo ante la intervención de los contras, se dedique a realizar semejantes operativos en América Latina contraviniendo las órdenes de los soviéticos, entra ya en la categoría del absurdo; teniendo en cuenta que el sector de Ortega se ha mantenido en el gobierno dependiendo fundamentalmente de la ayuda y del apoyo soviético.



La columna del PCR en una marcha de Madres de Plaza de Mayo.



Otto Vargas en la Ronda de las Madres de Plaza de Mayo del jueves 20 de septiembre de 1984. Fue su primera actividad pública luego del sobreesimiento en la causa que le iniciara un juez de la dictadura por haber hablado en el acto del Partido del Trabajo y del Pueblo el 19 de noviembre de 1982.



Una de las asambleas obreras durante la toma de Ford (5 de julio de 1985).



El Fiscal Ricardo Molinas en ocasión de un homenaje que se le tributó en Buenos Aires, salutado por Otto Vargas, 1988.

XV

LA TEORÍA DE LOS TRES MUNDOS

–En nuestras conversaciones usted ha utilizado reiteradamente la expresión “Tercer Mundo”, que es asimismo habitual en la política argentina y mundial. Sin embargo, no siempre significa lo mismo para quienes la utilizan. ¿Cómo fundamentan ustedes esa división del mundo en tres?

–La concepción marxista del Tercer Mundo fue formulada por Mao Tsetung en el año 1974. Es una teoría según la cual los Estados Unidos y la Unión Soviética constituyen el Primer Mundo; Europa, Japón y Canadá constituyen el Segundo Mundo; y Asia, África y América Latina constituyen el Tercer Mundo.

La Teoría de los Tres Mundos se basa en la definición de época que dio Lenin –la época del imperialismo y de la revolución proletaria–, en la teoría leninista sobre el desarrollo desigual del imperialismo y la inevitabilidad de que los países imperialistas recurran a la guerra para repartirse nuevamente el mundo, y en la tesis según la cual el imperialismo ha dividido el mundo en naciones opresoras y naciones oprimidas. El proletariado internacional lucha al lado de estas últimas, y las revoluciones de liberación nacional confluyen con la revolución proletaria mundial. Es decir que la concepción maoísta de los Tres Mundos es un desarrollo táctico de la concepción revolucionaria de Lenin, para quien la revolución socialista iba a ser no sólo el producto de la revolución triunfante del proletariado de los países desarrollados, sino el resultado del empalme de

esa revolución con el triunfo de las revoluciones antiimperialistas en los países oprimidos de Asia, África y América Latina.

Para quien considere que la concepción leninista del mundo ha caducado, ya no existirá más el imperialismo; hoy en lugar de las potencias imperialistas, simplemente habría una diferencia entre países desarrollados con distintas formas de gobierno. Unos serían las democracias occidentales, otros serían los países del “socialismo real” que ahora se llaman países socialistas de la “era gorbachoviana”, y por otro lado estarían los países “subdesarrollados”. Pero nosotros consideramos que la característica fundamental del mundo actual, sin la cual no se puede comprender absolutamente nada de lo que sucede en él, es la división del mundo en países opresores y países oprimidos. Más aún, la diferencia entre los países opresores y los oprimidos no deja de agudizarse con el paso del tiempo. Fíjese que la deuda externa de los países en desarrollo llegó en diciembre de 1988 al billón trescientos veinte mil millones de dólares, suma que representa casi la mitad del Producto Bruto Nacional de esos países.

Cuando Mao formula esta tesis, los yanquis acaban de ser derrotados en Vietnam. Comienza una época de expansionismo agresivo de la Unión Soviética que al final de esa década va a impulsar y apoyar la ocupación de Camboya y de Laos por Vietnam a cambio de concesiones militares importantísimas que le abren el acceso a los puertos del Pacífico Sur. Va a invadir Afganistán e intervenir, a través de los mercenarios cubanos y alemanes orientales en Etiopía, en el Cuerno de África, en el Medio Oriente, en América Latina, sobre todo apoyando al grupo llamado sandinista, y en varios países africanos como Angola, en esa situación tan original donde los soldados cubanos defienden los intereses soviéticos y al mismo tiempo los de la Occidental Petroleum, porque ahí están cruzados los negocios de grupos yanquis.

La disputa yanqui-soviética por la hegemonía en el mundo impregnaba toda la política mundial. El socialimperialismo soviético era muy agresivo y muy peligroso, había llegado

tarde al festín imperialista y por lo tanto era (y aclaro: es hoy también) más feroz y rapaz. Al ser relativamente más débil en el plano económico, se basa principalmente en la amenaza bélica y en la fuerza militar para su expansión, aprovechando para ello el manejo de una economía altamente concentrada, del tipo de capitalismo monopolista estatal.

Como dijo Mao en 1976, “los Estados Unidos tienen intereses que proteger en el mundo, mientras que la Unión Soviética quiere la expansión. Esto es inalterable”. Esas eran las condiciones en las cuales Mao Tsetung definió la Teoría de los Tres Mundos. Mucho de esto está en discusión, porque en el último período se han desarrollado potencias imperialistas. Se ha agudizado la lucha por los mercados. Estamos próximos al cierre del Mercado Común y de la unificación europea para 1992. Las contradicciones anglo-alemanas dentro del MCE llevan a que Inglaterra trate aceleradamente de reforzar sus relaciones con los países que eran miembros del Commonwealth. Japón trata de agrupar a los cuatro tigres asiáticos: Corea, Singapur, Hong Kong, Taiwan, y a los países de la ASEAN. Los Estados Unidos tratan de establecer un mercado común con Canadá y con México, dentro de un contexto en el cual la hegemonía económica del imperialismo yanqui en Occidente está seriamente afectada, al punto que de los diez principales bancos del mundo capitalista occidental, ocho son japoneses y sólo uno yanqui. Los japoneses invierten y avanzan en sus inversiones en Norteamérica.

Pero el hecho fundamental señalado por Mao en ese entonces respecto de la contienda soviético-norteamericana por la hegemonía, es que ésta es un producto peculiar del desarrollo histórico posterior a la Segunda Guerra Mundial, y que sólo la URSS y los EEUU están en condiciones de disputar esa hegemonía. Esto sigue vigente. Desde un punto de vista más global se podría decir que el Producto Bruto Nacional de los EEUU y de la URSS, que en el año 1976 representaba aproximadamente el 40% del PB del mundo entero, hoy puede representar un poco menos, pero igualmente siguen siendo los dos gran-

des poderes. Además, la diferencia militar que existe entre las dos superpotencias y el resto de los países imperialistas es muy grande. Por lo tanto, tenemos por un lado a las dos superpotencias que disputan por el dominio del mundo, por el otro lado a las naciones oprimidas que son víctimas de la opresión y de la explotación que albergan a la gran mayoría de la población mundial y que conforman el Tercer Mundo. En éste están los países dependientes y oprimidos por el imperialismo y los países que, habiéndose liberado del imperialismo, como es el caso de China, tienen un retraso respecto de las superpotencias y de los países imperialistas del Segundo Mundo aún muy grande.

La Teoría de los Tres Mundos de Mao no sólo señala con nitidez la disputa soviético-yanqui como el principal factor de guerra que ha de llevar al mundo, más tarde o más temprano, a una confrontación bélica mundial. Remarca el hecho de que lo fundamental de la lucha de clases en el plano mundial pasa por la lucha liberadora de los países del Tercer Mundo. En tercer lugar, Mao señala las posibilidades de alianzas para que esta lucha liberadora pueda triunfar. Desde este punto de vista hay que decir que la teoría de Mao sobre los Tres Mundos empalma con otros análisis que realizó el movimiento comunista en vida de Lenin y posteriormente. En ocasión del Segundo Congreso de la Internacional, Lenin hizo un análisis del mundo señalando que como resultado de la Primera Guerra Mundial y de la Revolución Rusa había surgido un país socialista y subsistían países capitalistas imperialistas. Que se había desatado un gigantesco proceso de revolución nacional liberadora en los países coloniales, semicoloniales y dependientes, que ese movimiento iba a empalmar con el movimiento del proletariado mundial y que esto era lo que podía garantizar, en definitiva, el triunfo revolucionario del proletariado mundial. Por otro lado, entre los países imperialistas –precisó– se había agudizado la disputa y la rivalidad como resultado de la Primera Guerra Mundial, porque los países derrotados estaban oprimidos por los vencedores. Se refería particularmente a la situación de Alemania después del tratado de Versalles. Señalaba ya la rivalidad

yanqui-nipona por la conquista del Pacífico como fundamental y que iba a terminar en una disputa bélica, como aconteció en la Segunda Guerra Mundial. Partiendo de esto él trazó la línea internacional que le permitió a la Unión Soviética aprovechar esas contradicciones. Lenin llegó a pensar en ofrecer en arriendo la península de Kamchatka, conociendo la disputa entre japoneses y yanquis, para utilizar esa contradicción en favor de afianzar la Revolución Rusa en Asia. También, buscó permanentemente la utilización de la contradicción de la Alemania vencida con los países de la Entente, para tratar de garantizar condiciones de sobrevivencia a la Revolución Rusa en el sector europeo, junto con una política de ayuda a la lucha del movimiento revolucionario del proletariado alemán y mundial.

Posteriormente, antes y después de la Segunda Guerra Mundial, la URSS fue a una alianza con los países capitalistas de régimen parlamentario democrático contra los países fascistas, y ésta fue la clave para la supervivencia de la revolución en el caso soviético. Y con posterioridad a la guerra trabajó permanentemente para aliar el movimiento comunista internacional, que ya había constituido lo que se llamó el “campo socialista”, con una serie de países liberados del imperialismo, utilizando fundamentalmente las contradicciones entre el imperialismo inglés y el imperialismo yanqui. El movimiento revolucionario internacional utilizó posteriormente las contradicciones que despertaban entre los capitalistas franceses, alemanes y yanquis.

En 1952 escribió Stalin: “En apariencia todo marcha «felizmente»: los Estados Unidos tienen a ración a la Europa Occidental, al Japón y a otros países capitalistas... Pero sería un error suponer que ese «bienestar» puede subsistir por «los siglos de los siglos», que esos países soportarán siempre el dominio y el yugo de Estados Unidos”.

En resumen la teoría de Mao sobre los Tres Mundos parte de la caracterización de época de Lenin; del análisis marxista de la situación del mundo actual con la consideración de los cambios producidos después de la Segunda Guerra Mundial;

del papel que juega el movimiento revolucionario del Tercer Mundo como principal factor en la lucha contra el imperialismo y por la revolución socialista, en alianza con el movimiento proletario de los países desarrollados y con las naciones donde la clase obrera había triunfado e instaurado la dictadura del proletariado.

—Hay quienes dicen que éste fue un análisis táctico de Mao referido a un momento particular de la situación internacional. En esas circunstancias predominaba un clima de preparativos de guerra y ahora predominaría la distensión. Dicen que los maoístas, entre ellos el PCR argentino, le dieron tanta importancia a esta teoría que la transformaron en una postura estratégica. ¿Es esto verdad?

—No es así. ¿Qué se entiende por “táctico”? Nosotros partimos de la caracterización de la época que hace Lenin y que después ratificaron Stalin y Mao, es decir, la época del imperialismo y de la revolución proletaria, de guerras y revoluciones proletarias que consideramos sigue vigente. Desde el punto de vista táctico sería un gravísimo error creer que el socialimperialismo soviético ha dejado de ser expansivo y agresivo. ¿Ha dejado de ser expansivo porque actualmente el gobierno del Kremlin esté dirigido por Gorbachov? Quienes así piensan semejan a aquellos que creyeron que el imperialismo yanqui había dejado de ser tal porque lo encabezaba Roosevelt o posteriormente Kennedy. Desde este punto de vista la situación no ha cambiado. El principal factor de guerra está generado por la disputa entre las dos superpotencias por el dominio del mundo. Y todavía más, se debe decir que con Gorbachov la diplomacia soviética ha adquirido mucha más vitalidad que en el último período de Brezhnev. La URSS ha hecho una política activa que le ha permitido mejorar posiciones en toda el área del Pacífico, incluso con los países de la ASEAN. Está muy activa en el Medio Oriente y en América Central. Por otro lado, salvo en Granada, donde la intervención del imperialismo yanqui desalojó a un gobierno en el que tenían mucha influencia

los sectores prosoviéticos pero que era un gobierno nacional, los soviéticos no han entregado nada de lo que adquirieron con el movimiento expansivo de la década del 70. No han entregado Camboya, ni Afganistán, ni Etiopía, ni Angola pese al retiro de tropas, ni sus posiciones en América Central. Simplemente están concentrando esfuerzos en una modernización de su economía que le permita competir en mejores condiciones en la disputa bélica para el siglo XXI y en la conquista del espacio con el imperialismo yanqui.

El crecimiento relativo de otras potencias imperialistas como las europeas o Japón, no hacen más que conferir vigencia total a los planteos de Mao Tsetung sobre el Primero, Segundo y Tercer Mundo, porque agudiza la disputa interimperialista y permite a los países oprimidos utilizar esas contradicciones en la lucha por su liberación, siempre y cuando sean conscientes de que esto es una contradicción secundaria y no fundamental.

La lucha del Tercer Mundo sigue siendo el motor principal de los cambios que se están produciendo a escala mundial en la lucha liberadora. Observemos la lucha que continúa en Filipinas, en Camboya y en otros países del sudeste asiático, en Afganistán, en Medio Oriente, en el Cuerno de África, en África del Sur, en América Central, en todos los países de Asia, África y América Latina, que empalma cada día más con un crecimiento de las luchas obreras contra estos proyectos de reestructuración del capitalismo en el Este y en el Oeste. Empalma con la lucha de los mineros soviéticos, de los obreros polacos, húngaros o alemanes, de los obreros y los mineros norteamericanos, franceses, ingleses. Lucha, la de los pueblos y países del Tercer Mundo, que sigue siendo el principal factor revolucionario en el mundo actual.

Las diferencias entre los países llamados desarrollados –los países imperialistas del Primero y del Segundo Mundo– y los países del Tercer Mundo no dejan de agudizarse. La deuda externa de los países no desarrollados es una deuda monstruosa. Diecisiete de esos países, entre los que se encuentra la Argentina, están totalmente imposibilitados de pagar, inclusive los

intereses. Es la demostración de que la deuda es un fenómeno, no la causa; es el fenómeno que demuestra la creciente explotación y sangría de estos países, donde vive la enorme mayoría de la población del mundo, por las potencias desarrolladas. Por lo tanto, desde el punto de vista táctico, entendemos que el análisis que hizo Mao Tsetung con la Teoría de los Tres Mundos sigue siendo válida.

–Según esto, algunas ideas que predominan ahora –incluso en el gobierno actual– en las que existen ilusiones sobre un período prolongado de buena vecindad entre las grandes potencias, un período de paz y de conciliación a partir de la Perestroika, tendrían una visión demasiado idílica de la situación internacional.

–Sí, es una visión demasiado influenciada por la propaganda de las superpotencias y demás potencias imperialistas. Es cierto que hay un alivio en la situación internacional resultante de los acuerdos Reagan-Gorbachov. Pero ese alivio en las tensiones sólo autoriza a hablar de una disminución de la temperatura de algunos conflictos regionales que ya he mencionado (Afganistán, Camboya, Angola, etc.), pero estos conflictos continúan. Se intensificó la guerra en El Salvador, se mantiene la actividad de los contras en Nicaragua y los yanquis se lanzaron sobre Panamá y buscan intervenir en forma cada vez más descarada en los países de América del Sur con el pretexto de la lucha contra el narcotráfico. También en el Este europeo ha estallado la violencia, e incluso en la URSS; observe lo que está sucediendo en Azerbaiján.

En los acontecimientos sucedidos en Rumania en diciembre, con el movimiento que derrocó a Nicolae Ceausescu, han confluído por un lado el descontento popular por una política autocrática que sacrificó a las masas para pagar la deuda externa y, por otro, la conspiración de los soviéticos y los europeos occidentales (principalmente los monopolios alemanes y franceses) que enfrentaban la política de independencia nacional de Ceausescu. El gobierno prosoviético que montó Gorbachov,

apoyándose en sus hombres en las fuerzas armadas rumanas y encabezado por Ion Iliescu y Petre Román, es combatido ahora por las masas y por esos mismos monopolios occidentales que quieren, cada uno con objetivos diferentes, ir en otra dirección. Se agudiza allí la disputa interimperialista, así como se agudiza también en la República Democrática Alemana, en donde el gobierno de Hans Modrow apoyado por Gorbachov enfrenta los embates de las masas que se alzaron contra la opresión socialfascista y también la conspiración de los monopolios alemanes occidentales, que aspiran a hacer realidad el sueño de la Gran Alemania con las fronteras de 1937, como un primer paso en un nuevo avance hacia el Este.

Por otro lado, se ha producido un cambio en Norteamérica, porque George Bush tiene una política más cautelosa respecto del socialimperialismo soviético que la que tenía Ronald Reagan. Con Bush han triunfado en la Casa Blanca los sectores que si bien consideran que el rumbo de la política gorbachoviana conviene a los objetivos globales de los Estados Unidos, al mismo tiempo están muy cautelosos respecto de la verdadera intención de paz de Gorbachov, porque está claro que la URSS sigue realizando un esfuerzo gigantesco para su armamento con vistas al dominio mundial. Y si bien es cierto que tanto Japón como los países de Europa Central han adquirido una fuerza muy grande, desde el punto de vista militar están muy lejos del poderío de las superpotencias.

Actualmente la burguesía de Europa está muy ilusionada –y esta ilusión también influencia a algunos sectores obreros y revolucionarios– en que el capitalismo europeo, unificado en el 92, va a poder absorber pacíficamente al Este, sin más que ponerse debajo del peral a recoger las peras maduras de los países que constituyen el tesoro fundamental del imperialismo soviético. Y que así van a recoger a Polonia, Hungría, Rumania, Alemania Oriental, es decir las zonas donde han invertido tradicionalmente los capitalistas alemanes, franceses, ingleses, etc. Esta es una ilusión. Es cierto que actualmente los capitalistas occidentales parecen llevar las de ganar, porque hay

procesos muy agudos de transformaciones en Hungría, Polonia, RDA, Checoslovaquia, pero todavía está por verse si esos procesos van a concluir con una separación de esos países de la Unión Soviética. Gorbachov ofrece una perspectiva tentadora a la socialdemocracia europea; al socialdemocratizar a los falsos partidos “comunistas” del Este, les ofrece pasar a ser clase dominante a cambio de la neutralidad de Europa Occidental y Oriental, con lo que la URSS sería dominante en el continente. Le ofrece a la socialdemocracia dejar de ser un mero instrumento de los monopolios; le ofrece dominar, no sólo reinar.

El capitalismo alemán ha desarrollado un extraordinario poderío hasta llegar a ser la primera potencia comercial de la tierra, a tener un producto bruto gigantesco y a ser la locomotora que hoy arrastra el tren del capitalismo europeo. Pero habría que hacerse la pregunta siguiente: ¿Cuántas horas resistirían los regimientos alemanes una invasión soviética? Esto para ubicar el problema en su punto neurálgico. Mientras se hable de comercio de videograbadores, de automóviles, de whisky y de jeans, extraordinario, pero el día en que la tensión se agudice y la lucha feroz por los mercados lleve a la necesidad de utilizar otros métodos que no sean los pacíficos, los países a los que Mao llamó Segundo Mundo estarán –por lo que son hoy– muy lejos de poder enfrentar la prepotencia de las dos superpotencias. Por eso, éstas siguen siendo el enemigo principal contra el que tienen que golpear los países del Tercer Mundo en su lucha liberadora.

–En relación con esta disputa interimperialista, Mao Tse-tung, Chou Enlai y otros líderes chinos de su época hablaban de la inevitabilidad de una nueva guerra mundial. ¿Considera que sigue siendo inevitable esa confrontación?

–Sí, yo creo que sí. Hay muchos observadores de la política mundial que ven los acontecimientos actuales desde un ángulo contrario al que usted señalaba que predomina en el gobierno argentino. Ellos observan elementos muy semejantes a los que se fueron configurando en la primera y en la segunda pre-

guerras. Hay un proceso muy acelerado de reagrupamientos y de disputa por los mercados internacionales. El capitalismo imperialista ha dejado de utilizar el camino de las inversiones en las filiales de las empresas llamadas “multinacionales” por el revisionismo y por los teóricos burgueses. Ha reemplazado esto por la fusión y la adquisición de grupos monopolistas enteros en la lucha por consolidar mercados y plazas desde donde disputar más mercados. Una situación muy semejante a las de las dos preguerras. Habrá que ver cómo termina esto con los nuevos realineamientos y alianzas a escala mundial.

A inicios de la década del 80 el mundo ya estuvo varias veces al borde de la guerra. Ya comentamos las amenazas de ataque nuclear yanqui a la URSS en caso de que ésta interviniera en Irán con motivo de la revolución en ese país. Reagan también advirtió severamente, con motivo de los conflictos de Angola y otros, que se había terminado el momento de retroceso del imperialismo yanqui.

Esta nueva posición del imperialismo yanqui fue fundamental para los acontecimientos que llevaron a la derrota argentina en Malvinas. Hay ahí un momento de inflexión en la política yanqui, que se ha hecho mucho más agresiva, como se demostró en Granada en Centroamérica, en Libia y en Panamá.

Ahora bien, una cosa es querer y otra poder. La política de la URSS no es una política bobalicona. Ellos retiraron sus tropas de Afganistán pero no dejaron angelicamente que los afganos elijan un curso nacional propio. Están enviando armas al gobierno títere de Kabul por doscientos o trescientos millones de dólares por mes. Todo se mantiene.

Desde el punto de vista marxista, la guerra es un fenómeno que no depende de la voluntad de los hombres. En ella operan las leyes de la sociedad con la misma causalidad y la misma fuerza con las que operan las leyes de la naturaleza. La única forma en que se podría evitar una guerra es que la revolución se adelante a la guerra. Por eso nosotros, con Mao, decimos: o la revolución impide la guerra, o la guerra trae la revolución. Así pasó con la Primera Guerra Mundial, que trajo la Revo-

lución Rusa. Pasó luego con la Segunda Guerra Mundial, que terminó generando las condiciones para el triunfo de la revolución en China y en los países del Este europeo.

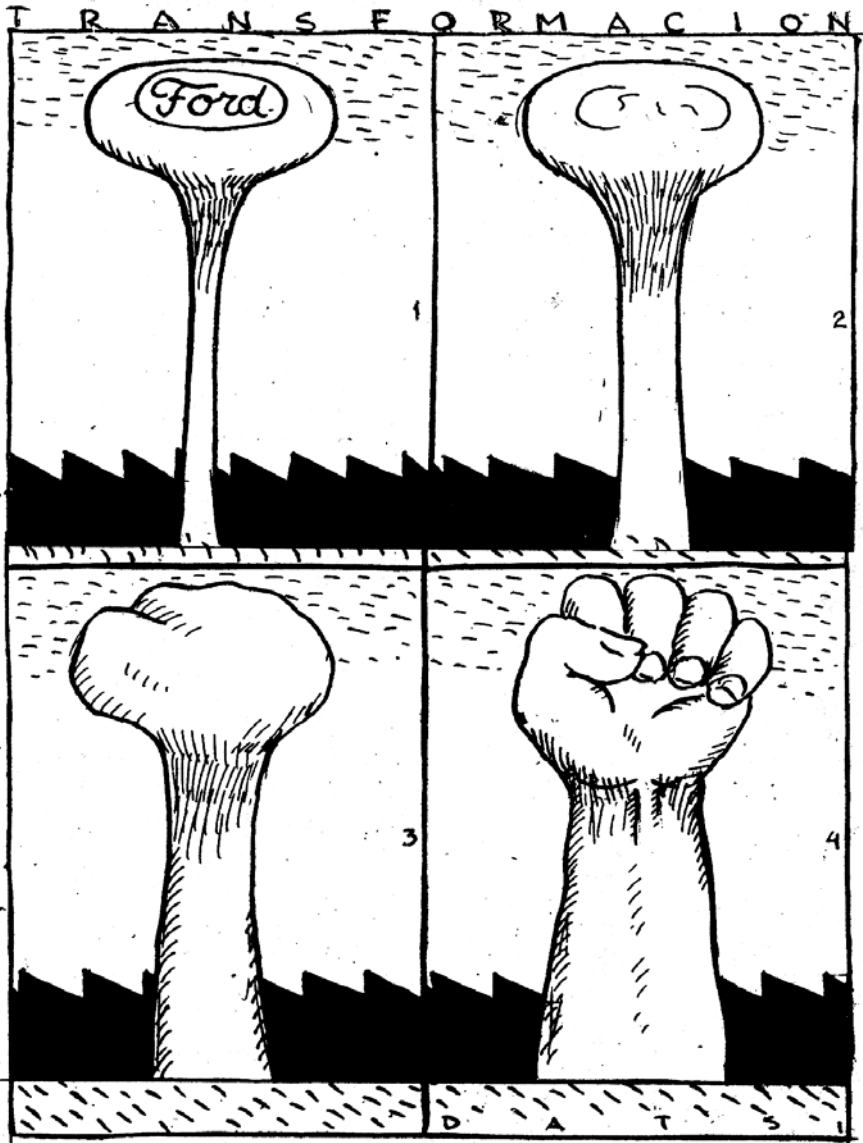
—¿Qué significa que la revolución impida la guerra? ¿Qué extensión y en qué lugares del mundo debería triunfar esa revolución?

—Tendría que ser un proceso revolucionario que sacudiera a las dos superpotencias, o al menos a una de ellas, o sea a lo fundamental del mundo capitalista. Inclusive así, no sé si sería posible evitar la guerra. Pero de todas maneras no hay elementos para pensar que estemos próximos a esa situación, si bien en el último período ha crecido de una manera extraordinaria el movimiento revolucionario en el Este europeo y en la URSS, donde se acumulan tormentas revolucionarias. Pero sería muy apresurado y muy peligroso deducir que un estallido revolucionario en la Unión Soviética pueda generar por sí las condiciones para afianzar la paz a escala mundial. También podría pensarse que la agudización de las contradicciones nacionales en el imperio soviético y de la lucha de clases en la URSS puede, si el movimiento revolucionario no madura suficientemente y no tiene un partido de vanguardia que lo dirija, generar condiciones para que un grupo más socialfascista dé un golpe de Estado o vaya a una guerra civil y a una situación en la que se agudice el peligro de guerra mundial. Por lo tanto, no existen condiciones visibles como para decir que el movimiento revolucionario, en los países que deciden si el mundo va a la guerra, hará abortar a esa posible guerra mundial.

El mundo capitalista está preñado de revolución, pero también está preñado de factores de guerra. Y por lo menos desde mediados de la década del 70 los factores de guerra crecen más aceleradamente que los factores de revolución. Esta tendencia fue señalada por Mao ya entonces, y se ha agravado con el curso de los acontecimientos posteriores a su muerte. En este contexto nosotros hacemos de la lucha por la paz una de las cuestiones fundamentales de la lucha de los comunistas y

del movimiento obrero en el mundo. La lucha por la paz en general o la lucha por la paz en particular, como fue el caso del conflicto del Beagle. Pero entendemos que la lucha por la paz no pasa por la participación en las iniciativas que organizan los sectores prosoviéticos con la finalidad de acumular fuerzas y golpear a sus rivales yanquis. La lucha por la paz pasa fundamentalmente por la denuncia de las provocaciones de guerra de ambas superpotencias y por aplastar los focos generadores de factores de guerra. Desde este punto de vista creemos que es posible aplazar el estallido de la guerra y conseguir mejores condiciones para continuar el combate por la revolución en cualquier circunstancia futura.

La peor lacra y la más horrible consecuencia del capitalismo es la guerra. Como decía en su época Jean Jaurés, “el capitalismo lleva en sí a la guerra como la nube lleva a la tormenta”. Por eso la guerra es independiente de la voluntad de los hombres en tanto y en cuanto exista el capitalismo. No queremos la guerra, luchamos contra ella. Los pueblos no ganan nada con temer a la guerra; es como las enfermedades o las plagas, son horrendas, pero no se gana nada con el temor; se gana, sí, con enfrentarla. La mejor forma de hacerlo es tratar de utilizarla para la causa revolucionaria. En resumen, no queremos la guerra, pero no le tememos; en el caso en que se haga inevitable, lucharemos para transformarla en una guerra revolucionaria.



Dibujo alusivo a la toma de Ford firmado por Datsi, seudónimo del artista plástico Eduardo Iglesias Brickles (1944-2012). Semanario *Hoy, servir al pueblo*, N° 77, 10 de julio de 1985.

XVI

1990-1997 MENEMISMO, AUGE DE LUCHAS Y SITUACIÓN INTERNACIONAL⁹

—Desde 1989, año en que mantuvimos la mayor parte de nuestras conversaciones destinadas a la primera edición de este libro, se han producido importantes cambios en el país y en el mundo, cambios sobre los que se hace necesario conocer su opinión a fin de agregar actualidad a esta segunda edición. En el plano internacional, por ejemplo, si bien ya había caído el Muro de Berlín, aún no se había producido el colapso de la Unión Soviética. ¿Qué interpretación hizo su partido de este hecho decisivo para el orden político mundial?

—Como es conocido, nosotros habíamos hecho un análisis sobre el carácter real del régimen soviético ayudados por las tesis de Mao Tsetung, quien había caracterizado su esencia socialimperialista, es decir socialista de palabra e imperialista en los hechos. Como ya le he comentado en páginas anteriores, sabíamos que existía en ese régimen una contradicción entre la apariencia socialista y la esencia imperialista, y sabíamos también que esa contradicción entre apariencia (o falsa apariencia) y esencia era una contradicción que más tarde o más temprano tenía que resolverse. Ese régimen —para usar una

9. Capítulo agregado en la segunda edición (1997).

frase de Bernstein de fines del siglo pasado— tenía que mostrarse como era y no como aparecía, esto es con una apariencia totalmente opuesta a su esencia capitalista, imperialista, explotadora. Y esa contradicción, desde el punto de vista dialéctico, se resuelve generalmente de modo abrupto. Así sucedió en la Primera Guerra Mundial con la contradicción entre la esencia nacionalista de los partidos socialdemócratas y su apariencia internacionalista. Pero ni nosotros ni nadie en el mundo, creo, había previsto que iba a suceder lo que sucedió, lo que demuestra una vez más aquello de “gris es la teoría y verde el árbol de la vida”, porque la vida fue muchísimo más rica que todo lo que se pudo haber previsto.

Como usted dice, la Unión Soviética colapsó, y esto se produjo por una confluencia de la lucha democrática contra el carácter socialfascista que tenía ese régimen, con la lucha social —muy agudizada ya en el período de Gorbachov, porque hubo grandes luchas, de los mineros sobre todo y de otros sectores obreros en Rusia— y con el conflicto de las nacionalidades, que estaba muy agudizado por la guerra imperialista que libraba la Unión Soviética en Afganistán. Esta guerra unió al reclamo democrático y al reclamo social, la reivindicación de la paz que formulaban sobre todo los familiares de los soldados muertos, cuando empezaron a retornar en los ataúdes. Y esto se unió a su vez con las reivindicaciones nacionales de todos los pueblos oprimidos en esa gran cárcel de pueblos que, al igual que la Rusia zarista, era la Unión Soviética en ese momento.

La caída de la URSS produjo un cambio fenomenal en la política mundial y significó la pérdida de vigencia de varias tesis de la Teoría de los Tres Mundos formulada por Mao Tsetung en la década del 70. Siguió siendo válida, sí, la definición de época que hizo en su momento Lenin y mantuvo el movimiento comunista durante muchos años: la época del imperialismo y la revolución proletaria, definición reafirmada después por Mao Tsetung y los auténticos comunistas, marxistas-leninistas, en polémica con el revisionismo.

Rusia dejó de ser una superpotencia después del colapso producido con el golpe de agosto de 1991. Si bien puede volver a ser una superpotencia y mantiene su carácter de gran potencia militar, dado que es el único país de la Tierra que puede volar a los Estados Unidos de la faz del mundo en quince minutos con un bombardeo atómico, dejó de ser una superpotencia al precipitarse en una gigantesca crisis económica. Tenemos experiencias anteriores en el mundo que indican que esto puede ser resuelto por una potencia imperialista. Basta recordar lo que sucedió con Alemania después de la Primera Guerra Mundial. Cuando en 1923 los franceses y los belgas invadieron el Ruhr, la producción cayó a poco más del 40% de la producción de preguerra, y sin embargo pocos años después Alemania ya estaba montando la maquinaria que iba a llevar a la Segunda Guerra Mundial. Por lo tanto, cuando decimos esto no estamos hablando de lo que puede ser Rusia en el futuro, estamos hablando simplemente de la situación concreta producida por ese colapso.

El resentimiento nacional y el revanchismo generados por el Tratado de Versalles fueron algunos de los factores principales que permitieron el surgimiento de la Alemania nazi. Ahora, el odio chovinista creado por las humillaciones que sufre Rusia y las que sufrirá si la OTAN se extiende hacia el Este, tendrá consecuencias inimaginables. Pero en lo inmediato, al sumergirse en una profunda crisis económica de la que no ha terminado de salir, Rusia dejó de jugar el rol que jugaba en la política mundial como la superpotencia que enfrentaba a Estados Unidos en la lucha por la hegemonía mundial. Consecuentemente, la tesis de la Teoría de los Tres Mundos según la cual su disputa con los Estados Unidos llevaba al mundo a una nueva guerra mundial, cayó.

La caracterización de la Unión Soviética como la potencia más agresiva –igual que lo había sido la Alemania nazi en la década del 30 e inicios de la del 40–, que compensaba con su agresividad militar su inferioridad en el terreno económico frente a los Estados Unidos, también dejó de ser correcta, porque la URSS no estuvo ya en condiciones de mantener esa

agresividad, cosa que se vio en el desgranamiento de su imperio, sobre todo del Este europeo y de las naciones musulmanas de Asia Central, la zona del Cáucaso, etc. Esto se vio con toda nitidez durante la Guerra del Golfo.

Por otro lado, Japón y Alemania, que la Teoría de los Tres Mundos situaba en el Segundo Mundo, pasaron en poco tiempo a estar en condiciones de poder transformarse también, en el futuro, en superpotencias.

Alemania, como resultado del proceso que desmoronó a la República Democrática Alemana, lo que permitió su reunificación sobre la base de las viejas fronteras del imperialismo alemán, concentró una enorme potencialidad económica, ya que sumó a su gran poder industrial el de la propia RDA, que estaba ubicado en el décimo lugar en el mundo. Alemania emergió como potencia económica dominante, o que disputa el predominio, con respecto a países que anteriormente estaban dominados por el imperialismo ruso como Polonia, Hungría, la ex Checoslovaquia, Rumania, los países bálticos y Ucrania. También Alemania iba a ser al poco tiempo el factor fundamental que produjo la disgregación de Yugoslavia, porque estuvo detrás de las maniobras que llevaron a la separación de Croacia y Eslovenia.

Por su parte, Japón destina una porción mínima de su presupuesto a gastos bélicos, pero su desarrollo económico es tan impresionante que ese pequeño porcentaje le bastó para transformarse en una gran potencia militar.

China, que era un país socialista situado dentro del Tercer Mundo y que siguió ubicándose en él durante los años 80, aun luego de haber restaurado el capitalismo, se fue transformando hasta ser hoy el principal centro mundial de inversiones de los capitalistas occidentales, sobre todo de los yanquis, aunque también de los europeos y de los japoneses. A su vez, China realiza una política de expansión propia de un país imperialista en todo el mundo, como sucede aquí mismo en la Argentina donde tiene, entre otras, importantes inversiones en la pesca.

Por lo tanto, efectivamente se han producido cambios enormes en el mundo a consecuencia del colapso soviético.

–Entonces, ¿cómo quedaría la división del mundo ahora? Algunos lo llaman “mundo unipolar” porque habría quedado –a la inversa de lo que usted acaba de describir– una sola superpotencia, los Estados Unidos.

–Considero interesante al respecto lo que dijo Alain Touraine acerca de la globalización. Dijo que éste es un concepto ideológico, que parte del supuesto de un mundo unipolar, cuando en realidad –dice– hay un mundo tripolar: Europa unida, con Alemania como motor; Japón como líder del Este Asiático; y Estados Unidos. Un concepto ideológico, agregó yo, que ofrece una falsa idea de la realidad en concordancia con los intereses de determinados sectores sociales.

En el plano económico no hay un mundo unipolar. Militarmente, como se vio en el conflicto de Yugoslavia, después de muchas vueltas, los yanquis lograron entrar allí y jugar un papel clave en la intervención de las Naciones Unidas, pero al mismo tiempo tuvieron que hacerlo pidiendo permiso a los europeos. Por otro lado, en operaciones como las de Somalía o a los bloqueos a Cuba, Irak, Irán y Libia, cuentan con el rechazo de los europeos, de los japoneses y también de los chinos, que crecientemente se van diferenciando de los yanquis en este terreno.

La realidad del mundo actual sería la de un mundo en el que los yanquis son la potencia más agresiva y juegan un rol de gendarme del imperialismo a escala mundial, principalmente del llamado Grupo de los 7 (que ahora son 8, con la participación rusa), como se vio en la Guerra del Golfo, en Somalía, en Yugoslavia, en las provocaciones frente a Corea del Norte, incluso respecto de Taiwan contra la República Popular China, etc. En eso lleva una gran ventaja tanto a los europeos como a los japoneses. Pero desde el punto de vista económico el mundo es tripolar. En los últimos años el crecimiento más notable es el de los japoneses y el de los europeos. Aunque transitoriamente los yanquis han tenido en los dos últimos años un buen ciclo económico, no logran revertir el proceso que ya desde muchos años antes venía implicando el fortalecimiento de los europeos y de los japoneses.

Rusia por ahora está a ración. Es como se decía en el momento del colapso soviético, que la marmita iba a hervir, hervir, e iba a seguir hirviendo y rebalsando, pero a partir de determinado momento iba a hervir sin rebalsar, que es la situación actual de la ex Unión Soviética. Hay allí distintos grupos que disputan el poder, sobre todo grupos de la vieja nomenclatura, mafias económicas y nuevos grupos capitalistas que han surgido, pero que en determinados puntos –como se vio en el caso de Yugoslavia y en el intento yanqui-europeo de extender la OTAN hacia el Este– se unen frente a los europeos y los yanquis y defienden el status imperial de Rusia. También se vio esto en el tema de las islas Kuriles, donde el propio Yeltsin, aun pudiendo conseguir beneficios económicos, no concedió un milímetro frente a Japón.

Creo que ésta sería la situación: un mundo tripolar. O multipolar se podría decir también en un plazo en el que Rusia se recupere y China emerja, porque la perspectiva es que China crezca. Hay quienes dicen que China en diez años va a ser la primera potencia económica mundial. Y así como el mundo tuvo alguna vez su centro en Roma, y después, ya con el capitalismo, en Londres y más tarde en Nueva York, se habla de que va a tener su centro en Shanghai, ciudad que para el año 2005 va a tener los edificios más altos del mundo, el aeropuerto más grande del mundo, el puerto más grande del mundo. No sé si se dice esto para atemorizar a los que se espantan con el “peligro amarillo”, pero hay ahí una realidad, que es el rápido y extraordinario crecimiento económico de la China actual. Desde ya, es un crecimiento logrado sobre la base de millones de personas empobrecidas. Y cuando se habla en China de millones, son decenas de millones, concretamente 65 millones de pobres absolutos, muchos de los cuales viven a los lados de los caminos como resultado de la crisis agraria producida por la restauración del capitalismo.

—¿En qué otros presupuestos, no sólo económicos, se apoya la idea de la globalización? Porque parece emparentada con algunas elaboraciones previas. Cuando mantuvimos

nuestras primeras conversaciones, Francis Fukuyama publicaba su teoría según la cual, con la caída del Muro se había producido un triunfo irreversible del liberalismo capitalista, instaurándose en el mundo un sistema universal homogéneo de libre mercado. A no ser algunos enfrentamientos étnicos que no pondrían en peligro este sistema, desaparecían –decía él– todos los conflictos mundiales. Y con este argumento anunciaba el fin de la historia. Sin embargo, se produjeron la Guerra del Golfo, que no fue étnica, y la de Yugoslavia, que tampoco está determinada por razones étnicas, si bien éstas tienen importancia en su desarrollo.

–Y hay veintisiete conflictos en África actualmente. Sí, la teoría de la globalización fue elaborada por el imperialismo yanqui. Así como las teorías de Fukuyama, un intelectual a sueldo del Departamento de Estado, no pueden desconectarse de aquellos que financiaban la tarea de su autor. La teoría de la globalización, por su parte, se basa en una realidad: ya no existe el campo socialista y hay un solo mercado capitalista mundial.

En su momento Stalin formuló la teoría de que se había profundizado la crisis general del capitalismo –que es un concepto marxista elaborado por Lenin y los comunistas después del triunfo de la Unión Soviética– y que existían dos campos: el campo socialista y el campo capitalista. Y dos mercados: el mercado capitalista y el mercado socialista, y que éste era independiente de aquél. El campo socialista llegó a abarcar la tercera parte de la población de la tierra y llegó a tener más del 35% de la producción mundial a mediados de la década del 50, con lo cual se profundizó la crisis general del capitalismo.

Con la restauración del capitalismo en la Unión Soviética (antes de su colapso como superpotencia) y posteriormente con la restauración del capitalismo en China al ser derrotada la Revolución Cultural Proletaria en 1978, el mercado mundial se fue, poco a poco, homogeneizando. Los monopolios imperialistas de Occidente penetraron profundamente en Oriente, etc. Hoy existe un solo mercado que es el mercado capitalista mundial. Se puede hablar de excepciones, pero son muy pocas.

Ni la propia Cuba o Corea del Norte, menos aún Vietnam, escapan a esta realidad objetiva.

Sobre esta base los yanquis han elaborado el concepto de globalización, que es opuesto al de internacionalización (que implica relaciones inter-nacionales). Ellos no se refieren al hecho cierto del proceso de internacionalización de la producción, que arranca en el Renacimiento con el nacimiento del capitalismo y se va a expandir mundialmente con el descubrimiento europeo de América, es decir, un proceso en continuo avance propio del capitalismo que obedece a una ley propia.

Por un lado, el capitalismo tiende a la desaparición de las fronteras, pero como esto va estrechamente unido a su política de saqueo, pillaje y competencia interimperialista, exagera por otro lado lo nacional como parte de la internacionalización de la economía. En cambio, la globalización es el “mundo uno”, la “aldea global”, un mundo unificado económicamente. Pero esto no se corresponde con la realidad. Si bien hay un mercado capitalista mundial, éste existe sobre la base de los mercados regionales. Las diferentes naciones capitalistas e imperialistas se parapetan en sus propias economías nacionales y desde allí abordan la penetración, la competencia, la disputa, en ese mercado capitalista mundial. Por lo tanto, desde el punto de vista económico, no existe esta mentada globalización.

—¿En qué forma se expresan las posturas globalizadoras en nuestro país?

—Bueno, aquí en la Argentina tuvimos un ejemplo típico. Se nos hicieron pasar las medidas de ajuste de Cavallo y de Menem como una supuesta resultante de la globalización. Lo mismo con el llamado “efecto tequila”. Pero el “tequila” es precisamente una demostración palmaria de que no existe tal globalización, porque si bien la caída de la bolsa mexicana repercutió en Wall Street y generó en EEUU la protesta de sectores industriales que se opusieron a enviar dinero para salvar la economía mexicana, obligando a Bill Clinton a desbloquear 20.000 millones de dólares de los fondos reservados, en el res-

to del mundo no tuvo el mismo efecto. Aquí, en América Latina, se derrumbó la economía argentina (como se había derrumbado antes la de Venezuela, basada en la entrada de capitales golondrinas), mientras que la de Brasil, que estaba también en el Mercosur, o la de Chile, se mantuvieron sin variaciones.

Tampoco se puede decir, como lo hace Alain Touraine, que la globalización sí se evidencia en los medios de comunicación. En este caso lo que sí habría que señalar es la expansión de los yanquis, hegemónicos en los medios a nivel mundial. Pero no lo son porque sean aceptados gustosamente, lo son a contracorriente de la voluntad de las otras potencias imperialistas que se preparan para contraatacar. Francia o Italia, por ejemplo, para hablar de países no tan poderosos, o incluso Japón, no se resignan tranquilamente a la influencia cultural que esa hegemonía les posibilita a los yanquis, sino que implementan una política expresa de protección a su cine, su música, su literatura... Hay otros países donde esto es más difícil, como es el caso de Alemania, donde la ocupación militar yanqui permitió una penetración cultural mucho más fuerte. Es justamente en el terreno de los avances tecnológicos en las comunicaciones donde los autores de la teoría de la globalización meten su contrabando, que consiste en explicar los cambios en la economía como un resultado de los cambios en las fuerzas productivas, cuando las razones que han llevado a los cambios tecnológicos tendientes a facilitar la competencia internacional deben buscarse en las propias leyes del sistema capitalista.

–En relación al colapso de la Unión Soviética, ustedes han hablado del “fin de una etapa”. ¿Podría desarrollarme este concepto?

–La clase obrera ha recorrido un largo camino en la lucha contra su enemigo histórico, la burguesía. Ya en los albores del capitalismo, aún durante la propia tormenta burguesa de la Revolución Francesa, Graco Babeuf organizó la “Conspiración de los Iguales”. Marx denominó a la organización conspirativa de Babeuf “el primer partido comunista de la historia”. Y lo llamó

así con razón, porque ese partido levantó por primera vez los intereses del proletariado –en realidad el pre-proletariado– en forma independiente, diferenciándolos de los de las otras clases de la sociedad. Tenían en forma embrionaria un concepto de dictadura del proletariado (si bien no de la clase obrera y de las masas explotadas, sino como una dictadura de partido) y también un concepto de partido de vanguardia, al que organizaron en forma conspirativa, como una sociedad secreta. Pero llama la atención la genialidad de las concepciones de aquellos que organizaron aquel primer destacamento de combate político del proletariado, sobre todo de Babeuf y de Filippo Buonarroti.

Desde entonces, como decía, la clase obrera ha seguido un largo camino en la lucha por la defensa de sus intereses y por su objetivo histórico, que es el establecimiento de una sociedad sin clases acabando con la explotación del hombre por el hombre. Reprimido duramente como fue ese partido de Babeuf, iba a reaparecer décadas después, reorganizadas sus fuerzas, en casi todo el viejo continente, e iba a permitir a Marx hablar del “fantasma del comunismo” que recorría Europa. Ese largo camino tuvo hitos importantes. Por ejemplo, el Manifiesto Comunista en 1848, con el análisis científico de la sociedad capitalista y de la posibilidad de su reemplazo por la dictadura del proletariado y la sociedad socialista, como una necesidad interna del propio desarrollo histórico de aquella sociedad. La publicación de *El Capital* en 1867. La Comuna de París en 1871, que bocetó, digamos así, el tipo de Estado que necesitaba el proletariado para realizar el tránsito entre el capitalismo y el comunismo como objetivo histórico del movimiento obrero. Y el otro hito, donde se produce un salto cualitativo en el desarrollo del combate proletario, fue la Revolución Rusa de noviembre de 1917, que por primera vez instauró la dictadura del proletariado en la sexta parte de la tierra. A partir de allí se abrió un proceso que iba a llevar al triunfo de revoluciones de liberación nacional y de revoluciones socialistas que triunfaron en países en los que vivía la tercera parte de la población de la tierra, fundamentalmente la Revolución China en 1949.

A partir de la Revolución Rusa el proletariado dio un salto cualitativo. Recorrió un camino práctico y teórico de experimentación de las vías que llevan a la sociedad sin clases en temas sobre los que nadie había teorizado, salvo con los trazos más gruesos, porque la humanidad carecía de esa experiencia. Nadie pudo, por ejemplo, imaginarse los caminos concretos que podían llevar a la transformación de 80 millones de campesinos individuales rusos en campesinos colectivistas en los *koljoses*, o en granjas estatales como los *soujoses*. Y menos aún, nadie pudo concebir los caminos que iban a llevar a más de 600 millones de campesinos chinos –que habían vivido siglos de feudalismo– a la explotación colectiva de la tierra en las comunas socialistas. Un período de una riquísima experiencia para el combate proletario, experiencia práctica donde el movimiento obrero dio un salto gigantesco también en lo teórico. La experiencia demostró que la lucha de clases no desaparecía con la dictadura del proletariado. Por el contrario, la dictadura del proletariado era una forma particular de desarrollo de la lucha de clases. Y en esa lucha, con la mayor parte del mundo todavía bajo regímenes capitalistas, en condiciones de combate que por momentos fueron muy desiguales, muy difíciles y que obligaron a políticas que, casi insensiblemente, fueron implantando formas superestructurales cuya peligrosidad no fue detectada en su momento, se fueron generando las condiciones para la restauración capitalista. Desde 1972 nosotros hemos dicho que en el marco de una sociedad de relaciones de producción no enteramente revolucionarizadas, se fueron generando privilegios políticos que se transformaron en privilegios económicos y fueron creando las condiciones para el surgimiento de una capa burocrática de burguesía de nuevo tipo, que permitió la restauración del capitalismo en la Unión Soviética en 1957, tema del que hemos hablado en extenso en este libro.

Muerto Mao Tsetung y derrotada la Revolución Cultural, se restauró el capitalismo también en China a fines de 1978.

Nosotros planteamos que esta etapa abierta en el proceso de desarrollo del movimiento obrero con el triunfo de la Revo-

lución Rusa, etapa que permitió al proletariado durante más de cuarenta años realizar la práctica concreta de la dictadura del proletariado y del ejercicio del poder estatal, se cerró. Estamos en una nueva etapa signada por la derrota que significó la restauración capitalista, primero en la Unión Soviética y luego en China, derrota que por su magnitud puede ser denominada como una tragedia histórica. Aunque hay que decir que el movimiento obrero continúa su combate y su lucha por su objetivo histórico, la sociedad sin explotados ni explotadores. Las condiciones no son las mismas, desde ya, que aquellas en las que Babeuf bocetó la idea de un partido del proletariado y de un gobierno proletario, o aquellas en las que Marx y Engels redactaron el Manifiesto Comunista, porque el movimiento obrero y comunista actual aquilata una experiencia y un bagaje teórico enormes, riquísimos, que pueden posibilitarnos luchar con esperanzas de éxito futuro.

—Debo decir que su optimismo revolucionario no es común en el mundo actual...

—Bueno, todo el centro del revisionismo moderno gira, si se puede decir así, en torno a dos premisas. Una, que la derrota del movimiento comunista mundial ha demostrado la inviabilidad de la teoría marxista para la construcción de la sociedad socialista como camino de transición al comunismo. Ha reemplazado también todas las certezas sobre ese tema por la incertidumbre de las llamadas “utopías”, que reemplazan la lucha por un objetivo científico. Y está también la idea de que la llamada “revolución científico-técnica” ha generado a fines de este milenio problemas de nuevo tipo que el marxismo sería incapaz de afrontar. Unen a esto la hipótesis de que el propio desarrollo capitalista ha llevado a la humanidad a enfrentar la posibilidad de un desastre ecológico mundial, una catástrofe tampoco prevista por el marxismo.

Son todos elementos que apuntan a privar al proletariado de esa riqueza teórica de la que hablaba antes, que se atesoró a costa de tantos sacrificios y de tantos esfuerzos en esos años,

y al mismo tiempo a reemplazar la lucha de clases y la lucha política por la llamada lucha ecologista y por todo tipo de cuestiones que el posmodernismo ha colocado en el orden del día del debate teórico.

—Otro argumento en esta dirección es que la revolución científico-técnica ha mermado a tal punto el ejército de obreros que el proletariado ya no tendría relevancia como sujeto histórico, mucho menos capaz de dirigir una revolución social.

—Sí. Adam Schaff es uno de los teóricos modernos que ha sintetizado esas opiniones. Él dice que el trabajo en su sentido tradicional es sustituido por las ocupaciones y que va a existir el “producto añadido”, que es distinto a la plusvalía, por lo tanto considera que *El Capital* va a pasar a la estantería de obras históricas. Este Adam Schaff es un gran renegado. Fue un hombre de paja utilizado por los soviéticos en los institutos científicos y seminarios internacionales durante mucho tiempo y ahora se ha pasado con armas y bagajes a las filas del revisionismo más crudo junto con sus viejos patrones.

Es oportuno recordar que hay dos definiciones sobre el proletariado. Más que de proletariado, Engels hablaba de la clase de los trabajadores asalariados modernos, que son aquellos que, privados de medios de producción propios, se ven obligados a vender su fuerza de trabajo para poder existir. Si nos referimos a estos trabajadores, el número ha crecido en forma impresionante. Por ejemplo, en los Estados Unidos, en 1950 eran poco más del 50% de la población económica activa, y en 1992 llegaban al 92%. En nuestro país, donde ha habido una política prolongada desde la dictadura y luego con el alfonsinismo y el menemismo de desindustrialización y de desarrollo del cuentapropismo, en 1993 este tipo de trabajadores llegaba al 69,3% de la población económica activa. Ahora, si consideramos proletario solamente al obrero asalariado que analizó Marx en *El Capital*, que es aquel que produce y valoriza capital, es necesario considerar la tendencia del capital

monopolista en la época del imperialismo a exportar capital y aprovechar la mano de obra barata del Tercer Mundo. Mientras en algunos países del mundo capitalista disminuye el número de obreros que producen y valorizan capital –que producen plusvalía, como diría Marx–, este número aumenta en cantidades increíblemente grandes en el Tercer Mundo. En Brasil, por ejemplo, en 1950 había 2.800.000 obreros de la industria, el transporte, las comunicaciones, la construcción civil y rurales, y en 1980 el número pasó a 14.300.000. El empleo industrial aumentó en el mundo, entre 1963 y 1990, un 72%. El ritmo se aceleró en los años 90. Desde 1993 a fines de 1996 en Asia del Pacífico se crearon 90 millones de puestos de trabajo vinculados a la economía mundial. Y si bien en países como Estados Unidos se ha mantenido relativamente estable el número de obreros industriales productores de plusvalía, su número creció espectacularmente en Japón y en Alemania. Y si consideramos históricamente un período de cuarenta años, hay que tener en cuenta el crecimiento en decenas de millones de obreros las filas del proletariado en la ex Unión Soviética, en China y los ex países socialistas. El número de proletarios llega hoy a más de mil millones de personas en todo el mundo. Pero el papel histórico del proletariado no está dado solamente por su número, está dado principalmente por el hecho de que es la única fuerza social que tiene el potencial necesario para destruir al capitalismo. Su papel de vanguardia siempre estuvo dado no por su número –otra de las mentiras del revisionismo– sino por su papel en la producción.

Hace poco estuve en Montevideo en una reunión de partidos de izquierda de algunos países de América Latina. Había allí compañeros uruguayos que decían que en Uruguay el proletariado industrial alcanza a 110.000 personas. Había dos formas de considerar esto: quienes decían “sólo hay 110.000 obreros industriales” y quienes decían “hay 110.000 obreros industriales”. Claro, si se empujan las teorías de la socialdemocracia moderna de “conquista de espacios de poder”, parlamentarias, que han reducido el campo de lucha del proletariado al com-

bate por algunas reformas económicas y al camino electoral, se entiende bien la subestimación de la cifra de obreros, pues en Uruguay hay 700.000 jubilados y 300.000 cuentapropistas. Quiero decir que si un partido es electoralista, ¿qué importancia tienen los 110.000 votos de los obreros en comparación con el millón de votos de jubilados y cuentapropistas?

–En la primera edición de nuestro libro abordamos las relaciones con el peronismo hasta 1989, con la experiencia de la alianza electoral del FREJUPO, que había ganado las elecciones presidenciales de ese año. Luego se produce una ruptura y usted renuncia a lo que se llamó el Consejo Asesor del Proyecto Nacional, que estaba integrado por los partidos del frente. ¿Por qué se produce esa ruptura?

–Nosotros renunciamos a ese consejo asesor el 29 de setiembre de 1990 como resultado del envío de tropas al Golfo Pérsico para participar en el bloqueo al pueblo de Irak, que estaba siendo agredido por una coalición de naciones imperialistas encabezadas por Estados Unidos bajo las banderas de la ONU, entendiendo que ese hecho graficaba con claridad la traición total al programa que habíamos acordado. Como dijimos en esa renuncia hablando del gobierno de Menem, “ha ido produciendo hechos y actos que en la práctica van conformando un proyecto de país totalmente opuesto al que propusimos en el programa del FREJUPO”.

Efectivamente, el gobierno de Menem, apenas triunfante, comenzó a implantar una política económica, una política social, una política nacional que era contraria a lo que habíamos acordado en el programa del frente. No es un hecho nuevo en la política de América Latina que políticos burgueses suban al gobierno con un programa y una vez en él apliquen un programa distinto. Pero acá tuvo una calidad particular por el hecho de que Menem encabezaba al Partido Justicialista que es un gran partido, no solamente es un gran partido nacionalista burgués por su dirección y su política, sino un gran partido popular de América Latina que venía de combatir durante muchos

años contra la política de la dictadura y contra la política del alfonsinismo. Y si bien siempre predominó en la dirección del peronismo, incluso en la época de Perón, una línea de conciliación de clases con el imperialismo y los terratenientes propia de la burguesía, nunca tuvo ese partido una línea hegemónica de subordinación y sometimiento total a los dictados del imperialismo y los terratenientes como la del menemismo. Aunque existieron sectores de derecha de distinto tipo dentro del peronismo en toda su historia, nunca llegó a predominar una línea antagónica con los intereses de las masas obreras y populares que apoyan al peronismo. Y en un proceso, el gobierno de Menem y la dirección del Partido Justicialista que lo acompañó fue pasando a levantar las banderas de los enemigos históricos de la clase obrera y del pueblo argentino. Esto se simbolizó en la participación en el gobierno de uno de los personajes más odiados por el pueblo argentino como es Alvaro Alsogaray.

Hubo causas internacionales en la traición de Menem, entre las que hay que ubicar en primer y principalísimo lugar lo que sucedió en el Este de Europa y los cambios que se produjeron a escala mundial. No se puede olvidar que la política de Menem en su primer período fue llamada por el canciller Guido Di Tella la “Menemtroika”. Era una política que trataba de seguir los rumbos teóricos del gorbachovismo y esa corriente que estaba de moda a escala mundial y en la Argentina. Al mismo tiempo, con la dirección económica de Néstor Rapanelli, como posteriormente con la de Erman González, Menem intentó tener todavía una política –en cierto grado y medida– de carácter mercado-internista, pero comenzó ya con una política de privatizaciones que abandonaba las promesas electorales del FREJUPO.

–Y con su participación en la Guerra del Golfo abandonaba también la Tercera Posición...

–Sí, la abandonaba totalmente y con nitidez con el apoyo a la agresión yanqui a Irak y el retiro de la Argentina de la Conferencia de Países No Alineados. Pero todavía manteniéndose

dentro del marco de la “Menemtroika”, con lo que no había contradicción, puesto que Rusia también apoyó la agresión. Después pasó de esa política a la que Di Tella llamaría de “relaciones carnales” con los Estados Unidos, con la que se transformó en el lacayo más vil de la política exterior del imperialismo norteamericano, primero con Bush y después con Clinton. Horacio Verbitsky suele utilizar una expresión para describir esto, que es que sintiendo el frío de una pistola apoyada en la nuca Menem cambió de bando. El periodista Isidoro Gilbert, por su parte, quien fue durante décadas agente argentino de la agencia soviética Tass, escribió un libro para hablar del cambio de trinchera de Menem y lo tituló *El largo verano del 91*. Es decir, hubo un proceso de claudicación del gobierno menemista, de sometimiento a la línea del Fondo Monetario Internacional y a la política diplomática yanqui que, poco a poco, fue despojándose de los preceptos peronistas hasta que, en abril de 1991, cuando asume como ministro de economía Domingo Cavallo, pasa a aplicar a fondo una política de hambre y de entrega nacional.

El menemismo llegó al gobierno condicionado, porque tanto Alfonsín como los sectores que hegemonizaban entonces las fuerzas armadas y el *establishment*, como se dice, estimularon el desbarranque económico y generaron condiciones para acelerar el traspaso del gobierno al FREJUPO. Usted recordará que nosotros nos opusimos a este traspaso anticipado del gobierno, porque sabíamos que venía acompañado de condiciones –que se pueden deducir de los hechos posteriores y de declaraciones que han hecho algunos personajes importantes como la propia esposa de Carlos Menem, Zulema Yoma– que incluían, entre otras cosas, el indulto a los genocidas del “Proceso” y sobre todo una política en las Fuerzas Armadas que garantizase la permanencia de la corriente liberal lanussista, violo-videlista, al frente del Ejército, además de tapan la corrupción del alfonsinismo. Menem hoció ante los intereses del imperialismo, de la oligarquía, pero hay que entender eso no como un problema personal, sino de una clase social. Noso-

tros hablamos de la capa superior de la burguesía nacional, un sector de la burguesía nacional que pasa a defender los intereses del enemigo, se pasa con armas y bagajes al campo del enemigo. El VII Congreso de nuestro partido la definió así: “Un pequeño número de elementos de la burguesía nacional que se adhieren al imperialismo, los terratenientes y la burguesía intermediaria y se oponen a la revolución democrático-popular, por lo que pasan a ser, también, enemigos de la revolución”.

—¿Se trata de un concepto económico o político?

—Es un concepto político, no económico. No es una capa social determinada económicamente, sino un sector de la burguesía nacional. En este caso vendría a ser fundamentalmente el sector peronista de la burguesía nacional que expresa el menemismo. El menemismo expresó inicialmente a un sector muy nítido de burguesía peronista, en la que había sectores de burguesía nacional y de burguesía intermediaria. Podríamos hablar de los Yoma, Yabrán, Samid, Jorge Antonio, Romero, Saadi, el grupo Cartellone, entre otros. Un sector muy vinculado con sectores árabes y con sectores prosoviéticos; muy relacionado a países árabes y a la URSS y sus satélites, en especial a la ex República Democrática Alemana y a Checoslovaquia. Y cuando pasó a defender la política libreempresista y privatizadora ganó a la mayoría de la burguesía nacional. Una prueba de esto es el hecho de que en todo el movimiento obrero y popular se produjo este cambio; lo hemos visto a nivel de sindicato. Porque el cambio de esos sectores de la burguesía peronista implicó el cambio de la mayoría del sector obrero y popular que ellos dirigen o influncian.

Nosotros formamos los comités de apoyo al FREJUPO, que movilizaron a las masas en el momento de la hiperinflación y en los momentos previos y posteriores al triunfo electoral y permitieron, a través de movimientos de frente único, recuperar para una política antiimperialista y de clase, para una política combativa, a comisiones internas como la de Siderca y la de Astilleros Río Santiago, para citar dos de los ejemplos

más claros que recuerdo ahora. Pero en determinado momento el peronismo en su conjunto da la espalda al programa del FREJUPO y apoya la voltereta política de Menem.

Se produce entonces una ruptura del FREJUPO y esa ruptura se traslada a la base del movimiento obrero y popular. Es Menem el que rompe el FREJUPO al traicionar su programa y al traicionar las consignas con las que llegó al gobierno, aquellas famosas consignas del “salariazó” y la “revolución productiva”. Basta con recordar que él, en la mina de Sierra Grande, en la campaña electoral del 89, dijo “desde los socavones de esta mina vamos a iniciar la revolución productiva”, y apenas llegado al gobierno cerró la mina (fue una de las primeras empresas del Estado que privatizaron) condenando al hambre y a la miseria no solamente a los mineros que trabajaban allí, sino a la población entera de esa localidad de Río Negro. Lo mismo con los petroleros, etc. Y en abril del 91, como decía, va a ir a la aplicación de lo que ha sido la política menemista desde entonces hasta aquí, una política de hambre y entrega total al imperialismo.

—Y para ello debió desembarazarse de los aliados que contribuyeron a su triunfo electoral...

—Claro. Hay que considerar que para el triunfo del FREJUPO confluyeron tres fuerzas que venían desarrollándose —en un proceso complejo del que ya hablamos antes en el libro— durante la dictadura militar y el alfonsinismo. Un afluente fue el movimiento obrero, que fue el alma de la resistencia a la dictadura y que luego iba a hacerle trece paros al gobierno de Alfonsín y a ser el principal combatiente contra su política proterratiente y de entrega. El otro afluente fue la corriente nacionalista que se desarrolló en las fuerzas armadas, particularmente con la guerra de las Malvinas y con posterioridad a ella, y que llegó a tener una gran fuerza, a representar a un sector importantísimo dentro de las fuerzas armadas. Y el tercer afluente fue el FREJUPO, es decir, la convergencia política que permitió la derrota electoral del alfonsinismo.

Con su viraje político Menem traicionó al movimiento obrero, y junto con la dirección peronista y la de las 62 Organizaciones empujó la ruptura de la CGT y la formación de una central obrera adicta. Golpeó hasta liquidar a la corriente nacionalista de las fuerzas armadas, que iba a protagonizar en diciembre del 90 el alzamiento que encabezó Seineldín con el objetivo de desplazar al sector liberal lanussista que seguía dirigiendo la cúpula del Ejército. Menem apoyó incondicionalmente al sector liberal de las fuerzas armadas y aplastó a la corriente nacionalista del Ejército, que era una de las condiciones para poder llevar a fondo su política de entrega, como la liquidación del proyecto Cóndor, el proyecto de Investigaciones Espaciales Argentinas, el de la industria atómica, etc., tanto como la política de transformar a las fuerzas armadas argentinas en una guardia nacional al servicio del imperialismo yanqui.

Nuestro partido enfrentó desde el inicio todas esas medidas: el indulto, la orientación política en épocas de Rapanelli y de Bunge y Born, luego con Erman González, la política de privatizaciones, etc., planteando en ese entonces la necesidad de un cambio de rumbo. Hasta que la situación política iba a tener un cambio radical con el plan de convertibilidad en abril del 91.

Nosotros tardamos un tiempo en comprender a plenitud lo que significó ese cambio, lo que nos llevó a cometer errores que analizamos en nuestro VII Congreso. Y el análisis de esos errores nos ayudó a profundizar en aspectos no bien resueltos de nuestra estrategia. Ese cambio fue, en primer lugar y por encima de todo, la expresión de un cambio en la hegemonía en las clases dominantes argentinas, donde los yanquis pasaron –en forma precaria y en lucha, en una disputa dura con los monopolios de otras potencias imperialistas– a hegemonizar el bloque de clases dominantes en la Argentina. Al mismo tiempo, al final de ese largo verano del 91, cuando con el escándalo del “Swiftgate” y el “Yomagate” los yanquis lo colocaron, por decirlo así, al borde del nocaout y los sectores tradicionalmente prosoviéticos, creyendo ser más astutos que el diablo, empujaron un recambio institucional, Menem pasó

a entregarse en cuerpo y alma a la política del bloque de clases dominantes –que se fortaleció con las privatizaciones y con su política– y al imperialismo yanqui.

–En la campaña del FREJUPO ustedes habían dicho que su triunfo electoral iba a traer un mejoramiento de las condiciones de lucha del pueblo. ¿No se arrepiente de haber contribuido a ese triunfo?

–No. Nosotros participamos en el FREJUPO, en primer lugar, por la necesidad de derrotar al alfonsinismo, que pensaba perpetuarse hasta más allá del año 2000. Si usted recuerda, hablaban del “tercer movimiento histórico”, que dicho sea de paso se concibió con un rol protagónico de Menem en las oficinas alfonsinistas de la Rosada.

–E iba a durar cien años...

–Exactamente. Y que había llevado a una situación muy grave al país. En segundo lugar, participamos para conseguir una mejoría en las condiciones de vida de las masas. Eso lo dijimos en un acto que hicimos a los pocos días del triunfo del FREJUPO en Unione y Benevolenza con la consigna de “¿Adónde va el país?”. Estábamos en pleno derrumbe de la economía nacional previo al estallido hiperinflacionario de junio y hablamos en ese acto de tener yerba para el mate y poder comer. En tercer lugar, efectivamente, para conseguir mejores condiciones para la lucha de masas y acumular fuerzas revolucionarias.

Yo entiendo que esos objetivos los conseguimos con la derrota del alfonsinismo del 89, pero como pasa históricamente en la Argentina, por lo menos en los últimos cincuenta años, las condiciones favorables que se generan para un avance son breves. En los últimos días del gobierno alfonsinista y durante la campaña y los primeros días del gobierno menemista se generó una gran actividad de masas. Nosotros habíamos desarrollado los comités de apoyo al FREJUPO, que tuvieron en algunos lugares una actividad política muy intensa y facilita-

ron la unidad en la base de los militantes de nuestro partido con las unidades básicas peronistas y con otras fuerzas que participaban en la alianza. Se creó una condición favorable para avanzar.

La claudicación de Menem y del sector de la burguesía nacional que dirigía el peronismo tuvo que ver también con esa situación y con la necesidad de las clases dominantes de clausurarla. Al mismo tiempo, con el temor de grandes sectores de la burguesía ante las perspectivas que abría esa situación política, con una clase obrera que venía de jugar un papel muy importante en la lucha contra el alfonsinismo, con una corriente nacionalista que había minado profundamente a las fuerzas armadas, como se veía luego en el alzamiento de Seineldín en diciembre de 1990, y con una unidad política que había coagulado en el programa electoral del FREJUPO, que era un programa relativamente avanzado, de tonalidades antiimperialistas y antioligárquicas.

—Desde esa época, desde el inicio de la presidencia de Menem para acá, ¿qué cambios sustanciales juzga usted que hubo en la situación político económica argentina?

—Desde 1989 se ha producido un cambio gigantesco en la Argentina. Se privatizó la mayoría de las empresas estatales, que generaban gran parte del Producto Bruto, y con ello se liquidó prácticamente el capitalismo de Estado. Incluso ramas de la economía que hace décadas parecía imposible que algún día pudieran llegar a privatizarse en la Argentina, como es el caso de YPF o el de El Chocón, o de las empresas generadoras de electricidad. Se desregularizó totalmente la economía y se liberaron los precios de todas las mercancías, manteniendo congelado el salario, que es el precio de la principal mercancía del modo capitalista de producción: la fuerza de trabajo. Se arrojó a la calle a miles de trabajadores. Es por eso que en el momento que mantenemos esta conversación tenemos una desocupación del 17,3%. Hay un total de más de 4 millones cien mil desocupados entre totales y parciales, pero si se tiene

en cuenta que hay más de 500.000 que han dejado de buscar trabajo, la cifra de desocupados o personas con problemas laborales supera los 4 millones y medio sobre un total de poco más de 13 millones de asalariados que tiene la Argentina. Es una cifra inmensa. Es una desocupación que ha sido provocada conscientemente. No es una sorpresa para el gobierno, después de haber arrojado a la calle a miles de ferroviarios, petroleros, obreros de las empresas de energía, estatales, etc.

Se ha llevado a la ruina a las pequeñas y medianas empresas nacionales. Con el escándalo de la Aduana, se habla de una suma cercana a los 10 mil millones de dólares que habrían escapado al control aduanero, de un perjuicio al fisco de más de 3000 millones de dólares. Se podría decir que transformaron a la Argentina en una gigantesca zona franca y liquidaron a una gran masa del pequeño y mediano comercio.

Mientras tanto, un trabajador que antes del gobierno menemista ganaba \$500 pagaba entre IVA e Ingresos Brutos \$15,25, hoy tributa \$131,50 aproximadamente, si se tiene en cuenta sus gastos de alimentación, vestimenta, etc. Por lo cual lo fundamental del peso de la política impositiva del gobierno se descarga sobre los asalariados y sobre los sectores más pobres. Hasta los desocupados pagan impuesto en la Argentina, mientras que los grandes monopolios viven en la jauja.

Está claro que el volumen gigantesco de mercancías introducido de contrabando no era sólo para el mercado interno, sino que luego se reexportaba recibiendo los reembolsos de exportación. Eludían el pago de aranceles al entrar y recibían luego la recompensa a las exportaciones.

Junto con esto, otro hecho muy importante es que se liberaron totalmente los arrendamientos rurales y urbanos y se congelaron los salarios de los obreros rurales, creando condiciones para que, en la práctica, la mayoría de los asalariados rurales en el país ganen incluso la mitad de lo que fijan los salarios oficiales. Se trabaja por cuatro o cinco pesos por día en jornadas de doce horas en todo el campo argentino, y junto con esto han permitido los contratos orales de arrendamiento por seis, siete

meses o un año, con lo cual este gobierno ha satisfecho los sueños de los terratenientes de toda la vida a cabalidad.

Otro aspecto de la política menemista ha sido la entrega total al imperialismo, que se ha llevado adelante en lo económico, en principio, con la llamada teoría de la diversificación de la dependencia, que ha ido entregando una porción de patrimonio nacional a cada monopolio o empresa imperialista: el agua a los franceses, el gas de la Capital a los británicos, la telefonía a españoles e italianos. En todos estos negocios, a través del capital financiero y de los bonos de la deuda, entraron los yanquis.

Por otro lado, pese a todas las privatizaciones realizadas no ha disminuido la deuda externa, sino que ésta supera actualmente los 100.000 millones de dólares y está fundamentalmente en manos de los bancos acreedores yanquis. El país trabaja para pagar los intereses de esa deuda que, como se ha dicho, es como el contrato del mensú: a los acreedores no les interesa que la paguemos estrictamente y que paguemos el capital, lo que quieren es mantenernos sujetos a esa deuda para poder cobrar los intereses, que durante 1997 van a superar los 15.000 millones de dólares, una suma enorme en relación con el Producto Bruto Interno real (no el dibujado por las estadísticas del gobierno) y con las posibilidades de pago que tiene el país.

Junto con esto, como ya vimos, el gobierno de Menem siguió una política de subordinación total a la política externa del imperialismo yanqui con lo que Guido Di Tella llamó la política de “relaciones carnales”. Esta parte de la base de considerar que, mundialmente, los Estados Unidos son actualmente la única superpotencia en condiciones de defender sus intereses en cualquier lugar del globo y particularmente en América Latina.

Esto es, sintéticamente, lo que se podría decir de la política menemista, agregando una cuestión, posiblemente la más importante: se ha liquidado totalmente la legislación laboral que la clase obrera había conquistado en un siglo de lucha, desde la jornada de ocho horas hasta el descanso dominical, el sábado in-

glés, la legislación protectora de menores y de mujeres. Y sigue en discusión el proyecto de flexibilización laboral, que consagrará legislativamente un modelo de país, como diría Menem, “tipo Malasia”, es decir, un modelo de trabajo semi esclavo. Pero en la situación laboral de la Argentina de hoy, esas normas de flexibilización, de polifuncionalidad, que llevan a la esclavilización total de los obreros con jornadas mínimas de diez horas en todas las empresas, ya son una realidad en todo el país.

–En un principio, el pueblo que había votado por el programa del FREJUPO tuvo expectativas en que Menem lo cumpliera. Tuvo esperanzas y le dio tiempo al gobierno. Después de un período, comenzaron a crecer las luchas obreras y las puebladas. ¿Cómo evalúa usted la actitud popular ante el proceso menemista?

–La traición menemista fue unida a la división profunda del movimiento obrero y popular. En primer lugar, de la CGT y del movimiento obrero. La ruptura del FREJUPO, un movimiento de unidad popular antiimperialista y la política de liquidación de la corriente nacionalista en las fuerzas armadas, generó una enorme confusión en los sectores populares. Todo esto unido al hecho de que el plan de estabilidad creó expectativas y esperanzas en sectores populares importantes, pese a que, junto a esto, el menemismo avanzaba en su política de entrega y de liquidación de las conquistas populares. Se maceró a las masas con los valores de la “sociedad de consumo” y la defensa de la moral individualista propia de la economía de mercado y se usaron las migajas de las privatizaciones para generar cierta “jauja”, al igual que en la época de la “plata dulce”. Esto en el momento en que se vivía una ofensiva mundial del imperialismo contra la clase obrera y los pueblos oprimidos.

Era una situación compleja, contradictoria, porque, por un lado, hubo un período de estabilidad económica, con un relativo desarrollo del mercado interno. Se podría decir un período de “jauja” donde, sobre la base del remate del patrimonio nacional y de una coyuntura internacional muy favorable –porque fue

el momento, en muchas décadas, de tasas de interés más bajas que facilitó que el capital especulativo llegase a la Argentina en busca de negocios fáciles— se generó una apariencia de prosperidad que iba a caer con el llamado “efecto tequila”, la crisis de enero de 1995. Transitoriamente hubo esa idea en grandes sectores de las masas y Menem pudo ganar las elecciones de 1991. A partir de este nuevo triunfo electoral avanzó a fondo en sus planes privatizadores y logró doblegar, gracias a la entrega de los jefes sindicales como Brunelli y de la dirección nacional de la UOM, la lucha de los trabajadores de Somisa y privatizar la empresa. Con la complicidad de Ibañez, Casia y otros dirigentes sindicales pudo privatizar también YPF y avanzar a fondo en su política de entrega nacional.

El movimiento obrero y popular entró en un período prolongado de reflujo que duró desde 1990 hasta fines de 1992. Lentamente las masas fueron retomando el camino del combate, sobre todo con las luchas del 93 por la educación y la de los obreros de Astilleros Río Santiago y de Siderca. También la lucha permanente del pueblo jujeño, que en ese período tumbó a dos gobernadores. El fuego de la rebeldía popular creció hasta que el 16 de diciembre de 1993 se iba a producir lo que se ha llamado el Santiagueñazo, cuando los empleados estatales de Santiago del Estero salieron a la calle, arrastraron al combate al conjunto de las masas populares, en particular a los sectores más humildes del pueblo santiagueño e incendiaron la Casa de Gobierno, la Legislatura, el Palacio de Justicia, la casa de los principales dirigentes del partido gubernamental y sitiaron la casa del principal dirigente del Partido Radical, Zabalía, que entonces se postulaba como posible candidato a presidente del radicalismo —estos hechos iban a frustrar posteriormente su carrera política.

—Es verdad. No se supo más nada de José Zabalía...

—No se supo más nada de él a nivel nacional, ni de su famoso caballo, con el que entraba a Santiago del Estero encabezando grandes manifestaciones. Y luego de esto se produ-

ieron grandes luchas en La Rioja, en Jujuy, en Salta, en otras provincias. Y el país se iba a llenar de luchas que le torcieron el brazo a la política menemista, porque en el caso de Santiago del Estero lo obligaron a conceder aumentos salariales, pagar salarios atrasados y garantizar durante más de un año el pago a término a los empleados estatales. Y tanto en La Rioja como en Salta, como en Jujuy y posteriormente los obreros metalúrgicos de Tierra del Fuego y los obreros del carbón de Río Turbio iban a conseguir triunfos de repercusión nacional en este combate. Posteriormente se iba a ir a otras grandes puebladas como las que se produjeron en Río Negro durante todo el año 94 y 95, acompañadas inicialmente por un gran movimiento de lucha también de los fruticultores, que fue un caso único en la historia de la provincia; el paro agrario nacional de 1994; la gran lucha del pueblo sanjuanino, que hizo un Sanjuaninazo; del pueblo entrerriano; cordobés, para citar en algunos a todos, porque se inundó el país de luchas populares.

Y entramos en un período de auge del movimiento obrero y de masas, con gran discusión en la izquierda sobre si ese auge existe, porque como ha sucedido anteriormente, es un auge cuyo desarrollo es en espiral, con momentos de relativo reflujó y momentos de alza hacia niveles superiores.

Si recordamos los acontecimientos a partir del Santiagueñazo vamos a ver que en ese momento existía mucho temor a la utilización de métodos violentos en respuesta a la violencia policial. Pero a partir del Santiagueñazo las luchas populares fueron utilizando cada vez más formas avanzadas de lucha. Fueron muy superiores, por ejemplo, las que utilizaron los metalúrgicos en Tierra del Fuego en la ocupación y defensa de empresas que se querían cerrar, hasta llegar a la expresión máxima que ha sido el Cutralcazo donde 35.000 de los 50.000 vecinos de Cutral Co y Plaza Huincul enfrentaron la represión, organizaron la autodefensa de masas y una forma democrática de gobierno paralelo, e impusieron sus reivindicaciones al gobierno provincial de Sapag, conmoviendo al país.

A partir del Santiagueñazo todo cambió en la Argentina. Entramos en un nuevo período de auge, que como lo demuestra la historia argentina de este siglo, son períodos generalmente prolongados, como el que se inició en el 1902 y concluyó en 1910 con el Centenario, o como el que se inició en el 17 y concluyó en enero del 22 con la represión a la huelga de la Patagonia Rebelde. O como el auge del 69 que recién fue apagado con la represión sangrienta de la dictadura del 76, pero que resurge permanentemente en la lucha por una revolución postergada y donde la memoria histórica del pueblo, con la ayuda de un partido marxista-leninista, rescata los hitos más avanzados del período anterior y recrea formas de combate y de organización en un nivel superior.

Ése es el momento que estamos viviendo ahora, un momento de gran auge de luchas populares que tuvo su pico en la gran concentración obrera del 26 de julio de 1996, donde habló Carlos “Perro” Santillán en la Plaza de Mayo, entre otros dirigentes. Y el paro del 8 de agosto, y posteriormente el del 26 y 27 de setiembre que ha sido un paro como en la Argentina no se veía en muchos años, si tenemos en cuenta que en el sur han parado los petroleros privados en Chubut, ha parado Aluar, es decir desde el sur hasta fábricas como Alpargatas de Tucumán, en el Norte. Ha sido un gran paro nacional, de una gran profundidad, donde la clase obrera ha vuelto a ubicarse en el centro de la política nacional y donde se ha producido algo muy importante en relación con gobiernos del tipo de Menem. Porque gobiernos como el de Menem, sin ser fascistas, tienen algunas características similares a las que tuvo el fascismo en el sentido siguiente: son gobiernos reaccionarios que avanzan y avanzan arrolladoramente, hasta que en determinado momento esa ofensiva es detenida. Para tomar un ejemplo histórico, pasó con el nazismo hasta que fue rechazado en las afueras de Moscú y posteriormente cuando fue derrotado en las afueras de Stalingrado. A partir de ese momento se paró la ofensiva y comenzó el retroceso del fascismo. Yo creo que al menemismo se lo paró con el Santiagueñazo, pero sobre todo

se le aplicó un golpe que lo dejó en condiciones muy malas con el paro del 26 y 27 de setiembre de 1996. Es cierto que atrás de Menem hay una fuerza muy grande, que es la fuerza del imperialismo, los terratenientes, los grandes monopolios, etc., que, como se dice popularmente, le dan “la biaba”, lo maquilan un poco y lo sacan a hablar por televisión como si nada hubiese pasado. Pero en realidad en la Argentina han pasado cosas muy importantes y en los próximos meses vamos a vivir acontecimientos grandes, porque el pueblo ha golpeado fuerte a la política reaccionaria de Menem en los acontecimientos que acabo de mencionar.

—*¿En comparación con el auge de 1969, hay elementos similares?*

—Hay elementos similares y otros más avanzados. En las luchas del auge del 69 en adelante, desde el Correntinazo, el Rosariazo, el Cordobazo, hasta llegar al Rocazo y al Chubutazo con sus asambleas populares, se pasó de la protesta generalizada y sin dirección a formas donde se bocetaron organismos de doble poder y donde la autodefensa armada del pueblo adquirió formas superiores. Pero en la experiencia de Cutral Co se ha llegado a una forma aún superior, a la más amplia democracia de masas que se ha conocido en este tipo de puebladas en la Argentina. Los 35.000 habitantes agrupados en piquetes decidían en asamblea la línea y las cuestiones que había que decidir, y en el momento en que una multisectorial de más de cincuenta personas, constituida en las dos ciudades e integrada por los intendentes, concejales y partidos políticos pretendió ir a negociar a nombre de los pobladores con el gobernador Sapag, los piqueteros impidieron que salieran de la ciudad y obligaron a Sapag a viajar a Cutral Co y a negociar con los representantes de los piquetes electos en asamblea. Junto con esto organizaron la autodefensa de masas con centenares de personas, principalmente jóvenes, que evaluaron la posibilidad de un enfrentamiento armado con la gendarmería y pese a que estimaron que iba a haber muchos muertos se decidieron

a enfrentarlo. Fue el conocimiento de esta decisión lo que hizo que la jueza que se había trasladado al lugar levantara el procedimiento y diera la orden de retirada a la gendarmería. Desde el punto de vista de organismo de doble poder podríamos decir que los pueblos de Cutral Co y de Plaza Huincul, como dijo un periodista neuquino, bocetó una forma de gobierno similar a la Comuna, y desde el punto de vista de la organización militar tuvo un grado de organización superior a la de las puebladas de la década del 70. Este auge rescata la memoria histórica, lo más avanzado del período de auge anterior y lo expresa en formas de organización y de lucha nuevas y al mismo tiempo avanzadas, porque no hay que creer que los pobladores de Cutral Co y Plaza Huincul son simples desocupados: son la flor y nata del proletariado petrolero argentino, son hijos y continuadores del proletariado que libró históricamente grandes luchas desde la década del 20 en la Argentina, luchas que están vivas en el recuerdo del pueblo. Y son también obreros de la construcción que protagonizaron luchas como las del Chocón y la de Piedra del Águila en las décadas del 60 y del 80; y obreros municipales y estatales que han estado en combate en estos años. Es decir que estamos ante una rebelión popular que ha bocetado un camino muy importante para los que planteamos el camino de la rebelión e insurgencia popular como el camino liberador en la Argentina.

—A pocos días del santiagueño, el 1 de enero de 1994, irrumpieron los indígenas de Chiapas con su Ejército Zapatista de Liberación Nacional, hecho que estremeció el ámbito político del continente y produjo un vuelco en su panorama.

—Claro, porque en América Latina vivíamos un período de profundo escepticismo y descreimiento generado por la política del sandinismo en Nicaragua, que había impulsado el proceso de conciliación con los terratenientes y con la gran burguesía nicaragüense que permitió a ésta ganar el gobierno con Violeta Chamorro e imponer luego un gobierno más derechista como el actual, política que conllevó una derechización del propio Fren-

te Sandinista, que ha seguido un camino de progresivo envilecimiento político. A esto se sumó la entrega de las armas por el Frente Farabundo Martí en El Salvador después de decenas de miles de muertos en la lucha guerrillera, como parte de un acuerdo negociado entre los Estados Unidos y la Unión Soviética, que habían transformado a América Central en un campo de prueba de tiro montándose en la lucha de esos pueblos.

La entrega del sandinismo y de El Salvador, consecuente con la línea profundamente revisionista de las fuerzas que aparecían allí como revolucionarias en la década de los 80, había generado un profundo escepticismo que hacía aparecer como cierta aquella afirmación de que nuestros postulados repetían “el viejo casete del 70”. Y de pronto se produce una pueblada en Santiago del Estero que está calcada del “casete del 70”, es decir de las grandes puebladas en la Argentina. Y se produce además un alzamiento armado en Chiapas que sigue el camino de las experiencias de lucha armada en América Central de las décadas del 60 y del 70, con el agregado de la característica particular del alzamiento zapatista, que no fue el combate de un puñado de guerrilleros aislados de las masas, sino el alzamiento armado de miles de campesinos en lucha por sus reivindicaciones. Y con un programa, el que presentó el mismo 1 de enero de 1994 el Ejército Zapatista de Liberación Nacional, que es un programa avanzado de revolución democrática y antiimperialista, incluso con medidas de tipo socialista en su plataforma. Claro, esto produjo un remezón en toda América Latina, justo cuando poco antes la prensa burguesa latinoamericana venía publicitando el libro de Carlos Castañeda *La utopía desarmada*, que desmentido por los hechos terminó siendo un fiasco editorial.

Es decir que el “casete del 70” seguía teniendo una melodía que agradaba a las masas populares latinoamericanas. Y los hechos posteriores lo iban a ratificar con el surgimiento y desarrollo de un poderoso movimiento campesino en lucha por la tierra en Brasil, con formas muy avanzadas de autodefensa de masas. Lo mismo en Paraguay. Y también un movimien-

to muy importante campesino en Bolivia de los cocaleros, el resurgimiento del movimiento obrero chileno, del paraguay –que hizo tres huelgas generales obrero-campesinas en el último año– y del uruguayo, junto con el movimiento obrero argentino que iba a realizar las huelgas generales de 1996.

Por lo tanto ese acontecimiento tuvo una profunda repercusión en la Argentina. Hubo un periodista de medios burgueses, Jorge Castro, que en ese momento comparó el efecto que iba a tener el alzamiento de Chiapas sobre los pueblos latinoamericanos con el efecto que produjo en 1959 el triunfo de la revolución cubana. Esta afirmación pudo parecer disparatada, pero creo que los hechos han demostrado que no es así.

A todo lo anterior hay que agregar la persistencia de la lucha armada del Partido Comunista del Perú (Sendero Luminoso), que no ha podido ser aplastada; el movimiento guerrillero en Colombia con sus sesenta frentes de combate abiertos en todo el país que controlan rutas y oleoductos; las luchas obreras, campesinas y populares en Brasil, Paraguay, Bolivia y Uruguay; el estado de insurgencia popular y militar latente en Venezuela, donde existe una corriente nacionalista y de izquierda muy poderosa también en las fuerzas armadas; y ahora el impresionante movimiento de masas que emerge en Ecuador.

–¿Cómo se ha desarrollado la situación de las organizaciones de izquierda en el mundo durante todo este período del que estamos hablando? Recuerdo que en nuestra primera edición hablamos sobre los partidos maoístas sobrevivientes –que semejaban “cachorros guachos”, según su propia expresión– y de una primera reunión internacional que habían realizado. Sé que se han hecho otros encuentros y que ha habido también reuniones no exclusivamente maoístas, como el Foro de San Pablo que reúne a partidos de izquierda de América Latina. En fin, me gustaría saber cuál ha sido el desarrollo en estos años de esas organizaciones de izquierda y de centroizquierda a nivel internacional y cómo participó el PCR en ellas.

—Con posterioridad a la Primera Conferencia de partidos maoístas en la que nosotros estuvimos, que fue en el año 89, en el momento en que caía el Muro de Berlín, se han realizado otras conferencias. En 1992 se realizó una en España en la que yo participé. Posteriormente se realizó en Gelsenkirchen, Alemania, un Seminario en conmemoración del 100º aniversario del nacimiento de Mao Tsetung. Allí, además de los partidos que organizan las conferencias de las que estamos hablando, participaron otros partidos, como ser algunos pertenecientes al Movimiento Revolucionario Internacional, movimiento que reúne a organizaciones marxistas-leninistas llamadas “senderistas” y del que participó como observador el Partido Comunista del Perú (Sendero Luminoso), así como otras organizaciones maoístas. Fue un acontecimiento muy importante, porque tuvo una amplitud muy grande y una calidad en el debate y en los trabajos que se presentaron para el seminario de mucho valor.

En octubre de 1996 se llevó a cabo la Quinta Conferencia, mucho más concurrida en comparación a aquella primera en la que éramos unos pocos partidos marxistas-leninistas-maoístas que buscábamos la manera de encontrarnos, de reunirnos, de intercambiar experiencias, de debatir los nuevos problemas del movimiento obrero y revolucionario internacional en un pie de igualdad y de respeto mutuo. Actualmente se han incorporado muchas otras organizaciones, sobre todo de Asia, y hay otras que han prometido su incorporación para próximas conferencias. Entre las más importantes están el Partido Comunista de Filipinas, partidos marxistas-leninistas-maoístas de Afganistán, Bangla Desh, Nepal, la India y de otros países asiáticos que tienen una influencia de masas importante. Se ha mantenido la presencia del Congreso Panafricano (PAC) de África del Sur, el PCR del Uruguay y partidos marxistas-leninistas-maoístas de Alemania, España, Francia, Luxemburgo, Holanda y Noruega.

La iniciativa más reciente en la que hemos participado fue la Conferencia Internacional de Mujeres de partidos marxistas-leninistas-maoístas, convocada para discutir el trabajo

en el movimiento de mujeres. Fue del 1 al 4 de noviembre de 1996 en Kathmandú, Nepal, y en ella participaron partidos europeos como el Partido Marxista-Leninista de Noruega, el Partido Marxista-Leninista de Alemania y partidos asiáticos como el Partido Comunista de Filipinas. Incluso participó una maoísta norteamericana, Joan Hinton, quien vive desde hace muchos años en China.

—O sea que todos esos partidos estuvieron representados por mujeres.

—Sí, fue una reunión de mujeres. En ella participaron, por ejemplo, mujeres kurdas que están en la lucha guerrillera que dirige el PKK en el Kurdistán turco.

—Las Conferencias de partidos maoístas son sólo un ámbito de intercambio de opiniones y experiencias o entablan además determinados acuerdos?

—Las cuatro primeras han sido fundamentalmente de debate teórico en torno a los grandes problemas que están en discusión después de la restauración del capitalismo en China y la debacle de la Unión Soviética. Sobre todo han girado en torno a si fue correcta o no la caracterización maoísta de la URSS como socialimperialista y socialfascista. También en torno a la valoración de la Revolución Cultural. Y un gran debate, que ha durado un tiempo relativamente prolongado, fue sobre si se había restaurado o no el capitalismo en China y sobre las particularidades de esta restauración. También sobre las características que debe tener una organización internacional de partidos marxistas-leninistas, si hay que crear una internacional o si hay que buscar formas de coordinación más flexibles que respeten la independencia y autonomía de los partidos. Esta última es la posición que nosotros hemos sostenido siempre a partir de la experiencia de las anteriores internacionales y las condiciones del mundo actual, manteniendo la postura que sobre este problema tenía el maoísmo en vida de Mao.

Junto con esto se han abordado muchos otros problemas. Por ejemplo, el tema del revisionismo como un problema crucial del movimiento obrero contemporáneo, y temas como el de la ecología, la internacionalización de la producción y la llamada “globalización”, entre otros. Es decir, se han ido abordando distintos problemas, fundamentalmente de tipo ideológico o político-ideológico. En la última conferencia ya se abordaron más en concreto los problemas políticos de la lucha del movimiento obrero internacional. En todas ellas se han hecho acuerdos para promover iniciativas conjuntas.

—¿Y cómo se vincula el PCR con otros partidos de izquierda no maoístas?

—Bueno, hemos participado en otras iniciativas de partidos que se reclaman marxistas-leninistas pero no maoístas, donde incluso participan organizaciones que podríamos caracterizar como neorrevisionistas que han surgido en los países del Este europeo, es decir, partidos que reivindicamos como socialista lo que había en esos países hasta la llegada de Gorbachov o de Yeltsin. Me refiero a iniciativas como los seminarios que se realizan todos los años convocados por el Partido del Trabajo de Bélgica, donde además de nosotros participan algunas organizaciones maoístas como el Partido Comunista de Filipinas o la organización que edita en Bélgica *El Diario*, un periódico de apoyo al PC del Perú (Sendero Luminoso).

Por otro lado, partidos que participamos en las conferencias maoístas, como el PCR del Uruguay y nosotros, hemos convocado a un seminario que se realizó en setiembre de 1996 en Montevideo para discutir la problemática de la lucha antiimperialista y del movimiento obrero en América del Sur. En él participó el Movimiento Popular Revolucionario Paraguayo Pyajhurá, que es la organización política que agrupa a los principales cuadros dirigentes del movimiento campesino en Paraguay, de su Federación Campesina y de gran parte del movimiento obrero paraguayo, es decir los principales organizadores de los recientes paros obrero-campesinos de Paraguay.

Participaron también el PCR del Brasil y Brasil Socialista, una corriente interna del PT, dos organizaciones que tienen protagonismo muy importante en el Movimiento de los Sin Tierra en su país, así como delegados del FRI de Bolivia, del PCML del Ecuador, del uruguayo Movimiento Participación Popular, integrado por compañeros del Movimiento de Liberación Nacional (ex Tupamaros) y del PCR del Uruguay. El MPP integra el Frente Amplio. De nuestro país concurren también dirigentes de la Corriente Clasista y Combativa, de la Corriente Nacional Marxista-Leninista del PC y de Patria Libre. Fue una reunión muy interesante, muy rica en el debate teórico sobre la problemática de la lucha revolucionaria en América Latina.

Hemos participado también en tres reuniones del Foro de San Pablo, en el que hemos sido aceptados como partido integrante. En la última reunión, que se hizo en El Salvador, participamos como miembro pleno del Foro, aunque no votamos la resolución que allí se aprobó, nos abstuvimos, fuimos la única postura en disidencia. En el Foro tienen un rol hegemónico organizaciones de centroizquierda y revisionistas, que imponen por medio de manijeos antidemocráticos y de pasilleo resoluciones de tipo socialdemócrata que nosotros no compartimos. Participamos allí, de todos modos, porque es un lugar de debate y de relaciones importantes.

Hemos estado además en una reunión antiimperialista en La Habana convocada por el Partido Comunista de Cuba, el Partido Comunista Marxista-Leninista de Ecuador y otras organizaciones de izquierda, y también en los dos encuentros que se han hecho en Chiapas convocados por el Ejército Zapatista de Liberación Nacional.

—¿Se podría decir que desde aquella situación de debilidad posterior a la muerte de Mao, los “cachorros guachos” se han ido fortaleciendo en el mundo?

—Bueno, aquí hay que señalar un hecho importante. Es conocido el proceso de fragmentación de los partidos “comunistas” revisionistas, prosoviéticos, de América del Sur, en

particular el del Partido Comunista Argentino, que ya para la época que mantuvimos nuestras primeras conversaciones para el libro se habían dividido en tres fracciones, y después se volvieron a dividir en otras tres fracciones. Y éste es un proceso mundial de fragmentación donde el ejemplo máximo, si se quiere, lo vemos en Italia, en donde actualmente hay un gobierno con gran participación del ex Partido Comunista –que ahora se llama Partido Democrático Social y que ha balanceado como un gran éxito de su gestión la *rentrée* de la lira en la Bolsa de Monedas Europea– y junto con éste una serie de organizaciones básicamente revisionistas del marxismo como Refundación Comunista y otras. Esto es válido también para Francia, España, para todo el mundo.

Mientras tanto, los partidos maoístas que sobrevivimos a la restauración capitalista en China porque expresábamos corrientes importantes del movimiento obrero y revolucionario de nuestros países, que nos mantuvimos fieles al marxismo-leninismo y hemos seguido en la lucha revolucionaria, estamos en un proceso de consolidación y de desarrollo. Yo entiendo que esto tiene que ver con el hecho de que el maoísmo había calado la esencia de lo que estaba sucediendo en los países falsamente llamados comunistas donde se había restaurado el capitalismo. Por lo tanto, para estas organizaciones no fue una sorpresa lo que sucedió en el Este de Europa y en Rusia, sino que lo que sucedió confirmó las previsiones teóricas que había hecho Mao desde 1964 en adelante. Esto no quiere decir que los nuevos y tremendamente complejos fenómenos que se han producido en el mundo con posterioridad a la caída del Muro de Berlín puedan ser explicados con el uso de dogmas, o de análisis que servían para el pasado, pero es imposible analizar estos nuevos fenómenos sin caracterizar correctamente cuáles fueron las causas que llevaron al colapso de la Unión Soviética, al restablecimiento del mercado mundial único capitalista (a esto que ahora los ideólogos del imperialismo llaman “globalización”) y a la situación concreta del mundo actual.

—Esta fragmentación de los partidos vinculados a la ex Unión Soviética y su contraste con una consolidación de los partidos maoístas, ¿puede tener que ver con la gran dependencia que tuvieron respecto de Moscú a diferencia de los maoístas, que en general tuvieron autonomía respecto de China?

—Creo que tiene mucho que ver, porque como dijo en una ocasión el general Perón, los partidos, igual que el pescado, se pudren por la cabeza. Y esos partidos tenían la cabeza no aquí sino en Moscú. Así había pasado también con el viejo Partido Socialista, cuya cabeza estaba en la socialdemocracia alemana. Con el colapso de la URSS aparecieron las pruebas, porque los nuevos zares rusos, los Yeltsin y compañía, hicieron públicos documentos —que incluyen referencias al PCA— que demostraban la financiación y el grado de relación estrecha que tenían esos partidos en las operaciones especiales que realizaban los soviéticos. Este “sinceramiento” se debe a que la nueva Rusia, la Rusia del mercado y de la libre competencia, quiere quedar totalmente limpia de los pecados de su pasado “comunista”. Es decir, ha habido todo un trabajo del gobierno ruso para desprenderse de esos partidos, así como Teng Siaoping y sus seguidores, apenas llegaron al poder en China, se desprendieron de su relación con los partidos maoístas, puesto que consideraban que tenerlos como amigos era un insulto para el “prestigio” de la nueva China capitalista.

Nosotros, efectivamente, en la medida en que adherimos al maoísmo tuvimos en cuenta el consejo que Mao daba personalmente a los partidos marxistas-leninistas de tomar la experiencia del PC de China solamente como referencia, no como un dogma a seguir, y que lo mejor que podíamos hacer después de volver de China era olvidarnos de lo que habíamos visto allí. Y siempre los maoístas chinos repetían que “hoy China es roja y mañana puede ser blanca”, es decir, mañana podía triunfar la contrarrevolución. Esta prevención era consecuente con la teoría maoísta de la continuación de la revolución y de la lucha de clases bajo las condiciones de la dictadura del proletariado. Por lo tanto, si bien la restauración capitalista en Chi-

na fue un golpe tremendo, teóricamente no nos sorprendió. Hubo partidos maoístas, sobre todo en el período anterior a 1972, que tuvieron una adhesión dogmática y seguidista del Partido Comunista Chino y que hicieron suyas las tormentas y los avatares de la lucha interna del propio PCCh y, como pasó con algunos de ellos, terminaron renegando del maoísmo e incluso del comunismo y de la lucha revolucionaria. Pero los partidos que abrazamos el maoísmo como la continuación del marxismo-leninismo en las condiciones actuales y no como un dogma, y defendimos –también como una enseñanza de la degeneración revisionista de la URSS– la independencia de los partidos comunistas, pudimos sobrevivir a momentos tan difíciles como los que hemos vivido en estos años, que creo son los momentos más difíciles para el movimiento socialista y comunista mundial desde la derrota de la Comuna de París; o tal vez sólo comparables al de la traición de la socialdemocracia en la Primera Guerra Mundial, cuando los partidos socialistas pasaron a colaborar con la burguesía de sus países y la Segunda Internacional se disolvió como un terrón de azúcar en agua tibia. Creo que ahora hemos vivido un momento sólo comparable con ése y hemos logrado sobrevivir a él.

–Volviendo a la situación argentina, ¿qué salida tiene la crisis actual? ¿Cómo pueden satisfacerse las acuciantes necesidades de nuestro pueblo?

–En primer lugar, es necesario parar esta política de hambre y entrega antes de que sea demasiado tarde. Para la gran masa de desocupados, jubilados y obreros superexplotados con sueldos de hambre, la cuestión no es cómo cambiar de gobierno en las elecciones de 1999, sino cómo poder comer hoy por la noche o qué poner en el desayuno de los niños mañana por la mañana. Desde el punto de vista del proletariado, con la decisión gubernamental de ir a fondo con la “flexibilización laboral”, con la represión creciente y los juicios a dirigentes obreros y populares, algunos con una cantidad de procesos iniciados por el gobierno capaz de enviarlos por muchos años

a prisión, como es el caso del compañero Carlos “Perro” Santillán y del compañero Bejarano, de los municipales de Jujuy, es necesario también parar ya esta política. No se puede esperar al 99. Nosotros lo planteamos a comienzos de 1996 y a poco andar otras fuerzas políticas comenzaron a plantear la necesidad de introducir cambios políticos, antes incluso de las elecciones de 1997. Es necesaria otra política y por lo tanto otro gobierno.

—¿Por qué otro gobierno? ¿Cómo cambiarlo antes de las elecciones?

—La tozudez del menemismo, que obedece a los intereses a los que responde, hace imposible cambiar la política oficial sin desplazar al gobierno. Por otra parte, la crisis política en el seno del gobierno, evidenciada en la ruptura entre Menem y Cavallo, y que expresa contradicciones propias de la lucha interimperialista y entre distintos sectores de las clases dominantes, creó condiciones para el avance de la lucha popular.

Hemos tenido experiencias anteriores de cómo la lucha entre los de arriba favorece el avance de los de abajo. Pasó en el período del Cordobazo. Pasó en enero de 1976, con aquella gran experiencia del proletariado mecánico cordobés, cuyos dirigentes del SMATA —sindicato que presidía nuestro camarada René Salamanca—, estando todas las fábricas ocupadas, participaron con mandatos de asambleas de planta en la Multisectorial realizada en Córdoba. Pasó con los estatales y el pueblo jujeño, que voltearon con su lucha tres gobiernos provinciales, obteniendo reivindicaciones importantes. Y tenemos la experiencia de Cutral Co, sobre la que ya hemos hablado, donde la insurgencia popular obligó al gobierno provincial a conceder una serie de exigencias.

Por eso nosotros pensamos que es posible, en las condiciones de rebeldía popular existentes y ante el agrietamiento evidente del bloque de clases dominantes, que con una consigna táctica correcta la clase obrera y el pueblo puedan avanzar mediante un argentinazo triunfante.

Y entendemos nuestra consigna de *otra política y otro gobierno* como transitoria, como una forma de acercamiento que puede permitir a la clase obrera y al pueblo avanzar hacia la revolución por la que luchamos.

—En los capítulos anteriores, usted se ha explayado acerca de la postura antigolpista del comunismo revolucionario en distintos momentos de nuestra historia reciente, sin embargo, ¿esta consigna no puede interpretarse como favorable a un golpe?

—Nosotros no estamos a favor de un golpe de Estado. Nunca lo hemos estado y no lo estamos ahora. Tampoco existen hoy condiciones nacionales ni internacionales para un golpe. Si en el futuro existieran, nosotros nos movilizaríamos en oposición a él. Hablamos de un cambio de gobierno a fin de crear mejores condiciones para el pueblo, imponiendo un gobierno de unidad popular antiimperialista. Collor de Melo en Brasil, sin ir más lejos, fue desplazado con motivo de grandes movilizaciones populares que no implicaron un golpe de Estado. Carlos Andrés Pérez en Venezuela, Abdalá Bucaram en Ecuador, el mismo Alfonsín, que debió entregar anticipadamente el gobierno, son ejemplos del modo de cambio de gobierno que estamos planteando.

Nosotros no tenemos tampoco una política antiparlamentaria o antielectoral. Creemos, sí, que el camino parlamentario no es apto para resolver las tareas que sólo resolverá la revolución agraria antiimperialista, democrática y popular. Y ésta deberá indefectiblemente tomar el camino de la lucha armada para poder triunfar. Nosotros damos importancia a los combates electorales en tanto nos sirvan como tribuna y nos permitan reunir fuerzas, pero sabemos que el camino electoral ha sido amurallado y artillado por las clases dominantes, y que por él es imposible que una fuerza obrera y popular logre alcanzar el gobierno y menos aún cambiar el Estado.

Nosotros simplemente señalamos un camino principal y un método fundamental de lucha, el de empujar a fondo el

combate proletario por la recuperación para el clasismo de las comisiones internas, cuerpos de delegados, sindicatos y CGT regionales de manos de los jefes y burócratas patronales, democratizarlos y coordinarlos a escala nacional y regional como organismos capaces de transformarse en comisiones obreras de doble poder ante una situación revolucionaria. Comisiones que serán instrumentos eficaces para concretar la unidad con las organizaciones agrarias del campesinado pobre y medio, con los organismos de masas de la pequeña burguesía urbana, con los consejos de soldados y con todo otro tipo de organización de las masas revolucionarias, base organizativa del frente popular de liberación, de los organismos de poder popular y de las milicias populares del Ejército popular de Liberación.

Manteniendo este rumbo principal, las elecciones burguesas pueden ser aprovechadas para acumular fuerzas en condiciones de reflujo o, en otros casos, para abrir una brecha que permita avanzar a las fuerzas revolucionarias. En esta dirección proponemos la formación de frentes electorales auténticamente opositores que, al tiempo que nuclean a fuerzas de izquierda antiimperialistas y antiterratenientes, apunten simultáneamente a ganar sectores importantes de las masas populares peronistas para su causa.

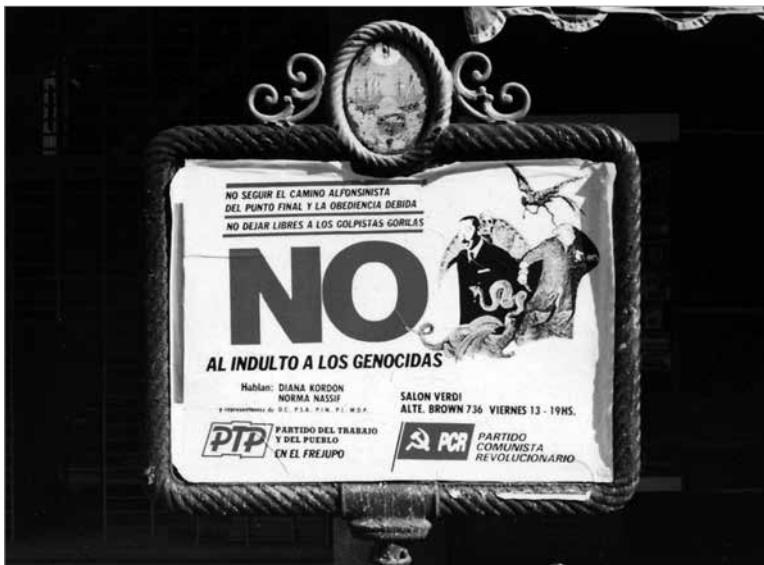
—*¿Y en relación con esto, qué debemos entender por “argentino triunfante”? ¿Qué tipo de triunfo invoca la expresión?*

—Hablamos de *argentino* para utilizar una expresión que sea entendible por las grandes masas que han protagonizado los jujeños, sanjuaninos, chubutanos o rocaños, las grandes luchas obreras de Tierra del Fuego de 1995-96 y las grandes luchas populares del último período, fundamentalmente las de Cutral Co y Plaza Huincul. Ellas saben muy bien que cuando hablamos de argentino señalamos el camino de esas grandes puebladas. Una pueblada a escala nacional implicaría un desborde de las fuerzas represivas y del marco de este Estado oligárquico-imperialista y crearía condiciones a las fuerzas

populares para avanzar. El pueblo ecuatoriano nos acaba de dar un ejemplo del camino que propugnamos con la movilización que destituyó a Bucaram e impuso la anulación de las privatizaciones y la moratoria en el pago de la deuda externa, entre otras medidas.

Es necesario para ello la conformación de un frente auténticamente opositor. Al mismo tiempo, buscamos golpear juntos con sectores importantes de la burguesía nacional que están siendo liquidados por la política menemista y con importantes fuerzas pequeñoburguesas que enfrentan este rumbo, aun cuando no sigan una política auténticamente opositora. Incluso podremos unirnos en acuerdos momentáneos, necesariamente transitorios debido a la diversidad de estas fuerzas. Esta línea de golpear juntos y marchar separados puede permitir la convergencia y, en una crisis política, rematar esta situación y pasar a otra.

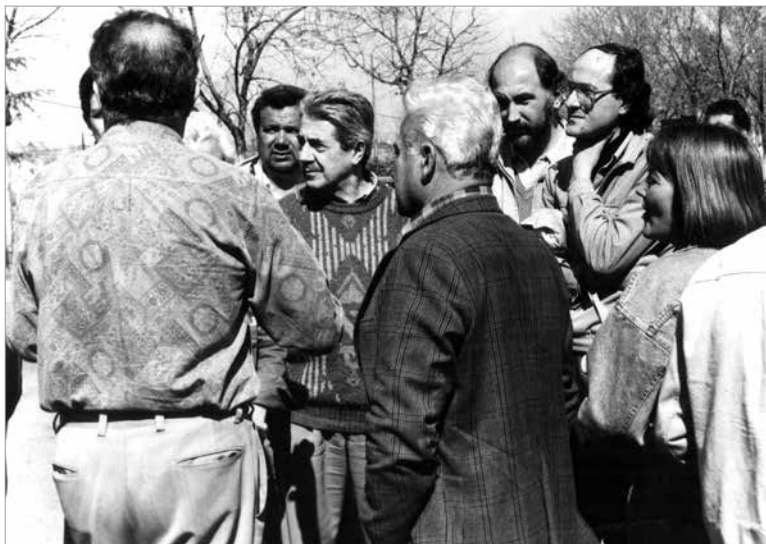
La experiencia de las puebladas nos ha enseñado que en tales situaciones pueden constituirse organismos de doble poder que expresen la unidad popular y antiimperialista. En ese caso, el proletariado y nuestro partido tendrán mejores condiciones para jugar un rol protagónico, empujando los acontecimientos hacia una insurrección que asegure el triunfo de la revolución liberadora.



Anuncio del acto del PTP y el PCR contra el indulto decretado por el Presidente Menem, realizado en el Salón Verdi de Buenos Aires el 13 de octubre de 1989.



Otto Vargas y Manuel Campos Janeiro en la reunión de partidos del FREJUPO con el Presidente Carlos Menem, Casa Rosada, 26.02.1990. El PTP renunció en setiembre de ese año al considerar que el programa común había sido traicionado.



Otto Vargas, junto a Miguel Angel De Renzis, Jorge Smith, entre otros, en la puerta del Astillero Río Santiago, durante la campaña del FREVOPO, 1991.



Otto Vargas junto a Teresa Parodi, Patricio Etchegaray, Hamlet Lima Quintana, Moisés Fontela, Pino Solanas, Jorge Enea Spilimbergo, entre otros, en una columna del Frente del Sur, 1992.



Otto Vargas y Moisés Fontela durante la campaña electoral de Patria y Pueblo en la Pcia. de Buenos Aires, 1993.



O. Vargas en la columna del PCR-PTP, en la marcha a Plaza de Mayo por el 20° aniversario del Golpe de 1976.



Foto: Jorge Ariza.

Pueblada de Cutral Co y Plaza Huincul, 1996.



Otto Vargas invitado al 2° Congreso del Movimiento Popular Revolucionario Paraguay Pyahurá (febrero de 2001) junto a Rafael Gigli, miembro del Comité Central del PCR, responsable de temas agrarios y encargado de la relación con la organización paraguaya; a su lado Eris Cabrera, Secretario del MPRPP, fallecido en 2002. (Rafael Gigli y María Conti, dirigente del movimiento de mujeres, fallecieron en un accidente automovilístico en 2007).



Otto Vargas con Jorge Rocha, Secretario de Organización del PCR, miembro fundador y uno de sus máximos dirigentes, quien falleció en 2008.

ÍNDICE

Introducción	09
I. Los orígenes. De la ruptura con el Partido Comunista al concepto de socialimperialismo	19
El gobierno de Frondizi	
El “giro a la izquierda” del peronismo	
Azules y Colorados	
El PC y los Azules	
La ruptura	
La invasión a Checoslovaquia	
El socialimperialismo	
II. Crítica a la teoría del capitalismo dependiente	57
La burguesía nacional	
La burguesía intermediaria	
“Capitalismo dependiente” y socialimperialismo	
Carácter de la revolución argentina	
III. La vía de la revolución	75
El “patio trasero” de los EEUU	
El XX Congreso del PCUS	
Codovilla y la vía pacífica	
La experiencia cubana	

IV. El Che Guevara	93
La ruptura y el Che	
¿Quién mató al Che?	
Tamara Bunke, Tania	
“Manila no contesta”	
Encuentro con Mao	
Semblanza del Che	
V. Las corrientes internas en el PCA	
Perfiles de sus dirigentes históricos	111
La lucha de líneas	
Dos corrientes	
Victorio Codovilla	
Rodolfo Ghioldi	
Arnedo Álvarez	
Juan José Real	
Jorge Calvo	
VI. Relaciones con China	
Contacto con el pensamiento Mao Tsetung	
El maoísmo después de Mao	133
Primeras delegaciones	
La unidad teórica	
El campo y la reforma agraria	
El Grupo de los Cuatro	
Relaciones después de Mao	
Los partidos maoístas	
Sendero Luminoso	
Pol Pot y Kampuchea	
Tienanmen	
VII. La Revolución Cultural Proletaria en China	173
Vigencia y actualidad	
La restauración capitalista en la URSS	

Mao y su desarrollo del marxismo
“Dentro de diez mil años habrá revolución”
La burguesía en el socialismo
¿Socialismo o capitalismo de Estado?
Las comunas populares
Continuidad de las contradicciones de clase

VIII. El Cordobazo

La “nueva izquierda” y el foquismo 201
¿Reflujo o polvorín?
Polémica con el foquismo
Por un partido de la clase obrera
¿Fue organizado el Cordobazo?
La nueva izquierda

IX. El peronismo

De la Unión Democrática al FREJUPO 227
La dependencia y la cuestión nacional
El PC, la UD y el supuesto “nazifascismo” de Perón
La “Libertadora” y después
El PCR y el peronismo

X. 1973-1976. Cámpora, Perón, Isabel

La lucha antigolpista 247
“Ni golpe ni elección, insurrección”
Lanusse y el avance prosoviético
El palco del 25 de mayo de 1973
Los acuerdos de Perón
El Navarrazo
Un auténtico Frente Único Antiyanqui
Ni amo viejo ni amo nuevo
Los negocios Gelbard-Cuba-Ford
El Pacto Social
El frente golpista

“Otro 55 no pasará. Unirse y armarse”
Asesinatos de Daniel Winer y Enrique Rusconi
La Triple A
Elecciones en Misiones
El PC y el nombramiento de Videla

XI. El SMATA Córdoba 285

“Nunca nada volverá a ser igual”
El clasismo cordobés
El Viborazo
La línea de masas
El “abrazo de la muerte”
La intervención al sindicato
César Gody Alvarez y René Salamanca

XII. La experiencia chilena 317

Antecedentes chilenos del “tránsito pacífico”
La hipocresía de la ayuda soviética
El doctrinarismo inoperante
Inevitabilidad del golpe de Estado

XIII. 1976-1983. La dictadura violo-videlista 331

La represión
El Beagle
El Mundial de Fútbol
La guerra en Malvinas
El auge de luchas
El PTP y las elecciones

XIV. El gobierno alfonsinista 373

Continuidad de la lucha popular
El plebiscito por el Beagle
El juicio a las Juntas
Los sucesos de Pascuas

XV. La teoría de los Tres Mundos	395
Antecedentes teóricos	
Disputa interimperialista y distensión	
Posibilidad de la guerra mundial	
XVI. 1990-1997. Menemismo, auge de luchas y situación internacional	409
El colapso de la Unión Soviética	
La “globalización” económica mundial	
Fin de una etapa del movimiento obrero y comunista	
Ruptura del FREJUPO	
El gobierno menemista	
El auge de luchas populares	
La izquierda y del maoísmo en Latinoamérica y el mundo	

Cuando apareció la primera edición de este libro se derrumbaba la Unión Soviética y una pregunta recorría el mundo: “¿Ha muerto el comunismo?”.

En estas conversaciones, el secretario General de Partido Comunista Revolucionario de la Argentina, Otto Vargas, ofrece respuestas a ese y a otros interrogantes.

Con el relato vívido propio de un protagonista directo de los hechos, se repasan las condiciones políticas en que a fines de 1967 se produjo la mayor ruptura del PC argentino que dio origen al PCR, así como las corrientes internas de aquel viejo partido y el papel de dirigentes como Victorio Codovilla o Rodolfo Ghioldi.

Vargas analiza también las teorías de Mao Tsetung acerca de la restauración del capitalismo en la URSS, el concepto de socialimperialismo, el significado de la Revolución Cultural Proletaria en China, la vía de la revolución, así como los procesos latinoamericanos de la Revolución Cubana –destacando la figura del Che Guevara–, del llamado “tránsito pacífico” al socialismo bajo la presidencia de Salvador Allende en Chile, las relaciones de la izquierda con el peronismo en la Argentina y la teoría del “capitalismo dependiente”.

Se abordan además, hechos históricos del movimiento obrero y popular argentino como el Cordobazo, el Smata cordobés presidido por René Salamanca, la lucha antigolpista previa a la dictadura militar instalada en 1976, la guerra nacional de Malvinas y los primeros gobiernos constitucionales posteriores a la dictadura.

EA / Editorial Ágora

